



LA  
REINA  
DEL  
TEARLING



ERIKA JOHANSEN



LA  
REINA  
DEL  
TEARLING



ERIKA JOHANSEN

Traducción de  
Gemma Rovira



FANTASY

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



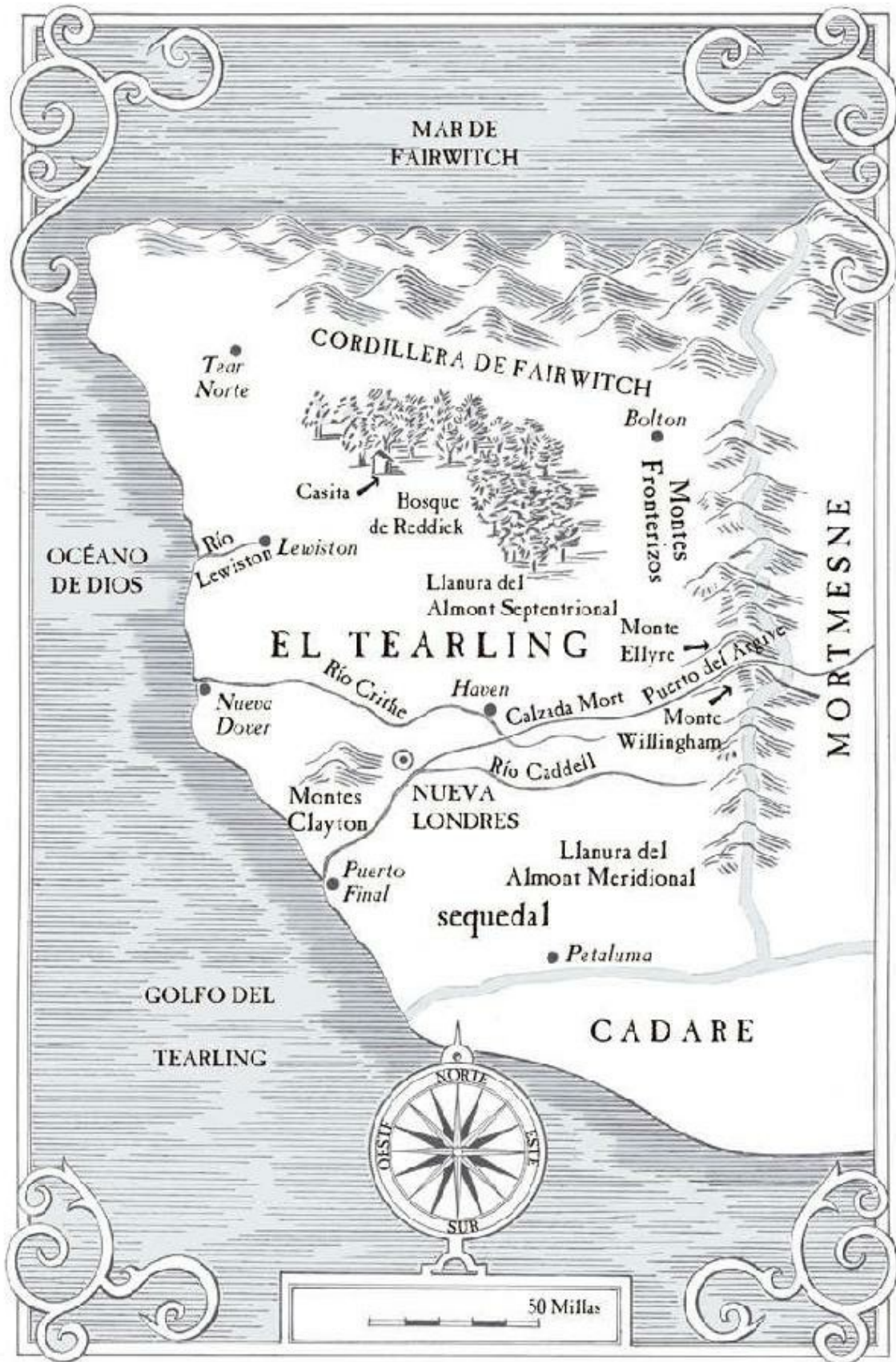
@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Christian y Katie*



MAR DE FAIRWITCH

CORDILLERA DE FAIRWITCH

OCÉANO DE DIOS

MORTMESNE

EL TEARLING

GOLFO DEL TEARLING

CADARE



50 Millas

# LIBRO I

## El décimo caballo

La reina Glynn —Kelsea Raleigh Glynn, séptima Reina del Tearling. Conocida también como: la Reina Marcada. Adoptada por Carlin y Bartholemew (Barty el Bueno) Glynn. Madre: reina Elyssa Raleigh. Padre: desconocido. Véase apéndice XI sobre especulaciones.

*Historia del Tearling*  
según MERWINIAN

Kelsea Glynn, inmóvil, vio acercarse el escuadrón a su casa. Los hombres cabalgaban en formación militar, con escoltas en los flancos, vestidos con el uniforme gris de la Guardia Real del Tearling. Las capas de los jinetes, al ondular, revelaban sus costosas armas: espadas y puñales de acero de Mortmesne. Uno de los hombres llevaba, incluso, una maza; Kelsea vio la cabeza con pinchos que sobresalía de la silla de montar. El semblante adusto con que guiaban sus caballos hacia la casa ponía en evidencia que habrían preferido no estar allí.

Kelsea, con capa y capucha, estaba sentada en la horqueta de un árbol, a unos diez metros de la puerta de la casa. Iba vestida de verde oscuro de pies a cabeza; hasta las botas eran de color pino. De la cadena de plata de ley que llevaba al cuello colgaba un zafiro. Esa joya tenía la irritante costumbre de salirse de la blusa de Kelsea minutos después de que ella la hubiera ocultado, lo que ese día cobraba un nuevo significado, pues el zafiro era la causa de sus problemas.

Nueve hombres, diez caballos.

Los soldados llegaron a la parcela rastrillada delante de la casa y desmontaron. Se quitaron las capuchas, y Kelsea comprobó que no tenían su

misma edad, sino que rondaban los treinta o cuarenta años; además compartían un aspecto curtido, fruto de la vida militar. El soldado que llevaba la maza murmuró algo, y automáticamente todos se llevaron una mano a la espada.

«Será mejor que nos demos prisa», dijo un soldado alto y delgado cuyo tono autoritario delataba que era el jefe del escuadrón; avanzó hacia la puerta y la golpeó tres veces. La puerta se abrió de inmediato, como si Barty hubiera estado allí esperando. Desde su posición estratégica, Kelsea vio que Barty tenía las arrugas muy marcadas y los ojos enrojecidos e hinchados. Esa mañana había enviado a Kelsea al bosque, pues no quería que ella fuera testigo de su congoja. Kelsea había protestado, pero Barty no había aceptado su negativa, y al final se había limitado a empujarla por la puerta diciendo: «Ve y despídete del bosque, niña. Seguramente pasará mucho tiempo hasta que vuelvan a dejarte pasear por él a tu antojo».

Kelsea había acabado cediendo; se había ido y había pasado la mañana deambulando por el bosque, pasando por encima de árboles caídos y parando de vez en cuando para escuchar un silencio perfecto, nada acorde con la abundancia de vida de aquel entorno. Hasta había atrapado un conejo, por hacer algo, y luego lo había soltado; Barty y Carlin no necesitaban carne, y a ella no le producía ningún placer matar. Mientras veía huir al conejo hasta desaparecer en el bosque donde ella había pasado la mayor parte de su infancia, Kelsea volvió a ensayar aquella palabra, pese a que pronunciarla era como masticar polvo: «reina». Una palabra inquietante que presagiaba un futuro nefasto.

—Barty —dijo el jefe del escuadrón—. Cuánto tiempo.

Barty masculló unas palabras en respuesta a su saludo.

—Hemos venido por la niña.

Barty asintió con la cabeza, se puso dos dedos en las comisuras de la boca y dio un fuerte y agudo silbido. Kelsea se dejó caer del árbol sin hacer ruido y salió de entre los árboles. Notaba el pulso en las sienes. Sabía defenderse de un solo atacante con su puñal —Barty se había encargado de eso—, pero aquel escuadrón fuertemente armado la intimidaba. Sintió las miradas escrutadoras de los soldados. Sabía muy bien que no tenía aspecto de reina.

El jefe, un hombre de facciones duras, con una cicatriz que le surcaba el borde de la barbilla, le hizo una profunda reverencia.

—Alteza. Soy Carroll, capitán de la Guardia Real de la difunta reina.

Tras un momento, los demás también le hicieron una reverencia. El soldado



de la maza se inclinó levemente, hundiendo apenas la barbilla.

—Tenemos que ver la marca —murmuró uno de los soldados; la barba pelirroja le tapaba la cara casi por completo—. Y la joya.

—¿Acaso me crees capaz de estafar al reino? —bramó Barty.

—No se parece a su madre —replicó con aspereza el soldado de la barba pelirroja.

Kelsea se sonrojó. Según Carlin, la reina Elyssa, dotada de la belleza clásica del Tearling, era alta, rubia y delgada. Kelsea también era alta, pero morena, y tenía una cara feúcha. Tampoco tenía un cuerpo escultural, ni mucho menos; hacía mucho ejercicio, pero por otra parte tenía muy buen apetito.

—Tiene los ojos de los Raleigh —observó otro soldado.

—Prefiero ver la joya y la cicatriz —insistió el capitán, y el pelirrojo asintió también.

—Muéstraselas, Kel.

Kelsea se sacó el colgante de debajo de la blusa y lo sostuvo bajo la luz. Había llevado ese zafiro desde que tenía uso de razón, y en ese momento le habría encantado arrancárselo y devolvérselo a aquellos hombres. Pero Barty y Carlin ya le habían explicado que no podía quitárselo. Era la princesa heredera del Tearling, y ese día cumplía diecinueve años, la edad de la ascensión al trono de los monarcas del Tearling desde Jonathan Tear. La Guardia Real se la llevaría a la Ciudadela a rastras, si fuera necesario, y la recluiría en el Salón del Trono, donde se quedaría, cubierta de seda y terciopelo, hasta que la asesinaran.

El capitán examinó la joya y asintió; entonces Kelsea se retiró la manga izquierda de la capa para mostrar el antebrazo, en el que una dilatada cicatriz con forma de hoja de puñal discurría desde la muñeca hasta el bíceps. Un par de soldados mascullaron al verla, y las manos con que sujetaban sus armas se relajaron por primera vez desde que habían llegado.

—Muy bien —declaró Carroll con brusquedad—. Ya podemos marcharnos.

—Un momento.

Carlin salió al umbral tras apartar a Barty con un suave empujón. Lo hizo con las muñecas y no con los dedos; ese día la artritis debía de estar haciéndola sufrir. Su aspecto era impecable, como siempre, y llevaba el pelo, cano, pulcramente recogido en la nuca. A Kelsea le sorprendió comprobar que ella también tenía los ojos un poco enrojecidos. Carlin pocas veces exhibía sus emociones, y Kelsea no recordaba haberla visto nunca llorar.

Al ver a Carlin, varios soldados se enderezaron. Un par de ellos hasta dieron un paso atrás, incluido el que llevaba la maza. Kelsea siempre había pensado que Carlin tenía un porte aristocrático, pero, aun así, le sorprendió que aquellos hombres armados con espadas se amilanaran ante una anciana.

«Menos mal que no soy la única.»

—¡Identificaos! —exigió Carlin—. ¿Cómo sabemos que venís de la Ciudadela?

—¿Quién más iba a saber dónde encontrarla precisamente hoy? —replicó Carroll.

—Unos asesinos.

Varios soldados rieron con sorna. Sin embargo, el soldado de la maza dio un paso adelante y rebuscó en su capa.

Carlin se quedó mirándolo un instante y dijo:

—A ti sí te conozco.

—He traído las instrucciones de la reina —dijo él, y sacó un sobre grueso y amarillento—. Por si no me recordabais.

—Dudo que haya alguien que se olvide de tu cara, Lazarus —dijo Carlin con un deje de desaprobación.

Abrió rápidamente el sobre, pese a que debían de dolerle mucho los dedos, y extrajo la carta que contenía. Kelsea se quedó mirando la carta, fascinada. Su madre había muerto hacía mucho, y sin embargo tenía ante sí algo que ella había escrito, algo que sus manos habían tocado.

Carlin quedó satisfecha. Le devolvió la hoja de papel al soldado.

—Kelsea tiene que recoger sus cosas.

—Solo unos minutos, Alteza. Debemos irnos. —Esta vez, Carroll se dirigió a Kelsea y volvió a hacerle una reverencia, y ella comprendió que ya había dejado a Carlin fuera de la conversación.

La mujer también se había percatado de aquella transición; su semblante parecía de piedra. Kelsea lamentaba a menudo que Carlin se refugiase en sus silencios, tan fríos e inalcanzables, en vez de mostrar abiertamente su enfado. Los silencios de Carlin eran terribles.

Kelsea pasó al lado de los caballos y entró en la casa. Su ropa ya estaba guardada en las alforjas, pero no se acercó a ellas, sino que fue hasta el umbral de la biblioteca de Carlin. Las paredes estaban forradas de libros; Barty había construido las estanterías con roble del Tearling, y se las había regalado a Carlin coincidiendo con la cuarta Navidad de Kelsea. En una época

de recuerdos vagos, ese día destacaba, puro y brillante, en la memoria de Kelsea: había ayudado a Carlin a poner los libros en los estantes, y había llorado un poco porque esta no le había dejado ordenarlos por colores. Habían transcurrido muchos años, pero Kelsea seguía amando los libros: le encantaba verlos uno al lado del otro, cada volumen en el lugar que le correspondía.

Sin embargo, la biblioteca también había servido de aula, y muchas veces había sido un lugar antipático. Allí había estudiado matemáticas rudimentarias, gramática tear, geografía y, más adelante, las lenguas de los países vecinos, cuyos extraños acentos resultaban difíciles al principio, pero que poco a poco se volvían más fáciles, hasta que Kelsea y Carlin podían pasar con fluidez de una lengua a otra, saltando de mort a cadarés, para luego volver al idioma más sencillo y menos dramático del Tearling sin haber vacilado ni una sola vez. Y, sobre todo, historia: la historia de la humanidad remontándose hasta antes de la Travesía. Carlin solía decir que la historia lo era todo, dado que era propio de los hombres cometer los mismos errores una y otra vez. Miraba con dureza a Kelsea cuando lo decía, y fruncía las blancas cejas para expresar su desaprobación. Carlin era justa, pero también dura. Si Kelsea terminaba todos sus deberes escolares antes de la hora de la cena, como recompensa podía escoger un libro de la biblioteca y leer hasta que lo hubiera terminado. Lo que más le gustaba a Kelsea eran las historias: historias que nunca fueron, historias que la transportaban más allá del mundo inalterable de la casita del bosque. Una noche se había quedado despierta hasta el amanecer leyendo una novela especialmente larga, y al día siguiente la habían dejado dormir y no había tenido que realizar sus tareas domésticas. Pero también había habido meses enteros en que Kelsea, cansada de tanto estudiar, sencillamente había desconectado. Entonces no había historias, ni biblioteca, sino solo tareas domésticas, soledad y la férrea desaprobación de la cara de Carlin. Al final, Kelsea siempre volvía al aula.

Barty cerró la puerta y se le acercó cojeando. Había sido guardia real en otros tiempos, antes de que un golpe de espada en la parte de atrás de la rodilla lo dejara lisiado. Le puso una mano firme en el hombro.

—No puedes entretenerte, Kel.

Kelsea se volvió; Carlin miraba por la ventana. Delante de la casita aguardaban los soldados, intranquilos, sin parar de lanzar miradas fugaces hacia el bosque.

«Están acostumbrados a los recintos —se dijo Kelsea—; los espacios abiertos los asustan.» Lo que ese pensamiento implicaba —el presagio de cómo sería su vida en la Ciudadela— casi la abrumó, precisamente cuando creía que ya había llorado cuanto podía llorar.

—Son tiempos peligrosos, Kelsea —dijo Carlin sin desviar la mirada de la ventana; su voz sonaba distante—. Ten cuidado con el Regente, por mucho que sea tu tío; ha codiciado ese trono desde antes de nacer. Pero la guardia de tu madre la componen hombres de bien, y ellos velarán por ti.

—No les gusto, Carlin —le espetó Kelsea—. Me dijiste que para ellos sería un honor escoltarme, pero no les gusta haber venido hasta aquí.

Carlin y Barty se miraron, y Kelsea vio el fantasma de antiguas discusiones en sus caras. El suyo era un matrimonio extraño; Carlin, que tenía casi setenta años, era como mínimo diez años mayor que Barty. No hacía falta una imaginación extraordinaria para darse cuenta de que en otros tiempos había sido hermosa; sin embargo, su belleza, al endurecerse, se había convertido en austeridad. Barty no era atractivo; era más bajo que Carlin y mucho más grueso, pero tenía un rostro alegre y unos ojos sonrientes bajo el pelo canoso. A Barty no le interesaban en absoluto los libros, y muchas veces Kelsea se preguntaba de qué debía de hablar con Carlin cuando ella no estaba delante. Quizá de nada; quizá Kelsea fuera el único interés común que los mantenía unidos. Y en ese caso, ¿qué futuro les esperaba?

Carlin replicó por fin:

—Le juramos a tu madre que no te hablaríamos de sus defectos, Kelsea, y hemos mantenido nuestra promesa. Pero en la Ciudadela no todo será como tú crees. Barty y yo te hemos dado buenas herramientas; ese era nuestro cometido. Pero, una vez que te sientes en el trono, tendrás que tomar tus propias decisiones, y no serán fáciles.

Barty soltó un bufido de desaprobación y, renqueando, fue a recoger las alforjas de Kelsea. Carlin le lanzó una mirada severa que él ignoró; luego se volvió hacia Kelsea frunciendo las cejas. La muchacha agachó la cabeza; tenía un nudo en el estómago. Un día, hacía mucho, en el bosque, estaban en medio de una lección sobre las utilidades del musgo rojo cuando Barty, sin que viniera a cuento, le soltó:

—Si de mí dependiera, Kel, rompería esos condenados votos y te contaría todo lo que quieres saber.

—¿Por qué no depende de ti?

Barty se quedó mirando el musgo que tenía en las manos con gesto de aflicción; Kelsea tardó un momento en entenderlo. En su casa nada dependía de Barty; Carlin era la que mandaba. Ella era más inteligente y no tenía ninguna incapacidad física. Barty iba después. Carlin no era cruel, pero Kelsea había sentido el peso de esa voluntad férrea suficientes veces para entender los motivos de la amargura de Barty y experimentarla casi como algo propio. Sin embargo, la voluntad de Carlin se había impuesto: Kelsea tenía grandes lagunas en cuanto a conocimientos sobre historia, y respecto al reinado de su madre no sabía absolutamente nada. La habían mantenido alejada de la aldea y de las respuestas que podría haber encontrado allí; su infancia había sido un verdadero exilio. Pero más de una vez había oído a Barty y a Carlin hablar por la noche, cuando ambos creían que Kelsea estaba profundamente dormida, y ahora entendía, al menos, parte del misterio. La guardia del Regente llevaba años recorriendo todos los rincones del país en busca de una niña con el collar y la cicatriz. Buscando a Kelsea.

—Te he puesto un regalo en las alforjas —continuó Carlin, con lo que la devolvió al presente.

—¿Qué regalo?

—Un regalo que descubrirás tú misma cuando hayas salido de aquí.

Kelsea sintió que volvía a enfurecerse; ¡Carlin siempre ocultaba algún secreto! Pero al cabo de un momento se avergonzó de sí misma. Barty y Carlin estaban apenados, no solo por perder a Kelsea, sino también su casa. En ese mismo momento, los rastreadores del Regente debían de estar siguiendo el rastro de la Guardia Real por el Tearling. Barty y Carlin no podían quedarse allí; poco después de partir Kelsea, ellos también se marcharían, a Petaluma, una aldea del sur, cerca de la frontera cadaresa; allí era donde había crecido Barty. Él se sentiría perdido sin su bosque, pero había otros bosques de los que podía aprender. Carlin era la que hacía el mayor sacrificio: su biblioteca. A lo largo de toda la vida había ido recopilando esos libros, salvados y atesorados por los colonos de la Travesía y preservados durante siglos. No podía llevárselos; habría necesitado un carro, y entonces habría sido demasiado fácil seguirles la pista. De modo que iba a perder todos aquellos volúmenes.

Kelsea cogió su mochila y se la colgó a la espalda; miró por la ventana y vio el décimo caballo.

—Hay tantas cosas que no sé.

—Sabes lo necesario —replicó Barty—. ¿Tienes tu puñal?

—Sí.

—Llévalo siempre encima. Y ten cuidado con lo que comes y con su procedencia.

Kelsea lo abrazó. Pese a su amplio contorno, Barty temblaba de cansancio, y de pronto Kelsea se dio cuenta de lo agotado que estaba, de que su educación le había robado a Barty una energía que él debería haber conservado para la vejez. La estrujó un momento con los brazos, y entonces la soltó; sus ojos azules mostraban un brillo feroz.

—Nunca has matado a nadie, Kel, y eso está bien y es bueno, pero de hoy en adelante vas a vivir perseguida, ¿lo entiendes? Así que tendrás que actuar en consecuencia.

Kelsea suponía que Carlin contradiría a Barty; ella siempre decía que la fuerza era para los necios. Pero la mujer dio su aprobación con un movimiento de la cabeza.

—Te he educado para que seas una reina inteligente, Kelsea, y lo serás. Pero ha llegado el momento en que la supervivencia debe imponerse a la tranquilidad. Esos hombres se ocuparán de que vuelvas sana y salva a la Ciudadela. Después de eso, supongo que las enseñanzas de Barty te ayudarán más que las mías.

Se apartó de la ventana y le puso suavemente una mano en la espalda a Kelsea, que dio un respingo. Carlin no solía tocar a nadie. De lo máximo que parecía capaz era de dar una palmadita en la espalda, y esas ocasiones eran como la lluvia en el desierto.

—Pero no dejes que tu confianza en las armas afecte a tu mente, Kelsea. Tu ingenio siempre ha sido sólido; procura que no se debilite por el camino. Cuando empuñas una espada, es fácil que eso suceda.

Un puño enfundado en un guante de malla golpeó la puerta.

—¿Alteza? —oyeron decir a Carroll—. Quedan pocas horas de luz.

Barty y Carlin se apartaron, y Barty recogió la última pieza del equipaje de Kelsea. Parecían ambos tremendamente viejos. Kelsea no quería dejar allí a aquellas dos personas que la habían criado y le habían enseñado todo cuanto sabía. Su lado más irracional se planteó brevemente soltar el equipaje y salir corriendo por la puerta trasera, una luminosa y tentadora fantasía que solo duró dos segundos y luego se desvaneció.

—¿Cuándo podré enviaros un mensaje sin ponerlos en peligro? —preguntó

—. ¿Cuándo podréis dejar de esconderos?

Barty y Carlin se miraron: un rápido vistazo que a Kelsea le pareció furtivo. Finalmente fue Barty quien contestó:

—No será pronto, Kel. Verás...

—Tendrás otras preocupaciones —terció Carlin bruscamente—. Piensa en tu pueblo, en arreglar este reino. Tal vez pase mucho tiempo hasta que vuelvas a vernos.

—Carlin...

—Tienes que irte.

Los soldados ya estaban montados en sus caballos, y cuando Kelsea salió de la casita la miraron fijamente; un par de ellos, sin disimular su desprecio. El soldado de la maza, Lazarus, no la miraba, sino que tenía la vista fija en la lejanía. Kelsea empezó a cargar su equipaje en la montura, una yegua ruana que parecía algo más dócil que el entero de Barty.

—Supongo que sabéis montar, ¿no, Alteza? —preguntó el soldado que sujetaba las riendas de la yegua.

Pronunció la palabra «Alteza» como si fuera una enfermedad. Kelsea le arrancó las riendas de la mano y dijo:

—Sí, sé montar.

Se pasó las riendas de una mano a la otra para ponerse la capa de invierno verde y abrochársela; entonces montó y miró a Barty tratando de superar una terrible premonición de fatalidad. El hombre había envejecido prematuramente, pero no existía ningún motivo para que no viviera unos años más. Y muchas veces las premoniciones quedaban en nada. Según Barty, la vidente de la reina mort había vaticinado que Kelsea no llegaría a cumplir diecinueve años, y sin embargo allí estaba.

Sonrió a Barty tratando de aparentar valor.

—Mandaré a buscaros pronto —dijo.

Él asintió y compuso también una sonrisa amplia y forzada. Carlin había palidecido tanto que Kelsea temió que se desmayara, pero la anciana dio un paso adelante y le tendió una mano. Fue un gesto tan inesperado que Kelsea se quedó mirando aquella mano un momento, hasta que comprendió que se esperaba que la tomara. En todos los años que llevaba en aquella casa, Carlin nunca le había dado la mano.

—Con el tiempo lo entenderás —le dijo Carlin apretándole fuertemente la mano—. Entenderás por qué todo esto era necesario. Ten cuidado con el

pasado, Kelsea. No bajas la guardia.

Ni siquiera en un momento como aquel, Carlin podía hablar llanamente. Kelsea siempre había sabido que ella no era la niña a la que Carlin habría elegido instruir, y que la había decepcionado con su carácter indómito y su laxo compromiso con la enorme responsabilidad que llevaba sobre los hombros. Kelsea retiró la mano; entonces miró a Barty y sintió que su irritación se desvanecía. Barty lloraba sin tratar ya de ocultarlo, y unas lágrimas relucientes resbalaban por su cara. Kelsea notó que sus ojos también se anegaban de nuevo, pero asió las riendas y volvió la yegua hacia Carroll.

—Ya podemos irnos, capitán.

—A vuestras órdenes, Señora.

Sacudió las riendas y enfiló el camino.

—Todos alrededor de la reina —ordenó a sus hombres—. Cabalgaremos hasta la puesta de sol.

*Reina.* Otra vez esa palabra. Kelsea intentó imaginarse en el papel de soberana, pero no pudo. Ajustó el paso al de los soldados, evitando mirar atrás. Solo se volvió una vez, justo antes de tomar la curva, y vio que Barty y Carlin seguían frente a la puerta de la casa, viéndola marchar, como una pareja de ancianos silvicultores de algún cuento olvidado hacía mucho tiempo. Entonces los árboles los ocultaron.

La yegua de Kelsea, al menos aparentemente, era robusta, pues avanzaba con seguridad por aquel terreno tan irregular. El caballo de Barty, en cambio, siempre había tenido problemas en el bosque; Barty decía que el animal era un aristócrata, y que cualquier cosa que no fuera una recta bien ancha era indigna de él. Pero Kelsea nunca se había aventurado a alejarse más de unos pocos kilómetros de la casa. Esas eran las órdenes de Carlin. Siempre que Kelsea hablaba con nostalgia de las cosas que sabía que existían en el mundo más allá del suyo propio, Carlin le recalca la necesidad de permanecer oculta, y la importancia del cargo que iba a heredar: ser reina. Se mostraba inflexible ante el miedo al fracaso de Kelsea. No quería ni oír hablar de dudas. La obligación de la muchacha era aprender, aceptar la vida sin otros niños, sin otras personas, sin el mundo más allá del suyo propio.

Un día, cuando tenía trece años, Kelsea había montado el caballo de Barty, había ido al bosque como de costumbre y se había perdido. Pronto se encontró en un lugar desconocido. No reconoció los árboles ni los dos riachuelos por los que pasó. Acabó avanzando en círculos, y, cuando estaba a punto de



rendirse y echarse a llorar, miró hacia el horizonte y vio humo de una chimenea a unos treinta metros de donde se hallaba.

Fue hacia allí y se encontró con una casita más pobre que la de Barty y Carlin; no era de piedra, sino de madera. En la parte de delante, había dos críos, más pequeños que Kelsea, que jugaban con espadas de mentira; los observó largo rato y percibió algo que hasta ese momento nunca se había planteado: una infancia completamente diferente de la suya. Ella siempre había creído que todos los niños vivían igual que ella. Aquellos críos llevaban ropa andrajosa, pero ambos vestían cómodas camisas de manga corta que dejaban los bíceps descubiertos. Kelsea solo podía llevar blusas cerradas de manga larga y ajustada, para que, si por casualidad aparecía alguien por su casa, no pudiera verle el brazo ni el collar que no le permitían quitarse. Escuchó hablar a los niños y comprobó que ni siquiera hablaban correctamente la lengua tear; nadie los había obligado a sentarse todas las mañanas para estudiar gramática. Ya era media tarde, pero ellos no estaban en la escuela.

—Tú eres mort, Emmett. ¡Yo soy tear! —proclamó con orgullo el mayor de los dos.

—¡Yo no soy mort! ¡Los mort son bajitos! —le gritó el más pequeño—. ¡Mamá ha dicho que tienes que dejarme ser tear a veces!

—De acuerdo. ¡Eres tear, pero yo sé hacer magia!

Tras observar un rato a aquellos dos niños, Kelsea comprendió dónde estaba la verdadera diferencia, eso que tanto atraía su atención: aquellos críos se tenían el uno al otro. Ella solo estaba a unos quince metros y, sin embargo, la camaradería entre ambos le hizo sentir que se hallaba tan lejos como la luna. Esa distancia no hizo más que aumentar cuando la madre, una mujer oronda sin una pizca de la elegancia de Carlin, salió a buscar a sus hijos para que fueran a cenar.

—¡Eh! ¡Martin! ¡Venid a lavaros!

—¡No! —gritó el pequeño—. ¡No hemos terminado!

La madre cogió un palo del haz que había en el suelo, se metió entre los dos críos y se puso a pelear con ellos, mientras los niños reían y chillaban. Por fin, la madre los agarró a ambos y los apretó contra su cuerpo; juntos entraron en la casa, sin dejar de abrazarse. Estaba anocheciendo, y, pese a saber que debía apresurarse y buscar el camino de regreso, Kelsea no lograba alejarse de aquella escena. Carlin nunca expresaba afecto, ni siquiera a Barty, y a lo máximo que podía aspirar Kelsea era a recibir una sonrisa. Ella era la

heredera del trono tear, sí, y Carlin le había explicado infinidad de veces que eso constituía un gran honor. Aun así, por el largo camino de regreso a casa, Kelsea no consiguió librarse de la sensación de que aquellos dos críos tenían más de lo que ella poseía.

Al final, Kelsea encontró el camino de regreso, pero llegó a casa pasada la hora de la cena. Barty y Carlin estaban preocupados; Barty la regañó un poco, pero a pesar de sus gritos Kelsea veía el alivio reflejado en su cara, y, antes de ordenarle que se fuera a su habitación, Barty le dio un gran abrazo. Carlin se limitó a mirarla fijamente antes de comunicarle que sus privilegios para hacer uso de la biblioteca quedaban rescindidos durante toda la semana; y aquella noche Kelsea, despierta en su cama, tuvo la impactante revelación de que había sido víctima de un engaño atroz. Antes de aquel día, la joven había considerado que Carlin era, al menos, su madre adoptiva. Sin embargo, comprendió que no se parecía en nada a una madre, y que Carlin solo era una anciana insensible que exigía mucho y daba muy poco.

Dos días más tarde, Kelsea volvió a traspasar los límites impuestos por Carlin, pero esa vez a propósito, y se propuso encontrar aquella casita perdida en el bosque. Pero cuando estaba a mitad de camino, desistió y dio media vuelta. La desobediencia no le producía satisfacción, sino terror; creía notar la mirada de Carlin clavada en la nuca. Kelsea no había vuelto a traspasar esos límites, de modo que no había mundo más allá del suyo propio. Toda su experiencia provenía del bosque que rodeaba la casita, y a los diez años ella ya lo conocía como la palma de su mano. Ahora, cabalgando por bosques lejanos rodeada de soldados, sonreía secretamente y se fijaba en ese paisaje que veía por primera vez. Iban hacia el sur por la parte más frondosa del bosque de Reddick, que cubría cientos de kilómetros cuadrados de la región septentrional del país. Había robles de Tearling por todas partes; algunos árboles medían quince o veinte metros, y formaban un toldo verde que se extendía sin interrupción por encima de sus cabezas. También había maleza que Kelsea no conocía. Las ramas parecían de radicorrastra, una planta que tenía propiedades antihistamínicas y era buena para preparar cataplasmas. Pero las hojas eran más alargadas, verdes y rizadas, y tenían un matiz rojizo que prevenía de su carácter urticante. Kelsea intentó evitar que su yegua pasara entre ese follaje, pero en algunos sitios resultaba prácticamente imposible; el matorral era cada vez más espeso, y el terreno empezaba a descender en una suave pendiente. Ya estaban lejos del camino, pero, mientras

avanzaban por una alfombra dorada y crepitante de hojas de roble secas, Kelsea tenía la impresión de que el mundo entero debía de poder oírles pasar.

Los soldados rodeaban a Kelsea formando un rombo, y permanecían equidistantes a pesar de los cambios de velocidad que exigía el terreno, tan irregular. Lazarus, el soldado de la maza, iba detrás de ella, y Kelsea no podía verlo. A su derecha estaba el soldado desconfiado de la barba pelirroja; Kelsea lo observaba con disimulado interés. El pelo pelirrojo era un gen recesivo, y en los tres siglos transcurridos desde la Travesía, poco a poco había ido desapareciendo de la población. Carlin le había contado a Kelsea que algunas mujeres, e incluso algunos hombres, se teñían el pelo de rojo, pues la singularidad se consideraba un valor añadido. Sin embargo, tras cerca de una hora lanzándole miradas disimuladas al soldado, Kelsea se convenció de que se trataba de una cabeza pelirroja genuina. No había ningún tinte que diera tan buen resultado. El hombre llevaba un pequeño crucifijo de oro que rebotaba en su pecho y destellaba mientras él cabalgaba, y eso también dio que pensar a Kelsea. El crucifijo era el símbolo de la Iglesia de Dios, y Carlin le había explicado muchas veces que ni la Iglesia ni sus sacerdotes eran de confianza.

Detrás del pelirrojo iba un soldado rubio y tan increíblemente apuesto que Kelsea no tuvo más remedio que lanzarle varias miradas de reojo, pese a que era demasiado mayor para ella, pues tenía más de cuarenta años. Su cara le recordaba a la de los ángeles de las ilustraciones de los libros de Carlin del arte anterior a la Travesía. Pero él también parecía cansado; sus ojeras indicaban que llevaba tiempo sin dormir. De alguna forma, esos signos de agotamiento hacían que resultara aún más atractivo. El soldado se volvió y la sorprendió mirándolo, y Kelsea agachó rápidamente la frente. Le ardían las mejillas.

A su izquierda iba un soldado alto y moreno con unos hombros enormes, cuyo físico resultaba claramente amenazador. Delante de él, iba otro hombre mucho más bajo, casi menudo, con el cabello castaño claro. Kelsea lo observó con atención, pues era el que más se acercaba a su edad: aparentaba menos de treinta años. Intentó oír su nombre, pero esos dos soldados siempre hablaban en voz baja, evidentemente para que Kelsea no pudiera oírlos.

Carroll, el capitán, iba a la cabeza de la formación. Lo único que Kelsea distinguía de él era su capa gris. De tanto en tanto, Carroll gritaba una orden y todo el escuadrón corregía ligeramente el rumbo. Cabalgaba con seguridad,

sin pedir indicaciones a nadie, y Kelsea no tenía ninguna duda de que la conduciría hasta su destino. Esa capacidad para el mando debía de ser una cualidad necesaria en un capitán; Kelsea iba a necesitar a Carroll para sobrevivir. Pero ¿cómo se ganaría la lealtad de aquellos hombres? Seguramente la consideraban débil. Tal vez creyeran que todas las mujeres eran débiles.

Un halcón chilló por encima de sus cabezas, y Kelsea se puso la capucha y se tapó la frente. Los halcones eran animales hermosos, y un buen alimento, pero Barty le había explicado que en Mortmesne, e incluso en la frontera tear, entrenaban a los halcones como armas mortíferas. Lo había mencionado de pasada, como quien comenta una trivialidad, pero Kelsea no lo había olvidado.

—¡Hacia el sur, muchachos! —gritó Carroll, y la compañía volvió a torcer.

El sol descendía rápidamente tras el horizonte, y un viento helado presagiaba la caída de la noche. Kelsea confiaba en que no tardaran mucho en detenerse, pero prefería congelarse en la silla que protestar. La lealtad empezaba por el respeto.

«Ningún gobernante ha conservado mucho tiempo el poder sin el respeto de los gobernados —solía repetir Carlin—. Los gobernantes que pretenden controlar a una población mal dispuesta no controlan nada, y muchas veces su cabeza acaba clavada en una pica.»

El consejo de Barty había sido aún más conciso: «O te ganas al pueblo, o pierdes el trono».

Eran palabras sabias, y ahora Kelsea las comprendía aún mejor. Sin embargo, no tenía ni idea de qué debía hacer. ¿Cómo iba a mandar ella a nadie?

«Tengo diecinueve años. Se supone que ya no he de tener miedo.»

Pero lo tenía.

Asió más fuerte las riendas y lamentó no haberse acordado de ponerse los guantes de montar, pero en el momento de la despedida se había sentido muy incómoda y se había puesto nerviosa. Ahora tenía las yemas de los dedos entumecidas y las palmas irritadas por el roce con el cuero áspero de las riendas. Hizo lo que pudo para taparse los nudillos con las mangas de la capa y siguió adelante.

Al cabo de una hora, Carroll dio el alto al escuadrón. Habían llegado a un pequeño claro cercado de robles del Tearling y de una tupida capa de bosque

bajo compuesto de radicorrastra y de aquella misteriosa planta de hojas rojizas. Kelsea se preguntó si alguno de los soldados sabría qué era. En todas las unidades de la guardia había por lo menos un médico, y se suponía que los médicos entendían de plantas. Barty también había sido médico, y, pese a que enseñarle botánica a Kelsea no se contaba entre sus labores, ella no había tardado en aprender que del descubrimiento de una planta interesante podían extraerse todo tipo de lecciones.

Los soldados cercaron a Kelsea mientras Carroll iba hasta ella al trote. Al reparar en su rostro enrojecido y en la fuerza con que agarraba las riendas, dijo:

—Si lo deseáis, podemos parar durante la noche, Alteza. Llevamos un buen ritmo.

Kelsea soltó las riendas con cierto esfuerzo y se quitó la capucha tratando de impedir que le castañetearan los dientes. Su voz, cuando por fin consiguió hablar, sonó áspera y temblorosa:

—Confío en su juicio, capitán. Llegaremos hasta donde usted considere necesario.

Carroll se quedó mirándola un momento; luego paseó la mirada por el pequeño claro.

—Aquí estaremos bien, Señora. De todas formas, tenemos que madrugar, y llevamos muchas horas de camino.

Los hombres desmontaron. Kelsea, agarrotada y poco acostumbrada a cabalgar tantas horas seguidas, saltó torpemente al suelo, estuvo a punto de caerse y se tambaleó un poco hasta que recobró el equilibrio.

—Pen, la tienda. Elston y Kibb, id a buscar leña. Los demás, ocupaos de la defensa. Mhurn, ve a cazar algo para comer. Lazarus, la montura de la reina.

—Yo me ocuparé de mi montura, capitán.

—Como queráis, Señora. Lazarus os proporcionará cuanto necesitéis.

Los soldados se dispersaron para cumplir sus diversos encargos. Kelsea se agachó hasta el suelo y se deleitó con los crujidos de su columna. Tenía los muslos muy doloridos, pero no pensaba hacer estiramientos de cuádriceps delante de tantos hombres. Sí, eran mayores, demasiado mayores para que Kelsea los encontrara atractivos. Pero eran hombres de todos modos, y de pronto la joven se sintió incómoda delante de ellos, como nunca se había sentido delante de Barty.

Condujo su yegua hasta un árbol al fondo del claro y ató las riendas a una

rama con un nudo holgado. Acarició suavemente el sedoso cuello del animal, pero este sacudió la cabeza y relinchó para indicar que no quería que lo acariciaran, así que Kelsea se apartó.

—Tranquila. Ya veo que también tendré que ganarme tu buena disposición.

—Alteza —bramó una voz a su espalda.

Kelsea se volvió y vio a Lazarus, que tenía una almohaza en la mano. No era tan mayor como a ella le había parecido al principio; tenía el pelo castaño oscuro, con entradas incipientes, y no debía de pasar de los cuarenta. Sin embargo, su rostro estaba surcado de arrugas y su expresión era adusta. En sus manos se apreciaban cicatrices, pero lo que más le llamó la atención fue la maza que llevaba al cinto: una bola de hierro recubierta de pinchos de aceroafiladísimos.

«Un asesino nato», pensó. Una maza no era más que un elemento decorativo, cuya efectividad dependía de la violencia con que la empuñaran. Aunque el arma debería de haberla impresionado, se sintió reconfortada por la presencia de aquel hombre, quien sin duda había vivido rodeado de violencia casi toda la vida. Cogió el cepillo y se fijó en que él no apartaba la vista del suelo.

—Gracias. Supongo que no sabes cómo se llama la yegua.

—Vos sois la reina, Señora. Podéis llamarla como queráis. —Le dirigió una mirada breve e inexpresiva, y luego volvió a desviarla.

—No me corresponde a mí ponerle otro nombre. ¿Cómo se llama?

—Os corresponde hacer lo que se os antoje.

—Dime su nombre, por favor.

Kelsea notó que despertaba su mal genio. ¿Por qué aquellos hombres tenían tan mala impresión de ella?

—No lo tiene, Señora. Pero yo siempre la he llamado May.

—Gracias. Me parece un buen nombre.

Lazarus echó a andar. Kelsea inspiró hondo para darse valor y, en voz baja, dijo:

—No te he dicho que te vayas, Lazarus.

Él se volvió, inexpresivo.

—Lo siento. ¿Deseáis algo más, Señora?

—¿Por qué me habéis traído una yegua, si todos vosotros montáis caballos enteros?

—No sabíamos si sabríais montar, Señora —contestó él, y esta vez el deje burlón de su voz resultó inconfundible—. No sabíamos si seríais capaz de

controlar un entero.

Kelsea entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios creáis que había estado haciendo en el bosque tantos años?

—Jugar con muñecas, Señora. Haceros peinados. Probaros vestidos, tal vez.

—¿Te parezco una niña remilgada, Lazarus? —Kelsea notó que subía la voz. Algunas cabezas se habían vuelto para mirarlos—. ¿Tengo pinta de pasarme horas delante del espejo?

—No, en absoluto.

Kelsea sonrió; fue una sonrisa crispada que requirió cierto esfuerzo. Barty y Carlin nunca habían tenido espejos en la casa, y durante mucho tiempo Kelsea había creído que era para impedir que se volviera presumida. Sin embargo, un día, cuando tenía doce años, había visto su cara reflejada en la laguna de aguas transparentes que había detrás de la casita y entonces lo había entendido: su cara era tan anodina como el agua en la que se reflejaba.

—¿Puedo marcharme ya, Señora?

Se quedó mirándolo un instante, pensativa, y entonces dijo:

—Depende, Lazarus. Tengo unas alforjas llenas de muñecas y vestidos con los que jugar. ¿Quieres peinarme?

El soldado permaneció un momento quieto; la expresión de sus oscuros ojos era difícil de interpretar. De pronto agachó la cabeza, pero fue un gesto exagerado, demasiado profundo para ser sincero.

—Podéis llamarme Maza si lo deseáis, Señora. Todos me llaman así.

Tras decir eso, se alejó y su capa gris claro se perdió entre las sombras del crepúsculo. Kelsea se acordó del cepillo que tenía en la mano y se volvió para cepillar la yegua; mientras lo hacía, su mente se agitaba como un animal salvaje.

«Quizá me los gane con mi osadía.»

«Nunca te ganarás el respeto de esta gente. Podrás considerarte afortunada si llegas con vida a la Ciudadela.»

«Es posible. Pero tengo que intentar algo.»

«Hablas como si tuvieras opciones. Lo único que puedes hacer es lo que ellos te digan.»

«Soy la reina. No les debo obediencia.»

«Eso piensan la mayoría de las reinas, hasta el momento en que cae el

hacha.»

Cenaron carne de venado, una carne muy fibrosa, apenas comestible pese a haberla asado bien en la hoguera. Aquel ciervo debía de ser muy viejo. Kelsea solo había visto unos pocos pájaros y ardillas durante el trayecto por el bosque de Reddick, pese a que la vegetación era muy exuberante; allí no podía escasear el agua. A Kelsea le habría gustado preguntar a los soldados por qué había tan pocos animales, pero temió que lo interpretaran como una queja de la comida. De modo que masticó en silencio aquella carne correosa y se esforzó para no mirar fijamente a los hombres sentados a su alrededor con las armas al cinto. Los soldados no hablaban, y Kelsea no pudo evitar pensar que aquel silencio se debía a su presencia, y que era ella quien les impedía distraerse charlando, como habrían hecho de no encontrarse ella allí.

Después de cenar, se acordó del regalo de Carlin. Cogió uno de los faroles que había alrededor de la hoguera y fue a coger su mochila, que estaba colgada de la silla de montar de la yegua. Dos soldados, Lazarus y el otro más alto y ancho de espaldas al que había estado observando por el camino, se apartaron de la hoguera y, sin hacer apenas ruido, la siguieron hasta el cercado que habían improvisado. Kelsea comprendió que, tras años de soledad, seguramente jamás volvería a estar sola. Esa idea tal vez debería de haberla reconfortado, pero curiosamente se le hizo un nudo en el estómago. Se acordó de un fin de semana, cuando tenía siete años; Barty se había estado preparando para viajar a la aldea para vender carne y pieles. Hacía ese viaje cada tres o cuatro meses, pero esa vez Kelsea había decidido que quería acompañarlo; lo ansiaba tanto que creía que se moriría si no iba. Montó un berrinche monumental sobre la alfombra de la biblioteca, con lágrimas, gritos y mucho pataleo.

Carlin no tenía paciencia para ese tipo de teatro; intentó razonar con Kelsea durante unos minutos, y entonces se metió en su biblioteca. Fue Barty quien le lavó la cara y se la sentó en la rodilla hasta que paró de llorar.

—Eres valiosa, Kel —le dijo—. Como el cuero, o como el oro. Y si alguien descubriera que vives aquí, intentarían robarte. A ti no te gustaría que te robasen, ¿verdad?

—¡Pero si nadie sabe que vivo aquí, estoy sola! —replicó Kelsea entre sollozos.



Estaba muy segura de esa afirmación: ella era un secreto, y por lo tanto estaba sola.

Barty sacudió la cabeza sonriendo.

—Es cierto, Kel, nadie sabe que vives aquí. Pero el mundo entero sabe quién eres. Piénsalo un momento. ¿Cómo puedes estar sola si el mundo entero piensa en ti todos los días?

Pese a tener solo siete años, esa respuesta le había parecido sumamente evasiva viniendo de él. Había servido para secar sus lágrimas y calmar su ira, pero a lo largo de las semanas siguientes había recordado con frecuencia aquella frase, y le había dado vueltas en busca del fallo que sabía que contenía. Hasta transcurrido cerca de un año, cuando leía uno de los libros de Carlin, no encontró la palabra que había estado buscando: no era «sola», sino «anónima». La habían mantenido anónima todos aquellos años, y durante mucho tiempo ella había creído que Carlin (Barty tal vez no) la había escondido por crueldad. En el claro, con aquellos dos altos soldados detrás, se preguntó si su anonimato habría sido una bendición. En todo caso, ya lo había perdido.

Los soldados iban a dormir alrededor de la hoguera, pero habían montado una tienda de campaña para Kelsea a unos seis metros del borde del claro. Entró en ella y cerró la portezuela, y oyó que dos soldados se apostaban a sendos lados de la entrada; después se hizo el silencio.

Kelsea dejó su mochila en el suelo y hurgó entre la ropa hasta que encontró un sobre de papel de vitela blanco, uno de los pocos lujos que se permitía Carlin. Notó que dentro había un objeto que se deslizaba. Se sentó en la cama y miró fijamente la carta; confiaba en que estuviera llena de respuestas. Se la habían llevado de la Ciudadela cuando apenas tenía un año, y no conservaba ningún recuerdo de su verdadera madre. A lo largo de los años había ido descubriendo algunos detalles sobre la reina Elyssa: era hermosa, no le gustaba leer y había fallecido a los veintiocho años. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo había muerto: eso pertenecía a territorio prohibido. Siempre que formulaba una pregunta sobre su madre, Carlin sacudía la cabeza y murmuraba: «Lo prometí». Fuera lo que fuese eso que Carlin había prometido, quizá ese día se resolviera el misterio. Kelsea contempló un momento más el sobre; entonces rompió el sello de Carlin y lo abrió.

Del sobre cayó una joya azul colgada de una fina cadena de plata.

Kelsea cogió la cadena, la sostuvo colgada de sus dedos y la observó

atentamente bajo la luz del farol. Era un collar idéntico al que ella había llevado toda la vida: un zafiro con corte esmeralda, con una finísima cadenita de plata. El zafiro brillaba alegremente bajo la luz, lanzando destellos azulados intermitentes por el interior de la tienda.

Kelsea volvió a introducir la mano en el sobre en busca de una carta, pero no encontró nada. Comprobó que no hubiera quedado nada en las esquinas. Levantó el sobre y escudriñó en su interior a contraluz, y entonces vio una palabra escrita bajo el sello. Reconoció la caligrafía de Carlin.

### Cuidado.

De pronto oyó una fuerte carcajada alrededor de la hoguera y se sobresaltó. Con el corazón acelerado, aguzó el oído para discernir si los soldados que montaban guardia junto a su tienda decían algo, pero no oyó nada.

Se sacó el collar de debajo de la blusa y lo colocó junto al que acababa de encontrar en el sobre. Eran idénticos, no cabía duda: dos gemelos perfectos, incluidas las cadenillas. Habría sido muy fácil confundirlos. Kelsea se apresuró a esconder el collar que llevaba al cuello.

Levantó de nuevo el otro collar y, desconcertada, vio oscilar la joya. Carlin le había contado que todos los herederos al trono del Tearling habían llevado aquel zafiro desde el día de su nacimiento. Según la leyenda popular, la joya era una especie de amuleto que protegía de la muerte. En numerosas ocasiones, cuando era más pequeña, Kelsea se había planteado quitarse el collar, pero la superstición se había impuesto; ¿y si la partía un rayo nada más quitárselo? Por eso nunca se había atrevido a desprenderse de él. Carlin jamás había mencionado que existiera otra joya, pese a que debía de haber estado en su poder todo ese tiempo. Secretos... Con Carlin, todo era secreto. Kelsea no sabía por qué la habían dado en adopción a Carlin, ni quién había sido hasta ese momento, en su vida anterior. Suponía que había sido alguien importante, ya que se desenvolvía con demasiada elegancia para vivir en una casita del bosque. Hasta la presencia de Barty parecía desdibujarse cada vez que aparecía Carlin.

Kelsea contempló la palabra escrita en el interior del sobre: «Cuidado». ¿Sería otro recordatorio de que debía ser prudente en su nueva vida? Lo dudaba; en las últimas semanas había oído esa recomendación hasta la saciedad. Parecía más probable que ese otro collar fuera diferente, de alguna

manera; quizá incluso peligroso. Pero ¿en qué radicaba la diferencia? El collar de Kelsea no era peligroso; de haberlo sido, Barty y Carlin no le habrían permitido llevarlo siempre puesto.

Miraba fijamente la joya, pero esta se limitaba a colgar, tan ufana, de la cadenilla mientras la tenue luz del farol arrancaba destellos a sus múltiples facetas. Kelsea se sintió ridícula y guardó el collar en lo más hondo del bolsillo interior de su capa. Tal vez a la luz del día resultara más fácil apreciar alguna diferencia entre los dos. Metió el sobre dentro de la carcasa del farol y vio cómo la llama devoraba el grueso papel mientras una rabia contenida impregnaba sus pensamientos. Carlin nunca daba respuestas: solo generaba más preguntas.

Se tumbó y se quedó mirando el techo de la tienda. Se sentía absolutamente aislada, pese a saber que fuera estaban los soldados. Hasta ese día, desde que Kelsea tenía uso de razón, Barty y Carlin siempre se quedaban en el piso de abajo, despiertos, cuando ella iba a acostarse: Carlin con un libro en la mano y Barty haciendo tallas o experimentando con alguna planta que hubiera encontrado para obtener un anestésico o un antibiótico útiles. Pero Barty y Carlin ya estaban lejos, dirigiéndose hacia el sur.

«Ahora estoy sola.»

Se oyeron más risas amortiguadas alrededor de la hoguera. Kelsea estuvo deliberando brevemente si salir afuera e intentar, al menos, hablar con los soldados, pero lo descartó. Ellos debían de estar hablando de mujeres, o de batallas, o quizá de viejos compañeros; su presencia no sería bien recibida. Además, la larga cabalgata y el frío la habían dejado agotada y le dolían mucho los muslos. Apagó el farol y se tumbó sobre un costado a la espera de un sueño irregular.

Al día siguiente cabalgaron más despacio, pues el tiempo había empeorado. Si bien el frío ya no era tan intenso, una fina y desagradable neblina se adhería a todo, envolvía los troncos de los árboles y se desplazaba por encima del suelo formando corrientes sinuosas. El terreno era cada vez más llano; el bosque, menos cerrado, y entre los árboles crecía un sotobosque espeso. Empezaban a aparecer más animales, la mayoría desconocidos para Kelsea: ardillas pequeñas y unas bestias de aspecto canino, babeantes, que habrían podido confundirse con lobos si no se hubieran mostrado tan asustadizas y no hubieran

huido al ver el escuadrón. Pero no vieron ni un solo ciervo, y, cuando se hizo completamente de día, Kelsea identificó otra de las fuentes de su creciente desasosiego: no se oía ni un solo trino de pájaro.

Los soldados también parecían desanimados. Kelsea se había despertado varias veces durante la noche por sus continuas risas, y se había preguntado cuándo se callarían y se pondrían a dormir. Sin embargo, toda aquella alegría parecía haberlos abandonado, igual que el buen tiempo. A medida que avanzaba el día, Kelsea se fijó en que, cada vez más, los soldados lanzaban rápidas miradas detrás de ellos, pese a que ella no veía más que vegetación.

Hacia mediodía se detuvieron para abreviar los caballos en un arroyo que atravesaba el bosque. Carroll desplegó un mapa y él y unos cuantos hombres más se apiñaron alrededor; a partir de los fragmentos de conversación que alcanzó a oír, Kelsea concluyó que la neblina les estaba causando problemas, pues les impedía ver los puntos de referencia que indicaban el camino.

Fue cojeando hasta una gran roca lisa junto al arroyo. Sentarse le produjo un dolor atroz; sintió como si los músculos de sus caderas fueran a desprenderse del hueso cuando doblase las rodillas. Tras maniobrar un poco, consiguió sentarse con las piernas cruzadas, y entonces comprobó que también le dolían las nalgas de cabalgar tantas horas seguidas.

Elston, el soldado corpulento que había permanecido casi todo el camino al lado de Kelsea, la siguió hasta la roca y se quedó vigilando a unos escasos dos metros. Cuando Kelsea levantó la cabeza, él compuso una sonrisa torcida y mostró una boca llena de dientes rotos. La joven intentó ignorarlo, estiró una pierna y se tocó el pie. Sintió como si estuvieran cortándole los músculos del muslo a tiras.

—¿Duele? —le preguntó Elston.

La mermada dentadura le impedía articular las palabras correctamente; Kelsea tuvo que pensar un momento para entender lo que le había dicho.

—No, en absoluto.

—¡Ja! ¡Si apenas podéis moveros! —exclamó él riendo, y rápidamente añadió—: Señora.

Kelsea estiró los brazos y se tocó los dedos de los pies. Le dolieron muchísimo los muslos, y sintió como si los tuviera en carne viva, como si en su interior hubiese costuras que se abrían y sangraban. Se sujetó los dedos de los pies durante unos cinco segundos y entonces los soltó. Cuando volvió a mirar a Elston, vio que él seguía con aquella sonrisa desdentada en los labios.

El soldado guardó silencio y permaneció quieto hasta que llegó la hora de volver a montar.

Poco antes del ocaso montaron el campamento. Kelsea acababa de desmontar cuando le arrancaron las riendas de la mano; se dio la vuelta y vio a Maza llevándose su yegua. Fue a protestar, pero se lo pensó mejor y se volvió hacia el resto de la guardia, y vio que cada uno se ocupaba de sus tareas. El soldado más joven estaba sacando el material para armar su tienda de las alforjas de su caballo.

—¡Ya lo hago yo! —le gritó Kelsea, y cruzó el claro a grandes zancadas, con un brazo extendido para que el soldado le diera alguna herramienta, o quizá un arma: no le importaba. Jamás se había sentido tan inútil.

El soldado le acercó un mazo y dijo:

—Para montar la tienda hacen falta dos personas, Alteza. ¿Puedo ayudaros?

—Claro que sí —contestó Kelsea, satisfecha.

Uno sujetaba las estacas y el otro las golpeaba; de ese modo, montar la tienda resultaba sencillo, y Kelsea aprovechó para entablar conversación con el soldado. Se llamaba Pen y era relativamente joven; no aparentaba más de treinta años, y en su cara no se apreciaban las arrugas ni el desgaste que parecían grabados en los semblantes del resto del escuadrón. Era guapo, con el pelo castaño oscuro y un rostro despejado y bondadoso. Pero, curiosamente, todos los soldados de la guardia de su madre eran atractivos, aunque aparentaran más de cuarenta años; incluido Elston, siempre que tuviese la boca cerrada. No podía creer que su madre hubiera escogido a sus soldados solo por su aspecto físico.

Kelsea se sentía cómoda charlando con Pen. Cuando le preguntó qué edad tenía, él contestó que cuatro días atrás había cumplido los treinta.

—Eres demasiado joven para haber formado parte de la guardia de mi madre —observó Kelsea.

—Así es, Señora. Yo no conocí a vuestra madre.

—Entonces ¿por qué participas en esta misión?

Pen se encogió de hombros y señaló su espada, como si eso lo explicara todo.

—¿Desde cuándo eres soldado?

—Maza me encontró cuando yo tenía catorce años, Señora. Desde entonces soy recluta.

—¿Sin gobernante en palacio? ¿Has sido soldado de la guardia de mi tío?

—No, Señora. —Una sombra de aversión cruzó el semblante de Pen; fue tan breve que Kelsea pensó que tal vez se lo había imaginado—. El Regente tiene su propia guardia.

—Claro —repuso Kelsea, y acabó de clavar una estaca en el suelo; entonces se incorporó, se desperezó e hizo una mueca al oír los crujidos de sus vértebras.

—¿Os adaptáis bien a este ritmo, Alteza? Me imagino que no habréis hecho muchos viajes largos a caballo.

—El ritmo está bien. Y, según tengo entendido, es necesario.

—Así es, Señora. —Pen bajó la voz y miró alrededor—. Nos siguen de cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Los halcones. —Pen señaló hacia el cielo—. Los llevamos detrás desde que salimos de la Ciudadela. Ayer llegamos tarde porque dimos varios rodeos para despistarlos. Pero a los halcones no se les puede engañar. Quien los controla ya debe de estar tras nuestra pista.

Pen hizo una pausa. Kelsea cogió otra estaca y, fingiendo indiferencia, comentó:

—Hoy no he oído ningún halcón.

—Los halcones de mort no hacen ruido, Señora. Están entrenados para eso. Pero de vez en cuando puedes verlos en el cielo, si sabes buscarlos. Son endiabladamente rápidos.

—¿Por qué no nos atacan?

—Porque somos muchos. —Pen sujetó la última esquina de la tienda para que Kelsea pudiera clavar—. Los mort entrenan a sus halcones como si fueran soldados, y no pierden el tiempo atacando a un enemigo que los supera en número. Si pueden, intentarán eliminarnos uno a uno.

Pen hizo otra pausa, y Kelsea agitó el mazo y dijo:

—No temas asustarme. Debo temer a la muerte independientemente de las historias que me cuentes.

—Lo sé, Señora, pero el miedo puede ser perjudicial a su manera.

—Esos perseguidores... ¿los envía mi tío?

—Probablemente, Señora, pero los halcones indican que vuestro tío cuenta con ayuda.

—Explícame eso.

Pen volvió la cabeza y murmuró:

—Ha sido una orden directa. Si Carroll me lo pregunta, así se lo diré. Vuestro tío lleva años negociando con la Reina Roja. Hay quien dice que han sellado una alianza secreta.

La reina de Mortmesne. Nadie sabía quién era, ni de dónde provenía, pero se había convertido en una soberana poderosa que llevaba más de un siglo al frente de un reinado largo y sangriento. Carlin contemplaba Mortmesne como una amenaza; una alianza con el reino vecino podía resultar ventajosa. Antes de que Kelsea pudiera hacer más preguntas, Pen empezó a hablar de nuevo:

—Se supone que los mort no venden armas a los tear, pero cualquiera que tenga suficiente dinero puede hacerse con unos halcones mort en el mercado negro. Lo que yo creo es que tenemos al Cadén pisándonos los talones.

—¿El gremio de los asesinos?

Pen soltó una risotada.

—¡Un gremio! Eso sería atribuirles mucha organización, Señora. Pero sí, son asesinos, y muy competentes. Circula el rumor de que vuestro tío ha ofrecido una generosa recompensa a quien logre encontrarlos. Los cadén viven para esos desafíos.

—Y ¿nuestro número no los detendrá?

—No.

Kelsea miró alrededor mientras asimilaba esa información. En medio del campamento había tres soldados agachados junto al montón de leña que habían recogido; renegaban sin cesar porque les estaba costando mucho encender el fuego. Los otros arrastraban troncos caídos para improvisar una cerca alrededor del campamento. El propósito de esas defensas estaba bastante claro, y Kelsea sintió un inevitable hormigueo de temor mezclado con culpabilidad. Nueve hombres, convertidos en objetivo junto con ella.

—¡Señor!

Carroll salió pisando fuerte de entre los árboles.

—¿Qué sucede?

—Halcón, señor. Por el noroeste.

—Bien visto, Kibb. —Carroll se frotó la frente y, tras un momento de deliberación, fue hacia la tienda.

—Pen, ve a ayudarlos con la cena.

Pen sonrió brevemente a Kelsea, una sonrisa traviesa que denotaba simpatía, y desapareció en la penumbra.

Los ojos de Carroll eran dos círculos oscuros.

—Vienen por nosotros, Señora. Nos van a atacar.

Kelsea hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Sabéis pelear? —preguntó el capitán.

—Puedo defenderme contra un solo atacante con el puñal. Pero no sé luchar con espada. —De pronto, Kelsea reparó en que, además, Barty era quien la había entrenado en autodefensa, y él no tenía los reflejos de un hombre joven—. No soy una gran luchadora.

Carroll ladeó la cabeza, y en sus oscuros ojos brilló un destello de humor.

—Yo no tengo elementos para juzgar, Señora. Os he observado a lo largo de este viaje, y no me cabe duda de que sabéis ocultar vuestro malestar. Pero se acerca el momento... —Carroll miró alrededor y bajó la voz para continuar—: Se acerca el momento en que tal vez me vea en la necesidad de dividir a mis hombres para despistar a nuestros perseguidores. Si así sucede, mi elección de vuestro guardaespaldas dependerá en gran medida de vuestras habilidades.

—Bueno, leo deprisa y sé preparar un buen estofado.

Carroll asintió en señal de aprobación.

—Veo que os tomáis todo esto con sentido del humor, Señora. Lo vais a necesitar, porque iniciáis una vida de grandes peligros.

—Todos vosotros habéis arriesgado mucho para escoltarme hasta la Ciudadela, ¿no es así?

—Vuestra madre nos encargó esa misión, Señora —replicó Carroll con frialdad—. Nuestro honor no nos habría permitido nada menos.

—Usted fue soldado de mi madre, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Después de que me llevéis a la Ciudadela, ¿será soldado del Regente?

—Todavía no lo he decidido, Señora.

—¿Puedo hacer algo para influir en esa decisión?

El capitán desvió la mirada; era evidente que se sentía incómodo.

—Señora...

—Hable con libertad.

Carroll hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Señora, creo que sois mucho más fuerte de lo que aparentáis. Me da la impresión de que algún día podríais ser una auténtica reina, pero estáis condenada a morir, igual que todo el que os siga. Tengo familia, Señora. Hijos. Jamás usaría a mis hijos para apostar en una partida de cartas; no puedo poner en peligro sus vidas por seguros, dadas nuestras escasas probabilidades de



éxito.

Kelsea asintió y disimuló su decepción.

—Lo entiendo.

Carroll pareció aliviado; seguramente se figuraba que Kelsea empezaría a lloriquear.

—Por mi posición, difícilmente me enteraría de conspiraciones específicas contra vos. Quizá tendríais más suerte si preguntarais a Lazarus, nuestra Maza; él siempre se las ingenia para descubrir lo que otros ignoran.

—Ya nos hemos presentado.

—No os fiéis de la Iglesia de Dios. Dudo que el Santo Padre sienta un gran amor por el Regente, pero es lógico que se ponga de parte de la persona que se sienta en el trono y guarde las llaves de las arcas. Se arrimará a quien más le convenga, como debemos hacer todos.

Kelsea volvió a asentir. Carlin había expresado algo muy parecido solo unos días atrás.

—Los soldados que integran mi escuadrón son buenos hombres. Me jugaría la vida por ello. Vuestro verdugo, cuando llegue, no será uno de nosotros.

—Gracias, capitán. —Kelsea miró a los soldados, que por fin habían conseguido encender el fuego y habían empezado a avivar las débiles llamas—. Creo que tengo por delante un duro camino.

—Eso mismo dijo vuestra madre hace dieciocho años, cuando me encargó la misión de devolveros a la Ciudadela.

Kelsea parpadeó.

—¿Cómo? ¿No os encargó que me sacarais de allí?

—No. Fue Lazarus quien os sacó a escondidas del castillo cuando erais una cría. Es infalible para esas cosas.

Carroll sonrió al recordar algo que no podía compartir con Kelsea. Tenía una sonrisa bonita, pero Kelsea se fijó una vez más en lo demacrado de su rostro, y se preguntó si estaría enfermo. La mirada del capitán se detuvo en el zafiro, que había vuelto a salirse de la blusa de Kelsea; entonces se volvió bruscamente y la dejó con un revoltijo de información que tendría que analizar sola. Kelsea metió una mano en el bolsillo de su capa y acarició la otra joya que llevaba guardada allí.

—¡Alteza! —gritó Pen desde la hoguera, que ya había prendido—. Hacia el este hay un pequeño arroyo, por si queréis lavaros.

Kelsea asintió con la cabeza mientras seguía dando vueltas a los consejos

de Carroll y trataba de analizarlos como un problema práctico. Iba a necesitar un guardaespaldas y su propia guardia. ¿Dónde iba a encontrar a personas lo bastante leales para no sucumbir ante las amenazas del Regente y rechazar sus sobornos? La lealtad no se obtenía de la noche a la mañana, ni podía comprarse, pero Kelsea tendría que comer.

Lamentó no haber interrogado a Carroll sobre su madre. Él había sido soldado de la reina Elyssa durante años; debía de saberlo todo sobre ella. Pero no, los soldados de la reina hacían voto de discreción. Él no revelaría nada, ni siquiera a Kelsea. Apretó los dientes. Había dado por hecho que la transición a su nueva vida significaría el fin de todos los secretos; después de todo, iba a ser reina. Sin embargo, aquellos hombres no estaban más dispuestos que Carlin a proporcionarle la información que ella buscaba.

Tenía pensado darse un baño aquella noche, cuando desmontaran; notaba el pelo grasiento y empezaba a oler su propio sudor cada vez que se movía. El arroyo cercano serviría, pero la perspectiva de bañarse bajo la atenta mirada de Pen o de Elston, o, peor aún, de Lazarus, era impensable. Tendría que soportar la suciedad y consolarse pensando que sus soldados no olían mucho mejor. Se recogió el pelo y se hizo un moño; saltó de la roca y se dirigió al arroyo.

Esa noche, los soldados volvieron a estar muy bulliciosos alrededor de la hoguera. Kelsea se acostó en la tienda; primero intentó dormir, pero poco a poco fue enfureciéndose. No paraba de dar vueltas a infinidad de preguntas sin respuesta, lo que bastaba para impedirle conciliar el sueño; y, por si eso fuera poco, los soldados, que por lo visto se habían emborrachado, no paraban de reír a carcajadas. Se tapó la cabeza con la capa, decidida a ignorarlas; pero, cuando los hombres se pusieron a cantar una canción subida de tono sobre una mujer con una rosa tatuada, Kelsea se destapó la cabeza, se puso la capa y salió de la tienda.

Los soldados habían repartido sus sacos de dormir alrededor de la hoguera, pero, por lo visto, todavía no tenían ninguna intención de utilizarlos. Kelsea percibió un intenso olor a levadura, muy desagradable, y supuso que debía de ser olor a cerveza, aunque en la casita nunca había habido alcohol. Carlin no lo habría permitido.

Solo Carroll y Maza se levantaron al ver que se acercaba. Parecían sobrios,

pero el resto de la guardia se limitó a observarla sin pestañear. Todos excepto Elston, que se había quedado dormido con la cabeza apoyada en un grueso tronco de roble.

—¿Necesitáis algo, Señora? —preguntó Carroll.

Kelsea se moría de ganas de gritarles para descargar la ira reprimida durante las dos horas que llevaba sin poder dormir, pero vio sus rostros enrojecidos y se lo pensó mejor. Carlin siempre decía que era más fácil razonar con un niño pequeño que con un borracho. Además, los borrachos de los libros solían revelar secretos. Quizá Kelsea consiguiera sonsacarles algo.

Se sentó en el suelo entre Elston y Pen, encima de la capa.

—Quisiera saber qué va a pasar cuando lleguemos a Nueva Londres.

Pen la miró con los ojos empañados.

—¿Qué va a pasar?

—Si mi tío intentará matarme cuando lleguemos a la Ciudadela.

Todos la miraron un instante, hasta que Maza dijo:

—Seguramente.

—Dudo que vuestro tío pudiera matar a nadie —masculló Coryn—. A mí me preocuparían más los hombres del Cadén.

—No sabemos si son ellos los que nos siguen —argumentó el soldado de la barba pelirroja.

—No sabemos nada —declaró Carroll, y con eso los hizo callar—. Señora, ¿por qué no os limitáis a confiar en que os protegeremos?

—Vuestra madre siempre confió en nosotros —añadió el pelirrojo.

Kelsea entrecerró los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Dyer, Señora.

—Bien, Dyer, pero yo no soy mi madre. Ahora es a mí a quien tenéis que proteger.

Dyer parpadeó abriendo mucho los ojos en la penumbra. Al cabo de un momento murmuró:

—No pretendía ofenderos, Señora.

Ella asintió y miró a Carroll.

—Os he preguntado qué va a pasar cuando lleguemos allí.

—Dudo mucho que tengamos que pelear para llegar a la Ciudadela, Señora. Os llevaremos a plena luz del día; la ciudad estará abarrotada este fin de semana, y el Regente no es lo bastante valiente para mataros delante de todo el

mundo. Pero irán a buscaros a la Ciudadela, eso sin duda.

—¿Quién?

—Vuestro tío no es el único que desea veros muerta, Señora —intervino Maza—. A la Reina Roja le interesa que el Regente siga en el trono.

—¿Entonces no es seguro el castillo que hay dentro de la Ciudadela?

—No hay ningún castillo. La Ciudadela es enorme, pero es una única estructura: vuestro castillo.

Kelsea se sonrojó.

—No lo sabía. Nadie me ha contado nada de la Ciudadela.

—¿Qué demonios habéis aprendido todos estos años? —preguntó Dyer.

Carroll rio y dijo:

—Ya conoces a Barty. Era un gran médico, pero no muy dado a revelar detalles. A menos que estuviera hablando de sus adoradas plantas.

Kelsea no quería saber nada de las experiencias que otras personas hubieran tenido con Barty. Antes que Dyer pudiese replicar, lo interrumpió preguntando:

—Y ¿qué hay de nuestros perseguidores?

—Seguramente sean cadén —contestó Carroll—, con alguna ayuda de los mort. Esos halcones que hemos visto podrían ser simples halcones, pero lo dudo. Vuestro tío es muy capaz de aceptar ayuda de los mort.

—Ya lo creo —dijo Elston arrastrando las palabras; levantó la cabeza del tronco y se limpió un poco de baba de la comisura de la boca—. Me sorprende que el Regente no haya utilizado a sus propias mujeres como escudos.

—Creía que el Tearling era pobre —lo interrumpió Kelsea—. ¿Qué podría ofrecer mi tío a cambio de una alianza como esa? ¿Madera?

Los soldados se miraron, y Kelsea notó que se unían contra ella en silencio; fue tan obvio como si se estuvieran comunicando en voz alta.

—Señora —se excusó Carroll—, muchos de nosotros nos hemos pasado la vida protegiendo a vuestra madre, y no dejaremos de protegerla por el simple hecho de que haya fallecido.

—Yo nunca pertencí a la guardia de la reina Elyssa —puntualizó Pen—. ¿No podría...?

—Pen, tú eres guardia real.

Pen se calló. Kelsea paseó la mirada por el corro que formaban los soldados.

—¿Todos sabéis quién es mi padre?

Los hombres la miraron de hito en hito en muda rebelión. Kelsea notó que empezaba a ponerse de mal humor, y automáticamente se mordió la cara interna de la mejilla derecha. Carlin le había advertido en innumerables ocasiones que un gobernante no podía permitirse tener mal genio; Kelsea había aprendido a controlar su temperamento cuando estaba con Carlin, y esta se había dado por satisfecha. Barty, en cambio, la conocía mejor. Era él quien le había sugerido a Kelsea morder algo en esos casos. El dolor contrarrestaba la ira, al menos temporalmente, y la enviaba a algún otro sitio. Sin embargo, esta vez su frustración no se fue a ninguna parte. Sintió como si volviera a estar en el aula con Carlin. Aquellos hombres sabían muchas cosas, pero no estaban dispuestos a contarle ni una sola.

—Muy bien. Veamos, ¿qué podéis decirme de la Reina Roja?

—Es una bruja —declaró cansinamente el soldado rubio y atractivo.

Era la primera vez que Kelsea le oía hablar. El fuego daba realce a sus facciones, simétricas y bien cinceladas. Sus ojos eran de un azul puro y glacial. ¿Habría escogido su madre a aquellos hombres por su aspecto? Kelsea volvió a descartar esa posibilidad. Tenía una idea muy concreta de cómo debía de haber sido su madre, una idea creada en su más tierna infancia y que había ido embelleciéndose y ampliándose a lo largo de los años que Kelsea había pasado atrapada en la casita. Su madre era una mujer bella y bondadosa, cariñosa y asequible, mientras que Carlin era fría y distante. Su madre nunca ocultaba nada. Algún día su madre iría a buscarla y se la llevaría de la casita y de sus interminables rutinas de aprendizaje, entrenamiento y preparación. Sin embargo, ese esperado rescate estaba tardando un poco más de lo previsto.

Un día, cuando Kelsea tenía siete años, Carlin la llevó a la biblioteca y le contó que su madre había fallecido mucho tiempo atrás. Eso puso fin a todos sus sueños de evasión, pero no impidió que Kelsea construyera nuevas y más elaboradas fantasías: la reina Elyssa había sido una gran reina, muy amada por sus súbditos, una heroína que se había asegurado de que los pobres no pasaran hambre y los enfermos recibieran atención médica. La reina Elyssa se sentaba en su trono y administraba justicia para quienes no podían procurársela por sus propios medios. Cuando murió, el cortejo fúnebre recorrió las calles de la ciudad, donde se apiñaban sus súbditos, llorosos, y un batallón del ejército tear se despidió de ella entrechocando las espadas. Kelsea había afinado y

pulido esa escena hasta poder evocarla en cualquier momento. Pensar que cuando regresara a la ciudad con diecinueve años para ocupar el trono también habría un desfile, y que cabalgaría hasta la Ciudadela rodeada de vítores y llantos, saludando con benevolencia a sus súbditos por el camino, aliviaba su miedo a convertirse en reina.

Miró al grupo de hombres alrededor del fuego y sintió una ligera desazón. ¿Qué sabía, en definitiva, de su madre, la reina? ¿Qué podía saber, si Carlin siempre se había negado a revelar nada?

—Venga, Mhurn —replicó Dyer dirigiéndose al soldado rubio, y sacudió la cabeza—. Nadie ha demostrado que la Reina Roja sea una bruja.

Mhurn le lanzó una mirada fulminante.

—Es una bruja. No importa que haya demostrado tener poderes o no. Cualquiera que haya sobrevivido a la invasión de los mort sabe que es una bruja.

—¿Qué pasa con la invasión de los mort? —preguntó Kelsea, interesada.

Carlin nunca le había explicado detalladamente la invasión ni sus causas. Veinte años atrás, los mort habían entrado en el Tearling, habían recorrido el país y habían llegado hasta las murallas de la Ciudadela. Y luego... nada. La invasión había terminado. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, Carlin siempre se lo saltaba en sus clases de historia.

Mhurn ignoró a Carroll, que había empezado a mirarlo con el ceño fruncido, y continuó:

—Señora, tengo un amigo que participó en la batalla del Crithe. La Reina Roja envió tres legiones del ejército mort al Tearling y les dio carta blanca para cometer todo tipo de atrocidades por el camino hasta Nueva Londres. La batalla del Crithe fue una auténtica masacre. Los aldeanos tear, armados con bastones de madera, pelearon contra los soldados mort, armados con hierro y acero, y cuando hubieron muerto los hombres, todas las mujeres de entre cinco y ochenta años...

—Mhurn —murmuró Carroll—. Recuerda con quién estás hablando.

Entonces, inesperadamente, Elston terció:

—Llevo todo el día observándola, señor. Créame, es dura de pelar.

Kelsea estuvo a punto de sonreír, pero ese impulso se vio frenado rápidamente cuando Mhurn continuó, con la vista clavada en el fuego, como hipnotizado:

—Mi amigo huyó de su aldea con su familia al ver que se acercaba el

ejército mort. Intentó cruzar el Crithe y llegar a las aldeas del norte, pero no se dio bastante prisa, y, por desgracia para él, tenía una esposa joven y hermosa. Ella murió ante sus ojos cuando el décimo soldado mort todavía estaba dentro de ella.

—¡Por amor de Dios, Mhurn! —Dyer se levantó y fue tambaleándose hasta el borde del campamento.

—¿Adónde vas? —le gritó Carroll.

—¿Adónde quiere que vaya? Necesito mear.

Kelsea sospechó que Mhurn había contado esa historia solo para impresionarla, y no mudó la expresión. Sin embargo, en cuanto los hombres dejaron de mirarla, tragó saliva y notó un sabor amargo en el paladar. Oír el relato de Mhurn no tenía nada que ver con leer relatos de batallas brutales en un libro.

Mhurn echó un vistazo alrededor del campamento, con la rubia cabeza agachada y gesto beligerante.

—¿Hay alguien más que piense que la nueva reina no debería tener esta información? —inquirió.

—Yo solo pongo en duda la elección del momento, imbécil —replicó Carroll en voz baja—. Ya habrá tiempo para esas historias cuando haya ocupado el trono.

—Si es que llega a ocuparlo. —Mhurn, que había encontrado su taza, dio un gran sorbo y tragó convulsivamente. Tenía los ojos enrojecidos, y parecía tan cansado que Kelsea pensó que debería dejar de beber, pero no encontró la manera de decírselo—. En todas las aldeas que encontraban por el camino siguieron violando y asesinando, Señora, trazando una línea recta que atravesaba todo el país, desde el Argive hasta las murallas de Nueva Londres. Mataban incluso a los recién nacidos. Un general mort llamado Ducarte fue desde la llanura del Almont hasta las murallas de Nueva Londres con el cadáver de un bebé tear atado a su escudo.

Kelsea quería preguntar qué había pasado en las murallas de Nueva Londres, pues ahí era donde siempre se interrumpían los relatos de Carlin. Pero estaba de acuerdo con Carroll: Mhurn necesitaba que lo frenaran. Además, no sabía si podría asimilar más relatos en primera persona.

—¿Qué intentas decir con eso?

—Lo que intento decir es que los soldados, la mayoría de los soldados, no nacen con el deseo de actuar de esa forma. Ni siquiera se les entrena para

actuar así. Los crímenes de guerra se cometen por una de estas dos causas: necesidad o voluntad del líder. En ese caso, no fue por necesidad, porque el ejército atravesó el Tearling como un cuchillo caliente atraviesa un taco de mantequilla; para ellos fueron unas vacaciones. Si hubo crueldad y masacre fue porque así lo quiso la Reina Roja. Según el último censo, en el Tearling viven más de dos millones de personas, y no sé si saben lo precaria que es su posición. Pero creo que vos sí deberíais saberlo, Señora.

Kelsea tragó saliva y preguntó:

—¿Qué fue de tu amigo?

—Lo apuñalaron en el vientre y lo dejaron para que muriera desangrado. Pero no lo hicieron bien, y mi amigo sobrevivió. Sin embargo, el ejército mort se llevó a su hija de diez años. No volvió a verla con vida.

Dyer regresó de los árboles; se acercó andando despacio y se dejó caer encima de su saco de dormir. Kelsea, con la vista clavada en la hoguera, rememoró una mañana de estudio en la biblioteca de Carlin. Esta le había mostrado un mapa antiguo de la frontera entre el Tearling y Nueva Europa, una línea irregular que discurría por la linde oriental del bosque de Reddick y la llanura del Almont. Carlin era una gran admiradora de Nueva Europa. Ya en los primeros días después de la Travesía, cuando las fronteras apenas estaban trazadas y todo el sur del Nuevo Mundo era un campo de batalla para los caudillos, Nueva Europa había sido una floreciente democracia representativa con sufragio casi universal. Pero la Reina Roja había cambiado muchas cosas; Nueva Europa se había convertido en Mortmesne, y la democracia había desaparecido.

—Entonces ¿qué quiere la Reina Roja? —había preguntado Kelsea a Carlin. No le interesaban los mapas, y quería dar fin a la clase.

—Lo mismo que quieren todos los conquistadores, Kelsea: todo, sin ninguna limitación.

Por el tono con que lo dijo, Kelsea tuvo la certeza de que Carlin, que no le temía a nada ni a nadie, sí temía a la Reina Roja. Se suponía que los soldados de la Guardia Real tampoco le temían a nada, pero Kelsea miró alrededor y vio algo muy diferente reflejado en sus caras.

—Bueno, pues entonces será mejor que no deje que la Reina Roja nos invada otra vez —dijo procurando adoptar un tono más ligero.

Dyer soltó una risotada.

—Poco podríais hacer, Señora, si a ella se le metiera esa idea en la cabeza.



Carroll dio unas palmadas.

—Bien, ahora que Mhurn ya nos ha contado el cuento de ir a dormir, podemos acostarnos. Y si alguno de vosotros quiere que Elston le dé un beso de buenas noches, no tiene más que decírselo.

Elston rio con la taza pegada a los labios; luego extendió sus gruesos brazos y dijo:

—¡Soy todo vuestro!

Kelsea se levantó y se ciñó la capa.

—¿No vais a estar resacosos por la mañana?

—Seguramente —farfulló el soldado moreno llamado Kibb.

—Y ¿seguro que es conveniente que tantos de vosotros hagáis este viaje borrachos?

Carroll rio y dijo:

—La verdadera Guardia la formamos Lazarus y yo, Señora. Estos otros siete solo son piezas del decorado.

Todos se echaron a reír, y Kelsea, sintiéndose de nuevo excluida, se dio la vuelta y volvió a su tienda. No la siguió ningún soldado, y pensó que esa noche no iban a vigilar su tienda. Pero cuando volvió la cabeza, vio a Maza detrás de ella; su alta silueta era inconfundible incluso a oscuras.

—¿Cómo lo haces?

Él se encogió de hombros y respondió:

—Tengo un don.

Kelsea se metió en la tienda y cerró la portezuela. Se tumbó en el saco de dormir y deslizó una mano bajo la mejilla. En la hoguera había fingido aplomo, pero ahora estaba temblando: el frío se había extendido desde su pecho al resto de su cuerpo. Según Carlin, Mortmesne era una amenaza para todos sus vecinos. La Reina Roja se había propuesto dominarlos, y lo estaba consiguiendo. Si era verdad que el Regente se había aliado con ella, ya controlaba también el Tearling.

Oyó una tos áspera cerca de la hoguera, pero esa vez a Kelsea no le molestó el ruido. Metió una mano en la capa, sacó el segundo collar y lo apretó fuertemente con una mano; en la otra tenía el suyo. Con la vista fija en el techo de la tienda, se puso a pensar en mujeres violadas y bebés clavados en espadas, y tardó mucho en dormirse.

## La persecución

El Tearling no es un reino extenso, pero abarca gran variedad de geografía y clima. El centro del país es llano y templado, con abundantes y fértiles tierras de labranza. El reino limita al oeste con el Golfo del Tearling, y más allá está el Océano de Dios, que no fue cruzado hasta bien entrado el reinado de la reina Glynn. Hacia el sur, el país se vuelve seco y polvoriento hasta llegar a la frontera del Cadare. En la frontera norte, más allá del bosque de Reddick, están las estribaciones de la infranqueable cordillera de Fairwitch. Y al este, por supuesto, se encuentra la irregular frontera del Tearling con Mortmesne. A medida que transcurrían los años y progresaba el Reinado Rojo de Mortmesne, los monarcas del Tearling contemplaban esa frontera oriental con inquietud creciente. Y tenían motivos bien fundados.

CALLOW EL MÁRTIR,  
*El Tearling como nación militar*

Al alba, antes de asomar el sol por el horizonte, la reina de Mortmesne despertó de una pesadilla. Se quedó inmóvil un momento, con la respiración entrecortada, hasta que reconoció el color rojo escarlata de sus aposentos. Las paredes estaban forradas con paneles de roble tear; toda la madera tenía dragones grabados en relieve y estaba teñida de rojo. La cama de la reina era enorme, con sábanas de seda roja, cómoda y de una sola pieza. Sin embargo, la almohada donde apoyaba la cabeza estaba empapada de sudor. Había tenido el mismo sueño que llevaba dos semanas despertándola: la niña, el fuego, el hombre vestido de gris cuya cara nunca alcanzaba a ver, y, por último, el vuelo hasta la frontera de sus tierras.

La reina se levantó y fue hasta las ventanas con vistas a la ciudad. Los bordes de los cristales estaban opacos a causa de la helada, pero en los

aposentos la temperatura era muy agradable. Los cristaleros de Cadare fabricaban un material aislante de una eficacia asombrosa; hasta tal punto que muchos afirmaban que empleaban magia, aunque la reina sabía que no era cierto. En los reinos vecinos no había más magia que la que ella autorizara, y no había otorgado a los cadarenes licencia para hechizar su cristal ni ninguna otra cosa. Aun así, habían conseguido un nivel de aislamiento admirable. Todos los años, Mortmesne recaudaba una buena parte de los tributos de Cadare en cristal.

Desde la ventana, la reina contempló la ciudad real de Demesne, silenciosa y todavía oscura. Miró al cielo y vio que se acercaba la cuarta hora; solo los panaderos debían de estar despiertos. En el castillo reinaba un silencio absoluto, pues todos sabían que la reina nunca se levantaba antes de salir el sol.

Y sin embargo ese día estaba despierta.

La niña. Era la hija oculta, la hija de Elyssa; no podía ser otra. En los sueños de la reina era morena y robusta, con un rostro duro y decidido, y con los ojos verdes de los Raleigh heredados de su madre. Sin embargo, a diferencia de Elyssa, era feúcha, y ese, de alguna forma, parecía el peor detalle, pues le confería realidad. El resto del sueño era una masa borrosa de persecución, de intentos de huida mientras la reina intentaba dejar atrás al hombre vestido de gris y algo que parecía una conflagración. Pero, cuando despertaba, era la cara de la niña lo que permanecía: redonda y vulgar, como lo había sido la suya.

La reina habría podido pedir a alguno de sus videntes que interpretara aquel sueño, pero no eran más que farsantes aficionados a vestirse con velos. Liriane era la única que tenía un verdadero don, pero estaba muerta. De todas formas, no los necesitaba. El significado del sueño estaba claro, al menos a grandes trazos: calamidad.

Oyó un sonido gutural detrás de ella y se dio rápidamente la vuelta, pero solo era el esclavo que dormía en su cama. La reina se había olvidado de él. No lo había hecho mal, y ella había dejado que se quedara a pasar la noche; un buen polvo era lo mejor para ahuyentar los malos sueños. Sin embargo, no soportaba los ronquidos. Lo observó un momento con los ojos entrecerrados, a la espera de oír de nuevo aquel ruido; pero el esclavo se limitó a gruñir débilmente y a darse la vuelta, y al cabo de un momento la reina volvió a mirar por la ventana, ensimismada.

La niña. Si no había muerto ya, pronto moriría. Pero estaba resentida por no haber encontrado las joyas, después de tantos años. Ni siquiera Liriane había descubierto el paradero de la niña, y Liriane conocía muy bien a Elyssa, mejor que la propia reina. Era desquiciante. Una niña cuya edad conocían, y con una peculiar marca en el brazo. Aunque la niña tuviera las joyas escondidas, debería haber sido fácil dar con ella. El Tearling no era un reino muy extenso.

«¿Dónde la escondes, zorra?»

Seguramente fuera del Tearling, aunque para eso Elyssa habría necesitado mucha imaginación. Además, cualquier escondite fuera del Tearling habría situado a la niña más cerca del dominio de Mortmesne. Elyssa siempre había dado por hecho que la mayor amenaza para su hija provendría de fuera del Tearling, y ese era otro error de juicio. No, la niña no había salido del Tearling.

Oyó otro ronquido.

La reina cerró los ojos y se masajeó las sienes. Odiaba los ronquidos. Desvió la mirada hacia la chimenea y se planteó encenderla. Aquella negra oquedad quizá le proporcionara respuestas, si tenía suficiente valor para formular preguntas. Pero no le gustaba que la invocaran, salvo en caso de extrema necesidad, y no reaccionaba bien ante la debilidad. Pedirle ayuda vendría a ser como admitir que dudaba de su propia capacidad para encontrar a la niña.

«Ya no es ninguna niña. Debo dejar de pensar así.» Debía de tener diecinueve años, y Elyssa no era tan insensata. Dondequiera que hubiera ido la cría, alguien la habría entrenado para sobrevivir. Para gobernar.

«Y no veo las joyas.»

Otro pensamiento inquietante. En los sueños, la niña nunca llevaba un collar; no aparecía ninguno de los dos zafiros. ¿Qué significaba eso? ¿Elyssa había escondido las joyas en algún otro lugar?

El esclavo roncaba cada vez más fuerte, con oleadas que empezaban siendo bastante inocuas pero que se intensificaban y formaban un crescendo de sonido que debía de poder oírse desde las panaderías, veinte pisos más abajo. La reina lo había escogido por su piel oscura y su nariz aguileña, signos claros de que tenía sangre mort. Era un exiliado, un descendiente de traidores mort expulsado al protectorado occidental de Callae. Pese a ser ella misma quien los había enviado a Callae, por alguna extraña razón la reina todavía sentía una extraña atracción por los exiliados. Sin embargo, un esclavo que roncase

no le servía de nada a nadie.

En la pared, junto a la ventana, había dos botones: uno negro y otro rojo. Tras cavilar un instante, la reina pulsó el botón negro.

Sin apenas hacer ruido, cuatro hombres con el uniforme negro de la guardia del palacio entraron por la puerta. Los cuatro empuñaban espadas. Ghislaine, el capitán de la guardia, no se hallaba entre ellos. Era demasiado anciano, y ya no trabajaba por la noche.

La reina señaló la cama. Los guardias se abalanzaron sobre el hombre que roncaba y lo apresaron sujetándolo cada uno por una extremidad. El esclavo despertó, dio un grito ahogado y empezó a forcejear. Le asestó una patada a un guardia con la pierna izquierda y se dio la vuelta, peleando para llegar al borde de la cama.

—¿Majestad? —preguntó el guardia de mayor graduación, apretando los dientes y sin soltar el brazo que tenía sujeto.

—Bajadlo al laboratorio. Que le extirpen la lengua y la campanilla. Y que le corten las cuerdas vocales, por si acaso.

El esclavo dio un grito y forcejeó con más ímpetu mientras el guardia intentaba inmovilizarlo en la cama. Su fuerza era digna de admiración; logró soltar el brazo derecho y la pierna izquierda, pero entonces otro guardia le hincó un codo en la parte baja de la espalda. El esclavo gritó de dolor y dejó de oponer resistencia.

—¿Y después de la cirugía, Majestad?

—Cuando se haya recuperado, ofrecédselo a lady Dumont y saludadla de mi parte. Si no lo quiere, dádselo a Lafitte.

Se volvió hacia la ventana mientras su guardia sacaba de la habitación al hombre, que no paraba de gritar. A Helene Dumont tal vez le interesara; como era demasiado estúpida para mantener una conversación, le gustaban los hombres callados. Los chillidos se apagaron de pronto cuando los guardias cerraron la puerta, y al poco rato cesaron por completo.

La reina tamborileó con los dedos en la repisa de la ventana mientras cavilaba. La chimenea la atraía (era como si le suplicara que la encendiera), pero estaba convencida de que eso habría sido una equivocación. Al fin y al cabo, la situación no era tan grave. El Regente había contratado al Cadén, y pese a que la reina despreciaba todo lo que tuviera algo que ver con los tear, ni siquiera ella subestimaba a aquellos asesinos. Además, si la niña lograba llegar viva a Nueva Londres, los hombres de Thorne se encargarían de ella.

De una forma u otra, para marzo la reina ya tendría la cabeza de la niña colgada en su pared y los dos collares en la mano, y entonces podría dormir tranquila, sin que la agobiaran las pesadillas. Extendió ambas manos con las palmas hacia arriba y chascó los dedos. A lo lejos, por el este del horizonte, cerca de la frontera tear, estalló un relámpago.

La reina se dio la vuelta y volvió a acostarse.

La tercera jornada del viaje comenzó mucho antes de salir el sol. Kelsea se levantó al oír ruido de armas y empezó a vestirse, decidida a desmontar ella sola la tienda antes de que algún soldado intentara hacerlo por ella. Se disponía a encender la lámpara cuando reparó en que ya veía: toda la tienda estaba iluminada por un tenue resplandor, y distinguió perfectamente su blusa en un rincón. Pero la blusa parecía azul.

Miró alrededor con cautela en busca de la fuente de aquella luz. Tuvo que dar dos vueltas completas para darse cuenta de que no proyectaba sombra alguna en las paredes de la tienda y de que la luz provenía de ella. El zafiro que llevaba colgado al cuello resplandecía y proyectaba su propia luz; no era el brillo de color cobalto que siempre reflejaba a la luz del fuego de la chimenea, sino una luz intensa color aguamarina que parecía salir del interior de la joya. Envolvió el colgante con la palma de la mano e hizo un segundo descubrimiento: la piedra desprendía calor. Estaba, como mínimo, veinte grados más caliente que su cuerpo.

Abrió la mano y observó cómo aquella luz azul danzaba por el interior de lona de la tienda. Había llevado aquel zafiro colgado del cuello toda la vida, y aparte de aquella irritante costumbre de salirse de debajo de la ropa, nunca había hecho nada digno de mención. Y de pronto brillaba en la oscuridad.

«Magia —pensó Kelsea, sorprendida, mientras contemplaba aquella luz cerúlea—. Como en los libros de Carlin.»

Se agachó, recogió su capa y metió una mano en el bolsillo donde guardaba el otro collar. Lo sacó, impaciente, y se llevó una decepción. La otra joya no era más que un gran zafiro azul en la palma de su mano. No desprendía luz.

—¡Galen! ¡Ayúdame a ensillar!

Aquella voz áspera que Kelsea ya identificaba como la de Maza la devolvió a la realidad. No había tiempo para maravillarse con aquella luz; es más: necesitaba ocultarla. Hurgó en sus bolsas y sacó su blusa más gruesa y oscura,

de lana granate; se la puso y escondió el collar debajo. A continuación se hizo un moño bien prieto y se puso un grueso gorro de punto. La joya descansaba como una brasa diminuta entre sus pechos y emitía un agradable calor que combatía el intenso frío del amanecer. Sin embargo, no iba a mantenerla caliente todo el día; Kelsea se puso otra capa de ropa y los guantes antes de salir afuera.

Por oriente, el cielo solo mostraba una fina línea de aciano contra la sombra de las colinas. Al ver acercarse a Kelsea, Galen se apartó del grupo que estaba cargando los caballos y le llevó unos trozos de beicon semicrudo que ella devoró con apetito. Desmontó ella sola la tienda, y se alegró de que nadie acudiera a ayudarla. Carroll la saludó con la cabeza camino del bosquecillo donde habían atado los caballos, pero seguía reconcentrado y daba la impresión de que no había pegado ojo en toda la noche.

Kelsea cargó la tienda en el caballo de Pen y recogió sus alforjas. Hasta la yegua, May, parecía haberse ablandado un tanto hacia ella respecto al día anterior; la joven le ofreció una zanahoria del montón que había hecho Maza, y May no tuvo reparos en comer de su mano.

—¡Halcón, señor! ¡Dos, por el este del horizonte!

Kelsea escudriñó el cielo cada vez más claro, pero no distinguió nada. Reinaba una calma inquietante. Ella había crecido en un bosque lleno de halcones, y sus gritos, agudos y feroces, siempre la habían estremecido. Pero ese silencio era aún peor.

Carroll, que estaba colocándole las alforjas a su caballo, se detuvo, alzó la vista al cielo y se quedó pensativo. Al cabo de un momento, gritó:

—¡Venid aquí, todos! ¡Pen, apaga bien ese fuego!

Los hombres acudieron y formaron un corro; casi todos ellos llevaban provisiones en las manos. Pen fue el último en llegar, con la cara manchada de hollín. Empezaron a repartir los víveres por las alforjas, pero Carroll bramó:

—¡Dejadlo! —Se frotó los hinchados párpados—. Nos persiguen, y mi corazón me dice que están cada vez más cerca. —Varios soldados asintieron con la cabeza—. Pen, tú eres el más menudo. Dale tu capa y tu armadura a la reina.

Pen se puso en tensión, pero hizo un gesto afirmativo; se desabrochó la capa y empezó a desprenderse de la armadura. Kelsea metió una mano en el bolsillo, cogió el segundo collar y lo encerró en el puño antes de quitarse la capa. Empezaron a abrocharle la coraza de Pen pieza a pieza. El hierro era

increíblemente pesado, y en varias ocasiones Kelsea tuvo que contener un gruñido a medida que cada nueva pieza se añadía a su cuerpo.

—Vamos a separarnos —anunció Carroll—. No debe de ser una compañía muy numerosa. Confiemos en que no puedan seguirnos muchos a la vez. Tomad la dirección que queráis mientras no vayáis juntos. Nos reagruparemos en los jardines de la Ciudadela. —Miró a Pen y añadió—: Pen, dale tu caballo a la reina. Si tenemos suerte, pondrán todas sus energías en seguirle la pista a la yegua.

Kelsea se balanceó un poco mientras Mhurn le colocaba el peto de la armadura. Era plano, diseñado para adaptarse al cuerpo de un hombre, y, cuando empezó a abrocharle las hebillas de la espalda, se le aplastaron dolorosamente los pechos.

—¿Quién irá con la reina? —preguntó Dyer, y se notó que estaba rezando para no tener que hacerlo él.

—Lazarus.

Kelsea miró a Maza, que estaba detrás de Carroll, un poco apartado del grupo. Su expresión denotaba el mismo desinterés de siempre; cualquiera habría podido pensar que Carroll le había ordenado custodiar un árbol de especial importancia. Las dudas de Kelsea debieron de reflejarse en su cara, porque Maza arqueó las cejas desafiándola a discutir.

Kelsea no discutió.

Carroll sonrió a sus hombres tratando de transmitirles seguridad, pero la preocupación se reflejaba en su cara. Kelsea sintió que la muerte lo vigilaba; casi le pareció verla: una sombra negra posada sobre sus hombros, al acecho.

—Esta misión es la última que hacemos juntos, pero la más importante. La reina debe llegar a la Ciudadela, aunque para ello tengamos que dar la vida. —Con un ademán, les indicó que se retiraran, y los hombres obedecieron.

Kelsea hizo acopio de valor y dijo:

—¡Un momento!

—¿Señora? —Carroll se dio la vuelta, y los demás, que iban hacia sus caballos, se detuvieron.

Kelsea los miró a todos; vio sus gestos duros y decididos bajo la luz crepuscular; sabía que algunos, en el fondo, la odiaban, aunque su honor jamás les hubiera permitido admitirlo.

—Ya sé que ninguno de vosotros escogió esta misión, pero os estoy agradecida de todas formas. A todos os ofreceré un puesto en mi guardia, pero



vuestras familias estarán bien atendidas tanto si lo aceptáis como si no. Me comprometo a ello... por si sirve de algo.

Se volvió hacia Carroll, que la miraba con una expresión que ella no supo interpretar.

—Ya podemos irnos, capitán.

—Señora. —Carroll hizo una señal con la cabeza, y los hombres empezaron a montar en sus caballos—. Lazarus, ven un momento.

Maza fue hacia ellos a grandes zancadas.

—No me pidáis mi caballo, capitán.

—No me atrevería. —Carroll esbozó una sonrisa que llenó su cara de arrugas—. Ve con la reina, Lazarus, pero mantén suficiente distancia para que no os sigan a los dos a la vez. Yo, en tu lugar, me dirigiría al Caddell y lo seguiría hasta llegar a la ciudad. La corriente borrará vuestras huellas.

Maza hizo un gesto afirmativo, pero Kelsea intuyó que ya había valorado y rechazado el consejo de Carroll, y que había elegido otra ruta.

—No hay tiempo para contaros historias, Señora, pero Lazarus es un célebre escapista. Si tenemos suerte, quizá hoy realice su mejor truco.

Kelsea ya llevaba puesta toda la armadura. Pen se echó sobre los hombros la capa verde de Kelsea, que no llegaba a cubrirlo con holgura.

—Que Dios os acompañe, Señora —murmuró antes de marcharse.

—Capitán. —Kelsea se acordó de Carlin y Barty en la puerta de la casita, y de su patético y falso optimismo—. Os veré dentro de poco ante mi trono.

—No, Señora, no me veréis allí. Con este viaje me he jugado la vida. Para mí será suficiente con que lleguéis a sentaros en ese trono. —Carroll montó en su caballo; su firme determinación se reflejaba en su semblante. Maza levantó una mano y el capitán se la estrechó—. Asegúrate de que llega sana y salva, Lazarus.

Espoleó su caballo para ponerlo al trote y desapareció en el bosque.

Kelsea y Maza se quedaron solos. El aliento de sus caballos formaba nubes de vaho, y Kelsea se dio cuenta del frío que hacía. Antes de ponerse la capa gris de Pen, buscó el bolsillo interior y guardó en él el segundo collar. El campamento se había quedado vacío, reducido a un montón de hojas secas, unas volutas de humo de la hoguera y las ramas esqueléticas de los árboles.

—¿Por dónde he de ir? —preguntó ella.

—Por ese hueco entre los árboles que veis a vuestra izquierda. —Maza la ayudó a montar en el caballo de Pen, un entero marrón oscuro un palmo más

alto que su yegua. Incluso con la ayuda de Maza, Kelsea tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir, lastrada con la armadura de Pen, a la silla—. Cabalgaréis hacia el norte, pero solo unos centenares de metros, Señora, y luego torceréis hacia el este hasta orientaros hacia el sur. No me veréis, pero estaré cerca.

Una vez subida al caballo, y al tomar conciencia de su altura, Kelsea admitió:

—No monto muy bien, Lazarus. Y nunca he cabalgado muy deprisa.

—Ya me he fijado, Señora. Pero Rake es uno de nuestros caballos más dóciles. Llevad las riendas largas y no intentará tiraros al suelo, aunque no estéis familiarizada con él. —Maza dio una brusca sacudida con la cabeza, con la vista fija más allá de Kelsea—. Marchad ya, Señora. Se acercan.

Kelsea titubeó.

—¡Vamos! —Maza le dio una palmada en la grupa a Rake, que arrancó de golpe, y Kelsea estuvo a punto de perder las riendas. Oyó que Maza le gritaba —: ¡Muñecas y vestidos, Señora! ¡Tendréis que curtiros un poco!

Y el caballo se adentró en el bosque.

Fue una cabalgata espantosa. Kelsea hizo dar al caballo aquel rodeo que Maza le había descrito, impaciente por empezar a cabalgar en línea recta y a mayor velocidad. Cuando consideró que el círculo ya era bastante amplio, se orientó por el musgo que crecía en las piedras y se dirigió hacia el sur, con la capa gris de Pen ondulando tras ella. Al principio le pesaba mucho la armadura, y le parecía que esta le sacudía todo el cuerpo cada vez que Rake pisaba con los cascos delanteros. Sin embargo, al poco rato reparó en que ya no notaba el peso del metal. Solo sentía la velocidad, una velocidad cómoda, fácil, que jamás había alcanzado con el viejo caballo de Barty. El bosque pasaba volando junto a ella; a veces los árboles estaban lejos, y otras, tan cerca que las puntas de las ramas le arañaban la armadura. Un viento helado zumbaba en sus oídos, y en el paladar notaba el sabor amargo de la adrenalina.

No había ni rastro de Maza, pero Kelsea sabía que el soldado estaba allí, y, mientras cabalgaba, cada pocos minutos recordaba su último comentario, y se le encendían las mejillas pese al entumecimiento provocado por el viento. Hasta ese momento, creía haber mostrado fuerza y valentía durante el viaje; se había permitido creer que los había impresionado. Carlin siempre le decía que

su cara era como un libro abierto; ¿y si los soldados habían visto su orgullo reflejado en ella? ¿Podría volver a mirarlos a los ojos?

«¡Basta de tonterías!»

La voz de Carlin bramaba dentro de su cabeza, más relevante que cualquier humillación o cualquier duda. Kelsea apretó más los muslos contra los flancos de Rake y lo apremió a ir más deprisa, y cuando sus mejillas amenazaron con volver a encenderse, levantó una mano y ella misma se dio una bofetada.

Tras cerca de una hora al galope, terminó el bosque, y de pronto Kelsea se encontró rodeada de tierras de cultivo: había llegado a la llanura del Almont. Las hileras de vegetación cuidadosamente labradas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y Kelsea lamentó lo plano del paisaje, su monotonía. Había algunos árboles, pero no eran más que delgados troncos sin hojas que se retorcían hacia el cielo, ninguno lo bastante robusto para proporcionarle protección. Kelsea siguió adelante, buscando caminos entre las hileras de cultivos, atravesando los campos solo cuando no quedaba otro remedio. Esparcidas por las hectáreas de parcelas, había algunas casas de madera con tejado de paja; la mayoría era poco más que cabañas. A lo lejos también vio algunas construcciones de madera más altas y sólidas, y supuso que debían de ser las viviendas de los capataces o de los nobles.

Vio a muchos labradores; algunos se erguían para echarle un vistazo, o la saludaban con la mano. Pero a la mayoría les interesaban más sus cultivos, y la ignoraban. La economía tear se basaba en la agricultura; los labradores trabajaban los campos a cambio del derecho a ocupar las tierras de un noble, pero este se quedaba con todas las ganancias salvo los impuestos que había que pagar a la Corona. Kelsea creyó estar en la biblioteca y oír la voz de Carlin, que, con tono de desaprobación, resonaba entre aquellas paredes tapizadas de libros: «Servidumbre, Kelsea, eso es lo que es. O peor aún: es una servidumbre aprobada por el Estado. Esa gente se ve obligada a matarse a trabajar para que los nobles puedan llevar una vida regalada, y si tiene suerte se la recompensa con la supervivencia. William Tear vino al Nuevo Mundo con un sueño de socialismo puro, y mira cómo hemos acabado».

Carlin le había recalado esa idea hasta la saciedad, pero para Kelsea era muy diferente ver el sistema con sus propios ojos. La gente que trabajaba en los campos parecía hambrienta; la mayoría llevaban ropa holgada bajo la que se adivinaban los huesos. Los capataces, fácilmente identificables, se paseaban a caballo entre las hileras de cultivos, y no tenían aspecto de pasar

hambre. Llevaban unos sombreros planos, de ala ancha, e iban provistos de un grueso bastón de madera cuya utilidad saltaba a la vista; al pasar cerca de uno de ellos, Kelsea vio que el extremo de su bastón tenía unas manchas granates.

Hacia el este, Kelsea divisó una alta torre de ladrillo rojo que debía de ser la residencia de un noble. ¡Ladrillo auténtico! El ladrillo del Tearling era un material de construcción mucho más pobre que el de Mortmesne, que estaba hecho con un mortero de mejor calidad y se pagaba, como mínimo, a libra por kilo. Carlin tenía un horno hecho de ladrillos auténticos que le había construido Barty, y en más de una ocasión Kelsea se había preguntado si Barty habría comprado los ladrillos en el mercado negro de artículos traídos de Mortmesne. Los artesanos mort tenían prohibido vender sus productos a los tear, pero los artículos de lujo mort alcanzaban precios muy elevados al otro lado de la frontera, y Barty le había contado a Kelsea que cualquiera podía conseguir lo que quisiese si estaba dispuesto a pagar por ello. Pero, aunque Barty hubiera recurrido puntualmente al mercado negro, Carlin y él jamás habrían podido pagar una casa de ladrillo. El noble que vivía allí debía de ser extraordinariamente rico. La mirada de Kelsea vagó por los campos, deteniéndose en los labradores y reparando en sus mejillas y en sus cuellos descarnados, y sintió que una rabia contenida brotaba en su interior. Siempre había temido que llegara el momento de ser reina, y sabía que no estaba preparada para serlo, a pesar de que Barty y Carlin habían hecho todo lo que habían podido. Kelsea no había crecido en un castillo, ni había sido educada para esa vida de privilegios. Le asustaba lo extenso del país que iba a gobernar, pero, al ver a aquellos hombres y mujeres cultivando los campos, sintió como si algo en su interior se levantara y respirara hondo por primera vez. Toda aquella gente era responsabilidad suya.

Kelsea volvió la cabeza hacia la izquierda para ver asomar el sol por el horizonte, y observó una silueta negra que cruzaba el cielo resplendente; al cabo de un momento, había desaparecido sin hacer el menor ruido.

«¡Un halcón mort!»

Hincó los talones en los flancos de Rake y aflojó cuanto pudo las riendas. El caballo aceleró, pero era inútil: ningún caballo montado por un jinete habría podido vencer a un halcón en una carrera. Kelsea miró alrededor, angustiada, y no vio nada, ni siquiera unos árboles entre los que esconderse, sino solo campos de cultivo y, a lo lejos, el brillo azulado de un río. Buscó su puñal bajo la capa.

—¡Agachaos! —gritó Maza detrás de ella.

Kelsea se agachó y oyó el áspero zumbido de unas garras que le rozaron la cabeza.

—¡Lazarus!

—¡Corred, Señora!

Kelsea se tumbó sobre el cuello de Rake y soltó las riendas del todo. Iban a galope tendido por el campo, a tanta velocidad que Kelsea ya no distinguía a los labradores; solo veía una mancha borrosa verde y marrón. Pensó que en cualquier momento el caballo la tiraría y que se partiría el cuello. Pero incluso esa idea iba acompañada de una extraña sensación de libertad. ¿Quién habría podido prever que Kelsea fuera a sobrevivir tantos años? De pronto se echó a reír a carcajadas, y el viento cortó su risa en jirones.

El halcón descendió en picado por su derecha; Kelsea volvió a agacharse, pero no lo bastante deprisa. Unas garras se clavaron en su cuello y le desgarraron la piel. La sangre, densa y caliente, resbaló por su clavícula. El halcón se elevó por su izquierda. Kelsea volvió la cabeza para seguir su trayectoria con la mirada y notó que la herida del cuello se le abría, lanzándole una punzada de dolor por todo el costado derecho.

Oyó cascos de caballo que se acercaban por su derecha, pero no se atrevió a volver la cabeza; el halcón volaba describiendo círculos frente a ella y se preparaba para atacarla de nuevo. Era mucho más grande que cualquier halcón que ella hubiera visto jamás, y negro como un buitre en lugar de marrón. Volvió a descender para atacarla, con las garras extendidas. Kelsea se agachó una vez más e intentó protegerse la cara levantando un brazo.

Oyó, por encima de su cabeza, el ruido sordo de un impacto. Kelsea no sintió dolor; esperó un momento, y entonces miró hacia arriba. No vio nada.

Miró a su derecha, aunque galopaba a tanta velocidad que le costaba mantener los ojos abiertos, y vio que Maza cabalgaba a su lado. El halcón colgaba de los pinchos de su maza, reducido a una masa carnosa de sangre, plumas y vísceras brillantes. El soldado sacudió el mango del arma sin contemplaciones, hasta que el pájaro se desprendió.

—¿Era un halcón mort? —gritó ella para hacerse oír por encima del viento, procurando controlar el temblor de su voz.

—Así es, Señora. No hay otros halcones iguales en el mundo, negros como la noche y grandes como perros. No sé con qué los alimenta esa bruja. —Maza redujo el paso de su caballo y miró de arriba abajo a Kelsea—. Estáis herida.

—Solo en el cuello.

—Los halcones mort, además de matar, son excelentes rastreadores. Debemos de llevar detrás a una partida de asesinos. ¿Podéis seguir cabalgando?

—Sí, pero la sangre dejará rastro.

—A unos quince kilómetros al sudoeste está la fortaleza de una aristócrata que era leal a vuestra madre. ¿Podréis llegar hasta allí?

Kelsea lo taladró con la mirada.

—¿Me habéis tomado por una mujer débil que no sale nunca de la cocina, Lazarus? Estoy sangrando, nada más. Y nunca me había divertido tanto como en este viaje.

Los oscuros ojos de Maza lanzaron un destello de simpatía.

—Sois joven e intrépida, Señora. Esas son cualidades útiles para un guerrero, pero no para una reina.

Kelsea arrugó el ceño.

—Vamos, Señora. Hacia el sudoeste.

El sol ya se había elevado sobre el horizonte, y Kelsea creyó divisar su destino: otra torre de ladrillo destacaba contra el resplandor azulado del río. Desde aquella distancia, la torre parecía un juguete, pero Kelsea sabía que hasta que no llegara allí no podría apreciar sus verdaderas dimensiones. Se preguntó si la aristócrata que vivía en aquella fortaleza cobraría una tasa por cruzar el río; Carlin le había contado que muchos nobles que vivían junto a un río o a una carretera aprovechaban la oportunidad para sacarles un poco más de dinero a quienes quisieran pasar por allí.

Mientras cabalgaban, Maza volvía continuamente la cabeza, como si esta girara sobre un eje. Se había colgado de nuevo el mazo del cinto sin molestarse en limpiarlo, y las vísceras del halcón brillaban bajo el sol de la mañana. Al verlas, Kelsea sintió un ligero mareo; desvió la mirada y contempló el paisaje, haciendo caso omiso del dolor del cuello. Era evidente que se hallaban en medio del Almont, la gran llanura agrícola del Tearling, donde solo había terreno llano en todas direcciones. El río al que se dirigían debía de ser el Caddell o el Crithe, pero Kelsea no podía determinar cuál de los dos sin saber hasta dónde habían cabalgado en dirección oeste. A lo lejos, en el sudoeste, distinguió el contorno borroso de unos montes y una mancha más oscura que debía de ser Nueva Londres. Pero entonces se le metió una gota de sudor en el ojo, y para cuando volvió a ver los montes se habían

desvanecido como un espejismo y el terreno verde se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El Tearling parecía enorme, mucho más de lo que daban a entender los mapas de Carlin.

Cuando habían recorrido cerca de la mitad de la distancia hasta la torre, Maza le dio una fuerte palmada en la grupa a Rake. El caballo protestó con un relincho, pero alargó la zancada y salió disparado hacia el río, tan bruscamente que Kelsea estuvo a punto de caerse de la silla. La joven intentó adaptarse al movimiento de su montura, pero la herida del cuello parecía abrirse cada vez que los cascos de Rake golpeaban el suelo, y Kelsea se esforzó para ignorar la sensación de debilidad.

Durante un rato solo oyó a Maza detrás de ella, pero poco a poco sus oídos empezaron a distinguir el inconfundible sonido de cascos de caballo: los seguían, y estaban acortando la distancia, y el río cada vez se encontraba más cerca. Kelsea volvió la cabeza y sus peores temores se confirmaron: eran cuatro cadén; estaban a unos cincuenta metros y sus capas rojas ondulaban al viento. De niña, cuando supo de la existencia del Cadén, Kelsea había preguntado a Barty por qué aquellos asesinos profesionales iban vestidos de un color tan llamativo. La respuesta de Barty no la tranquilizó: los cadén estaban tan seguros de sí mismos que podían permitirse el lujo de vestir de rojo y actuar a la luz del día. Aquellas capas eran un mensaje fácil de interpretar; al verlas, Kelsea sintió un escalofrío.

Detrás de ella, Maza masculló un reniego antes de gritar: «¡Por la derecha!». Kelsea volvió la cabeza y vio a un segundo grupo de hombres, cuatro o cinco quizá, con capas negras, que se acercaban por el noroeste, torciendo para interceptarlos antes de que llegaran al río. Aunque Rake fuera lo bastante fuerte para dejar atrás a ambos grupos de perseguidores, Kelsea no tendría más remedio que desviarse cuando llegara a la orilla.

El río tenía unos veinte metros de ancho, y ya desde aquella distancia Kelsea vio que sus aguas, verdes y profundas, fluían a gran velocidad, y que había remolinos y rociadas que delataban la presencia de rocas en el lecho. La corriente era demasiado fuerte para atravesarlo a nado, y no había ningún bote a la vista. Kelsea no veía forma de cruzarlo; sin embargo, tenía muy presentes aquellas extensas parcelas verdes que se extendían hasta el horizonte, los campos donde trabajaban los labradores. Todo aquello era responsabilidad suya.

Pensó que si galopaba hacia el oeste por la orilla, ambos grupos de

perseguidores se verían obligados a seguirla por el borde del agua y se quedarían sin ángulo para interceptarla. Seguramente la atraparían de todas formas, pero se ampliaría el margen para que se produjera un milagro. Asíó las riendas con fuerza y fue derecha hacia el río. La sangre que brotaba de la herida del cuello le salpicaba la barbilla y la mejilla.

Cuando llegó a unos quince metros del agua, Kelsea tiró de las riendas y trató de sorprender a los otros jinetes torciendo a la derecha, pero Rake interpretó mal su movimiento y paró en seco, y Kelsea salió despedida. Tuvo una visión invertida del río y del cielo, y entonces cayó al suelo y quedó tumbada boca abajo. Se le cortó la respiración; trató de recobrar el aliento dando jadeos entrecortados. Se incorporó, pero las piernas no le obedecían. Intentó respirar hondo, pero solo consiguió dar un grito ahogado. El ruido de los caballos acercándose lo invadía todo.

«¡La niña! ¡Maldita sea, la niña! ¡Luego ya nos ocuparemos de Maza, coged a la niña!», gritó un hombre a su izquierda.

Kelsea sintió que algo caía al suelo delante de ella. Levantó la cabeza y vio a Maza, con la espada en una mano y la maza en la otra, enfrentándose a cuatro hombres con capa roja. Los cadén eran todos muy diferentes: morenos y rubios, altos y bajos; uno tenía bigote. Pero todas las caras mostraban la misma mirada dura e inexpresiva que denotaba disciplina y crueldad. El asesino de piel más clara burló las defensas de Maza y le rozó la clavícula con la espada. La sangre salpicó la cara del cadén y le empapó la capa, pero Maza ignoró la herida, estiró el brazo con que empuñaba la espada y se la clavó a su atacante en el cuello. El hombre de rojo se derrumbó emitiendo un sonido de gárgaras, sin poder respirar.

Maza retrocedió y se colocó frente a Kelsea, con un arma en cada mano. Otro cadén se abalanzó sobre él, y Maza se arrodilló blandiendo la espada. El cadén cayó al suelo entre fuertes gritos de dolor. La espada de Maza le había seccionado la pierna por debajo de la rodilla; la sangre que salía a chorro del muñón teñía la orilla de un rojo intenso. Al cabo de un momento, Kelsea se dio cuenta de que estaba embobada mirando los chorros de sangre intermitentes que el corazón del moribundo vertía, implacable, sobre la arena.

Comprendió que debía hacer algo, pero las piernas seguían sin obedecerle y le dolían mucho las costillas. Los dos cadén que quedaban se acercaron a Maza, cada uno por un lado, pero este los esquivó hábilmente y golpeó a uno de ellos en la cabeza con la maza, provocando una rociada de sangre y astillas



de hueso. Maza no se recuperó suficientemente deprisa; el último asesino lo atacó y le alcanzó la cadera: su espada atravesó sin dificultad el cinturón de cuero de Maza. Maza se agachó, se lanzó contra su atacante, dio una voltereta y se levantó unos metros más allá con la agilidad de un animal; entonces golpeó al asesino en la espalda, con todas sus fuerzas. Kelsea oyó un crujido, un ruido parecido al que hacía Barty cuando partía una rama, y el cadén se desplomó.

Entonces Kelsea vio que los hombres vestidos de negro habían llegado y habían desmontado; estaban detrás de Maza y empuñaban ya sus espadas. Maza se dio la vuelta y cargó contra ellos mientras Kelsea observaba la escena entre admirada y desengañada. Le apenaba que su guardaespaldas tuviera que morir allí. No sabía de nadie que hubiera sido capaz de vencer a un espada cadén, y mucho menos a cuatro. Se quitó la mano del cuello y vio que la tenía manchada de sangre. ¿Podías desangrarte por una herida superficial? Barty nunca le había hablado de la muerte.

Kelsea sintió que la cogían por debajo de los brazos y le daban la vuelta, colocándola boca arriba. Veía danzar puntos negros ante los ojos. La herida del cuello se le abrió más, y por ella empezó a brotar de nuevo la sangre. Tenía las piernas extendidas y separadas, y poco a poco estas recuperaban la sensibilidad, aunque con gran dolor, como si le clavaran cristales en las pantorrillas. Vio una cara suspendida sobre la suya: de una palidez mortal, con unos agujeros negros e insondables en lugar de ojos y una boca ensangrentada. Kelsea no pudo evitarlo y gritó, y entonces se dio cuenta de que solo era una máscara.

—Señor. Maza.

Kelsea miró hacia arriba y vio otra cara enmascarada, aunque esta era sencillamente negra.

—Noquéalo —ordenó el hombre de la máscara blanca—. Nos lo llevaremos.

—¿Señor?

—Mira alrededor, How. ¡Cuatro cadén, él solito! Nos dará problemas, eso seguro, pero sería un delito desaprovechar a tan buen luchador. Nos lo llevamos.

Kelsea se incorporó a pesar del fuerte dolor en el cuello y consiguió sentarse a tiempo para ver a Maza, que sangraba por diversas heridas, rodeado de varios hombres con máscara negra. Uno de ellos se inclinó hacia

él, rápido como una comadreja, y golpeó a Maza con el puño de su espada en la parte de atrás de la cabeza.

—¡No! —gritó Kelsea al ver caer a Maza al suelo.

—No le pasará nada, niña —dijo el hombre de la máscara blanca—. Tranquilízate.

Kelsea se levantó y dijo:

—¿Qué queréis de mí?

—No estás en posición de exigir respuestas, niña. —Le ofreció una cantimplora con agua, pero ella no la aceptó. El hombre la observaba con unos ojos negros y brillantes detrás de los agujeros de la máscara. Tras examinarle el cuello, dijo—: Esa herida tiene mala pinta. ¿Cómo ha sido?

—Me la ha hecho un halcón mort —contestó Kelsea a regañadientes.

—El inútil de tu tío. Tiene tan mal gusto para escoger a sus aliados como para escoger su ropa.

—¡Señor! ¡Más cadén! ¡Vienen por el norte!

Kelsea se volvió en esa dirección. Se veía una nube de polvo más allá de varias hectáreas de campos; a esa distancia parecía pequeña, una masa rojiza contra el horizonte, pero Kelsea sabía que aquella partida de perseguidores debían de componerla como mínimo diez hombres.

—¿Más halcones? —preguntó el jefe.

—No. How ha derribado uno.

—Me alegro. Ata los caballos: nos los llevaremos.

Kelsea se volvió hacia el río, profundo y correntoso; en la orilla opuesta crecían árboles y matorrales cuyas ramas se inclinaban sobre el agua hasta, como mínimo, quinientos metros río abajo. Si lograba cruzar a nado hasta la otra orilla, seguramente podría salir trepando.

—Eres un premio muy codiciado —observó el jefe, que seguía a su lado—. Es curioso, porque por tu aspecto nadie lo diría.

Kelsea se volvió rápidamente hacia el río, pero cuando solo había dado tres pasos, el hombre la agarró por el codo y la empujó hacia uno de sus secuaces, grande como un oso, que la sujetó por debajo de los brazos.

—No intentes huir de nosotros, niña —le dijo el jefe con frialdad—. Podríamos matarte, es cierto, pero los cadén te matarán con toda seguridad y le entregarán tu cabeza al Regente.

Kelsea sopesó sus opciones y decidió que no tenía alternativa. La rodeaban cinco enmascarados. Maza estaba tendido en el suelo, a unos seis metros;

Kelsea lo veía respirar, pero no se movía. Cuando uno de los hombres terminó de maniatar a Maza, otros dos lo recogieron y lo cargaron en su propio caballo. Kelsea no tenía espada, y de todas formas no habría sabido utilizarla. Se volvió hacia el jefe e hizo un gesto afirmativo con la cabeza para dar su consentimiento.

—Morgan, llévala en tu caballo. —El jefe se volvió y montó en su caballo, y al hacerlo gritó—: ¡Rápido! ¡Cuidado con los escoltas!

—Montad, Señora —dijo Morgan, y su voz sonó asombrosamente dulce en contraste con su figura corpulenta y su máscara negra—. Tomad.

Kelsea metió un pie en el estribo improvisado de las manos de Morgan y subió al caballo. Volvía a sangrarle el cuello; tenía el hombro derecho de la blusa empapado, y unas gotas rojas habían empezado a resbalar por su antebrazo. Olió su propia sangre, un olor a cobre parecido al de los peniques antiguos que Barty guardaba en la caja fuerte de su casa. Una vez por semana, los limpiaba meticulosamente y se los enseñaba a Kelsea: unas monedas de cobre redondas y sin brillo con la cara de un hombre serio con barba, reliquias de tiempos muy lejanos. Le pareció extraño que el olor a sangre pudiera desencadenar un recuerdo tan entrañable.

Morgan montó a continuación; Kelsea notó que el caballo se acomodaba bajo su peso y que los brazos de Morgan formaban un sólido armazón a cada uno de sus lados. Rasgó la tela de su manga hasta que obtuvo un parche con que presionar sobre su cuello. Era evidente que aquella herida necesitaba puntos, y pronto, pero Kelsea estaba decidida a no dejar un rastro de sangre por el suelo.

Galoparon por la orilla del río. Kelsea no entendía adónde podían ir, porque la corriente era demasiado rápida para que los caballos cruzaran el río, y no veía ningún puente. Miró hacia el norte y reparó en que el grupo de capas rojas había cambiado de dirección e iba a interceptarlos. Sin embargo, los jinetes enmascarados que la rodeaban no le dieron ninguna pista de sus intenciones, ni de si tenían un plan de huida. El jefe iba en cabeza; detrás de él, otro hombre montaba el caballo de Maza, con este atravesado en la silla; su cuerpo inerte rebotaba al ritmo del paso del caballo. Kelsea solo vio un poco de sangre, pero la capa gris de Maza le cubría el cuerpo casi por completo. Todos los enmascarados parecían absolutamente concentrados en el camino que tenían delante; ni siquiera volvían la cabeza para comprobar el avance de sus perseguidores, ni miraban a Kelsea, y ella volvió a sentirse impotente. De

haber estado sola, ya estaría muerta.

—¡Ahora! —gritó el jefe.

El caballo de Morgan torció y echó a galopar hacia el río. Kelsea cerró los ojos y contuvo la respiración, preparada para recibir el impacto del agua helada, pero este no llegó. Alrededor de ellos el agua bajaba embravecida; unas gotas heladas le salpicaron y le mojaron los pantalones hasta las rodillas. Y cuando abrió los ojos, vio que estaban cruzando el río, inexplicablemente; los cascos de los caballos chapoteaban en el agua, pero sin sumergirse en ella, sino pisando tierra firme.

«Es imposible», pensó, perpleja.

Pero tenía la prueba ante sí: estaban trazando una amplia diagonal por el río, y cada paso que daban los acercaba más a la orilla opuesta. Pasaron entre dos rocas que sobresalían en el agua, tan cerca que Kelsea vio el musgo verde esmeralda, empapado, que las cubría. Pensó en la joya reluciente que llevaba colgada al cuello y le dieron ganas de reír. Ese día estaban sucediendo cosas asombrosas.

Alcanzaron la orilla, y el grupo de caballos se adentró de inmediato en el bosque. Por segunda vez en ese día, las ramas de los árboles le arañaron la cara, pero Kelsea metió la barbilla y no protestó.

Bajo la sombra de un roble enorme, el jefe levantó una mano y todos se detuvieron. El río apenas se entreveía detrás de ellos, entre los árboles. El jefe trazó un círculo con el caballo y se quedó inmóvil escudriñando la orilla opuesta.

—Eso los tendrá entretenidos un rato —comentó uno de los enmascarados.

Kelsea se dio la vuelta e, ignorando la sensación de mareo, escudriñó entre las ramas del roble. No vio nada, solo el resplandor de la luz del sol reflejada en el agua. Pero uno de los enmascarados rio y dijo:

—Seguro que están pasmados. Tardarán unas horas en reaccionar.

Kelsea oyó, esta vez sí, a sus perseguidores: gritos, y alguien que contestaba: «¡No lo sé!».

—La mujer necesita puntos —anunció Morgan, y Kelsea, que lo tenía detrás, se sobresaltó—. Pierde mucha sangre.

—Tienes razón —replicó el jefe, y taladró a Kelsea con sus negros ojos.

Ella le sostuvo la mirada y trató de ignorar su máscara; era una cara de arlequín, pero mucho más siniestra, por alguna razón que ella no supo identificar. Le recordó a las pesadillas que tenía de niña. Pese a todo, se

obligó a mantenerse erguida mientras la sangre se acumulaba en el pliegue de su codo.

—¿Quién eres?

—Soy la larga muerte del Tearling. Perdónanos.

Hizo una seña con la cabeza, mirando más allá de Kelsea, y, antes de que ella pudiera darse la vuelta, todo se volvió oscuro.

## El Traedor

La marca del verdadero héroe consiste en que el más heroico de sus actos se realiza en secreto. Nunca oímos hablar de él. Y sin embargo, de una forma u otra, amigos míos, lo sabemos.

*Sermones completos del padre Tyler*  
del archivo del ARVATH

—Despierta, niña.

Kelsea abrió los ojos y, al ver el cielo de un azul brillante, creyó que todavía estaba soñando. Echó un rápido vistazo alrededor y comprendió que estaba acostada en el suelo de una tienda de campaña, envuelta en una piel de animal. No era de ciervo, porque de haberlo sido la habría reconocido, pero daba mucho calor. Se sentía tan arropada que se resistió a levantarse.

Miró a su interlocutor, un hombre vestido de azul marino de la cabeza a los pies que le hablaba con una agradable voz de barítono, lo bastante característica para que lo reconociera pese a que ya no llevaba aquella siniestra máscara. Iba bien afeitado y era atractivo, con pómulos marcados y unos labios sonrientes. Además, era bastante más joven de lo que a Kelsea le había parecido en la orilla del río; calculó que no podía tener más de veinticinco años, pues todavía tenía una mata de pelo tupida y sin canas. Sin embargo, su cara sin arrugas estaba dominada por unos grandes ojos negros que hicieron que Kelsea volviera a plantearse todo: aquellos ojos tenían mucho más de veinticinco años.

—¿Dónde se ha dejado la máscara?

—Ahora estoy en casa —replicó él con soltura—. Ya no tengo por qué

disfrazarme.

Kelsea se incorporó, pese a que al moverse notó una fuerte punzada de advertencia en el lado derecho del cuello. Con cuidado, exploró la zona con los dedos y encontró una herida cosida, cubierta con una especie de emplasto pegajoso.

—Cicatrizará bien. Te la he curado yo.

—Gracias —dijo Kelsea, y entonces reparó en que no llevaba puesta su ropa, sino una camisa de tela blanca, quizá lino.

Se llevó una mano al pelo y comprobó que lo tenía suave y liso; todo indicaba que la habían bañado. Miró al hombre y se sonrojó.

—Sí, también he sido yo. —Dibujó una amplia sonrisa—. Pero no tienes por qué preocuparte, niña. Eres demasiado feúcha para mi gusto.

Aquellas palabras le dolieron, y mucho, pero Kelsea disimuló y se limitó a tensar un poco las facciones.

—¿Dónde está mi capa?

—Ahí. —El hombre señaló con el pulgar la ropa amontonada en un rincón—. Pero dentro no hay nada. Un hombre como yo jamás se resistiría a robar algo así.

Levantó una mano y exhibió una cadena de la que colgaba un zafiro. Kelsea comprobó que todavía llevaba puesto su collar.

—Han sido muy optimistas dejándote tener los dos. Muchos creían que la joya del rey se había perdido.

Kelsea se contuvo y no intentó coger el segundo collar, pues resultaba evidente que eso era lo que él habría querido. Sin embargo, siguió con la mirada el oscilar de la piedra.

—Nunca has llevado puesto este collar —añadió él.

—¿Cómo lo sabe?

—Si lo hubieras llevado, la joya no me habría dejado que te la arrebatara.

—¿Cómo dice?

Él la miró con incredulidad.

—¿No sabes nada de estas joyas?

—Sé que son mías.

—Y ¿qué has hecho para merecerlas? ¿Ser la hija de una reina mediocre con una quemadura en el brazo?

«Mediocre». ¿Qué habría querido decir? Kelsea archivó esa observación y, escogiendo con cuidado sus palabras, dijo:

—Yo no he buscado nada de todo esto.

—Puede que no.

Su tono de voz era una advertencia de que se hallaba en peligro, y Kelsea se estremeció. Sin embargo, ¿por qué, si aquel hombre le había salvado la vida en la orilla del río? Contempló la joya, cuyos destellos azules se reflejaban sobre su piel, mientras se concentraba en el problema. Para negociar necesitabas alguna moneda de cambio. Kelsea necesitaba información.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama, señor?

—Es irrelevante. Puedes llamarme Traedor. —Se recostó, a la espera de su reacción.

—Ese nombre no me dice nada.

—¿Ah, no?

—Verá, es que he vivido siempre aislada.

—Es evidente, pues de no ser así sabrías cómo me llamo. El Regente le ha puesto un precio muy elevado a mi cabeza, y ese precio no para de aumentar.

—¿Por qué motivo?

—Le robé el caballo. Entre otras cosas.

—¿Es usted ladrón?

—El mundo está lleno de ladrones. En todo caso, yo soy el señor de todos ellos.

Kelsea sonrió a su pesar.

—¿Por eso todos llevan máscaras?

—Por supuesto. La gente envidia los dones que no posee.

—Tal vez sea que no le gustan los delincuentes.

—No hace falta ser delincuente para meterse en líos, niña. También ofrecen una bonita recompensa por tu cabeza.

—Mi cabeza —repitió Kelsea con un hilo de voz.

—Sí, tu cabeza. Tu tío ofrece el doble si en el momento de la entrega todavía está reconocible. Seguro que quiere regalársela a la bruja mort, para que ella la cuelgue en algún sitio. Pero tu tío exige las joyas y tu brazo como pruebas.

Kelsea volvió a recordar las palabras de Carlin sobre el destino de los gobernantes. Intentó imaginar su cabeza clavada en una pica, pero no pudo. Carlin y Barty casi nunca hablaban del Regente Raleigh, el tío de Kelsea, aunque cuando hacían algún comentario sobre él su tono los delataba. No le tenían ningún aprecio, y le habían transmitido ese sentimiento a Kelsea. El



hecho de que su tío quisiera matarla nunca le había preocupado; él no parecía importante, o al menos no tan importante como lo había sido su madre. Solo era un obstáculo que había que superar. Volvió a concentrarse en el Traedor y respiró hondo; él había desenfundado su puñal y se lo había puesto sobre una rodilla.

—Bueno, niña —continuó el Traedor con un tono aparentemente conciliador—, y ahora ¿qué hago contigo?

A Kelsea se le hizo un nudo en la garganta mientras buscaba algo que decir. Seguro que a aquel hombre no le gustaría que ella le suplicase.

«Debo demostrar que tengo algún valor. Y deprisa.»

—Si es cierto que lo persiguen, piense que yo estaré en posición de ofrecerle clemencia.

—Desde luego, suponiendo que sobrevivas para ocupar ese trono más de unas horas, cosa que dudo.

—Pero podría suceder —repuso Kelsea con firmeza. Notó una fuerte punzada en la herida del cuello, pero la ignoró y recordó lo que le había dicho Carroll en el claro—. Soy mucho más fuerte de lo que aparento.

El Traedor la miró a los ojos y guardó silencio. Kelsea se dio cuenta de que quería algo de ella, aunque no se imaginaba qué podía ser. Con cada segundo que pasaba, se sentía más y más incómoda, pero no podía desviar la mirada. Al final no aguantó más y formuló la pregunta:

—¿Por qué ha llamado a mi madre una «reina mediocre»?

—Supongo que tú crees que era de primera.

—Yo no sé nada de ella. Nadie quiere contarme nada.

El Traedor abrió mucho los ojos.

—Eso es imposible. Carlin Glynn es una mujer extraordinariamente competente. No habríamos podido elegir a ninguna mejor.

Kelsea se quedó boquiabierta. Solo la guardia de su madre sabía dónde se había criado, porque, de otra forma, los hombres del Regente habrían ido a buscarla a la casita muchos años atrás. Esperó a que el Traedor continuara, pero él no dijo nada. Al final, Kelsea preguntó:

—¿Cómo puede ser que usted supiera dónde estaba y no lo supiesen ni los mort ni el Cadén?

El Traedor hizo un ademán despectivo y contestó:

—Los mort son unos brutos, y los cadén no empezaron a buscarte hasta que tu tío estuvo lo bastante desesperado para pagar sus honorarios, que son

desorbitantes. Si los cadén te hubieran buscado desde el principio, ya estarías muerta hace años. Tu madre no te escondió demasiado bien; carecía de imaginación.

Kelsea hizo un esfuerzo para no mudar la expresión. Aquel hombre hablaba de su madre con profundo desdén; Carlin, en cambio, nunca había dicho nada malo de la reina Elyssa.

«Claro, no podía hablar mal de ella —susurró una vocecilla insidiosa en la mente de Kelsea—. Lo había prometido.»

—¿Por qué le desagrada tanto mi madre? ¿Se portó mal con usted?

El Traedor ladeó la cabeza mientras escrutaba el rostro de Kelsea.

—Eres muy joven, niña. Increíblemente joven para ser reina.

—¿Piensa decirme por qué está resentido con mi madre?

—No veo ningún motivo para hacerlo.

—Muy bien. —Kelsea se cruzó de brazos—. Entonces, yo seguiré considerándola una reina de primera.

El Traedor compuso una sonrisa de conformidad.

—Eres joven, pero tienes más cabeza de la que jamás tuvo tu madre.

A Kelsea cada vez le dolía más la herida. Una fina película de sudor le cubría la frente, y él reparó en ello solo un instante después de la propia Kelsea.

—Inclina la cabeza.

Kelsea obedeció sin pensar. El Traedor se metió la mano en un bolsillo, sacó una bolsita y empezó a aplicarle algo en el cuello. Kelsea se preparó creyendo que le dolería, pero no fue así. Notó los suaves dedos del Traedor en la piel. Pasados unos segundos, se dio cuenta de que debería haberse protegido mejor y, resignada, cerró los ojos. Recordó una frase que había leído en uno de los libros de Carlin: «cualquier sinvergüenza convincente...». Lamentó su propia insensatez.

El anestésico actuó deprisa; al cabo de unos segundos, el dolor se había reducido a una débil pulsación. El Traedor soltó el cuello de Kelsea y se guardó la bolsita.

—Después te daré un poco de hidromiel, y ya no te dolerá.

—¡No se haga el simpático! —le espetó Kelsea; estaba furiosa consigo misma por encontrar atractivo a aquel hombre, y creía que era muy importante que él no lo supiera—. ¡Si quiere matarme, máteme!

—Cada cosa a su tiempo. —En los negros ojos del Traedor brilló algo que

Kelsea sospechó que podía ser respeto—. Me sorprendes, niña.

—¿Acaso esperaba que le suplicara?

—Si lo hubieras hecho, te habría matado sin pensármelo dos veces.

—¿Por qué?

—Tu madre siempre estaba suplicando.

—Yo no soy mi madre.

—Puede que no.

—¿Por qué no me dice qué quiere?

—Queremos que seas reina.

Kelsea captó la insinuación.

—¿Eso que mi madre no era?

—¿Tienes idea de quién era tu padre?

—No, ni me importa.

—A mí sí. He hecho una apuesta con uno de mis hombres.

—¿Una apuesta?

Al Traedor le brillaron los ojos.

—Tu paternidad es uno de los grandes temas sobre los que se apuesta en este reino. Conozco a una anciana que vive en una aldea del sur que apostó su caballo hace casi veinte años, y que todavía espera a que se sepa la verdad. Digamos que el campo es bastante amplio.

—Maravilloso.

—Pertenece a la realeza, niña. En tu vida ya no habrá nada que sea privado.

Kelsea frunció los labios, molesta por el giro que había dado la conversación. Su padre, como sucedía con su tío, nunca había parecido especialmente importante. La importante era su madre, la mujer que gobernaba el reino. Quienquiera que fuese su padre, por lo visto la había abandonado al nacer. Sin embargo, ese abandono nunca le había dolido tanto como el de su madre. Kelsea recordaba haber pasado días enteros esperando ante el ventanal del salón de la casita; al final, el sol siempre se ponía sin que su madre hubiera aparecido.

—Hemos esperado mucho para ver de qué estabas hecha, niña —comentó el Traedor—. He de reconocer que estamos desconcertados. No eres como te habíamos imaginado.

—¿Habíais? ¿A quién se refiere?

El Traedor señaló detrás de él. Kelsea reparó entonces en que se oían voces

masculinas fuera de la tienda, y, un poco más allá, alguien que cortaba leña.

—¿Qué es lo que mantiene unido a su grupo?

—Esa es una pregunta muy perspicaz, y por lo tanto no voy a responderla.

Se levantó con un movimiento tan repentino que Kelsea se encogió y pegó las rodillas al pecho. Aunque ella hubiera tenido un puñal y él hubiera estado desarmado, el Traedor no habría tardado ni un minuto en matarla. Le recordaba a Maza: un hombre en el que se adivinaba una violencia latente a la que él no daba mucha importancia. Se dio cuenta de que había olvidado preguntar por Maza, pero creyó que no era el momento más adecuado para hacerlo. Sintió un ligero alivio cuando el Traedor se guardó el puñal en el cinto.

—Vístete, niña, y sal afuera.

Cuando el hombre salió por la portezuela de la tienda, Kelsea miró el montón de ropa oscura que había en el suelo. Era ropa de hombre, y demasiado grande para ella; pero quizá fuera mejor así. Kelsea no se engañaba creyendo que tenía buena figura.

«¿A quién le importa tu figura?»

«A nadie», le contestó a Carlin, malhumorada, y Kelsea se quitó el arrugado blusón de lino por la cabeza. No era tan necia para no saber identificar aquel peligro: un hombre atractivo, inteligente y a todas luces cruel. Entre los libros de Carlin había muchas obras de ficción.

«Pero no corro ningún riesgo —insistió—. Si reconozco el peligro, este se reduce.»

Sabía, sin embargo, que esa afirmación no era del todo cierta. Solo hacía un momento que el Traedor había salido de la tienda, y ella ya estaba impaciente por seguirlo afuera y volver a verlo.

«No seas estúpida —se reconvino—. Eres demasiado fea para él; él mismo lo ha dicho.»

Ya había acabado de vestirse. Se pasó los dedos por el pelo, se levantó y sacó la cabeza por la portezuela.

Debían de haberla llevado muy al sur. El terreno que rodeaba el campamento ya no era boscoso; ni siquiera había cultivos. Se hallaban en lo alto de una gran colina cubierta de maleza que el sol había hecho amarillear. Por todos los lados se elevaban colinas parecidas que formaban un mar ondulante y amarillo. Todavía no habían llegado al desierto, pero no podían estar muy lejos de la frontera cadaresa.

El campamento consistía en varias tiendas teñidas de rojo, amarillo y azul intensos situadas alrededor de una hoguera hecha con piedras; a primera vista Kelsea lo habría tomado por el de una compañía de circo. Estaban cocinando algo, porque se alzaba una perezosa columna de humo y olía a carne asada. Al otro lado de la hoguera, un hombre rubio de escasa estatura, vestido con la misma ropa holgada que le habían prestado a Kelsea, cortaba leña.

Más cerca de la tienda de la joven, tres hombres hablaban en voz baja. Uno de ellos era el Traedor; otro, a juzgar por su estatura y lo ancho de sus hombros, solo podía ser el gigantesco Morgan. Tenía el pelo rubio y la cara redonda, y mantuvo una expresión cordial al ver acercarse a Kelsea. El tercero era negro, y eso la sorprendió. Era la primera vez que veía a un negro, y su piel, brillante bajo la luz del sol, la fascinó.

Ninguno la saludó con una reverencia, pero Kelsea no esperaba que lo hicieran. El Traedor le hizo una seña para que se acercara, y Kelsea fue hasta ellos, tomándose su tiempo para dejar claro que no obedecía precipitadamente sus órdenes. Cuando llegó a su lado, el Traedor señaló a sus dos compañeros.

—Estos son mis socios, Morgan y Lear. No te harán daño.

—A menos que usted se lo ordene.

—Por supuesto.

Kelsea se sentó en cuclillas, y los tres hombres le lanzaron miradas especulativas que hicieron que su sensación de peligro se intensificase. Pero si la mataban, razonó, su tío permanecería en el trono. Quizá hasta llegara a ser coronado rey, puesto que era el último de la estirpe. No constituía una gran baza para negociar, pero al menos era algo. Según Carlin, en el Tearling no querían al Regente, pero cabía la posibilidad de que Carlin le hubiera mentido también respecto a eso. Kelsea miró hacia la lejanía y trató de dominar su frustración. Su madre, el Regente, la Reina Roja... Necesitaba que alguien le contara la verdad.

«¿Y si resulta que la verdad es algo que preferirías no oír?»

Aun así, prefería saberlo. Y se dio cuenta de que había alguien que sí tenía respuestas.

—¿Dónde está Lazarus?

—¿Tu Maza? Allí. —El Traedor señaló una tienda roja a unos diez metros. Uno de sus hombres, corpulento y con pelo castaño claro, montaba guardia junto a la entrada.

—¿Puedo hablar con él?

—Como quieras, niña. A ver si consigues que se calme. Nos ha dado la lata un buen rato.

Kelsea se dirigió hacia la tienda, un poco preocupada. Aquellos hombres no parecían violentos, pero eran rudos, y no creía que Maza fuera un prisionero modélico. El hombre que estaba delante de la tienda roja la miró fijamente, pero cuando ella le hizo una seña con la cabeza la dejó pasar.

Maza estaba tendido en el suelo, con los ojos vendados y atado a una estaca clavada en la tierra. Le habían cosido las heridas con la misma habilidad que a Kelsea, pero tenía cuerdas alrededor de las muñecas y los tobillos y una soga al cuello. Kelsea silbó sin querer, y, al oírla, Maza volvió la cabeza.

—¿Os han herido, Señora?

—No. —Consciente de que había un centinela fuera de la tienda, Kelsea se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, al lado de Maza, y habló en voz baja—: Solo me han amenazado de muerte unas cuantas veces.

—Si tuvieran intención de mataros, ya lo habrían hecho. A vuestro tío no le servís de nada viva.

—No los... —Kelsea bajó la voz un poco más y se esforzó para expresar aquella extraña impresión que había tenido—. No creo que los haya enviado mi tío. Quieren algo de mí, pero no me han dicho qué.

—¿Podrías intentar desatarme? Han encontrado un nudo que no puedo deshacer.

—No me parece que otra huida sea la solución, Lazarus. Jamás conseguiríamos huir de estos hombres.

—¿No preferís llamarme Maza?

—Carroll no te llamaba así.

—Carroll y yo, Señora, tenemos una larga historia en común.

—No lo dudo. —Kelsea se lo planteó y tuvo que admitir que siempre pensaba en él como «Maza»—. Pero prefiero llamarte Lazarus. Es un nombre de buen agüero.

—Como queráis— repuso Maza cambiando de postura; las cuerdas que tenía alrededor de las muñecas y los tobillos se estiraron ligeramente.

—¿Te duele?

—No, solo estoy incómodo. Me he visto en situaciones peores. ¿Cómo logramos cruzar el río?

—Mediante magia.

—¿Qué clase de...?

—Lazarus —le interrumpió Kelsea con firmeza—. Necesito respuestas.

Maza hizo una mueca de dolor y volvió a cambiar de postura para aligerar sus ataduras.

—Sé que mi tío puso precio a mi cabeza. Pero ¿qué le ha hecho al Tearling?

—Decid cualquier cosa, Señora, y seguro que acertáis.

—Explícate.

—No.

—¿Por qué no?

—No voy a discutir sobre esto con vos, Señora.

—¿Por qué? ¿Eras guardia del Regente?

—No.

Kelsea esperó a que diera más detalles, pero Maza guardó silencio. Sabía que tenía los ojos fuertemente cerrados, pese a llevarlos vendados, como si lo estuvieran sometiendo a un duro interrogatorio. Se mordió la cara interna de la mejilla, fuerte, tratando de controlar su mal genio.

—No sé cómo voy a tomar decisiones inteligentes si no sé nada —razonó.

—¿De qué sirve hurgar en el pasado, Señora? Vos tenéis el poder de labraros vuestro propio futuro.

—¿Y mis muñecas y mis vestidos?

—Os provoqué para ver si contraatacabais. Y lo hicisteis.

—¿Y si te ordeno que me lo cuentes?

—Ordenad, Señora, y ved hasta dónde llegáis.

Kelsea caviló un momento y decidió no insistir. No era una buena táctica con Maza; aunque se lo ordenara, él obedecería su propio criterio. Tras observarlo durante un minuto más mientras él se retorció, incómodo a causa de las ataduras, Kelsea sintió que su fastidio daba paso a la compasión. Lo habían atado muy fuerte, y apenas tenía espacio para estirarse.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Bien. Ese desgraciado me ha pegado fuerte, y en el sitio justo. Un buen golpe.

—¿Te han dado de comer?

—Sí.

—Carroll me contó que fuiste tú quien me sacó de la Ciudadela cuando yo era una cría.

—Así es.

—¿Siempre has sido soldado de la Guardia Real?

—Desde los quince años.

—¿Alguna vez has lamentado haber elegido esta vida?

—No, ni una sola vez.

Maza volvió a retorcerse; estiró las piernas y luego las relajó, y Kelsea vio, perpleja, cómo uno de sus pies se liberaba de las cuerdas.

—¿Cómo has hecho eso?

—Cualquiera puede hacerlo, Señora, si se toma la molestia de practicar. —Flexionó el pie para aliviar el entumecimiento—. Una hora más y habré liberado una mano.

Kelsea se quedó mirándolo un instante, y entonces se levantó.

—¿Tienes familia, Lazarus?

—No, Señora.

—Quiero que seas el capitán de mi guardia. Piénsatelo mientras escapas.

Salió de la tienda sin darle tiempo a responder.

El sol empezaba a ponerse; en el horizonte solo quedaba una línea de nubes oscura, naranja por la parte superior. Kelsea echó un vistazo al campamento y vio al Traedor apoyado en un árbol, mirándola sin disimulo, con gesto especulativo. Cuando lo miró a los ojos, él compuso una sonrisa fría y misteriosa que la hizo estremecerse.

«No solo es un ladrón, sino también un asesino. —Bajo aquella fachada atractiva, Kelsea intuía a otro hombre, un hombre terrible, con una vida negra como las aguas de un lago cubierto de hielo—. Un hombre que ha segado muchas vidas.»

Esa idea debería de haberla horrorizado. Kelsea esperó largo rato, pero, en lugar de sentir pavor, comprendió algo aún peor: que no le importaba en absoluto.

La cena fue inesperadamente espléndida. La carne que Kelsea había olido hacía un rato resultó ser de venado, y sin duda de un ejemplar mucho mejor que el que había comido unos días atrás. También había huevos duros, lo que sorprendió a Kelsea hasta que vio un pequeño gallinero detrás de su tienda. Morgan se había pasado casi todo el día cociendo pan en la hoguera y le había quedado perfecto: crujiente por fuera y tierno por dentro. El hombre de pelo castaño claro, Howell, le sirvió una taza de hidromiel que Kelsea probó con mucha precaución. El alcohol y el gobierno no se llevaban bien; de hecho,



según sus libros el alcohol se llevaba mal con todo.

Comió poco. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se avergonzaba de su peso. En la casita siempre había comida en abundancia, y Kelsea solía repetir a la hora de la cena sin pensárselo dos veces. En esta ocasión, sin embargo, picoteó la comida, pues no quería que pensarán que era una glotona. No quería que él lo pensara. El Traedor se sentó a su lado, y se diría que había un cordón invisible que tiraba de ella cada vez que él sonreía o reía.

El Traedor instó a Kelsea a hablarles de su infancia en la casa del bosque. Ella no entendió a qué venía ese interés, pero él insistió, así que los complació, ruborizándose de vez en cuando ante la intensidad de sus miradas. El hidromiel debía de haberle soltado la lengua, porque de repente tenía mucho que contar. Les habló de Barty y Carlin, de la casita, de las clases. Todos los días, Barty se ocupaba de ella por la mañana, hasta la hora de comer, y luego Carlin lo relevaba hasta la hora de la cena. Carlin la instruía mediante la lectura, y Barty al aire libre. Les explicó que sabía desollar un ciervo y ahumar la carne para que durara meses; construir jaulas para cazar conejos; y manejar el puñal, aunque no era suficientemente rápida. Les contó que todas las noches, después de cenar, empezaba un libro de ficción, que lo leía a solas y que casi siempre lo terminaba antes de la hora de acostarse.

—Lees deprisa —observó Morgan.

—Muy deprisa —confirmó Kelsea, y se ruborizó.

—No parece que te hayas divertido mucho estos años.

—Creo que el objetivo no era que me divirtiera. —Kelsea dio otro sorbo de hidromiel—. Pero, de todas formas, estoy recuperando el tiempo perdido.

—A nosotros creo que nunca nos han acusado de ser divertidos —intervino el Traedor—. Es evidente que no aguantas bien el alcohol.

Kelsea arrugó el ceño y dejó su taza sobre la mesa.

—Pues esto me gusta.

—Eso parece. Pero no corras tanto, o tendré que pedirle a How que te haga parar.

Kelsea volvió a sonrojarse, y todos rieron.

Ante los ruegos de los otros, Lear, el negro, se levantó y contó la historia de la Nave Blanca, que se había hundido durante la Travesía llevándose con ella todos los conocimientos médicos de América. Lear era mejor narrador que Carlin, que no sabía contar historias, y a Kelsea se le saltaron las lágrimas oyéndole relatar el naufragio.

—¿Por qué embarcaron a todos los médicos en el mismo barco? —preguntó—. ¿No habría sido más lógico repartirlos y que cada barco llevara a su propio médico?

—Por el material —contestó Lear tras dar un resoplido, lo que indicó a Kelsea que le gustaba contar historias, pero no que después le hicieran preguntas—. El material de primeros auxilios fue la única tecnología que William Tear les dejó llevarse a la Travesía. Pero de todas formas se perdió, junto con el resto de los medicamentos.

—No todos —lo contradujo Kelsea—. Carlin me contó que en el Tear existe control de natalidad.

—Métodos de control de natalidad autóctonos. Tuvieron que volver a descubrirlos cuando desembarcaron, casi siempre mediante ensayo y error, a partir de plantas autóctonas. En el Tearling nunca ha existido verdadera ciencia.

Kelsea frunció el ceño y se preguntó por qué Carlin no se lo había contado. Aunque, por supuesto, para Carlin el control de natalidad solo era una más de tantas cifras a tener en cuenta en una estadística de población. El Traedor se sentó al lado de Kelsea, y ella notó que le ardían las mejillas. Era arriesgado pensar en aquel tema estando él a su lado en la oscuridad.

Una vez recogida la cena, juntaron dos mesas y le enseñaron a jugar al póquer. A Kelsea, que hasta ese día ni siquiera había visto una baraja de cartas, disfrutó con el juego; era la primera vez que disfrutaba de verdad con algo desde que la Guardia Real había ido a buscarla a la casita del bosque.

El Traedor, sentado a su lado, espiaba sus cartas. Kelsea se ruborizaba de vez en cuando y rezaba para que él no lo notara. No podía negarse que era atractivo, pero la verdadera fuente de su encanto era algo muy diferente: era obvio que le tenía sin cuidado lo que Kelsea pensara de él. De hecho, ella sospechó que no le importaba la opinión de nadie sobre su persona.

Tras unas cuantas manos, Kelsea empezó a entender el funcionamiento del juego, pese a que le costaba recordar las diversas formas de conseguir manos de valor elevado. El Traedor dejó de hacer comentarios sobre sus descartes, lo que Kelsea interpretó como un cumplido. Con todo, seguía perdiendo una mano tras otra y no entendía por qué. La mecánica del juego era bastante simple, y la mayor parte del tiempo la prudencia le aconsejaba pasar. Sin embargo, cada vez que lo hacía, ganaba la mano una combinación de cartas inferior, y todas las veces el Traedor reía con la taza en los labios.

Al final, un tipo rubio y desaliñado (Kelsea estaba casi segura de que se llamaba Alain) miró a Kelsea mientras recogía las cartas para barajarlas y repartir, y observó:

—Tienes que aprender a poner cara de póquer.

—Sí, tiene razón, niña —coincidió el Traedor—. Cada pensamiento que tienes se delata en tu mirada.

Kelsea tomó otro sorbo de hidromiel.

—Carlin dice que soy un libro abierto.

—Pues más vale que le pongas solución a eso, y deprisa. Si decidimos no matarte, pronto te encontrarás en una guarida de serpientes. Y la sinceridad no te va a ayudar mucho.

A Kelsea se le hizo un nudo en la garganta, por el desparpajo con que hablaba el Traedor de la posibilidad de ejecutarla, pero intentó mantener un gesto inexpresivo.

—Así, mucho mejor —dijo el Traedor.

—¿Por qué no decide de una vez si quiere matarme o no, y acabamos con esto? —preguntó Kelsea.

El hidromiel le había aclarado las ideas al mismo tiempo que se las enredaba, y estaba impaciente por obtener una respuesta sincera.

—Queríamos ver qué tipo de reina podrías ser.

—Entonces ¿por qué no me hacían un examen?

—¡Un examen! —El Traedor sonrió abiertamente, y sus negros ojos resplandecieron—. Qué idea tan interesante.

—Esto es un juego serio —refunfuñó Howell.

Este tenía una gran cicatriz en la mano derecha que parecía una quemadura. Claro que quería seguir jugando: era quien había ganado más manos, y con las peores cartas.

—Ahora vamos a jugar a otro juego —anunció el Traedor, y empujó a Kelsea hasta echarla del banco—. Esto es un examen en toda regla, niña. Ponte allí.

—He tomado demasiado hidromiel para examinarme.

—Mala suerte.

Kelsea lo miró con resentimiento, pero se apartó del banco y comprobó, sorprendida, que le costaba mantenerse en pie. Los cinco hombres se volvieron y la miraron. Alain, que había estado repartiendo, barajó las cartas una última vez y se las guardó con un movimiento tan rápido que casi no se

vio.

El Traedor se inclinó hacia delante, entrelazó las manos bajo la barbilla y miró fijamente a Kelsea.

—¿Qué piensas hacer si llegas a ocupar el trono?

—¿Cómo que qué pienso hacer?

—¿Tienes pensada alguna política?

El Traedor hablaba con tono desenfadado, pero sus negros ojos denotaban seriedad. Bajo aquella pregunta, Kelsea intuyó una paciencia infinita, combinada con una firme voluntad de oír la respuesta de Kelsea. Era un examen, desde luego, y ella comprendió que, si no daba una respuesta válida, la conversación se interrumpiría.

Abrió la boca sin saber qué iba a decir, y las palabras de Carlin, su visión, acudieron a ella en la oscuridad. Las había repetido tantas veces en la biblioteca que las recitó en una letanía tal como había practicado, como si leyera de la Biblia de la Iglesia de Dios.

—Gobernaré por el bien de los gobernados. Me encargaré de que todos los ciudadanos reciban estudios y atención médica adecuados. Pondré fin al despilfarro de recursos y mejoraré la situación de los pobres mediante la redistribución de las tierras, los bienes y los impuestos. Restableceré el imperio de la ley en este reino y eliminaré la influencia de Mortmesne...

—¡Entonces lo sabes! —saltó Lear.

Kelsea se quedó mirándolo sin comprender y dijo:

—Lo único que sé de Mortmesne es que su dominio sobre este reino no para de aumentar.

—¿Qué más sabes de Mortmesne? —preguntó Morgan con una voz atronadora; bajo la luz de la hoguera, su silueta parecía la de un oso.

Kelsea se encogió de hombros.

—He leído libros sobre los primeros años del Reinado Rojo. Y me han contado que es probable que mi tío haya firmado una alianza con la Reina Roja.

—¿Algo más?

—Pues no. Salvo alguna información sobre las tradiciones mort.

—¿Y el Tratado Mort?

—¿Qué es eso?

—Dios mío —murmuró Howell.

—También a sus guardianes les hicieron jurar que guardarían el secreto —

dijo el Traedor a los demás sacudiendo la cabeza—. Debimos imaginarlo.

Kelsea recordó la cara de Carlin, su voz, siempre cargada de arrepentimiento: «Lo prometí».

—¿Qué es el Tratado Mort?

—¿Sabes qué es, al menos, la Invasión Mort?

—Sí —contestó Kelsea con entusiasmo, contenta de saber algo por fin—. Llegaron hasta las murallas de la Ciudadela.

—Y ¿qué pasó entonces?

—No lo sé.

El Traedor se volvió y se quedó contemplando la oscuridad. Kelsea alzó la vista hacia la bóveda celeste y vio millones de estrellas. Se hallaban lejos de todo, y el cielo era inmenso. Cuando volvió a mirar al grupo de hombres, sintió que se mareaba y estuvo a punto de tropezar.

—Has bebido demasiado hidromiel —dijo Howell sacudiendo la cabeza.

—No está borracha —discrepó Morgan—. No controla las piernas, pero de cabeza está bien.

El Traedor volvió a mirarlos, con el aire decidido de quien ha tomado una decisión difícil.

—Lear —dijo—, cuéntenos una historia.

—¿Qué historia?

—Una breve historia de la Invasión Mort, desde la Travesía hasta el Desastre.

Kelsea entrecerró los ojos; el Traedor volvía a tratarla como si fuera una cría. Él la miró y sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—Nunca lo he explicado en forma de narración —aclaró Lear.

—Pues a ver si eres capaz de convertirlo en un buen relato.

Lear carraspeó, tomó un sorbo de hidromiel y miró fijamente a Kelsea. Ella no detectó en sus ojos ni pizca de caridad, y tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la mirada.

—Érase una vez un reino llamado Tearling. Lo fundó un hombre llamado William Tear, un utópico que soñaba con un país de abundancia para todos. Pero, paradójicamente, el Tearling era un reino de escasos recursos, porque los británicos y los americanos no habían tenido suerte con el lugar que habían elegido para desembarcar. El Tearling no tenía minerales ni industria. Los tear eran agricultores; lo único que podían ofrecer eran los alimentos que cultivaban, la carne de los animales que criaban y una cantidad limitada de

buena madera de sus robles autóctonos. La vida era difícil, costaba cubrir las necesidades básicas, y con los años muchos tear acabaron empobrecidos y siendo analfabetos. Tenían que comprar todo lo que no producían a los países vecinos, y, como no podían elegir, tenían que pagar precios muy elevados.

»El reino vecino había tenido más suerte tras la Travesía. Tenía todo eso de lo que el Tearling carecía. Había médicos con acceso a siglos de conocimiento europeo. Había albañiles, buenos caballos y algo de la tecnología que había prohibido William Tear. Pero, ante todo, su suelo tenía enormes depósitos de hierro y estaño, de modo que no solo había minería, sino un ejército con armas superiores, hechas de acero. Ese reino se llamaba Nueva Europa, y durante mucho tiempo se contentó con ser rico e invulnerable, y con que sus ciudadanos vivieran y murieran con salud y rodeados de comodidades.

Kelsea asintió con la cabeza; todo eso ya lo sabía. Pero Lear tenía una voz grave e hipnótica, y conseguía que su relato pareciera un cuento de hadas como los extraídos de las *Obras Completas de los Hermanos Grimm* que Carlin tenía en la casita del bosque. Kelsea se preguntó si Maza estaría oyendo la historia desde su tienda y si habría logrado liberar la otra mano. No conseguía concentrarse, y sacudió la cabeza para despejarse. Lear continuó:

—Pero hacia el final del segundo siglo tear, una hechicera se propuso gobernar Nueva Europa. Ejecutó a los representantes elegidos democráticamente, a sus mujeres y a sus hijos, incluso a los recién nacidos. Los ciudadanos que sobrevivieron se encontraron a sus familias asesinadas y sus casas incendiadas. Hizo falta casi medio siglo para someter a la población, pero al final la democracia cedió ante la dictadura, y en los reinos circundantes todos olvidaron que aquella tierra tan rica había sido Nueva Europa; pasó a llamarse Mortmesne, la Mano Muerta. Y del mismo modo, todos olvidaron que aquella hechicera no tenía nombre. Se convirtió en la Reina Roja de Mortmesne, y todavía sigue en el trono, ciento treinta años más tarde.

»Pero, a diferencia de sus predecesores, la Reina Roja no se contentó con controlar únicamente su reino; aspiraba a ejercer su poder en todo el Nuevo Mundo. Tras consolidar su gobierno, centró su atención en el ejército mort y lo convirtió en una máquina extensa y poderosa que nadie podía vencer. Y hace unos cuarenta años empezó a traspasar sus fronteras. Primero tomó Cadare, y luego Callae. Esos dos países no tardaron en rendirse, y ahora están bajo la dominación de Mortmesne. Pagan tributos, como debe hacer toda buena

colonia. Permiten a las guarniciones mort alojarse en sus hogares y patrullar sus calles. No ofrecen resistencia.

—Eso no es verdad —objetó Kelsea—. En Mortmesne hubo un levantamiento. Me lo contó Carlin. La Reina Roja envió a todos los rebeldes a Callae, al exilio.

Lear la taladró con la mirada, y el Traedor rio.

—Niña, no lo interrumpas cuando está contando una historia. El levantamiento de Callae solo duró unos veinte minutos; es lógico que lo haya omitido.

Kelsea, avergonzada, se mordió la lengua. Lear le lanzó una mirada de advertencia y continuó:

—Pero cuando la Reina Roja hubo reducido esas naciones a colonias y se centró por fin en el Tearling, tuvo problemas con la reina Arla.

«Mi abuela —pensó Kelsea—. Arla la Justa.»

»La reina Arla siempre tuvo mala salud, pero era inteligente y valiente, y se enorgullecía de ser la reina de una nación libre. A los terratenientes del reino y sobre todo a la Iglesia de Dios, les preocupaban sus tierras y exigieron a la reina Arla que llegara a un acuerdo con la Reina Roja. El ejército del Tearling era débil y estaba mal organizado, y los mort lo superaban en gran número. Sin embargo, la reina Arla rechazó todas las tentativas mort y desafió a la Reina Roja a tomar el reino por la fuerza. Así que Mortmesne invadió el Tearling oriental.

»El ejército del Tearling se defendió bien, quizá mejor de lo que nadie había previsto. Pero luchaba con armas de madera y unas cuantas espadas adquiridas en el mercado negro, mientras que el ejército mort contaba con armas y armaduras de hierro. Las hojas de sus espadas y las puntas de sus lanzas eran de acero, y avanzaron por el Tear sin grandes dificultades. Los mort ya habían invadido la región oriental del país para cuando la reina Arla murió de neumonía en el verano de 284. Dejó dos hijos: la princesa Elyssa y su hermano pequeño, Thomas. En cuanto accedió al trono, Elyssa empezó a hacer tentativas conciliatorias a la reina mort. Pero no podía ofrecer tributos, aunque quisiera, porque no había suficiente dinero.

—¿Por qué no ofreció madera? —inquirió Kelsea—. Tenía entendido que los reinos vecinos valoraban mucho los robles del Tearling.

Lear la fulminó con la mirada; había vuelto a interrumpirlo.

—No lo suficiente. Los pinos mort son de peor calidad que los robles tear,

pero se puede construir con ellos, si es necesario. Las negociaciones fracasaron, y el ejército mort se dirigió a Nueva Londres. Llevó a cabo una masacre sistemática por el camino hasta la capital, y dejó una estela de aldeas incendiadas y mujeres violadas.

Kelsea se acordó de la historia que les había contado Mhurn, la del hombre que había perdido a su mujer y a su hija. Alzó la vista al cielo nocturno. ¿Dónde debían de estar el resto de sus guardias?

—La situación era desesperada. El ejército mort estaba a punto de vencer las murallas de la Ciudadela cuando la reina Elyssa llegó a un acuerdo con la Reina Roja. El Tratado Mort se firmó solo unos días más tarde, y ha permitido mantener la paz desde entonces.

—¿Y los mort? ¿Se retiraron?

—Sí. Según los términos del tratado, abandonaron la ciudad pocos días después y se retiraron atravesando todo el país. Estrictamente hablando, no hubo más víctimas.

—Toma un poco más de hidromiel, Lear —terció el Traedor.

Kelsea sintió una oleada de orgullo. ¿Por qué Carlin nunca le había contado aquella parte de la historia? Esas eran la clase de historias que ella siempre había querido oír. ¡La reina Elyssa, la heroína! Imaginó a su madre atrincherada en la Ciudadela, con las hordas mort al otro lado de las murallas, enviando mensajes secretos a Demesne y recibéndolos mientras iban agotándose sus provisiones. Haciéndose con la victoria en las propias narices del desastre. Parecía una historia extraída de uno de los libros de Carlin. Y sin embargo... Sin embargo... Echó una ojeada a los hombres alrededor de la mesa y vio que ninguno sonreía.

—Es una buena historia —se aventuró a decir, y se volvió hacia Lear—. Y la has contado muy bien. Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Mírame, niña.

Kelsea volvió la cabeza y se encontró al Traedor mirándola fijamente con gesto adusto.

—¿Por qué no has suplicado por tu vida?

Kelsea frunció el ceño. ¿Qué demonios quería de ella?

—¿Por qué iba a suplicar?

—Es lo que suelen hacer los cautivos: ofrecerlo todo a cambio de la vida.

Kelsea comprendió que estaba jugando con ella otra vez, y eso la enfureció. Respiró hondo antes de contestar:



—Mire, una vez Barty me contó una historia. En los primeros años después de la Travesía, hubo un labrador tear cuyo hijo enfermó gravemente. Eso sucedió antes de que los barcos británicos llegaran al Tearling, de modo que no había médicos. El hijo estaba cada vez más enfermo y el padre pensó que moriría. La pena lo consumía.

»Un día apareció un hombre alto con una capa negra. Dijo que era sanador y que podía curar a su hijo, pero a cambio el padre debía ofrecerle un dedo del niño para apaciguar al dios de aquel desconocido. El padre tenía ciertas reservas sobre las habilidades de aquel hombre; sin embargo, pensó que era un buen trato: un dedo meñique a cambio de la vida de su hijo, y, además, el sanador solo se llevaría el dedo si conseguía curar al niño. Durante dos días, el sanador trató al niño con hechizos y brebajes, y milagrosamente el niño se curó.

»El padre trató de pensar alguna forma de no cumplir su parte del trato, pero al final desistió, porque el hombre de la capa negra le daba mucho miedo. Así que esperó a que su hijo se durmiera; entonces fue a buscar un cuchillo y le cortó el meñique de la mano izquierda. Le envolvió la mano con un paño y contuvo la hemorragia. Pero como no pudo administrarle antibióticos, la herida no tardó en infectarse y gangrenarse, y el hijo acabó muriendo de todas formas.

»El padre, furioso, fue a buscar al sanador y le pidió explicaciones. El sanador se quitó la capa y reveló una terrible oscuridad: debajo de la capa no había nada. El padre, acobardado, se tapó la cara, pero aquel espantajo anunció: “Soy la Muerte. A veces llego pronto, a veces tarde, pero nadie logra burlarme”.

Lear asentía lentamente con la cabeza, y por primera vez esbozó una sonrisa.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Traedor.

—Tarde o temprano todos morimos. Creo que es mejor morir limpio.

El Traedor la observó largamente; entonces se inclinó hacia delante y sostuvo el segundo collar, que osciló sobre la mesa reflejando la luz del fuego. La joya parecía muy grande; y Kelsea creyó ver algo que se movía, oscuro y lejano, bajo su superficie. Intentó cogerla, pero el Traedor retiró rápidamente la mano.

—Has aprobado la mitad del examen, niña. Has dicho lo que tenías que decir. Te dejaremos vivir.

Los hombres sentados a la mesa se relajaron de inmediato. Alain sacó las cartas y empezó a barajarlas otra vez. Howell se levantó y fue a buscar más cerveza.

—Pero las palabras son lo más fácil —añadió el Traedor en voz baja.

Kelsea esperó. El Traedor había hablado en tono ligero, pero sus ojos, bajo la luz del fuego, denotaban seriedad.

—No creo que sobrevivas el tiempo suficiente para llegar a gobernar este reino. Eres inteligente y bondadosa, quizá incluso valiente. Pero también eres joven y deplorablemente ingenua. La protección de Maza podría alargar un poco tu vida, pero no te salvará. Sin embargo...

Tomó la barbilla de Kelsea con una mano y la taladró con sus negros ojos.

—Si algún día llegas a ocupar el trono, espero ver cómo aplicas esa política. Las medidas que tienes pensadas necesitan muchas mejoras, y seguramente están condenadas de antemano al fracaso, pero no son malas, y demuestran un conocimiento de la historia política que la mayoría de los soberanos ni siquiera se toman la molestia de adquirir. Gobernarás de acuerdo con los principios que has esbozado, e intentarás eliminar las plagas que asolan este país, cueste lo que cueste. Ese será mi examen, y, si suspendes, tendrás que rendir cuentas ante mí.

Kelsea arqueó las cejas y trató de disimular un escalofrío.

—¿Acaso cree que podría llegar hasta mí una vez que me haya instalado en la Ciudadela?

—Yo puedo llegar hasta cualquiera de este reino. Soy más peligroso que los mort, más peligroso que el Cadén. Le he robado muchas cosas al Regente, y lo he tenido a merced de mi puñal. Habría podido matarlo muchas veces, pero eso tendrá que esperar.

—Esperar ¿a qué?

—A ti, Reina del Tearling.

Entonces se levantó y se apartó de la mesa con un solo movimiento fluido, y Kelsea se quedó mirándole la espalda; le ardía la cara donde se habían posado los dedos del Traedor.

## Hacia la torre

¡Tearling, Tearling!  
¡Cuánto has sufrido!  
Tu desdicha,  
Tu paciencia,  
Nada en vano ha sido.

Anónimo,  
«Llanto por las madres»

Kelsea despertó con dolor de cabeza y la boca seca, pero hasta el desayuno no cayó en la cuenta de que tenía su primera resaca. Pese a lo mal que se encontraba, le encantó experimentar algo que solo conocía por los libros. El estómago revuelto no le pareció un precio desorbitado por hacer real una ficción. La fiesta se había prolongado hasta bien entrada la noche, y no recordaba cuánto hidromiel había bebido. Estaba riquísimo; debía evitarlo en el futuro.

Una vez que Kelsea se hubo vestido, el Traedor le llevó un espejo de afeitar para que pudiera verse el gran tajo que tenía en el lado derecho del cuello. Se lo habían cosido pulcramente con un fino hilo negro.

—Buen trabajo —dijo Kelsea—. Pero de todas formas me dejará cicatriz, ¿verdad?

El Traedor asintió.

—No soy Dios, ni siquiera el cirujano de la reina. —Le hizo una reverencia con gesto burlón—. Pero no se infectará, y podréis contar a todos que os hirieron en combate.

—¿En combate?

—Quitaros toda esa armadura fue un auténtico combate. Estoy dispuesto a corroborarlo.

Kelsea sonrió, bajó el espejo y miró al Traedor.

—Gracias, señor. Me ha hecho usted muchos favores, entre ellos el de salvarme la vida. Tendré clemencia con usted.

Él se quedó mirándola con gesto risueño.

—No queréis clemencia.

El Traedor sonrió. Kelsea se maravilló de cómo había cambiado: el hombre al que había visto la noche anterior parecía haberse desvanecido al salir el sol.

—Aunque me perdonarais, Reina Tear, yo lo estropearía robando alguna otra cosa.

—¿Nunca ha deseado llevar otro tipo de vida?

—Para mí no existe otro tipo de vida. Además, con vuestra clemencia no podríais saldar vuestra deuda. Os he hecho un regalo mayor de lo que imagináis.

—¿Qué regalo?

—Ya lo averiguaréis. A cambio, espero que lo protejáis bien.

Kelsea se volvió de nuevo hacia el espejo.

—Dios mío. Dígame que no me ha fecundado mientras dormía.

El Traedor echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Le puso una mano en la espalda a Kelsea, con ternura, e hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—Reina Tear, o no viviréis más de una semana, o seréis la soberana más temible que jamás haya conocido este reino. No concibo punto medio.

Kelsea se miró en el espejo mientras se peinaba. Había visto su reflejo en la laguna de la casita del bosque, pero aquello era muy diferente: el espejo le mostraba cómo era en realidad. Y lo que veía no le gustaba nada. Ciertamente sus ojos eran muy bonitos, almendrados y de un verde intenso, parte de su herencia Raleigh. Carlin siempre le decía que toda la familia de su madre tenía aquellos ojos verdes y felinos. Pero tenía una cara redonda y roja como un tomate que solo podía describirse con una palabra: fea.

El Traedor le había procurado unos pasadores preciosos para el pelo: eran de amatista y tenían forma de mariposa. Kelsea volvía a tener el pelo sucio, pero con los pasadores no se notaba tanto. Se preguntó si el Traedor se los habría robado a alguna aristócrata arrancándoselos del pelo. Lo vio sonreír en

el espejo y comprendió que le había leído el pensamiento.

—Es usted un granuja —comentó ella mientras cerraba el último pasador—. Debería aumentar la recompensa por su cabeza.

—Hacedlo. Así aumentará también mi fama.

—¿Cómo era su vida antes? Pese a la severidad de mi educación, creo que usted domina la gramática y el vocabulario mejor que yo.

Él le contestó en cadarés:

—Bueno, la lengua tear quizá sí. Pero estoy seguro de que me superáis en mort y cadarés. Empecé tarde a estudiar esas dos lenguas, y mi acento deja mucho que desear.

—Ha eludido mi pregunta. Pero no importa: ya me enteraré cuando llegue a la Ciudadela.

—En ese caso, no vale la pena que malgaste mi valiosa energía contándooslo ahora. —Volvió a hablar en tear y sonrió con aire compungido—. No me acuerdo de cómo se dice «energía» en cadarés. Me falta práctica.

Kelsealadeó la cabeza y lo miró, intrigada.

—¿No hay nada que pueda hacer por usted o por sus hombres cuando ocupe el trono? ¿Aunque sea algo poco importante?

—No se me ocurre nada. Además, tenéis una tarea gigantesca ante vos, Señora. No querría daros más trabajo.

—Dado que no me permitiríais impedir vuestra hipotética decapitación, supongo que os parecerá ridículo pedirme un rebaño de ovejas o una ballesta nueva.

—Ya reclamaré el pago de mi deuda algún día, Reina Tear, no lo dudéis. Y mi precio será elevado.

Kelsea lo miró fijamente, pero él miraba fuera de la tienda, más allá de los árboles. Hacia la Ciudadela.

De repente, Kelsea comprendió la imperiosa necesidad de alejarse de él. Era un criminal, un forajido, una indiscutible amenaza para el imperio de la ley que ella pretendía imponer. Y sin embargo ni siquiera sabía si tendría voluntad suficiente para encarcelarlo algún día, y mucho menos sentenciarlo a muerte, como seguramente él merecía.

«No podré quitármelo de la cabeza hasta que aparezca otro hombre. Uno más aceptable. Esto debe de funcionar así.»

Bajó el espejo.

—¿Puedo marcharme ya?

El Traedor le contó a Kelsea que Maza había intentado huir dos veces durante la noche. Por la mañana, cuando por fin lo sacaron de la tienda, ya volvía a tener las dos piernas desatadas. Seguía con los ojos vendados, pero cuando le hicieron caminar le propinó una fuerte patada a Alain, y este cayó al suelo renegando y agarrándose la espinilla. Howell y Morgan subieron a Maza a la silla de montar, y consiguieron realizar la operación con solo un pequeño percance más. Le dejaron las manos atadas, y Maza mantuvo una mirada asesina bajo la venda.

Kelsea se despidió del Traedor y de sus hombres; fue una despedida un tanto embarazosa, envuelta en una seriedad que parecía innecesaria. Kelsea se alegró al ver que Morgan se mostraba reacio a verla marchar; le estrechó la mano con gesto varonil y le dio un frasco de anestésico para la herida del cuello.

—¿Qué es esto? —le preguntó Kelsea guardándose el frasco en la capa—. Va muy bien, para ser tópico.

—Opio.

Kelsea arqueó las cejas.

—¿Opio líquido? No sabía que existiera.

—Habéis vivido muy protegida, Señora.

—Tenía entendido que en el Tear el opio era una sustancia controlada.

—Por eso creó Dios el mercado negro.

El Traedor acompañó a Kelsea y a Maza los primeros kilómetros, pero se empeñó en que Maza siguiera atado y con los ojos vendados hasta que se hubieran alejado un poco del campamento, de modo que Kelsea tuvo que guiar el caballo de Maza. Curiosamente, el Traedor les había dejado quedarse con sus respectivos enteros. Rake era un animal bastante decente, pero el de Maza era un precioso caballo cadarés que debía de valer una fortuna. Kelsea no entendía a qué se debía esa generosidad, pero no hizo preguntas.

Kelsea llevaba la pesada armadura de Pen bajo la capa. No había querido deshacerse de ella, y el Traedor coincidió en que le convenía llevarla puesta. Apesadumbrada, Kelsea comprendió que iba a necesitar mejorar su condición física, puesto que probablemente la armadura formaría parte de su vestuario durante cierto tiempo.

El Traedor se detuvo en lo alto de una cuesta y señaló la campiña que se

extendía ante él, por la que serpenteaba un estrecho camino entre colinas amarillentas.

—Esa es la vía principal de esta región. Al final conecta con la Calzada Mort, que os conducirá hasta Nueva Londres. Ya decidiréis si tomáis la carretera o no, pero, aunque no la toméis, no debéis perderla de vista. A última hora de la noche entraréis en terreno pantanoso, y sin algo que os ayude a orientaros, podríais perderos en un lodazal.

Kelsea miró hacia la lejanía. Las colinas ocultaban gran parte del camino, pero, al final, la línea de color beige volvía a surgir y dividía en dos las llanuras agrícolas, desfilando hacia otro grupo de colinas, estas marrones. Por esas colinas se apiñaban cientos de edificios, eclipsados por un gigantesco monolito gris: la Ciudadela.

—¿Usted tomaría la carretera? —le preguntó al Traedor.

Él caviló un momento, y entonces respondió:

—Tomaría la carretera. Ahora mismo no corro tanto peligro como vos, pero, aun así, creo que el camino más corto suele ser el correcto, por razones que no pueden preverse.

—Si me quitaran la venda de los ojos —gruñó Maza—, podría decidir cuál es el mejor camino y no tendríamos que preguntarle nada a ese condenado.

—Por favor, no te quites la venda hasta que me haya marchado —replicó el Traedor.

Kelsea lo miró con curiosidad.

—Ustedes dos ¿tienen alguna cuenta pendiente?

El Traedor sonrió, pero su mirada, fija en la Ciudadela, se había endurecido.

—No, al menos en el sentido que vos pensáis.

Volvió el caballo y le tendió una mano a Kelsea. Se dieron un apretón firme y formal, y sin embargo la joven supo que el recuerdo de ese momento la acompañaría toda la vida, tanto si volvía a ver a aquel hombre como si no.

—Una cosa más, Señora.

A Kelsea le sorprendió que se dirigiera así a ella; ya se había acostumbrado a que la llamara «niña». El Traedor deslizó una mano bajo su camisa y sacó el segundo collar, del que Kelsea se había olvidado por completo. Volvió a sentir la necesidad de alejarse de aquel hombre que le hacía olvidarse tanto de lo banal como de lo trascendente.

—Este collar os pertenece; no lo quiero para mí. Pero voy a conservarlo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que os lo ganéis con vuestros actos.

Kelsea fue a protestar, pero se lo pensó mejor. El Traedor no hacía casi nada espontáneamente; todo era deliberado y tenía algún motivo, así que era improbable que mediante palabras lograra hacerle cambiar de opinión. Se llevó una mano al cuello, comprobó que su collar había vuelto a salirse de debajo de la blusa y lo escondió.

—Buena suerte, Reina Tear. Os estaré observando con gran interés.

Le dedicó una sonrisa conciliadora y se alejó; su caballo bajó la cuesta al galope, y al cabo de un minuto había remontado la siguiente colina y se había perdido de vista.

Kelsea se quedó un rato contemplando el rastro que había dejado; pensó que a Maza no le dolería lo que no hubiera visto. Pero al cabo de unos minutos, hasta el polvo que habían levantado los cascos del caballo del Traedor se había esfumado, y Kelsea se volvió hacia Maza, fue hasta él con su caballo y rápidamente le desató los nudos de las muñecas. Cuando tuvo las manos libres, Maza se arrancó la venda de los ojos y parpadeó.

—Uf, cuánta luz.

—Has sabido guardar la compostura, Lazarus. Con la fama que tienes, creí que te desatarías a mordiscos y matarías a unos cuantos.

Maza no dijo nada; se limitó a frotarse las muñecas, en las que se apreciaban las marcas que le habían hecho las cuerdas.

—Estuviste impresionante en el río —continuó Kelsea—. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

—Tenemos que continuar.

Kelsea lo miró un momento y luego se volvió hacia la ciudad.

—Te has comprometido a llevarme sana y salva a la Ciudadela, lo sé. Pero te libero de ese compromiso. Ya has hecho suficiente.

—Le hice esa promesa a una difunta, Señora. No podéis liberarme de ella.

—¿Y si mueres por el camino?

—Si así sucede, se demostrará que ambos éramos *feys*.

Kelsea volvió la cara hacia la suave caricia del viento.

—Si no tienes ninguna idea mejor, tomaremos la carretera —dijo.

Maza escudriñó la campiña; luego volvió a dirigir la mirada hacia Nueva Londres y asintió con la cabeza.

—Sí, tomaremos la carretera.



Kelsea chasqueó la lengua para poner en marcha al caballo y descendieron la colina.

Tras varias horas cabalgando, el estrecho camino que les había mostrado el Traedor fue a parar a la Calzada Mort, una amplia avenida de unos quince metros de ancho. Esa carretera acogía el grueso del tráfico comercial entre el Tearling y Mortmesne, y la tierra estaba tan apisonada que apenas había polvo. La calzada estaba abarrotada, y Kelsea se alegró de llevar puesta la capa morada que le había dado el Traedor. Maza ya no vestía su capa gris de guardia, sino una negra, y, si todavía portaba consigo la maza (Kelsea confiaba en que así fuera), debía de haberla escondido prudentemente. La mayoría de los que iban en dirección a la Ciudadela también llevaban capa con capucha, y nadie parecía querer saber nada de nadie. Kelsea iba alerta por si veía a alguien que pudiera ser cadén, o cualquier señal del uniforme gris de sus guardias. Pero al cabo de un rato había visto a tanta gente que ya no podía concentrarse más de unos instantes en una sola persona, y pensó que Maza debía de estar más entrenado para intuir el peligro. Confió en él y se concentró en la carretera que se extendía ante ella.

El Traedor le había asegurado que solo tardarían un par de días en llegar a Nueva Londres. Kelsea se planteó cubrir todo el trayecto de un tirón, pero al atardecer ya había abandonado esa idea. Iba a necesitar dormir, y empezaba a dolerle la herida. Se lo mencionó en voz baja a Maza, y él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Yo no necesito dormir, Señora. Por tanto podéis dormir vos.

—Tarde o temprano tendrás que dormir.

—No, la verdad. El mundo es demasiado peligroso.

—¿Y cuando eras niño? ¿Tampoco dormías?

—Yo nunca he sido niño.

Un hombre le dio un empujón al caballo de Kelsea y se disculpó con un «Lo siento, señor» antes de apartarse. La carretera estaba repleta de viajeros. Kelsea tenía a gente a caballo o a pie a ambos lados, y el olor a sudor y suciedad era muy molesto. Pero aquella carretera venía del sur, donde no había agua para bañarse. Delante iba un carro en el que viajaba toda una familia: los padres y dos niños pequeños. Los críos, un niño y una niña de no más de ocho años, habían recogido un montón de hierba y raíces y jugaban a

las cocinitas en el suelo del carro. Kelsea los observó fascinada. Ella siempre había jugado sola; siempre era la heroína, y tenía que imaginarse los vítores de las masas que la rodeaban, así como a sus amigos. Con todo, la necesidad de ver a otros niños, de estar con ellos, nunca se había desvanecido. Kelsea observaba a aquellos dos críos con tanto interés que la madre la miró con el ceño fruncido, desconfiada, y Kelsea le susurró a Maza que se rezagaran un poco.

—¿Por qué va tan llena la carretera? —le preguntó cuando el carro se hubo perdido de vista.

—Es la única que lleva directamente a Nueva Londres desde el sur del Crithe. Muchos caminos desembocan en ella.

—Pero es una carretera comercial. ¿Cómo se las ingenian para hacer pasar una caravana?

—No siempre va tan llena, Señora.

Después de ponerse el sol, siguieron cabalgando hasta bien entrada la noche, hasta mucho después de que la mayoría de los otros viajeros hubieran acampado. Al principio, las hogueras salpicaban ambos lados de la carretera y, al pasar, Kelsea oía a la gente hablar y cantar; pero, a medida que pasaban las horas, las hogueras iban apagándose. De tanto en tanto, a la joven le parecía oír cascos de caballos detrás de ellos, pero nunca estaba segura, y cuando volvía la cabeza solo veía oscuridad. Mientras avanzaban, le hizo varias preguntas a Maza sobre la situación actual del gobierno. Él las contestó todas, pero Kelsea notó que se mostraba muy circunspecto y que todas sus respuestas estaban muy meditadas y censuradas. Así y todo, la escasa información que le sonsacó era deprimente.

La mayoría de los habitantes del Tear pasaban hambre. La agricultura que había visto extenderse por la llanura del Almont era, como mucho, de subsistencia; el resto de la cosecha se la quedaba el terrateniente, que vendía los productos en los mercados de Nueva Londres o, a través del mercado negro, en Mortmesne. No había mucha justicia para los pobres. El sistema judicial se había derrumbado bajo el peso de la corrupción, y a casi todos los jueces honrados los habían reclutado para ocupar otros cargos en el gobierno. Kelsea se daba cuenta de que ella estaba muy poco preparada; sentía esa carencia como un peso físico sobre los hombros. Aquellos eran problemas que había que solucionar cuanto antes, pero no sabía cómo. Carlin le había enseñado mucha historia, pero poca política. Kelsea no tenía ni idea de cómo

lograr que alguien cumpliera su voluntad.

—Antes has dicho que éramos *feys*, Lazarus. No conozco esa palabra. ¿Qué significa?

—Mis antepasados eran escoceses pre-Travesía. *Fey* designa al que ve su muerte y se regocija con ello.

—Pues a mí no me pasa eso.

—A lo mejor solo es algo relacionado con vuestros ojos, Señora.

Tomaron otra curva, y a Kelsea le pareció volver a oír caballos. No era su imaginación: Maza se había parado en seco y se había dado la vuelta para mirar atrás.

—Nos siguen. Varios jinetes.

Kelsea no veía nada. Solo había un fino creciente de luna en el cielo, y ella nunca había tenido muy buena visión nocturna; a veces, Barty describía círculos en la oscuridad a su alrededor sin que ella se diera cuenta.

—¿A qué distancia están?

—A dos kilómetros, como mucho. —Maza tamborileó con los dedos en la silla de montar mientras tomaba una decisión—. Aquí el follaje no es lo suficiente denso para ocultarnos, así que lo más seguro es seguir viajando casi toda la noche y descansar por la mañana. Continuaremos, pero si empiezan a acortar la distancia, dejaremos la carretera y nos arriesgaremos. Vamos, tendremos que acelerar un poco.

Se puso en marcha, y Kelsea lo siguió.

—¿Por qué no salimos de la carretera ahora y esperamos a que nos adelanten?

—Eso sería arriesgado, Señora. Aunque dudo que sean cadén, ni siquiera mort. No he visto halcones, y creo que no hemos dejado huellas. Vuestro rescatador, quienquiera que fuese, hizo un trabajo admirable.

Al oírle mencionar al Traedor, Kelsea dio un respingo, y se dio cuenta, con cierta satisfacción, de que hacía unas horas que ni se acordaba de él. Su deseo de obtener más información sobre él pugnaba con el de no compartir con nadie el secreto de su identidad; pero fue una batalla breve, y Kelsea cedió al segundo impulso, lo que hizo que se enfadase consigo misma.

—Dijo que se llama Traedor.

Maza soltó una risotada.

—Lo sospechaba, a pesar de la venda.

—¿De verdad es tan famoso como me aseguró?

—Peor, Señora. En la historia del Tear abundan los ladrones y los forajidos, pero ninguno puede compararse con el Traedor. Le ha robado a vuestro tío más bienes de los que yo he poseído en toda mi vida.

—Me dijo que le habían puesto precio a su cabeza.

—Cincuenta mil libras, según las últimas noticias.

—Pero ¿quién es?

—Nadie lo sabe, Señora. Apareció hace veinte años y entonces ya llevaba la máscara.

—¿Veinte años?

—Sí, Señora. Veinte años, exactamente. Lo recuerdo bien, porque le robó a vuestro tío a una de sus mujeres favoritas que había ido de compras a la ciudad. Y unos meses más tarde, vuestra madre anunció su embarazo. —Maza volvió a reír—. Seguramente fue el peor año de la vida de vuestro tío.

Kelsea meditó sobre aquella información. El Traedor debía de ser mucho mayor de lo que aparentaba.

—¿Cómo es que todavía no lo han capturado, Lazarus? Aunque tenga mucha suerte, esas extravagancias deberían haberle hecho caer hace tiempo.

—Bueno, es un héroe para el pueblo, Señora. Cada vez que alguien consigue robar al Regente o a algún noble, todos dan por hecho que ha sido el Traedor. Cada parte de la fortuna de un rico que se pierde hace que aumente el cariño que los pobres sienten por él.

—¿Reparte el dinero entre los pobres?

—No, Señora.

Kelsea se hundió un poco en la silla de montar, desilusionada.

—¿Ha robado mucho?

—Por valor de cientos de miles de libras.

—Entonces ¿qué hace con ese dinero? Porque en el campamento no vi ni rastro de él, desde luego. Vivían en tiendas de campaña, y vestían ropa vieja. Creo que ni siquiera...

Maza le agarró un brazo interrumpiéndola a media frase.

—¿Lo visteis?

—Si vi ¿qué?

—¿No llevabais los ojos vendados?

—Yo no soy una guerrera tan temible como tú.

—¿Le visteis la cara? ¿Al Traedor?

—No estoy ciega, Lazarus.

—No lo habéis entendido, Señora. No me vendaron los ojos por mi agresividad ni por mi fama. El Regente todavía no ha capturado al Traedor porque nunca ha podido aportar una descripción suya ni de ninguno de sus hombres. El Traedor ha estado a punto de matar al Regente dos veces, que yo recuerde, pero ni siquiera él logró verle la cara. Nadie sabe qué aspecto tiene, excepto unos pocos que no lo traicionarían ni por todo el oro del mundo.

Kelsea alzó la vista a las estrellas, un sinfín de puntos brillantes que salpicaban el cielo, pero ellas no le dieron ninguna respuesta. Momentos atrás estaba adormilada y se balanceaba sobre la montura, pero ahora volvía a estar plenamente despierta. Pensó que debía hacer un retrato del Traedor en cuanto tuviera ocasión, o describírselo a alguien que supiera dibujar bien. Y sin embargo sabía que no iba a hacer ninguna de esas dos cosas.

—¿Señora?

Kelsea inspiró hondo.

—Yo tampoco lo traicionaría ni por todo el oro del mundo.

—¡Diablos! —exclamó Maza, y detuvo su caballo en medio de la calzada y se quedó allí plantado sin decir nada.

Kelsea se percató de su enfado; era como estar en el rincón de la biblioteca de Carlin, donde Kelsea se acurrucaba e intentaba convertirse en una bolita cuando no sabía la respuesta a una pregunta. ¿Cómo habría reaccionado Carlin ante este último suceso? Kelsea prefería no imaginárselo.

—No me enorgullezco de ello —masculló a la defensiva—. Pero no ganaría nada fingiendo lo contrario.

—¿Sabéis qué es un traedor, Señora?

—Alguien que lleva o trae algo.

—No. Un traedor es un ser de la mitología antigua, una especie de heraldo de la muerte. El Traedor es un ladrón extremadamente hábil, pero el latrocinio no es la más censurable de sus obras.

—Ahora no quiero oír hablar de las otras obras del Traedor, Lazarus. —En realidad, de lo único que quería oír hablar era de sus otras obras—. Solo te lo he dicho porque deberíamos llegar a un acuerdo sobre esto.

—Bueno —repuso Maza con resignación—, ese hombre es una influencia negativa. Será mejor que no volvamos a hablar de él.

—Está bien. —Kelsea sacudió suavemente las riendas para hacer avanzar a su caballo. Buscó otro tema de conversación que no fuera el Traedor—. Carlin me contó que mi tío no está casado. ¿Cómo es que tú hablas de «una de sus

mujeres»?

Con cierta reticencia, Maza le explicó que el Regente había importado las costumbres de los gobernantes cadareses, y que tenía un harén que se nutría de las muchachas que las familias pobres le vendían al palacio. El reino no solo estaba sumido en la corrupción, sino que, además, Kelsea había heredado un prostíbulo. Pidió a Maza que le enseñara algunas palabrotas de las que usaban los soldados, pero él se negó, de modo que no encontró palabras lo bastante soeces para desahogar su rabia. ¡Compraventa de mujeres! Se suponía que ese mal se había erradicado con la Travesía.

—Todo lo que mi tío haga como Regente se refleja en mi trono. Viene a ser como si yo permitiera ese tráfico.

—No exactamente, Señora. A vuestro tío nadie le tiene simpatía.

Eso no ayudó a reducir la rabia de Kelsea. Pero bajo su ira subyacía, además, una profunda inquietud. Según la descripción de Maza, esa práctica venía ejerciéndose desde el nacimiento de Kelsea. ¿Por qué su madre no había hecho nada para erradicarla? Iba a preguntárselo a Maza, pero finalmente desistió. Él no le contestaría.

—Tendré que librarme del Regente —dijo con decisión.

—Es vuestro tío, Señora.

—No me importa. En cuanto ocupe el trono, lo echaré de la Ciudadela.

—Vuestro tío goza del favor de la Reina Roja, Señora. Si le arrebatáis el poder, sin más, las relaciones con Mortmesne podrían desestabilizarse.

—¿Desestabilizarse? Creía que teníamos un tratado.

—Lo tenemos, Señora. —Maza carraspeó—. Pero la paz con Mortmesne siempre ha sido frágil. La hostilidad abierta podría resultar desastrosa.

—¿Por qué?

—Este reino no tiene soldados entrenados para enfrentarse a un ejército, y menos aún al ejército de Mortmesne. Y nosotros no tenemos acero.

—Entonces lo que necesitamos son armas y un ejército de verdad.

—Ningún ejército supondría una amenaza para Mortmesne, Señora. No soy supersticioso, pero doy crédito a los rumores que circulan sobre la Reina Roja. De hecho, hace unos años la vi, por casualidad...

—¿Cómo?

—El Regente envió una embajada diplomática a Demesne. Yo era miembro de la guardia. La Reina Roja lleva más de un siglo gobernando su reino, pero os juro, Señora, que no aparentaba más edad que la de vuestra madre en el

momento de nacer vos.

—Y sin embargo solo es una mujer, por mucho que por ella no pasen los años —dijo Kelsea con voz firme, a pesar de que estaba turbada.

Hablar de una reina bruja en una carretera desierta y en plena noche no parecía muy oportuno. Las hogueras que salpicaban ambos lados de la calzada ya habían desaparecido por completo, y se diría que Kelsea y Maza se hallaban solos en la oscuridad. Un empalagoso olor a podrido empezaba a impregnar la atmósfera, lo que indicaba que debía de haber un pantano cerca.

—Tened mucho cuidado, Señora. Por muy buenas que sean vuestras intenciones, la línea más recta no siempre es el camino preferible.

—Y sin embargo aquí estamos, Lazarus, en la carretera.

—Sí, a falta de otra opción mejor.

Acamparon poco antes del amanecer, cuando todavía quedaban cuatro o cinco horas de viaje hasta la ciudad. Maza prohibió a Kelsea encender una hoguera, y como precaución situó su campamento detrás de una gran zarzamora que impedía que los vieran desde la carretera.

Los jinetes que iban detrás de ellos debían de haber acampado también, pues Kelsea había dejado de oírlos. Preguntó a Maza si podía quitarse la armadura para dormir y él asintió.

—Pero mañana volveréis a ponéroslo, Señora, porque entraremos en la ciudad a plena luz del día. Una armadura no es gran cosa sin una espada, pero es mejor que nada.

—Como tú digas —murmuró Kelsea, que ya estaba medio dormida pese al insistente dolor en el cuello.

Necesitaba dormir. Ya solo importaba el día que se avecinaba. «Somos dos *feys* —pensó—. Dos condenados que cabalgan hacia la muerte.» Se durmió y soñó con campos infinitos, los campos que había visto extenderse ante ella en la llanura del Almont, donde unos hombres y mujeres que parecían espantapájaros labraban la tierra. Más allá de esos campos, se alzaba el sol y el cielo era un incendio.

Kelsea se acercaba a una de aquellas labradoras. La mujer se daba la vuelta, y Kelsea veía que era hermosa; tenía las facciones muy marcadas, el pelo oscuro y enredado, y una cara asombrosamente joven. Al llegar Kelsea a su lado, la mujer le tendía una gavilla de trigo para que lo examinara.

—Rojo —susurraba la mujer torciendo la boca; sus ojos tenían un brillo de locura—. Todo rojo.

Kelsea volvía a mirar y veía que la mujer no sostenía una gavilla de trigo, sino el cuerpo maltrecho y ensangrentado de una niña pequeña. Le habían arrancado los ojos y las cuencas estaban llenas de sangre. Kelsea abría la boca para gritar y entonces Maza la zarandeó para despertarla.



## Ancha como el Océano de Dios

Ese día, muchas familias aguardaban delante de la Ciudadela, preparadas para soportar un gran dolor. Ignoraban que estaban a punto de convertirse en intérpretes en el escenario de la historia, y que algunos iban a representar papeles más importantes de lo que jamás habrían podido imaginar.

*Historia del Tearling*  
según MERWINIAN

Entraron en Nueva Londres unas horas después del mediodía. Kelsea estaba atontada por el calor, el extenuante peso de la armadura y la falta de sueño, pero cuando cruzaron el puente de Nueva Londres las dimensiones de la ciudad la despertaron de golpe.

En el puente había una barrera y, a cada uno de sus lados, sendos centinelas recogían el importe del peaje. Maza se sacó diez peniques de la capa y se las ingenió, de forma admirable, para pagar al centinela sin descubrirse la cara. Kelsea examinó el puente. Era una obra maestra de ingeniería: tenía como mínimo cincuenta metros de largo, y estaba tallado en bloques grises de granito y sostenido por seis pilares enormes que sobresalían del río Caddell. El Caddell seguía su curso alrededor del borde de la ciudad, serpenteando a lo largo de unos ochenta kilómetros hacia el sudoeste antes de caer formando una cascada por los acantilados de la costa del Golfo del Tearling. El agua que discurría por debajo del puente era de un azul intenso.

—No miréis mucho el agua —le susurró Maza, y Kelsea dio un respingo y miró al frente.

En sus orígenes, Nueva Londres había sido un pueblo pequeño, levantado por los primeros colonos en las estribaciones más bajas de las montañas Rice.

Pero, a medida que se convertía en ciudad, el pueblo había ido extendiéndose de una colina a otra, hasta erigirse en la capital tear. Ahora Nueva Londres cubría toda la hilera de colinas, y sus calles ondulaban suavemente, subiendo y bajando para adaptarse a la topografía.

La Ciudadela se elevaba en el centro de la ciudad: un obelisco enorme de piedra gris que hacía que los edificios circundantes parecieran minúsculos. Kelsea siempre se había imaginado la Ciudadela como una estructura ordenada, pero el castillo ascendía a modo de zigurat, sin simetría alguna: había almenas y balcones a varios niveles, y numerosos rincones y recovecos donde era posible ocultarse. La Ciudadela se había construido durante el reinado de Jonathan el Bueno, el segundo rey del Tearling; nadie sabía el nombre del arquitecto, pero debía de haber sido un genio.

El resto de la ciudad resultaba menos fascinante. La mayoría de los edificios estaban contruidos con madera barata, y se inclinaban peligrosamente en todas direcciones. Un buen incendio, pensó Kelsea, y ardería toda la ciudad.

A poco más de un kilómetro de la Ciudadela se elevaba otra torre de un blanco inmaculado y quizá la mitad de alta, con una cruz dorada en lo alto. Aquello debía de ser el Arvath, la sede de la Iglesia de Dios. Maza le había contado a Kelsea que, pese a la proximidad del Arvath, el Regente había cedido y había permitido al Santo Padre construir también una capilla privada dentro de los muros de la Ciudadela. Kelsea no supo distinguir si la cruz que coronaba el Arvath estaba bañada en oro o hecha de oro macizo, pero brillaba intensamente bajo el sol, y, deslumbrada, entrecerró los ojos. William Tear había prohibido la práctica de cualquier religión organizada en su utopía; de hecho, según Carlin, hasta había arrojado a un hombre por la borda de su buque insignia al enterarse de que había estado haciendo proselitismo a escondidas. Pero el cristianismo había repuntado con más fuerza que nunca. Kelsea no habría sabido decir cuál habría sido su actitud hacia la Iglesia de Dios si hubiera crecido en otra clase de hogar y si sus valores no hubieran estado tan influenciados por el ateísmo de Carlin. Pero ya era demasiado tarde; la cruz dorada le inspiraba un recelo instintivo y visceral, pese a que sabía que iba a tener que llegar a algún tipo de acuerdo con lo que representaba. Nunca se le habían dado bien las negociaciones, ni siquiera en los sencillos conflictos que surgían en la casita del bosque.

Maza cabalgaba en silencio a su lado y de tanto en tanto indicaba por señas

un cambio de dirección; ya habían recorrido el puente y habían entrado por una calle muy transitada en la ciudad. Permanecieron los dos embozados en sus capas y con las capuchas puestas. Maza suponía que todas las rutas que conducían hasta la Ciudadela estarían vigiladas, y Kelsea era consciente de su cautela: de vez en cuando cambiaba de postura para colocarse entre ella y algo que lo había alertado.

Kelsea no detectaba nada fuera de lo común, pero ¿cómo podía saber ella qué era lo común? A ambos lados de las calles había tenderetes, y los comerciantes pregonaban sus mercancías: desde frutas y verduras sencillas hasta pájaros exóticos. Comprendió que se trataba de un mercado al aire libre, un mercado que iba llenándose de gente mientras Maza y ella intentaban maniobrar con sus caballos para continuar hacia el centro de la ciudad. También había tiendas, cada una con su letrero de vivos colores en la fachada, y Kelsea vio una sastrería, una panadería, la consulta de un sanador, una barbería, ¡hasta una sombrerería! ¿Tan vanidosa era aquella gente que necesitaba tiendas de sombreros?

La multitud le producía estupor. Tras tantos años viviendo con Barty y Carlin, no era fácil acostumbrarse a ver a tantos seres humanos en un mismo lugar. Había gente por todas partes, y muy diversa: altos y bajos, viejos y jóvenes, morenos y rubios, delgados y gordos. Kelsea había conocido a muchas personas en los días pasados, pero nunca se había planteado la cantidad de posibilidades que presentaba un solo rostro humano. Vio a un hombre con la nariz larga y ganchuda como un pico de pájaro; a una mujer con pelo rubio, largo y ondulado que chispeaba bajo la luz del sol. Todo parecía exageradamente brillante y hacía que a Kelsea se le empañaran los ojos. ¡Y los sonidos! La envolvía el rugido de un sinfín de voces que hablaban todas a la vez, un clamor como ella nunca había oído. De vez en cuando la asaltaba una voz que se destacaba entre las demás, la de un comerciante que pregonaba sus mercancías, o de unos conocidos que se saludaban en medio del bullicio; pero esas voces no eran nada comparadas con el barullo general de la multitud. Atacaba los oídos de Kelsea con una fuerza física que amenazaba con machacarle los tímpanos, y sin embargo aquel caos resultaba extrañamente reconfortante.

Doblaron una esquina, y Kelsea se fijó en un artista callejero. El hombre puso una rosa en un jarrón e hizo aparecer otro jarrón idéntico de la nada; entonces hizo desaparecer la rosa, que volvió a aparecer al instante en el

segundo jarrón. Kelsea detuvo su caballo para mirar. El mago hizo desaparecer la rosa y los dos jarrones, y a continuación se metió los dedos en la boca y sacó un gatito blanco. El animal estaba vivo y se retorció en sus manos mientras el público aplaudía. El mago le acercó el gatito a una cría que estaba entre el público, y ella gritó de emoción.

Kelsea sonrió encantada. Seguramente, aquel hombre poseía una destreza extraordinaria, y lo que hacía no era verdadera magia; aun así, Kelsea no detectó ni el más mínimo error en la transición de los objetos.

—Nos acecha un peligro, Señora —murmuró Maza.

—¿Qué peligro?

—Solo es una corazonada. Pero no suelo equivocarme con mis presentimientos.

Kelsea sacudió las riendas y su caballo se puso al trote.

—El mago, Lazarus. Acuérdate de él.

—Sí, Señora.

A medida que avanzaba el día, Kelsea empezó a compartir la inquietud de Maza. Ya no le llamaba tanto la atención la multitud, y por todas partes veía a gente que la observaba. Se sentía cada vez más vigilada, y estaba impaciente por llegar a su destino. No tenía ninguna duda de que Maza había escogido la mejor ruta, y sin embargo estaba deseando llegar a un lugar despejado donde las amenazas pudieran verse venir y donde, de producirse un enfrentamiento, este fuera más directo.

Pero ella no sabía defenderse.

Si bien Nueva Londres parecía un laberinto, era evidente que había algunos barrios mejores que otros. En la parte más alta había calles cuidadas y ciudadanos bien vestidos; hasta había algunos edificios de ladrillo con ventanas de cristal. En otras zonas, en cambio, se apiñaban los edificios de madera de pino sin ventanas, y los ciudadanos caminaban con los hombros caídos, pegados a la pared, con aire furtivo. A veces, Kelsea y Maza se veían obligados a atravesar una nube de hedor que indicaba que las casas tenían instalaciones sanitarias precarias, o que simplemente no las tenían.

«Si huele así en febrero —pensó Kelsea, asqueada—, ¿cómo olerá en pleno verano?»

Recorrieron un barrio especialmente deteriorado, y Kelsea comprendió que se encontraba en un barrio chino. La calle por la que circulaban era muy estrecha, apenas un callejón. Los edificios eran de una madera barata que

Kelsea ni siquiera supo identificar, y muchos estaban tan escorados que parecía un milagro que todavía se tuvieran en pie. De vez en cuando, Kelsea oía gritos y ruido de cosas que se rompían. También se oían risas: unas carcajadas resonantes que le ponían la piel de gallina.

Unas mujeres mal vestidas salían de los portales inclinados y se apoyaban en las paredes, y Kelsea se quedaba mirándolas, fascinada, con la cara oculta bajo la capucha. Las prostitutas tenían un indefinible aire de miseria, algo difícil de precisar. No era la ropa que llevaban, pues sus vestidos no eran ni más ni menos bonitos que muchos que Kelsea había visto; y, pese a la cantidad considerable de carne que exhibían, tampoco era la confección de las prendas. Era, más bien, algo que tenía que ver con sus ojos, unos ojos que parecían consumir las caras de las mujeres, incluso las de las más gruesas. Tanto a las jóvenes como a las viejas se las veía profundamente cansadas. Muchas tenían cicatrices. Kelsea no quería ni imaginar la vida que debían de llevar, pero tampoco pudo evitarlo.

«Cerraré toda esta zona de la ciudad —pensó—. La cerraré y les daré a todas un empleo digno.»

La voz de Carlin resonó en su cabeza: «¿También regularás el largo de sus vestidos? ¿Prohibirás las novelas consideradas demasiado pornográficas?».

«No es lo mismo.»

«Sí, es lo mismo. Las leyes contra la pornografía son las leyes contra la pornografía. Si quieres dictar una moral privada, ya puedes ir directamente al Arvath.»

Maza torció hacia la izquierda y pasó entre dos edificios, y Kelsea se relajó cuando salieron a una amplia avenida bordeada de tiendas muy pulcras. La fachada gris de la Ciudadela ya estaba más cerca, y ocultaba los montes circundantes y casi todo el cielo. Pese a la anchura de la avenida, estaba tan llena de gente que Kelsea y Maza volvieron a encontrarse con el paso cerrado, y tenían que avanzar muy despacio al ritmo del gentío. Allí había más luz, y Kelsea se sintió incómoda, expuesta a pesar de la capa y la capucha. Nadie sabía qué aspecto tenía ella, pero a Maza lo reconocerían en cualquier sitio. Él debió de pensar lo mismo, pues espoleó su caballo para hacerlo avanzar, abriéndose paso entre los otros jinetes y los viandantes para salir cuanto antes de allí. Ante ellos se abrió un estrecho camino; a ambos lados, la gente refunfuñaba.

—Recto —murmuró Maza—, tan aprisa como podamos.

Aun así, seguían avanzando despacio. Rake, que se había portado bien durante todo el viaje, parecía notar el nerviosismo de Kelsea y empezó a desobedecer sus órdenes. Sus esfuerzos por controlar el animal, combinados con el peso de la armadura de Pen, pronto la dejaron agotada. Unas gruesas gotas de sudor resbalaban por su cuello y su espalda, y las miradas furtivas que Maza lanzaba hacia atrás eran cada vez más frecuentes. Ya estaban más cerca de la Ciudadela, y la muchedumbre volvía a cerrarles el paso.

—¿No podemos ir por otro camino?

—No hay otro camino —contestó Maza. Manejaba el caballo con una sola mano, y con la otra sujetaba el puño de la espada—. No nos queda tiempo, Señora. Seguid adelante; ya estamos cerca.

Durante unos minutos más, Kelsea hizo un esfuerzo para seguir consciente. El sol de la tarde caía sobre su capa oscura, y la proximidad de la gente no ayudaba a aliviar la sensación de asfixia. En dos ocasiones resbaló en la silla, y Maza la agarró por un hombro para impedir que cayera del caballo.

Por fin llegaron al final de la avenida, que desembocaba en una amplia extensión de hierba que rodeaba la Ciudadela y su foso. Al ver el Parque de la Ciudadela, Kelsea sintió una emoción atávica. Allí era donde los soldados mort se habían congregado con su material de asedio y habían estado a punto de abrir una brecha en las murallas, y donde los habían rechazado en el último momento. La extensión de hierba descendía suavemente hacia la Ciudadela, y, casi justo enfrente de Kelsea, un ancho puente de piedra cruzaba el foso y conducía hasta la Puerta de la Ciudadela. Dos hileras de centinelas estaban apostados a intervalos regulares a lo largo de los bordes del puente. El monolito gris de la Ciudadela se alzaba frente a Kelsea; se mareó de mirar tanto hacia arriba y bajó la cabeza.

El Parque de la Ciudadela estaba lleno de gente, y la primera reacción de Kelsea fue de sorpresa: ¿no se suponía que su llegada era un secreto? Un torrente de adultos, niños e incluso ancianos recorría los jardines como un cauce de agua hacia el foso. Pero aquello no se parecía en nada a lo que Kelsea había imaginado. ¿Dónde estaban los vítores, la gente lanzándole flores? Vio que muchos lloraban, pero no eran las lágrimas de felicidad que ella había imaginado. Toda aquella gente, como los labradores de la llanura del Almont, parecía desnutrida. Iban todos vestidos con la misma ropa que Kelsea había visto en el Almont, con prendas de lana oscuras y holgadas. En sus caras se adivinaba una profunda tristeza. Kelsea sintió una repentina

ansiedad. Allí pasaba algo raro.

Echó otra ojeada a los jardines y vio que, si bien muchos de los que estaban allí simplemente pululaban, al parecer sin ningún objetivo concreto, otros habían formado unas colas largas y rectas que llegaban hasta el borde del foso. Cuando la multitud se apartó, Kelsea vio que allí abajo había varias mesas, y de pie, detrás de ellas, unos hombres que debían de ser funcionarios, pues vestían ropa idéntica de color azul marino. Kelsea sintió alivio, pero también una ligera desilusión. Aquella gente no había ido allí a verla a ella, sino para alguna otra cosa. Las colas eran muy largas, y nadie se movía. Daba la impresión de que todos esperaban algo.

«Pero ¿qué?»

Miró a Maza, que escudriñaba atentamente el Parque mientras asía con fuerza el puño de su espada.

—Lazarus, ¿qué hace toda esta gente aquí?

Él no contestó; ni siquiera la miró a la cara. Kelsea sintió que una soga oprimía su corazón. La multitud volvió a desplazarse, y la joven vio algo en lo que no había reparado: una especie de artilugio metálico colocado junto al foso. Se irguió en los estribos para ver mejor y vio una serie de estructuras: cajas rectangulares de unos tres metros de alto. La parte superior y la inferior eran de madera, y los lados, metálicos. Había nueve de esas cajas formando una fila que se extendía por el Parque, hacia la parte más alejada de la Ciudadela. Kelsea entrecerró los ojos (nunca había tenido muy buena vista) y distinguió que las paredes de las cajas eran, en realidad, una serie de barrotes metálicos. De pronto retrocedió en el tiempo y le pareció ver a Barty; oyó su voz claramente, como si lo tuviera a su lado, mientras sus dedos pasaban hábilmente un alambre por una serie de orificios hechos en un trozo de madera de sándalo. «Ahora, Kel, tensamos el alambre para que el conejo no pueda escapar, pero no demasiado, para que el pobre desgraciado no se asfixie antes de que lo hayamos encontrado. Para sobrevivir hay que cazar, pero un buen trampero se asegura de que el animal sufra lo menos posible.»

Kelsea volvió a recorrer con la mirada la hilera de cajas, y sintió que de pronto se helaba por dentro.

«No son cajas. Son jaulas.»

Agarró a Maza por el brazo, sin pensar en las heridas que sabía que él ocultaba bajo la capa. Cuando habló, apenas reconoció su propia voz:

—Lazarus, explícame qué está pasando aquí. Ahora mismo.

Esa vez, él la miró por fin a los ojos, y su sombría expresión fue suficiente confirmación para Kelsea.

—Es la remesa, Señora. Doscientas cincuenta personas, una vez al mes, como un reloj.

—¿La remesa? Y ¿adónde se envía?

—A Mortmesne.

Kelsea se volvió de nuevo hacia los jardines. Sentía como si se hubiera quedado en blanco. Las colas habían empezado a avanzar, aunque muy despacio, hacia las mesas colocadas junto al foso. Mientras Kelsea observaba, uno de los funcionarios separó a una mujer de las mesas y la llevó hacia las jaulas. Se detuvo ante la tercera jaula y le hizo una seña a un hombre con uniforme negro (el uniforme del ejército tear, comprendió Kelsea), quien abrió una puerta astutamente disimulada en un extremo de la jaula. La mujer se metió mansamente dentro, y el soldado de negro cerró la puerta y echó el cerrojo.

—El Tratado Mort —murmuró Kelsea como atontada—. Así fue como mi madre consiguió la paz.

—El tributo exigido por la Reina Roja, Señora. El Tearling no tenía nada más que ofrecer.

Kelsea sintió un fuerte dolor que le atravesaba el pecho como una saeta y presionó entre sus pechos con un puño. Miró bajo su camisa y vio que el zafiro emitía un intenso resplandor azul. Envolvió la joya con la camisa y comprobó que estaba muy caliente: su calor traspasaba la tela y le quemaba la palma de la mano. El zafiro siguió abrasándole la mano, pero ese dolor no era nada comparado con el ardor que notaba dentro del pecho, que, lejos de desaparecer, se intensificaba a cada segundo, hasta que empezó a cambiar y se convirtió en otra cosa diferente. No era dolor, era... algo distinto. No se preguntó qué era aquella sensación, pues no estaba en condiciones de pensar con frialdad; tan solo era capaz de contemplar en silencio la escena que se desarrollaba ante ella.

Más funcionarios escoltaban a gente hacia las jaulas. La multitud se había apartado para hacerles sitio, y Kelsea vio que las jaulas tenían unas ruedas enormes de madera. Los soldados tear ya habían empezado a enganchar la jaula situada más cerca de la Ciudadela a una recua de mulas. Incluso desde lejos, Kelsea se percató de que aquellas jaulas estaban muy maltrechas; algunos barrotes estaban arañados, como si hubieran intentado forzarlos.

«Intentos de rescate —se dijo—. Debe de haber habido unos cuantos.» De



pronto la asaltó una imagen de sí misma de niña, de pie frente al gran ventanal de la casita del bosque, llorando por algo (una rodilla despellejada, tal vez, o una tarea que no quería hacer), contemplando el bosque, convencida de que aquel era el día en que su madre llegaría por fin. No podía tener más de tres o cuatro años, pero lo recordaba muy bien: su madre aparecería y la abrazaría, toda bondad.

«Qué ingenua había sido.»

—¿Por qué esas personas? —preguntó a Maza—. ¿Cómo las eligen?

—Mediante un sorteo, Señora.

—Un sorteo —repitió ella con un hilo de voz—. Entiendo.

Algunos familiares habían empezado a congregarse alrededor de las jaulas y hablaban con los que estaban dentro, les daban la mano o simplemente se quedaban allí. Cada jaula estaba custodiada por varios soldados vestidos de negro que observaban a la multitud impávidos, preparados por si algún familiar representaba una amenaza. Pero los familiares adoptaban una actitud pasiva, y para Kelsea eso era lo peor. Su pueblo estaba derrotado; era evidente en aquellas largas y rectas colas que partían de la mesa del funcionario, y en la actitud de los parientes que se limitaban a permanecer junto a las jaulas, a la espera del momento de la partida de sus seres queridos.

Kelsea se fijó en dos de las jaulas que estaban más cerca de la mesa. Eran más pequeñas que las otras, y los barrotes de acero estaban mejor sujetos en los marcos. En cada una de ellas se distinguían varias figuras pequeñas. Kelsea parpadeó y se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos; resbalaron por su cara y notó su sabor salado.

—¿Niños también? —preguntó a Maza—. ¿Cómo es que los padres no huyen?

—Cuando uno de los elegidos huye, toda su familia sale escogida automáticamente en el siguiente sorteo. Mirad a vuestro alrededor, Señora. Estas familias son muy numerosas. Muchas veces los padres no tienen más remedio que sacrificar el bienestar de un hijo por el bien de los otros ocho.

—Este sistema ¿lo ideó mi madre?

—No. El artífice de la lotería es ese de allí abajo. —Maza apuntó hacia la mesa de los funcionarios—. Arlen Thorne.

—¿Y mi madre lo aprobó?

—Sí.

—Ella lo aprobó —musitó Kelsea.

Le pareció que el suelo se inclinaba, y se clavó las uñas en un brazo, tan fuerte que se hizo sangre, hasta que desapareció esa sensación de mareo. La sustituyó la rabia, una rabia terrible, fruto de la sensación de haber sido estafada, que amenazó con arrancarle lágrimas. Elyssa la Benévola, Elyssa la Conciliadora. Su madre, que había vendido a sus súbditos al por mayor.

—No está todo perdido, Señora —dijo Maza inesperadamente, y le puso una mano en el brazo—. Os juro que no os parecéis en nada a ella.

Kelsea apretó los dientes.

—Tienes razón. Yo no permitiré que esto continúe.

—Señora, el Tratado Mort es muy explícito. No hay posibilidad de apelación, ni árbitro externo. Si una sola remesa llegara tarde a Demesne, la Reina Mort tiene derecho a invadir este país y sembrar el terror. Yo viví la última invasión mort, Señora, y os aseguro que Mhurn no exageraba cuando describía la masacre. Antes de actuar, tened en cuenta las consecuencias.

Una mujer había empezado a llorar, y sus gemidos, agudos y siniestros, recordaron a Kelsea una historia que Barty solía contarle cuando era niña: la de la *banshee*, un ser terrible que aparecía para anunciarte la muerte. Aquellos gritos resonaban entre el gentío, y al final Kelsea localizó su origen: una mujer que trataba desesperadamente de llegar a la primera jaula. Su marido intentó llevársela, pero era muy grueso, y ella, demasiado ágil para él, se escabulló y siguió abriéndose paso a empujones. El marido la agarró por el pelo y tiró de ella, y la mujer cayó al suelo. Pero al cabo de un momento volvía a estar en pie e intentaba llegar hasta la jaula.

Los cuatro soldados que custodiaban aquella jaula estaban con los nervios a flor de piel; vigilaban a la madre, pero sin decidirse a intervenir. Los gritos de la mujer empezaron a debilitarse y se redujeron a unos roncros graznidos; ya empezaban a flaquearle las fuerzas. Mientras Kelsea observaba la escena, el marido ganó por fin la batalla y consiguió agarrar a la mujer por el vestido. La apartó cuanto pudo de la jaula, y los soldados volvieron a adoptar una postura más relajada.

Pero la mujer siguió sollozando entrecortadamente, y se la oía desde lejos. La pareja se quedó de pie contemplando la jaula, rodeada de varios niños. Kelsea veía borroso y le temblaban las manos con que sujetaba las riendas. Sentía algo terrible por dentro, algo que nunca había sentido la niña de la casita del bosque. Estaba ardiendo. El zafiro le quemaba en el pecho. Se preguntó si era posible que su piel se desgarrara y de su interior saliese otra

persona completamente diferente.

Maza le tocó suavemente un hombro, y Kelsea se dio la vuelta y lo miró con los ojos desorbitados. Él le tendió su espada.

—No sé si está bien o mal, Señora, pero veo que estáis decidida a actuar. Tomad esto.

Kelsea asió el puño de la espada, y le gustó notar su peso, aunque la hoja era demasiado larga para su constitución.

—¿Y tú?

—Yo poseo muchas armas, y no estamos solos. Aquí tenemos amigos. La espada solo es para cubrir las apariencias.

—¿Qué amigos?

Despacio y con disimulo, Maza levantó una mano abierta por encima de la cabeza, la cerró formando un puño y volvió a bajar el brazo. Kelsea esperó un momento, como si de pronto fuera a abrirse el cielo. Percibió cierto movimiento a su alrededor, pero nada que llamara mucho la atención. Maza, sin embargo, pareció satisfecho y se volvió hacia ella. Kelsea miró un momento a aquel hombre que llevaba días velando por su vida y dijo:

—Tenías razón, Lazarus. Veo mi propia muerte y no le tengo miedo. Pero, antes de irme, voy a abrir una brecha aquí, ancha como el Océano de Dios. Si no quieres morir conmigo, será mejor que te marches ahora.

—Señora, vuestra madre no fue una buena reina, pero tampoco fue mala. Fue una reina débil. Ella no habría sido capaz de dirigirse conscientemente hacia su muerte. La proximidad de la muerte puede conferir un poder enorme, pero antes debéis estar segura de que, si provocáis el caos, será por el bien de vuestro pueblo y no contra el recuerdo de vuestra madre. Esa es la diferencia entre una reina y una cría enfadada.

Kelsea intentó concentrarse en sus palabras, como habría hecho si le hubieran planteado un problema, pero en su mente no paraban de aparecer las ilustraciones de los libros de historia de Carlin. Gente de piel muy oscura, y una crueldad antigua e infame que había empañado toda una era. Carlin había hecho mucho hincapié en ese período de la historia, y más de una vez Kelsea se había preguntado por qué era tan relevante. Con los ojos cerrados, veía historias e ilustraciones: gente encadenada; hombres capturados huyendo y quemados vivos; niñas violadas a edad tan temprana que sus úteros nunca se recuperaban del trauma; niños arrancados de los brazos de sus madres y vendidos en subasta. Esclavitud auspiciada por el Estado.

«En mi reino.»

Carlin lo sabía, pero le habían prohibido contárselo. Y sin embargo había hecho muy bien su trabajo, pues ahora años de crueldad extrema pasaban por la mente de Kelsea en menos de un segundo.

—Acabaré con esto.

—¿Estáis segura? —preguntó Maza.

—Sí, estoy segura.

—En ese caso, prometo velar por vuestra vida.

Kelsea pestañeó.

—¿Lo haréis?

Maza hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y su resolución se reflejó claramente en su curtido rostro.

—Tenéis potencial, Señora. Carroll y yo nos dimos cuenta enseguida. Yo no tengo nada que perder, y prefiero morir intentando erradicar un gran mal, ya que esa es la voluntad de Su Majestad.

«Majestad». Esa palabra la recorrió como un escalofrío.

—Todavía no me han coronado, Lazarus.

—No importa, Señora. Veo vuestra realeza, y nunca la vi en vuestra madre, ni un solo día de su vida.

Kelsea desvió la mirada, pues volvía a tener los ojos llorosos. Había ganado a un guardia. Solo uno, pero el más importante. Se enjugó las lágrimas y apretó el puño de la espada.

—¿Me oirán si grito?

—Dejadme gritar a mí, Señora, ya que todavía no disponéis de un heraldo. Dentro de un momento tendréis toda su atención. No soltéis esa espada, y no os acerquéis más a la Ciudadela. No veo arqueros, pero podrían estar escondidos.

Kelsea asintió con firmeza, aunque por dentro estaba temblando. Iba hecha un desastre. La sencilla camisa, limpia, que le había dado el Traedor estaba manchada de barro, y el dobladillo de los pantalones, roto. La armadura de Pen pesaba el doble que aquella mañana. El pelo, largo y sucio, sujeto todavía por las horquillas, colgaba en mechones oscuros alrededor de su cara, y el sudor le resbalaba por la frente y se le metía en los ojos. Recordó su sueño infantil, en el que entraba en la ciudad montada en un poni blanco y con una corona en la cabeza. Ese día, en cambio, parecía cualquier cosa menos una reina.

La madre que estaba delante de la jaula de los niños había empezado a llorar otra vez, totalmente ajena a los críos que la miraban asustados. Kelsea se maldijo. «¿A quién le importa cómo lleves el pelo, idiota? Mira a tu alrededor.»

—¿De qué están hechas esas jaulas, Lazarus?

—De hierro mort.

—Pero las ruedas y la base son de madera.

—Roble del Tearling, Señora. ¿Por qué lo preguntáis?

Con la vista fija en la mesa donde estaban los funcionarios vestidos de azul, junto a la Ciudadela, Kelsea inspiró hondo. Aquel era su último momento de anonimato. Todo estaba a punto de cambiar.

—Las jaulas. Cuando las hayamos vaciado, las quemaremos.

Javel intentaba no sucumbir al sueño. Custodiar la Puerta de la Ciudadela no era un trabajo muy exigente. Hacía al menos dieciocho meses que nadie intentaba burlar su vigilancia, y solo había sido un intento desganado de un borracho que había aparecido, tambaleándose, a las dos de la madrugada, quejándose de los impuestos. No había pasado nada, ni iba a pasar nada. Así era la vida de un centinela de la Puerta.

Además de tener sueño, Javel se sentía desgraciado. Nunca le había gustado su trabajo, pero durante las remesas lo odiaba. La muchedumbre, por sí sola, no planteaba problemas de seguridad; estaban todos allí plantados, como vacas a la espera de que las sacrificaran. Pero siempre se producía algún incidente junto a las jaulas de los niños, que eran las que estaban más cerca de su puesto, y ese día no fue una excepción. Javel había dado un suspiro de alivio cuando por fin habían logrado tranquilizar a la mujer. Siempre había algún padre o madre así (generalmente una madre), y solo Keller, un auténtico sádico, disfrutaba oyendo gritar a una mujer. Para el resto de los centinelas de la Puerta, estar de servicio durante la remesa era desagradable. A veces se cambiaban los turnos entre ellos, pero para compensar al centinela que hacía el turno de la remesa tenían que hacer dos turnos ordinarios.

El segundo problema era que, el día de la remesa, dos compañías del ejército tear iban al Parque de la Ciudadela. El ejército consideraba que la opción de ser centinela de la Puerta era para los débiles, un refugio para quienes no estaban capacitados o no eran lo bastante valientes para ser

soldados. Eso no era siempre cierto; al otro lado del puente levadizo, justo enfrente de Javel, estaba Bil, quien había recibido dos distinciones de la reina Elyssa tras la Invasión Mort y había sido premiado con el mando de la Puerta. Pero no todos eran como Bil, y el ejército tear no dejaba que lo olvidaran. Ese día, al dirigir la mirada hacia la izquierda, Javel vio a dos soldados riendo por lo bajo, y no tuvo ninguna duda de que se estaban burlando de él.

Lo peor de la remesa era que le recordaba a Allie. La mayor parte del tiempo no pensaba en Allie, y, cuando empezaba a pensar en ella, cogía una botella de whisky y dejaba de pensar. Pero cuando estaba de servicio no podía beber; aunque Bil no estuviera de guardia, sus otros compañeros no lo habrían tolerado. Entre los centinelas de la Puerta no había mucha lealtad, pero sí mucha solidaridad, una solidaridad basada en la aceptación de que ninguno de ellos era perfecto. Todos hacían la vista gorda con la afición de Ethan a los juegos de azar, el analfabetismo de Marco o incluso la costumbre de Keller de pegar a las prostitutas en las Tripas. Pero ninguno de esos problemas reducía su eficacia en el trabajo. Si Javel quería beber, tenía que esperar hasta haber acabado su turno.

Por suerte, empezaba a ponerse el sol y casi todas las jaulas estaban llenas. El sacerdote del Arvath se había levantado del sitio que ocupaba en la mesa; se había colocado junto a la primera jaula, y el viento vespertino hacía ondear su túnica blanca. Javel no reconoció a aquel funcionario, un tipo alto y grueso con unos carrillos caídos que le llegaban casi hasta el cuello. La devoción era buena, o eso decían, pero sobre todo fuera de aquel lugar. Javel detestaba ver allí al sacerdote, un hombre que nunca tendría que enfrentarse a la lotería. Hasta cabía la posibilidad de que hubiera ingresado en la Iglesia de Dios por ese motivo; muchos lo hacían. Javel recordaba el día en que el Regente había eximido a la iglesia, y las protestas que su decisión había provocado. La lotería era un depredador indiscriminado que se llevaba a cualquiera a quien pudiese poner las manos encima. Era indiscriminada pero justa, y la Iglesia de Dios solo aceptaba a hombres. Sí, había habido protestas, pero, como todas las protestas, pronto se habían extinguido.

Javel no paraba de tocarse las mangas del uniforme mientras lamentaba que el tiempo no transcurriera más deprisa. Ya no podía faltar mucho. El sacerdote bendeciría la remesa, Thorne daría la señal y las jaulas empezarían a rodar. Técnicamente, les correspondía a los centinelas de la Puerta dispersar a la multitud, pero Javel conocía bien esa rutina: la gente se dispersaría sola y

seguiría a la caravana cuando esta abandonara los jardines. La mayoría de los familiares llegarían como mínimo hasta el puente de Nueva Londres, pero al final desistirían. Javel cerró los ojos y notó una punzada de dolor en las costillas. El día que el nombre de Allie había salido en el sorteo, se habían planteado huir, y de hecho habían estado a punto de hacerlo. Pero Javel era joven, y centinela de la Puerta, y al final había convencido a Allie de que el deber de ambos era quedarse. Javel creía en la lotería, en la lealtad a la casa de Raleigh, en los sacrificios que era necesario hacer para lograr la paz. Si hubiera sido su nombre el que hubiesen sacado del montón, él se habría presentado sin dudar. Entonces todo estaba muy claro, o eso parecía, y su certeza no se desmoronó hasta que vio a Allie dentro de la jaula.

Pensó con ansia en el líquido abrasándole el gástrico, en cómo se asentaría en su estómago como un ancla, colocándolo todo en su sitio. El whisky siempre devolvía a Allie al pasado, donde le correspondía estar.

—¡Pueblo del Tearling!

La voz masculina, sonora y potente, descendió por los jardines y rebotó en las murallas de la Ciudadela. La multitud enmudeció. Los centinelas de la Puerta no debían desviar la mirada del puente, pero todos ellos, incluido Javel, volvieron la cabeza para escudriñar la parte más elevada del Parque.

—Maza ha vuelto —murmuró Martin.

Era verdad. La figura en lo alto de la cuesta era inconfundible: Lazarus de la Maza, alto, ancho de espaldas y aterrador. Siempre que pasaba al lado de Javel para entrar en la Ciudadela, este intentaba que no centrara la atención en su persona. Temía que aquellos ojos de mirada intensa y calculadora se detuvieran en él; le aterraba ser una minúscula motita en el rincón más recóndito de la mente de Maza.

Al lado de Maza había una figura más pequeña cubierta con una capa morada con capucha. Debía de ser Pen Alcott. Los guardias de la reina solían ser altos y corpulentos, pero habían aceptado a Alcott pese a su constitución delgada, pues tenía fama de ser muy diestro con la espada. Pero cuando Alcott se quitó la capucha, Javel vio que era una mujer: una mujer feúcha con el pelo castaño oscuro, largo y enmarañado.

—¡Soy Lazarus, soldado de la Guardia Real! —continuó Maza con su voz resonante—. ¡Salud a la reina Kelsea del Tearling!

Javel estaba atónito. Había oído rumores de que el Regente había intensificado la búsqueda en los meses pasados, pero no les había prestado

mucha atención. A veces circulaban canciones sobre el regreso de la niña, pero Javel no les hacía caso. Al fin y al cabo, los músicos tenían que escribir sobre algo, y a los enemigos del Regente les gustaba mantener vivas las esperanzas del pueblo. Sin embargo, no había ninguna prueba de que la princesa hubiera escapado siquiera de la ciudad. La mayoría de los habitantes de Nueva Londres, y Javel entre ellos, daban por hecho que llevaba muchos años muerta.

—Todos. Han vuelto todos —masculló Martin—. ¡Mirad!

Javel estiró el cuello y vio que un grupo de figuras vestidas con capa gris habían formado un círculo alrededor de la muchacha, y cuando estas se bajaron también la capucha, reconoció a Galen y a Dyer, y luego a Elston y a Kibb, a Mhurn y a Coryn. Aquellos hombres eran lo que quedaba de la antigua Guardia Real. También estaba Pen Alcott, delante de la mujer, empuñando su espada y con capa verde. Según las habladorías, en varias ocasiones el Regente había intentado expulsarlos a todos de la Ciudadela dejando de pagarles su salario o asignándoles otras tareas, pero nunca había logrado librarse de ellos durante más de unos meses, ya que siempre regresaban. Carroll y Maza tenían mucha influencia en los nobles, pero el verdadero problema era más grave: nadie le tenía miedo al Regente, o al menos nadie le tenía la misma clase de miedo que le tenían todos a Maza.

La gente que estaba allí congregada empezó a murmurar, y con cada segundo que pasaba el murmullo iba intensificándose. Javel sintió que la atmósfera cambiaba a su alrededor. La rutina de la remesa era la misma todos los meses: la recepción, la carga, la partida, Arlen Thorne en la cabecera de la mesa del Censo, como siempre, con aquellos aires de gran emperador del Nuevo Mundo. Nunca faltaba algún padre o madre histérico, pero siempre acababan tranquilizándose y se marchaban del Parque, llorosos, cuando las jaulas emprendían su viaje. Todo formaba parte de una obra bien orquestada.

Pero ese día Thorne se inclinó hacia delante y empezó a hablar con apremio a uno de sus ayudantes. En la mesa del Censo, todos se movían como roedores que han oído un peligro. Javel se alegró de ver que los soldados alrededor de las jaulas escudriñaban nerviosos la multitud, y que casi todos tenían una mano en el puño de la espada. El sacerdote del Arvath discutía con Thorne, y le temblaban los carrillos. Los sacerdotes de la Iglesia de Dios predicaban la obediencia al Censo, y a cambio el Arvath recibía una exención de impuestos considerable por parte del Regente. El tesorero del Arvath, el cardenal



Walker, solía bajar a beber a las Tripas, y no tenía muchas manías a la hora de escoger compañía; Javel había oído varios relatos sobre las prácticas del Santo Padre que le habían helado la sangre.

Pero como la mayoría de los movimientos del Santo Padre, aquel había sido muy hábil. La doctrina de la iglesia contribuía a que el Censo funcionara mejor. Javel podía detectar a las familias creyentes por sus caras de resignación; mucho antes incluso de que encerraran a sus seres queridos en la jaula, lo habían aceptado como un deber contraído con su país y con Dios. El propio Javel había asistido con regularidad a la iglesia, años atrás, pero solo para hacer feliz a Allie, y no había vuelto a ir desde el día de su partida. El sacerdote seguía discutiendo con Thorne, y su rostro iba encolerizándose cada vez más. Javel se imaginó que se acercaba a aquel gordo y le propinaba una buena patada en la tripa.

De pronto, una voz masculina se elevó por encima del débil murmullo de la gente, suplicando:

—¡Devolvedme a mi hermana, Majestad!

Y entonces todos gritaron a la vez:

—¡Por favor, Señora, piedad!

—¡Su Majestad puede impedir esto!

—¡Devolvedme a mi hijo!

La reina alzó las manos para pedir silencio, y, en ese instante, Javel tuvo la certeza de que era la verdadera reina, aunque nunca supo explicar cómo ni por qué. Ella se irguió en los estribos; no era alta, pero de todas formas su presencia imponía; tenía la barbilla levantada con aire combativo y unos mechones de pelo apelmazado le enmarcaban la cara. Su voz era untuosa y firme como el jarabe o como el whisky, y no tembló cuando gritó.

—¡Soy la Reina del Tearling! ¡Abrid las jaulas!

La multitud prorrumpió en un rugido que golpeó a Javel con la fuerza de un impacto físico. Varios soldados se dispusieron a obedecer y cogieron las llaves que llevaban en el cinturón, pero Thorne les ordenó:

—¡Quédense en sus puestos!

Javel siempre había pensado que Arlen Thorne era el tipo más escuchimizado que había visto jamás. Era una colección de extremidades largas y delgadas como palos, y el azul marino del uniforme del Censo no contribuía a ampliar su contorno. Ver a Thorne levantarse de la mesa fue como ver a una serpiente desenrollarse y prepararse para atacar. Javel sacudió la

cabeza. Reina o no, la muchacha estaba muy equivocada si creía que iba lograr que abrieran esas jaulas. Thorne había crecido en las Tripas, criado por prostitutas y ladrones, y había ido escalando hasta lo alto de aquel montón de basura para convertirse en el traficante de esclavos más próspero del Tear. Él no veía el mundo igual que la mayoría de la gente. Dos años atrás, una familia apellidada Morrell había intentado huir del Tearling al aparecer su nombre en el sorteo. Thorne había contratado a los cadén, quienes habían encontrado a los Morrell en una cueva a un día de camino de la frontera cadaresa. Pero fue Thorne en persona quien torturó al hijo delante de los padres. Thorne no hacía nada para mantener en secreto sus prácticas. Quería que se enterara todo el mundo.

Bil, que era más valiente que los demás, había preguntado a Thorne qué esperaba conseguir con aquello, y contaba así lo que él le había contestado: «Thorne me dijo que era un castigo ejemplar perfecto. Dijo que no podías infravalorar un buen castigo ejemplar».

El castigo ejemplar había funcionado; hasta donde sabía Javel, desde entonces nadie más había intentado ayudar a escapar a uno de los escogidos. El matrimonio Morrell había salido hacia Mortmesne en la siguiente remesa, y Javel recordaba muy bien aquella partida: la madre fue una de las primeras en desfilarse hacia su jaula, dócil como un conejo. Al mirar sus inexpresivos ojos, Javel se dio cuenta de que ya estaba muerta. Al cabo de mucho tiempo se enteró de que había fallecido víctima de una neumonía durante el viaje, y de que Thorne había dejado su cadáver en la cuneta de la Calzada Mort para que lo devoraran los buitres.

—La Reina del Tearling murió hace muchos años —anunció Thorne—. Si afirmas ser la princesa no coronada, este reino te exigirá alguna prueba más sólida que tu palabra.

—¡Su nombre, señor! —ordenó la reina.

Thorne se puso en pie e, irguiéndose, inspiró hondo; pese a hallarse a una distancia de seis metros, Javel vio expandirse su pecho de palomo.

—¡Soy Arlen Thorne, Supervisor del Censo!

Mientras Thorne hablaba, la reina se había llevado una mano a la nuca como si buscara algo allí, un ademán que solían hacer las mujeres cuando querían colocarse bien el pelo. Allie también lo hacía cuando tenía calor o cuando estaba exasperada por algo, y a Javel le dolió vérselo hacer a otra mujer. La memoria llegaba infinitamente más hondo que las espadas; esa era

una verdad como un templo. Javel cerró los ojos y se le apareció una imagen de Allie tal como la había visto la última vez, seis años atrás, con su pelo rubio y brillante, antes de desaparecer detrás Pike Hill, camino de Mortmesne. Jamás había deseado tanto un trago.

La reina levantó algo por encima de la cabeza. Javel entrecerró los ojos y vio un breve destello azul bajo la última luz del crepúsculo. La muchedumbre volvió a prorrumpir en gritos y aplausos. Había tantos brazos levantados que por un momento dejó de verse a la reina.

—¡Jeremy! —gritó Ethan desde el puente—. ¿Es la joya del Heredero?

Jeremy, que era el que tenía mejor vista, se encogió de hombros y contestó:

—¡Es una joya azul, pero yo nunca he visto la de verdad!

Varios grupos de gente habían empezado a empujar hacia la jaula de los niños. Los soldados desenvainaron sus espadas y los obligaron a retroceder sin dificultad, pero alrededor de la jaula había un gran tumulto y las espadas no volvieron a sus vainas. Javel sonrió; se alegraba de ver al ejército obligado a hacer algo, por una vez, aunque la pequeña rebelión no tuviera ningún futuro. Los soldados encargados de custodiar la remesa recibían una bonificación del Regente. Esa recompensa no era tan elevada como el peaje que cobraban los nobles en la Calzada Mort, pero Javel tenía entendido que era un buen pellizco. Un buen dinero por un mal trabajo; a Javel le parecía justo que encontrarán cierta dificultad por el camino.

—Cualquiera puede colgarle un collar a un niño —replicó Thorne ignorando el clamor de los ciudadanos—. ¿Cómo sabemos que es la joya verdadera?

Javel miró a la reina, pero antes de que ella pudiera reaccionar Maza le estaba gritando a Thorne:

—¡Soy guardia de la reina, y he jurado lealtad a este reino! ¡Esa es la joya del Heredero, la misma que vi hace dieciocho años! —Se inclinó hacia delante sobre el cuello de su caballo; la agresividad de su voz hizo retroceder a Javel—. ¡He jurado proteger la vida de esta reina, Thorne! ¿Acaso pone usted en duda mi lealtad al Tear?

La reina hizo un brusco ademán con la mano en alto y Maza calló de inmediato. Entonces se inclinó hacia delante y gritó:

—¡Oídme todos! ¡Formáis parte de mi gobierno y de mi ejército! ¡Os ordeno que abráis las jaulas!

Los soldados se miraron unos a otros sin saber qué hacer, y luego miraron a

Thorne, que sacudió la cabeza. Y entonces Javel vio algo extraordinario: la joya de la reina, casi invisible momentos atrás, emitía un intenso resplandor de color aguamarina, tan intenso que Javel, deslumbrado, tuvo que entrecerrar los ojos pese a hallarse a cierta distancia. El collar oscilaba como un péndulo luminoso por encima de la cabeza de la reina y dio la impresión de que ella ganaba estatura y de que su piel se iluminaba por dentro. Ya no era una muchacha con un rostro vulgar envuelta en una capa vieja; por un instante pareció enorme, una mujer alta y seria con una corona en la cabeza.

Javel agarró a Martin por el hombro.

—¿Has visto eso?

—¿Si he visto qué?

—Nada —murmuró Javel, pues no quería que Martin pensara que estaba borracho.

La reina volvió a hablar; su voz denotaba enojo, pero la razón se imponía a la ira subyacente.

—¡Quizá solo ocupe el trono durante un día, pero si no abris esas jaulas ahora mismo, juro ante el Gran Dios que mi única actuación como reina será ocuparme de que os ejecuten a todos por traidores! ¡No volveréis a ver salir el sol! ¿Acaso dudáis de mi palabra?

Por un instante, la escena alrededor de las jaulas quedó congelada. Javel contuvo la respiración a la espera de que Thorne hiciera algo o de que un terremoto abriera una gran brecha en el Parque de la Ciudadela. El zafiro que la reina sostenía por encima de su cabeza emitía un brillo tan intenso que el centinela tuvo que protegerse los ojos con una mano. Tenía la irracional impresión de que la joya lo miraba y de que lo veía todo: a Allie y la botella, y los años que él había pasado con las dos enredadas dentro de su cabeza.

Entonces los soldados empezaron a moverse. Al principio solo unos pocos, y luego unos cuantos más, y después más. Pese a que Thorne les hablaba entre dientes, furioso, los dos comandantes cogieron sendas llaves de sus cinturones y empezaron a abrir las jaulas.

Javel soltó el aire mientras contemplaba ese extraño fenómeno. Jamás había visto que abrieran las jaulas una vez cerradas; suponía que nadie había visto cómo las abrían excepto los mort. Conocía a varias personas que habían seguido la caravana hasta llegar al Puerto del Argive; él también lo había hecho. Pero muy pocos se atrevían a cruzar la frontera mort, y nadie seguía la remesa hasta su destino final, Demesne. Si el ejército mort hubiera descubierto

a algún tear alrededor de las jaulas, lo habría matado allí mismo por saboteador.

Uno a uno, hombres y mujeres empezaron a salir de las jaulas, y la muchedumbre los envolvió en una especie de abrazo enorme. Una anciana que se hallaba a unos tres metros de la mesa del Censo se derrumbó y rompió a llorar.

Thorne apuntaló ambos brazos en la mesa y dijo con tono mordaz:

—Y ¿qué pasa con Mortmesne, princesa? ¿Qué pensáis hacer cuando la Reina Roja nos envíe su ejército?

Javel miró de nuevo a la reina y sintió alivio al ver que volvía a ser una simple muchacha, una adolescente con cara anodina y pelo enmarañado. Su visión, si es que había sido una visión, se había desvanecido. Pero la voz de la reina no había perdido ímpetu; de hecho, sonó aún más fuerte, y su ira resonó por el Parque de la Ciudadela:

—No lo he nombrado consejero de política exterior, Arlen Thorne. Ni he recorrido medio reino a caballo para entrar en discusiones inútiles con un burócrata en el jardín de mi casa. En este caso, como en todos, considero prioritario el bien de mi pueblo.

Maza se inclinó sobre el caballo para susurrarle algo a la reina. Ella asintió con la cabeza y señaló a Thorne.

—¡Usted! ¡Supervisor! Lo hago responsable de que todos los menores sean devueltos a sus familias. Si recibo alguna queja sobre algún niño extraviado, le pediré cuentas. ¿Me ha entendido?

—Sí, Señora —respondió Thorne con voz monótona.

De pronto Javel se alegró de no poder verle la cara a aquel hombre. Quizá la reina creyera que había logrado someterlo, pero Arlen Thorne no se dejaba dominar tan fácilmente, y ella no tardaría en comprobarlo.

—¡Alabemos a la reina! —se oyó gritar a alguien, y todos lanzaron gritos de aprobación.

Las familias estaban reencontrándose delante de las jaulas, y unos a otros se llamaban, exultantes, por todo el Parque. Pero lo que más oía Javel eran llantos, un sonido que detestaba. Les estaban devolviendo a sus seres queridos; ¿qué motivo tenían para llorar?

—¡No habrá más remesas a Mortmesne! —gritó la reina, y la muchedumbre volvió a proferir un rugido espontáneo.

Javel cerró los ojos y vio la cara de Allie flotando ante sí. Había días en

que temía haber olvidado su rostro; por mucho que se esforzara, no lograba hacerlo aparecer con claridad en su mente. Se concentraba en un rasgo que creía recordar, algo fácil como la barbilla de Allie, y este brillaba débilmente, borroso como un espejismo. Pero también había días en que recordaba cada detalle de la cara de su amada, la curva de sus pómulos, la firme línea de su mentón, y se daba cuenta de que, en realidad, era mejor el olvido. Miró al cielo y se alegró de ver que el anochecer lo había teñido de morado. El sol ya se había ocultado detrás de la Ciudadela.

—¡Bil! —le gritó a su compañero, al otro lado del puente—. ¿No estamos ya fuera de servicio?

Bil se volvió hacia él con gesto de asombro.

—¿Quieres marcharte ahora?

—No, no... Solo te lo preguntaba.

—Aguenta un poco —replicó Bil con un deje de burla en la voz—. Ya ahogará tus penas más tarde.

A Javel le ardieron las mejillas; miró al suelo y cerró una mano formando un puño. Entonces notó una palmada en la espalda; levantó la cabeza y vio a Martin, que lo miraba con gesto cordial. Javel hizo un movimiento afirmativo con la cabeza para indicar que estaba bien, y Martin se apresuró a volver a su puesto.

Dos guardias de la reina, uno alto y otro más bajo, ambos con capa gris, caminaban alrededor de las jaulas con un cubo. Elston y Kibb, seguramente; eran inseparables. Javel no distinguía qué estaban haciendo, pero en realidad no importaba. Casi todas las jaulas ya estaban vacías. Thorne había iniciado un cuidadoso procedimiento junto a las jaulas de los niños: los liberaban de uno en uno y no se los entregaban a sus padres hasta haber sometido a estos a un somero interrogatorio. Seguramente era una idea acertada: en las Tripas había una extensa organización de proxenetas y madamas que abastecían a clientes con gustos muy variados, y de vez en cuando robaban algún niño. Javel, que pasaba muchas horas en las Tripas, se había planteado más de una vez intentar dar con las personas que se dedicaban a esa clase de tráfico y llevarlas ante la justicia. Pero su determinación siempre se debilitaba al llegar la noche; además, aquella misión requería valor.

«Es una misión para cualquiera menos para mí.»

Kelsea estaba agotada. Agarró el puño de la espada de Maza y trató de ofrecer un aire regio y libre de preocupaciones, pero el corazón le martilleaba en el pecho y tenía todos los músculos del cuerpo doloridos. Volvió a abrocharse el collar alrededor del cuello y comprobó que no habían sido imaginaciones suyas: el zafiro estaba ardiendo, como si lo hubieran calentado en el fuego de una forja. Durante unos instantes, mientras discutía con Arlen Thorne, había creído poder extender la mano y partir el cielo en dos. Pero ese poder ya había desaparecido, o se había escurrido, dejándole los músculos flácidos. Pensó que, si no entraban pronto, se caería del caballo.

El sol se había ocultado: toda la extensión de césped bajo la Ciudadela estaba en sombra, y la temperatura descendía rápidamente. Pero todavía no podían irse; Maza había enviado a varios guardias a hacer diversos encargos entre la multitud, y ninguno había regresado todavía. Kelsea se alegró de ver a tantos guardias de su madre vivos, pese a que había hecho un rápido recuento y se había percatado, con pesar, de que Carroll no se encontraba entre ellos. No obstante, también habían aparecido otros guardias que no los habían acompañado en el viaje. En ese momento debía de haber unos quince rodeándola, pero Kelsea no podía estar segura sin darse la vuelta. Por alguna razón, parecía muy importante no darse la vuelta.

Cerca de una tercera parte de la gente que llenaba los jardines al principio se había marchado, seguramente en previsión de que hubiera problemas, pero la mayoría se había quedado. Todavía había familias llorosas que buscaban a sus seres queridos y se reencontraban con ellos, mientras que otros eran meros espectadores que observaban a Kelsea con curiosidad. La presión que ejercían sobre ella sus miradas le suponía un peso insoportable.

«Esperan que haga algo extraordinario —se dijo—. Ahora, y todos los días del resto de mi vida.»

Era una idea aterradora.

Miró a Maza y dijo:

—Tenemos que entrar.

—Solo un momento más, Señora.

—¿A qué estamos esperando?

—El rescatador de Su Majestad dijo algo muy cierto, y no lo he olvidado. Muchas veces, la línea recta es el camino correcto, por razones imposibles de prever.

—Y eso ¿qué significa?

Maza señaló el perímetro del círculo que formaban los guardias, y Kelsea vio a cuatro mujeres y varios niños esperando allí. Una de ellas era la mujer que momentos antes estaba gritando frente a una de las jaulas. Una cría de unos tres años se aferraba a sus brazos y la rodeaban cuatro niños más. La mujer estaba inclinada sobre su hija, y el pelo, largo, le tapaba la cara.

—¡Escuchadme todos! —gritó al gentío Maza.

La mujer levantó la cabeza, y a Kelsea se le cortó la respiración. Era la loca de su sueño, aquella que llevaba en brazos a un crío destrozado. Tenía, como ella, el pelo largo y castaño oscuro, la tez pálida y la frente despejada. Kelsea estaba convencida de que, si la mujer hablaba, reconocería su voz.

«Pero yo nunca he podido predecir el futuro —pensó, desconcertada—. Ni una sola vez en la vida.»

De niña, había deseado a menudo tener ese poder; Carlin le había contado varias historias sobre la vidente de la Reina Roja, una clarividente que había vaticinado numerosos sucesos importantes que después se habían producido. Kelsea, en cambio, solo veía el presente.

—¡La reina necesita un cuerpo de servidores! —anunció Maza, y Kelsea dio un respingo y volvió a centrar su atención en la escena que tenía delante—. Necesitará...

—Espera. —Kelsea levantó una mano al ver el miedo reflejado en los ojos de aquellas mujeres.

La idea de Maza era buena, pero, si no sabía gestionar ese miedo, de nada servirían los sobornos.

—No voy a obligar a nadie a ponerse a mi servicio —anunció con firmeza, intentando mirar a todas las mujeres a los ojos—. Sin embargo, prometo a aquellas de vosotras que decidáis ser mis servidoras que tanto vosotras como vuestros seres queridos recibirán toda la protección que pueda procuraros. No solo protección, sino todo lo que algún día recibirán mis propios hijos: educación, una buena alimentación y atención médica, y la posibilidad de aprender el oficio que elijan. También os doy mi palabra de que todo el que quiera dejar de prestarme servicio podrá hacerlo en el momento que quiera, sin dilación alguna.

Intentó pensar en algo más que decir, pero estaba muy cansada, y ya había descubierto que detestaba pronunciar discursos. Le pareció necesario hacer una declaración de lealtad, pero ¿qué podía decir? Seguro que todos sabían ya que, si entraban en su cuerpo de servidores, dispondrían de oportunidades



para facilitar su asesinato, y que, probablemente, al hacerlo también ellos se expondrían a morir. Desistió, extendió las manos y anunció:

—Tenéis un minuto para tomar una decisión. No puedo retrasarme más.

Las mujeres reflexionaron. La mayoría lo hicieron mirando con gesto desconsolado a sus hijos. Kelsea se fijó en que no las acompañaba ningún hombre, y dedujo que Maza había escogido expresamente a las mujeres solteras. Pero esa regla no se cumplía en todos los casos: volvió a mirar a la loca de su sueño, y luego recorrió la multitud con la mirada en busca de su marido. Lo encontró plantado a unos tres metros, con las piernas separadas y los musculosos brazos cruzados.

Se inclinó hacia Maza y le dijo:

—¿Por qué la morena del traje azul?

—Si la convencemos, Señora, será vuestra servidora más leal.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—No lo sé. Pero tengo intuición para estas cosas. Hacedme caso.

—Podría no estar muy bien de la cabeza.

—Muchas mujeres se comportan así cuando se llevan a sus hijos. Yo desconfío de las que los dejan marchar sin rebelarse.

—¿Y el marido?

—Mirad bien, Señora.

Kelsea se quedó mirando al marido de aquella mujer, pero no vio nada fuera de lo común. El hombre observaba los procedimientos con mirada torva; era alto y moreno, con barba desaliñada y unos brazos anchos que revelaban que desempeñaba algún trabajo físico. Tenía los negros ojos entrecerrados y los labios fruncidos en un mohín fácil de interpretar: no le gustaba que lo dejaran fuera de las tomas de decisiones. Kelsea volvió a mirar a la mujer, que lo miraba a él y luego a los niños que tenía a su alrededor. Estaba muy flaca y sus brazos parecían ramitas; unas manchas negruzcas en su antebrazo revelaban el sitio por donde el marido la había agarrado para separarla de la jaula. Entonces Kelsea descubrió más cardenales. Uno en el pómulo, y una gran mancha oscura en la clavícula, que su hijita exponía al tirarle del cuello del vestido.

—Caray, Lazarus, tienes buena vista. Pienso llevarme a ese mujer como sea.

—Creo que vendrá por las buenas, Señora. Esperad y veréis.

Pen y uno de los guardias nuevos ya se habían colocado entre el tipo corpulento de los ojos negros y su mujer. Eran muy rápidos, muy competentes

y, pese a saberse en peligro, Kelsea abrigó cierto optimismo. Quizá lograra sobrevivir. Pero de pronto sus esperanzas se derrumbaron, y tan solo podía sentir lo agotada que estaba. Esperó un momento más, y entonces anunció:

—Vamos a entrar en la Ciudadela. Quienes quieran acompañarme serán bien recibidos.

Kelsea miró a la loca con el rabillo del ojo mientras el escuadrón empezaba a descender por la pendiente. La mujer atrajo a los niños hacia sí hasta que la rodearon como una falda amplia. Entonces asintió con la cabeza, murmuró unas palabras de ánimo, y el grupo entero empezó a caminar por el Parque. El marido arrancó al tiempo que lanzaba un grito incoherente, pero se detuvo ante la punta de la espada de Pen. Kelsea tiró de las riendas y detuvo su caballo.

—Seguid adelante, Señora. Ellos se encargarán de él.

—¿Puedo separar a unos niños de su padre, Lazarus?

—Podéis hacer lo que queráis, Señora. Sois la reina.

—¿Qué vamos a hacer con tantos niños?

—Los niños son buenos, Señora. Hacen que las mujeres tengan un comportamiento previsible.

Kelsea se volvió hacia la Ciudadela. Le costaba dejar que sus guardias se encargaran de todo lo que dejaba atrás —oía voces que discutían y ruidos de refriega—, pero sabía que Maza tenía razón: si intervenía, demostraría falta de fe en su Guardia. Así que siguió adelante, con la vista fija al frente, incluso cuando oyó gritar a una mujer.

Cuando se acercaron a las jaulas, Kelsea vio que la gente se desplazaba y se colocaba detrás de los guardias. Estaban tan cerca que algunos tocaban los flancos de los caballos. Le hablaban todos a la vez, pero ella no entendía lo que decían.

—¡Arqueros! —gritó Maza—. ¡Vigilad las almenas!

Dos de sus guardias sacaron sus arcos y armaron las flechas. Uno era rubio y muy joven; a Kelsea le pareció que era incluso más joven que ella. Estaba pálido y muy concentrado, y apretaba las mandíbulas mientras miraba fijamente la Ciudadela. A Kelsea le habría gustado decirle algo para tranquilizarlo, pero entonces Maza repitió: «¡En las almenas, maldita sea!», y ella se mordió la lengua.

Cuando llegaron junto a las jaulas, Maza agarró a Rake por la brida y el animal se detuvo bruscamente. Hizo una seña a Kibb, y este le acercó una antorcha encendida. Maza se la ofreció a Kelsea.

—La primera página de vuestra historia, Señora. Hacedlo bien.

Kelsea vaciló un instante; entonces asió la antorcha y avanzó hasta la jaula que tenía más cerca. La gente y sus guardias se apartaron desplazándose en masa para dejarla pasar. Maza había enviado a Elston y a Kibb a las jaulas con un cubo lleno de aceite; confiaba en que hubieran hecho bien su trabajo, porque de lo contrario Kelsea estaba a punto de hacer un ridículo enorme. La joven asió fuertemente la antorcha, pero, antes de que pudiera lanzarla, se fijó en una de las jaulas para niños. Volvió a notar que le ardía el pecho y que el fuego se extendía por todo su cuerpo.

«Todo lo que he hecho hasta ahora se puede deshacer. Pero si hago esto, no habrá vuelta atrás.» Si no llegaba la remesa, la Reina Roja los invadiría. Kelsea se acordó de Mhurn, el atractivo guardia rubio, y de su relato sobre la última Invasión Mort. Miles de ciudadanos habían muerto o sufrido atrocidades. Pero delante tenía una jaula construida especialmente para los jóvenes, los indefensos; construida para llevarlos a cientos de kilómetros de su casa, donde serían esclavizados, violados, matados de hambre. Cerró los ojos y vio a su madre, la mujer a la que había imaginado a lo largo de toda su infancia, la reina blanca montada a caballo. Pero esa visión ya se había oscurecido. Los súbditos que vitoreaban a la reina eran espantapájaros, hombres y mujeres demacrados por el hambre. La corona de flores que adornaba su cabeza se había marchitado. Su caballo tenía la dentadura podrida por culpa de la enfermedad. Y la mujer... era servil, y se había rebajado; tenía la piel blanca como la de un cadáver, y sin embargo estaba bañada en sombra. Una colaboracionista. Kelsea parpadeó para ahuyentar esa imagen, pero ya había sido propulsada hacia el siguiente paso. La historia sobre la Muerte que le había contado Barty volvía a aparecer en su mente; en realidad nunca había salido de allí, desde aquella noche junto a la chimenea. Barty tenía razón; era mejor morir limpio. Kelsea se irguió en los estribos y arrojó la antorcha contra la jaula de los niños.

Al hacer ese movimiento, se le abrió la herida del cuello, pero sofocó un grito mientras la multitud rugía al ver que prendía la base de la jaula. Kelsea jamás había visto un fuego tan voraz; las llamas se extendieron por el suelo de la jaula y luego empezaron a trepar, inexplicablemente, por los barrotes de hierro. Una ráfaga de calor cruzó todo el Parque, dispersando a los pocos que se habían acercado demasiado a la jaula. Era como estar delante de un horno encendido.

La masa de gente se dirigió en tropel hacia el fuego, maldiciendo a gritos. Hasta los niños gritaban, contagiados de la histeria de sus padres, con el fuego reflejado en los ojos. Mientras contemplaba las llamas, Kelsea sintió que aquella cosa salvaje que había dentro de su pecho plegaba las alas y desaparecía, y sintió alivio y decepción a la vez. Hasta ese momento había tenido la sensación de albergar a un extraño dentro de sí, un extraño que, de alguna forma, lo sabía todo sobre ella.

—¡Cae! —gritó Maza por encima del hombro.

—¡Sí, señor!

—Asegúrate de que arden todas.

Maza hizo una señal y siguieron adelante. Cuando llegaron al puente levadizo, el hedor del foso asaltó a Kelsea: un olor fétido, parecido al de las hortalizas podridas. El agua era de un color verde oscuro, y en la superficie se había gelificado una capa de limo casi opaco. El hedor se intensificaba a medida que avanzaban por el puente.

—¿Nunca drenan el agua?

—Ahora no hagáis preguntas, Señora. Lo siento —le respondió Maza mientras lanzaba miradas nerviosas en todas direcciones: más allá de la superficie de la Ciudadela, hacia la oscuridad; al otro lado del foso; a los centinelas que bordeaban ambos lados del puente.

Los centinelas no hicieron amago de detener la procesión, y varios hasta le hicieron una pequeña reverencia a Kelsea. Sin embargo, cuando la masa de gente trató de seguirla al interior de la Ciudadela, entraron en acción, aunque de mala gana, y bloquearon el puente obligando a la gente a retroceder.

Ante ellos, la Puerta de la Ciudadela era un agujero negro en el que se atisbaban los destellos de unas antorchas. Kelsea cerró los ojos y volvió a abrirlos, y para hacerlo tuvo que emplear toda la fuerza que le quedaba. Su tío esperaba allí dentro, pero ella no sabía cómo iba a presentarse ante él. Su línea de sangre, que antaño había sido una secreta fuente de orgullo, parecía ahora poco más que un pozo negro. Su tío era un canalla, y su madre.... Era como resbalar por la cara de un precipicio del que habían desaparecido todos los puntos a los que asirse.

—No me siento capaz de enfrentarme a mi tío esta misma noche, Lazarus. Estoy demasiado cansada. ¿No podemos aplazarlo?

—Sí, Majestad. Pero ahora callad.

Kelsea rio, para su propia sorpresa, y pasaron por el oscuro pasadizo

abovedado de la Puerta de la Ciudadela.

El Traedor, apostado a menos de cien metros, vio a la muchacha y a su séquito cruzar el puente, y en sus labios se dibujó una sonrisa. Escoger a unas cuantas mujeres de entre la multitud había sido buena idea, y todas excepto una la habían seguido al interior de la Ciudadela. ¿Quién sería su padre? La muchacha había demostrado una inteligencia y una perspicacia que de ninguna manera habría podido heredar de Elyssa. Pobre Elyssa: ella necesitaba emplear toda su inteligencia para decidir qué vestido ponerse por la mañana. La muchacha le daba cien vueltas.

La jaula de los niños ardía junto al foso, una gran pira bajo la luz del anochecer. Uno de los guardias de la reina se había quedado atrás para quemar el resto de las jaulas, pero la gente (y varios soldados) habían seguido adelante. Todas las jaulas, una a una, ardieron envueltas en grandes llamaradas. La gente seguía llamando a gritos a la reina, y todavía se oía llorar a muchos.

El Traedor sacudió la cabeza, admirado. «Bravo, Reina Tear.»

La mesa del Censo parecía un hormiguero que algún niño cruel hubiera removido con un palo. Los funcionarios correteaban de aquí para allá, con movimientos frenéticos que denotaban pánico; habían comprendido rápidamente las consecuencias de lo que estaba ocurriendo ese día. Arlen Thorne había desaparecido; su siguiente paso sería liquidar a la muchacha, y era un adversario mucho más astuto que el inútil de su tío. El Traedor arrugó el ceño y caviló un momento antes de volver la cabeza y decir:

—Alain.

—¿Sí, Señor?

—Thorne ya está tramando algo. Ve y entérate de qué es.

—Sí, Señor.

Lear espoleó su caballo hasta colocarse al lado del Traedor. Lear estaba de mal humor, y no era de extrañar. Cuando iban sin disfrazar, la tez oscura de Lear siempre era lo que más llamaba la atención. Le encantaba que la gente se quedara mirándolo embobada mientras él contaba uno de sus relatos, pero detestaba convertirse en objeto de curiosidad.

—Thorne quizá no lo acepte —masculló Lear—. Y aunque lo aceptara, el anonimato de Alain quedaría comprometido para siempre. ¿Seguro que la

chica lo merece?

—No la infravalores, Lear. Yo no lo hago, te lo aseguro.

—¿Podemos ocuparnos del Regente? —preguntó Morgan.

—El Regente es mío, y, si no he juzgado mal a la chica, no tardaré en tenerlo en mis manos. Que tengas suerte, Alain.

Este dio media vuelta con el caballo sin decir palabra y regresó a la ciudad. Mientras desaparecía entre el gentío, el Traedor cerró los ojos y agachó la cabeza.

«Ahora muchas cosas dependen solo de una muchacha —pensó con gravedad—. Dios se divierte jugando con nosotros.»

## LIBRO II

## La reina marcada

Cuando tenía cinco años, mi abuela me llevó de excursión. Me llamaba como ella y era su favorita; iba muy orgullosa por las calles de la ciudad con mi vestido nuevo, cogida de su mano. Mis hermanos se quedaron en casa.

Merendamos en el gran parque del centro de la ciudad. Mi abuela me compró un libro en la librería Varling's, donde vendían los primeros libros con ilustraciones a todo color. Vimos un espectáculo de marionetas en el barrio de los teatros, y, en una tienda del Acercamiento de la Reina, mi abuela me compró también mi primer par de zapatos de chica mayor, con cordones. Fue un día precioso.

Cuando ya llegaba la hora de volver a casa para la cena, mi abuela me llevó a ver el monumento a la reina Glynn, una estatua de una mujer sin rostro sobre un trono de granito, situada junto a la entrada del Parque de la Ciudadela. Contemplamos la estatua largo rato, y yo guardé silencio porque mi abuela se había quedado muy callada. Mi abuela hablaba por los codos y, a veces, cuando venían visitas, teníamos que obligarla a callar. Ese día, en cambio, se quedó delante del monumento a la reina Glynn durante diez minutos, con la cabeza agachada y sin decir nada. Al final me aburrí y empecé a moverme en el sitio, y por último pregunté: «¿A qué esperamos, abuela?».

Ella me tiró suavemente de la trenza para ordenarme callar; luego señaló el monumento y dijo: «De no ser por esa mujer, tú no habrías nacido».

GLEE DELAMERE,  
*El legado de la reina Glynn*

Kelsea despertó en una cama grande y mullida con dosel azul claro. Su primer pensamiento fue trivial: en la cama había demasiadas almohadas. Su cama de la casita de Barty y Carlin era pequeña, pero limpia y cómoda, con una sola almohada que hacía perfectamente su función. Esa cama también era cómoda,



pero era otra clase de confort, más ostentoso; en ella habrían cabido fácilmente cuatro personas, las sábanas eran de seda de color amarillo pálido, y una vista inacabable de pequeñas almohadas blancas con volantes se extendía por toda la colcha de damasco azul.

«Es la cama de mi madre, y es tal como debí imaginármela.»

Se dio la vuelta y vio a Maza, que dormía acurrucado en un sillón que había en el rincón.

Kelsea se incorporó haciendo el menor ruido posible y examinó la habitación: a primera vista, todo le pareció satisfactorio, pero cuando se fijó mejor descubrió detalles inquietantes. Era una estancia de techo alto, con colgaduras azul claro a juego con la cama. La pared estaba forrada de estanterías, vacías, con excepción de algunos adornos, y cubiertas de polvo. Alguien se había encargado de que la alcoba de su madre permaneciera intacta. ¿Maza? Lo dudaba. Aquello parecía, más bien, obra de Carroll. A Maza se le habían escapado algunas críticas a su madre; Carroll, en cambio, nunca había mostrado ni pizca de deslealtad.

A su izquierda, Kelsea vio una puerta que daba a un cuarto de baño; entrevió una bañera enorme de mármol. Junto a la puerta había un tocador con un gran espejo con joyas incrustadas. Se vio reflejada e hizo una mueca; parecía un trago, con el pelo enmarañado y la cara sucia. Se tumbó y contempló el dosel de la cama mientras dejaba vagar el pensamiento. ¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas en un solo día?

De pronto la asaltó un recuerdo de cuando tenía nueve años: el día que sacó uno de los vestidos de fiesta de Carlin del armario de Barty y Carlin. Carlin nunca le había prohibido expresamente tocar sus vestidos, pero eso solo era una laguna del reglamento que Kelsea podría explotar si la descubrían; en realidad sabía muy bien que estaba haciendo algo que no debía. Se puso el vestido y, a continuación, una corona de flores. El vestido le iba demasiado largo, y la corona no paraba de caérsele, pero aun así Kelsea se sentía muy mayor y muy elegante. Estaba desfilando arriba y abajo cuando Carlin entró en la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó. Lo dijo con voz muy queda, lo que no presagiaba nada bueno.

Temblando, Kelsea intentó explicarse:

—Estaba practicando cómo ser reina. Como mi madre.

Carlin fue hacia ella, tan deprisa que Kelsea ni siquiera tuvo tiempo para

retroceder: solo vio los ojos encendidos de Carlin, y entonces oyó la bofetada. Apenas le dolió, pero rompió a llorar de todas formas; Carlin nunca le había pegado.

Carlin agarró el vestido por detrás y tiró de él con fuerza, desgarrando la delantera. Unos botoncitos salieron volando y se esparcieron por la habitación.

Kelsea cayó al suelo, llorando, pero sus lágrimas no conmovieron a Carlin. Las lágrimas nunca la conmovían. Carlin salió de la habitación y tardó varios días en volver a dirigirle la palabra; de nada sirvió que Kelsea lavara y planchase el vestido y volviera a guardarlo en el armario. Aquella semana, Barty iba sigiloso por la casita, con los ojos enrojecidos, apesadumbrado, y le daba golosinas a Kelsea a escondidas, cuando su mujer no estaba delante. Al cabo de unos días, Carlin volvió a la normalidad, pero la semana siguiente, cuando Kelsea volvió a abrir el armario, vio que todos los vestidos de fiesta habían desaparecido.

Kelsea siempre había pensado que aquel día Carlin se había enfadado con ella por coger el vestido sin pedir permiso; sin embargo, echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta de que no se trataba de eso. Las estanterías vacías; un armario de roble enorme que ocupaba casi toda la pared que tenía enfrente; un espejo lo bastante grande para que se miraran en él varias personas a la vez; objetos de oro; la cama, vestida con metros y metros de telas carísimas... Kelsea se acordó de los ciudadanos a los que había visto en el Parque de la Ciudadela, de sus cuerpos desnutridos y de sus caras demacradas. Carlin sabía muchas cosas. A Kelsea le dieron ganas de gritar en aquella alcoba silenciosa para desahogar su rabia. ¿Cuánto quedaba todavía por descubrir? Ella siempre había dado por hecho que su madre la había enviado lejos para protegerla.

Pero quizá no fuera así. Quizá la había enviado lejos, y nada más. Pataleó con furia, hincando los talones en el blando colchón de plumas. Fue una reacción infantil pero eficaz: al cabo de dos minutos de furioso pataleo estaba completamente despierta.

La condición de reina que había heredado, ya bastante problemática en sentido abstracto, le parecía, de pronto, un tormento. Aunque, evidentemente, ella ya sabía que el camino iba a ser difícil. Carlin se lo había explicado de manera indirecta, acercándola al estudio de las dificultades que habían encontrado las naciones y los reinos en el pasado. La biblioteca de Carlin, llena de libros...

De pronto, Kelsea sintió que los restos de ira que le inspiraba Carlin desaparecían. Los echaba de menos a los dos, a Barty y a Carlin. Todo cuanto veía a su alrededor le resultaba extraño, y añoraba la confianza y la familiaridad de aquellas dos personas a las que tan bien conocía. ¿Habría aprobado Carlin lo que había hecho el día anterior?

Se incorporó, apartó las sábanas y bajó los pies de la cama. El collar se le había enredado en el pelo mientras dormía y tardó un minuto en soltarlo. Debíó recogerse el pelo en una trenza y darse un baño antes de acostarse, pero todo había sucedido muy deprisa; la habían llevado por pasadizos iluminados con antorchas, y solo oía las indicaciones que Maza le susurraba al oído. La habían subido en brazos por una escalera que parecía infinita, y Kelsea se encontraba tan cansada que se durmió con la ropa puesta. Las prendas estaban sucias y apestaban a sudor. Debería deshacerse de ellas, pero sabía que no lo haría aunque despidieran aquel olor rancio y salado, porque se las había dado el Traedor. La cara del Traedor era lo último que había aparecido en su pensamiento antes de quedarse dormida, y estaba convencida de que había soñado con él, aunque no recordara qué. El Traedor la había puesto a prueba, cierto, y la habría matado si no hubiera aprobado el examen; de eso Kelsea no tenía ninguna duda. Sin embargo, sus amenazas solo ocupaban un rinconcito de sus pensamientos. Se permitió el lujo de pensar en él unos minutos más antes de volver a conectarse con el mundo real.

Necesitaba cuanto antes una copia del Tratado Mort. Ese pensamiento la activó: bajó de la cama y fue de puntillas hasta el sillón donde estaba Maza. Vio que le estaba creciendo la barba, castaña y con algunas canas. Las arrugas de su cara parecían aún más marcadas. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y cada pocos segundos emitía un débil ronquido.

—Creía que no dormías nunca.

—No duermo —replicó Maza—. Dormito.

Maza se desperezó hasta que le crujieron las vértebras, y entonces se levantó del sillón.

—Si alguien que no fuerais vos hubiese respirado en esta alcoba, lo habría sabido.

—¿Estamos seguros aquí?

—Sí, Señora. Nos encontramos en el Pabellón Real, que está constantemente vigilado. Carroll revisó esta estancia hasta el último detalle antes de partir, y seis días no es tiempo suficiente para que vuestro tío trame

nada excesivamente complicado. Hoy haré que la revisen más a fondo aprovechando vuestra ausencia, por si acaso.

—¿Mi ausencia?

—Informé a vuestro tío de que seríais coronada hoy, a la hora que vos digáis. No se lo tomó muy bien.

Kelsea abrió un cajón y vio un juego de cepillo y peine que parecía de oro macizo. Cerró el cajón de golpe.

—Mi madre era una mujer muy vanidosa.

—Sí. ¿Estaréis cómoda en esta alcoba?

—Sí, cuando me haya librado de estas ridículas almohadas. —Kelsea barrió unas cuantas con un brazo y las tiró al suelo—. ¿Qué sentido tiene...?

—Os espera una dura jornada, Majestad.

Kelsea suspiró.

—Primero necesito desayunar y darme un baño caliente. Y también necesito ropa para mi coronación.

—Imagino que sabéis que os tiene que coronar un sacerdote de la Iglesia de Dios.

Kelsea levantó la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Aunque pudiera presionar al sacerdote privado de vuestro tío para que se ocupase de la ceremonia, él no es el hombre que nos conviene. Tendré que ir al Arvath a buscar a otro sacerdote, y quizá tarde una hora en volver.

—¿La ceremonia no sería legítima si no la celebrara un sacerdote?

—No, Señora.

Kelsea soltó un suspiro de exasperación. Nunca había hablado de su coronación con Carlin, porque parecía algo demasiado lejano. Pero el lenguaje de la ceremonia incluiría, sin duda, votos religiosos. Así era como la Iglesia se aseguraba de que no le faltaran los ingresos.

—De acuerdo, ve. Pero escoge a un sacerdote tímido, a ser posible.

—Así lo haré, Señora. Tened cerca vuestro puñal hasta que yo regrese.

—¿Cómo sabes que tengo un puñal?

Maza le lanzó una mirada elocuente.

—Esperad un momento y os traeré a vuestra doncella.

Abrió la puerta de la alcoba, por la que entró un breve barullo de voces; salió y volvió a cerrarla. Kelsea se quedó en medio de la habitación y sintió una sutil sensación de alivio. Había echado de menos estar sola; sin embargo,

ahora que por fin lo estaba, ya no había tiempo para disfrutar de esa soledad.

—Una dura jornada —susurró, y se tocó los puntos del cuello.

Su mirada se paseó por el alto techo, los tapices azules, la cama con aquel exasperante montón de almohadas, y lo peor de todo: la pared ocupada por una estantería vacía. Sintió que la rabia hervía en su interior y se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Mira —susurró en medio de aquella alcoba vacía—. Mira lo que me has dejado.

—¿Señora? —Maza dio unos golpecitos en la puerta y entró.

Lo seguía una mujer alta y delgada; quedaba casi oculta detrás del corpulento soldado, pero Kelsea ya sabía quién era. La mujer no iba acompañada de sus hijos, y sin ellos parecía más joven; no debía de ser mucho mayor que Kelsea. Llevaba un sencillo vestido de lana de color crema, y el pelo, largo y castaño oscuro, peinado y recogido en un moño prieto. La única imperfección que se apreciaba en ella era el cardenal que tenía en la mejilla. Se paró delante de Kelsea como quien espera órdenes, pero su actitud no era servil en absoluto; de hecho, al cabo de unos segundos Kelsea se sintió tan intimidada que se vio forzada a hablar.

—Puedes traer aquí a tu hija, si es demasiado pequeña para quedarse sola.

—La he dejado en buenas manos, Señora.

—Por favor, Lazarus, déjanos solas.

Maza se dio la vuelta de inmediato y salió de la alcoba, lo que sorprendió a Kelsea.

—Siéntate, por favor. —Kelsea fue hacia la butaca que había frente al tocador, y la mujer puso el taburete delante de Kelsea y se sentó en él con un movimiento fluido y elegante.

—¿Cómo te llamas?

—Andalie.

—¿Eres de ascendencia mort? —preguntó Kelsea, sorprendida.

—Mi madre era mort y mi padre, tear.

Kelsea se preguntó si Maza le habría hecho la misma pregunta. «Claro que sí.»

—Y tú ¿qué eres?

Andalie se quedó mirándola, y Kelsea lamentó haber hecho esa pregunta. La mujer tenía unos ojos de un gris frío y penetrante.

—Yo soy tear, Majestad. Mis hijos son tear, como su despreciable padre, y

no puedo deshacerme de los niños junto con el padre, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Si os interesan mis motivos, he venido a servir a Su Majestad por el bien de mis hijos, principalmente. Vuestra oferta era tentadora para una mujer con tantos críos como yo, y la oportunidad de alejarlos de su padre, un regalo del cielo.

—¿Principalmente por el bien de tus hijos?

—Sí, principalmente.

Kelsea estaba turbada. El Tearling acogía a emigrantes mort porque necesitaba a especialistas en las técnicas que no dominaban los tear, concretamente la forja, la medicina y la albañilería. Los mort exigían precios muy altos por sus servicios, y había una población considerable de mort repartida por las aldeas tear, sobre todo en el sur, más tolerante. Con todo, hasta Carlin, que se enorgullecía de no tener prejuicios, desconfiaba de los mort. Según ella, hasta el más humilde de los mort tenía una vena arrogante, fruto de la mentalidad de conquistadores que les habían ido inculcando con el tiempo.

Pero los orígenes de Andalie solo constituían una parte del problema. Era una mujer demasiado instruida para su condición: casada con un jornalero y con una prole numerosa. La envolvía un aire de hermetismo, y Kelsea se figuraba que eso debía de enfurecer a su marido. Su actitud era absolutamente distante. Solo mostraba algo de afecto cuando hablaba de sus hijos. Kelsea tenía que fiarse del criterio de Maza; sin él, ya estaría muerta. Pero ¿por qué habría escogido a esa mujer?

—Lazarus te ha escogido para ser mi doncella. ¿Te parece bien?

—Sí, siempre que pueda librar si mi hija pequeña enferma o me necesita por algún otro motivo.

—Por supuesto.

Andalie señaló aquel espantoso tocador y dijo:

—Si queréis comprobar mis aptitudes, Señora...

Kelsea la hizo callar con un ademán.

—No dudo de tu palabra. ¿Puedo llamarte Andalie?

—¿De qué otra forma ibais a llamarme, Señora?

—Tengo entendido que a muchas mujeres de la corte les gusta tener títulos y esas cosas. Doncella real, por ejemplo.

—Yo no soy ninguna cortesana. Con mi nombre tengo suficiente.

—Claro. —Kelsea sonrió, arrepentida—. Ojalá pudiera yo deshacerme de mis títulos con la misma facilidad.

—La gente sencilla necesita sus símbolos, Señora.

Kelsea se quedó mirándola. Carlin le había dicho eso mismo muchas veces, y la coincidencia le molestó ahora que Kelsea creía haber salido del aula para siempre.

—¿Puedo hacerte una pregunta incómoda?

—Por supuesto.

—¿Qué hiciste la última noche antes de la partida de tu hija a Mortmesne?

Andalie frunció los labios, y Kelsea volvió a percibir una fiereza que brillaba por su ausencia cuando hablaban de otros temas.

—No soy creyente, Señora. Si eso os disgusta, lo lamento, pero no creo en dioses, y menos aún en iglesias. Pero hace dos noches estuve más cerca que nunca de rezar. Tuve la peor de las visiones: mi hija muerta, y yo sin poder hacer nada para impedirlo. —Andalie respiró hondo antes de continuar—: Habría durado poco tiempo. Las niñas mueren mucho antes que los niños. La habrían hecho trabajar de sirvienta hasta que hubiera tenido edad suficiente para ser vendida como esclava sexual. Eso, suponiendo que hubiera tenido la suerte de que no la comprara algún violador de niños nada más llegar. —Andalie compuso una mueca de aflicción—. En Mortmesne se permiten muchas atrocidades.

Kelsea intentó decir algo, pero no pudo; ni siquiera podía moverse ante la súbita expresión de cólera de la cara de Andalie.

—Borwen, mi marido, dijo que teníamos que dejarla marchar. Se mostró muy... contundente. Yo planeé huir, pero había subestimado a Borwen. Él me conoce muy bien. Se llevó a Glee mientras yo dormía y se la dejó a unos amigos suyos para que la escondieran. Al despertar, vi que la niña no estaba, y allá donde mirara solo veía su cuerpo bañado en sangre. Rojo. Todo rojo.

Kelsea dio un respingo, y a continuación dobló una pierna para disimular, como si le hubiera dado un calambre. Andalie no pareció notar nada. Tenía las manos agarrotadas, y Kelsea se fijó en que tres uñas estaban en carne viva.

—Pasé unas horas terribles, Señora, y al final no me quedó más remedio que pedir ayuda a todos los dioses que conozco. No sé si es correcto llamar a lo que hice rezar, porque en ese momento no creía en aquellos dioses, ni creo en ellos ahora. Pero les pedí ayuda de todas las formas que sabía, incluidas algunas que sé que no debería mencionar a la luz del día.

»Cuando llegué al Parque de la Ciudadela, ya habían encerrado a mi hija Glee en la jaula, así que ya la había perdido. Lo primero que pensé fue que dejaría a mis otros hijos en algún sitio y me iría con la remesa, pero antes mataría a mi marido. Estaba planteándome de qué forma prefería verlo morir, Señora, cuando oí vuestra voz.

Andalie se levantó de improviso y dijo:

—Su Majestad necesita darse un baño, creo. Y ropa limpia y comida, ¿verdad?

Kelsea asintió en silencio.

—Me ocuparé de todo.

Cuando se cerró la puerta, Kelsea exhaló entrecortadamente y se frotó la piel de gallina de los brazos. Había sido como estar en la habitación con un fantasma vengativo, y Kelsea siguió notando la mirada de Andalie mucho después de que la mujer hubiera salido por la puerta.

—¿Te dijo que tenía sangre mort?

—Sí.

—Y ¿no te importó?

—Si se hubiera tratado de otra persona, quizá lo habría considerado un motivo de preocupación.

—¿Qué significa eso?

Maza jugueteaba con el puñal que llevaba atado al antebrazo.

—No tengo muchos dones, Señora, pero los que tengo son extraños y poderosos. Si en lo más recóndito de algunas de esas personas se hubiera ocultado algún peligro para Su Majestad, lo habría descubierto, y ellas no estarían aquí.

—Estoy de acuerdo en que, de momento, esa mujer no supone una amenaza para mí. Pero podría ser peligrosa más adelante, Lazarus. Para cualquiera que amenazase a sus hijos.

—Sí, Señora, pero vos salvasteis a su hija más pequeña. Creo que cualquiera que os amenace a vos se enfrentará a un gran peligro encarnado en esa mujer.

—Es interesada, Lazarus. Solo me será leal mientras yo pueda serle de algún beneficio para sus hijos.

Maza meditó unos instantes, se encogió de hombros y dijo:



—Lo siento, Señora. Creo que os equivocáis. Y aunque tuvierais razón, ya estáis beneficiando a sus hijos muchísimo más de lo que podría hacerlo ella con ese buitre por marido, o incluso sola. No seamos negativos.

—Si Andalie se convirtiera en un peligro para mí, ¿os enteraríais?

Maza hizo un gesto afirmativo con la cabeza, un gesto que acumulaba tantos años de certeza que Kelsea decidió cambiar de tema.

—¿Ya está organizada la ceremonia de coronación?

—El Regente sabe que os presentaréis durante su audiencia. No he especificado ninguna hora; prefiero no ponerle las cosas demasiado fáciles.

—¿Intentará matarme?

—Es probable, Señora. El Regente no es una persona muy sutil, y sería capaz de hacer cualquier cosa para impedir que os pongáis esa corona.

Kelsea se examinó el cuello en el espejo. Maza había vuelto a coserle la herida, pero no lo había hecho tan bien como el Traedor. Iba a quedarle una cicatriz considerable.

Andalie había encontrado un sencillo vestido de terciopelo negro, largo hasta los pies. Kelsea suponía que los vestidos sin mangas estaban de moda, pues en la ciudad había visto a muchas mujeres con los brazos al descubierto. Pero a Kelsea le cohibía enseñar los brazos, y pareció que Andalie lo entendía sin necesidad de que se lo dijera. Las holgadas mangas del vestido ocultaban los brazos de Kelsea, mientras que el escote era lo bastante amplio para que se viera el zafiro. Andalie también había hecho un trabajo excelente con la tupida melena de Kelsea: le había trenzado el pelo y se lo había recogido en lo alto de la cabeza. No cabía duda de que su nueva doncella era muy competente; aun así, el color negro no podía disimular todos los defectos. Kelsea se miró un momento en el espejo y trató de proyectar más seguridad de la que sentía. A una de sus antepasadas, la abuela o la bisabuela de su madre, la llamaban la Reina Hermosa; había sido la primera de una estirpe de mujeres Raleigh famosas por su belleza. La cara del Traedor pasó fugazmente por su pensamiento, y Kelsea sonrió con tristeza ante el espejo; luego se dio la vuelta y se encogió de hombros.

«Yo seré algo más.»

—Necesito ver una copia del Tratado Mort cuanto antes, Lazarus.

—Por aquí tiene que haber uno.

A Kelsea le pareció detectar desaprobación en el tono de voz de Maza.

—¿Crees que ayer me equivoqué?

—Si os equivocasteis o hicisteis lo correcto es discutible, Señora. Lo hecho, hecho está, y ahora todos tendremos que afrontar las consecuencias. La remesa debería llegar a su destino dentro de siete días. Tendréis que tomar algunas decisiones cuanto antes.

—Primero quiero leerme ese tratado. Tiene que haber alguna fisura legal.

—De ser así, Señora —repuso Maza sacudiendo la cabeza—, alguien la habría encontrado ya.

—¿No se os ocurrió pensar que me convendría saberlo, Lazarus? ¿Por qué me lo ocultasteis?

—Por favor, Señora. ¿Cómo íbamos a contaros una cosa así cuando vuestros propios padres adoptivos os lo habían ocultado toda la vida? Seguramente ni siquiera me habríais creído. Me parecía más conveniente que lo vierais con vuestros propios ojos.

—Necesito entender cómo funciona ese sistema, esa lotería. ¿Quién es ese hombre que estaba al mando ayer en los jardines?

—Arlen Thorne. —Maza frunció el ceño—. Es el Supervisor del Censo.

—Un censo se limita a contabilizar la población.

—En este reino no, Señora. El Censo es una poderosa herramienta de vuestro gobierno. Controla todos los aspectos de la remesa, desde el sorteo hasta el transporte.

—¿Cómo consiguió el cargo ese tal Arlen Thorne?

—Siendo sumamente listo, Señora. Una vez estuvo a punto de burlarse de mí.

—¿De ti? No puede ser.

Maza fue a replicar, pero entonces vio la sonrisa burlona de Kelsea en el espejo.

—Muy graciosa, Majestad.

—¿Nunca cometes errores?

—La gente que comete errores casi nunca vive para contarlo, Señora.

Kelsea se dio la vuelta.

—¿Cómo llegaste a ser lo que eres, Lazarus?

—No os equivoquéis respecto a nuestra relación, Señora. Sois mi patrona. No estoy obligado a confesaros mis secretos.

Kelsea agachó la cabeza, avergonzada. Por un momento había olvidado quién era él; era como si estuviera hablando con Barty. Maza cogió el peto de la armadura de Pen, y Kelsea sacudió la cabeza.

—No.

—Es necesario, Señora.

—Hoy no, Lazarus. Daría una imagen pésima.

—Vuestro cadáver también.

—¿Pen no necesita que le devuelva su armadura?

—Tiene más de una.

—No, no pienso ponérmela.

Maza la miró, impertérrito.

—No sois ninguna cría. Dejad de comportaros como tal.

—Y si no, ¿qué?

—Si no, haré venir a más guardias y ellos os sujetarán mientras os pongo la armadura por la fuerza. ¿Seguro que es eso lo que queréis?

Kelsea sabía que Maza tenía razón; era absurdo seguir discutiendo con él. Se estaba comportando como una niña pequeña; recordaba discusiones parecidas con Carlin por tener que limpiar su habitación de la casita.

—No me gusta que me den órdenes, Lazarus. Nunca me ha gustado.

—¿De verdad? —Maza sacudió la armadura, implacable—. Extended los brazos.

Kelsea hizo una mueca y obedeció.

—Necesito mi propia armadura, y pronto. Voy a parecer una reina ridícula cuando poco a poco me haya quedado plana como un chico.

Maza sonrió.

—No seríais la primera reina de este reino a la que confunden con un hombre.

—Dios me concedió una ración pequeña de feminidad, y me gustaría conservarla.

—Más adelante, Señora, os presentaré a Venner y a Fell, vuestros maestros de armas. Una armadura de mujer es un encargo difícil, pero estoy seguro de que ellos sabrán cumplirlo. Hacen bien su trabajo. De momento, os pondréis la armadura de Pen cada vez que salgáis del Pabellón Real.

—Maravilloso. —Kelsea aspiró entre los dientes mientras Maza le abrochaba una correa alrededor del brazo—. Ni siquiera me cubre la espalda.

—De cubrir vuestra espalda ya me encargo yo.

—¿Cuántas personas se alojan en el Pabellón Real?

—Veinticuatro en total, Señora: trece guardias reales, tres mujeres y sus siete hijos. Y vos, por supuesto.

—¡Qué mierda! —masculló Kelsea. Había oído esa expresión en la partida de póquer con el Traedor, y le pareció que encajaba a la perfección con su estado de ánimo, aunque no estaba segura de haberla empleado correctamente—. ¿Cuántas personas más caben aquí?

—Bastantes, y vendrán —contestó Maza—. Tres de los guardias tienen familia alojada en casas seguras. En cuanto nos hayamos instalado, los enviaré uno a uno a buscar a sus familiares.

Kelsea se dio la vuelta y volvió a contemplar las estanterías de su madre. Cada vez la inquietaban más. Las estanterías no estaban hechas para estar vacías.

—¿Hay una biblioteca en la ciudad?

—¿Una qué?

—Una biblioteca. Una biblioteca pública.

Maza la miró con gesto de incredulidad.

—¿Libros?

—Sí, libros.

—Señora —dijo Maza con tono pausado y paciente, como si hablara con una niña pequeña—, en este reino no ha habido una imprenta en funcionamiento desde la época del Desembarco.

—Ya lo sé —le espetó Kelsea—. No te he preguntado eso. Te he preguntado si hay una biblioteca.

—No es fácil conseguir libros, Señora. Como mucho, alguna curiosidad. ¿Quién iba a tener libros suficientes para llenar una biblioteca?

—Los nobles. Seguro que algunos todavía tienen libros escondidos.

—Que yo sepa, no. Pero aun en el caso de que los tuvieran, no los pondrían a disposición del público.

—¿Por qué no?

—Señora, intentad arrancar hasta la más tenaz mala hierba del jardín de un noble, y lo veréis acusaros de allanamiento de morada. Estoy convencido de que ningún noble leería los libros que pudiera tener, pero, de todas formas, jamás los prestaría.

—¿Se pueden comprar libros en el mercado negro?

—Se podría, Señora, si alguien los valorara lo suficiente. Pero el contrabando de libros no existe. El mercado negro trafica con mercancías de valor. En el mercado tear pueden encontrarse armas fabricadas en Mortmesne, esclavos sexuales, animales raros, drogas...

A Kelsea no le interesaba el funcionamiento del mercado negro; eran iguales en todas las sociedades. Dejó hablar a Maza mientras contemplaba con desánimo las estanterías vacías y pensaba en la biblioteca de Carlin: tres grandes paredes llenas de volúmenes encuadernados en piel, las obras de no ficción a la izquierda y las de ficción a la derecha. Por la ventana del salón entraba el sol hasta primera hora de la tarde, y a Kelsea le gustaba acurrucarse allí los domingos por la mañana y leer. Una Navidad, cuando tenía ocho o nueve años, había bajado y había encontrado el regalo de Barty: un gran sillón anclado al suelo, justo donde caía la luz, con almohadones mullidos y «Rincón de Kelsea» grabado en el brazo izquierdo. Recordó lo feliz que se sentía cuando se dejaba caer en aquel asiento; era un recuerdo tan vívido que Kelsea creyó oler el pan de canela que se cocía en la cocina y oír a los zanates que alborotaban alrededor de la casita todas las mañanas.

«Barty», pensó, y le brotaron las lágrimas. Era muy importante que Maza no las viera: abrió mucho los ojos para impedir que se desbordasen y fijó la vista en los estantes vacíos, muy concentrada. ¿Cómo habría adquirido Carlin todos sus libros? Los libros de papel ya estaban muy cotizados antes de la Travesía; la transición a los libros electrónicos había diezmando la industria editorial, y en las dos últimas décadas anteriores a la Travesía se habían destruido muchos libros impresos. Según Carlin, William Tear solo había dejado que sus utópicos se llevaran diez libros cada uno. Dos mil personas a razón de diez libros por cabeza equivalían a veinte mil libros, y como mínimo dos mil estaban en las estanterías de Carlin. Kelsea siempre había tenido a su disposición aquellos libros; lo daba por hecho, sin comprender que era algo inestimable en un mundo sin libros. Los vándalos podían encontrar la casita, o incluso unos niños en busca de leña. Eso era lo que había pasado con la mayoría de los libros que habían llegado en los orígenes, con la Travesía Británico-Americana: los desesperados los habían quemado como combustible o para calentarse. Kelsea siempre había concebido la biblioteca de Carlin como una pieza fija, unificada e inamovible, pero no lo era. Los libros podían cambiarse de sitio.

—Quiero que traigan aquí todos los libros que hay en la casa de Barty y Carlin.

Maza miró al techo y dijo:

—No.

—Solo llevará una semana, quizá dos si llueve.

Maza terminó de abrocharle la pesada pieza de acero al antebrazo.

—Lo más probable es que los cadén ya hayan quemado la casa. Contáis con un número reducido de personas leales, Señora; ¿estáis segura de que queréis malgastarlas enviándolas a hacer un encargo tan inútil?

—A lo mejor los libros eran una mercancía sin valor en el reino de mi madre, Lazarus, pero no lo serán en el mío. ¿Me entiendes?

—Entiendo que sois joven y tendéis a ser demasiado ambiciosa, Señora. No podéis hacerlo todo a la vez. Cuando uno dispersa sus fuerzas, el viento acaba esparciéndolas por completo.

Incapaz de debatir ese argumento, Kelsea se volvió de nuevo hacia el espejo. Pensar en la casita del bosque le había recordado una cosa que Barty le había dicho la semana anterior (aunque a ella le pareciera que había transcurrido una eternidad).

—¿De dónde proviene mi comida?

—La comida es segura, Señora. Carroll no se fiaba de las cocinas de la Ciudadela e hizo construir una cocina aquí mismo. —Maza señaló la puerta—. Una de las mujeres a las que hemos traído, una chica menuda llamada Mila, será vuestra cocinera. Esta mañana nos ha preparado el desayuno a todos.

—Estaba bueno —observó Kelsea.

Sí, estaba bueno: tortitas y fruta variada con una especie de nata. Kelsea había comido como mínimo por dos.

—Mila ya se ha apoderado de la cocina, y se toma su trabajo muy en serio. Yo ni me atrevo a entrar ahí sin su permiso.

—¿De dónde provienen las materias primas?

—No temáis. Son seguras.

—¿Están asustadas las mujeres?

Maza negó con la cabeza.

—Quizá un poco preocupadas por sus hijos. Una de las crías más pequeñas debe de estar enferma, porque vomita mucho. Ya he mandado llamar a un médico.

—¿Un médico? —se extrañó Kelsea.

—Conozco a dos médicos mort que ejercen en la ciudad. A uno ya lo hemos utilizado antes; es avaricioso, pero no es deshonesto.

—¿Por qué solo dos?

—La ciudad no podría mantener a más. Los médicos mort raramente emigran, y sus honorarios son tan exorbitantes que muy poca gente puede

pagarlos.

—¿Y en Bolton? ¿O Lewiston?

—En Bolton solo hay un médico, que yo sepa. Creo que en Lewiston no hay ninguno.

—¿Hay alguna posibilidad de tentar a más médicos de Mortmesne?

—Lo dudo, Señora. A pesar de que la Reina Roja no fomenta las deserciones, algunos se marchan. Pero los profesionales llevan una vida acomodada en Mortmesne. Al Tear solo vienen los muy avariciosos.

—Solo dos médicos —repitió Kelsea, desanimada—. Queda mucho por hacer, ¿verdad? Y ni siquiera sé por dónde empezar.

—Empezad por poneros la corona en la cabeza. —Maza le abrochó la última correa del brazo y se apartó—. Hemos terminado. Vámonos.

Kelsea inspiró hondo y salió por la puerta detrás de él. Llegaron a una estancia amplia, de unos sesenta metros de punta a punta, con el techo tan alto como el de la alcoba de su madre. El suelo y las paredes eran de la misma piedra gris que el exterior de la Ciudadela. No había ventanas; la única luz era la de las antorchas montadas en soportes en las paredes. De la pared izquierda partía un corredor con varias puertas que discurría a lo largo de unos cincuenta metros e iba a dar a otra puerta.

—Estas son las dependencias de servicio, Señora —murmuró Maza.

A su derecha, otro corredor conducía a la cocina; Kelsea oyó ruido de cacharros. Aquello había sido idea de Carroll, según Maza, y muy buena; según Barty, en las cocinas de la Ciudadela, situadas unos diez pisos más abajo, había más de treinta empleados y numerosas entradas y salidas que habría sido imposible tener controladas.

—¿Crees que Carroll habrá muerto?

—Sí —contestó Maza, y su rostro se ensombreció brevemente—. Siempre decía que moriría trayéndoos aquí, y yo nunca le creí.

—Su mujer y sus hijos. En el claro del bosque hice una promesa.

—Ya os ocuparéis de eso más tarde, Señora.

Maza se dio la vuelta y empezó a gritar órdenes a los guardias que aguardaban contra las paredes. Salieron más guardias de las habitaciones del final del corredor. Los hombres rodearon a Kelsea, impidiéndole ver más que armaduras y hombros. La mayoría de los guardias se habían bañado al regresar de la misión, pero seguía imperando un desagradable olor a hombre, caballo, almizcle y sudor, y Kelsea se sentía desubicada. En la casita de Barty

y Carlin olía a lavanda, el perfume favorito de Carlin, y, si bien Kelsea detestaba aquel olor tan empalagoso, gracias a él siempre sabía dónde estaba.

Mhurn se apretó contra su espalda hasta tapanla por completo. Kelsea decidió no saludarlo; Mhurn estaba muy pálido y tenía los ojos muy enrojecidos, como si llevara días sin dormir. A su derecha estaba Dyer, con gesto adusto y agresivo bajo la barba pelirroja. Pen se hallaba a su izquierda, y Kelsea sonrió, aliviada al ver que estaba ileso.

—Hola, Pen.

—Señora.

—Gracias por prestarme tu caballo; te devolveré la armadura tan pronto como pueda.

—Podéis quedárosla, Señora. Me gustó lo que hicisteis ayer.

—Seguramente no servirá para nada. Me he condenado a mí misma.

—Nos habéis condenado a todos, Señora —terció Dyer.

—¡Retira eso, Dyer! —le espetó Pen.

—Retíralo tú, enano. En cuanto vean que no ha llegado la remesa, el ejército mort se movilizará. Tú también estás jodido.

—Estamos todos jodidos —murmuró Elston detrás de Kelsea; los dientes rotos deformaban ligeramente su pronunciación, pero ya no costaba tanto entender qué decía—. No hagáis caso a Dyer, Señora. Llevamos años viendo cómo este reino se hunde en el fango. Puede que hayáis llegado demasiado tarde para salvarlo, pero de todas formas me alegro de que hayáis decidido intentar detener su caída.

—¡Bien dicho! —exclamó alguien más a su espalda.

Kelsea se sonrojó, pero Maza le ahorró tener que contestar cuando se abrió paso entre el grupo de guardias para colocarse a su derecha.

—Apretaos más, soldados —gruñó—. Si yo he podido pasar, podría hacerlo cualquiera.

El trayecto hasta el Salón del Trono resultó un suplicio de pasadizos grises de techos bajos precariamente iluminados con antorchas. Kelsea se figuró que Maza estaba dando un rodeo, pero aun así se arredró ante tantos pasillos, escaleras y túneles. Confiaba en que hubiera un plano de la Ciudadela en algún sitio, porque de otra forma jamás se atrevería a moverse sola por su ala del edificio.

Se cruzaron con muchos hombres y mujeres vestidos de blanco, con capuchas que les cubrían la cabeza y la frente. Gracias a las descripciones de



Carlin, Kelsea supo que debían de ser los sirvientes de la Ciudadela. La Ciudadela tenía sus amas de llaves y sus fontaneros, pero también disponía de muchísimos servicios superfluos: camareros, peluqueros, masajistas; y todos estaban en la plantilla de la Corona. Los sirvientes de la Ciudadela debían pasar desapercibidos cuando no se los necesitaba, y al encontrarse con Kelsea se apartaron de su camino y se pegaron a las paredes. Cuando ya se había cruzado con unos veinte empleados, Kelsea empezó a perder los estribos, y de nada sirvió que se mordiera la mejilla por dentro. En eso llevaban dos décadas gastándose el dinero de las arcas: en lujos y jaulas.

Atravesaron por fin una pequeña antecámara y se dirigieron hacia una puerta enorme de doble hoja hecha de madera de roble. No parecía roble del Tearling: el vetado era demasiado uniforme, y las puertas estaban cubiertas de elaborados tallados que representaban lo que parecían signos zodiacales. El roble del Tearling no servía para tallados; Kelsea había intentado hacer tallas con su puñal cuando era pequeña, pero la madera se astillaba y se desmenuzaba fácilmente. Intentó fijarse mejor en aquellas puertas, pero no tuvo tiempo; al acercarse a ellas, se abrieron como por arte de magia, y sus guardias la empujaron por el umbral.

A su izquierda, un heraldo gritó: «¡La presunta Princesa!». Kelsea hizo una mueca, pero enseguida encontró otras cosas en las que concentrarse. Se hallaba en una sala de unas dimensiones que jamás habría podido imaginar, con techos de al menos sesenta metros de altura; la pared del fondo estaba tan alejada que Kelsea no alcanzaba a ver bien las caras de quienes estaban allí. El suelo lo formaban enormes losas de piedra de color rojo oscuro, de unos diez metros cuadrados cada una, y por toda la estancia había intercaladas gruesas columnas blancas que solo podían ser de mármol cadarés. Los rayos de sol entraban por los tragaluces del techo y caían como flechas hasta el suelo. El efecto era sobrecogedor: una estancia enorme, iluminada con antorchas y atravesada por haces de intensa luz blanca. Al pasar Kelsea y sus guardias por uno de aquellos haces, sintió calor en el brazo, pero solo fue un instante.

En la sala reinaba el silencio, con excepción del arrastrar de pies y el tintineo metálico que hacían la comitiva al avanzar por el pasillo. La escolta de Kelsea se había abierto ligeramente, lo que le permitió escudriñar unos breves instantes a la concurrencia y ver filas de hombres y mujeres que supuso que debían de ser nobles. En las vestimentas predominaba el terciopelo: un

terciopelo grueso de color escarlata, negro y azul real. El terciopelo era una especialidad de Callae, y resultaba imposible conseguirlo sin pasar los controles de aduanas mort. ¿Cómo podía ser que toda aquella gente estuviera haciendo negocios con Mortmesne?

Allá donde mirara, Kelsea veía caras de ambos sexos retocadas con cosméticos: ojos con el contorno difuminado, labios perfilados y pintados, y hasta un lord con la cara empolvada. Muchos llevaban peinados muy elaborados que debían de haber tardado horas en crear. Una mujer se había recogido el pelo en un gran espiral que recordaba al arco que dibuja un pez al saltar del agua; ascendía por un lado de su cabeza y descendía por el otro. Alrededor de ese peinado, reposaba una diadema de plata adornada con amatistas, una pieza de joyería francamente bella, incluso para los ojos poco entendidos de Kelsea. Sin embargo, la mujer tenía una cara de amargada que hacía pensar que le contrariaría cualquier cosa que pudiera sucederles a ella o a su tocado.

Kelsea temió que se le escapara la risa, una risa que salía de un oscuro pozo de rabia. El peinado de aquella aristócrata no era, ni por asomo, lo más ridículo de la congregación. Se veían sombreros por todas partes: sombreros enormes y ostentosos de ala ancha y copas puntiagudas de todos los colores del arcoíris. Casi todos estaban decorados con joyas, oro y plumas. En algunos sombreros, Kelsea distinguió plumas de pavo real de Cadare, otro artículo de lujo que seguramente solo podía conseguirse en el mercado negro. Algunos sombreros eran tan anchos que ocupaban más espacio que sus dueños; Kelsea vio a un matrimonio con sendas capas azules de estampado a juego, cuyos sombreros los obligaban a mantenerse separados casi un metro. Al darse cuenta de que Kelsea los miraba, ambos sonrieron e hicieron una pequeña reverencia. Kelsea los ignoró y se dio la vuelta.

Maza no apartaba la vista de la estrecha galería elevada que discurría a lo largo de la pared de la izquierda. Kelsea miró también hacia allí y vio que la galería estaba tan abarrotada como la planta baja; pero quienes la ocupaban no eran nobles: vestían ropa oscura y sencilla, y solo se apreciaba algún que otro destello dorado. Dedujo que debían de ser comerciantes lo bastante importantes para tener acceso a la Ciudadela, pero no lo suficientemente ricos para que les dejaran estar abajo. Entre el público no había pobres; no vio ninguna cara demacrada como las que había visto en los campos del Almont y en el Parque de la Ciudadela.

Notaba que la seguían cientos de miradas. Sentía su peso, y al mismo tiempo tenía la impresión de que miles de kilómetros la separaban de aquella gente. ¿Se habría sentido la reina Elyssa igual de sola en aquella sala enorme? Kelsea ahuyentó rápidamente ese pensamiento, pues no quería rescatar de su memoria nada que tuviera relación con su madre.

Al fondo de la sala había una gran tarima, en cuyo centro se alzaba un trono, reluciente incluso bajo la luz de las antorchas. Estaba forjado en plata maciza, y sus diferentes partes se fundían suavemente unas con otras, sin ángulos ni interrupciones, de modo que los brazos, el respaldo y el asiento formaban una sola pieza. El respaldo del trono, alto y redondeado, tenía al menos tres metros y estaba decorado con un relieve de motivos marinos que representaba diversas escenas de la Travesía. Era una obra de arte extraordinaria, pero, como ocurría con tantas otras reliquias de la dinastía tear, nadie sabía quién había sido el artesano, y el trono ya solo era un recordatorio mudo de tiempos remotos.

En rigor, nadie debería haberse sentado en aquel trono desde el día del fallecimiento de su madre, pero a Kelsea no le sorprendió ver a un hombre ocupándolo. Su tío era un individuo de reducida estatura, con pelo castaño oscuro y barba rizada a la moda; al recorrer la ciudad, Kelsea se había fijado en varios hombres que llevaban aquella barba, y le había parecido ridícula. El Regente se acarició la barba mientras Kelsea se acercaba a la tarima, enroscando los rizos con el dedo índice. Vestía un mono morado muy ceñido que no le favorecía en absoluto. Tenía la cara pálida y abotagada, y los ojos hundidos, y Kelsea interpretó como signos de disipación los capilares rotos de la piel de su gran nariz y sus mejillas flácidas. Alcoholismo, o quizá algo más exótico; de pronto Kelsea tuvo la certeza de que si había por allí algún vicio caro, su tío lo había probado. El Regente la observaba con aparente indiferencia, con un dedo liado en la barba; con la otra mano tamborileaba distraídamente en un brazo del trono. La primera impresión de Kelsea fue que su tío era astuto, pero no valiente. Aquel hombre llevaba años intentando asesinarla, y sin embargo ella no le tenía miedo.

Sentada a los pies del Regente, inmóvil en el borde del último escalón de la tarima, había una mujer pelirroja; tenía la mirada extraviada, y aun así era sumamente hermosa. Su cara era un óvalo perfecto, absolutamente simétrico, con la nariz pequeña y respingona y unos labios sensuales. Llevaba un vestido de gasa azul claro, una prenda casi transparente que revelaba una figura a la

vez esbelta y voluptuosa. La gasa no disimulaba sus pezones, dos puntos rosa oscuro que presionaban contra la tela. Kelsea se preguntó cómo debía de ser un hombre que pagaba para que sus mujeres se vistieran como prostitutas, pero entonces la pelirroja levantó la cabeza y Kelsea aspiró bruscamente entre los dientes. La mujer llevaba una soga alrededor del cuello, y el nudo debía de estar prieto, porque se apreciaban escoriaciones producidas por el roce. La cuerda subía por los escalones de la tarima hasta la mano del Regente.

A una orden de Maza, la guardia de Kelsea se paró delante de la tarima. Al Regente también lo rodeaba su guardia, aunque bastaba una rápida ojeada para registrar la diferencia entre una verdadera guardia y una pandilla de mercenarios. Los hombres de su tío vestían uniformes amplios y poco prácticos de color azul oscuro, y su postura reflejaba la misma insolencia y la misma pereza que transmitía el Regente. Cuando su tío la miró, a Kelsea no le sorprendió comprobar que tenía los ojos verde oscuro y almendrados, como ella. No le cupo ninguna duda de que eran parientes; de hecho, su tío era el único que le quedaba, y ese pensamiento le hizo reflexionar. La consanguinidad debía de tener alguna significación. Pero entonces volvió a mirar a la mujer atada con una cuerda y acurrucada en el suelo, y notó unas insistentes pulsaciones en las sienes. Aquel hombre, insistía su mente, no era familiar suyo si ella no quería que lo fuera. Dejó de apretar los puños y suavizó el tono de voz:

—Saludos, tío. He venido a ser coronada.

—Bienvenida, presunta Princesa —respondió su tío con una voz nasal y atenazada—. Necesitamos ver las pruebas, por supuesto.

Kelsea hizo ademán de quitarse el collar. El día anterior, en el Parque de la Ciudadela, le había costado desabrocharse la cadena; había notado una sensación desagradable, como si el collar se resistiera a separarse de su piel. Ese día fue aún peor: sintió como si la cadena de plata tirase de ella y como si hubiera hormigas correteando por su cuello. Levantó el collar para que su tío pudiese examinarlo, y, una vez que él hubo asentido con la cabeza, se dio la vuelta y se lo mostró a todo el público congregado en la sala.

—¿Dónde está la otra joya? —preguntó el Regente.

—Eso no es asunto tuyo, tío. Tengo la joya que llevaba cuando me sacaron de aquí, y esa es la prueba requerida.

El Regente agitó una mano y dijo:

—Claro, claro. ¿Y la marca?

Kelsea compuso una amplia sonrisa, retiró la manga del vestido y se descubrió el antebrazo. La cicatriz no parecía tan grande bajo la luz de las antorchas, pero se apreciaba claramente: alguien había posado la hoja de un cuchillo al rojo vivo sobre su piel. Por un instante, Kelsea casi pudo visualizar la escena: la habitación a oscuras, el fuego, los gritos de un bebé que sentía dolor por primera vez en su corta vida.

«¿Quién me hizo esto? —se preguntó—. ¿Quién sería capaz de hacerme una cosa así?»

Al ver la cicatriz, el Regente debió de sentir alivio, porque se mostró más relajado. A Kelsea le sorprendió su facilidad para interpretarlo. ¿Sería porque eran parientes? ¿O porque su tío era tremendamente simple, y sus características más destacadas eran la codicia y la gula? Era evidente que no le gustaba la incertidumbre, ni siquiera cuando suponía una ventaja para él.

—No soy ninguna impostora —anunció Kelsea—. Voy a ser coronada. ¿Dónde está el sacerdote?

—Aquí, Señora —dijo una voz temblorosa a su espalda.

Kelsea se volvió y vio a un hombre alto y demacrado de unos sesenta años que se acercaba desde la columna más cercana a la tarima. Vestía una túnica blanca y holgada sin adorno alguno, el uniforme de los sacerdotes ordenados que todavía no habían ascendido en la jerarquía. Tenía cara de asceta, descarnada y pálida, y el pelo y las cejas de un rubio desteñido; parecía que la vida le hubiera ido sorbiendo hasta el último vestigio de pigmento. Avanzó arrastrando los pies, con pasos inseguros y nerviosos.

—Buen trabajo, Lazarus —murmuró Kelsea.

El sacerdote se detuvo a unos tres metros de la guardia de Kelsea e inclinó la cabeza.

—Señora, soy el padre Tyler. Será un gran honor celebrar vuestra coronación. ¿Dónde está la corona?

—Ah —dijo el Regente—. Tenemos un pequeño problema. Antes de morir, mi hermana escondió la corona para protegerla, y todavía no la hemos encontrado.

—Por supuesto que no la han encontrado —replicó Kelsea.

Estaba que echaba chispas. Debió imaginar que le saldrían con alguna excusa parecida. La corona era un instrumento simbólico, pero importante de todas formas; de hecho, Kelsea no tenía constancia de que hubieran coronado a ningún monarca sin colocarle una aparatosa joya en la cabeza. Seguramente su

tío había hecho un esfuerzo extraordinario para encontrar la corona, pero para ponérsela él. Si todavía no la había encontrado, lo más probable era que no apareciera nunca.

El sacerdote parecía al borde de las lágrimas. Miró a Kelsea y al Regente mientras se retorció las manos.

—Veréis, Alteza, la situación es complicada... No sé... cómo voy a celebrar la ceremonia sin corona.

La gente empezaba a ponerse nerviosa. Kelsea oía el extraño susurro de innumerables voces murmurando en una sala enorme. Sin pensarlo, estiró el cuello y paseó la mirada por la multitud. No le costó mucho dar con la mujer a la que buscaba; su espiral de pelo descollaba al menos dos palmos por encima de los que la rodeaban.

—Lazarus. Esa mujer con el peinado horrible. Quiero su tiara.

Maza escudriñó la sala, desconcertado.

—¿Qué es una tiara?

—Esa cosa de plata que lleva en la cabeza. ¿Es que de pequeño no leías cuentos de hadas?

Maza chasqueó los dedos.

—Coryn, dile a lady Andrews que el Tesoro se lo reembolsará.

Coryn bajó presuroso los escalones, y Kelsea se volvió de nuevo hacia el sacerdote.

—¿Servirá eso, padre, hasta que encontremos la corona auténtica?

El padre Tyler asintió y tragó saliva. Kelsea pensó que él no sabía si ella había recibido educación religiosa; tal vez creyera que era creyente y devota. El sacerdote, cauteloso, dio otro paso adelante, y Kelsea dibujó una sonrisa más amplia con la esperanza de que pareciera sincera.

—Es un honor contar con su presencia, padre —dijo.

—El honor es mío, Señora —replicó él.

Sin embargo, Kelsea detectó una dosis considerable de ansiedad bajo su apariencia plácida. ¿Temería la ira de sus superiores? Kelsea recordó las advertencias de Carlin sobre el poder del Arvath, y observó con recelo a aquel individuo de tez pálida.

—¿Cómo se atreve! —gritó una mujer; y a continuación se oyó una fuerte bofetada.

Kelsea se asomó entre Elston y Dyer y vio que se estaba produciendo un altercado considerable; al moverse la gente, alcanzó a ver a Coryn con las

manos metidas en un nido de pelo tupido y oscuro, pero enseguida lo perdió de vista.

Elston temblaba, y cuando Kelsea levantó la cabeza, la joven vio que se había puesto muy colorado por el esfuerzo de contener la risa. Y no era el único; Kelsea oyó numerosas risitas sofocadas a su alrededor. Mhurn, de pie detrás de ella, a su izquierda, se reía abiertamente, y su pálido rostro había adquirido algo de color. Hasta Maza apretaba las mandíbulas, aunque no lograba impedir que le temblaran los labios. Kelsea nunca había visto reír a Maza; y, al cabo de un momento, el soldado relajó la boca y siguió escudriñando la galería.

Coryn salió por fin de entre el gentío con la tiara en la mano. Parecía que acabara de atravesar un frambueso; en un lado de la cara tenía un largo y feo araño; el otro estaba de un rojo intenso, y tenía un desgarrón en la manga. Detrás de él, Kelsea veía a la aristócrata dirigiéndose indignada hacia la puerta, con el intrincado peinado hecho trizas.

—Bueno, habéis perdido a lady Andrews —murmuró Pen.

—No la necesitaba para nada —replicó Kelsea; estaba tan colérica que le latían las sienes—. No necesito a nadie con un peinado como el suyo.

Coryn le entregó la tiara al sacerdote y ocupó su sitio frente a la guardia de Kelsea.

—Acabemos con esto cuanto antes, padre —dijo Kelsea—. No quiero hacer peligrar su vida más tiempo.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado; el padre Tyler palideció y miró furtivamente por encima del hombro. Kelsea se compadeció brevemente de él, y se preguntó con qué frecuencia le darían permiso para salir del Arvath. Carlin le había contado que algunos sacerdotes, sobre todo los que entraban siendo muy jóvenes, se pasaban toda la vida en aquella torre blanca, y solo salían de ella metidos dentro de un ataúd.

La guardia se apartó y dejó que Kelsea se arrodillara al pie de la tarima, cara al trono. El suelo de piedra estaba frío y la superficie irregular se le clavaba en las rodillas, y Kelsea confió en no tener que estar mucho rato en aquella postura. La guardia volvió a rodearla; la mitad de los hombres se colocaron frente al Regente y sus guardias, y la otra mitad concentraron su atención en el público que llenaba la sala. El padre Tyler se acercó todo cuanto le permitió Coryn, hasta detenerse a una distancia de un metro y medio.

Mhurn se colocó detrás del hombro derecho de Kelsea, y Maza, a su lado.

Cuando la joven se volvió y miró a Maza, vio que este tenía la espada en una mano y la maza en la otra. La bola de la maza todavía estaba recubierta de sangre seca. La expresión del capitán era de peligrosa serenidad, la de un hombre tan acostumbrado a la muerte que no tenía inconveniente en que esta se acercara y anunciara su presencia. El resto de los guardias, en cambio, tenían los nervios a flor de piel, y la mitad desenvainaron sus espadas cuando oyeron estornudar a una mujer en la sala.

El zafiro de Kelsea empezó a abrasarle la piel, obligándola a dominar el impulso de agachar la cabeza para mirarse el escote. En el Parque de la Ciudadela, la joya había resplandecido como una estrella, pero esa mañana, cuando Kelsea se había examinado la piel, no había encontrado ni la más leve marca. Tenía muchas preguntas respecto a aquel zafiro, pero la fuerza que le transmitía parecía más importante que cualquier pregunta, más importante que el asombro que pudiera producirle. Sabía que si miraba hacia abajo vería relucir la joya sobre su pecho, una intensa luz azul de advertencia. Estaba a punto de pasar algo.

El padre Tyler empezó a murmurar en voz tan baja que Kelsea dudó que el público pudiera oírle. Le pareció que el sacerdote pronunciaba una especie de soliloquio sobre la gracia de Dios y su relación con la monarquía. Kelsea dejó de prestar atención. Hacia el fondo, casi oculta detrás de una columna, divisó la inconfundible figura de Arlen Thorne, esquelética y con su ceñido uniforme azul. Parecía una mantis religiosa apoyada en la pared. Según Maza, era un negociante, pero eso le hacía ser aún más peligroso. Cuando vio que Kelsea lo miraba, Thorne se dio la vuelta.

El sacerdote sacó una Biblia vieja de los pliegues de su túnica y empezó a leer un pasaje sobre el rey David. Kelsea apretó las mandíbulas para contener un bostezo. Se había leído la Biblia de cabo a rabo; contenía algunas buenas historias, y la del rey David era una de las más absorbentes. Pero las historias no eran más que eso: historias. Aun así, Kelsea no pudo por menos de admirar la vieja Biblia que el sacerdote tenía en las manos; sus páginas eran tan delicadas como el propio sacerdote.

El padre Tyler se colocó a medio metro de Kelsea mientras sujetaba la corona con una mano. Los soldados de la Guardia Real se pusieron de puntillas, y Kelsea oyó, a su derecha, el roce de una espada al desenvainarse. El sacerdote volvió la cabeza y se retrajo ante la aterradora expresión de la cara de Maza; perdió momentáneamente el hilo de su lectura y miró hacia



abajo tratando de recuperarlo.

Sucedieron varias cosas a la vez: un hombre gritó detrás de Kelsea y, al instante, esta notó un fuerte dolor en el hombro izquierdo. Maza la tiró al suelo y se agachó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo. Se oyó gritar a una mujer entre el público; Kelsea percibió aquel grito como algo irreal y distante.

Kelsea oía el entrecocar de espadas por todas partes. Intentó sacarse el puñal de la bota sin salir del escudo que le proporcionaba el cuerpo de Maza. Con la otra mano se tanteó la espalda y tropezó con el puño de un puñal que sobresalía por encima de su omoplato. Cuando sus dedos lo tocaron, una punzada de dolor la recorrió hasta los dedos de los pies.

«Me han apuñalado —pensó, aturdida—. Maza no me ha cubierto la espalda como debería.»

—¡Galen! ¡La galería! ¡La galería! —bramó Maza—. ¡Sube y despéjala!

Entonces lo apartaron bruscamente de encima de Kelsea, y ella se levantó del suelo con el puñal en la mano. Se vio rodeada de hombres que luchaban; tres de ellos intentaban herir a Maza con sus largas espadas en medio del ondear de sus uniformes azul oscuro.

Kelsea notó un movimiento detrás de ella; giró sobre sí misma y vio una espada que se dirigía hacia su cuello. Se agachó, se coló por debajo del brazo de su atacante y, con un rápido movimiento ascendente, le clavó el puñal en las costillas. La sangre, caliente, le salpicó la cara; por un momento, Kelsea lo vio todo negro y cerró los ojos. El hombre se derrumbó sobre ella, muerto, y la aplastó contra el suelo, y Kelsea sintió una explosión de dolor cuando el puñal que tenía clavado en el hombro dio contra el suelo. Apretó los dientes al tiempo que gritaba, pero consiguió apartar a su agresor y se limpió los ojos con la manga del vestido. Haciendo caso omiso de la sangre que le resbalaba por la cara, arrancó su puñal de la caja torácica de su agresor y se puso en pie. Lo veía todo a través de un velo rojo. Alguien la agarró por el hombro ileso, y, sin pensar, Kelsea arremetió con furia contra aquella mano.

—¡Soy yo, Señora!

—¡Lazarus! —repuso ella, jadeante.

—¡Vuestra espalda contra la mía!

Maza la colocó detrás de él, y Kelsea se pegó a su espalda y se encorvó para proteger su hombro herido mientras observaba al público. Le sorprendió comprobar que los nobles no se habían movido del sitio: seguían ordenadamente dispuestos en hileras detrás de las columnas al pie de los

escalones, y le dieron ganas de gritarles. ¿Por qué no ayudaban? Pero muchos, sobre todo los hombres, ni siquiera miraban a Kelsea. Estaban concentrados en la pelea que se desarrollaba detrás de ella, y sus miradas, ávidas, iban de uno a otro combatiente.

«Es un deporte», comprendió Kelsea, asqueada. Levantó su puñal apuntando al público, adoptando una actitud amenazadora, y lamentó no tener una espada, aunque no habría sabido utilizarla. La hoja todavía goteaba sangre, y el puño resbalaba en su mano, también ensangrentada. Kelsea recordó el día que Barty le había regalado ese puñal, por su décimo cumpleaños; iba dentro de una caja pintada de dorado, con una pequeña llave de plata. Esa caja todavía debía de estar en sus alforjas, en algún lugar del Pabellón Real. Por fin había utilizado el puñal para defenderse, y le habría gustado poder decírselo a Barty. De pronto, su campo de visión se oscureció.

Pen se había colocado delante de ella, con una espada en cada mano. Un guardia del Regente se abalanzó sobre ellos y trató de abrirse paso; Pen lo esquivó sin dificultad, le cortó un brazo a la altura del bíceps y le clavó una espada en el tórax. El hombre dio un grito agudo que pareció prolongarse eternamente mientras el brazo seccionado caía sobre las losas del suelo, unos metros más allá. El guardia se derrumbó, y Pen volvió a adoptar la postura defensiva, sin inmutarse por la sangre que resbalaba por uno de sus brazos. Al cabo de un momento, Mhurn se colocó a su lado; tenía el pelo, rubio, salpicado de sangre y estaba más pálido que nunca, como si estuviera a punto de desmayarse.

Aparecieron dos hombres más en la periferia de Kelsea, que se inclinó hacia allí al tiempo que intentaba sujetar bien el puñal. Pero solo eran Elston y Kibb; se colocaron uno a cada lado de Kelsea blandiendo sus ensangrentadas espadas. Kibb tenía una herida en la mano, un corte profundo que parecía una mordedura de animal, pero por lo demás estaban ilesos. El ruido de espadas se había reducido, pues el combate estaba acabando. Cuando Kelsea miró al público, vio que Arlen Thorne había desaparecido. El padre Tyler, agazapado junto una de las enormes columnas, abrazaba su Biblia contra el pecho y contemplaba el cadáver vestido de azul que yacía, ensangrentado, al pie de la tarima. El sacerdote parecía a punto de desmayarse, y, pese a su recelo, Kelsea sintió cierta lástima por él. Aquel hombre, ya mayor, nunca había sido muy fuerte, ni siquiera de joven.

«Tiene que reponerse —dijo otra voz, más fría, dentro de su cabeza—.

Rápido.» Kelsea, devuelva a la realidad por la dureza de aquella voz, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Era extraordinario que una ceremonia de coronación pudiera significar tan poco y, al mismo tiempo, tanto. Se le doblaron las rodillas y se agarró a Maza aspirando entre los dientes, pues el dolor hurtaba en su espalda como un insecto.

«Las mujeres gritan cuando las hieren —dijo la voz de Barty en su cabeza—. Los hombres gritan cuando están muriendo.»

«Yo no pienso gritar ni por una cosa ni por la otra.»

—Lazarus, tienes que sujetarme.

Maza colocó un brazo flexionado a la altura del suyo para que Kelsea se apoyara en él.

—Vamos a tener que extraeros ese puñal, Señora.

—Todavía no.

—Estáis perdiendo sangre.

—Perderé aún más cuando me quitéis el puñal. Primero quiero acabar con esto.

Maza le examinó someramente la herida, y palideció.

—¿Qué pasa?

—Nada, Señora.

—¿Qué es?

—Esa herida es grave. Tarde o temprano os desmayaréis.

—Pues, cuando me desmaye, golpéame para que me despierte.

—Mi obligación es proteger vuestra vida, Señora.

—Mi vida y ese trono son una sola cosa —replicó Kelsea con voz ronca. Era verdad, aunque no fue completamente consciente de ello hasta que lo dijo. Estiró un brazo para agarrarse al hombro de Maza, y señaló el zafiro que colgaba de su cuello—. Ahora ya no soy más que esto. ¿Lo ves?

Maza se dio la vuelta y le gritó a Galen, que estaba en la galería. Dos cuerpos vestidos de azul cayeron por encima del antepecho y se estrellaron con un golvazo contra las losas del suelo. El público de las primeras filas gritó y retrocedió unos pasos.

—¡Cuidado! —bramó Maza—. ¡No perdáis de vista a la gente! Kibb, ¿necesitas un médico?

—¡De eso nada! —le espetó Kibb con buen humor, pese a que estaba blanco como el papel y se agarraba fuertemente la mano herida—. El médico soy yo.

Muchos miembros de la guardia del Regente yacían muertos sobre la tarima.

Varios guardias de Kelsea estaban heridos, pero no vio ningún cuerpo vestido de gris en el suelo. ¿Quién le habría lanzado el puñal?

El Regente seguía sentado, con actitud indiferente pese a que tenía la cara salpicada de sangre y cuatro guardias de la reina lo apuntaban con sus espadas. Sin embargo, una fina película de sudor le cubría la frente y no paraba de lanzar miradas nerviosas hacia el público. Teniendo en cuenta las escasas habilidades de su guardia, había sido una estupidez atentar contra Kelsea. Solo había sido una táctica para ganar tiempo; su tío era tan consciente de la importancia de aquella coronación como la propia Kelsea. Todo un nuevo paisaje de dolor había empezado a irradiar desde su hombro, y la sangre se estaba acumulando en el hueco del final de su espalda. Intuyó que le quedaba muy poco tiempo. Estiró un brazo y agarró a uno de sus guardias, un joven cuyo nombre no conocía.

—Trae al sacerdote.

El guardia la miró, indeciso, pero fue a buscar al padre Tyler y lo llevó hasta la tarima; el sacerdote palideció ante el montón de cadáveres esparcidos por el suelo. Kelsea abrió la boca y por ella salió aquella voz fría. Con un tono autoritario que la sorprendió, dijo:

—Ya podemos continuar, padre. Límitese a lo imprescindible.

El sacerdote asintió y sacó la tiara con una mano temblorosa. Con ayuda de Maza, Kelsea volvió a arrodillarse en el suelo. El padre Tyler abrió su Biblia y empezó a leer con vacilación; sus palabras entraron en tropel en los oídos de Kelsea. Más allá del sacerdote, vio a aquella hermosa pelirroja, inmóvil en el último escalón de la tarima. La sangre de los combatientes le había salpicado la cara y traspasado la gasa azul del vestido. No se había movido ni un milímetro, pero estaba viva; sus ojos, grises, permanecían fijos en un punto del suelo. Kelsea cerró los ojos un instante; luego contempló el techo, una bóveda enorme que giraba sobre sí misma.

Maza le dio un puntapié en la parte baja de la espalda, y Kelsea se mordió los labios para contener un grito. Cuando recuperó la visión, vio que el sacerdote avanzaba hacia ella con la Biblia y la tiara en la mano. La guardia se afianzó a su alrededor. El padre Tyler se agachó; tenía los ojos muy abiertos y estaba asombrosamente pálido, y Kelsea sintió que sus anteriores recelos se esfumaban inexplicablemente. Le habría gustado consolarlo, decirle que su participación en aquel asunto casi había terminado.

«No, no ha terminado —susurró otra voz en su cabeza, débil pero firme—.

Ni mucho menos.»

—Alteza —dijo el sacerdote, casi con tono de disculpa—, ¿juráis defender este reino y a su pueblo según las leyes de la Iglesia de Dios?

Kelsea tomó aliento y notó que algo vibraba en su pecho.

—Juro defender este reino y a su pueblo según la ley —susurró.

El padre Tyler hizo una pausa. Kelsea intentó volver a inspirar y sintió que se desvanecía y se inclinaba hacia la izquierda. Maza le dio otro puntapié, y esta vez ella no pudo contener el débil grito que escapó de sus labios. Hasta Barty lo habría entendido.

—Usted velará por su iglesia, padre, y yo velaré por este reino y por su pueblo. Lo juro solemnemente.

El padre Tyler vaciló unos instantes y luego se guardó la Biblia entre los pliegues de la túnica. Su cara era una máscara de resignación y pesar; se diría que veía el futuro, las numerosas repercusiones de lo que estaba sucediendo en ese momento. Quizá fuera clarividente. Le puso la tiara en la cabeza a Kelsea sujetándola con ambas manos y dijo:

—Yo os coronó, reina Kelsea Raleigh del Tearling. Que vuestro reinado sea largo, Majestad.

Kelsea cerró los ojos; sintió un alivio enorme que rayaba en el éxtasis y se le hizo un nudo en la garganta.

—Ayúdame a levantarme, Lazarus.

Maza la ayudó a ponerse en pie, pero a Kelsea le fallaban las piernas. El soldado la rodeó con los brazos desde atrás, manteniéndola erguida como si fuera una muñeca de trapo, con el torso ligeramente inclinado hacia adelante para evitar que el puñal se le clavara aún más en el omoplato.

—El Regente.

Maza la hizo girar con cuidado, y Kelsea se encontró cara a cara con su tío, en cuyos ojos se reflejaban su estupidez y su impotencia. Despacio, con cuidado, se echó hacia atrás hasta que el puño del puñal tocó el pecho de Maza. El dolor la despejó, pero solo un instante; la oscuridad volvía a amenazarla y los bordes de su campo de visión se tornaban negros.

—Sal de mi trono.

Su tío no se movió. Kelsea se inclinó hacia adelante haciendo acopio de todas sus fuerzas; al respirar producía un ruido ronco que resonaba por toda la sala.

—Tienes un mes para salir de esta Ciudadela, tío. Después... ofreceré una

recompensa de diez mil libras por tu cabeza.

Una mujer que estaba detrás de Kelsea dejó escapar un grito ahogado, y los murmullos se extendieron entre el público. Su tío, con el pánico reflejado en la cara, miraba nervioso más allá de ella.

—No podéis ofrecer una recompensa por un miembro de la familia real.

Kelsea reconoció la untuosa voz de barítono que había oído a su espalda: era Thorne. Sin prestarle atención, se esforzó para decir, entre resuellos:

—Te he ofrecido... ventaja, tío. Sal de mi trono ahora mismo, o Lazarus te echará de la Ciudadela. ¿Cuánto crees... que aguantarás?

Su tío parpadeó. Tras unos segundos, se levantó del trono; al enderezarse, su vientre se infló como un globo. «Demasiada cerveza —pensó Kelsea, distraída; y después se dijo—: ¡Dios mío, es más bajo que yo!» Empezó a ver doble, y luego, triple. Le dio un ligero codazo a Maza, y él entendió la señal: la levantó y la sentó en el trono. Kelsea sintió lo mismo que si se hubiera sentado en una roca helada. Se recostó en el frío metal, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Tenía que hacer otra cosa, pero no recordaba qué.

Entonces vio a la pelirroja, que seguía cubierta de manchas de sangre. Su tío bajó los escalones de la tarima tambaleándose y la cuerda que sujetaba se tensó.

—Suelta la cuerda —susurró Kelsea.

—Suelte la cuerda —repitió Maza.

El Regente se dio la vuelta, y por primera vez Kelsea vio cólera en sus ojos.

—¡Esta mujer es mía! ¡Me la regalaron!

—Mala suerte.

El Regente miró alrededor en busca de apoyos, pero casi todos sus guardias habían muerto. Solo lo seguían tres, y parecían reacios a mirarlo a los ojos. Su tío estaba rojo de ira, pero Kelsea vio algo peor reflejado en su semblante: perplejidad y agravio, la vacilación de un hombre que no entendía que le sucedieran tantas cosas terribles cuando él siempre había tenido tan buenas intenciones. Tras unos momentos más de indecisión, el Regente soltó la cuerda y retrocedió un poco.

—Es mía —repitió con tono lastimero.

—Viene con nosotros. Ocúpate tú, Elston.

—Sí, Majestad.

—Sácame de aquí, Lazarus, por favor —dijo Kelsea con voz ronca.

El simple hecho de respirar era toda una agonía. Maza y Pen se dijeron algo al oído, y entonces ambos se agacharon y formaron un asiento con sus brazos. Kelsea lo agradeció; era más digno salir así de aquella sala que hacerlo echada como un saco sobre el hombro de uno de sus guardias. La Guardia Real se reagrupó rápidamente a su alrededor; bajaron de la tarima y avanzaron por el pasillo central. Kelsea veía deslizarse a ambos lados una mancha borrosa de caras indistintas. Lamentaba que sus súbditos la hubieran visto así la primera vez, débil y ensangrentada. Pasaron al lado de una aristócrata con vestido de terciopelo rojo que destacaba en la penumbra. A Carlin siempre le había gustado llevar ropa de ese color, y Kelsea estiró una mano hacia la mujer y susurró: «Será un duro camino». Pero la mujer estaba demasiado lejos y no llegó a tocarla. Vio pasar muchas caras; hubo un momento en que creyó haber visto al Traedor, pero enseguida lo descartó. Sin embargo, volvió a tender una mano, tratando en vano de asir algo.

—Tenemos que darnos prisa, señor —masculló Pen.

Maza asintió con un gruñido; apretaron el paso, traspusieron la enorme puerta de doble hoja y salieron al ancho pasadizo de entrada. Kelsea olía su propia sangre con una claridad asombrosa. Todos sus sentidos estaban descontrolados. Las antorchas brillaban con la intensidad del sol, pero cuando Kelsea miró a Maza con los ojos entrecerrados, vio su cara envuelta en sombras. Los guardias hablaban entre ellos en voz baja, y sus susurros eran ensordecedores, y sin embargo Kelsea no entendía ni una palabra de lo que decían. La tiara se le estaba resbalando de la cabeza.

—Se me cae la corona.

Maza tensó el brazo en el que Kelsea apoyaba la espalda. Estiró la mano hacia la pared, tocó algo que Kelsea no podía ver e, inexplicablemente, se abrió una puerta detrás de la que solo había oscuridad.

—No temáis, Señora. No lo permitiré.

—Ni yo —añadió Pen.

Pasaron por el negro umbral y Kelsea notó que una mano delicada le colocaba bien la corona.

## Ondas en el estanque

Tras la coronación, transcurrieron cinco días sin que volvieran a ver a la reina Glynn en la Ciudadela. Gran parte de ese tiempo lo pasó inconsciente, pues había estado a punto de morir desangrada por la herida de puñal. Tendría la cicatriz en la espalda el resto de su vida; fue esa cicatriz, y no la quemadura del brazo, como podría creerse, lo que le valió el apodo de «la Reina Marcada».

Sin embargo, el mundo no dejó de girar mientras la reina dormía.

*Historia del Tearling*  
según MERWINIAN

A la mañana siguiente, cuando despertó, Thomas confió en que la coronación hubiera sido una pesadilla. Se aferró a esa idea con todas sus fuerzas, aunque una parte de su mente ya sabía que no había sido un sueño. Algo había salido mal.

La primera pista se la dio Anne, que dormía a su lado con las manos de uñas pintadas aferradas a la almohada. Con él solo dormía Marguerite; Anne era una pobre sustituta, más bajita y rechoncha, y con pelo rojo y crespo, mientras que el de Marguerite fluía como un río de ámbar. Anne tenía mejores labios, pero no era Marguerite.

Le dolía la cabeza: era el primer síntoma de la resaca, que acabaría imponiéndose. Había pasado algo con Marguerite, pero ¿qué? Thomas se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada para tratar de amortiguar el ruido que llegaba de fuera de su alcoba. Parecía como si alguien estuviera moviendo cajas; el arrastrar y los golpes le impedían volver a conciliar el sueño. Pero la almohada solo conseguía acentuar el dolor, y al final la apartó, renegando con ímpetu por lo bajo; llamó a Pine y se tapó la cabeza con la colcha. Pine



pondría fin a aquellos ruidos.

Entonces se acordó: la niña se había llevado a Marguerite. La niña había escogido lo único que él no soportaría perder y se lo había quitado. Había habido un breve momento de esperanza cuando el guardia consiguió apuñalar a la niña y esta cayó al suelo, pero entonces Thomas la vio levantarse y llevar a término la coronación pese a estar desangrándose, haciendo gala de una poderosa fuerza de voluntad. Se había llevado a Marguerite, y ahora ella se acostaría con Marguerite todas las noches, y... ¡cómo le dolía la cabeza! Era como si le golpearan el cráneo con un martillo.

Aun así, quizá todavía hubiera esperanzas. La niña había perdido mucha sangre.

Ya habían pasado varios minutos y no había ni rastro de Pine. Thomas se quitó la colcha de la cabeza y volvió a llamar; notó que Anne se movía a su lado. El ruido debía de ser bastante fuerte para haberla despertado también a ella; la noche pasada se habían pulido tres botellas de vino, y Anne no aguantaba nada bien la bebida.

Pine no aparecía.

Thomas se incorporó y apartó bruscamente la ropa de cama mientras volvía a renegar. En más de una ocasión le había cedido a Pine a una de sus mujeres durante una noche, pero Pine nunca se contentaba con sus regalos. Si algún día Thomas lo sorprendía en la cama con Sophie, le arrancaría la piel a tiras.

Al final encontró su bata bajo un montón de ropa tirada en un rincón, pero el cinturón de seda se había atascado y se soltó de las trabillas. Thomas volvió a maldecir, esta vez más fuerte, y miró hacia donde estaba Anne, que se limitó a darse la vuelta y a esconder la cabeza bajo una almohada. Thomas se ciñó la bata y se la sujetó con las manos. Si Pine se hubiera molestado en colgarle la ropa, aquello no habría pasado. Cuando Thomas lo encontrara, se iba a enterar de lo que era bueno. No contestar al timbre, montones de ropa sucia por todas partes... y ¿no se había acabado el ron unos días atrás? Todo se caía a pedazos, y en el peor momento. Se imaginó la cara de la niña, aquella cara redonda que habría encajado a la perfección en cualquier campesina de las calles de Nueva Londres. Pero sus ojos eran del mismo verde felino que los suyos, y lo habían traspasado como un dardo.

«Me ve —pensó lleno de frustración—. Lo ve todo.»

Claro que no lo veía todo. Quizá sospechara o intuyera algo, pero no podía saberlo. Arlen Thorne, que siempre estaba preparado para cualquier

eventualidad, ya debía de haber puesto en marcha alguno de sus numerosos planes de seguridad; él tenía tanto que perder como el que más si la remesa no llegaba a su destino. Thorne nunca se había tomado la molestia de disimular la antipatía que le tenía a Thomas, y solo le contaba lo que necesitaba saber para interpretar su papel. Sin embargo, ahora Thomas se daba cuenta de lo bien que Thorne había planeado las cosas, eximiéndose de toda culpa. Todo había sido idea de Thorne; no había participado ningún miembro del Censo. Habían sido los guardias de Thomas quienes habían creado la maniobra de distracción. Nadie podría implicar a Thorne salvo el propio Thomas, quien ahora se había convertido en sospechoso.

Había vuelto a hincharse el vientre, y la bata apenas daba para envolverlo. Lo único que podía hacer era mantenerla cerrada por dos puntos, por encima del estómago y de la entrepierna. Seis meses atrás, cuando encargó esa bata, no estaba tan gordo, pero se había aficionado a comer y beber cada vez más a medida que, poco a poco, comprendía que nadie iba a encontrar y matar a la niña a tiempo... Ni siquiera los cadén, quienes siempre encontraban cualquier cosa que se propusieran.

Se dirigió hacia la puerta. Aunque Pine no hiciera caso del timbre, un buen grito haría que acudiese corriendo; los aposentos del Regente no eran tan grandes ni lujosos como los del Pabellón Real, y los sonidos llegaban lejos. Años atrás, Thomas había intentado trasladarse al Pabellón Real, pero Carroll y Maza no le habían dejado; y fue entonces cuando Thomas se enteró de que todos los miembros de la Guardia Real seguían viviendo allí, en sus propias dependencias, con la vana esperanza de que la reina apareciera algún día. Peor aún, estaban reclutando a más. Maza había llegado hasta aquel oscuro centro del Tearling por donde solo él sabía moverse y había regresado con Pen Alcott; el joven era lo bastante diestro con la espada para ser un cadén, pero había decidido ingresar en la Guardia Real por la mitad de dinero. El propio Thomas había intentado varias veces reclutar a Alcott, así como a otros miembros de la Guardia Real, pero ninguno había querido aliarse con él, y él no lo había entendido hasta el momento de la coronación de la niña. Ella no se parecía lo más mínimo ni a él ni a Elyssa.

«Es como su padre», pensó Thomas con amargura.

Elyssa había tenido que abortar tres veces (que Thomas supiera); era tan descuidada con el maldito jarabe como con todo lo demás. Pero Thomas no había conseguido convencerla aquella vez, la más necesaria. En los últimos

años, la reina le tenía pánico al médico, al que veía como un asesino en potencia. Hasta Thomas tenía que admitir que seguramente sería muy fácil matar a una mujer con la excusa de practicarle un aborto, pero esa certeza no hacía sino aumentar su amargura. Qué típico de Elyssa deshacerse de tres embarazos sin pensárselo dos veces y luego decidir, por las razones indebidas, tener a aquella hija, precisamente la que lo complicaría todo. Pine le había dicho el día anterior que la niña ya se había instalado en el Pabellón Real, rodeada de sus guardias y con las grandes puertas cerradas con llave. Cualquier esperanza que Thomas hubiera abrigado de trasladarse a las dependencias de Elyssa ya había desaparecido.

Con todo, habría podido ser peor. Sus aposentos eran cómodos; había espacio suficiente para su guardia personal y para todas sus mujeres, así como para varios sirvientes. Antes de que se instalara en ellas eran unas dependencias muy poco acogedoras, pero él las había decorado con cuadros de su pintor favorito, Powell. Pine había encontrado una pintura dorada con la que habían conseguido darle una apariencia lujosa a todo. En cuanto Thomas hubo firmado el tratado con la Reina Roja, esta empezó a enviarle regalos vistosos que ahora llenaban sus dependencias: una estatua de plata maciza de una mujer desnuda, colgaduras de terciopelo rojo y una vajilla de oro con rubíes. Este último regalo era el que más le había gustado a Thomas, hasta tal punto que todas las noches cenaba en aquellos platos. De vez en cuando, se daba cuenta de que la Reina Roja lo estaba utilizando, del mismo modo que los nobles tear utilizaban a sus capataces; Thomas era un amortiguador, un conducto necesario entre quien ostentaba todo el poder y quienes no tenían ninguno. Era a él a quien odiaban los tear; Elyssa había desaparecido y solo quedaba él. Si algún día se rebelaban los pobres del Tear, sería su cabeza la que pedirían, y la Reina Roja lo sacrificaría, sin ninguna duda, del mismo modo que los nobles tear se atrincherarían y dejarían que sus capataces se las vieran con el populacho. Esa era otra realidad desagradable que no siempre podía ignorar... Sin embargo, la posibilidad de que los pobres del Tear se rebelaran era tan remota que daba risa. Estaban demasiado ocupados tratando de conseguir algo que poner en el plato para la siguiente comida.

La luz cegó a Thomas en cuanto abrió la puerta. Entrecerró los ojos para tratar de adaptarse a ella, y aun así la escena que se estaba desarrollando en la estancia contigua lo paró en seco. Lo primero que vio fue su vajilla de oro y rubíes que un criado con el uniforme blanco de la Ciudadela metía sin muchos

miramientos en una caja de madera de roble. Los sirvientes de la Ciudadela no tenían permiso para entrar en los aposentos del Regente; habrían sido capaces de robar cualquier cosa que no estuviera clavada al suelo. Pero ahora había uno allí, y estaba muy entretenido. Levantaba varios platos a la vez y los metía en la caja, y el ruido hizo que Thomas se estremeciese.

Se fijó en otros cambios. Las colgaduras de terciopelo rojo habían desaparecido: las habían retirado de su sitio, en la pared este. Las ventanas estaban abiertas de par en par, y por ellas entraba el sol a raudales. Tampoco vio las dos estatuas que decoraban sendos rincones de la estancia. En el lado norte de la sala, amontonados en un rincón, había unos veinte barriles de cerveza, junto a varias cajas de vino mort. Otro sirviente de la Ciudadela ponía en fila botellas de whisky (algunas, de un whisky muy bueno que Thomas había comprado él mismo en el Festival del Whisky que se había celebrado en julio en las calles de Nueva Londres). Junto a los barriles había un gran carro cuya función estaba clara: también iban a llevarse todas sus provisiones de licor.

Thomas se ciñó aún más la bata, cuyos bordes amenazaban con soltarse de sus manos, y se precipitó hacia el sirviente que metía su vajilla en la caja.

—¿Se puede saber qué haces?

El sirviente señaló con un pulgar por encima del hombro sin molestarse en mirar a la cara a Thomas. Este se volvió en la dirección que le señalaba, y su congoja aumentó: Coryn estaba junto al montón de barriles de cerveza, anotando algo en un trozo de papel. No llevaba puesta su capa gris, pero no hacía falta. Los sirvientes de la Ciudadela le obedecían de todas formas.

—¡Eh! ¡Guardia real! —le gritó Thomas. Le habría gustado chasquear los dedos, pero no se atrevió por miedo a que se le abriera la bata—. ¿Qué significa todo esto?

Coryn guardó su pluma y el trozo de papel.

—Órdenes de la reina. Todos estos artículos son propiedad de la Corona, y van a ser retirados hoy.

—¿Cómo que propiedad de la Corona? Son de mi propiedad. Los he comprado yo.

—En ese caso, no debería haberlos almacenado en la Ciudadela. Todo lo que hay en la Ciudadela va a ser requisado por la Corona.

—Yo no he...

Thomas se interrumpió para sopesar mejor sus palabras; estaba convencido

de que debía de haber algún vacío legal que beneficiara a la familia real. Él nunca había estudiado las leyes del Tearling, ni siquiera de niño, cuando le obligaban a estudiar; el gobierno no le interesaba. Pero... ¡qué demonios! A Elyssa tampoco le gustaba estudiar, y ella era la primogénita. Miró alrededor mientras intentaba encontrar otro argumento y vio sus platos de oro metidos en la caja.

—¡Esa vajilla! ¡Esa vajilla me la regalaron!

—¿Quién se la regaló?

Thomas cerró la boca y apretó las mandíbulas. La bata volvía a amenazar con abrirse; agarró un gran pliegue de tela con una mano, avergonzado al darse cuenta de que le estaba enseñando a Coryn una parte de su hinchada y blanca barriga.

—Puede conservar sus objetos personales, su ropa y su cuero para zapatos, así como cualquier arma que pueda tener —expuso Coryn, que lo observaba con sus ojos azules de una impasibilidad exasperante—. Pero la Corona no seguirá financiando su estilo de vida.

—Y ¿cómo se supone que voy a vivir entonces?

—La reina ha decretado que tiene un mes para abandonar la Ciudadela.

—¿Y mis mujeres?

Coryn no mudó la expresión, pero Thomas sintió que el soldado despedía ondas de desprecio.

—Sus mujeres pueden hacer lo que quieran. Pueden conservar su ropa, pero ya les han confiscado las joyas. Si alguna quiere marcharse con usted, puede hacerlo.

Thomas lo miró de hito en hito y trató de encontrar la manera de explicarle las cosas: que aquellas mujeres, de no ser por él, se habrían pasado toda la vida en la pobreza más absoluta y que habían consentido en el trato (bueno, todas excepto Marguerite; ella era demasiado complicada). Pero el sol brillaba demasiado y le costaba pensar.

¿Desde cuándo no descorrían esas cortinas? Desde hacía años, seguramente. El sol bañaba toda la estancia, la pintaba de blanco y revelaba grietas que nunca se habían reparado y manchas de comida y vino de las alfombras; hasta una sota de diamantes tirada en un rincón, como una balsa a la deriva por el Océano de Dios.

«Diablos, ¿cuántas partidas habré jugado sin esa carta en la baraja?»

—Nunca he pegado a esas mujeres —le dijo a Coryn—. Ni una sola vez.

—Me alegro.

—¡Señor! —gritó otro sirviente—. ¡Estamos listos para cargar el licor!

—¡Adelante! —Coryn miró un momento a Thomas y dijo—: ¿Alguna pregunta más?

Se dio la vuelta sin esperar a que le contestara, y empezó a clavar la tapa de una de las cajas.

—¿Dónde está Pine?

—Si se refiere a su criado, hace rato que no lo veo. A lo mejor tenía otras cosas que hacer.

—Sí —replicó Thomas asintiendo con la cabeza—. Sí, es verdad. A primera hora de la mañana lo he mandado al mercado.

Coryn murmuró algo por lo bajo.

—¿Dónde están mis mujeres?

—No sabría decírselo. No les ha sentado nada bien tener que desprenderse de sus joyas.

Thomas hizo una mueca. «Claro que no». Se pasó las manos por el pelo, olvidándose de su bata, que se abrió revelando su voluminosa barriga.

Se la cerró rápidamente. Uno de los sirvientes de la Ciudadela soltó una risita, pero, cuando Thomas se dio la vuelta, todos estaban ocupándose de las tareas que les habían asignado.

—Visitaré a la reina en cuanto tenga un poco de tiempo libre —le dijo a Coryn—. A lo mejor tardo unos días.

—Sí, no me sorprendería.

Thomas vaciló tratando de decidir si esa respuesta contenía algún tipo de amenaza; entonces se dio la vuelta y se dirigió con andares pesados hacia las dependencias de las mujeres, mientras trataba de pensar qué les diría. Petra y Lily tal vez se marcharan; siempre habían sido las más rebeldes, sin contar a Marguerite. Pero a las demás podía persuadirlas. Tendría que encontrar dinero en algún sitio, por supuesto. Pero tenía muchos amigos nobles que seguramente le ayudarían, y, entretanto, podía instalarse en el Arvath. El Santo Padre no se atrevería a rechazarlo, después de todo el oro que Thomas le había ido dando a lo largo de los años. Hasta cabía la posibilidad de que la Reina Roja accediera a financiarlo, si conseguía convencerla de que no tardaría mucho en volver a ocupar el trono. Sin embargo, se estremeció al pensar que tendría que pedirselo.

La sala común de las dependencias de las mujeres estaba llena de comida y

papeles esparcidos. Los armarios estaban abiertos, los cajones, arrancados de las cómodas, y había ropa tirada por todas partes. ¿Cuánto rato llevaba Coryn trabajando allí? Debía de haber llegado temprano, quizá poco después de que Thomas se acostara.

«Pine le ha dejado entrar —comprendió Thomas—. Pine me ha vendido.»

En las dependencias de las mujeres solo encontró a Anne. Por lo visto se había levantado mientras él hablaba con Coryn; ya se había vestido y se había recogido los rizos pelirrojos en un moño alto.

—¿Dónde están las demás? —le preguntó.

Anne se encogió de hombros, se llevó las manos a la espalda y, con dedos hábiles, se abrochó el vestido. Thomas se sintió estafado: ¿para qué pagaba a todas aquellas doncellas?

—¿Qué significa eso?

—Significa que no las he visto. —Anne sacó un baúl y empezó a guardar cosas en él.

—¿Qué haces?

—Recojo mis cosas. Pero alguien ha cambiado mis joyas de sitio.

—Se las han llevado —le explicó Thomas—. Se las ha llevado la reina. — Se sentó en el sofá más cercano y se quedó mirando fijamente a Anne—. ¿Qué pensáis hacer? No tenéis adónde ir.

—Claro que sí.

Anne se dio la vuelta, y Thomas vio en sus ojos el mismo desprecio que había visto en los de Coryn. Un recuerdo se estremeció en su mente, pero lo ahuyentó; supuso que debía de ser algo de su infancia, y en su infancia había habido muy pocas cosas buenas.

—¿Adónde vas a ir?

—Con lord Perkins.

—¿Por qué?

—¿A ti qué te parece? Me hizo una oferta hace ya meses.

¡Qué traidor! Thomas jugaba al póquer con lord Perkins, lo invitaba a cenar una vez al mes. Tenía edad suficiente para ser el padre de Anne.

—¿Qué clase de oferta?

—Eso es asunto mío, y suyo.

—Y las demás ¿también se han ido con él?

—No, con Perkins no —contestó Anne con un deje de orgullo—. Solo me lo ofreció a mí.

—Esto es temporal. Dentro de unos meses recuperaré el trono. Y entonces podréis volver.

Anne lo miró fijamente como si Thomas fuera una cucaracha que hubiera encontrado en la cocina.

Aquel recuerdo se retorció por salir a la superficie. Thomas trató de impedirlo, pero de pronto salió a la luz: la reina Arla también lo miraba así. Thomas y Elyssa habían estudiado juntos, y ambos habían sido malos estudiantes, pero Elyssa era más inteligente que él y había seguido estudiando con una institutriz, mientras que Thomas dejó los estudios tras cumplir los doce años. Durante un tiempo, su madre había intentado hablarle de política, del estado del reino, de sus tratos con Mortmesne. Pero él nunca había entendido todo aquello que se suponía que tenía que comprender de forma intuitiva, y la mirada de su madre había ido endureciéndose más y más. Al final cesaron las conversaciones y Thomas dejó de ver a su madre. Disponía de plena libertad para hacer aquello que más le gustaba: dormir todo el día y, por la noche, bajar a las Tripas y dejarse llevar por el desenfreno. Hacía muchos años que nadie se atrevía a expresarle abiertamente tanto desprecio, pero la mirada de Anne le hizo sentirse tan insignificante como cuando era joven.

—No lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Anne—. Nos ha liberado, Thomas. Tal vez vuelvas a ocupar el trono, o tal vez no; eso no lo sé. Pero nosotras no vamos a volver.

—¡No habéis sido mis esclavas! ¡Siempre habéis dispuesto de lo mejor! Os he tratado como a aristócratas. Nunca habéis tenido que trabajar.

Anne arqueó más las cejas; su rostro se ensombreció, y, con voz atronadora, dijo:

—¿Que nunca hemos tenido que trabajar? Pipe me despierta a las tres de la madrugada y me dice que quieres verme. Voy a tu alcoba y tengo que lamerle el conejo a Petra para darte placer. ¿Eso no es trabajar?

—Pagué por vuestros servicios —dijo el Regente en voz baja.

—Pagaste a mis padres. Les diste una cantidad considerable cuando yo tenía catorce años y era demasiado joven para saber nada de nada.

—¡Os pagué la comida y la ropa! ¡Ropa buena! ¡Hasta os regalé joyas!

Esta vez, Anne lo miró como si él fuera transparente. Eso también lo recordaba Thomas; así era como lo había mirado la reina Arla la Justa durante los diez últimos años de su vida: como si no lo viera, sin importar lo que él



dijese o hiciera.

—Deberías marcharte del Tearling —dijo Anne—. Aquí no estás seguro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Maza es el nuevo capitán de la Guardia Real, y tú has intentado matar a la reina. Yo, en tu lugar, saldría del país.

—Todo esto es temporal.

¿Cómo podía ser que nadie más lo viera? La niña ya se había enemistado con Thorne y con Mortmesne. Thomas odiaba la política, pero hasta él se había leído el Tratado Mort. La cláusula de incumplimiento se aplicaría al cabo de siete días. Si la remesa no llegaba a Demesne... Thomas no quería ni imaginarlo. Nadie había visto a la Reina Roja enfurecida, pero en sus silencios se percibía el principio del fin del mundo. De pronto apareció una imagen en la mente de Thomas, sobrecogedora de tan real: la Ciudadela rodeada de halcones mort que volaban alrededor de sus numerosas torrecillas y descendían en picado. Eran unos cazadores implacables.

—Su cabeza colgará en las murallas de Demesne antes de final de mes.

—Si tú lo dices —dijo Anne.

Cruzó la habitación y sacó otro montón de vestidos de la cómoda; luego recogió un cepillo del suelo. Con esos movimientos tan cotidianos subrayaba su desprecio hacia Thomas. Este comprendió qué significaba la cómoda con los cajones abiertos: ¡todas lo habían abandonado y se habían llevado la ropa!

Quizá Anne tuviera razón. Thomas podía ir a Mortmesne y pedir clemencia a la Reina Roja. Pero hacía ya mucho que ella se había cansado de él. Cabía la posibilidad de que decidiera entregárselo a un verdugo. Además, ¿cómo iba a salir de la Ciudadela, aunque fuera para emprender ese viaje? El Traedor rondaba por allí; el Traedor, quien por lo visto lo sabía todo y se anticipaba a todo. El baluarte de piedra no lo protegía mucho de él, pues el Traedor podía entrar en la Ciudadela como si fuera un fantasma; sin embargo, era mejor que nada, mejor que estar al aire libre. No tenía ninguna duda de que, si intentaba llegar a la frontera mort, el Traedor se enteraría, y, por muchos guardias que se llevara, una noche abriría los ojos y vería aquella cara suspendida sobre la suya, aquella máscara espeluznante.

Y eso en el mejor de los casos, suponiendo que le quedara algún guardia, porque la mitad habían perecido en el intento de acabar con la niña. Nadie había ido a arrestar a Thomas todavía, lo que él había interpretado como un golpe de suerte extraordinario; quizá creyeran que sus guardias habían tramado

el plan ellos solos. Pero ahora, al recordar la absoluta carencia de preocupación en la voz de Coryn, Thomas comprendió que quizá no se tratara de eso.

A lo mejor lo sabían y no les importaba.

Anne cerró su baúl y fue a mirarse en el espejo. A Thomas le pareció que sin las joyas estaba semidesnuda, pero ella debió de sentirse satisfecha. Después de recogerse un mechón rebelde detrás de la oreja, sonrió, agarró el baúl y se dio la vuelta. Él tuvo la impresión de que su mirada lo traspasaba, y se preguntó cómo podía ser que nunca se hubiera fijado en sus ojos, de un azul cálido y brillante.

—Nunca te he pegado —le recordó—. Ni siquiera una vez.

Anne sonrió, una sonrisa cordial que no logró disimular algo más desagradable que acechaba en las comisuras de sus labios.

—Ropa, joyas, comida y oro, y crees que con eso pagaste, Thomas. Pues no, ni mucho menos. Pero creo que ahora sí pagarás.

El padre Tyler se acabó el último trozo de pollo y dejó el tenedor con una mano temblorosa. Estaba asustado. Había recibido el aviso mientras comía un poco de pollo hervido sin apenas ningún sabor. De todas formas, Tyler nunca había tenido muy buen paladar; pero, desde hacía un par de días, comer se había convertido en algo mecánico, y no le encontraba sabor a nada.

Al principio estaba eufórico. Había sido un actor secundario en uno de los grandes acontecimientos de su época. En la vida de Tyler apenas había habido grandes acontecimientos. Había crecido en el seno de una familia de labradores de la llanura del Almont, y su padre se lo había entregado al sacerdote del pueblo a los ocho años en lugar del diezmo. Tyler nunca había estado resentido por la decisión de su padre; tenía seis hermanos, y en su casa siempre escaseaba la comida.

El sacerdote de la parroquia, el padre Alan, era un buen hombre. Padecía de gota, y por esa razón había necesitado un ayudante. Enseñó a Tyler a leer y le regaló su primera Biblia. A los trece años, Tyler ya ayudaba al padre Alan a escribir sus sermones. La parroquia no era muy grande, la componían unas treinta familias, pero el padre Alan no podía ocuparse de todas. A medida que empeoraba su gota, Tyler empezó a sustituirlo en sus visitas; iba a ver a las familias, que le contaban sus problemas. Cuando los que eran demasiado

ancianos o estaban demasiado enfermos para ir a la iglesia querían confesarse, Tyler los confesaba, aunque todavía no se había ordenado. Suponía que técnicamente era pecado, pero no creía que a Dios le importara, sobre todo cuando se trataba de atender a los moribundos.

Cuando llamaron al padre Alan a Nueva Londres para ascenderlo, este se llevó a Tyler, quien completó su preparación en el Arvath. A los diecisiete años se ordenó sacerdote. Podría haber tenido su propia parroquia, pero sus supervisores ya se habían dado cuenta de que Tyler no estaba hecho para atender a los feligreses. Prefería la investigación al trato con la gente, y le gustaba trabajar con papel y pluma; de ahí que se convirtiera en uno de los treinta contables del Arvath y se dedicase a registrar los diezmos y tributos de las parroquias de los alrededores. Era un trabajo relajante; de vez en cuando, algún cardenal ocultaba los ingresos de su parroquia en un intento de mejorar su estilo de vida, y durante un par de meses había cierto revuelo; pero, en general, la contabilidad era una tarea tranquila que dejaba mucho tiempo para leer y pensar.

Tyler contemplaba sus libros, que ocupaban diez estantes de madera de roble del Tearling y que habían costado más del estipendio de un año. Los cinco primeros volúmenes los había conseguido gracias a una feligresa que, al morir, se los había dejado a la iglesia junto con un pequeño legado. El cardenal Carlyle se había quedado el legado y lo había hecho desaparecer, pero los libros no le interesaban, así que los dejó sobre la mesa del joven padre Tyler y dijo: «Tú eras su sacerdote. A ver si entiendes algo».

Tyler tenía veintitrés años. Había leído la Biblia de cabo a rabo varias veces, pero los libros laicos eran una novedad para él, así que abrió uno y empezó a leer, al principio sin mucho interés. Al poco rato, pasaba una página tras otra con la sensación de asombro y fortuna de quien encuentra dinero en el suelo. Ese día se convirtió en un intelectual, aunque durante muchos años no lo supo.

Ya no podía aplazar más lo inevitable. Salió de su pequeña celda y recorrió el pasillo arrastrando los pies. Desde hacía siete u ocho años tenía artritis en la cadera izquierda, pero sus lentos andares no eran tanto producto del dolor como de la reticencia. Era un buen contable, y en el Arvath había vivido cómodamente contemplando el inexorable paso del tiempo. Hasta cuatro días atrás, cuando cambió todo.

Había celebrado la coronación en un estado cercano al terror,

preguntándose qué perverso giro del destino había guiado a Maza hasta su puerta. Tyler era un sacerdote piadoso, un asceta convencido de que Dios había guiado a la humanidad durante la Travesía. Pero no era buen actor. Llevaba décadas sin dar un sermón, y cada año se refugiaba un poco más en el mundo de los libros y en el pasado. Habría sido la última persona a la que habría elegido el Santo Padre para celebrar la coronación, y sin embargo Maza había llamado a su puerta y Tyler había acudido.

«Soy parte de la gran obra de Dios.» Ese pensamiento apareció de la nada y desapareció a una velocidad vertiginosa. Tyler conocía muy bien la historia de los monarcas del Tearling. Después de la Travesía, la gran visión socialista de William Tear se había debilitado y había ido muriendo poco a poco hasta desembocar en un desastre sangriento con el asesinato de Jonathan Tear. Los Raleigh habían ocupado el trono, pero estos no eran los Tear, no lo habían sido nunca. Se habían vuelto tan necios y enfermizos como cualquier familia real de la Europa anterior a la Travesía. Demasiados matrimonios endogámicos y muy poca educación. Y muy poca comprensión de la tendencia de la humanidad a repetir sus propios errores una y otra vez. Pero Tyler sabía que la historia lo era todo. El futuro lo conformaban los desastres del pasado, que esperaban el momento de volver a producirse.

En el momento de la coronación, el sacerdote todavía no se había enterado de lo que había pasado en el Parque de la Ciudadela; el precio de su reclusión y de sus estudios era una ignorancia lamentable de la actualidad. Pero, después de aquel día, sus hermanos sacerdotes no lo habían dejado solo ni un momento. Llamaban a su puerta a cada momento, presuntamente para que les aclarara algún punto sobre teología o historia, pero ninguno se marchaba sin haber oído alguna versión de la coronación de la reina. A cambio, ellos le contaban la liberación de los ciudadanos elegidos en el último sorteo y la quema de las jaulas.

Esa mañana había entrado el padre Wyde, que venía de repartir pan a los mendigos que hacían cola en la puerta del Arvath. Según Wyde, los mendigos la llamaban la Reina Verdadera. Tyler conocía esa denominación: era una variante femenina de la leyenda artúrica pre-Travesía, la de la reina que salvaría a su pueblo de un peligro terrible y marcaría el comienzo de una era dorada. La Reina Verdadera era un cuento de hadas, un bálsamo para madres sin hijos. Aun así, a Tyler le había dado un vuelco el corazón al oír las palabras de Wyde, y había tenido que mirar por la ventana para disimular que

se le habían empañado los ojos.

«Soy parte de la gran obra de Dios.»

No sabía qué decirle al Santo Padre. La reina se había negado a jurar lealtad a la Iglesia de Dios, y hasta Tyler conocía la importancia de ese juramento. El Regente, pese a carecer de moral personal, siempre había permanecido bajo el control del Santo Padre; había donado grandes cantidades de dinero a la Iglesia y había permitido que construyeran una capilla privada dentro de la Ciudadela. Si aparecía algún fraile itinerante predicando la antigua fe de Lutero ante un público aún más entusiasta, ese fraile desaparecía y no se volvía a saber nada de él. Nadie hablaba de esas cosas, pero Tyler era un hombre perspicaz y sabía cuál era la enfermedad de su iglesia. Con los años, había escogido el aislamiento; había amado a Dios con todo su corazón y esperaba morir tranquilamente algún día en su pequeña celda, rodeado de sus libros. Pero de pronto, inexplicablemente, se veía en el centro de los grandes acontecimientos del mundo.

El corazón de Tyler latía con fuerza en su estrecha caja torácica mientras el sacerdote subía pesadamente la enorme escalera de mármol hacia la sala de audiencias del Santo Padre. Se estaba haciendo mayor, sí, pero también estaba asustado. Sus conversaciones privadas con el Santo Padre se habían limitado a unas pocas palabras de felicitación tras la ordenación de Tyler. ¿Cuánto hacía de eso? Unos cincuenta años. El Santo Padre también había envejecido, y pronto cumpliría cien años. Aun tratándose del Tearling, donde los ricos vivían muchos años, el Santo Padre estaba siendo extraordinariamente longevo. Sin embargo, lo acosaban las enfermedades: neumonía, fiebres y una especie de dolencia digestiva que por lo visto le impedía comer carne. Con todo, seguía teniendo una mente lúcida y había manejado al Regente con tanta habilidad que el Arvath exhibía una aguja de oro macizo, un lujo inaudito desde la Travesía. Ni siquiera los cadareses, con su enorme reserva de riquezas minerales, invertían mucho en la construcción de sus templos.

Tyler sacudió la cabeza. El Santo Padre era un idólatra. Quizá todos lo fueran. Cuando la niña se había negado a hacer el juramento, Tyler había tomado una decisión inmediatamente, quizá la primera que tomaba en toda su vida. El Tearling no necesitaba que la reina fuera leal a la Iglesia, una institución infectada de codicia. El Tearling necesitaba una reina, y nada más.

Había dos acólitos apostados junto a la puerta de la sala de audiencias. Pese a llevar la cabeza y las cejas afeitadas, tenían la típica cara de rata de

todos los ayudantes del Santo Padre. Ambos se sonrieron con suficiencia al descorrer el cerrojo de la puerta y abrirla; el mensaje era claro: «Estás en un aprieto».

«Ya lo sé —pensó Tyler—. Lo sé mejor que nadie.»

Cruzó el umbral sin olvidar que debía mantener la cabeza agachada. Se decía que el Santo Padre se molestaba cuando no le demostraban el debido respeto. Las paredes y el suelo de la sala de audiencias eran de una piedra de cantera tan blanqueada por el paso del agua que la estancia parecía brillar bajo el tragaluz. Además, la sala estaba muy caldeada; el tragaluz tenía cristal, y el calor no podía salir por ningún sitio. Según contaban, al Santo Padre, que había sufrido muchas neumonías, le gustaba aquel exceso de calor. Su trono de madera de roble estaba en lo alto de una tarima, en el centro de la sala, pero Tyler se detuvo al pie de la tarima y esperó, sin levantar la cabeza.

—Ah, Tyler. Sube.

Tyler subió los escalones y, automáticamente, asió la mano que le tendía el Santo Padre y le besó el anillo de rubí; luego se retiró hasta la segunda contrahuella y se arrodilló. Enseguida empezó a dolerle la cadera; aquella postura siempre hacía estragos en su artritis.

Cuando levantó la cabeza, Tyler sintió un poco de lástima. El Santo Padre había sido, en su día, un hombre fornido, pero unos años atrás había sufrido un derrame cerebral que le había dejado un brazo atrofiado y un lado de la cara paralizado; el lado derecho colgaba como una vela sin viento. Desde hacía unos meses, por el Arvath circulaban rumores de que el Santo Padre se estaba muriendo, y Tyler suponía que era verdad. Tenía la piel transparente como el pergamino y se le notaban los huesos bajo el cuero cabelludo. Más que envejecer, se había marchitado; su estatura no superaba la de un niño, y casi se perdía entre los pliegues de su túnica de terciopelo blanco. Sonrió con benevolencia a Tyler; el sacerdote se puso en guardia de inmediato y su lástima se disolvió como el azúcar.

Al lado del Santo Padre, tal como Tyler temía, se hallaba el cardenal Anders, majestuoso con su gran túnica de seda escarlata. En otros tiempos, las túnicas de los cardenales eran anaranjadas debido a los escasos tintes de que disponían los tintoreros del Tearling; la túnica de Anders, en cambio, era de un rojo intenso, una clara señal de que la Iglesia, como todos, conseguía tintes de Callae en el mercado negro de Mortmesne. Además de la túnica, Anders lucía un pequeño broche de oro con forma de martillo, un recuerdo de la época que

había pasado en la brigada antisodomía del Regente. Todo el mundo sabía que Anders odiaba a los homosexuales; sentía por ellos un odio exagerado incluso tratándose de un miembro del Arvath, y se rumoreaba que había sido él quien había propuesto al Regente la creación de un cuerpo policial especial. Pero unos años atrás había dado un paso más y se había ofrecido voluntario para servir en él en su tiempo libre. En su día se había armado un escándalo considerable, pues era insólito que un cardenal trabajara para un cuerpo policial; pero Anders se había negado a dejarlo y había continuado varios años en la brigada. Tyler no entendía por qué el Santo Padre permitía a Anders seguir llevando el broche en la túnica cuando el cardenal había abandonado por fin aquella actividad.

La presencia del cardenal Anders en la reunión no auguraba nada bueno. Era el favorito del Santo Padre para sucederlo pese a que, con solo cuarenta y tres años, era más de veinte años más joven que Tyler. Anders había llegado al Arvath a la tierna edad de seis años; sus padres eran nobles piadosos, y habían decidido entregarlo al sacerdocio desde su nacimiento. Inteligente y sin escrúpulos, había ido ascendiendo en la jerarquía a una velocidad extraordinaria; a los veintiún años era el sacerdote más joven al que nombraban obispo de Nueva Londres, y pocos años después lo habían nombrado cardenal. A lo largo de todo ese tiempo, su cara apenas había cambiado: era un bloque de madera de facciones duras, con un cutis con cicatrices que indicaba que había tenido acné en la adolescencia. Sus ojos eran tan negros que Tyler no distinguía los iris de las pupilas. Observarlo era como contemplar un roble del Tearling. Tyler había conocido a sacerdotes codiciosos, a sacerdotes corruptos, incluso a sacerdotes atormentados por deseos sexuales secretos y perversos que repugnaban a la Iglesia. Pero cada vez que veía la cara rígida e inexpresiva del próximo Santo Padre, que debía de contemplar las obras de Dios y los horrores del diablo con la misma fría indiferencia, Tyler sentía un profundo desasosiego. No se fiaba del Santo Padre, por el que nunca había sentido simpatía, pero al menos esta era una combinación previsible de fe y conveniencia y se podía trabajar con él. El cardenal Anders era muy diferente: Tyler no tenía ni idea de qué sería capaz de hacer una vez que se viera libre de limitaciones. El Santo Padre solo era un débil freno, un freno que pronto desaparecería.

—¿En qué puedo servir a Su Santidad?

El Santo Padre rio un poco.

—¿Acaso crees que te he hecho venir para consultar tus amplios conocimientos de historia, Tyler? Desde luego que no. Tengo entendido que recientemente has participado en sucesos extraordinarios.

Tyler asintió con la cabeza al tiempo que se odiaba a sí mismo por su tono ansioso y servil:

—Me llamó Lazarus, Santidad. Tenía que presentarme inmediatamente; de otro modo, habría mandado buscar a otro sacerdote.

—Maza es un visitante temible, no cabe duda —replicó el Santo Padre en un tono cordial—. Y ¿qué te pareció nuestra nueva reina?

—Estoy seguro de que ya no queda nadie en el Tear que no haya oído la historia, Santidad.

—Conozco bien lo sucedido en la coronación, Tyler. Varias fuentes me han ofrecido el relato. Ahora quiero oír tu versión.

Mientras repetía las palabras de la reina, Tyler advirtió que el rostro del Santo Padre se ensombrecía. Se recostó en su asiento y lo sometió a una mirada especulativa.

—Se negó a hacer el juramento.

—Así es.

—Y, aun así, usted llevó a cabo la coronación —intervino Anders.

—Era una situación sin precedentes, Vuestra Eminencia. No sabía qué hacer. No hay normas establecidas... No había tiempo para... Parecía lo mejor para el reino.

—Su primera preocupación no es la salud de este reino, sino la salud de la Iglesia de Dios —replicó Anders—. Este reino y su pueblo son asunto de su gobernante.

Tyler se quedó mirándolo. La afirmación que acababa de hacer el cardenal era casi idéntica a la que había hecho la nueva reina en la ceremonia de coronación, y sin embargo su significado era tan diferente que Anders bien podría haber hablado en un idioma desconocido.

—Lo sé, Vuestra Eminencia, pero no había tiempo para reflexionar y tenía que tomar una decisión.

Sus dos superiores lo miraron con los ojos entrecerrados un momento. Entonces el Santo Padre se encogió de hombros y sonrió tan abiertamente que Tyler deseó poder retroceder y bajar los escalones.

—Bueno, en ese caso no se pudo evitar. Fue una pena que te vieras en una situación como esa.



—Sí, Vuestra Santidad —replicó Tyler.

El dolor de cadera iba en aumento; era como si la artritis se deleitara por su propia cuenta. El sacerdote se planteó preguntar al Santo Padre si podía levantarse, pero lo descartó. En aquella situación, habría sido un error mostrar debilidad.

—La reina necesitará un sacerdote en la Ciudadela, Tyler. El padre Timpany era el sacerdote del Regente, y como es lógico, ella desconfiará de él.

—Sí, Vuestra Santidad.

—Tú eres el candidato idóneo, dado el papel que desempeñaste en la coronación.

Esa afirmación no significaba nada para Tyler. Esperó.

—Ella confiará en ti, Tyler —continuó el Santo Padre—, sin duda mucho más que en cualquiera de nosotros, precisamente porque tú la coronaste sin que ella hubiera hecho el juramento.

Al darse cuenta de que el Santo Padre hablaba en serio, Tyler balbuceó:

—¿No preferiría la Iglesia a otra persona en ese puesto, Vuestra Santidad? ¿Alguien con más mundo que yo?

Una vez más fue Anders quien contestó:

—Todos somos hombres de Dios, padre. La devoción a nuestro Dios y a nuestra Iglesia es más importante que su conocimiento de los asuntos del César.

Tyler se miró las sandalias; lo asaltó la sensación de estar viviendo una pesadilla, y sintió náuseas. Había ido allí suponiendo que lo censurarían y que incluso lo apartarían de sus funciones durante un tiempo; normalmente, los sacerdotes que cometían una pequeña infracción tenían que pasar un período en las cocinas, lavando platos o recogiendo las basuras. Pero para un sacerdote que únicamente aspiraba a que lo dejaran tranquilo en su celda con sus libros y sus pensamientos, un cargo en la corte real era infinitamente peor, tal vez lo peor que podía pasarle.

«A lo mejor no quiere que haya un sacerdote en la Ciudadela. A lo mejor nos echa a todos de allí y esa capilla impía se llena de polvo.»

—Necesitamos tener ojos y oídos en ese trono, Tyler —prosiguió el Santo Padre con aquel tono falsamente afable—. La reina no ha hecho el juramento, y eso coloca a la Iglesia de Dios en una situación muy delicada bajo su gobierno.

—Sí, Vuestra Santidad.

—Me presentarás directamente a mí informes periódicos.

¿Directamente al Santo Padre? La ansiedad de Tyler se intensificó. Anders era el encargado de mediar entre el Santo Padre y el resto de la Iglesia, el resto del reino. ¿Por qué no a Anders? La respuesta era sencilla: el Santo Padre había designado sucesor a Anders, pero ni siquiera él se fiaba del cardenal.

«Estoy metido en un nido de abejas», se dijo Tyler, compungido.

—¿De qué tengo que informaros, Vuestra Santidad?

—De cualquier cosa que ocurra dentro de la Ciudadela que pueda interesarle a la Iglesia.

—Pero, Santidad ¡ella se enterará! No es tan necia.

El Santo Padre lo taladró con la mirada.

—Tu lealtad a esta iglesia se medirá por el detalle conferido a esos informes. ¿Lo has entendido?

Tyler lo había entendido perfectamente: iba a convertirse en espía. Volvió a pensar con nostalgia en su celda, en los estantes llenos de libros que tenía allí, todos tremendamente vulnerables a la dura mano del Santo Padre.

—¿Tyler? ¿Lo has entendido?

Tyler afirmó con la cabeza y pensó: «Soy parte de la gran obra de Dios».

—Bien —dijo el Santo Padre en voz baja.

Javel bajó por la Escalera de los Carniceros envuelto en una capa gris. Si alguien lo veía, lo tomarían por un miembro de la Guardia Real, y eso era justo lo que él pretendía. De hecho, había intentado entrar en la Guardia Real hacía tiempo, en los inicios de su carrera. No lo habían aceptado, y había sido relegado a la vigilancia de la Puerta de la Ciudadela. Pero la capa gris seguía otorgándole poder; cada vez que alguien se apartaba para dejarlo pasar, o le hacía una pequeña reverencia, Javel se sentía más alto, más erguido. La ilusión era mejor que nada.

Llegó al final de la escalera y se encontró en un callejón estrecho, con una cortina de niebla suspendida sobre su cabeza; siguió avanzando con cautela y con una mano en el puñal. Los fanales de esa parte de las Tripas llevaban años rotos, y la luz de la luna solo brillaba brevemente a través de la niebla, bañando el callejón en una pálida refulgencia azulada que no habría revelado a posibles agresores. Javel no llevaba oro encima, pero los asesinos de

aquella zona no se molestarían en averiguarlo antes de abalanzarse sobre él y apuñalarlo.

Dos perros gruñeron en un portal. Quizá hubieran revelado su presencia, pero Javel no estaba asustado; solo era precavido. Hacía una eternidad que era centinela de la Puerta, pero como la mayoría de los vigilantes del exterior del recinto nunca iba más allá de la torre de entrada. La Ciudadela representaba un misterio para él. Su entorno habitual era aquel: las Tripas, un laberinto de callejones resonantes, oscuridad y refugios que él conocía casi tan bien como la palma de la mano. Todo aquel sector estaba oculto en la depresión entre las estribaciones; allí siempre se acumulaba la niebla, y era un lugar perfecto para quien tuviera asuntos que ocultar.

Javel llegó por fin a la puerta con la pintura desconchada del Back End. Miró hacia atrás para ver si lo habían seguido, pero por lo visto la capa gris había vuelto a funcionar. Nadie se arriesgaría a molestar a un guardia real, y menos ahora que los pobres habían designado a la reina su defensora. Incluso para alguien como Javel, a quien le interesaba muy poco el estado anímico del pueblo, aquella transformación era extraordinaria. Ya empezaban a circular por la ciudad canciones sobre la reina. Grupos de indigentes desocupados rondaban por las avenidas gritando su nombre, y quienes no se les unían se arriesgaban a que les dieran una paliza. Los habitantes de la ciudad se comportaban como todos los borrachos a los que Javel había conocido, incluido él: se entregaban al desenfreno toda la noche sin pensar en la mañana siguiente. Pero pronto se despejarían. Los mort ya debían de estar movilizándose, sus soldados estarían preparándose para iniciar la marcha y sus fundiciones debían de trabajar a toda máquina en la producción de acero. Al pensar en Mortmesne, Javel se acordó de Allie, de su pelo largo y rubio tapándole la cara justo antes de que la perdiera de vista. Todos los días recordaba algo distinto de Allie, algún rasgo que destacaba y se aferraba a él y no lo soltaba. Ese día había sido el pelo de Allie, una cortina rubia que brillaba como el oro a la luz del sol. Javel abrió la puerta del pub y le temblaron los dedos. Dentro habría whisky, pero también estaría Arlen Thorne.

El Back End era un pub de borrachos, un tugurio minúsculo y sin ventanas, con suelos de madera barata empapados de cerveza a lo largo de los años. Todo el local olía igual que una cuba de levadura. No era uno de los bares favoritos de Javel, pero los mendigos no podían elegir. En otros barrios

mejores de Nueva Londres los locales respetaban la hora de cierre de la una de la madrugada; si querías seguir bebiendo hasta el amanecer, ibas a las Tripas. Pero en ese momento el pub estaba casi vacío; eran casi las cuatro de la madrugada y hasta los obreros del turno de día habían vuelto arrastrándose a sus casas. Solo alguien que tuviera un grave problema con el alcohol, o un negocio realmente sucio, podía estar todavía despierto. Javel sospechaba que él encajaba en ambas categorías. Tenía malos presentimientos, una negra corazonada de la que no conseguía librarse.

Había recibido la nota de Arlen Thorne cuando estaba a punto de terminar su turno, a medianoche, y no le había revelado nada. No cabía duda de que Thorne era un hombre muy escurridizo, y desde luego no era tan necio para poner por escrito algo que pudiera incriminarlo. Javel jamás había hablado con Thorne, pero ni se había planteado rechazar aquella cita; cuando Thorne exigía tu presencia, acudías. A Javel no le quedaba ningún pariente al que pudieran enviar a Mortmesne, pero no subestimaba la capacidad de Thorne para pensar en algo igualmente cruel. El pelo de Allie volvió a aparecer en su pensamiento. Desde lo ocurrido aquel día en el Parque de la Ciudadela, ni todo el whisky del mundo habría podido desterrarla de su mente.

«Pero volveré a intentarlo», pensó Javel, abatido.

Thorne estaba sentado a una mesa de un rincón del pub, de espaldas a las paredes, bebiendo a pequeños sorbos de una taza que con toda seguridad contenía agua. Todo el mundo sabía que Thorne no bebía alcohol. En los inicios de su carrera, su sobriedad, combinada con su alta y delgada figura y sus facciones delicadas, lo habían convertido en objetivo principal de los vándalos de la brigada antisodomía del Regente. Había recibido varias palizas antes de empezar a ascender en la jerarquía del Censo. ¿Seguía vivo alguno de aquellos hombres? Javel lo dudaba.

Bil, que de vez en cuando trataba directamente con Thorne, sostenía que este no probaba el alcohol por un motivo evidente: no quería perder el control ni un solo segundo. Javel suponía que esa afirmación era cierta. El pub estaba casi vacío, y sin embargo la mirada de Thorne se fijó en Javel, lo descartó al instante y siguió paseándose por la estancia, registrando quién había allí que pudiera haberlo visto y enterarse de que el Supervisor del Censo se había reunido con un centinela de la Puerta.

Sentada al lado de Thorne estaba la mujer, Brenna. Era la primera vez que Javel la veía, pero la reconoció al instante. Su piel era de un blanco

traslúcido, tan claro que Javel veía las venas azules que discurrían por sus brazos. Era imposible calcular su edad; el pelo, rubio y escaso, le cubría la cabeza como un gorro y le enmarcaba la cara. Javel, como el resto de los habitantes del Tear, había oído hablar de ella, pero pocos la habían visto, ya que únicamente podía salir de noche.

El centinela pidió dos whiskys en la barra. El primero era un requisito indispensable sin el que no tendría valor para sentarse a la mesa con Arlen Thorne, cuya mano había extraído el nombre de Allie del montón. Le pusieron los dos vasos delante y se bebió el primero de un trago. El segundo, en cambio, era de refuerzo y lo hizo durar más, mientras miraba hacia el final de la barra y trataba de demorarse el máximo tiempo posible.

Tres taburetes más allá había una prostituta avejentada con una blusa blanca transparente y pelo rubio, teñido casi con toda seguridad. Estaba apoyada en la barra, de espaldas, en una postura de contorsionista que le permitía sacar los pechos cinco centímetros más de lo que la naturaleza había previsto, y miró de arriba abajo a Javel con gesto especulativo.

—¿Eres de la Guardia Real?

Javel hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Cinco por un polvo, diez por lo otro.

Javel cerró los ojos. Tres años atrás había intentado acostarse con una prostituta, pero no se le había levantado y había acabado llorando. La mujer se había mostrado muy comprensiva y cariñosa, pero sin interesarse sinceramente por él, y Javel había percibido sus prisas por acabar para poder ocuparse de su siguiente cliente. El negocio era el negocio.

—No, gracias —masculló.

La mujer se encogió de hombros, respiró hondo y volvió a sacar el pecho al ver que otros dos hombres entraban en el pub.

—Tú te lo pierdes.

—Javel. —La voz grave y empalagosa de Thorne llegó con claridad desde el fondo del pub—. Ven a sentarte aquí.

Javel se llevó su whisky a la mesa de Thorne y se sentó. Thorne se inclinó hacia delante y cruzó los largos y delgados brazos. Siempre que veía a Thorne, Javel tenía la impresión de que a este le sobraban extremidades. Se volvió y vio que la mujer, Brenna, lo miraba fijamente, pese a que se rumoreaba que estaba totalmente ciega. Sus ojos, lechosos, tenían el tono rosado característico de los albinos. Si Javel hubiera tenido que adivinar a qué tipo

de mujer habría elegido Thorne como cautiva, habría descrito a aquella: marginada, ciega y dependiente. Bil decía que siempre había estado con Thorne; que era una reliquia de su infancia en las Tripas de la que nunca se había deshecho y que era lo único que a Thorne le importaba en el mundo. Pero seguramente no era más que un cuento que se había inventado algún cuentista lo bastante estúpido para pensar que alguien como Arlen Thorne necesitaba que lo rehabilitaran. Javel se preguntó qué servicios tendría que realizar Brenna a cambio de la protección de Thorne, pero ahuyentó rápidamente esa cuestión.

—No le gusta que la miren fijamente.

Javel desvió la mirada y miró a los ojos a Thorne.

—Eres centinela de la Puerta, ¿verdad, Javel?

—Sí.

—Y ¿te gusta tu trabajo?

—Sí, no está mal.

—¿En serio?

—Es un trabajo honrado —contestó Javel evitando parecer presuntuoso.

Debía de haber en el Tear quien calificara de honrado el trabajo de Thorne, pero seguro que no había visto cómo la melena rubia de su mujer desaparecía más allá de Pike Hill.

—Tu mujer partió hace seis años.

—Mi mujer no es asunto suyo.

—Cualquier cosa que esté relacionada con la remesa es asunto mío.

Los ojos de Thorne se demoraron en el puño apretado de Javel y su sonrisa se dilató. Los hombres como Thorne estaban capacitados para ver aquello que los demás intentaban ocultar. Javel miró a Brenna con el rabillo del ojo, incapaz de evitar turbios pensamientos sobre la vida que debía de llevar. Thorne cogió su taza de agua y Javel lo observó con fascinación morbosa.

«Esa mano metió a Allie en la jaula. Un centímetro hacia la izquierda y le habría tocado a la mujer de otro hombre.»

—Mi mujer no era una cosa.

—Mercancía —replicó Thorne con displicencia—. La mayoría de las personas son mercancía, y eso las satisface. A mí me satisface facilitar la remesa.

Eso era cierto. Ya antes de que la remesa mort legitimara esa práctica, en el Tearling había un próspero comercio de esclavos clandestino, y Thorne había

sido uno de sus promotores. Incluso después de convertirse en Supervisor del Censo, Thorne era el hombre al que tenías que ir a ver si querías algo más exótico: un niño, una pelirroja o incluso una mujer negra de Cadare. Javel se preguntó qué estaba haciendo allí con aquel traficante que había enviado a su mujer a Demesne, y de repente se le ocurrió una idea, una idea que fue mejorando a medida que el whisky se extendía por su organismo. Javel no entendía por qué no lo había pensado antes.

Todos los centinelas de la Puerta llevaban dos armas: una espada corta y un puñal. En ese momento, Javel llevaba el puñal en el cinto; notaba el incómodo peso del puño clavándose en su costado izquierdo. No era un gran luchador, pero era rápido. Si sacaba el puñal en ese momento, podría cortarle la mano derecha a Thorne, esa mano que se había desviado hacia la izquierda cuando habría podido desviarse hacia la derecha y cambiarlo todo. Si lograba cortarle la mano derecha, tendría a aquel hombre a su merced; se rumoreaba que Thorne también era rápido, pero había ido al pub sin escolta. Era evidente que no consideraba a Javel una amenaza.

Javel agarró su segundo vaso de whisky y lo apuró con fiereza mientras calculaba la distancia entre la mano de Thorne y el puñal. Unos minutos atrás, Thorne le había inspirado miedo, pero de pronto cualquier castigo que pudieran imponerle parecía menos importante que la oportunidad que se le había presentado. La Junta del Censo no se vendría abajo sin Thorne; estaba muy bien reglamentada. Sin embargo, su pérdida sería un golpe devastador. Thorne gobernaba su burocracia mediante el miedo, y el miedo solo funcionaba de abajo hacia arriba. Javel no tenía tiempo para asir el puñal con su mano más fuerte; tendría que asirlo con su mano débil y confiar en la suerte. Miró la mano de Thorne y su mano y midió la distancia.

—No lo conseguirías.

Javel levantó la cabeza y vio que los labios de Thorne dibujaban una sonrisa burlona.

—Y de todas formas, si lo consiguieras, morirías.

Javel lo miró sin comprender. La mujer, Brenna, soltó una risita aguda que sonó a bisagras oxidadas.

—He puesto veneno en tu bebida, centinela. Si no te doy el antídoto en menos de diez minutos, morirás. Y no será una muerte dulce.

Javel miró su vaso de whisky vacío. ¿Podía ser que Thorne le hubiera puesto algo? Sí, mientras Javel miraba de hito en hito a aquella condenada

albina. Thorne no mentía; bastaba con mirarle los ojos, de un azul marino gélido, para saber que decía la verdad. Javel miró a la albina, que contemplaba a Thorne con adoración; sus ojos, rosa y opacos, no se desviaban de su rostro.

—¿Sabes qué es lo peor de mi trabajo? —preguntó Thorne—. Que nadie entiende que es un negocio como otro cualquiera. Ni más ni menos. En quince ocasiones, que yo recuerde, han intentado tenderle una emboscada a la remesa en algún lugar entre Nueva Londres y la frontera mort. Suelen intentarlo justo después de la cabecera del Crithe, donde solo hay pastos en kilómetros a la redonda y donde podrías esconder a todo un ejército entre el trigo. Y, mira, en diez ocasiones pude disuadirlos de cometer una imprudencia. No me costó mucho, y luego no los castigué.

—De acuerdo —masculló Javel.

El corazón había empezado a latirle muy deprisa, y le pareció notar una pequeña punzada en el vientre, por encima del ombligo. No estaba seguro de que fueran imaginaciones suyas. Si quería atacar a Thorne, debía intentarlo ahora, antes de que aquello que estaba en sus entrañas hiciera su efecto. Pero Thorne estaba prevenido; Javel no tenía ventaja.

—No los castigué —repitió Thorne—. Me limité a explicarles la situación y los dejé marchar. Porque era un asunto de negocios. Eran unos insensatos, pero no estropearon mis jaulas, solo asustaron a los caballos, y eso tiene fácil arreglo. La remesa no se retrasó más de cinco o diez minutos. Yo no castigo los errores; al menos, no los primeros.

»Pero las otras cinco veces...

Thorne se inclinó hacia delante con afectada superioridad y Javel notó los claros síntomas del veneno: una fuerte presión en el estómago, algo parecido a una indigestión. Era una simple molestia, pero Javel sabía que podía convertirse en algo mucho más grave, y en poco tiempo.

—Las otras cinco veces no quisieron hablar. Miré a aquella gente a los ojos y comprendí que, aunque intentara convencerlos, ellos seguirían atacando mis jaulas. Hay gente que no sabe cuándo ha jugado sus cartas y ha perdido, o no le importa.

Javel se odió por preguntarlo, pero no pudo evitarlo:

—¿Qué les hizo?

—Les di un castigo ejemplar —contestó Thorne—. Hay gente que no entiende las matemáticas, pero que con un castigo ejemplar aprende deprisa.



Lamenté que fuera necesario, por supuesto...

«Seguro que sí, cabrón —pensó Javel—. Segurísimo.»

—... pero fue necesario. Y no te imaginas lo rápido que mis castigos ejemplares hacen que la gente rectifique. Tú, por ejemplo...

El tono de voz de Thorne, lento y paciente, era insoportable. Javel se sentía atrapado en un aula, una sensación que no había vuelto a tener desde que huyera de su casa a los doce años. Miró de reojo a la albina, vio que ella lo miraba fijamente con sus ojos ciegos y desvió rápidamente la mirada.

—Creías que podrías sacar tu puñal y acabar conmigo. Como si yo no te hubiera estado viendo venir desde ayer. Desde anteayer. Como si no te hubiera estado viendo venir desde el día en que nací.

Javel recordó un rumor que había oído: que la madre de Thorne era una prostituta de las Tripas y que había vendido a Thorne a un traficante de esclavos al poco de nacer él. Javel volvió a notar un calambre en el vientre, más fuerte esta vez, como si alguien le hubiera metido la mano por el ombligo, le hubiera agarrado las tripas y se las hubiera retorcido hasta arrancarle algo. Se recostó, respirando lentamente, y trató de recordar su plan, pero el dolor superaba el valor que le confería el whisky. Siempre había soportado muy mal el dolor.

—Así que ahora, Javel, la pregunta es: ¿todavía quieres atacarme, o prefieres que hablemos de negocios?

—Hablemos de negocios —dijo Javel entrecortadamente.

Ya no pensaba en su puñal; ya solo podía pensar en el antídoto. Muchas noches había vuelto a casa tan borracho que apenas había podido apearse del caballo y se había planteado acabar con todo; pero en ese momento le sorprendió la fuerza con que se aferraba a la vida.

—Estupendo. Hablemos de tu mujer.

—¿Qué pasa con mi mujer?

—Está viva.

—¡Mentira! —dijo Javel con rabia.

—Está viva y está bien. En Mortmesne. —Thorne ladeó la cabeza y puntualizó—: Bastante bien.

Javel hizo una mueca.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Hasta sé dónde está.

—¿Dónde?

—Bueno, sería absurdo que te lo revelara sin más, ¿no crees? De momento, eso no es lo más importante, centinela. Lo importarte es que yo sé exactamente dónde está, y no solo eso, sino que puedo conseguir que vuelva.

Javel se quedó mirándolo, atónito. Se acordó de lo último que habría querido recordar: un cumpleaños de Allie, hacía nueve o diez años. Allie había comentado que le gustaría tener un telar y Javel fue a una tienda de artículos femeninos y compró, por un precio razonable, un par de lo que él entendía por «telares». Allie se había alegrado mucho, pero en los meses siguientes los dos «telares» se quedaron en su cesto de costura. Javel nunca le vio tejer nada, ni una sola vez, y estaba demasiado desconcertado y dolido para preguntarle por qué. Aquello no parecía propio de Allie, que admitía haber sido de esas niñas que siempre quería ponerse a jugar con sus juguetes nuevos en cuanto se los daban.

Pero unos seis meses después de su cumpleaños, Allie había sacado los «telares» y se había puesto a trabajar con ellos, haciendo sombreros, guantes y bufandas, y más tarde jerséis y mantas. Javel no cobraba un sueldo enorme, pero sí lo suficiente para comprarle a Allie la lana que necesitaba; y cuando su nombre salió en el sorteo, ella ya había confeccionado casi toda la ropa de invierno para los dos, prendas cálidas y cómodas. Después de que Allie partiera hacia Mortmesne, Javel no se había sentido capaz de guardar sus cosas; el cesto de costura de Allie seguía junto a la chimenea, y en los «telares» había un gorro sin acabar. A Javel le gustaba ver el cesto allí, lleno de proyectos inacabados, como si Allie solo hubiera ido de visita a casa de sus padres y fuese a regresar el día menos pensado. A veces, tras una borrachera especialmente fuerte, se sentaba delante de la chimenea con el cesto sobre el regazo. Eso no podía contárselo a nadie, pero le ayudaba a conciliar el sueño.

Con todo, aquellos seis meses lo atormentaban. Tras partir Allie, Javel buscó a una mujer para limpiar la casa y lavar la ropa, y, al cabo de varias semanas, cogió el cesto de costura y le mostró los «telares» a la limpiadora y le preguntó si les pasaba algo. Así se enteró de que lo que le había regalado a Allie no eran dos telares, sino dos agujas de calceta. Tejer con telar y hacer calceta eran dos cosas diferentes; hasta Javel lo sabía, aunque no hubiera podido explicar en qué radicaba exactamente la diferencia. Y Allie, que normalmente no dudaba en decirle que se había equivocado en algo, nunca había dicho ni una palabra, y se había pasado seis meses aprendiendo a hacer

calceta mientras estaba en el trabajo. Javel se arrepentía de muchas cosas en relación con Allie, y todos los días se le ocurrían otras nuevas, pero una de las cosas que más lamentaba era no haberse enterado de lo de las agujas de calceta antes de que ella se marchara. Algunas mañanas, cuando despertaba en la cama que habían compartido (todavía en el mismo lado; dormir en el lado de la cama de Allie le resultaba tan imposible como respirar bajo el agua), pensaba que habría dado cualquier cosa por que Allie supiera que había entendido lo de las agujas de calceta. Parecía de vital importancia que ella lo supiese.

—¿Cómo sé que es verdad que puede hacerla volver?

—Puedo hacerlo —contestó Thorne—. Y lo haré.

Otro espasmo sacudió a Javel; se dobló por la cintura tratando de comprimir sus tripas al máximo. No consiguió aliviar el dolor ni siquiera un ápice. El calambre fue desapareciendo poco a poco y el puño que le apretaba las tripas se aflojó; cuando Javel levantó la cabeza, Thorne lo observaba con indiferencia.

—Deberías confiar en mí, Javel. Nunca faltó a mi palabra.

Javel, con una mano en el estómago preparado para el siguiente asalto, caviló sobre esa afirmación. Por la ciudad circulaba mucha información sobre Thorne; se decían cosas ciertas y otras inventadas. Javel había oído muchas historias que helaban la sangre, pero nunca había oído decir que Thorne hubiera faltado a su palabra.

La albina, sentada al lado de Thorne, empezó a jadear. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera en trance. Con una mano empezó a pellizcarse suavemente un pezón a través de la fina tela de su blusa rosa.

—Cálmate, Bren —murmuró Thorne—. Casi hemos terminado.

La mujer se relajó y posó la mano sobre el regazo. A Javel se le puso la piel de gallina.

—¿Qué quiere de mí?

Thorne asintió en señal de aquiescencia.

—Necesito introducir algo en la Ciudadela. Quiero a un hombre en la Puerta de la Ciudadela que no haga preguntas inconvenientes.

—¿Cuándo?

—Cuando yo lo diga.

Javel se quedó mirando un instante a Thorne, y de pronto lo entendió.

—Va a matar a la reina.

Thorne se limitó a observar a Javel con aquella mirada gélida que no vacilaba nunca. El centinela pensó en la visión que había tenido en el Parque de la Ciudadela: aquella mujer alta, mayor y más dura, con la corona en la cabeza. Sabía que dos días atrás habían coronado a la reina; Bil, que siempre se enteraba de todo antes que nadie, les contó que el Regente había intentado tenderle una emboscada durante la ceremonia y que había fracasado. Al anochecer, recorriendo a caballo las calles en medio de la algarabía de los vendedores ambulantes que, mientras cerraban sus puestos, gritaban, chismorreaban e intercambiaban noticias, Javel les había oído llamarla «la Reina Verdadera». Él no conocía aquella denominación, pero no cabía duda: era el nombre de la mujer alta y sería a la que él había visto en el Parque de la Ciudadela, esa que todavía no existía.

«Pero quizá llegue a existir algún día», se dijo. Y aunque no había pisado la iglesia ni había creído en Dios desde el día en que Allie había partido hacia Mortmesne, de pronto sintió un mal presagio: la historia y la amenaza de la condenación se cernían sobre él como dos manos esperando para apresarlo. Los asesinos de Jonathan el Bueno habían logrado huir, pero las suyas eran las páginas más oscuras de la historia del Tearling. Quienesquiera que fuesen, Javel no dudaba que se habían condenado por sus crímenes. Pero no podía expresarle esos temores a Thorne. Solo atinó a decir:

—Es la reina. No puede matar a la reina.

—No hay pruebas de que sea la verdadera reina, Javel. Solo es una niña con una cicatriz y un collar.

Pero Thorne desvió la mirada y Javel tuvo una súbita intuición: Thorne también había visto a aquella mujer alta y regia en el Parque de la Ciudadela. La había visto, y aquella imagen lo había asustado tanto que había tramado aquel plan. Thorne jamás le había recordado tanto a una araña como en ese momento; había salido de un rincón para reparar su telaraña, y pronto volvería a retirarse a su oscura rendija para seguir tramando, y esperaría con paciencia inagotable y malévolamente a que algún ser indefenso quedara atrapado.

Javel echó un vistazo al pub y lo vio con otros ojos: la suciedad incrustada en el suelo de madera; el sebo barato que goteaba de las antorchas y se endurecía en las paredes; la prostituta que sonreía, desesperada, a todos los hombres que entraban por la puerta. Y, sobre todo, el penetrante olor a cerveza y whisky mezclados, casi una neblina que amenazaba con precipitarse. A Javel le encantaba aquel olor y al mismo tiempo lo odiaba; y sabía que esa mezcla

de amor y odio debía de ser la razón por la que Thorne lo había elegido a él. Javel era débil, y seguramente el olor de su debilidad le resultaba a Thorne tan agradable como a él le resultaba el del whisky.

«Esto es la rendija oscura —comprendió Javel por fin—. Esto de aquí.»

Volvió a doblarse por la cintura; una alimaña había despertado dentro de su estómago y desgarraba su carne rosa con unas garras irregulares y unos dientes como alfileres. Caminaba por una cuerda floja; la distancia era corta, pero debajo tenía una oscuridad infinita. Y ¿qué vería al precipitarse?

—¿Y si fracasa su plan? —preguntó con voz entrecortada—. ¿Qué garantías tengo?

—No tienes ninguna garantía —respondió Thorne—. Pero no te preocupes. Solo los necios ponen todos los huevos en un cesto. Yo tengo muchos cestos; si falla una idea, pasamos a otra, y al final lo conseguiremos.

Thorne deslizó una mano bajo la camisa y sacó un frasco que contenía un líquido de color ámbar. Se lo ofreció a Javel, que fue a asirlo pero solo consiguió atrapar aire.

—Calculo que solo te queda un minuto, quizá dos; luego, esto ya no servirá de nada. Así que solo me queda hacerte una pregunta, centinela: ¿lo has entendido?

«No tengo alternativa», pensó Javel apretándose el vientre. Esa certeza le proporcionó un triste consuelo. Porque, si no tenías alternativa, no era culpa tuya, decidieras lo que decidieses».

La remesa se había retrasado.

La reina de Mortmesne llevaba tres días sin dejar de pensar en ello. Intentó concentrarse mientras su Subastador le daba las cifras de la subasta del mes anterior. Febrero había sido un buen mes; la corona había sacado más de cincuenta mil marcos. Normalmente, cuando llegaba la remesa, la reina escogía la mejor mercancía, ya fuera para ella misma o para ofrecerla como regalo. Pero la mayoría de los esclavos se vendían en subasta, a nobles mort o a empresarios adinerados que revendían a los esclavos a un precio mayor en las ciudades del norte y en los pueblos alejados. La subasta siempre generaba buenos beneficios, pero las elevadas ventas de febrero no fueron suficientes para distraer a la reina de la molesta sensación de que se había producido un trastorno, de que había surgido algún problema que quedaba fuera de su

control. La niña había cumplido diecinueve años, no la habían encontrado, y ahora la remesa se retrasaba. ¿Qué significaba todo aquello?

Era evidente que el Regente tear la había fastidiado. Para empezar, había dejado que Elyssa sacara a la niña del reino, aunque ni siquiera la reina había previsto esa jugada. (¿Quién iba a pensar que Elyssa pudiese actuar con tanta astucia?) Pero tras dieciocho años deberían haber encontrado a la niña. A instancias de la reina, unos meses atrás el Regente había acabado por contratar al Cadén, pero ella sabía, en el fondo, que ya era demasiado tarde.

—Nada más, Majestad. —Broussard, su Subastador, se guardó los papeles en el maletín.

—Muy bien.

Broussard permaneció de pie, sujetando el maletín con ambas manos.

—¿Y bien?

—¿Hay noticias de la remesa, Majestad?

Ni siquiera su propio personal le permitía olvidarlo.

—Cuando yo sepa algo, lo sabrás tú, Broussard. Ve a prepararte para la subasta. Y esta vez recuerda eliminar a los indeseables.

Broussard se sonrojó y apretó las mandíbulas ocultas por la barba. Hacía bien su trabajo; tenía una capacidad instintiva para calcular el valor de la mercancía. Años atrás, cuando la subasta todavía era una novedad, a la reina le gustaba sentarse en un balcón bajo, el diez de cada mes, para ver cómo Broussard le sacaba el máximo beneficio a cada libra de humanidad. Observar a los tear subidos en la plataforma de subastas le producía una recóndita satisfacción. Pero había habido un mes, cuatro o cinco años atrás, en que uno de los encargados de Broussard había sido poco estricto con el proceso de despioje, y, al poco tiempo, el palacio y las casas de varios nobles se habían llenado de piojos. La reina había evitado que aquel desastre se hiciera público ofreciendo un esclavo gratis a cada persona afectada, y había descontado el gasto de la paga de Broussard. El episodio de los piojos había sido una pesadilla, pero, en retrospectiva, se alegraba de que hubiera ocurrido. Era bueno tener un fallo que recordarle a Broussard en momentos como aquel, momentos en que él olvidaba que no era más que un traficante de personas y que sin la reina no existiría la subasta.

Broussard se marchó abrazando su maletín como si fuera su único hijo, y a la reina la complació la rigidez de sus hombros, que revelaba lo ofendido que estaba. Pero eso no calmó los susurros de su cabeza, aquella pregunta

insidiosa que la molestaba desde hacía días: ¿dónde estaba la remesa? Cuatro días con buen tiempo, cinco días con mal tiempo. Nunca había llegado más allá del cinco del mes. Y ya estaban a seis de marzo. Si había habido algún problema, el Regente o Thorne ya la habrían informado. La reina se puso la palma de una mano en la frente; notaba un dolor de cabeza incipiente detrás de las sienes. Su fisiología había evolucionado tanto que ya casi nunca enfermaba. La única excepción eran los dolores de cabeza, que aparecían de improviso, no tenían causa médica y desaparecían con la misma rapidez con que aparecían.

«¿Y si la remesa no llega?»

Dio un respingo en el asiento, como si la hubieran pellizcado a través del vestido. El flujo de tráfico humano se había convertido en un elemento crucial de la economía mort, y era regular y fiable como las mareas. Callae y Cadare también enviaban esclavos, pero el tributo de esos dos países juntos no llegaba ni a la mitad de la remesa del Tear. Los esclavos, asequibles, mantenían sus fábricas en funcionamiento, a sus nobles felices y las arcas de su tesoro llenas. Cualquier fallo en el proceso ocasionaba pérdidas.

De pronto la reina echó de menos a Liriane. Como todos los sirvientes de la reina, Liriane había ido envejeciendo mientras que la reina conservaba la juventud, y la habían enterrado unos años atrás. Liriane era una vidente auténtica que no solo veía el futuro, sino también el presente y el pasado. Ella habría podido ver qué había sucedido en el Tear. Por mucho que la reina intentara convencerse de lo contrario, no lograba rehuir la inquietante sospecha de que, fuera lo que fuese lo que había ocurrido, debía de estar relacionado con la niña. A menos que la hubieran matado por el camino, ya debía de haber llegado a la Ciudadela. ¿Se habría ocupado Thorne de ella? El Regente era la incompetencia personificada, pero Thorne era todo lo contrario. Si fallaba Thorne, ¿cuál era el paso siguiente? ¿Suspender el Tratado e ir a la guerra? La reina nunca había querido invadir el Tearling. Mantener un territorio extranjero suponía dinero, material, problemas. La remesa era más limpia, una solución elegante.

Sin embargo, comprendió que movilizar su ejército tal vez no fuera la peor solución posible. Sus soldados no iban a la guerra desde la última invasión del Tear. Las fronteras mort no estaban amenazadas. Ni siquiera se había producido ningún enfrentamiento desde que los exilados habían urdido su conspiración. Aun en su peor día, el ejército mort seguía siendo muy superior

al del Tear, aunque cabía la posibilidad de que se hubiera debilitado durante la cesura. No estaría de más ponerlo a punto por si acaso. Pero, mientras lo pensaba, su dolor de cabeza empeoró y se convirtió en una marea implacable que golpeaba las paredes de su cráneo.

Fuera de su sala de audiencias había empezado a armarse un alboroto. La reina levantó la cabeza y vio que Beryll, su chambelán, se dirigía a grandes zancadas hacia la puerta. Él se encargaría de aquello. Ahora que había muerto Liriane, Beryll era su sirviente más fiel y el de más edad; estaba tan en sintonía con sus deseos que la reina ni siquiera tenía que interesarse por los asuntos cotidianos del castillo. Miró la hora y decidió retirarse a su habitación. Cenaría pronto, y luego se llevaría a algún esclavo a la cama; aquel alto que había escogido de la última remesa, un joven musculoso con barba y una mata de pelo negro, con pinta de herrero. Solo en el Tearling había hombres tan altos.

La reina le hizo una seña a Eve, una de sus pajes, y, hablándole al oído, le ordenó que llevara a aquel joven a su alcoba después de la audiencia. Eve escuchó esforzándose por adoptar una expresión alegre, y la reina lo agradeció. Sus pajes detestaban aquella misión; los hombres no siempre se mostraban dispuestos a colaborar. Eve lo drogaría y le aplicaría un constrictivo, y así la reina podría entretenerse con él y huir de su pesadilla. La droga ya no era necesaria, por supuesto; a esas alturas, la transformación de la reina estaba tan avanzada que seguramente el esclavo no habría podido hacerle ningún daño. Pero ese día se alegró de no habérselo contado a sus pajes. Con la amenaza de otro dolor de cabeza, necesitaba que el esclavo se mostrara dócil. Salió de la sala de audiencias por su entrada privada, detrás del trono, y bajó por un largo pasillo hasta sus aposentos.

A lo largo de todo el pasillo había guardias que, prudentes, mantenían la vista fija en el suelo. Al verlos, a la reina la abandonó parte de su efervescencia. Según el último informe del Regente, casi todos los miembros de la guardia de Elyssa habían salido del castillo en busca de la niña. Carroll, Maza, Elston... La reina conocía bien esos nombres; eran hombres a los que había aprendido a tener en cuenta. Si hubiera encontrado a Maza antes que Elyssa, quizá todo habría sido diferente. Los zafiros del Tear habían desaparecido, como si se hubieran desintegrado, y eso olía a la astucia de Maza. ¡Ojalá la reina hubiera logrado hacerse con las joyas antes de fallecer Elyssa! Seguramente, ya ni siquiera tendría dolores de cabeza, ni necesitaría



tomar medicamento alguno.

Pero pronto se solucionaría todo. Conseguiría los zafiros y, además, cuando llegara la remesa podría cobrarle al Regente una elevada multa por el retraso. Él protestaría y gimotearía, pero acabaría pagando; la reina imaginó el semblante pálido y compungido del Regente y sonrió mientras se quitaba la ropa y se preparaba para la llegada del esclavo. Sus pajes eran muy rápidas; solo llevaba cinco minutos en su alcoba cuando llamaron a la puerta. «¡Pasa!», gritó; el dolor de cabeza empeoraba por momentos, y eso la ponía de mal humor. En las cocinas podían prepararle unos polvos, pero estos retrasarían el sueño hasta mucho después de que el esclavo hubiera terminado, y últimamente el sueño era algo muypreciado.

Se abrió la puerta. La reina se volvió y vio a Beryll, y fue a pedirle unos polvos para el dolor de cabeza. Pero se interrumpió. Beryll estaba pálido, y en sus ojos se reflejaba un intenso miedo. Sujetaba un rollo de papel con una mano temblorosa.

—Señora... —dijo con un hilo de voz.

## El Pabellón Real

Es fácil olvidar que una monarquía es algo más que un monarca. Un reino próspero es un animal complejo, con un sinfín de órganos individuales que trabajan conjuntamente. Si analizamos de cerca a la reina Glynn, distinguimos diversas partes diferenciadas, pero por encima de todas está Lazarus de la Maza, el capitán de la Guardia Real y Jefe de Asesinos. Si lo apartamos a él, toda la estructura se derrumba.

CALLOW EL MÁRTIR,  
*El Tearling como nación militar*

Cuando despertó, Kelsea se alegró al ver que habían retirado todas las almohadas superfluas de la cama de su madre.

De su cama; ahora era su cama. Ese pensamiento no le produjo tanto placer.

Tenía toda la espalda vendada. Se pasó una mano por el pelo y la retiró pringosa de aceite. No sabía cuánto tiempo había dormido. Maza no estaba en el sillón del rincón, y no había nadie más en la habitación.

Tardó unos minutos en incorporarse hasta quedar sentada; no notaba que le sangrara el hombro, pero la herida le daba tirones cada vez que movía el torso. Alguien, probablemente Andalie, había dejado una jarra de agua y un vaso en la mesilla de noche. Kelsea bebió un poco y se echó agua en la cara. Andalie también debía de haberle limpiado la sangre, y Kelsea lo agradeció. Se acordó de que había matado a un hombre, y la alivió no sentir remordimientos.

Se levantó con gran esfuerzo y se paseó por la habitación para ver cómo reaccionaba la herida. Mientras realizaba el circuito, descubrió una larga cuerda que colgaba en el otro lado de la cama; llegaba hasta el techo, y allí

pasaba por varios ganchos hasta desaparecer por una pequeña abertura de la pared de la antecámara. Kelsea sonrió, tiró suavemente de la cuerda y oyó el sonido amortiguado de una campanilla.

Maza abrió la puerta. Al verla de pie junto a la cama, asintió en señal de aprobación.

—Muy bien. El médico dijo que debíais guardar cama al menos un día más, pero ya me imaginé que no sería necesario.

—¿Qué médico? —Había dado por hecho que había sido Maza quien le había cosido las heridas.

—El médico al que mandé llamar para que viera a esa niña enferma. No me gustan los médicos, pero este es competente, y seguramente es gracias a él por lo que no se os ha infectado la herida. Dijo que vuestro hombro tardará en curarse, pero que no tendréis secuelas.

—Otra cicatriz. —Kelsea se frotó el cuello con cuidado—. Voy a acabar teniendo una buena colección. ¿Cómo está el bebé?

—Mejor. El médico le administró a la madre un medicamento que por lo visto le ha calmado el estómago a la cría, aunque ha costado un dineral. Seguramente necesitará más.

—Espero que le hayas pagado bien.

—Muy bien, Señora. Pero no podemos utilizarlo a menudo, ni a los otros médicos que conozco. Ninguno es de fiar.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Todavía no lo sé. —Maza se frotó la frente con un pulgar—. Lo estoy pensando.

—¿Cómo están los guardias heridos?

—Bien. Hay un par que tendrán que limitar sus deberes durante un tiempo.

—Quiero verlos.

—No es conveniente, Señora.

—¿Por qué no?

—Los guardias reales son muy orgullosos. Los que sufrieron heridas no querrán que os fijéis en ellos.

—¿Yo? —preguntó Kelsea, desconcertada—. Pero si yo ni siquiera sé sujetar una espada.

—Nosotros no pensamos así, Señora. Lo único que queremos es hacer bien nuestro trabajo.

—Entonces ¿qué tengo que hacer? ¿Fingir que no los hirieron?

—Exacto.

Kelsea sacudió la cabeza.

—Barty siempre decía que había tres cosas con las que los hombres eran estúpidos: su cerveza, su polla y su orgullo.

—Muy típico de Barty.

—Yo creía que se equivocaba en lo del orgullo.

—Pues no.

—Hablando de orgullo, ¿quién lanzó el puñal?

Maza apretó los dientes.

—Lo siento, Señora. Fue fallo mío, y asumo toda la responsabilidad. Creí que os teníamos suficientemente cubierta.

Kelsea no supo qué decir. Maza tenía la vista fija en el suelo y contraía el rostro como si esperara el momento en que un látigo le golpearía los hombros. Para él era intolerable que lo hubieran sorprendido con la guardia baja. Le había asegurado a Kelsea que nunca había sido niño, pero ella tenía sus dudas; su actitud en ese momento parecía el resultado de una educación muy estricta. Kelsea se preguntó si ella también ponía aquella cara de aflicción cuando no sabía qué responder. La voz de Maza volvió a resonar en su cabeza: ella era su patrona, no su confesora.

—Supongo que estás tratando de averiguarlo, ¿no?

—Así es.

—En ese caso, continuemos.

Maza levantó la cabeza, visiblemente aliviado.

—Lo primero que haría un nuevo gobernante en condiciones normales sería celebrar una audiencia, pero me gustaría aplazar eso un par de semanas, Señora. No estáis en forma, y todavía hay mucho trabajo aquí.

Kelsea cogió su tiara del recargado tocador y la examinó minuciosamente. Era un joya muy bonita, pero endeble, demasiado femenina para su gusto.

—Tenemos que encontrar la corona verdadera.

—Será difícil. Vuestra madre le encargó a Carroll que la escondiera, y, creedme, él era un especialista en esas cosas.

—De acuerdo. Pero hay que pagarle la diadema a esa mujer.

Maza carraspeó.

—Hoy tenemos mucho trabajo. Haré venir a Andalie para que os adecente un poco.

—¿Para que me adecente? ¡Qué grosero!

—Perdonadme, Señora, pero os he visto con mejor aspecto.

Se oyó un golpe al otro lado de la pared; el impacto fue tan fuerte que sacudió el dosel de la cama de Kelsea.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—Provisiones para el asedio.

—¿El asedio? ¿Vamos a sufrir un asedio?

—Hoy es seis de marzo, Señora. Solo faltan dos días para la fecha límite estipulada en el Tratado.

—No voy a cambiar de opinión, Lazarus. Para mí, esa fecha límite no significa nada.

—No sé si habéis entendido bien las consecuencias de vuestros actos, Señora.

Kelsea entrecerró los ojos.

—Yo no sé si me has entendido bien a mí, Lazarus. Sé lo que he perdido. ¿Quién dirige mi ejército?

—El general Bermond, Señora.

—Muy bien, hazlo venir.

—Ya he mandado a buscarlo. Podría tardar unos días más en regresar; estaba en la frontera meridional, inspeccionando las guarniciones, y no monta muy bien.

—¿El general de mi ejército no monta muy bien?

—Es cojo, Señora: lo hirieron cuando defendía la Ciudadela durante un golpe de Estado, hace diez años.

—Ah —murmuró Kelsea, abochornada.

—Os lo advierto, Señora: Bermond no será fácil. Vuestra madre siempre le dejaba hacer lo que quería, y el Regente lleva años sin molestarlo. Se ha acostumbrado a hacer las cosas a su manera. Tampoco le gusta hablar de estrategia militar con una mujer, aunque sea la reina.

—Mala suerte. ¿Dónde está el Tratado Mort?

—Fuera, esperando a que lo examinéis. Pero creo que tendréis que resignaros.

—¿A qué?

—A la guerra —contestó Maza con voz cansina—. Le habéis declarado la guerra a Mortmesne, Señora, y creedme, la Reina Roja vendrá.

—Es arriesgado, Lazarus. Lo sé.

—Recordad, Señora: no sois la única que se arriesga. Estáis apostando

todo un reino. Es una apuesta muy alta, y más vale que estéis preparada para perder.

Salió a buscar a Andalie, y Kelsea se sentó en la cama con un nudo en la garganta. Era evidente que Maza estaba empezando a entenderla, porque había metido el dedo en la llaga. Cerró los ojos e imaginó Mortmesne, un territorio vasto y oscuro; despertaba de un largo sueño y se cernía como una sombra sobre todo lo que ella quería construir.

«¿Qué puedo hacer, Carlin?»

Pero la voz de Carlin se había silenciado, y no obtuvo respuesta.

Habían desplegado el Tratado Mort sobre la gran mesa de comedor, en un extremo de la sala de audiencias de Kelsea. Era corto, teniendo en cuenta la clase de documento de que se trataba: solo unas pocas hojas de grueso papel de vitela ligeramente envejecido. Kelsea tocó las hojas con cuidado, fascinada al ver las iniciales de su madre, «ER», garabateadas de cualquier manera con tinta negra al pie de cada página.

A la derecha había otro juego de iniciales, en tinta rojo oscuro: «RM». La última página del documento contenía dos firmas: en una línea, «Elyssa Raleigh», con caligrafía casi ilegible, y en la otra, «Reina de Mortmesne», pulcramente escrito con la misma tinta rojo sangre.

«Es verdad: no quiere que nadie sepa su verdadero nombre —pensó Kelsea confirmando sus intuiciones—. Para ella es de vital importancia que nadie descubra quién es en realidad. Pero ¿por qué?»

Kelsea se llevó una desilusión al ver que los términos del tratado eran tan claros como aseguraba Maza. El Tearling tenía la obligación de proporcionar tres mil esclavos todos los años, repartidos en doce remesas. Al menos quinientos debían ser niños; tenía que haber al menos doscientos de cada género. ¿Por qué tantos niños? Mortmesne también recibía una cuota de esclavos infantiles de Callae y Cadare, pero los niños no servían para los trabajos industriales más duros ni para la minería, y en Mortmesne había pocas granjas. Aunque hubiera un número desproporcionadamente elevado de pedófilos en el mercado, no podían usar a tantos niños en tan poco tiempo. ¿Por qué tantos?

El lenguaje escueto y mecánico del Tratado no le ofrecía respuestas. Si la remesa no llegaba a Demesne antes del octavo día del mes, el acuerdo

otorgaba a Mortmesne el derecho a entrar inmediatamente en el Tearling y completar su cuota mediante derecho de captura. Kelsea se fijó en que, sin embargo, el documento no establecía límites a la duración de esa entrada, ni incluía exigencia alguna de retirada una vez satisfechas las condiciones. Tuvo que admitir, a regañadientes, que Maza tenía razón: al detener la remesa, Kelsea había otorgado a la Reina Roja derecho a invadir el Tearling. ¿Cómo se le podía haber ocurrido a su madre firmar un documento tan unilateral?

«No seas injusta —la reprendió otra voz en su cabeza. No era la voz de Carlin ni la de Barty; Kelsea no supo identificarla, y desconfió de su pragmatismo—. ¿Qué habrías hecho tú, con el enemigo a las puertas?»

Kelsea, una vez más, no supo qué contestar. Juntó las hojas del Tratado y las cuadró, asqueada. Se le ocurrió otra idea, una idea que unas semanas atrás le habría parecido impensable; pero Kelsea ya se había dado cuenta de que su mente trataba de aislarse de posibles desastres imaginando lo peor. Miró a Maza y le preguntó:

—¿A mi madre la asesinaron?

—Hubo varios intentos —contestó él con indiferencia, aunque a Kelsea no le pareció sincera—. Estuvo a punto de morir envenenada una vez que le pusieron solano en la comida. Entonces fue cuando decidió sacaros de aquí y daros en adopción.

—Entonces ¿es cierto que me sacó de aquí para protegerme?

Maza arrugó la frente.

—¿Para qué, si no?

—No importa. —Kelsea bajó la vista y volvió a mirar el Tratado que reposaba sobre la mesa—. Aquí no dice nada de ningún sorteo.

—El sorteo es un asunto interno. Al principio, vuestra madre solo enviaba a presos y enfermos mentales. Pero ni unos ni otros son buenos esclavos, y ese arreglo no satisfizo a la Reina Roja mucho tiempo. La Junta del Censo fue idea de vuestro tío.

—Y ¿nadie está exento?

—Los clérigos. Pero son los únicos. Se llevan incluso a los bebés; sus nombres entran en el sorteo en cuanto los destetan. Dicen que la Reina Roja los regala a familias estériles. Durante un tiempo, las mujeres lo solucionaron amamantando a sus hijos hasta mucho después de la edad de destete, pero Thorne descubrió el truco. Sus hombres están por todas las aldeas del reino y se enteran de todo.

—¿Es leal a mi tío?

—Thorne es un hombre de negocios, Señora. Se arrima al sol que más calienta.

—Y ¿cuál es ese sol ahora mismo?

—El de Mortmesne.

—Entonces debemos vigilarlo.

—Yo nunca dejo de vigilar a Arlen Thorne, Señora.

—¿Cómo murió mi madre? Carlin nunca me lo dijo.

—Dicen que fue el veneno, Señora, que fue debilitando poco a poco su corazón hasta matarla.

—Eso es lo que dicen. ¿Qué dices tú, Lazarus?

Maza se quedó mirándola con gesto inexpresivo.

—Yo no digo nada, Señora. Por eso soy Guardia Real.

Kelsea pasó el resto del día inspeccionando el Pabellón Real y entrevistándose con varias personas; la invadía una profunda frustración. Empezaron por la nueva cocinera: Mila, una rubia tan menuda que Kelsea no se explicaba cómo había podido parir a su hijo, que ya tenía cuatro años. Kelsea dedujo que, hasta entonces, Mila había tenido que hacer algo desagradable para llegar a final de mes; cuando le dijeron que su único trabajo sería cocinar para las veinte personas que ya se habían instalado en el Pabellón Real, se puso tan contenta que Kelsea escondió las manos entre los pliegues del vestido temiendo que la mujer intentase besárselas.

La otra mujer que había llegado con ellas, Carlotta, era mayor, con la cara redonda y mejillas coloradas. Parecía cohibida, pero, después de que le insistieran, admitió que cosía bastante bien. Kelsea le pidió que le confeccionara más vestidos negros, y Carlotta accedió.

—Aunque necesitaría tomarle medidas, Majestad —se atrevió a decir; parecía aterrada solo de pensarlo.

A Kelsea también le aterraba la idea de que le tomaran medidas, pero asintió y sonrió tratando de tranquilizar a la mujer.

Conoció a varios guardias que no los habían acompañado en el viaje: Caelan, un individuo con pinta de matón al que todos llamaban simplemente Cae; y a Tom y a Wellmer, ambos arqueros. Wellmer parecía demasiado joven para ser Guardia Real. Se esforzaba por parecer tan impasible como Tom, mayor que él, pero era evidente que estaba inquieto; cada pocos segundos, trasladaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra.



—¿Qué edad tiene ese chico? —preguntó Kelsea a Maza al oído.

—¿Wellmer? Veinte años.

—¿De dónde lo has sacado? ¿De un parvulario?

—A la mayoría nos reclutaron cuando solo éramos adolescentes, Señora. No os preocupéis por Wellmer. Dadle un arco y os sacará el ojo izquierdo desde aquí, incluso a la luz de las antorchas.

Kelsea trató de conciliar esa descripción con el muchacho nervioso y pálido que tenía delante, pero desistió. Cuando los guardias volvieron a sus puestos, Kelsea siguió a Maza por el pasillo hasta una de las primeras habitaciones, en la que habían improvisado un cuarto de juegos para los niños. Habían elegido bien el sitio: era una de las pocas habitaciones con ventana, de modo que entraba la luz y la hacía parecer más luminosa y alegre de lo que era en realidad. Habían corrido todos los muebles hacia las paredes, y el suelo estaba lleno de juguetes improvisados: muñecas de trapo rellenas de paja que salía por las costuras, espadas de madera y un tenderete de tamaño reducido.

En medio del cuarto de juegos había unos niños sentados en semicírculo que prestaban toda su atención a una hermosa mujer de pelo color caoba. La mujer estaba contando la historia de una niña con el pelo extraordinariamente largo que vivía encarcelada en una torre, y Kelsea se apoyó en la jamba de la puerta y se quedó escuchando sin ser vista. La mujer hablaba con marcado acento mort, pero tenía un buen chorro de voz y sabía contar historias. Cuando una bruja malvada hería al príncipe del relato, las comisuras de la boca de la mujer se inclinaron hacia abajo y todo su rostro reflejó una profunda pena. Y entonces Kelsea la reconoció y, atónita, miró a Maza.

Él indicó a Kelsea que se apartara de la puerta y, en voz baja, dijo:

—Es maravillosa con los niños. Las mujeres no tienen ningún inconveniente en dejar a sus pequeños con ella mientras trabajan, ni siquiera Andalie. Hemos tenido mucha suerte; de no ser por ella, habría críos por todas partes.

—Y ¿a las mujeres no les importa que sea mort?

—Por lo visto no.

Kelsea volvió a asomar la cabeza por la puerta. La pelirroja, mediante mímica, representaba cómo le habían curado los ojos al príncipe; estaba radiante bajo la luz de las velas: no tenía nada que ver con aquel ser desgraciado que Kelsea había visto acurrucado a los pies de su trono.

—¿Qué le pasó a esa mujer?

—No le he hecho preguntas sobre su vida con el Regente, Señora; considero

que eso es asunto suyo. Pero si tuviera que formular una suposición... —Bajó la voz un poco más—... diría que era el juguete favorito de vuestro tío. Él no la dejó concebir para que no le arruinara el deporte.

—¿Cómo dices?

Maza abrió las manos y añadió:

—Ella no ocultaba su deseo de tener un hijo, Señora, aunque fuera del Regente. El resto de las mujeres de vuestro tío tomaban anticonceptivos voluntariamente, pero esta no. Dicen que el Regente tenía que ponerle droga en la comida. Pero también prometió matar a su hijo, si lo tenía; yo mismo le oí amenazarla con eso.

—Entiendo. —Kelsea asintió con la cabeza, aparentemente serena; pero por dentro hervía de rabia. Miró una vez más a la mujer y al grupo de niños y preguntó—: ¿Cómo se llama?

—Marguerite.

—¿Cómo consiguió mi tío una esclava mort?

—Los pelirrojos son aún más raros en Mortmesne que en el Tearling. Marguerite fue un regalo que la Reina Roja le hizo a vuestro tío hace unos años, una señal de gran favor.

Kelsea echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared del pasillo. Empezaba a dolerle el hombro.

—Este sitio es una llaga purulenta, Lazarus.

—Hacía falta un líder, Señora. Y no había ninguno.

—¿No habrías podido serlo tú?

—Desde luego que no. —Maza señaló el umbral y añadió—: Yo habría permitido a vuestro tío conservar su juguete. Y habría llegado a un acuerdo con la Reina Roja antes de detener la remesa.

—¿Y lo que acabas de decirme?

—No me malinterpretéis, Señora. Yo no digo que vuestras decisiones sean buenas o malas, sino solo que erais necesaria para hacer las cosas que habéis hecho, y que no estabais aquí.

No lo dijo con tono de reproche. Kelsea se calmó un poco, pero volvió a notar una punzada en el hombro, esta vez más fuerte, y no entendió cómo había podido empeorar el dolor por el simple hecho de estar allí de pie.

—Necesito sentarme.

Sus guardias solo tardaron cinco minutos en trasladar el cómodo y amplio sillón de la alcoba de Kelsea a la sala de audiencias y colocarlo en una

posición segura, pegado a la pared.

—Mi trono —murmuró Kelsea.

—Todavía no podemos proteger debidamente el Salón del Trono, Señora —repuso Maza—. Hay demasiadas entradas, y para cubrir esa maldita galería necesitaríamos más guardias. Pero de momento podríamos trasladar el trono aquí.

—No veo que eso tenga sentido.

—Puede que sí, o puede que no. Que llevéis la corona puesta también puede parecer inútil, pero sé que os dais cuenta de lo que significa. Quizá el trono cumpla el mismo objetivo.

Kelsea ladeó la cabeza mientras reflexionaba.

—Has dicho que tendría que celebrar una audiencia.

—Así es.

—Supongo que no puedo hacerlo sentada en un sillón.

—Sí, podéis —replicó Maza, y una sonrisa danzó en las comisuras de sus labios—. Sería un hecho sin precedentes en la monarquía Raleigh. Pero toméis el asiento que toméis, esta sala es mucho más fácil de defender y controlar. El Pabellón Real solo tiene una entrada pública, un largo pasillo sin puertas. Lo visteis cuando llegamos.

—No lo recuerdo.

—Es lógico. Estabais semiinconsciente las dos veces que os llevamos por él. Existen muchos caminos ocultos para entrar y salir de esta ala, pero todos están bien vigilados, y soy el único que los conoce todos. El pasillo de acceso nos permite controlar quién entra y quién sale.

—De acuerdo. —Kelsea se sentó con cuidado en el sillón—. ¿Vuelve a sangrarme la herida?

Se inclinó hacia delante y dejó que Maza mirara bajo el vendaje.

—No, no sangra.

—Creo que necesito dormir.

—Todavía no, Señora. Conviene que os entrevistéis con todos al mismo tiempo, para que nadie se sienta menospreciado. —Maza le hizo una seña con el dedo a Mhurn, que montaba guardia en el umbral del pasillo—. Ve a buscar a Venner y a Fell.

Mhurn se marchó, y Kelsea se sentó en el sillón y se relajó. Andalie se colocó junto a la pared, al parecer con la intención de quedarse. Kelsea pensó que Maza se opondría, pero el guardia no le prestó ninguna atención a la

mujer, y Kelsea comprendió que ella debía hacer otro tanto. Durante años, en su vida solo habían estado Carlin y Barty; ahora había tanta gente a su alrededor que algunos parecían casi invisibles.

—¿Cuándo podremos traer a Barty y a Carlin?

Maza se encogió de hombros.

—Dentro de unas semanas, espero. Nos llevará tiempo encontrarlos.

—Están en una aldea llamada Petaluma, cerca de la frontera cadaresa.

—Bien, eso simplifica las cosas.

—Quiero que vengan —insistió Kelsea. Era muy importante para ella; hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto. De pronto sintió una terrible añoranza de Barty, de su olor a piel limpia y curtida, de cómo arrugaba las cejas cuando sonreía. Carlin... Bueno, a Carlin no la añoraba exactamente. Es más, temía el momento en que tendría que hablar con ella y contarle lo que había hecho. Pero Carlin y Barty iban en el mismo lote—. Quiero que vengan cuanto antes.

—Dyer es el mejor para esa clase de misiones, Señora. Cuando vuelva, lo organizaremos.

—Cuando vuelva ¿de dónde?

—Lo he mandado a hacer un encargo.

—¿Qué encargo?

Maza suspiró y cerró los ojos.

—Hacedme un favor, Majestad: dejadme hacer mi trabajo en paz.

Kelsea no hizo más preguntas, pese a que le molestaba que Maza la hiciera callar, y observó a los cuatro guardias que estaban de pie contra las paredes de la sala. Uno de ellos era Galen, a quien Kelsea nunca había visto sin casco. Le sorprendió ver que tenía el pelo cano y que las arrugas se le marcaban más bajo la luz de las antorchas que en el bosque. Cuarenta y cinco años, como mínimo; debía de haber servido en la guardia de su madre varios años. Kelsea caviló sobre ese dato un momento, antes de almacenarlo.

Los otros tres eran Elston, Kibb y Coryn, a los que ya había conocido en el viaje. No eran tan mayores como Galen, pero de todas formas eran mayores que Kelsea. Esta lamentó que no hubiera más guardias jóvenes; su propia juventud no hacía sino aumentar su aislamiento allí. Los cuatro guardias evitaban deliberadamente mirar a Kelsea; ella dio por hecho que se trataba de una costumbre establecida, pero le resultaba ofensiva. Al cabo de un minuto, se hartó de que la ignoraran y gritó desde el otro extremo de la estancia:

—¿Cómo tienes la mano, Kibb?

El guardia se volvió hacia ella sin levantar la vista del suelo.

—Bien, Señora.

—Dejadlo tranquilo —murmuró Maza.

Se oyeron pasos en el pasillo, y al poco aparecieron dos hombres, ambos con la capa gris de la guardia. Uno era alto y delgado; el otro, bajo y fornido; ambos se movían con esa elegancia sutil que Kelsea asociaba con los combatientes expertos, y sobre todo con Maza. Al verlos caminar juntos, se dio cuenta de que estaban acostumbrados a trabajar en pareja. Cuando la saludaron con una reverencia, el movimiento pareció una coreografía. Kelsea habría pensado que eran gemelos, de no ser porque el alto era al menos diez años mayor que el bajo.

Mhurn iba detrás de ellos, y volvió a colocarse en la entrada que daba al pasillo. Hacía más de una semana que habían regresado a la Ciudadela, pero Kelsea reparó, con cierta preocupación, en que Mhurn no parecía más descansado que unos días atrás. Seguía estando muy pálido, y, pese a la escasa luz de las antorchas, Kelsea vio que tenía las ojeras muy marcadas. ¿Por qué no dormía?

—Venner y Fell, Señora —anunció Maza reclamando la atención de Kelsea—. Vuestros maestros de armas.

Una vez que se enderezaron, Kelsea les tendió la mano para que se la estrecharan, lo que ellos hicieron tras superar su sorpresa. Fell, el de menor estatura, tenía una gran cicatriz en un pómulos; le habían cosido mal la herida, o simplemente no se la habían cosido. Kelsea pensó en su herida, en los torpes puntos que le había dado Maza en el cuello, y sacudió la cabeza para no pensar. Cada vez le dolía más el hombro y le recordaba las ganas que tenía de acostarse.

«Maza quiere que me mantenga despierta —pensó con obstinación—. Y así lo haré.»

—Bueno, maestros de armas, ¿qué es lo que hacéis exactamente?

Los dos guardias se miraron, pero Fell contestó primero:

—Yo superviso las armas y la guarnición de la guardia de Su Majestad.

—Yo superviso el entrenamiento —añadió Venner.

—¿Podéis conseguirme una espada?

—Tenemos varias para que elijáis, Majestad —contestó Fell.

—No, no me refiero a una espada ceremonial, aunque ya sé que de esas

también necesitaré una. Me refiero a una espada idónea para mi constitución, una espada que pueda manejar.

Se quedaron mirándola boquiabiertos, y a continuación, instintivamente, miraron a Maza; eso molestó tanto a Kelsea que hincó las uñas en la suave tela del sillón. Pero Maza se limitó a encogerse de hombros.

—¿Una espada que podáis manejar, Majestad?

Kelsea se acordó de Carlin, de su cara de reprobación cuando Kelsea perdía los estribos. Se mordió con fuerza la mejilla.

—Voy a necesitar una espada y una armadura hecha a mi medida. Y también quiero que me entrenéis.

—¿Qué os entrenemos en el manejo de la espada, Majestad? —preguntó Venner sin ocultar su estupefacción.

—Sí, Venner, en el uso de la espada. Me han enseñado a defenderme con un puñal, pero no entiendo nada de espadas.

Kelsea miró a Maza para ver cómo encajaba la idea y vio que hacía un gesto afirmativo y esbozaba una sonrisa. Su aprobación calmó la irritación de Kelsea, que suavizó el tono.

—No voy a exigir a mis hombres que mueran por mí mientras espero sentada. ¿Por qué no iba a aprender también a combatir?

Los maestros de espadas fueron a contestar, pero ambos se interrumpieron. Kelsea les hizo una seña para animarlos a hablar, y Fell se decidió por fin:

—Solo por las apariencias, Señora, pero, tratándose de una reina, las apariencias son importantes. Manejando una espada no ofreceríais una imagen... regia.

—Muerta tampoco podré ofrecer una imagen regia. Y últimamente he tenido que defenderme demasiado a menudo para contentarme con el puñal.

—Tendremos que tomaros medidas, Señora —replicó Fell con reticencia—. Y no será fácil encontrar a un herrero dispuesto a fabricar una armadura para una mujer.

—En ese caso, empezad a buscarlo inmediatamente. Podéis marcharos.

Los dos hombres asintieron, saludaron a la reina y salieron al pasillo; Venner le dijo algo al oído a Fell. En cuanto los perdió de vista, Maza soltó una risotada.

—¿Qué le ha dicho?

—Que no os parecéis en nada a vuestra madre.

Kelsea sonrió, pero fue una sonrisa cansada.

—Supongo que tiene razón. ¿Quién queda?

—Arless, vuestro Tesorero. El Regente también ha presentado una solicitud para hablar con vos. Es un fastidio, pero por otra parte os conviene libraros de él cuanto antes.

Kelsea suspiró pensando en su blanda cama y en una taza de té caliente con leche. Dio una sacudida con la cabeza y se dio cuenta de que estaba quedándose dormida en el sillón; Andalie ya no estaba a su lado y Maza seguía esperando. Se enderezó y se frotó los ojos.

—Ocupémonos primero del Regente, y, después, del Tesorero.

Maza chasqueó los dedos, y Coryn hizo un gesto afirmativo y se metió en la cocina.

—Hablando de vuestro tío, debéis saber que considera que estos últimos días ha pasado muchas estrecheces.

—Se me parte el corazón.

Andalie reapareció, sigilosa, y ofreció a Kelsea una taza humeante. Kelsea la olfateó con cautela y olió a té negro con leche. Miró sorprendida a Andalie, que volvía a estar con la espalda pegada a la pared, con gesto sereno y la mirada fija en un punto.

—Lo que quiero decir —continuó Maza— es que creo que el Regente se siente perjudicado por mis decisiones. He confiscado casi todas sus propiedades.

—¿En mi nombre?

—Vos dormíais, Señora.

—Aun así, lo habéis hecho en mi nombre. La próxima vez, podrías esperar a que me despierte.

Maza la miró, y Kelsea se dio cuenta de que el guardia consideraba su reacción propia de una cría acostumbrada a jugar con muñecas y vestidos. Soltó un suspiro.

—¿Qué propiedades le habéis confiscado?

—Joyas, licores y estatuas de mal gusto. Unos cuadros asombrosamente malos, una vajilla de oro...

—Bien, Lazarus. Dejaré que hagas tu trabajo en paz, como tú quieres. —Lo miró con los ojos entrecerrados y añadió—: Deberías agradecermelo.

Maza inclinó la cabeza y dijo:

—Mis más humildes gracias, ilustrísima...

—Ya basta.

Maza sonrió; luego siguió esperando en silencio hasta que un fuerte ruido retumbó en la sala de audiencias, procedente de la puerta de doble hoja de la pared oeste. Esa puerta medía casi seis metros de alto y, además de estar cerrada con llave, tenía unas gruesas trancas de madera de roble a la altura de la cabeza y las rodillas. Kibb abrió una pequeña mirilla de la hoja derecha de la puerta mientras Elston golpeaba dos veces con los nudillos en la hoja izquierda. Alguien golpeó la puerta tres veces desde fuera, y los golpes rebotaron en la pared este; Elston contestó de la misma manera.

A Kelsea ese sistema le pareció fascinante. Elston murmuró algo, aparentemente satisfecho, y a continuación Kibb y él retiraron las trancas. No resultó fácil; pese a estar en el otro extremo de la sala, Kelsea alcanzó a ver cómo a Elston se le marcaban las venas de los gruesos antebrazos.

—Es un buen sistema —comentó—. Supongo que lo ideaste tú.

—Yo diseñé los detalles —respondió Maza—, pero la idea original fue de Carroll. Cambiamos el número de golpes todos los días.

—Un poco laborioso para tratarse de un único visitante. ¿Por qué no lo dejan entrar por donde ha salido Coryn?

Maza le lanzó una de sus miradas elocuentes.

—Ya.

—Ciertas personas conocen algunos pasadizos, Señora, pero me sorprendería mucho que alguna vez el Regente hubiera estado fuera de la cama el tiempo suficiente para descubrir ni una cuarta parte de lo que conozco yo.

—Entiendo. Habría que cerrar la puerta del cuarto de jugar. No quiero que Marguerite oiga esta conversación.

Maza chasqueó los dedos, y Mhurn fue a cerrar la puerta. A Kelsea aquellos chasquidos continuos le habrían parecido insultantes, pero era evidente que a los guardias no les molestaban; hasta parecía que se enorgullecieran de que Maza no necesitara darles órdenes concretas. Elston y Kibb empujaron cada uno una hoja de la puerta con el hombro, y Kelsea vio la boca de un ancho túnel, iluminado con muchas antorchas, que descendía en ligera pendiente varios metros antes de desaparecer tras una esquina. Se acordaba de ese túnel, pero no creía haberlo recorrido a pie. Exacto: al final Maza había tenido que llevarla en brazos. ¿Por qué habrían construido una colina artificial dentro de un edificio?

«Por motivos de defensa, por supuesto —le contestó la voz de Carlin—. Piensa, Kelsea. Para el día en que vengan a la Ciudadela con horcas



dispuestos a llevarse tu cabeza.»

—Qué bien —murmuró Kelsea—. Gracias.

—¿Cómo decís, Señora?

—Nada, nada.

El Regente entró por la puerta escoltado por Coryn. La relajada postura de Coryn revelaba a Kelsea cuanto necesitaba saber: el guardia no esperaba que el Regente le causara ningún problema. Ni siquiera sujetaba el puño de la espada.

El Regente tenía muy mala cara, y vestía una camisa y un pantalón a juego del mismo morado horrible que la vez anterior. Al acercársele, Kelsea tuvo la certeza de que hacía tiempo que no lavaba esas prendas; vio restos de comida seca en la camisa, donde la hinchada barriga de su tío empezaba a describir una curva descendente, y varias manchas de vino esparcidas por la pechera. Sin embargo, era evidente que le había dedicado una atención considerable a su barba, pues esta seguía pareciendo un arbusto de rizos artificiales, un efecto que solo habría podido conseguir con unas tenacillas.

Cuando llegaron a unos cuatro metros del sillón, Coryn agarró al Regente por un brazo.

—Ni un paso más, ¿entendido?

El Regente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. De pronto Kelsea recordó que su tío se llamaba Thomas, aunque no lograba conciliar ese nombre con el individuo que tenía delante. Thomas era un nombre para coros y ángeles, un nombre bíblico. No parecía indicado para su tío, que tenía cara de malas pulgas. Era obvio que había acudido con un propósito.

Cuando Kelsea tenía catorce años, Carlin le había ordenado, sin previo aviso ni explicación alguna, suspender todas sus otras tareas y leer la Biblia. A Kelsea le sorprendió; Carlin no ocultaba el desprecio que sentía por la Iglesia, y en su casa no había ningún símbolo religioso. Pero era una tarea escolar, de modo que Kelsea, obediente, leyó de cabo a rabo el grueso y polvoriento volumen del rey Jacobo, que nunca se movía del rincón más alejado del último estante de la librería. Tardó cinco días en terminarla, y creyó que ya había acabado con ella, pero se equivocaba. Carlin pasó el resto de aquella semana (que Kelsea recordaba como «la semana bíblica») haciéndole preguntas sobre la Biblia, sus personajes, episodios y enseñanzas, y Kelsea tuvo que volver a bajar el libro del estante en numerosas ocasiones. Por fin, tras tres o cuatro días de estudio intensivo, dieron las sesiones por

concluidas, y Carlin dijo a Kelsea que ya podía guardar la Biblia para siempre.

—¿Cómo es que tienes una Biblia tan bonita? —le preguntó Kelsea.

—La Biblia es un libro, Kelsea, un libro que ha influido a la humanidad durante miles de años. Merece ser conservada en una buena edición, como cualquier otro libro importante.

—¿Crees que lo que dice es cierto?

—No.

—Entonces ¿por qué me has hecho leerla? —preguntó Kelsea, resentida. No le había parecido un libro especialmente bueno, y además pesaba mucho; durante días lo había llevado a cuestas por las habitaciones de la casita—. ¿Qué sentido tenía?

—Conocer a tu enemigo, Kelsea. Hasta un libro puede ser peligroso si cae en las manos equivocadas, y cuando eso sucede, echas la culpa a las manos, pero también lees el libro.

Aquel día, Kelsea no había entendido qué había querido decirle Carlin, pero, después de haber visto la cruz de oro en lo alto del Arvath, empezaba a formarse una idea más clara. Dudaba mucho que su tío hubiera leído la Biblia jamás, pero mientras lo miraba fijamente recordó otra cosa de aquella semana bíblica: Tomás no era solo el apóstol Tomás, sino también el incrédulo Tomás. Tal vez la reina Arla lo mirara la primera vez que se lo pusieron en las manos y viese exactamente lo mismo que estaba viendo Kelsea en ese momento: debilidad, más peligrosa aun por estar combinada con la presunción de autoridad.

«Es tu único pariente vivo», protestó una vocecilla interior; pero la acalló una súbita oleada de ira que eclipsaba la lealtad familiar y la curiosidad. Kelsea había hecho los cálculos: su madre había fallecido dieciséis años atrás, y su tío había estado al mando desde entonces. Dieciséis años por tres mil equivalía a cuarenta y ocho mil ciudadanos tear que su tío había enviado a Mort para salvar su propio pellejo. No veía remordimiento en su cara, no veía arrepentimiento de ningún tipo; solo la mirada de desconcierto de un hombre que se siente tratado injustamente. Era un ser mediocre, pero estaba convencido de que el mundo estaba en deuda con él.

«¿Cómo es que veo tantas cosas?», se preguntó Kelsea. E inmediatamente, como si le respondiera, el zafiro tembló ligeramente y emitió una pequeña oleada de calor que se extendió por su pecho.

Kelsea se sobresaltó, pero no tanto como aquel día en el Parque de la Ciudadela. Tal vez solo fueran imaginaciones suyas, pero tenía la impresión de que empezaba a entender la joya, aunque solo fuera un poco. Ya le había pasado varias veces: notaba que el zafiro reaccionaba a su estado de ánimo, pero a veces también parecía que reclamara su atención. En ese momento habría jurado que le estaba pidiendo que se concentrara.

—¿Qué quieres, tío?

—He venido a pedir a Su Majestad que me permita quedarme en la Ciudadela —contestó el Regente, y su voz nasal resonó por toda la sala; era evidente que había ensayado su discurso. Los cuatro guardias, pese a permanecer con la espalda contra la pared, ya no miraban hacia otro lado; sobre todo Mhurn, que observaba al Regente con los ojos entrecerrados, atento como un perro hambriento—. Considero que mi destierro ha sido injusto y desacertado. Además, la confiscación de mis bienes se llevó a cabo de forma clandestina, lo que me impidió presentar mis argumentos.

Kelsea arqueó las cejas, sorprendida por el vocabulario del Regente, y se inclinó hacia Maza.

—¿Cómo gestiono esto?

—Como queráis, Señora. Estoy seguro de que me voy a divertir.

Kelsea volvió a mirar a su tío y preguntó:

—¿Cuáles son tus argumentos?

—¿Cómo?

—Has dicho que no has podido presentar tus argumentos. ¿Qué argumentos son esos?

—Muchos artículos que vuestra guardia retiró de mis aposentos eran regalos. Regalos personales.

—¿Y?

—Pues que no son propiedad de la Corona. La Corona no tiene derecho a confiscarlos.

Maza le interrumpió:

—La Corona tiene derecho a confiscar cualquier cosa que entre en la Ciudadela.

Kelsea asintió en señal de aprobación, aunque desconocía esa norma.

—Es cierto, tío. Y eso incluye tus baratijas de Mortmesne.

—No eran simples baratijas, sobrina. También os habéis llevado a mi mejor mujer.

—Ahora Marguerite está bajo mi protección.

—Marguerite es un regalo, y muy valioso.

—Estoy de acuerdo —repuso Kelsea, y exhibió una sonrisa más amplia—. Es muy valiosa. Estoy segura de que me prestará un gran servicio.

Una mancha roja empezó a extenderse por el cuello del Regente hacia su barbilla. Carlin solía decir que la mayoría de los hombres eran unos perros, y Kelsea nunca se la había tomado en serio; había demasiados libros buenos escritos por hombres. Pero entonces comprendió que Carlin no andaba muy equivocada.

—A lo mejor, cuando me canse de Marguerite, le concederé la libertad. Pero de momento está contenta aquí.

El Regente levantó la cabeza y miró a Kelsea con incredulidad.

—¡Bobadas!

—Te lo aseguro, está muy contenta —insistió Kelsea, risueña—. ¡Mira, ni siquiera tengo que tenerla atada!

Elston y Kibb rieron por lo bajo en sus puestos.

—¡Esa zorra no está contenta en ningún sitio! —gruñó el Regente, y escupió un poco de saliva.

—Vigile su lenguaje delante de la reina —le reprendió Maza—. O le ataré un gran lazo rojo y lo echaré de la Ciudadela ahora mismo. El Traedor podrá hacerse una cubertería con sus huesos.

Kelsea le interrumpió:

—Así pues, ¿Marguerite es el único tema que has venido a discutir? Claro, porque nadie querría discutir sobre ese montón de obras de arte de pésimo gusto.

El Regente abrió mucho los ojos.

—¡Mis cuadros son de Powell!

—¿Quién es Powell? —preguntó Kelsea sin dirigirse a nadie en particular.

Nadie contestó.

—Es un pintor famoso de Jenner —insistió el Regente—. Llevo años coleccionando esos cuadros.

—Bueno, tal vez te dejemos pujar por los que no consigamos vender.

—¿Y mis estatuas?

—Las estatuas se venderán, Majestad —terció Coryn—. La mayoría son bastante malas, pero los materiales son caros. Supongo que se pueden fundir.

El Regente estaba dolido.

—Me aseguraron que esas estatuas se revalorizarían mucho con el tiempo.

—¿Quién te lo aseguró? —preguntó Kelsea—. ¿El vendedor?

El Regente abrió la boca, pero no articuló ningún sonido. Kelsea se rebulló, impaciente, en el sillón; aquello ya no tenía ninguna gracia, y ella cada vez estaba más cansada. Al menos, sus guardias se habían divertido un rato, y eso ya era algo. Elston y Kibb sonreían abiertamente, Coryn intentaba reprimir una risita, y Mhurn parecía completamente despierto por primera vez.

—Voy a quedarme tu montón de basura, tío. No sé qué argumento puedes querer presentar contra tu destierro, pero, si tienes alguno, te escucho.

—Yo puedo seros muy útil, sobrina —respondió el Regente; cambió tan deprisa de registro que Kelsea no pudo por menos de preguntarse si habría estado preparándose el terreno todo ese rato.

—¿Útil? ¿En qué sentido?

—Yo sé muchas cosas que podrían interesaros.

—Esta conversación se está poniendo muy pesada, Majestad —intervino Maza—. Dejad que lo eche de la Ciudadela.

—Espera —dijo Kelsea, y levantó una mano—. ¿Qué sabes, tío?

—Sé quién es vuestro padre.

—No sabe nada, Señora —gruñó Maza.

—Claro que lo sé, sobrina. Y sé muchas cosas más sobre vuestra madre que os interesaría saber. Esos no os contarán nada, porque hicieron un juramento. Pero yo no soy guardia real. Yo sé todo lo que siempre habéis querido saber sobre la reina Elyssa, y puedo contároslo todo.

Si los ojos de sus guardias hubieran sido espadas, habrían atravesado a su tío. Kelsea miró a Maza y vio la congoja reflejada en su cara.

«Quiero saberlo.» Estaba desesperada por saber cuál de los numerosísimos hombres de su madre la había engendrado; quería saber cómo había sido su madre. Tal vez las cosas no fueran lo que aparentaban. Se aferró a esa idea y se preguntó si su madre habría tenido alguna virtud, algo que nadie más hubiese descubierto. Pero también había peligros ocultos. Kelsea miró con frialdad a su tío.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Sherezade? ¿Asilo en la Ciudadela?

—No. Quiero participar. Quiero colaborar y gobernar. También tengo mucha información sobre la Reina Roja.

—¿De verdad crees que voy a jugar a este juego? Has intentado matarme, tío. No te ha salido bien, así que te perdono, pero eso tampoco me inclina

hacia ti.

—¿Dónde están las pruebas?

Maza dio un paso adelante y dijo:

—Dos de sus guardias ya han confesado y lo han incriminado, idiota.

El Regente abrió mucho los ojos, pero Maza no había terminado.

—Y eso sin contar a los cadén a los que contrató hace tres meses para que encontraran a la reina.

—Los cadén nunca revelan quién los contrata.

—Claro que sí, imbécil. Basta con capturar al indicado en el estado de ánimo indicado y darle suficiente cerveza. Tengo todas las pruebas que necesito. Considérese afortunado por seguir con vida.

—Entonces ¿por qué sigo con vida?

Maza se dispuso a contestar, pero Kelsea le hizo callar con un ademán, desanimada. Por mucho que quisiera saber lo que pudiese revelarles su tío, no podía aceptar su oferta. Él nunca cejaría en su empeño de recuperar lo que había perdido; eso era evidente en su forma de lanzar miradas por la sala. Kelsea no conocía al Regente, pero había identificado claramente su carácter. Su tío no pararía nunca de conspirar. Nunca podría confiar en él.

—Verás, tío, no te considero suficientemente importante para encarcelarte.

—Kelsea señaló a Coryn y continuó—: Mira a Coryn, por ejemplo.

El Regente, sorprendido, se volvió hacia Coryn como si no recordara que el guardia estaba de pie a su lado. Este también estaba sorprendido.

—Podría arrebatarte a Coryn todo lo que posee: ropa, dinero, armas, todas las mujeres que tal vez tenga escondidas por ahí...

—Montones —dijo Coryn, risueño.

Kelsea sonrió, indulgente, y prosiguió:

—Pero él seguiría siendo Coryn, un hombre sumamente honrado y útil. —Hizo una pausa—. En cambio tú, tío... Despojado de tu ropa, de tus mujeres y de tu guardia, no eres más que un traidor cuyos delitos están a la vista de todos. Encerrarte en mis mazmorras sería desaprovechar una celda. No eres nada.

El Regente se dio la vuelta con un movimiento tan repentino que Maza se colocó de un salto delante de Kelsea y llevó una mano a la espada. Pero el Regente se quedó allí plantado un momento, de espaldas a ellos; sus hombros se sacudían.

—No modificaré mi sentencia, tío. Ahora tienes veinticinco días para salir

de la Ciudadela. Coryn, escóltalo hasta sus aposentos.

—¡No necesito que me escolten! —bramó el Regente al tiempo que se daba la vuelta de nuevo y la miraba con odio. Echaba chispas por los ojos, pero también había miedo en ellos, y un dolor mayor del que Kelsea había querido provocar. De pronto Kelsea sintió la absurda necesidad de disculparse, pero fue solo un momento, porque su tío continuó—: Vais a la deriva por aguas peligrosas, sobrina. Creo que incluso vuestra Maza desconoce lo peligrosas que son. La Reina Roja sabe lo que habéis hecho; yo mismo le envié a un mensajero. Habéis interferido en el negocio de tráfico de esclavos mort, y, creedme, la Reina Roja vendrá y destripará este país como se destripa un cerdo el día de la matanza.

Miró más allá de Kelsea y calló de golpe, con los ojos como platos y gesto de terror.

Kelsea volvió la cabeza y vio a Marguerite de pie detrás de ella. Todavía no se le había curado el cuello; se le veían los verdugones, que se habían puesto morados. Llevaba un holgado vestido marrón, pero era un buen ejemplo de que la belleza de una mujer no reside en la ropa que viste: Marguerite era Helena de Troya, alta e imponente, con el pelo de un rojo intenso bajo la luz de las antorchas; miraba fijamente al Regente, con una intensidad que hizo que a Kelsea se le pusiera la piel de gallina.

—¿Marguerite? —dijo el Regente. Toda su bravuconería había desaparecido; miró a Marguerite con una añoranza que le hizo parecer un ternero—. Te he echado mucho de menos.

—No sé cómo te atreves a hablarle —le espetó Kelsea—, pero no vuelvas a hacerlo sin mi permiso.

El rostro del Regente se ensombreció, pero guardó silencio sin apartar la vista de Marguerite. Ella le sostuvo la mirada un momento más y entonces arrancó a andar; Maza y Coryn asieron el puño de sus espadas. Pero Marguerite no les hizo el menor caso: fue derecha hasta el sillón de Kelsea y se sentó a sus pies.

El Regente observó todo aquello anonadado; luego, el odio se reflejó en su semblante.

—¿Qué le habéis dado?

—Nada.

—¿Cómo la habéis comprado?

—Para empezar, yo no le ato una soga al cuello.

—Muy bien, que la disfrutéis. Esa zorra os cortará el cuello con la misma facilidad con que os sonrío. —Fulminó con la mirada a Marguerite—. Maldita seas, puta mort.

—Nadie teme tus insultos, cerdo del Tearling —le contestó Marguerite en mort—. Te has buscado la ruina.

El Regente, desconcertado, se quedó mirando a Marguerite, y Kelsea sacudió la cabeza, indignada: su tío ni siquiera hablaba mort.

—No tenemos nada más que decir, tío. Vete. Te deseo suerte en tu andadura.

El Regente miró a Marguerite una vez más con gesto de consternación; entonces se dio la vuelta y echó a andar a grandes zancadas, seguido por Coryn. Elston y Kibb abrieron la puerta lo suficiente para dejar pasar al Regente, y cuando se hubo cerrado de nuevo, Marguerite se levantó y dijo en mort:

—Debo volver con los niños, Majestad.

Kelsea hizo una señal afirmativa con la cabeza. Tenía varias preguntas para Marguerite, pero no era el momento; vio alejarse a la mujer por el pasillo y entonces se relajó.

—Dime que ya hemos terminado.

—Falta el Tesorero, Señora —le recordó Maza—. Prometisteis recibirlo.

—Eres un tirano, Lazarus.

—¡Traed a Arliss! —ordenó Maza—. Solo serán unos minutos, Majestad. Es importante. Las conexiones personales generan lealtad.

—¿Cómo podemos confiar en el Tesorero de mi tío?

—Por favor, Señora. Vuestro tío nunca ha tenido Tesorero, solo un puñado de centinelas que estaban todo el día borrachos, incluso durante su turno de guardia.

—Entonces ¿quién es ese Arliss?

—Lo he escogido yo para ocupar ese puesto.

—¿Quién es?

Maza desvió la mirada.

—Un empresario local, muy bueno con el dinero.

—¿Qué clase de empresario?

Maza cruzó los brazos y adoptó una postura un tanto afectada.

—Ya que insistís, Señora, se dedica a los libros.

—¿A los libros? —Kelsea estaba perpleja, pero su confusión no tardó en transformarse en entusiasmo—. Pero ¿no me dijiste que no había ninguna



imprensa? ¿De dónde saca los libros? ¿Los hace él?

Maza la miró un instante de hito en hito, y luego se echó a reír.

Kelsea comprendió por qué Maza no reía a menudo: su risa era una especie de alarido animal, parecida a los gritos de las hienas. Maza se tapó la boca con una mano, pero el daño ya estaba hecho, y Kelsea notó que se sonrojaba.

«No estoy acostumbrada a que se rían de mí», pensó, y compuso una sonrisa forzada.

—No es editor, Señora. Lleva libros de apuestas.

—¿De apuestas? —preguntó Kelsea olvidándose de su bochorno—. ¿Pretendes que le entregue las llaves de las arcas a un jugador profesional?

—¿Se os ocurre alguna idea mejor?

—Tiene que haber alguien más.

—Nadie tan bueno con el dinero, os lo aseguro. De hecho, he tenido que presionar mucho a Arliss para que accediera a venir, de modo que más vale que seáis amable con él. Tiene una calculadora pre-Travesía en la cabeza, y odia a vuestro tío. Me pareció que era un buen comienzo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que será honrado?

—No lo seré —dijo una voz ronca, y por la esquina apareció un anciano menudo con la cara muy arrugada.

Caminaba encorvado, y debía de tener la pierna izquierda atrofiada, porque movía primero el lado derecho y luego arrastraba toda la parte izquierda del cuerpo. Aun así, iba más deprisa que Kibb, que lo seguía con cierta dificultad. Arliss debía de tener también el brazo izquierdo atrofiado; llevaba un fajito de papeles bajo la axila, pero no lo sujetaba con naturalidad. El poco pelo que le quedaba, blanco, sobresalía en mechones desordenados por detrás de las orejas (y, cuando se le acercó un poco más, Kelsea comprobó que también de su interior). Tenía el blanco de los ojos amarillento, y los párpados inferiores caídos revelaban una carne blancuzca; la edad parecía haberle arrebatado todo color que no fuera un rosa muy claro. Era el ser más feo que Kelsea hubiera visto jamás.

«Por fin —pensó, y lamentó su crueldad mientras ese pensamiento pasaba por su mente—: Alguien a cuyo lado parezco hermosa.»

El anciano le tendió la mano buena para que ella se la estrechara, lo que Kelsea hizo con cordialidad. Su piel tenía un tacto parecido al papel: era lisa, fría y sin vida. El hombre desprendía un desagradable olor acre que Kelsea identificó con la vejez.

—No soy honrado —dijo el anciano, resollando. Kelsea no supo identificar su acento, que no era del todo tear; era a la vez nasal y cerrado—. Pero soy de fiar.

—Una afirmación contradictoria —replicó Kelsea.

Arliss la miró y le brillaron los ojos.

—Pero aquí estoy.

—Arliss es de confianza, Señora —dijo Maza—. Y creo...

—Lo primero es lo primero —lo cortó Arliss—. ¿Quién es vuestro padre, reina?

—No lo sé.

—¡Vaya! Maza no quiere decírmelo, y cuando se sepa yo voy a sacar una buena tajada. —Arliss se inclinó hacia delante, con la vista clavada en el escote de Kelsea—. Maravilloso.

Kelsea se retrajo, indignada, pero entonces comprendió que el anciano estaba examinando su zafiro; lo observaba con la avidez de un coleccionista.

—¿Cree que es auténtico?

—Ya lo creo, Majestad. Un zafiro auténtico con corte esmeralda, sin defectos, absolutamente hermoso. La montura tampoco está mal, pero la joya... Podría conseguir un buen pellizco por ella.

Kelsea se inclinó hacia delante; de pronto había olvidado su agotamiento.

—¿Sabe algo sobre su procedencia?

—Solo rumores, reina. No hay forma de saber qué es verdad y qué no. Dicen que William Tear hizo el collar del rey justo después de la Travesía. Pero Jonathan Tear no se contentó con eso y encargó que hicieran también la Joya del Heredero. No le sirvió de mucho: al pobre desgraciado lo asesinaron solo un par de años más tarde.

—¿De dónde sacaron las joyas?

—De Cadare, seguramente. Ni en el Tear ni en Mortmesne hay joyas de tanta calidad. A lo mejor por eso las desea tanto.

—¿Quién?

—La Reina Roja, Señora. Según mis fuentes, desea hacerse con ellas tanto como con vos.

—Supongo que puede conseguir todas las joyas que quiera como tributo de Cadare.

—Es posible. —Arliss la miró de reojo desde debajo de sus pobladas cejas—. Hace mucho tiempo se rumoreaba que esos zafiros eran mágicos.

—Lo dudo —terció Maza—. Nunca le sirvieron de nada a la reina Elyssa.

—¿Dónde está el otro?

—¿No íbamos a hablar del Tesoro, Arliss?

—Ah, sí.

Arliss cambió rápidamente de tono y sacó el fajo de papeles que llevaba bajo el brazo izquierdo. Realizó una hábil maniobra, sujetando las hojas con los dientes; hojeó las páginas hasta dar con la que quería y la extrajo del montón.

—He redactado un inventario de las posesiones de vuestro tío, reina. Sé dónde vender los artículos más caros, y conozco a unos pobres diablos a quienes empeñar los menos valiosos. Podréis sacar al menos cincuenta mil de toda la mierda que vuestro tío consideraba arte, y las joyas de las prostitutas valen el doble de esa cantidad en el mercado abierto...

—Vigila tu lenguaje, Arliss.

—Perdón, perdón. —Arliss descartó la reprimenda con un ademán, como si no le diera importancia, y a Kelsea le pareció que verdaderamente no la tenía. Le gustaba la irreverencia del anciano; encajaba con todo lo demás—. Todavía no he estado en la cámara acorazada; aunque os cueste creerlo, todavía estoy buscando a alguien que tenga la llave. Pero imagino lo que encontraré allí. Por cierto: vais a necesitar nuevos centinelas para la cámara.

—Sí, eso tengo entendido —replicó Kelsea.

Le dolía muchísimo el hombro, pero ignoró el dolor, abrumada por la desbordante energía del anciano.

—Una vez que el Censo se lleva su parte, el Tear obtiene alrededor de cincuenta mil en impuestos. Vuestro tío se ha gastado más de un millón de libras desde que falleció vuestra madre. Calculo, y no suelo equivocarme con estas cosas, que debe de haber unas cien mil libras en las arcas, no más. Dicho de otro modo: estáis arruinada.

—Maravilloso.

—Ahora bien —continuó Arliss con un destello en la mirada—, tengo algunas ideas sobre cómo hacer aumentar vuestros ingresos.

—¿Qué ideas?

—Eso depende, Majestad. ¿Vais a contratarme? Yo no hago nada gratis.

Kelsea miró a Maza sin decir nada, pero él se limitó a arquear las cejas de manera muy expresiva, desafiándola a decir que no.

—¿No es honrado, pero es de fiar?

—Así es.

—Creo que es algo más que un corredor de apuestas.

Arliss sonrió; su pelo, erizado, apuntaba hacia arriba, como si le hubiera caído un rayo.

—Podría ser.

—¿Por qué quiere trabajar para mí? Supongo que, por mucho que le pagáramos, no lograríamos igualar lo que gana en una noche.

Arliss soltó un débil resuello parecido al de un acordeón desinflado.

—De hecho, reina, debo de ser más rico que vos.

—Entonces ¿por qué le interesa este trabajo?

El anciano se puso serio y miró a Kelsea con gesto de especulación.

—¿Sabíais que la gente canta canciones sobre vos por las calles? La ciudad entera está muerta de miedo ante la posibilidad de una invasión, pero aun así cantan canciones sobre vos. Os llaman «la Reina Verdadera».

Kelsea le lanzó una mirada interrogante a Maza, y él asintió con la cabeza.

—No sé si será cierto, pero me gusta cubrirme —continuó Arliss—. Siempre es bueno estar en el bando ganador.

—¿Y si no soy lo que dicen?

—En ese caso, tengo suficiente dinero para ahorrarme problemas.

—¿Cuánto quiere que le paguemos?

—Maza y yo ya nos hemos ocupado de los detalles. Os lo podéis permitir, reina. Solo tenéis que decir que sí.

—¿Espera que haga la vista gorda ante sus otros negocios?

—De eso ya nos ocuparemos si se plantea la necesidad.

«Eскурridizo», pensó Kelsea. Volvió a consultar a Maza.

—¿Tú qué dices, Lazarus?

—No encontraréis a ningún hombre más hábil con el dinero en todo el Tear, Señora, y esa no es su única habilidad. Llevará mucho trabajo arreglar los daños causados por vuestro tío. Este es el hombre al que yo elegiría para hacerlo. Aunque —gruñó al tiempo que le lanzaba una mirada severa a Arliss— tendrá que aprender a hablaros con un poco más de respeto.

Arliss sonrió mostrando una dentadura torcida y amarillenta. Kelsea suspiró; la invadió una sensación de irremediabilidad, y comprendió que aquella no sería la única vez que tendría que transigir. Era una sensación incómoda, semejante a la de subir a una barca en un río de aguas bravas sin posibilidad de porteo por tierra.

—De acuerdo, está contratado. Prepáreme algún tipo de informe de contabilidad, por favor.

El anciano hizo una reverencia y empezó a retirarse caminando hacia atrás.

—Volveremos a hablar cuando queráis, reina. Entretanto, ¿tengo vuestro permiso para inspeccionar la cámara?

Kelsea sonrió. Una fina capa de sudor le cubría la frente; apenas le restaban fuerzas.

—Dudo mucho que necesite mi permiso, Arliss. Pero sí, lo tiene.

Se recostó en el asiento, pero una fuerte punzada de dolor en el hombro la obligó a inclinarse de nuevo hacia delante.

—Lazarus, necesito descansar.

Maza despachó a Arliss con un ademán. El Tesorero se dirigió hacia el pasillo con sus extraños andares de cangrejo, y Maza y Andalie sujetaron a Kelsea cada uno por un brazo y la levantaron del sillón; sin dejar de aguantarla, la llevaron de nuevo a su alcoba.

—¿Va a vivir Arliss aquí con nosotros? —preguntó Kelsea.

—No lo sé —replicó Maza—. Lleva un par de días en la Ciudadela, pero porque tenía que inspeccionar las pertenencias de vuestro tío. Tiene refugios por toda la ciudad. Supongo que irá y vendrá a su antojo.

—¿A qué se dedica, exactamente?

—Al mercado negro.

—Sé más específico, Lazarus.

—Digamos que a la adquisición de artículos exóticos, Señora, y dejémoslo así.

—¿Personas?

—Por supuesto que no, Señora. Sé que vos no aceptaríais eso. —Maza se dio la vuelta para que Andalie pudiera ayudar a Kelsea a desvestirse, y aprovechó para apagar las antorchas de la alcoba—. ¿Qué os han parecido Venner y Fell?

«¿Quién?», pensó Kelsea, y entonces se acordó de los maestros de armas.

—Tendrán que enseñarme a combatir, o lo lamentarán.

—Son buena gente. Tened paciencia con ellos. Vuestra madre no podía ver un arma ni en pintura.

Kelsea hizo una mueca y volvió a pensar en Carlin. Se acordó del día de los vestidos.

—Mi madre era una vanidosa —dijo.

—Y, sin embargo, su legado está por todas partes —murmuró de improviso Andalie mientras le quitaba los pasadores del pelo.

Cuando esta hubo completado la complicada tarea de quitarle el vestido sin lastimarle la herida, Kelsea se metió en la cama. Estaba tan cansada que apenas apreció la frescura de las sábanas limpias

«¿Cómo han podido cambiar las sábanas tan deprisa?», se preguntó, adormilada.

De alguna manera, eso parecía más mágico que nada de lo que había pasado hasta ese momento. Volvió la cabeza para darles las buenas noches a Maza y a Andalie, pero ya habían desaparecido y cerrado la puerta tras ellos.

Kelsea no podía tumbarse boca arriba; se movió despacio buscando una postura cómoda. Al final se tumbó de lado y se relajó, de cara a las estanterías vacías; estaba agotada. Y había mucho trabajo que hacer.

«Ya has adelantado mucho», le susurró la voz de Barty.

De la memoria de Kelsea brotó una colección de imágenes; las jaulas en llamas; Marguerite, atada, a los pies del trono de su tío; la anciana entre la multitud, llorando en el suelo; Andalie chillando delante de la jaula; la hilera de niños sentados en el cuarto de juegos. Kelsea se removió bajo las sábanas y buscó algo que la reconfortara, pero no encontró nada. Sentía su reino alrededor, bajo sus pies, extendiéndose kilómetros y kilómetros en todas direcciones; sentía a su pueblo en grave peligro y una nube mort en el horizonte, y supo que su primera sensación había sido real.

«No es suficiente —pensó sombríamente—. Ni mucho menos.»

## La joya

Numerosas fuerzas acosaban a la reina Glynn. Habría podido sucederle lo mismo que a una roca que aflorara en medio del Océano de Dios, erosionada por la marea inexorable. Pero en lugar de eso, como demuestra la historia, ella utilizó esas fuerzas para formarse.

KARN HOPLEY,  
*Semblanza de la reina Glynn*

—¡Más rápido, Señora! ¡Moveos más rápido! —gritaba Venner.

Kelsea fue danzando hacia atrás y trató de recordar el complejo juego de piernas que le había enseñado Venner.

—¡Mantened la espada en alto!

Kelsea levantó la espada y notó un fuerte dolor en el hombro. La espada pesaba como un muerto.

—Tenéis que moveros más deprisa —insistió Venner—. Vuestras piernas deben ser más rápidas que las de vuestro oponente. Ahora, hasta el espadachín más torpe os superaría.

Kelsea hizo un gesto afirmativo, se sonrojó ligeramente y corrigió la empuñadura de la espada. Ser rápida con un puñal no era lo mismo que ser rápida con una espada. La amplitud de su cuerpo, combinada con el apéndice de la espada, pesada y difícil de manejar, era un estorbo. Cuando Kelsea se daba la vuelta, sus propias extremidades le cerraban el paso. Venner no quería que entrenara con nadie que no fuera él hasta que hubiera aprendido a moverse más deprisa, y Kelsea sabía que tenía razón.

—Otra vez.

Kelsea se preparó, renegando por dentro. Ni siquiera habían empezado a

hablar de lo que tenía que hacer con la espada; de momento, su trabajo consistía en mantenerla en alto ante el cuerpo. Entre la herida del hombro, su falta de tono muscular y la pesada armadura de Pen, sujetar aquella arma tan pesada ya era todo un desafío, y recordar el peliagudo juego de piernas al mismo tiempo resultaba casi imposible. Pero Venner era un maestro exigente y no iba a perdonarle ni un minuto de la hora de clase. La haría trabajar un cuarto de hora más, seguro. Kelsea levantó la espada; el sudor le corría por las mejillas.

—¡Danzad, Señora, danzad!

Kelsea dio unos pasos atrás y luego adelante, anticipándose a un oponente imaginario. Esa vez no tropezó, lo que ya significaba una mejora; pero comprendió, por el suspiro de Venner, que no había ganado velocidad. Se volvió hacia él jadeando y levantó la espada, frustrada.

—Bueno, ¿qué más tengo que hacer?

Venner pasó el peso del cuerpo de una pierna a la otra y no dijo nada.

—¿Qué? —insistió ella.

—Os falta preparación física, Señora. Nunca llegaréis a ser tan ágil como una bailarina, pero podríais moveros más deprisa si llevarais menos peso.

Kelsea se ruborizó y volvió la cabeza. Sabía que pesaba más de la cuenta, pero una cosa era saberlo y otra muy diferente oírsele decir a alguien. Venner tenía edad para ser su padre, pero a ella no le gustaba oír sus críticas. Sabía que si Maza hubiera estado presente, no le habría dejado hablar de esa forma. Sin embargo, también sabía que ella misma fomentaba las impertinencias con su aire desenfadado y su negativa a castigar a nadie por su forma de expresarse.

—Hablaré con Mila —dijo al cabo de un rato—. A lo mejor puede cambiarme la dieta.

—No pretendía ofenderos, Señora.

Kelsea le hizo callar con un gesto; había oído moverse algo al otro lado de la puerta.

—¿Eres tú, Lazarus?

Maza entró en la habitación tras dar unos someros golpecitos en el marco de la puerta.

—Majestad.

—¿Me espiáis durante mis clases?

—No os espío, Señora. Solo protejo un interés.



—Eso dicen todos los espías. —Kelsea cogió un paño del banco y se enjugó el sudor de la cara—. Venner, creo que hemos acabado.

—Todavía nos quedan diez minutos.

—Hemos acabado.

Venner envainó su espada y puso cara de contrariedad.

—Pensad que dentro de tres días podréis seguir atormentándome, maestro de armas.

—Os atormento por vuestro propio bien, Señora.

—Dile a Fell que mañana quiero un informe sobre mi armadura.

Venner asintió, visiblemente turbado.

—Lamento el retraso, Señora.

—Y dile también que si mañana no puede demostrarme algún progreso, quizá a partir de ahora solo tenga un maestro de armas. Un hombre incapaz de proveerme de una armadura tras dos semanas no puede ser de fiar respecto a nada más.

—Un solo hombre no puede ocuparse debidamente de todo, Señora.

—Pues házselo entender, y cuanto antes. Estoy cansada de sus retrasos.

Venner se marchó muy compungido. Con ayuda de Maza, Kelsea empezó a quitarse el peto de Pen del sudado torso; cuando por fin se desprendió de él, aspiró entre los dientes. Con aquello puesto le dolían los pechos, pero al quitárselo le dolieron aún más.

—Venner tiene razón, Majestad —dijo Maza al dejar el peto encima del banco—. Necesitáis dos maestros de armas; siempre se ha hecho así. Uno para entrenar, otro para las adquisiciones.

—De acuerdo, pero no los quiero tan lentos.

Kelsea manipuló las hebillas que sujetaban la armadura a su pantorrilla. Era evidente que estaban diseñadas para hombres, hombres con las uñas cortas. Al tirar de la delgada tira de piel notó que se le doblaba la uña del dedo índice y gruñó por lo bajo.

—El Regente se ha marchado de la Ciudadela esta mañana.

—¿En serio? ¿Antes de la fecha límite?

—Creo que quiere evitar una persecución.

—¿Adónde irá?

—A Mortmesne, supongo. Aunque dudo mucho que le den la bienvenida que él espera. —Maza apoyó la espalda en la pared mientras inspeccionaba el peto de Pen—. En fin, ¿qué más da?

—Has venido a hablarme de otra cosa, Lazarus. Cuéntame.

La sombra de una sonrisa pasó por la cara de Maza.

—Tengo que hacer algunos cambios en la guardia, Señora.

—¿Cambios? ¿Qué cambios?

—Con la estructura actual, no puedo ocuparme de todo y, al mismo tiempo, hacer de escudo de Su Majestad. Necesitáis un guardaespaldas propiamente dicho, un protector que esté constantemente a vuestro lado.

—Y ¿por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Por ninguna razón concreta.

—Lazarus.

Maza dio un suspiro y sus facciones se tensaron.

—Señora, he cavilado mucho sobre lo que sucedió durante vuestra coronación. Lo he hablado con los demás. Estaban colocados para cubriros por todos los ángulos.

—Alguien gritó. Lo oí justo antes de que me clavaran el puñal.

—Fue para crear una distracción, Señora. Pero nosotros estamos demasiado bien entrenados para eso. Un guardia real tal vez vuelva la cabeza, pero nunca se mueve del sitio.

—¿Alguien de entre el público, entonces? ¿Arlen Thorne?

—Es posible, Señora, pero no lo creo. Estabais cubierta de un asalto directo. El puñal podrían haberlo lanzado desde la galería elevada, pero...

—¿Qué?

Maza sacudió la cabeza.

—Nada, Majestad. Todavía no estoy seguro, de eso se trata. Necesitáis un guardaespaldas que no se separe de vos, y cuya lealtad esté fuera de toda duda. Así, gozaré de libertad para investigar este asunto y para ocuparme de otras cosas.

—¿De qué cosas?

—Cosas de las que Su Majestad no quiere enterarse.

Kelsea lo miró a los ojos.

—¿Qué significa eso?

—No hace falta que sepáis todos los detalles de cómo defendemos vuestra vida.

—No quiero tener mi Ducarte particular.

Maza se sorprendió, y Kelsea tuvo un breve momento de triunfo; casi nunca sorprendía a Maza en nada.

—¿Quién os ha hablado de Ducarte?

—Carlin me contó que era el jefe de la policía mort, pero que en realidad era una tapadera para la tortura y el asesinato. Carlin dice que todo lo que hace un jefe de policía es un reflejo del gobernante al que sirve.

—En realidad, el título de Ducarte es Jefe de Seguridad Interna, Señora. Y, como tantos otros tesoros de lady Glynn, esa afirmación suena notablemente ingenua en los tiempos que corren.

—¿Lady Glynn? —Kelsea se olvidó por completo de Ducarte—. ¿Carlin era noble?

—Lo era, sí.

—¿Cómo la conociste?

Maza arqueó las cejas, un tanto sorprendido.

—¿Nunca os lo contó, Señora? Era la institutriz de vuestra madre. Todos la conocíamos, quizá mejor de lo que nos habría gustado.

¡Una institutriz! Kelsea reflexionó un instante sobre eso; se imaginó a Carlin allí, en el Pabellón Real, instruyendo a la niña Elyssa. No le costó ningún esfuerzo.

—¿Cómo se convierte una aristócrata en institutriz?

—Lady Glynn era amiga íntima de vuestra abuela, Señora. Supongo que fue un favor que se le concedió. La reina Arla tenía a lady Glynn por una persona sumamente inteligente, y además tenía muchos libros.

—Pero ¿por qué me entregó mi madre a Carlin? ¿Eran amigas?

Maza apretó las mandíbulas y adoptó una expresión de testarudez que a esas alturas Kelsea ya conocía bien.

—Estábamos hablando de buscaros un guardaespaldas, Señora.

Kelsea lo fulminó brevemente con la mirada, antes de volver a ocuparse de su armadura. Repasó mentalmente la lista de sus guardias.

—Pen. ¿Puede ser Pen?

—Caray, qué alivio. Pen está tan deseoso de ocupar ese puesto que, si no, no sé qué haría con él.

—¿Es la mejor opción?

—Sí. Si no puedo ser yo, lo mejor es la espada de Pen. —Recogió el peto y se lo llevó hasta la puerta; se detuvo allí y agregó—: El sacerdote que celebró vuestra coronación, el padre Tyler, ha solicitado una audiencia privada con vos.

—¿Por qué?

—Supongo que el Arvath quiere teneros vigilada. El Santo Padre es un viejo zorro.

Kelsea se acordó de la Biblia, asombrosamente antigua, que el sacerdote tenía en las manos.

—Que venga el domingo; eso debería gustarle a la Iglesia. Y trátalo bien. No lo asustes.

—¿Por qué?

—Me parece que la Iglesia tiene libros.

—¿Y?

—Que los quiero.

—Veréis, Majestad, en las Tripas hay sitios donde se abastecen todo tipo de gustos.

—No sé qué significa eso.

—Significa que un fetiche es un fetiche.

—¿De verdad no das ningún valor a los libros?

—No, ninguno.

—Entonces somos diferentes. Quiero todos los libros que podamos encontrar, y ese sacerdote podría sernos útil.

Maza la miró con gesto de exasperación, pero recogió la armadura y se la llevó por la puerta. Kelsea se recostó en el banco, agotada. Recordó las palabras de Venner y volvió a ruborizarse. Era consciente de su sobrepeso. Siempre había sido más bien gruesa, pero llevaba mucho tiempo sin salir al aire libre, y, entre esto último y las heridas, había perdido la poca condición física que tenía. Ninguna reina de ningún libro de cuentos había tenido que enfrentarse jamás a ese problema. Hablaría con Mila, pero al día siguiente, cuando no se sintiera tan sudada y horrible. Además, después del entrenamiento con Venner, necesitaba una buena comida.

Le hizo una seña con la cabeza a Cae, que estaba junto a la puerta de una de las habitaciones del pasillo. Esa habitación era importante para la seguridad, pues daba acceso a un ancho balcón con una espléndida vista panorámica de la ciudad y, más allá, de la llanura del Almont. Kelsea acostumbraba salir allí cuando echaba de menos el aire libre, pero no era lo mismo que el bosque, ni mucho menos, y a veces sentía una necesidad imperiosa de echar a correr y estar entre árboles y bajo el cielo.

«Así es como acostumbran a las mujeres a quedarse en casa —pensó, y esa idea resonó en su mente como una canción fúnebre—. Así es como

acostumbran a las mujeres a la pasividad.»

Fue caminando despacio por el pasillo hasta la sala de audiencias, donde los guardias montaban guardia en posición de firmes. Ese día eran Pen, Kibb, Mhurn y otro soldado al que Kelsea nunca había visto. Por lo que había podido oír, había deducido que habían seleccionado a unos cuantos reclutas más; al ofrecerse voluntarios, esos hombres se sometían a un interrogatorio realmente severo por parte de Maza, pero, si lo superaban, hacían el juramento y se convertían en guardias reales para el resto de su vida. Seguían evitando mirarla a los ojos, un hábito que a ella le resultaba irritante, pero ese día Kelsea lo agradeció. Sabía que estaba hecha un desastre, y estaba demasiado cansada para mantener algo parecido a una conversación. Lo único que quería era darse un baño caliente.

Andalie estaba donde siempre, junto a la puerta de la alcoba de Kelsea, con una toalla limpia en las manos. Kelsea había dejado claro que no necesitaba ayuda para bañarse (le horrorizaban las mujeres que la necesitaban), pero, aun así, Andalie siempre parecía saber cuándo debía tener las cosas preparadas. Kelsea cogió la toalla con intención de entrar en su alcoba, pero entonces se detuvo. Percibió algo distinto en la cara de Andalie, que no tenía su expresión inescrutable habitual. Fruncía el ceño y sus manos se movían delatando un ligero nerviosismo.

—¿Qué ocurre, Andalie?

Andalie fue a decir algo, pero rectificó:

—Nada, Señora.

—¿Ocurre algo?

Andalie negó con la cabeza, pero arrugó un poco más la frente con gesto de frustración. Kelsea se fijó en la palidez de su rostro.

—Pasa algo.

—Sí, Señora, pero no sé qué es.

Desconcertada, Kelsea se quedó mirándola, pero Andalie no dio más explicaciones, así que Kelsea desistió y entró en su alcoba; cuando se cerró la puerta, dio un suspiro de alivio. Su baño estaba preparado; de la bañera ascendían volutas de vapor que cubrían el espejo. Kelsea dejó un rastro de ropa húmeda y se metió en el agua caliente. Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el borde de la bañera, suspiró de satisfacción y cerró los ojos. Quería relajarse y no pensar en nada, pero su mente, inquieta, volvía una y otra vez a su doncella: Andalie, que sabía cosas sin que se las dijeran. Si Andalie

estaba preocupada, Kelsea sabía que ella también debía estarlo.

Arliss y Maza formaban una maquinaria eficaz. Ya habían conseguido sobornar a alguien de la Junta del Censo, y empezaba a llegar información al Pabellón Real. Hasta esos pocos datos aislados eran alarmantes: la familia tear típica tenía siete hijos. La Iglesia de Dios denunciaba el uso de métodos anticonceptivos, y el Regente había apoyado esa postura pese a que él, en secreto, los utilizaba. La acusación de aborto, una vez demostrada, significaba la condena a muerte para la madre y para el cirujano. Los ricos podían pagar para saltarse esas normas, como siempre, pero los pobres no, y eso se sumaba a un viejo problema: había demasiados niños pobres. Cuando la generación más joven alcanzara la edad adulta, forzaría aún más los recursos del reino.

Suponiendo que llegaran a la vida adulta, por supuesto. La escasez de médicos era un problema sin solución clara. En América, antes de la Travesía, la medicina había alcanzado un nivel que con toda probabilidad el mundo jamás volvería a ver tras el desastre de la Nave Blanca. Los pobres tear morían con frecuencia de apendectomías chapuceras hechas en las casas.

Sin embargo, poco a poco se estaban perfeccionando las técnicas de filtrado de agua, y ya se obtenía agua libre de las más sutiles impurezas. La confección de sombreros seguía progresando, y las tradiciones agrícolas seguían siendo sólidas. Kelsea suponía que todas esas eran habilidades transferibles. Se lavó las manos mientras miraba el techo. Andalie le había conseguido un jabón excelente, con suave perfume a vainilla, no como el de intenso aroma floral que, por lo visto, preferían los ricos. Andalie, al menos, tenía la suerte de poder bajar al mercado todos los días, aunque siempre la acompañaba una escolta formada por cinco hombres. Kelsea no se había olvidado del corpulento marido de Andalie, y lo creía perfectamente capaz de secuestrarla si se la encontraba sola en las calles de la ciudad. Eso habría sido un desastre. Kelsea ya no podía negar que Andalie valía su peso en oro; además, bastaba con que pensara en algo que quería para que ella lo tuviese preparado. Pen sostenía que la capacidad de anticipación de Andalie era una señal indudable de clarividencia, y Kelsea estaba convencida de que tenía razón.

El zafiro había empezado a calentarse. Lo levantó, goteante, y vio que volvía a resplandecer: despedía un brillo de un azul intenso que se reflejaba en los lados de la bañera. La joya era mágica, sin duda, pero ¿para qué servía? Kelsea hizo una mueca, soltó el collar y se hundió un poco más en el agua perfumada de vainilla. Decidió concentrarse en temas más serios. Después de

la medicina, otro problema era la educación. Ya hacía más de dos décadas que a los niños del Tearling no se les exigía ir a la escuela. Ya antes de que toda la población alfabetizada fuera incluida en el Censo, el interés del Estado por la educación había ido disminuyendo. Y ¿quién había revocado definitivamente la escolarización obligatoria? La insigne reina Elyssa, cómo no. Hasta Maza parecía avergonzado cuando lo admitió. Era un sistema excelente para aumentar la productividad: permitir a los niños quedarse en casa para que aprendieran a trabajar en los campos de los nobles. Todos los días, Kelsea descubría algo más sobre el gobierno de su madre, y cada revelación era peor que la anterior.

De pronto, el calor del zafiro se intensificó, abrasándole el pecho.

Kelsea dio un respingo y abrió los ojos de golpe. Había un hombre de pie ante ella, a un palmo escaso de distancia. Iba vestido de negro de pies a cabeza, y una máscara le ocultaba la cara por completo, salvo los ojos. Llevaba puestos unos gruesos guantes de piel y blandía un puñal largo y estrecho. Tal vez fuera cadén, o tal vez no, pero su aspecto era inconfundible: era un verdugo. Antes de que Kelsea pudiera reaccionar, el hombre le puso el puñal en el cuello.

—Si hacéis el más mínimo ruido, moriréis.

Kelsea miró alrededor, pero no había forma de pedir ayuda. La puerta, que ella nunca cerraba con pestillo, lo estaba ahora. Si gritaba, acudirían a auxiliarla, pero no llegarían a tiempo.

—Fuera de la bañera.

Kelsea se sujetó a los bordes y se levantó, salpicando el suelo de agua. El asesino se apartó un poco para dejarla salir, pero sin separar el puñal de su cuello. Ella se quedó temblando junto a la bañera, goteando en el frío suelo de piedra. Se sonrojó, avergonzada de su desnudez, pero dominó rápidamente su bochorno. Oyó una vocecilla en la cabeza; no supo si era la de Barty o la de Maza.

«Piensa.»

El asesino retiró el puñal de su cuello y se lo acercó al pecho izquierdo.

—Moveos muy despacio.

La tela de la máscara le amortiguaba la voz, pero a Kelsea le pareció que era bastante joven. Cada vez temblaba más, y la punta del puñal se le clavó.

—Quitaos el collar con la mano derecha y dádmelo.

Kelsea se quedó mirándolo, apabullada, pese a que solo alcanzaba a ver un

par de ojos tras una máscara negra. ¿Por qué no la mataba y le quitaba él mismo el collar? Porque pensaba matarla de todas formas, de eso no le cabía duda.

«No puede coger el collar él mismo. O al menos cree que no puede.»

—Necesito dos manos para quitármelo —repuso Kelsea—. La cadena tiene un broche.

Se oyeron tres golpes en la puerta, y Kelsea dio un respingo. El asesino también se sobresaltó; el puñal se clavó más en el pecho de Kelsea; aspiró entre los dientes, dolorida, y notó que un hilillo de sangre resbalaba despacio hacia el pezón.

—Cuidado con lo que contestáis —le susurró el asesino. Sus ojos eran dos fríos puntitos de luz.

—¿Sí?

—¿Señora? —Era Andalie—. ¿Estáis bien?

—Sí, estoy bien —contestó Kelsea con soltura, y se preparó para notar cómo se le clavaba el puñal—. Ya te llamaré cuando quiera que vengas a lavarme el pelo.

Los ojos del asesino brillaron detrás de la máscara, y Kelsea se esforzó para mantener un gesto inexpresivo. El silencio al otro lado de la puerta se hizo eterno.

—Sí, Señora —replicó Andalie. Y no se oyó nada más.

El asesino aguzó el oído durante un minuto, pero fuera no se oía nada. Al final se relajó y aflojó un poco el puñal.

—El collar. Podéis usar las dos manos, pero despacio. Quitáoslo y dádmelo.

Kelsea se llevó las manos a la nuca, muy despacio, como si actuara. Sujetó el cierre del collar y fingió manipularlo; sabía que si se lo quitaba, estaba perdida. Miró más allá del hombre, que seguía plantado delante de ella, y vio que una de las losas del suelo estaba levantada y fuera de su sitio, y que un cuadrado oscuro interrumpía el diseño del suelo. Tiempo, necesitaba tiempo.

—No me mate, por favor.

—El collar. Vamos.

—¿Por qué? —Con el rabillo del ojo, Kelsea vio movimiento en la cerradura de la puerta, pero no apartó la vista de la máscara—. ¿Por qué no me lo quita?

—¿Quién sabe? Pero me pagan menos por el collar que por cortaros el



cuello, así que no juguéis conmigo. Quitáoslo.

La cerradura de la puerta dio un chasquido.

Al oírlo, el asesino giró sobre sí mismo con un ágil movimiento de piernas y brazos. Se colocó detrás de Kelsea, rodeándole la cintura con un brazo y con el puñal de nuevo apuntándole al cuello; fue tan rápido que Kelsea, impotente, se encontró inmovilizada delante de su atacante antes de abrirse la puerta.

Maza entró despacio en la habitación. Kelsea distinguió a unos diez guardias detrás de él, asomándose para ver algo; entonces el asesino le clavó la punta del puñal en el cuello y a la joven se le nubló la visión.

—Si das un paso más, la mato.

Maza se detuvo. Tenía los ojos muy abiertos y una falsa expresión de impasibilidad.

—Cierra la puerta y echa el pestillo.

Maza se llevó una mano a la espalda sin apartar la vista del asesino y cerró la puerta suavemente, dejando fuera al resto de los guardias. Echó el pestillo.

—A lo mejor llegas hasta mí, guardia real —continuó el asesino sin subir la voz, en un tono casi coloquial—, pero no sin que ella muera antes. Quédate donde estás, contesta mis preguntas y podrás prolongar su vida. ¿Entendido?

Maza asintió. Ni siquiera miró a Kelsea, que apretaba los dientes. El asesino dio un paso atrás, arrastrándola con él, y el puñal se clavó un poco más hondo en el cuello de Kelsea.

—¿Dónde está el otro collar?

—Eso solo lo sabía Carroll.

—Mientes. —Otro paso atrás—. Los dos collares desaparecieron al mismo tiempo que la niña. Eso ya lo sabemos.

—Pues entonces sabes más que yo. —Maza extendió las manos—. Yo entregué a la cría con un solo collar.

—¿Dónde está la corona?

—Lo mismo. Solo lo sabía Carroll. —Otro paso atrás.

«El agujero del suelo», pensó Kelsea. ¿Pensaba llevársela con él? No, claro que no; por allí no cabían los dos. El asesino la degollaría, y entonces escaparía. Era evidente que Maza había llegado a la misma conclusión, porque no paraba de mirar alternadamente al asesino y el agujero del suelo.

—No podrás escapar.

—¿Por qué no?

—Conozco todos los pasillos de esta ala.

—¿Seguro?

Kelsea oyó murmullo de voces al otro lado de la pared, y ruido de armas. Pero era como si estuvieran a años luz. Allí dentro solo se oía el frío silbido del aliento del hombre en su oído, superficial y constante, sin rastro de ansiedad.

—Esta es vuestra última oportunidad de quitaros el collar —murmuró, y le hincó un poco más el puñal, obligándola a acercarse más a él—. Si me obedecéis, a lo mejor os dejo vivir.

—Vete al cuerno —gruñó Kelsea.

Pero bajo su ira sentía latir la desesperación; ¿tanto sufrimiento para que al final la mataran desnuda e indefensa? ¿Era así como la historia recordaría su muerte?

El asesino tiró del zafiro que colgaba entre los pechos de Kelsea, pero la cadena no se soltó. Tiró más fuerte, y la cadena se clavó en la nuca de Kelsea. La joven se puso rígida, y la ira brotó de no supo dónde. Fue providencial: su miedo se esfumó rápida y silenciosamente. Kelsea notaba el zafiro, una presión pulsante que ardía como un latido dentro de su mente. Con cada tirón que daba la cadena, la ira de Kelsea aumentaba. El zafiro no quería separarse de ella.

«¿Por qué no?», se preguntó Kelsea. Y, aunque no esperaba obtener respuesta, esta surgió de algún misterioso rincón de su mente: «Porque tengo mucho que enseñarte, niña». Era una voz extraña, increíblemente lejana. Parecía provenir de algún lugar más allá de toda distancia. Kelsea parpadeó, sorprendida. La cadena no colaboraba, y el asesino empezó a ejercer más fuerza; ahora la atención de aquel hombre estaba dividida, y Maza se había dado cuenta y había empezado a describir un círculo hacia la izquierda mientras, sin mudar la expresión, miraba a Kelsea, a su captor y el agujero del suelo. Kelsea tenía el vientre manchado de sangre, y parecía que los brazos que la rodeaban fueran a ceder un poco. Pero el cuchillo que se le clavaba en el cuello seguía firme, y Maza todavía estaba a tres metros de distancia. Kelsea no se atrevía a intentar soltarse.

El asesino dio un tirón al zafiro con tanta fuerza que el broche se clavó en el cogote de Kelsea, que sintió cómo su rabia aumentaba y algo se partía dentro de ella; el calor aumentó en su pecho, una pequeña explosión que la impulsó hacia atrás. Maza desenvainó la espada, que produjo un ruido áspero, pero parecía que estuviera muy lejos de allí, como si no formara parte de aquello.

El asesino dio un gruñido, y el brazo que sujetaba a Kelsea se soltó; al cabo de un momento, Kelsea oyó caer un cuerpo al suelo.

—¡Señora!

Maza la sujetó e impidió que se derrumbara. Kelsea abrió los ojos y vio su cara a solo unos centímetros.

—Estoy bien, Lazarus. Solo tengo unos pinchazos.

El asesino estaba tendido boca arriba, inerte y despatarrado. Maza soltó a Kelsea y se agachó junto al cuerpo del asesino; el guardia se movía despacio; podía tratarse de una trampa. Cuando le quitó el puñal de la mano al asesino, este ni siquiera movió los dedos. Kelsea no vio ninguna herida, pero supo que el hombre estaba muerto. Lo había matado. La joya lo había matado. ¿O habían sido las dos?

—¿Qué ha pasado?

—La luz azul, Señora. La luz de la joya. No lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

De pronto Kelsea se dio cuenta de que estaba completamente desnuda; Maza reparó en ello al cabo de un momento y le acercó la gran toalla blanca que colgaba junto a la bañera. Kelsea se envolvió con ella y no se fijó en que la sangre que le salía del pecho izquierdo empezaba a traspasar la toalla. Examinó el zafiro: ya no despedía aquel calor abrasador, y colgaba sobre su escote, brillante y de un azul intenso.

«Tan tranquilo», pensó Kelsea.

Maza había vuelto a agacharse junto al cadáver. No parecía sentir repulsión por él; sus manos le buscaban el pulso y lo examinaban.

—Está muerto, Señora. Y no tiene ninguna marca.

Buscó por la nuca del asesino y, cuando retiró la máscara negra, reveló la cara de un joven moreno, con perfil aristocrático y labios de un rojo intenso. Mascullando, Maza le dio la vuelta al cadáver, se sacó un puñal del cinto y practicó un corte en la ropa. Bajo la tela apareció una marca en el omoplato: un sabueso corriendo, con las patas estiradas. Kelsea se estremeció al darse cuenta de que aquella marca estaba en el mismo sitio donde ella tenía la herida.

—Cadén —murmuró Maza.

Fuera cada vez había más barullo, y ambos parecieron notarlo al mismo tiempo; Maza se levantó, fue hasta la puerta y dio unos golpecitos con los nudillos.

—Soy Maza. Bajad las armas.

Abrió la puerta despacio e hizo señas a Elston para que entrara en la habitación. Lo siguieron otros guardias con las espadas desenvainadas; primero miraron a Kelsea y, luego, al hombre que yacía en el suelo. Coryn entró presuroso con el botiquín, pero Maza lo detuvo con un ademán, y dijo:

—La reina solo tiene algún arañazo.

Kelsea torció el gesto. Solo tenía algún arañazo, pero las heridas empezaban a dolerle ahora que su cuerpo había dejado de producir adrenalina. La toalla, áspera, le estaba irritando la delicada piel del pecho. Se palpó el cuello con cuidado, y cuando retiró la mano la tenía manchada de sangre. Resignada, vio que Coryn sacaba una fina tira de tela blanca y la empapaba con desinfectante. Habría preferido que la dejara vestirse antes de curarle las heridas. No quería que todos aquellos hombres le viesan las piernas y los brazos desnudos. Y entonces sintió algo aún peor: vanidad. El sello distintivo de su madre, y Kelsea no quería nada de su madre. Estuvo a punto de soltar la toalla para dejarlo claro, pero no tuvo valor.

Maza contemplaba el agujero del suelo. Kelsea no le veía la cara, pero su postura lo decía todo. Antes de que ella pudiera hacer algún comentario, él desenvainó la espada, saltó al agujero y desapareció. Nadie se mostró sorprendido. Varios guardias rodearon el cadáver del asesino y lo observaron como médicos que se disponen a emitir un diagnóstico.

—Que Dios nos ampare. Son todos unos traidores —murmuró Galen, y los demás asintieron en silencio.

—¿El Regente? —preguntó Cae.

—No, ni hablar. Esto es obra de Thorne.

—Jamás podremos demostrarlo —se lamentó Mhurn sacudiendo la cabeza.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Kelsea ciñéndose la toalla. Coryn le aplicó la tira de tela en el cuello, y Kelsea resopló un poco. No sabía qué clase de desinfectante era aquel, pero escocía como el demonio.

—Es un lord de la casa Graham, Señora —respondió uno de los guardias—. Creíamos que eran leales a vuestra madre.

Kelsea no reconoció al guardia que acababa de hablar, pero sí reconoció su voz. Al cabo de un momento, sorprendida, cayó en la cuenta de que era Dyer. Se había afeitado la barba pelirroja.

—Dyer, ¿esa es la cara que escondías bajo la barba?

Este se puso muy colorado. Pen rio con ganas, y Kibb le dio una palmada en

la espalda a Dyer.

—Yo ya se lo advertí, Señora. Ahora, cuando se ponga colorado, todos lo veremos.

—¿Dónde has estado, Dyer?

La puerta de la alcoba se abrió hasta golpear la pared. Todos se dieron la vuelta (Kelsea, al hacerlo, dio un grito de dolor), y Maza irrumpió en la habitación. Tenía manchas rojas en las mejillas, y la expresión de su mirada era tan intimidatoria que Kelsea creyó que le saldrían chispas por los ojos. La voz de Maza parecía el bramido de un dios iracundo:

—¡Pen!

Este se apresuró a adelantarse.

—¡Señor!

—A partir de ahora, serás el guardaespaldas de la reina. No te separarás de ella ni un momento, ¿entendido? Ni un solo momento. Para nada.

—Lazarus —le interrumpió Kelsea con toda la gentileza de que fue capaz —, esto no es culpa tuya.

Maza, con los dientes apretados, lanzaba miradas desesperadas a diestro y siniestro; sus ojos parecían dos fieras enjauladas. De pronto, Kelsea temió que la agrediera.

—Ni un solo momento, Señor —replicó Pen, y fue a colocarse delante de Kelsea, ocultándosela al resto de la Guardia.

Maza se dirigió a sus hombres mientras señalaba el agujero del suelo:

—Eso es un túnel, muchachos. Yo conocía su existencia, pero no me preocupaba. ¿Sabéis por qué? Porque pasa por debajo de tres habitaciones y va a parar a una de las estancias vacías del final del pasillo.

Los guardias se miraron, perplejos. Elston, involuntariamente, dio un paso atrás. Mhurn se había quedado blanco como el papel.

—¿Alguien no entiende lo que eso significa?

Todos se quedaron quietos, como a la espera de que estallara una tormenta.

—¡Significa —bramó Maza— que entre nosotros hay un traidor!

Con un movimiento fluido, agarró la silla del tocador y la lanzó contra la pared del fondo; la silla se destrozó y quedó reducida a un montón de trozos de madera.

¡Alguien dejó entrar a este cerdo! Alguien que vigilaba uno de los túneles o que conocía las contraseñas. Uno de vosotros es un mentiroso de mierda, y cuando lo descubra...

—Señor —le interrumpió Galen en voz baja al tiempo que hacía un ademán apaciguador.

—¿Qué?

—Haría falta más de un traidor para dejar entrar aquí a un asesino. Haría falta también un centinela de la Puerta.

Varios guardias asintieron y murmuraron en señal de aprobación.

—Los centinelas de la Puerta me tienen sin cuidado —dijo Maza con rabia—. Son unos inútiles, por eso están donde están.

Se quedó callado un momento respirando con fuertes bocanadas. Kelsea pensó en nubes de tormenta, nubes que podían alejarse impulsadas por el viento o descargar violentamente arrasándolo todo. Se estremeció; de pronto sentía mucho frío, y su parte más egoísta se preguntó cuándo acabaría aquella escena y podría vestirse.

—Lo que me importa —continuó Maza, y su voz era una amenaza cargada de violencia— es que alguien de los que estamos aquí ha roto su juramento. Estoy seguro de que es la misma persona que le clavó un puñal a la reina durante la ceremonia de coronación. Y lo descubriré: si duda que lo haré, es que es imbécil.

Guardó silencio y siguió respirando ruidosamente. Kelsea miró al resto de la guardia, a los hombres que la habían rodeado el día de la coronación: Elston, Kibb, Pen, Coryn, Mhurn, Dyer, Cae, Galen, Wellmer... Aquel día todos habían estado lo bastante cerca de ella para poder agredirla, y, por lo visto, Pen era el único libre de sospechas. Maza había desenfundado el puñal de su cinto y miró fijamente a sus hombres, uno a uno, taladrándolos con una mirada gélida. Kelsea quería decir algo, pero el silencio del resto de los guardias le indicó que nada de lo que ella dijera serviría de mucho. Intentó asimilar la idea de que uno o más de aquellos hombres había roto su juramento. Ella creía que había avanzado algo en su relación con ellos, pero había vuelto a pecar de ingenua.

Al cabo de un momento, Maza se serenó un poco; se guardó el puñal y señaló el cadáver.

—¡Llevaos esta mierda de aquí! —ordenó.

Varios hombres dieron un paso adelante, y Kelsea estuvo a punto de hacerlo también.

—Necesitamos algo con que tapanlo —murmuró Kibb—. No conviene que los niños vean la sangre.

Elston incorporó el cadáver hasta sentarlo.

—No hay sangre.

—¿Se ha desnucado?

—No.

—Entonces ¿cómo ha muerto? —preguntó Mhurn desde la pared más alejada, con sus azules ojos fijos en Kelsea.

—¡Moveos! —les gritó Maza.

Elston y Kibb levantaron el cadáver, y el resto de los guardias salieron de la alcoba detrás de ellos, en grupo, murmurando y mirando de reojo a Kelsea.

Maza se dirigió a Pen:

—Escúchame bien: librarás dos fines de semana cada mes. Pero el resto del tiempo no quiero verte a más de tres metros de la reina, ¿entendido? Os instalaréis en uno de los dormitorios con antecámara; tú dormirás allí, y así, la reina tendrá intimidad.

—Un poco de intimidad —lo corrigió Kelsea. Maza la miró con sus grandes ojos castaño oscuro, y ella levantó ambas manos en un gesto de rendición—. Vale, vale.

Maza giró sobre sí mismo y salió a grandes zancadas de la habitación.

—Se le pasará, Señora —la tranquilizó Pen—. No es la primera vez que se pone así. Solo necesita salir y matar a alguien, y volverá a ser el de siempre.

Kelsea sonrió, un tanto confusa: no estaba segura de que Pen lo hubiera dicho en broma. Estaba temblando, a pesar de que no tenía frío, y se le doblaban las rodillas. De pronto apareció Andalie con un montón de ropa limpia.

—Os habéis manchado de sangre, Majestad. Deberíais meteros otra vez en la bañera.

Pen sonrió como disculpándose y dijo:

—Me han ordenado que no os deje sola, Señora. ¿Qué os parece si me quedo de cara a la pared?

Kelsea sacudió la cabeza y soltó una risa forzada.

—Sí, claro. Así tendré intimidad.

Pen se dio la vuelta y se quedó mirando hacia la puerta. Al cabo de un momento, al no tener otra alternativa, Kelsea se desprendió de la toalla y se metió en la bañera; hizo una mueca cuando el agua se tiñó de rosa. Empezó a lavarse, tratando en vano de olvidarse de que Pen estaba en la habitación.

«Bueno, ¿qué más da? Ya me han visto todos desnuda.» La idea era tan

vergonzosa que Kelsea soltó una risita nerviosa; pero no tenía otro remedio. Andalie, entretenida recogiendo el pelo rebelde y mojado en un moño y sujetándose con un pasador de plata, no se dio cuenta. Su rostro permanecía imperturbable, y por primera vez, pero no la última, Kelsea pensó que el destino se había equivocado. La reina debería haber sido Andalie, y no ella.

—¿Una taza de té, Señora?

—Sí, por favor.

Andalie se detuvo en el umbral y, sin darse la vuelta, dijo:

—Perdonadme, Señora. Lo vi venir, pero no vi qué forma tomaría. No vi al hombre en la habitación.

Kelsea parpadeó, pero Andalie ya había salido y había cerrado la puerta.

La fecha límite impuesta por Mortmesne llegó y pasó, y Maza seguía sin regresar.

Al principio, Kelsea se alarmó, pero luego se dio cuenta de que al resto de sus guardias no les preocupaba la ausencia del capitán. Pen le explicó que Maza tenía por costumbre desaparecer de vez en cuando y que volvía cuando menos lo esperaban. Y Pen tenía razón, porque Maza volvió al cabo de tres días; Kelsea se lo encontró sentado a la mesa, recién duchado, cuando salió de su alcoba para comer. Le preguntó dónde había estado, pero Maza, como era de esperar, se negó a darle explicaciones.

Sus guardias habían llevado el cadáver del asesino a la plaza del centro de Nueva Londres (según la costumbre, como descubrió Kelsea, horrorizada) y lo empalaron en una pica y lo dejaron allí para que se pudriera. Si había que dar crédito a Arliss, se estaba extendiendo por toda la ciudad el rumor de que la reina había matado ella sola a un cadén, por medio de magia. El joven lord Graham no tenía ninguna herida, y sin embargo estaba más muerto que un cementerio.

Varias veces al día, Kelsea se sacaba el zafiro de debajo del vestido y se quedaba mirándolo, deseando que la joya volviera a hablarle, que hiciese algo inusual. Pero no pasaba nada. Se sentía una farsante.

Maza no compartía su inquietud.

—¿Qué más da que no lo hicierais a propósito, Señora? Lo que importa es el resultado.

Kelsea, medio sentada en la mesa de comedor, examinaba un mapa de la



frontera mort. Maza había sujetado las cuatro esquinas del mapa con unas tazas de té para que no se enrollara.

—Me importa, Lazarus. No tengo ni idea de qué pasó ni de cómo repetirlo.

—Sí, pero eso solo lo sabemos vos y yo, Señora. Y, creedme, eso es de gran ayuda. Se lo pensarán dos veces antes de volver a atacaros directamente.

Kelsea bajó la voz para que no la oyeran los guardias, de pie contra las paredes.

—¿Qué sabes de nuestro traidor?

Maza arrugó el ceño y señaló un punto del mapa; bajó también la voz y dijo:

—He avanzado un poco, Señora. Pero todavía no tengo nada concreto que presentaros.

—¿Qué avance es ese?

—Sólo es una teoría.

—No es gran cosa.

—Mis teorías suelen ser correctas, Majestad.

—¿Tengo que preocuparme?

—Solo si cogen a Pen desprevenido, Señora. Pero me preocupa más la posibilidad de que el sol salga por el oeste.

De pronto, una de las esquinas del mapa se soltó y Maza renegó, la desenrolló y volvió a ponerle la taza encima.

—¿Qué te preocupa, Lazarus?

—Quiquiera que sea ese hombre, Majestad, no debería haber llegado tan lejos. La traición se huele; de hecho, deja un rastro hediondo, y es la primera vez que no la detecto.

Kelsea sonrió y le dio un golpecito en el bíceps.

—A lo mejor eso es bueno para tu engreimiento —dijo. Pero entonces, al ver que estaba sinceramente herido en su orgullo, se puso seria y lo agarró por el hombro—. Lo encontrarás, Lazarus. No desearía ser ese traidor ni por todo el acero de Mortmesne.

—¿Majestad? —Dyer acababa de salir del pasillo.

—¿Sí?

—Queremos enseñaros una cosa.

—¿Ahora?

Kelsea se enderezó y vio un fenómeno extraño: Dyer sonreía. Maza le hizo una seña para indicarle que podía ir con él, y ella siguió a Dyer por el pasillo; Pen fue tras ella sin decir nada. Tom y Wellmer esperaban dos puertas más allá

del nuevo dormitorio de Kelsea; ambos sonreían también, y Kelsea se les acercó con cautela. Quizá hubiera sido demasiado cordial con todos ellos. ¿Acaso iban a gastarle una broma?

—Pasad, Señora —dijo Wellmer invitándola a entrar.

El entusiasmo le hacía parecer más joven de lo que era; iba dando pequeños brincos como un crío el día de Navidad, o como un crío que necesitaba urgentemente ir al cuarto de baño.

Kelsea entró en la habitación, una estancia acogedora de techos bajos y sin ventanas. Había cinco sillones y dos sofás, y en varios de ellos había niños sentados. Los hijos de Andalie, pensó Kelsea, pero no estaba segura. Interrogó a Dyer con la mirada, y él señaló la pared del fondo.

Kelsea reconoció las estanterías; llevaba dos semanas viéndolas en la alcoba de su madre y lamentando que estuvieran vacías. Pero ahora los estantes estaban llenos. Kelsea se adentró más en la habitación, con la vista fija en los libros, como hipnotizada. Reconoció todos los títulos, pero hasta que no vio el enorme volumen encuadernado en cuero marrón de Shakespeare, el orgullo de Carlin, no comprendió qué había hecho Maza.

—¿Era esto lo que estabas haciendo, Dyer?

—Sí, Señora. Maza quería que fuera una sorpresa.

Kelsea examinó atentamente los libros. Estaban tal como los recordaba, tal como los había visto la última vez en la biblioteca de Carlin. Además, alguien se había tomado la molestia de alfabetizarlos por autor. Habían mezclado las obras de ficción con las de no ficción; Carlin se habría escandalizado. Pero a Kelsea le emocionó que se hubieran tomado esa molestia.

—No hemos perdido ni un solo libro, Majestad. Tapamos muy bien el carro, pero ni siquiera llovió. Creo que no se han estropeado.

Kelsea contempló los estantes un poco más; entonces se volvió hacia Dyer con los ojos llorosos.

—¡Gracias!

Dyer miró hacia otro lado. Kelsea observó entonces a los niños sentados en los sillones y los sofás: había dos chicos adolescentes, una niña de once o doce años y otra más pequeña, de unos ocho.

—Sois los hijos de Andalie, ¿verdad?

Los tres mayores se quedaron callados, pero la más pequeña de las niñas asintió enérgicamente y dijo:

—¡Hemos ayudado a ordenar los libros alfabéticamente! ¡Nos acostamos

muy tarde!

—Sí, son los hijos de Andalie, Señora —confirmó Dyer.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo Kelsea—. Gracias.

Los chicos y la niña más pequeña sonrieron con timidez, pero la mayor se quedó mirando a Kelsea con gesto huraño. Kelsea estaba desconcertada. Nunca había hablado con aquella niña; apenas la había reconocido. De todos los niños que estaban en el sofá, ella era la que se parecía más al marido de Andalie; las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo, y tenía los ojos hundidos y de mirada recelosa. Al cabo de un momento, la niña volvió la cabeza, y Kelsea se tranquilizó; la niña se parecía físicamente a su padre, pero su actitud desdeñosa era típica de Andalie.

Kelsea miró alrededor buscando a Maza, pero no lo vio.

—¿Dónde está Lazarus?

Lo encontró en la otra habitación, sentado a la mesa, encorvado sobre el enorme mapa del Nuevo Mundo.

—Gracias por la sorpresa.

Maza se encogió de hombros.

—Sabía que no podríais concentraros en nada hasta que os trajéramos los libros.

—Significan mucho para mí.

—Yo no entiendo la fascinación que sentís por ellos. No os alimentan, ni os protegen. No hacen nada para manteneros con vida. Pero me doy cuenta de que son importantes para vos.

—Si alguna vez puedo hacer algo por ti, solo tienes que decírmelo.

Maza arqueó las cejas.

—Cuidado con las promesas inconcretas, Señora. Tengo cierta experiencia con ellas. Creedme: cuando menos lo esperas, te atacan por la espalda.

—No importa: lo digo en serio. Si puedo hacer algo por ti, dímelo y lo haré.

—De acuerdo. Haced un montón con esos libros y prendedles fuego.

—¿Cómo dices?

—¿Lo veis? Cuidado con las promesas inconcretas.

A Kelsea se le hizo un nudo en la garganta. Maza la observó un momento con interés, y entonces rio y dijo:

—Tranquilizaos, Señora. La promesa de una reina es un bien muy valioso; yo no la malgastaría así. Vuestros libros no suponen ningún peligro, al menos desde el punto de vista defensivo.

—Eres increíble, Lazarus.

—Tenéis razón.

—De verdad, gracias.

—Os lo habéis ganado, Señora. Es mucho más fácil custodiar a un cliente sufrido.

Kelsea contuvo una sonrisa y se puso seria.

—¿Sabes algo de Barty y Carlin?

—Todavía no.

Kelsea frunció el ceño. Últimamente no solo tenía ganas de ver a Barty, sino también a Carlin, y eso la sorprendía. Tenía muchas cosas que decirle. Le produciría un gran alivio hablar con ella sobre su madre, sobre el estado del reino, el verdadero estado del reino, ese estado del que Carlin siempre había tenido prohibido hablar. También la reconfortaría, pensó Kelsea, arrepentida, decirle a Carlin que tenía razón aquel día que le había arrancado el vestido. El resentimiento que Kelsea guardaba de aquella ocasión ya se había esfumado casi por completo.

«No te engañes a ti misma —le advirtió una vocecilla—. Nada se ha esfumado. Solo ha encontrado otro objetivo mejor.»

—¿Ya no están en Petaluma?

—Cuando yo lo sepa, Señora, vos también lo sabréis.

—De acuerdo.

Kelsea se levantó y estuvo a punto de tropezar con Pen, que le puso una mano en la espalda.

—Perdón, Señora.

—¿Qué tal os va? ¿Os lleváis bien? —preguntó Maza sin levantar la vista del mapa.

Kelsea miró a Pen con gesto de sorpresa; él sonrió y se encogió de hombros.

—Bien, supongo —contestó ella—. Aunque Pen ronca como un serrucho.

—Permitidme que os diga, Señora, que eso Maza ya lo sabía.

—Sinceramente, hacéis más ruido que una fundición. Ojalá produjeráis acero mort, porque seríais una fuente valiosísima.

—Es una fuente valiosísima —repuso Maza, distraído. Se había sacado una pluma de la camisa, y empezó a trazar una línea gruesa y oscura que descendía por la frontera mort—. Por mucho que ronque.

—Estoy de acuerdo.

—¡Arliss! —gritó Maza hacia el pasillo—. ¡Ya puedes pasar!

Era evidente que Arliss había estado escuchando a hurtadillas; salió del pasillo casi de inmediato con sus andares de cangrejo, arrastrando una pierna. Kelsea torció el gesto al verlo acercarse. Tenía pensado irse y pasar varias horas, las que hiciera falta, inspeccionando los libros de Carlin antes de la cena, aunque eso significase saltarse la clase con Venner. Pero los militares llegarían al cabo de pocos días, y el sábado celebraría su primera audiencia; se suponía que debía pasar varias horas reunida con Arliss para preparar ambas citas. Tenía que concentrar en una semana toda la información que Carlin nunca le había dado, y el programa era agotador.

—Qué bonita colección, reina —observó Arliss cuando todavía no había llegado junto a la mesa—. En el Tearling hay algún que otro coleccionista de libros. Seguramente podría conseguirlos un buen precio por ellos.

—¿Qué coleccionistas?

—Nunca revelo la identidad de mis clientes. ¿Os interesa vender?

—No, ni hablar. Antes renunciaría a mi corona.

—Por la corona también podría conseguirlos un buen precio. —Arliss se sentó y se agarró el pantalón para colocar la pierna lisiada en la silla—. Pero ya se sabe, el mercado siempre puede cambiar.

Kelsea no era la única a la que le gustaba su biblioteca. Los guardias reales tenían que saber leer y escribir, y, cada vez que ella entraba, había algún guardia que no estaba de servicio tumbado en los sofás o acurrucado en un sillón con uno de sus libros en las manos. Por lo visto, había libros para todos los gustos.

O para casi todos. Maza evitaba sistemáticamente la biblioteca. Allí había muchísimos libros que le habrían encantado, pero era obvio que él creía que la lectura solo servía para mensajes, facturas y dictámenes, y que no valía para nada que no estuviera relacionado con el presente. A Kelsea la sacaba de quicio su desinterés.

El hijo de Mila y el bebé de Carlotta eran demasiado pequeños para leer libros, pero todos los hijos de Andalie (excepto Glee, la más pequeña) sabían leer, y podría decirse que vivían en la biblioteca mientras su madre estaba trabajando. A Kelsea no le importaba que estuvieran allí, siempre que no hiciesen ruido. Y no lo hacían. Habían encontrado los siete volúmenes de

Rowling sin ayuda de nadie, pero no había riñas entre ellos. Para gran regocijo de Kelsea, el mayor de los chicos, Wen, sentó a los otros tres y se lo jugaron a las pajitas, muy diplomáticamente, con cuatro ramitas que cogieron de la leña de la biblioteca. Matthew, que tenía trece años, ganó el privilegio de leer el primer libro, y los otros tres tuvieron que buscar alternativas en los estantes. Wen encontró un libro de anatomía y lo abrió por los dibujos que tanto trabajo le habían costado a Leonardo da Vinci. Morryn, que tenía ocho años y era muy femenina, parecía muy molesta con los títulos elegidos. Todas las novelas románticas eran demasiado antiguas para ella, y Carlin nunca había coleccionado lo que llamaba «literatura para mujeres». Al final, Kelsea llegó a uno de los estantes más altos y bajó un libro de cuentos de hadas de Grimm. Si bien las historias no eran especialmente femeninas, Kelsea pensó que las princesas tal vez apaciguaran a la niña. Morryn, enfurruñada, se llevó el libro a un sillón observando la cubierta con profunda desconfianza.

Sin embargo, era a la niña de once años, Aisa, a quien Kelsea vigilaba más atentamente. Aisa escogió y descartó muchas de las lecturas fundamentales de la infancia de Kelsea, pero ninguna recibió su aprobación. Tras observar a la niña, Kelsea se dio cuenta de que su expresión huraña era, en parte, resultado de la construcción de su rostro: masculino, con la nariz respingona y cejas pobladas. Las comisuras de la boca apuntaban hacia abajo; las cejas, hacia arriba; y en conjunto el rostro transmitía belicosidad.

Kelsea se armó de valor (por alguna extraña razón, aquella niña la intimidaba tanto como la propia Andalie), se le acercó y se arriesgó a decirle:

—A lo mejor, si me cuentas lo que buscas, puedo recomendarte algo.

Aisa se dio la vuelta. Los ojos, negros, eran de su padre, pero la expresión era de Andalie, sin ninguna duda.

—Busco algo de aventuras.

Kelsea asintió; esa respuesta le aportaba suficiente información. Paseó la mirada por los estantes, pero en el fondo sabía que no había auténticos libros de aventuras protagonizados por heroínas. Pasó un dedo por uno de los estantes más bajos hasta que encontró un volumen encuadernado en piel verde con filigrana dorada en el lomo. Sacó el libro y se lo dio a Aisa.

—En este no hay ninguna chica. Pero si te gusta, en la secuela hay una heroína.

—Y ¿por qué no puedo leer directamente la secuela? —preguntó Aisa, y volvió a adoptar una expresión de resentimiento.

A Kelsea le fascinó ver cómo cambiaba el semblante de la niña; era como ver cerrarse una trampa. Su primera reacción fue contestar con aspereza, pero ganarse a los hijos de Andalie parecía casi tan importante como ganarse a la propia Andalie, de modo que suavizó cuanto pudo la voz y contestó:

—No. Primero tienes que leer este. Si no, no entenderás la secuela. Trátalo bien; es uno de mis preferidos.

Aisa desapareció con *El Hobbit* bajo el brazo. Kelsea la vio marchar; dudaba entre quedarse observando a los niños o ponerse a leer *El señor de los anillos* de principio a fin. Pero no tenía tiempo ni para una cosa ni para otra. Debía cambiarse en menos de diez minutos y prepararse para someterse a las torturas de Venner. Le hizo una seña a Pen, recogió sus libros y papeles de la mesa y fue hacia la puerta.

Antes de salir, echó un último vistazo a los cuatro niños, todos cómodamente acurrucados. También estaba Galen, arrellanado en un sofá junto a la pared, con una pierna colgando por encima del brazo, leyendo un libro encuadernado en piel azul. Kelsea pensó que a Carlin le habría encantado ver aquella escena: su biblioteca utilizada por lectores de la comunidad, un oasis en medio de una nación entera hambrienta de libros.

«No, ni siquiera hambrienta», pensó Kelsea, compungida. El Tearling era como un hombre que llevaba tanto tiempo sin comer que ya ni siquiera recordaba lo que era estar hambriento. La chispa de una idea destelló brevemente en su mente y se apagó.

Pen la esperaba para salir por la puerta; Kelsea se disculpó con una sonrisa y salió al pasillo. Movida por un impulso, se paró en la habitación del balcón, como ahora la llamaban todos. Mhurn estaba en la puerta ese día, y saludó a Kelsea con una cabezada. Era el único, aparte de Pen, que siempre la saludaba con una inclinación, pese a que a Kelsea no le importaban mucho las formalidades. Si cualquiera de los otros le hubiese hecho una reverencia, habría resultado forzado, sobre todo Dyer, mucho más dado a hacer comentarios sarcásticos. Mhurn seguía con cara de no haber dormido; Kelsea se preguntaba si padecería insomnio crónico, si sería una de esas almas desdichadas que no podían dormir en ninguna circunstancia. Sintió lástima por él, y le sonrió al pasar a su lado. Pero entonces se acordó de aquella noche en su alcoba (del hombre que la había hecho salir de la bañera, y de la baldosa levantada del suelo), y ese recuerdo hizo que la sonrisa se le congelara en los labios. Maza creía que podía haber sido cualquiera de sus hombres.

El balcón, que recorría toda una pared de la habitación, debía de medir casi diez metros, y lo bordeaba un pretil que le llegaba por la cintura. Era una fresca tarde de marzo y empezaba a oscurecer; bajo el cielo azul marino, delante de la Ciudadela, soplaban un viento gélido que gemía al pasar entre los aleros y las numerosas almenas. Kelsea se apoyó en el pretil y miró a lo lejos, más allá del mosaico abarrotado y en penumbra de Nueva Londres, hasta donde la llanura del Almont se extendía hacia el horizonte como un manto de retazos marrones, amarillos y verdes interrumpido únicamente por las curvas gemelas de los ríos Caddell y Crithe. Su reino era hermoso, pero desalentador al mismo tiempo. Tanta tierra, tanta población, y la vida de todos pendiente de un hilo. Al día siguiente irían los militares, y Kelsea temía esa reunión. Por lo que le habían contado Arliss y Maza, el general Bermond no iba a gustarle nada. Siguió contemplando el paisaje de su reino, preocupada. Le habría gustado poder ver hasta Mortmesne, saber exactamente qué se avecinaba.

De repente se le oscureció la visión, como si cayera un telón. Kelsea se tambaleó y se agarró al pretil; solo era vagamente consciente de ser una persona física que seguía de pie en el balcón. El resto de su persona surcaba el cielo nocturno a toda velocidad, y un viento helado le azotaba los oídos.

Miró hacia abajo y vio una vasta extensión de tierra cubierta de un frondoso bosque de pinos. Numerosas carreteras surcaban el paisaje; no eran caminos de tierra, como los del Tearling, sino auténticas carreteras pavimentadas con algún tipo de piedra, carreteras hechas para transportar grandes cantidades de mercancías en carros y caravanas. Hacia el norte del horizonte vio unas colinas altas, salpicadas de minas. Allí no había granjas, únicamente fábricas, montañas de ladrillo que lanzaban grandes nubes de humo y ceniza al aire. ¿Era de día? ¿De noche? Kelsea no supo decirlo. Todo estaba envuelto en una penumbra azul.

—¿Señora?

Kelsea oyó la voz de Pen como si le llegara desde muy lejos. Sacudió la cabeza pidiéndole que no se inmiscuyese. Estaba asustada, odiaba las alturas, pero... ¡deseaba tanto ver! Ante ella se extendía una ciudad enorme, mucho más grande que Nueva Londres, construida sobre una meseta de roca que descollaba sobre los pinos. Un palacio se alzaba en el centro de la ciudad y empujaba los edificios circundantes; no era tan alto como la Ciudadela, pero sí elegante, y simétrico, a diferencia de la Ciudadela. En lo alto de una atalaya ondeaba una bandera de color rojo sangre. La visión de Kelsea se



entretuvo un instante en ella antes de volver a bajar al suelo. Una alta muralla de madera rodeaba la ciudad, y una ancha carretera partía de la puerta principal, bordeada por altos postes. ¿Farolas? No, no eran farolas; cuando la visión de Kelsea se acercó un poco más, distinguió que cada poste tenía un pequeño objeto oblongo en lo alto: eran cabezas humanas; algunas estaban muy deterioradas y de ellas solo quedaba el cráneo; otras todavía se hallaban en los primeros estadios de la descomposición, y las facciones, aunque cubiertas de moho, todavía se distinguían.

«La Colina de las Picas —comprendió Kelsea—. Eso debe de ser Demesne.» Miró hacia la izquierda de la ciudad y vio una enorme masa negra salpicada de luces de lumbre. Necesitaba acercarse más, y así lo hizo: descendió en picado como un ave que se abate sobre una presa.

—¿Señora?

Un ejército enorme cubría varios kilómetros cuadrados de terreno. Kelsea vio tiendas de campaña y hogueras, hombres y caballos, carros cargados de pertrechos, puñales y espadas, arcos y flechas y picas. Hacia el fondo había varias construcciones de madera que Kelsea reconoció gracias a las descripciones que había leído en los libros: torres de asedio, todas de al menos veinte metros de largo, tumbadas sobre un costado para ser transportadas. Abrió los brazos, desesperada, y notó que unas alas batían en ambos costados; el viento helado agitaba sus plumas.

Dio media vuelta y volvió a descender para sobrevolar de nuevo el campamento militar. Faltaban horas para el amanecer, y los soldados se disponían a dormir. Kelsea oyó fragmentos de canciones, y distinguió olor a carne de ternera asada y a cerveza. Veía con todo detalle cuanto sucedía allá abajo; su visión era infinitamente más clara de lo que lo había sido jamás, y sintió nostalgia, porque sabía que tendría que volver a sus ojos humanos y que aquella claridad pronto desaparecería.

Al pasar por el lado este del campamento, Kelsea divisó algo extraño: el destello de un trozo de metal de proporciones considerables que reflejaba la luz de una hoguera. Recogió las alas y descendió un poco más, hasta colocarse justo encima del campamento. La alcanzó un intenso hedor a multitud hacinada, pero continuó, e incluso descendió un poco más. Cerca del borde oriental del campamento divisó una hilera de objetos metálicos achaparrados, cada uno en su propio carro, pulcramente alineados como soldados preparados para desfilar. Tuvo que sobrevolarlos varias veces para entender qué eran, y,

cuando por fin lo entendió, su desesperación se transformó en pánico.

Cañones.

«¡Imposible! ¡No hay pólvora, ni siquiera en Mortmesne!»

Los cañones brillaban allá abajo, burlándose de ella en silencio. Diez cañones de acero, y todos parecían nuevos. Kelsea no olió a herrumbre.

«¡El Tearling!»

Se dio la vuelta, decidida a volver y avisar a alguien. No tenían ninguna esperanza, la victoria era imposible; dominaba el olor metálico a masacre y a muerte.

Notó un estallido en el pecho. Oyó el grito de triunfo de un hombre allá abajo. Algo le traspasó el pecho izquierdo, una lanza abrasadora que le destrozó el corazón.

—¡Mhurn! ¡Médico! —gritó Pen, y Kelsea oyó su voz amortiguada, como si estuviera bajo el agua—. ¡Rápido, ve a buscar a Coryn!

Kelsea se esforzó por mantenerse en el aire, pero sus alas habían dejado de funcionar. Se dio cuenta de que gritaba, pese a que apenas oía su propia voz. Empezó a caer torpemente, precipitándose como una piedra por aquel mundo azul, y cuando su cuerpo dio contra el suelo no notó nada.

—No lo entiende —insistió Kelsea. Como mínimo lo había dicho siete veces ese día—. El ejército mort ya se ha movilizado.

El general Bermond le sonrió desde el otro extremo de la mesa.

—Estoy seguro de que así lo creéis, Majestad. Pero eso no significa que no estemos a tiempo de lograr la paz.

Kelsea lo fulminó con la mirada. La reunión había sido polémica desde el principio, y empezaba a dolerle la cabeza. El general Bermond no debía de tener más de cincuenta años, pero a Kelsea le parecía más viejo que las montañas; tenía la cabeza calva como un alfiler y la cara llena de arrugas a causa de la exposición continua al sol. Llevaba una manga del uniforme cosida, la del brazo lisiado.

Al lado de Bermond estaba su número dos, el coronel Hall, unos quince años más joven, corpulento y con la mandíbula cuadrada. Hall no hablaba mucho, pero sus ojos grises no se perdían nada. Ambos militares se habían presentado vestidos de uniforme, seguramente para intimidar a Kelsea, y a ella le fastidió comprobar que el ardid había funcionado.

Pen, sentado al lado de Kelsea, permanecía inmóvil como una estatua. A ella le gustaba tenerlo allí. Le fastidiaba estar todo el día rodeada de guardias que la seguían a todas partes, pero Pen era diferente; él sabía ser discreto y no la molestaba. A Kelsea le recordaba a un perro fiel con paso liviano, aunque no fuera una comparación muy halagüeña. Pen estaba siempre atento, y sin embargo no la agobiaba con su presencia constante, como sin duda habría hecho Maza. Este se hallaba sentado a su derecha, y cada pocos minutos Kelsea lo miraba y trataba de tomar una decisión. El día anterior habían llegado noticias a la Ciudadela: un bastión de la casa de Graham situado a unos ochenta kilómetros al sur de la Ciudadela había sido arrasado por un incendio.

Kelsea se había pasado todo el día anterior pensando en ese giro de los acontecimientos. El bastión había sido un regalo que lord Graham había recibido el día de su bautizo; era difícil conciliar a aquel bebé con el hombre de la máscara negra que había intentado robarle el zafiro y degollarla. Un intento de asesinar a la reina significaba la confiscación de todas las tierras del criminal, pero en aquella fortaleza vivían hombres y mujeres civiles, y como no habían recibido ningún aviso, varios habían muerto quemados junto con la guarnición. Kelsea no tenía ninguna duda de que el incendio había sido obra de Maza, y eso le hizo entender que una parte de él quedaba fuera de su control. Eso planteaba una novedad; era como vivir con un perro travieso que en cualquier momento podía soltarse de la correa, y Kelsea no sabía muy bien qué hacer al respecto.

El mapa de la frontera de Maza estaba desplegado sobre la mesa junto con una copia del Tratado Mort. El Tratado no ofrecía opciones, así que Kelsea se concentró en el mapa. Era muy viejo; lo habían dibujado y repasado con tinta mucho antes de nacer Kelsea. El grosor del papel (aproximadamente tres milímetros) revelaba que había salido de las primeras fábricas de pasta de Mortmesne. Pero el territorio era básicamente el mismo, y Kelsea se fijó en la Calzada Mort, la ruta que había recorrido la remesa desde hacía diecisiete años. La Calzada Mort conducía casi directamente al Puerto del Argive. Más allá de la frontera tear, el Puerto del Argive iniciaba un brusco descenso, la Calzada Mort se convertía en la Avenida de las Picas, una amplia avenida rodeada de bosques que llevaba hasta la muralla de Demesne.

«Tal como lo soñé», pensó Kelsea, y se frotó la frente.

Solo que no había sido un sueño. Había sido demasiado vívido, demasiado

real para ser un sueño. Cuando Coryn y Maza salieron precipitadamente al balcón, la encontraron inconsciente. No pudieron despertarla, pese a que Coryn probó con todos los trucos que sabía. El subir y bajar de su vientre era la única señal de vida. Creyeron que se estaba muriendo.

«Pero no, no me estaba muriendo.»

Pen le contó que, antes de que Kelsea se cayera, el zafiro había brillado con tanta intensidad que había iluminado todo el balcón. Kelsea seguía sin saber qué había ocurrido. De alguna forma, la joya le había mostrado una cosa que ella necesitaba ver. Durmió varias horas seguidas y despertó muerta de hambre; y si ese era el precio que tenía que pagar por la clarividencia, creía poder soportarlo.

—¿Majestad? —Bermond seguía esperando una respuesta.

—No habrá paz, general. Ya he tomado una decisión.

—No estoy seguro de que comprendáis las consecuencias de vuestra decisión, Majestad. —Bermond miró a Maza y añadió—: Señor, usted podrá aconsejar a la reina respecto a este asunto.

Maza levantó ambas manos y replicó:

—Yo velo por la vida de la reina, Bermond. No tomo decisiones por ella.

Bermond estaba horrorizado.

—¡Pero, capitán, usted sabe que no podemos vencer! ¡Usted puede explicárselo! El ejército mort es...

—Estoy aquí, general. ¿Por qué no me lo dice a mí?

—Perdonadme, Majestad, pero, como dije en repetidas ocasiones a vuestra madre, las mujeres carecéis de aptitudes para la estrategia militar. Ella siempre dejaba estos asuntos en nuestras manos.

—No lo pongo en duda. —Kelsea miró hacia la izquierda y sorprendió al coronel Hall sometiéndola a un minucioso escrutinio—. Pero ya se dará cuenta de que yo soy otra clase de reina.

La rabia hizo chispear los ojos de Bermond.

—En ese caso, una vez más, creo que vuestra mejor opción es enviar emisarios a Mortmesne. Genot no es idiota; él sabe que no sería fácil mantener este reino. No debe de estar impaciente por invadirnos, pero creedme, si decide hacerlo, lo hará con éxito.

—El general Genot no es el rey de Mortmesne, del mismo modo que usted no es el rey del Tearling, Bermond. ¿Qué le hace pensar que es a él a quien debo convencer?

—Ofrecedles una remesa reducida, Majestad. Sobornadlos.

—Se muestra muy dispuesto a ofrecer a otras personas, Bermond. ¿Y si yo lo ofreciera a usted?

—Ahora todos los tear somos prescindibles, Señora. Lo consideraría un gran servicio a mi país.

Kelsea apretó los dientes; el dolor de cabeza estaba empeorando.

—No pienso enviar a más esclavos, ni siquiera a usted. Resígnese a ese hecho, y sigamos adelante.

—Entonces, vuelvo a lo que ya he dicho antes. Nos habéis colocado en una posición imposible. El Tear no puede repeler al ejército mort. Y si, como creéis poder afirmar, los mort han recuperado el uso de la pólvora y fabricado cañones, la situación es aún más desesperada. Estáis abriendo la puerta a una masacre a gran escala.

—Tenga cuidado con lo que dice, Bermond —dijo Maza en un tono sereno.

Bermond tragó saliva y desvió la mirada, apretando las mandíbulas.

—Si los mort hubieran recuperado el secreto de la pólvora, esta habría invadido el mercado negro —caviló el coronel Hall.

—Es probable —concedió Maza—. Pero no me han informado de ello.

—A lo mejor se la quedan para ellos —especuló Kelsea.

—Los mort no controlan mucho su armamento, Señora. Cuando perfeccionaron el entrenamiento de halcones, al cabo de pocas semanas había centenares de esas aves en el mercado.

—Pero los halcones necesitan un adiestrador, comida, espacio —razonó Pen—. Sin un adiestrador, no sirven para nada. En cambio, transportar pólvora clandestinamente sería más fácil.

Kelsea miró a Arliss, que ya llevaba unos minutos callado. Él debía de saber mejor que nadie qué productos habían llegado al mercado negro. Pero el anciano se había quedado dormido. Tenía el lado atrofiado de la boca abierto y le resbalaba un hilillo de baba por la barbilla. Esa mañana había llegado a la Ciudadela con un objeto largo y delgado de un material parecido al papel sujeto con los dientes. Kelsea, que no había querido preguntar para no hacer el ridículo, lo había estudiado con disimulo durante unos minutos, hasta que le había visto exhalar un chorro de humo y se había dado cuenta de que estaba fumando un cigarrillo. Ella ni siquiera sabía que todavía existían los cigarrillos. Debían de ser otro artículo de Mortmesne disponible en el mercado negro, pero, si en el Tearling se producía tabaco, Kelsea iba a tener

nuevos problemas. Se desperezó arqueando la espalda y notó una punzada de advertencia en el hombro. Era el primer día que no se tapaba la cicatriz con una gasa.

—¿No podría ser que tuvieran existencias de armas viejas de antes de la Travesía?

Bermond negó con la cabeza.

—Toda la pólvora que llegó con la Travesía se estropeó.

—Aunque hubieran encontrado una pequeña cantidad que se hubiera conservado en condiciones ideales —añadió Hall—, no habría podido durar más de un siglo.

—Para hacer funcionar un cañón, habrían tenido que sintetizarla o encontrar un sustituto.

—Es una posibilidad que no debemos descartar, señor. ¿Quién sabe qué pueden haber extraído los mort de sus minas?

Bermond frunció el ceño y miró a Hall, que guardó silencio. Kelsea se planteó despertar a Arliss para pedirle su opinión, pero descartó esa idea. Arliss no haría sino exacerbar la discusión. Era evidente que no tenía muy buen concepto de los militares; antes de quedarse dormido, había aprovechado varias ocasiones para sacar a colación los antiguos fracasos del ejército durante la Invasión Mort, y había insistido sobre ese tema con tanto regocijo que Kelsea se preguntó si habría perdido dinero con el resultado.

—Y ¿qué será lo primero que hará la Reina Roja? —preguntó.

—Invadir nuestras fronteras.

—¿Una invasión en toda regla?

—No. Al principio solo ocuparán unas pocas aldeas.

—¿Qué sentido tendría eso?

Bermond soltó un suspiro de fastidio.

—Majestad, pensadlo así. Uno no se lanza desde lo alto de un acantilado confiando en que el agua sea suficientemente profunda. Y si uno es la Reina Roja, tira piedras al agua, porque puede permitírsele; tiene todo el tiempo del mundo, y piedras de sobra. La Reina Roja quizá no os considere una amenaza real, pero tampoco actuará a ciegas.

—Pero ¿por qué atacarnos? ¿Por qué no enviar espías, sencillamente?

—Para desmoralizar a la población, Señora. —Bermond sacó una pequeña daga (al parecer, llevaba encima infinidad de armas) y dio una cuchillada al aire—. ¿Lo veis? Os corto el dedo meñique. Vos no necesitáis vuestro

meñique, pero os he hecho sangrar. Además, os he demostrado que puedo vulneraros en cualquier momento.

Kelsea lo interpretó como una prueba más de que la conquista era una opción absolutamente estúpida, pero cerró la boca para no decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse. A su lado, Arliss soltó un débil ronquido que sonó a sorbetón.

—¡Arliss! ¿Está de acuerdo con esa valoración?

—Sí, Majestad —contestó él con voz ronca tras dar un respingo—. Pero no os engañéis: el Tearling ya está infestado de espías.

Maza asintió en señal de aprobación, y Kelsea volvió a dirigirse a Bermond:

—¿Nos invadirán desde la Calzada Mort?

—Lo dudo, Majestad. La Calzada Mort los obliga a pasar por el Puerto del Argive, y ningún ejército quiere bajar de las montañas por un camino con curvas pronunciadas; eso los expone en exceso. De todas formas, tendremos que bloquear la carretera para impedir que la utilicen como ruta de abastecimiento. —Bermond se encorvó sobre el mapa y sacudió la cabeza—. Lástima que ya no exista la Ciudadela del Argive.

Kelsea miró con gesto interrogante a Maza, que explicó:

—En otros tiempos, Señora, había una fortaleza que se erigía en la boca del Puerto del Argive. El ejército mort la derribó en su retirada, y ahora solo es un montón de piedras esparcidas por el suelo del desfiladero.

Bermond deslizó un dedo por la franja septentrional de la frontera mort, donde terminaban las montañas y empezaban las colinas.

—Si yo fuera Genot, entraría por aquí. El terreno es escarpado y frenará su avance, pero hay muchos bosques donde cubrirse y espacio suficiente para que un ejército numeroso se extienda, en lugar de pasar por un embudo.

—¿Cuál es nuestra mejor opción para repeler un ataque así?

—No existe.

—Su voluntad de ayudar me abrumba, general.

—Majestad...

—¿Qué opina usted, coronel Hall? —preguntó Kelsea volviéndose hacia el número dos.

—No tengo más remedio que darle la razón al general, Señora. No hay ninguna esperanza de victoria final.

—Maravilloso.

Hall levantó una mano y añadió:

—Pero podríais retrasar considerablemente su avance.

—Explíquese.

Hall se inclinó hacia delante e ignoró a Bermond, que, a su lado, arrugó la frente un poco más.

—Nuestra única opción parece ser recurrir a las tácticas dilatorias, una campaña diseñada para entorpecer y retrasar el avance del ejército mort. Eso significa guerra de guerrillas.

—¿Con qué fin? —inquirió Bermond alzando las manos—. De todas formas tomarán el país, antes o después.

—Sí, señor, pero así se alarga el periodo durante el cual la reina podría lograr la paz o explorar otras opciones.

Kelsea asintió, satisfecha. Hall, al menos, pensaba de manera creativa. Bermond ya no disimulaba su enojo y lo miraba con verdadero odio, pero Hall parecía decidido a no arredrarse, y continuó:

—Las posibilidades son aún mejores si intentan desplazar su ejército como ha indicado el general. Yo me crié en Idyllwild, majestad. Conozco esa parte de la frontera como la palma de mi mano.

—¿Y las aldeas de la frontera?

—Hay que evacuarlas, majestad. Son vulnerables, y el ejército mort no solo busca territorio sino también botín. Si encuentran un puñado de aldeas vacías, al menos se pararán a pensar.

—Esa no sería una forma muy sensata de emplear los recursos, majestad —terció Bermond visiblemente nervioso—. Una evacuación requiere mucho personal. Esos soldados serían más útiles lejos de la frontera, por si los mort llegan al Almont.

—¿No ha oído nada de lo que he dicho, Bermond? El ejército mort ya está movilizado, y usted mismo ha comentado que empezarán invadiendo las aldeas de la frontera. Los habitantes de esa región están expuestos a un peligro inminente.

—Ellos decidieron vivir en la frontera, Majestad.

Kelsea fue a replicar, pero Maza se le adelantó:

—Una evacuación sometería a la región interior a una avalancha de refugiados, Señora. Habría que dar de comer y alojar a toda esa gente.

—Pues les damos de comer y los alojamos.

—¿Dónde?



—Estoy segura de que se te ocurrirá algo, Lazarus.

—¿Y si se niegan a venir? —preguntó Bermond.

—En ese caso, dejamos que se queden allí, si eso es lo que quieren. No estamos hablando de internamiento. —Kelsea sonrió amablemente a Bermond—. Pero estoy segura de que usted sabrá explicárselo de la forma adecuada.

—¿Yo?

—Sí, general, usted. Se llevará a una buena parte del ejército, como muchos de ustedes consideran necesario, e irá a evacuar y proteger la frontera y la Calzada Mort.

Bermond miró a Hall y dijo:

—Usted se encargará de la evacuación.

—Un momento —lo interrumpió Kelsea. Rescató de su memoria lo que Arliss le había contado sobre la estructura militar—. Hall, usted es coronel. Si no me equivoco, eso significa que dirige un batallón.

—Así es, Señora. El flanco izquierdo.

—Muy bien. Su batallón se separará del grueso del ejército y emprenderá una operación de guerrilla del tipo de la que antes ha mencionado.

—¡Majestad! —saltó Bermond. Se puso muy colorado—. Yo decido cómo despliego a mis soldados.

—No, General. Esto es una operación de la Corona, y estoy reclutando a un batallón de su ejército para realizar otra misión.

—¡Y también a mi segundo comandante!

—Así es, también a él.

Arliss soltó una risita. Kelsea lo miró y lo encontró sonriendo con un cigarrillo recién encendido en los labios. El tabaco olía muy mal, pero Kelsea no protestó. Arliss era quien había informado a la reina del derecho de la Corona a emprender acciones militares directas, un vestigio de los poderes concedidos al ejecutivo americano que ella desconocía. Cuando ella se volvió, él le guiñó un ojo.

Observó a los que estaban alrededor de la mesa; Pen y Maza miraban con rabia a Bermond, quien a su vez fulminaba con la mirada a Hall. Pero este seguía examinando a Kelsea. Era fácil detectar en sus ojos la llama de la ambición, pero también había algo más, algo que a ella le gustaba pese a no saber identificarlo.

«De no ser porque nació para ser militar, mañana mismo lo pondría en mi guardia.»

—Me preocupan especialmente los cañones —le dijo Kelsea a Hall—. Vi diez, pero podría haber más. No pude distinguir si eran de hierro o de acero. Su primera tarea será inutilizarlos.

—De acuerdo, Majestad.

—Cañones —dijo Bermond en un tono burlón, y volvió a dirigirse a Maza—: ¡Pero si no hay pólvora! ¿De verdad vamos a basar la estrategia militar en los sueños febriles de una cría?

Maza fue a contestar, pero Kelsea se le adelantó:

—Es la segunda vez que no me habla directamente, general. Y, si da el mismo valor que yo a su carrera y a tantos años de servicio, será la última.

—¡Este plan no es defendible, Majestad! —gruñó Bermond—. ¡Es una manera estúpida de desperdiciar a personas!

—¡Igual que la lotería! —le espetó Kelsea—. Supongo que nunca han seleccionado a ningún familiar suyo, ¿verdad, general?

Pen la agarró suavemente por el codo.

—No. Mío no. —Bermond miró brevemente a Hall.

Pen se acercó más a Kelsea y murmuró:

—El hermano de Hall, Señora. Estaban muy unidos.

—Le pido disculpas, coronel Hall.

Hall hizo un ademán de restar importancia al asunto. No parecía ofendido; estaba abstraído, con la mente muy lejos ya de allí, en la frontera. Kelsea no habría sabido decir si Hall se creía lo de los cañones, pero no importaba. Lo único que importaba era que había dicho que sí.

—¿Algo más?

Los militares no dijeron nada. Bermond ponía cara de haberse tragado algo asqueroso. Kelsea se preguntó si debía preocuparse por la lealtad del general, pero ahuyentó ese pensamiento. No parecía de esos capaces de protagonizar un golpe de Estado, ni siquiera si hubiera tenido veinte años menos. No tenía suficiente imaginación, simplemente.

—Entonces, hemos terminado —anunció Maza.

Bermond y Hall se levantaron de inmediato, y Kelsea se sobresaltó.

—Gracias —les dijo—. Dentro de una semana me gustaría recibir un informe de cada uno de ustedes.

—Majestad —murmuraron ellos, y permanecieron de pie, mirándola tan fijamente y tanto rato que Kelsea creyó que pasaba algo raro con su apariencia.

Estaba a punto de preguntárselo cuando por fin comprendió qué era lo que estaban esperando.

—Pueden retirarse.

Los dos hombres saludaron con una reverencia y se marcharon.

## El destino de Thomas Raleigh

Es difícil analizar las motivaciones de un traidor. Algunos traicionan a su país por dinero; otros, por venganza. Algunos lo hacen para satisfacer un sentimiento de sincera alienación de los valores de su país. Algunos traicionan cuando no tienen alternativa. Muchas veces, esas razones se desdibujan; la traición casi nunca es una proposición de talla única. Uno de los traidores más famosos de la historia del Tear, por ejemplo, vendió a su país por el motivo más elemental: porque no sabía qué motivo había para no hacerlo.

*Historia del Tearling*  
según MERWINIAN

«Debí imaginarlo —pensó Javel en ese momento, y volvió a pensarlo muchas veces más ese día—. Debí imaginar que aquí sería donde acabaría todo.»

No sabía por qué seguía escuchando a Arlen Thorne. En retrospectiva, se daba cuenta de que había sido un plan estúpido: Thorne había contratado a un solo cadén para asesinar a la reina, y ni siquiera a uno de los más famosos, sino a lord Graham el Joven, que no era más que un muchacho. Se extendió rápidamente por la ciudad el rumor de que la nueva reina había matado ella misma a su agresor, pero eso era una majadería. Lo había matado Maza, y luego había matado a su séquito y había quemado su casa hasta los cimientos, por si acaso. Graham había fracasado estrepitosamente, y lo que era peor: públicamente; su cadáver había estado expuesto en el centro de la ciudad menos de una hora, hasta que las masas lo bajaron del poste y lo hicieron pedazos. Javel había decidido no volver a mover un dedo por Thorne. Pero era inevitable que Thorne requiriera su presencia, y allí estaba.

Se encontraron en un gran almacén de las afueras de Nueva Londres, en la

zona oriental. Javel conocía aquel sitio; en otros tiempos se había utilizado para almacenar madera antes de venderla o transportarla a Puerto Final. Pero por lo visto Thorne se había apoderado de él para sus negocios ilícitos. Uno de los numerosos matones del Censo recibió a Javel en la puerta, lo miró de arriba abajo y le hizo una seña para que entrara. Javel se encontró en una antecámara alumbrada por una pequeña hoguera, rodeado de hombres que parecían igual de enojados y desconcertados que él.

Thorne todavía no había llegado, pero Javel miró alrededor y empezó a comprender qué era lo que hacía funcionar todo aquel tinglado: el dinero. Se sintió estúpido por no haberse dado cuenta, pero, claro, él solo pensaba en Allie. No se había parado a pensar en la gran cantidad de dinero que estaba en juego con la remesa, ni que había mucha gente que tenía mucho que perder.

Lord Tare estaba apoyado en la pared del fondo, y su ridículo sombrero morado ocupaba más espacio que él. Los Tare tenían tierras en el este, campos de trigo que se extendían kilómetros y kilómetros por la llanura del Almont, y cobraban peaje en la Calzada Mort. De hecho, Javel recordaba haber oído hablar de cierta discusión en el pasado: a lord Tare le gustaba cobrar peaje por cabeza, mientras que el Regente quería que cobrara por vehículo. Pero este no había logrado imponer ese cambio, y si lord Tare seguía cobrando por cabeza, la remesa representaba una suma astronómica mensual.

Dos cadén, los hermanos Baedencourt, estaban sentados delante del fuego. Parecían gemelos: rubios, con ojos azules y con una barba larga que les llegaba hasta la abultada barriga. Nadie se habría atrevido a conspirar contra la reina sin consultar al Cadén, pero Javel dudaba que los Baedencourt estuvieran autorizados para negociar en nombre del resto del grupo. Eran, eso sí, los cadén más fáciles de localizar, pues generalmente se les podía encontrar en el New Globe, borrachos y en compañía de alguna prostituta.

Ahora el Cadén tenía sus propios problemas. En las Tripas, todos sabían que el Regente les había ofrecido una bonificación exorbitante si encontraban y mataban a la princesa, y ellos habían dedicado gran parte de sus recursos a esa empresa, descuidando sus tareas cotidianas (proteger a nobles amenazados, cobrar recompensas y escoltar cargamentos valiosos), que era con lo que se ganaban la vida. Durante meses, los cadén habían gastado mucho dinero, habían invertido mucho personal para nada y, en todo caso, las arcas del reino ya se habían cerrado para ellos. Además, el hecho de no haber encontrado a la princesa había mermado considerablemente su prestigio, lo

que también perjudicaba sus negocios. Lo habitual era que nueve o diez cadén acompañaran la remesa cuando salía de Nueva Londres; no existía mejor elemento disuasorio ante posibles vigilantes. Para los cadén, escoltar la remesa era una misión muy fácil, pero, aun así, constituía una parte importante de sus ingresos colectivos mensuales. Y ahora también eso lo habían perdido.

Desde hacía un mes, Javel oía rumores de cadén que aceptaban trabajos por cuenta propia para llegar a fin de mes: realizaban trabajos físicos, asaltaban caminos o enseñaban combate con espadas o tiro con arco a hijos de nobles. A un atractivo cadén llamado Ennis lo habían contratado de acompañante de la hija poco agraciada de un noble, para que la llevara a bailes, le leyera poesía y quién sabía qué más cosas. Era una situación lamentable incluso para Javel, que no les tenía mucha simpatía a aquellos asesinos. Se preguntaba cómo debían de sentirse los cadén después de tanto tiempo encumbrados en su arrogancia y su superioridad, y no se lo imaginaba. Fuera como fuese, parecía muy probable que los Baedencourt estuvieran allí por libre, razón para que Javel no se fiara de ellos ni de su compromiso con la empresa.

Otros cuatro hombres a los que Javel no conocía estaban sentados cerca del fuego. Uno era un sacerdote joven y con cara de rata que sorprendió a Javel; jamás habría pensado que la Iglesia de Dios pudiera involucrarse directamente en aquella clase de asuntos. La cabeza afeitada y las manos blancas y delgadas del sacerdote indicaban que era un asceta, y, dada su juventud, Javel dedujo que debía de ser uno de los ayudantes personales del Santo Padre. Junto al sacerdote, había un muchacho rubio y desaliñado que parecía salido de la cloaca. Un ladrón, o un simple carterista, en busca de una libra fácil.

«Dinero —pensó Javel—. A todos los mueve el dinero. A todos, menos a mí.»

«Y a ti ¿qué te mueve?», susurró una vocecilla fría y débil en el interior de su mente. Horrorizado, Javel se dio cuenta de que era la voz de Thorne; era como si le hubiera permitido colarse hasta el rincón más oscuro de su mente.

«A mí me mueve recuperar a Allie —pensó, furioso—. Nunca me ha movido nada más.»

No obtuvo respuesta. Thorne había desaparecido. Pero la pregunta estaba hecha, y Javel sintió que también el daño ya estaba hecho. Trabajaba para liberar a una esclava; no podía haber misión más noble. Pero Allie solo era una esclava, una entre decenas de miles de esclavos que habían corrido la misma suerte. Javel no pensaba en los otros; solo intentaba recuperarla a ella.

¿Lo hacía eso mejor que aquellos hombres?

«Yo soy mejor —insistió para sí mismo—. Sé que soy mejor.»

Pero entonces escudriñó el rincón más oscuro de la estancia y vio el peor escenario posible: Keller, otro centinela de la Puerta, apoyado en la pared con los brazos cruzados y cara de satisfacción. Javel recordó una noche, varios años atrás, en que Bil los había enviado a él y a unos cuantos centinelas más, discretamente, al Cat's Paw para que recogieran a Keller, quien esa vez se había metido en un buen lío.

Ya había habido problemas otras veces: en una ocasión, Keller había empotrado a una mujer en una pared; también había habido varias acusaciones de violación, y una de ellas había requerido recurrir directamente al Regente para que retiraran los cargos. Pero ni siquiera Javel estaba preparado para lo que encontraron en el Cat's Paw: Keller estaba completamente borracho, y con una mano manchada de sangre todavía sujetaba una navaja de afeitar. Había golpeado a la prostituta hasta casi matarla, y luego le había cortado la cara y los pechos. Javel tenía grabada en las retinas la imagen de la muchacha llorando en un rincón, sangrando por los numerosos cortes que Keller le había hecho con la navaja por toda la parte superior del cuerpo. No podía tener más de catorce años. Javel había llegado a su casa al amanecer y había bebido hasta quedar inconsciente, y había dado gracias a Dios por estar solo y que Allie no pudiera ver aquello. Y ahora volvía a estar metido en un asunto turbio, mirando a Keller desde el otro extremo de una estancia oscura.

Thorne entró envuelto en su capa azul marino, que ondulaba alrededor de su cuerpo de insecto. Javel se alegró de que esa vez no lo acompañara Brenna; fuera, todavía quedaban dos horas de luz. Thorne clavó sus ojos, azules y brillantes, en cada uno de los presentes antes de darse la vuelta para desprenderse de la capa, y Javel lo observó con curiosidad, preguntándose cuál debía de ser el verdadero juego de Thorne. Era el responsable del Censo, pero ese era un trabajo legal pagado por el gobierno. Por la noche, Thorne era uno de los reyes del mercado negro, y, aunque la remesa desapareciera para siempre, sus ingresos no se verían muy afectados. El cargo de Supervisor del Censo era, evidentemente, un cargo útil que le permitía presionar a mucha gente, pero alguien tan astuto como Thorne siempre tenía otras formas de presionar.

«¿Qué buscas realmente, Arlen? —se preguntó Javel mientras lo observaba—. ¿Qué mueve realmente a una persona como tú?»

La respuesta era fácil: influencia. Thorne no era avaricioso; era bien sabido que vivía modestamente. No le gustaban el oro, el juego ni las prostitutas; no tenía ningún vicio aparte de su obsesión por la albina. Lo que Thorne valoraba era la libertad para seguir haciendo lo que se le antojara, sin restricciones. Una vez desaparecido el comercio de esclavos oficial, lo más probable era que a continuación la reina se concentrara en el mercado negro: tráfico de armas, narcóticos, niños... La nueva reina no era el Regente, eso ya lo había demostrado; le preocupaban más los desfavorecidos que los privilegiados. Aquella era la razón por la que Thorne había decidido que tenía que irse.

—Bueno, ya estamos todos —anunció Thorne—. Vayamos al grano.

—Sí —gruñó lord Tare—. La has cagado, burócrata de mierda. Menos mal que Maza no capturó a ese crío vivo; habría podido delatarnos a todos.

Thorne ladeó la cabeza hacia lord Tare, y luego miró al resto de los presentes como si buscara una confirmación.

—Estoy de acuerdo —dijo el sacerdote, aunque en un tono más conciliador—. Quiero transmitir el malestar del Santo Padre por la escasa profesionalidad del intento, así como por su fracaso.

—Prometí el éxito final —replicó Thorne sin alterarse—, no el éxito al primer intento.

—Eso son tan solo palabras bonitas —dijo Arne Baedencourt con desdén. Habló como si le costara articular las palabras.

«¡Claro, está borracho! —comprendió Javel, consternado—. Hasta yo he tenido la prudencia de venir sobrio a una reunión tan turbia.»

—¿Por qué no contrató a un verdadero cadén? —preguntó lord Tare con enojo—. A Dwyne, o a Merritt. Un asesino profesional no habría fallado.

—¡Todos los cadén son verdaderos! —saltó Hugo Baedencourt. Comparado con su hermano, parecía bastante sobrio—. Graham superó el mismo examen que todos nosotros. No manchéis su memoria insinuando lo contrario.

Lord Tare levantó las manos abiertas a modo de disculpa, aunque no dejó de mirar a Thorne con odio.

Este se encogió de hombros y dijo:

—No admito que el plan estuviera condenado al fracaso. El chico estuvo muy cerca de lograrlo; según mi fuente, tenía el puñal en el cuello de la reina. Sin embargo, he de reconocer que menosprecié a la Guardia Real, y a Maza en particular. Mi hombre lo tuvo tan fácil el día de la coronación que di por hecho que Maza se había ablandado con los años.



—Solo a un necio se le ocurriría subestimar a Maza —observó Hugo Baedencourt con pesimismo—. En las orillas del Crithe dio muerte a cuatro de los nuestros.

—Bueno, os aseguro que no volveré a cometer el mismo error —repuso Thorne en un tono que descartaba seguir discutiendo—. De cualquier forma, no sirve de nada darle vueltas al pasado. Lo que importa es el futuro.

—El pasado es el futuro, Thorne —discrepó el sacerdote—. ¿Qué garantía tiene mi señor de que en el segundo intento no fallarás también?

Javel estaba impresionado. Pocos hombres, aparte de los nobles, se atreverían a hablarle así a Thorne, aunque estuvieran respaldados por el Arvath. Y el sacerdote acababa de expresar precisamente las dudas de Javel. Vislumbró una larga serie de intentos fallidos de acabar con la vida de la reina. Se sentía incapaz de enfrentarse a eso, ni siquiera por Allie; su valor no daba para tanto. Quería acabar con aquello, no quería seguir involucrado en tramas secretas, ni vivir con el miedo constante a que Maza llamara a su puerta y se lo llevara para interrogarlo.

—No os garantizo nada —respondió Thorne con frialdad—. Nunca he garantizado nada. Y si bien matar a la reina solucionaría muchos problemas, he de admitir que quizá, ahora mismo, eso esté lejos de nuestras posibilidades.

—¿Qué hay de su guardia real? —preguntó lord Tare—. ¿No puede hacer él el trabajo?

—¿Qué guardia real? —preguntó el rubio desaliñado.

Thorne negó con la cabeza y dijo:

—De momento no quiere jugársela. Maza ya sabe que hay un traidor entre ellos; ha reforzado las medidas de seguridad para proteger a la reina y le ha puesto a Pen Alcott de guardaespaldas. Mi hombre está asustado, y no se lo reprocho. Aunque lo consiguiera, no hay rincón del Nuevo Mundo donde Maza no lo encontrase.

«Ni a nosotros», murmuró Javel para sí.

—¿Ha comprado a un guardia real? —volvió a preguntar el rubio.

—Eso no es asunto tuyo, enano —le espetó Thorne—. No te olvides de cuál es tu sitio.

El carterista se encogió en la silla, y Javel sacudió la cabeza. ¿Cómo se las había ingeniado Thorne para sobornar a un guardia real? Su lealtad era legendaria; se enorgullecían de sus tradiciones más que los propios cadén. Que Javel supiera, ningún guardia real había cometido traición jamás.

«Pero si había alguien capaz de hacerlo —pensó con hastío— ese era Thorne.»

—Pen Alcott es un gran espadachín —observó Hugo Baedencourt con la vista clavada en el fuego—. Pocos de los nuestros se atreverían a desafiarlo. Merritt, a lo mejor; pero él jamás participaría en una cosa así.

—No importa —dijo Thorne—. He tenido otra idea mejor, una idea que satisface todos nuestros objetivos. Alain —señaló al carterista— me ha dado una información fundamental para ponerla en práctica con éxito.

El carterista compuso una amplia sonrisa, feliz como un perro que ha complacido a su amo. Javel empezó a preguntarse si estaría bien de la cabeza.

—Me atrevería a afirmar que esa idea no puede fallar —continuó Thorne—, pero la arrogancia no conduce a nada.

—Fallar ¿en qué sentido? —quiso saber Hugo.

—De una forma o de otra, todos necesitáis dinero.

Javel abrió la boca para discrepar, pero se lo pensó mejor.

—Vais a dejar de recibir dinero de la Corona. La reina ya no protegerá la remesa, ni ahora ni nunca.

—¿Habéis hablado con ella? —preguntó lord Tare.

—No me ha hecho falta. Hay indicios suficientemente claros. Hace tres días se reunió con el general Bermond, y han puesto en marcha planes para un despliegue inicial de más de la mitad del ejército tear en la frontera mort. Han llenado el Pabellón Real de suministros, en previsión de un asedio. Creedme, la reina se prepara para la guerra, y, si no actuamos deprisa, los mort no tardarán en invadirnos.

Javel estaba boquiabierto. Una invasión mort... Nunca se lo había planteado seriamente. Incluso después de que la reina quemara las jaulas, él siempre había dado por hecho que firmarían un nuevo tratado, o que Thorne lo arreglaría, o que intervendría algún otro factor. Pensó en la mujer triste y prudente a la que había visto en el Parque de la Ciudadela; pese a las maniobras de Thorne, Javel había creído que ella los salvaría a todos.

—Que Dios nos asista —murmuró Alain.

—Supongo que a todos os gustaría evitar semejante invasión. Con mi plan mataremos dos pájaros de un tiro.

De repente, Thorne se puso en pie. Javel se apartó un poco cuando pasó a su lado, porque no quería sentir ni el más leve roce de aquellas extremidades esqueléticas.

—¡Venid conmigo! —dijo Thorne con verdadero entusiasmo.

Lo siguieron por una puerta que conducía al fondo del almacén, donde estaba lo que en otros tiempos había sido un despacho. Había mesas y sillas vacías, cubiertas de una gruesa capa de polvo. Las antorchas colgadas en unos soportes de la pared iluminaban la habitación, pues habían tapado las ventanas con pintura negra. Sobre una de las mesas, el retrato de una mujer regordeta colgaba de la pared. Al otro lado de la pared del despacho, Javel oyó unos golpes sordos: había alguien trabajando con un martillo. También se oía una sierra; se diría que estuvieran construyendo algo, pero aquella empresa maderera llevaba mucho tiempo inactiva.

Llegaron al final de las oficinas y Thorne los guió por otra puerta por donde se accedía al almacén propiamente dicho. Era un espacio húmedo y cavernoso, escasamente iluminado con antorchas. A Javel, el olor a serrín seco le produjo picor en la nariz. Por todas partes había enormes montones rectangulares de madera vieja, algunos de casi seis metros de alto, tapados con gruesas lonas verdes. Como todos los edificios abandonados, a Javel aquel almacén le pareció un espacio muerto, poblado por los fantasmas de una actividad interrumpida mucho tiempo atrás.

—Pasad —ordenó Thorne, y los hombres lo siguieron hasta el fondo de aquel espacio inmenso.

A medida que se acercaban, los martillazos sonaban más fuertes, y cuando doblaron la última esquina, Javel vio a un hombre entre dos caballetes, muy atareado cortando madera de roble. Los tablones, de unos tres metros de largo, estaban pulcra y simétricamente amontonados a su lado.

—¡Liam! —gritó Thorne.

—¡Sí! —resonó una voz detrás de uno de los montones de madera—. ¡Aquí, por favor!

Un individuo que parecía un gnomo salió de detrás de la lona limpiándose las manos en los pantalones. Una fina capa de serrín lo cubría de pies a cabeza, y a Javel lo asaltó de pronto la certeza de que estaba teniendo la más vívida de sus pesadillas sobre Allie; en cualquier momento, el almacén desaparecería y él se hallaría al borde del Puerto del Argive, viéndola desaparecer detrás de Pike Hill.

—Este es Liam Bannaker —dijo Thorne—. Supongo que habéis oído hablar de él.

Sí, Javel había oído hablar de él. Liam Bannaker era uno de los mejores

carpinteros del Tearling, y también dominaba el ladrillo y la piedra. Los ricos de Nueva Londres solían contratarlo para que les construyera sus casas, y a veces también lo contrataban los nobles para hacer alguna reparación en la mampostería o en los cimientos de sus castillos. Pero aquel hombre no parecía constructor; era flaco y de escasa estatura, y tenía unos brazos de aspecto delicado. El otro carpintero, el de la sierra, no les hizo el menor caso; Javel se preguntó si sería sordo.

—Me imagino que querrá una demostración, ¿verdad? —preguntó Bannaker a Thorne. También su voz era de duende, aguda y aflautada; zumbaba de manera desagradable en los oídos de Javel.

—Sí, estaría bien.

—Está usted de suerte: ya tengo tres listas. —Bannaker se abrió paso entre el grupo y fue hasta uno de los montones de madera tapados—. Pero solo puedo hacerle una demostración rápida. Vamos un poco retrasados desde que Philip cogió la gripe.

Agarró una punta de la lona y tiró de ella. Nada más caer la lona, a Javel lo asaltó un mal presagio, algo aún peor que sus pesadillas, y quiso cerrar los ojos. Pero era demasiado tarde: la lona ya había caído, y lo primero que pensó fue que debería haberlo imaginado.

Era una jaula, ancha y baja, de unos nueve metros de largo por cuatro. En un extremo había una puerta lo bastante alta para que entrara por ella una persona. Los barrotes no eran de acero; toda la jaula (el suelo, los barrotes y las ruedas) estaba hecha de roble del Tearling. No estaba tan bien construida como las jaulas que Javel había visto una vez al mes durante toda su vida adulta, pero parecía resistente, lo bastante resistente para cumplir su misión.

—A mí no me contrató para esto —rezongó Arne Baedencourt, y Javel asintió como embobado.

El centinela miró hacia la derecha y vio a Thorne contemplando la jaula con el mismo embeleso con que un padre contemplaría a su hijo.

Thorne se encogió de hombros.

—Eso es discutible. Ahora ya estáis todos implicados. Cada uno de nosotros supone un peligro para los demás. Pero ¡animaos! Ya he terminado las negociaciones con Mortmesne. Cada uno de vosotros recibirá su recompensa original, tal como os prometí.

—Y ¿cuál es tu recompensa, Arlen? —preguntó el sacerdote, receloso, clavando sus ojos de rata en Thorne—. ¿Qué esperas obtener con esto?

—Eso no es asunto tuyo. —Thorne siguió contemplando la jaula con ojos chispeantes—. Tu señor estará satisfecho cuando obtenga su beneficio.

—¿Cuántos en cada jaula?

—Veinticinco o treinta. Más, si son niños.

El sacerdote agachó la cabeza y movió los labios sin articular palabra. Javel creyó comprender: el sacerdote temía condenarse. Javel también. Recorrió con la mirada el enorme almacén, los montones tapados con lonas que él había creído que eran madera, y contó un total de ocho. Nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero solo tardó un momento en calcular el valor de aquel material.

«Doscientas personas como mínimo —pensó, y se le puso la piel de gallina—. Quizá trescientas.» Ocho jaulas, y la cara de Allie asomaba entre los barrotes de todas ellas.

Thomas maldijo la lluvia por enésima vez desde que abandonara la Ciudadela. Había empezado a descargar mientras él cruzaba el Nuevo Puente de Londres, y ya llevaba tres días lloviendo sin parar. Era el mes de marzo, la temporada de lluvias, pero, aun así, Thomas sentía que aquel temporal se lo habían enviado a él para atormentarlo. A lo mejor, la chica había hecho estallar la tormenta a propósito con aquella maldita joya, o tal vez se tratase de un castigo de Dios. Fuera como fuese, Thomas estaba empapado. Hacía un año que no montaba a caballo, y el traje de montar se le había quedado pequeño; la tela mojada de los pantalones le había hecho rozaduras en los muslos y sentía un dolor constante. El mundo se había reducido a eso: el frío, la humedad, el roce y el chapoteo persistentes de los cascos de los caballos por los charcos y el barro.

Sus hombres no protestaban, pero tampoco estaban muy animados. Solo tres se habían prestado a acompañarlo; Thomas había prometido recompensarlos cuando llegaran a Mortmesne, y aquellos tres eran tan estúpidos que se lo habían creído. A Pine no lo había encontrado, y lo lamentaba amargamente. Y lo peor era que ningún cadén había accedido a ir con él, ni siquiera después de que prometiera pagarles el doble cuando llegasen a Mortmesne. Desde luego, no podías esperar lealtad de unos mercenarios, pero él había creído que podría convencer al menos a uno.

En cualquier caso, había conseguido llevarse a Keever. Este tenía el

cerebro de un bloque de piedra, pero había trabajado en el negocio de su familia, que enviaba productos alimenticios a Mortmesne, y conocía la Calzada Mort. El plan era salir de la carretera cuando hubieran dejado atrás Nueva Londres, pero el mal tiempo les había hecho descartar esa idea, y quizá fuera mejor así. En la carretera, su superior dominio del campo abierto contaba menos, y Thomas no se engañaba a sí mismo; cuando se trataba de manejarse por el bosque, Keever podía ser superado fácilmente. Él y todos.

Sin embargo, la carretera planteaba otros problemas. El barro era tan espeso que Thomas oía jadear a su caballo por el esfuerzo de levantar los cascotes del fango. Cada vez que oían acercarse a un grupo más numeroso que el suyo, tenían que salir de la carretera y esconderse en la maleza hasta que hubiera pasado el peligro. Thomas tenía previsto hacer el viaje hasta Demesne en tres días, pero ya veía que iba a ser imposible. Tardarían cinco días, seis quizá, y cuanto más tiempo llevaba en campo abierto, más cerca percibía la muerte. De vez en cuando, sus guardias le lanzaban miradas vacilantes, y en esas miradas Thomas sentía el peso de la mano de la historia. La niña le había dicho que no era nada, y en el fondo él sabía que en eso acabaría convertido: en nada. Recordaba vagamente, de cuando todavía estudiaba, aquella estrella diminuta y la nota al pie de la página de un libro. Una nota a pie de página: eso acabaría siendo él. En las historias, en la mitología que el Tearling transmitía de generación en generación, él solo sería un comentario superfluo. Aunque llegara vivo a la frontera mort, la Reina Roja lo mataría por su fracaso.

«No ha sido culpa mía.»

A ella no le importaría.

—Paremos a pasar la noche —propuso.

—No nos conviene parar aquí —replicó Keever—. El terreno es demasiado abierto. Tenemos que seguir hasta que anochezca.

Thomas asintió con la cabeza y miró con resentimiento el cielo gris oscuro. Pese a que anochecía deprisa, ni siquiera habían llegado a la cabecera del Caddell. Aunque mejorara el tiempo, como mínimo tendrían que cabalgar en pésimas condiciones dos días más para llegar a la frontera. Sentía los muslos en carne viva, y, con cada paso del caballo, notaba que la piel le supuraba. Sus hombres debían de estar sufriendo igual que él, pero no decían nada, por descontado, y cuanto más deseaba Thomas que se quejaran, más seguro estaba de que no lo harían.

Entonces oyó algo.

Detuvo su caballo, volvió la cabeza y aguzó el oído, pero la lluvia no le dejó oír nada. Detrás de ellos, una piedra enorme cayó en la calzada.

—¿Qué pasa? —preguntó Keever.

Este había asumido oficiosamente el papel de líder de aquel viaje, a pesar de que la antigua guardia del Regente no le habría dejado dirigir ni siquiera una expedición al mercado.

—¡Silencio! —le espetó Thomas.

Siempre le había gustado cómo sonaba su voz cuando daba órdenes; no admitía negativas, y Keever, obediente, guardó silencio.

Volvió a oír aquel ruido por encima de la lluvia: cascos de caballo, unos cien metros más atrás, detrás de la curva.

—Jinetes —anunció Arvis.

Keever prestó atención un momento.

—Avanzan a buen paso. Adentrémonos en ese bosque.

Thomas asintió, y los cuatro hombres salieron de la carretera y se adentraron en el bosque; estaba tan oscuro que Thomas apenas podía guiar su caballo. Avanzaron entre los árboles hasta que dejaron de ver la carretera y se detuvieron en un pequeño bosquecillo. Una lluvia constante repiqueteaba en las hojas por encima de sus cabezas, pero Thomas seguía oyendo acercarse los caballos. De pronto, el pánico atenazó su corazón. Tal vez solo fuera una partida de caza que regresaba, o un grupo de negociantes del mercado negro que no querían ser vistos, pero el nudo que se apretaba dentro de Thomas le decía lo contrario. Notó que unos ojos se fijaban en él, unos ojos negros capaces de ver todas las cosas horribles que había hecho.

El ruido de cascos cesó de pronto, a unos cincuenta metros. Thomas miró a sus hombres, y ellos lo miraron desconcertados, interrogándolo con la mirada, pero Thomas no tenía respuestas.

Adentrarse más en el bosque estaba descartado; allí reinaba una total oscuridad, y no quería que los atraparan en medio de esa negrura; mejor donde hubiese algo de luz.

A Thomas lo asaltó de pronto un antiguo recuerdo: de niño jugaba a ser guardia real. Una vez al mes, más o menos, despertaba y se sentía inexplicablemente valiente. Nunca había ninguna razón concreta para ello, sencillamente despertaba así; el mundo parecía un lugar más alegre y luminoso, y, durante todo ese día, Thomas intentaba vivir como si fuera guardia real, y se portaba bien. No le tiraba del pelo a Elyssa, ni le robaba sus

muñecas, ni mentía a la gobernanta diciendo que no había robado de la cocina. Se hacía la cama y limpiaba sus juguetes en el cuarto de juegos, y hasta hacía los deberes. Y, curiosamente, su madre o la gobernanta reparaban en su cambio de actitud y lo felicitaban y le hacían algún regalo a la hora de acostarse, un trocito de chocolate o un juguete nuevo. Pero con el paso del tiempo, esos días eran cada vez más escasos, a medida que Thomas comprendía que él nunca sería otra cosa que el hijo pequeño, el hijo sobrante. Cuando tenía trece años, los días de guardia real desaparecieron para siempre.

«Ojalá me hubiera levantado así todas las mañanas —pensó Thomas, y ese pensamiento le produjo una intensa y angustiada nostalgia—. Si me hubiera comportado como un guardia real todos los días de mi vida, quizá todo habría sido diferente.»

Al sonido de la lluvia se unió el de una canción: una potente voz de barítono resonaba por el bosque. El tono era de burla, pero contenía tal carga de violencia que a Thomas se le hizo un nudo en la garganta. En sus sueños oía a menudo esa voz, y siempre despertaba antes de que su dueño pudiera matarlo. Pero esta vez estaba completamente despierto.

*Ya parte la remesa, las jaulas están llenas.  
Pero una voz resuena por todo el Tearling.  
Las jaulas incendiadas, el Parque se silencia.  
No llores más, Tearling: la reina ya está aquí.*

El canto se interrumpió tan bruscamente como había comenzado. Thomas escudriñó la penumbra. No vio nada, pero no se engañó pensando que aquella ceguera fuera mutua; aquel desgraciado tenía ojos de gato. Los guardias rodearon a Thomas; todos escudriñaban el follaje con las espadas desenvainadas. Quiso decirles que se ahorraran el esfuerzo, pero guardó silencio. Si estaban dispuestos a morir como valientes, él no era nadie para ordenarles lo contrario. Todos conocían la identidad del hombre que cantaba; claro que sí. La lluvia arreciaba, y el mundo se reducía a aquel grupo de hombres inmóviles. Thomas gritó:

—¡Dejad marchar a mis hombres!

Se oyeron risas provenientes de múltiples direcciones.

—¿A esos hombres que te siguen para jurarle lealtad a la bruja mort? —gritó el Traedor desde su escondite—. Antes dejaría vivir a una manada de



perros salvajes. ¡Sois todos unos cobardes y unos traidores!

Y se puso a cantar otra vez:

*La reina escondida por fin ha aparecido.  
Han lanzado el puñal y a la niña han herido.  
Pero ella se levanta: tras larguísima espera,  
Aquí está nuestra reina, con corona o sin ella.*

—¡Lo cantan por todos los rincones de la ciudad! —gritó el Traedor, y la cólera se mezcló con el tono de burla—. ¿Quién compondrá una balada sobre ti, Thomas Raleigh? ¿Quién ensalzará tu grandeza?

Los ojos de Thomas se anegaron en lágrimas, pero delante de sus hombres no se atrevió a dejarlas escapar. De pronto entendió por qué, pese a haber tenido tantas oportunidades, el Traedor todavía no lo había matado. El Traedor estaba esperando a la niña, a que ella saliera de su escondite.

—¡No suplicaré! —gritó Thomas.

—¡Como si nunca te hubiera oído suplicar!

Keever, a la izquierda de Thomas, cayó al suelo emitiendo un espantoso gorgoteo. Tenía un puñal clavado en el cuello. Arvis y Cowell cayeron a continuación, con el pecho y la cabeza atravesados por flechas. Thomas miró hacia arriba y vio, recortada contra los árboles, una monstruosa silueta negra que descendía sobre él. Gritó, aterrado, pero su voz se apagó cuando aquella cosa se abalanzó sobre él y lo derribó del caballo. Thomas se dio un fuerte golpe en la cabeza y se quedó un momento sin sentido; las piedras se le clavaban en la espalda; oía relinchar a su caballo, y luego oyó alejarse sus cascos entre los árboles.

Cuando abrió los ojos, tenía al Traedor sentado sobre su pecho como un murciélago gigantesco, inmovilizándolo. El Traedor llevaba la misma máscara que siempre se ponía para entrar en la Ciudadela: una máscara de arlequín como las que se usaban en los bailes de disfraces. En muchas tiendas de la ciudad vendían máscaras, pero Thomas jamás había visto ninguna como aquella: la boca, manchada de rojo, dibujaba una sonrisa burlona, y los ojos estaban bordeados de negro. Una vez, Thomas había despertado hecho un ovillo bajo sus mantas y se había encontrado con aquella cara mirándolo, y se había orinado encima, como un crío. El Traedor había salido danzando de su alcoba y había desaparecido de la Ciudadela como el humo, y Thomas había

sentido tanta vergüenza que no le había contado a nadie el incidente. A veces casi podía convencerse de que el Traedor era una ilusión, hasta que volvía a aparecer, absolutamente material, y siempre con su espantosa máscara.

—¿Y bien, falso príncipe? —El Traedor agarró a Thomas por los hombros y lo zarandeó como haría un perro con un hueso, golpeándole repetidamente la cabeza contra el suelo. Thomas notó que le castañeteaban los dientes—. ¿No vas a sobornarme, Thomas? Y ¿dónde está tu titiritera? ¿No sabe suficiente magia para librarte de esta?

Thomas permaneció callado. Había intentado discutir con el Traedor otras veces y sabía que eso solo lo colocaría en una posición más vulnerable. Aquel hombre tenía una facilidad de palabra diabólica, y Thomas había agradecido a Dios más de una vez que el Traedor estuviera obligado a mantener el anonimato. Como orador público, habría sido devastador.

«Pero si hubiera sido un orador público, habríamos podido capturarlo y matarlo hace mucho tiempo.»

—La Junta del Censo es un caos —susurró el Traedor—. Podrán fabricar jaulas nuevas, pero nadie olvidará qué fue de las viejas. Si la niña sobrevive, reparará gran parte del daño que tú has hecho.

Thomas sacudió la cabeza.

—La Reina Roja está en camino. Ella arrasará el reino antes de que la niña pueda hacer nada.

El Traedor se inclinó hacia él hasta quedar a solo unos centímetros.

—A la bruja mort nunca le has importado un pimiento, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —repuso Thomas, y cerró la boca.

Por enésima vez se preguntó cuál sería la fuente de información del Traedor. Sus asaltos a los nobles tear eran una traba constante, porque el Traedor siempre sabía cómo se habían pagado los impuestos, dónde estaba guardado el dinero, cuándo partiría el envío. Los nobles, enfurecidos, iban a la Ciudadela a exigir una reparación, y Thomas había tenido que pagar cuantiosos sobornos para reparar los fallos de seguridad, lo que hacía que el campesinado lo odiara aún más. Y ¿dónde estaban ahora esos nobles? Bien calentitos en sus castillos, mientras que a él lo habían echado del suyo y estaba atrapado en el bosque con aquel lunático sanguinario.

—¿Lanzaste tú el puñal?

—¿Qué?

El Traedor le dio una bofetada.

—¿Le lanzaste tú el puñal a la niña?

—¡No! No fui yo.

—¿Quién fue?

—¡No lo sé! Fue idea de Thorne. Contrató a un sicario.

—¿Qué sicario?

—No lo sé. Mis hombres solo tenían que crear una distracción, ¡lo juro!

El Traedor le apretó los ojos con los pulgares hasta que Thomas se puso a gritar, impotente; pero la intensa lluvia ahogó sus gritos.

—¿Qué sicario, Thomas? —insistió el Traedor, implacable. Hundió un poco más los pulgares, y Thomas notó que el ojo izquierdo se le llenaba de un líquido caliente—. Luego empezaré a rajarte. No dudes que lo haré. ¿Un sicario mort?

—¡No lo sé! —gritó Thomas sollozando—. Thorne no quiso decírmelo.

—Es lógico, Thomas, y ¿sabes por qué? Porque él sabía que la cagarías.

—¡No fue culpa mía!

—Será mejor que se te ocurra algo útil que contarme.

—¡Thorne tiene un plan de contingencia!

—Ya sé que Thorne tiene un plan de contingencia, inútil de mierda. Lo sabía antes de que él lo concibiera.

—Entonces ¿qué quieres?

—Información, Thomas. Información sobre la Reina Roja. Tú te acostaste con ella, lo sabe todo el reino. Seguro que posees datos valiosos.

Thomas abrió los ojos de golpe. Intentó adoptar un gesto inexpresivo, pero no lo logró, porque el Traedor volvió a inclinarse hacia él y sus ojos brillaban detrás de la máscara; se acercó tanto que Thomas percibió olor a caballo, a humo y a algo más, un olor empalagoso que no alcanzó a identificar.

«Quince años atrás, Thomas estaba en la cama con ella; la atmósfera todavía olía a sexo, y Thomas le preguntó qué quería de él. Ya entonces, sabía que no le importaba nada a la Reina Roja. Ella follaba de manera mecánica, impersonal; Thomas había follado mejor con algunas prostitutas de precio medio de las Tripas. Y sin embargo no conseguía librarse de ella; aquella mujer había ido creciendo en su mente como una enfermedad.»

—Dime algo útil, y te dejaré morir sin dolor, Thomas. Lo juro.

—«¿Quién es el padre? —le había preguntado la Reina Roja. Cuando se volvió hacia él en la oscuridad, le brillaban los ojos, de un intenso rojo vulpino. Thomas había retrocedido, se había levantado de la cama y ella se

había reído; recordaba aquella sonora risa de alcoba que lo excitaba por sí sola.»

Le dolían los ojos; con el izquierdo solo veía una neblina roja. El escozor de los muslos se había intensificado. Pero el dolor físico parecía nimio comparado con el odio a sí mismo que sentía. El Traedor obtendría la información; ni siquiera le llevaría mucho tiempo.

—«¿Para qué quieres saberlo? —preguntó con voz pastosa. Ella hacía que se sintiera tan ebrio como si se hubiese bebido ocho pintas de cerveza—. Elyssa está muerta. ¿Qué importancia tiene eso ya?»

—«Ninguna —contestó ella esbozando una sonrisa. Y Thomas, que nunca sabía en qué estaba pensando ella, se dio cuenta de que sí importaba, de que importaba muchísimo. La Reina Roja quería saberlo, a toda costa, y sabía que él tenía la respuesta. Era la única baza que él había tenido jamás, y nunca se había engañado. Si se lo revelaba, seguramente ella lo mataría.»

—«No lo sé —contestó.»

«La luz de los ojos de la Reina Roja se extinguió, y de pronto no era más que una mujer hermosa en la cama con él que le agarraba el pene como si fuera un juguete. Él había sabido guardar aquel único secreto, pero todos los otros baluartes habían caído; ella se había abierto de piernas ante él, y Thomas se había comprometido a encontrar y a matar a la hija de Elyssa, su sobrina. Hasta recordaba haberla penetrado diciéndole, entre jadeos «Jódete» a otra reina, aquella a la que habían enterrado años atrás. Pero la Reina Roja lo entendía. Ella siempre entendía, y le había dado lo que él necesitaba.»

—¿Y bien, Thomas?

Thomas miró al Traedor y lo vio a través de las lágrimas. El tiempo se dilataba hacia delante y hacia atrás, años y años; sin embargo, nada de lo que venía después podía borrar lo que venía antes. Ese orden de cosas parecía monstruosamente injusto, incluso ahora que Thomas sabía que solo viviría un momento más. Reunió el poco coraje que le quedaba y dijo:

—Si te quitas la máscara, te contaré todo lo que sé de ella.

El Traedor se dio la vuelta y echó un rápido vistazo a la escena que tenía detrás. Thomas entrecerró los ojos (con el bueno también veía borroso por las lágrimas) y vio que sus tres hombres estaban muertos. Keever era el peor: había caído con un tajo en el cuello y yacía en medio de un charco de sangre, con los ojos abiertos y ciegos.

Había tres hombres enmascarados y vestidos de negro agazapados entre los

árboles. Observaban a Thomas, con actitud predatoria y expectante, como perros que hubieran acorralado una presa. Sin embargo, él no los temía tanto como a su amo. El Traedor era diabólicamente inteligente, y las personas inteligentes concebían crueldades inteligentes. En eso era en lo que siempre había destacado la Reina Roja.

Cuando volvió a mirar al Traedor, la máscara había desaparecido y había dejado la cara al descubierto bajo la débil luz del crepúsculo. Thomas se enjugó las lágrimas del ojo derecho y durante un largo minuto contempló aquella cara, atónito.

—Pero si estás muerto.

—Solo por dentro.

—¿Es magia?

—De la más oscura que hay, falso príncipe. Y, ahora, habla.

Thomas habló. Al principio, las palabras salían despacio y se atascaban en su garganta, pero poco a poco fueron ganando fluidez. El Traedor escuchaba atentamente, casi con compasión, y de vez en cuando hacía preguntas; al poco rato, parecía perfectamente lógico que estuvieran los dos allí sentados, contándose historias mientras caía la noche. Thomas le contó toda la historia al Traedor, la historia que nunca le había contado a nadie; cada palabra era más fácil que la anterior. Se dio cuenta de que explicar la verdad era lo que habría hecho un guardia real, y hasta tal punto parecía eso el quid de la cuestión que repetía meticulosamente los detalles más importantes, decidido a facilitarle la comprensión al Traedor. Le contó todo lo que recordaba, y cuando ya no quedó nada por contar, se quedó callado.

El Traedor se enderezó y gritó:

—¡Traed un hacha!

Thomas lo agarró por un brazo.

—¿No vas a perdonarme?

—No, Thomas. Cumpliré mi palabra.

Thomas cerró los ojos. «Mortmesne, Mortmesne en llamas», pensó sin saber por qué. El Traedor iba a cortarle la cabeza, y Thomas se dio cuenta de que no se lo reprochaba. Pensó en la Reina Roja, en la primera vez que la había visto, en la mezcla de terror y añoranza que había sentido, tan intensa que todavía le helaba el corazón. Luego pensó en la niña, la vio levantándose del suelo con el puñal clavado en la espalda. Tal vez ella lograra sacarlos a todos de aquel cenagal que habían creado. Cosas más raras habían sucedido en

la historia del Tearling. Tal vez incluso se demostrara que era la Reina Verdadera. Tal vez.

## El apóstata

La Iglesia de Dios era un extraño maridaje de la jerarquía del catolicismo anterior a la Travesía y las creencias de una secta protestante que surgió inmediatamente después del Desembarco. A esa secta no le preocupaba tanto la salvación moral de las almas como la salvación biológica de la especie humana, una salvación contemplada como el gran designio de Dios y la razón por la que había hecho emerger el Nuevo Mundo del mar.

Esta extraña mezcla de elementos dispares era un matrimonio de conveniencia y, también, un presagio de lo que estaba por venir. La Iglesia de Dios se convirtió en una religión de realistas; su interpretación de los evangelios estaba plagada de lagunas pragmáticas, y la influencia de la Biblia pre-Travesía, limitada a lo que resultara útil. El descontento eclesiástico era inevitable; muchos sacerdotes, frente a las realidades políticas cada vez más brutales de la teología del Tearling, solo necesitaban un golpecito para caerse.

PADRE ANSELM,

*Ensayo sobre los aspectos religiosos del Tearling*

Cuando el padre Tyler entró en la sala de audiencias, la primera impresión de Kelsea fue que cargaba un gran peso. El sacerdote al que ella recordaba era tímido y no taciturno. Seguía moviéndose con cautela, pero ahora llevaba los hombros caídos. La vez anterior no acarreaba ese peso.

—Padre —lo saludó.

El padre Tyler alzó la vista hacia el trono; sus ojos, azules, parpadearon brevemente al encontrar los suyos, y luego desviaron la mirada. Tras años bajo la tutela de Carlin, a Kelsea todos los sacerdotes le resultaban grandilocuentes o fanáticos, pero el padre Tyler no resultaba ninguna de las dos cosas. Se preguntó cuál sería su función en la iglesia. Con una actitud tan

discreta, no podía ser un sacerdote ceremonial. Había sacerdotes débiles, desde luego; Carlin había cubierto ampliamente ese territorio. Pero solo los necios confundían la prudencia con la debilidad.

—Bienvenido, padre. Por favor, tome asiento. —Kelsea señaló la silla a su derecha.

El padre Tyler titubeó, y no era de extrañar, pues Maza estaba de pie detrás de la silla en cuestión. El sacerdote se acercó a ella como si se acercara a un tajo de ejecución, arrastrando su túnica blanca por los escalones de la tarima. Se sentó esquivando la mirada de Maza, pero, cuando por fin se volvió hacia Kelsea, lo hizo con una mirada clara y directa.

«Le tiene más miedo a Maza que a mí —pensó Kelsea, consternada—. Y no es el único.»

—Majestad —dijo el sacerdote con una voz frágil como el papel—. La Iglesia, y concretamente el Santo Padre, os envían saludos y sus mejores deseos.

Kelsea asintió con la cabeza y mantuvo una expresión cordial. Maza le había informado de que a lo largo de la semana anterior el Santo Padre había recibido a muchos nobles tejar en el Arvath. Maza sentía un gran respeto por la astucia del Santo Padre, y por lo tanto Kelsea tampoco la subestimaba; se trataba de saber si esa astucia se extendía a su subordinado, que en ese momento la miraba de hito en hito, expectante.

«Todos esperan algo de mí», pensó Kelsea con hastío. El hombro, que llevaba días doliéndole, le respondió con una punzada.

—Se hace tarde, padre. ¿En qué puedo ayudarle?

—La Iglesia quiere consultaros acerca del sacerdote de la Ciudadela, Majestad.

—Tenía entendido que el cargo de sacerdote de la Ciudadela era discrecional.

—Bueno, sí... —El padre Tyler miró alrededor como si buscara por el suelo las palabras que quería decir a continuación—. Precisamente. El Santo Padre ha solicitado un informe sobre vuestro criterio al respecto.

—¿A qué sacerdote me asignarían?

Al sacerdote le temblaba algún músculo de la cara; lo que delataba su ansiedad.

—Eso todavía no se ha decidido, Majestad.

—Claro que se ha decidido, padre. Si no, usted no estaría aquí. —Kelsea



sonrió—. Se nota que no juega a cartas.

El padre Tyler, sorprendido, rio un poco.

—No he jugado a cartas en mi vida.

—¿Es usted muy íntimo del Santo Padre?

—Lo he visto en persona en dos ocasiones, Señora.

—Apuesto algo a que ha sido en las dos últimas semanas. Dígame, padre, ¿qué ha venido a hacer aquí?

—Lo que os he dicho, Majestad. He venido a consultaros sobre el nombramiento de vuestro sacerdote privado.

—Y ¿a quién me recomendaría usted?

—A mí mismo. —El sacerdote la miró desafiante, con unos ojos llenos de amargura que parecían completamente impersonales—. Pongo todos mis conocimientos espirituales al servicio de Su Majestad.

Nadie podría imaginar el coraje que necesitó Tyler para ir hasta la Ciudadela y cumplir el encargo que le había hecho el Santo Padre. Si tenía éxito, se convertiría en un ser detestable, en un espía. Si fracasaba, el Santo Padre utilizaría la biblioteca de Tyler para vengarse. Desde hacía años, la Iglesia hacía la vista gorda con la creciente colección de libros laicos de los aposentos de Tyler. Los sacerdotes más veteranos consideraban que su hobby era extraño pero inofensivo. Los ascetas tenían muy pocos placeres y, además, a nadie le interesaba demasiado la historia pre-Travesía. Tras la muerte de Tyler, vaciarían su celda y todos sus libros pasarían a pertenecer a la Iglesia. Nadie habría salido perjudicado.

Pero si se lo hubieran preguntado a él, Tyler se habría visto obligado a admitir que él no era un verdadero asceta. El amor que sentía por las cosas mundanas era tan poderoso como el de cualquiera. Tyler no había tenido ningún problema para renunciar al vino, a la comida ni a las mujeres; sin embargo, a sus libros...

El Santo Padre no era imbécil, y el cardenal Anders tampoco. Dos días atrás, Tyler había despertado de una de sus pesadillas más vívidas, en la que no lograba realizar su encargo y regresaba al Arvath, donde encontraba su celda cerrada con llave por dentro y veía salir humo por la rendija de la puerta. Tyler sabía que era un sueño, porque llevaba una túnica gris, cuando ningún sacerdote de la Iglesia de Dios vestía de gris. Con todo, saber que

estaba soñando no eliminaba el horror. Tyler intentaba girar el picaporte y luego intentaba derribar la puerta, hasta que acababa gritando de dolor, con los delgados hombros magullados. Cuando por fin desistía, se daba la vuelta y encontraba al cardenal Anders detrás de él, con una Biblia en la mano y la túnica roja en llamas. Le tendía la Biblia a Tyler mientras recitaba con solemnidad: «Eres un instrumento de la gran obra de Dios».

Desde hacía dos días, Tyler solo conseguía dormir durante intervalos de unos pocos minutos.

Creía que la reina se echaría a reír cuando por fin le revelara el verdadero motivo de su visita, pero se equivocaba. Kelsea se quedó mirándolo, y Tyler empezó a entender, aunque vagamente, que aquella joven fuera capaz de dominar a un personaje tan temible como Maza. Cuando mirabas a la reina, creías verla realizar una serie de cálculos rápidos y complejos. A Tyler le recordaba los ordenadores pre-Travesía, unas máquinas cuyo gran valor residía en su capacidad de hacer muchas cosas a la vez. Se daba cuenta de que cientos de pequeñas variables entraban en los cálculos de la reina, y se preguntaba qué tipo de variable sería él.

—Aceptado, con condiciones.

Tyler se esforzó por disimular su sorpresa.

—¿Sí?

—La capilla de la Ciudadela se convertirá en escuela.

Kelsea lo observaba atentamente; era evidente que esperaba una reacción negativa, pero Tyler no dijo nada. Para él, Dios nunca había vivido en aquella capilla. El Santo Padre se subiría por las paredes, pero a Tyler eso no le preocupaba de momento. Estaba concentrado en la misión que le habían encomendado.

—No debe usted intentar convertirme, en ningún caso —continuó la reina—. No lo aceptaré. No le haré callar cuando hable con otras personas, pero no me abstendré de poner en duda sus afirmaciones. Si tolera usted mis argumentos, tendrá libertad para atender o convertir a cualquier otro ocupante de esta Ciudadela, incluidos los cerdos y las gallinas.

—Os burláis de mi religión, Señora —replicó Tyler, pero fue una respuesta mecánica, carente de rencor. Ya había dejado atrás la etapa de su vida en que el ateísmo lo enfurecía.

—Me burlo de todo lo que es inconsecuente, padre.

Tyler se fijó en la diadema de plata que Kelsea llevaba en la cabeza, la tiara

que él había tenido en las manos. Volvió a impresionarle el carácter recurrente de la historia, que se repetía de formas extraordinarias e imprevistas. Había habido otro monarca, un monarca pre-Travesía, al que habían coronado en medio de un derramamiento de sangre y que nunca debería haber ascendido al trono. ¿Dónde había sido? ¿En Francia? ¿En Inglaterra?

«Al Santo Padre no le importa el periodo pre-Travesía», le susurró una vocecilla, y Tyler ahuyentó esos pensamientos.

—Si no hay capilla en la Ciudadela, Majestad, y vos rechazáis la palabra de Dios, ¿qué se supone que pinto aquí?

—Tengo entendido que sois un intelectual, padre. ¿Cuál es vuestra especialidad?

—La historia.

—Ah, estupendo. Eso me será muy útil. He leído muchos libros de historia, pero también me he perdido muchos.

Tyler parpadeó.

—¿Qué libros de historia?

—Obras pre-Travesía, sobre todo. Me enorgullezco de tener buenos conocimientos de la historia pre-Travesía, pero estoy poco informada sobre la historia del Tear y especialmente sobre la de la Travesía en sí.

Tyler se había detenido en una información.

—¿Qué obras pre-Travesía?

La reina sonrió con cierta petulancia, con las comisuras de los labios apuntando hacia abajo.

—Acompañeme, padre.

La herida de la reina debía de estar casi curada, porque se levantó del trono sin ayuda. Tyler no hizo movimientos bruscos cuando bajó detrás de ella los escalones, y esquivó a los guardias que se movieron hábilmente para seguir a la reina y, al mismo tiempo, impedir que el sacerdote se acercara demasiado a ella. Notó que tenía a Maza justo detrás, y decidió no volver la cabeza.

La reina caminaba con aire decidido, de una forma que muchos habrían tildado de masculina. A Kelsea nadie le había enseñado a andar con pasitos elegantes, como Tyler había observado que hacían las mujeres de la aristocracia. La reina daba unas zancadas tan grandes que Tyler, a quien la artritis de la cadera molestaba mucho últimamente, tuvo que esforzarse para seguir su paso. Volvió a tener la impresión de que se hallaba en medio de algo extraordinario, y no supo si debía dar gracias a Dios o no.

Pen Alcott iba unos pasos por delante de Tyler, pegado a la reina, con una mano en el puño de la espada. Tyler había supuesto que Maza sería el guardaespaldas de la reina; el reino entero lo había supuesto. Pero Maza había tenido que viajar al sur del reino para ocuparse de otros asuntos unos días atrás. La noticia del incendio que había destruido la fortaleza de los Graham se había extendido como la pólvora por el Arvath. Los Graham eran donantes generosos, y lord Graham padre era un viejo amigo del Santo Padre. El Santo Padre había dejado claro que Tyler debía pedir explicaciones a Maza y a su Señora.

«Eso ya lo haré luego —se dijo Tyler—. De momento, me concentraré en mi misión.»

La reina guió a Tyler por un largo pasillo que arrancaba detrás del trono y en el que había al menos treinta puertas. Tyler se dio cuenta de que era el ala de la servidumbre, y eso lo desconcertó. ¿Cómo podía ser que alguien necesitara tantos sirvientes, aunque fuese una reina?

Solo algunas puertas estaban vigiladas. Cuando la reina se acercó a una de ellas, el guardia la abrió y se hizo a un lado. Tyler vio una habitación pequeña y casi vacía salvo por un escritorio y unos cuantos sillones y sofás. Le pareció que el espacio estaba mal aprovechado. Pero entonces se detuvo en el umbral, estupefacto.

La pared del fondo estaba forrada de libros, hermosos volúmenes encuadernados en piel teñida de los alegres tonos que se utilizaban antes de la Travesía: rojo, azul y, lo más sorprendente, morado. Tyler nunca había visto piel teñida de color morado; ni siquiera sabía que pudiera existir. Ignoraba qué tinte habrían utilizado, aunque cualquiera que fuera la fórmula se había perdido.

La reina hizo un ademán invitándolo a pasar, y Tyler se acercó más para evaluar la calidad de los libros con ojos de coleccionista. Su biblioteca era mucho más reducida; muchos de sus volúmenes eran tan antiguos como aquellos, pero casi todos estaban encuadernados en tela o papel, y requerían muchos cuidados y un tratamiento constante con adhesivos para impedir que se desencuadernaran. Alguien había cuidado concienzudamente también aquellos libros. Las tapas de piel parecían intactas. Debía de haber más de mil, pero Tyler se fijó, con cierta satisfacción, en que él tenía muchos títulos que faltaban en la biblioteca de la reina. Estaba deseando tocar los volúmenes, pero no se atrevía a hacerlo sin el permiso de la reina.

—Puede, padre. —Tyler levantó la cabeza y vio que Kelsea lo observaba divertida, con una mueca en los labios, como si compartieran un chiste privado—. Ya se lo he dicho: se nota que no juega a cartas.

Tyler se volvió, ansioso, hacia el estante que tenía delante, y al instante le llamaron la atención los nombres de varios autores. Cogió un libro de Tuchman, lo abrió con cuidado y sonrió encantado. La mayoría de sus libros habían sido tratados con un fijador de mala calidad y las páginas habían quedado arrugadas y descoloridas. Las páginas de aquel libro, en cambio, estaban tersas y a la vez suaves, y casi blancas. También había varias páginas de fotografías, y las examinó minuciosamente, casi sin darse cuenta de que hablaba mientras lo hacía.

—Yo tengo varios libros de Tuchman, pero este no lo había visto nunca. ¿De qué trata?

—De varias eras de la historia pre-Travesía —contestó la reina—; las utiliza para ilustrar el hecho de que la insensatez domina intrínsecamente los gobiernos.

Pese a la fascinación que el libro ejercía sobre él, había algo en el tono empleado por la reina que hizo que Tyler cerrara la cubierta. Se dio la vuelta y la encontró contemplando sus libros con verdadera devoción, como una amante. O una sacerdotisa.

—El Tearling está en crisis, padre.

Tyler asintió.

—El Arvath dio su consentimiento a la lotería.

Tyler volvió a asentir y se ruborizó. Desde hacía años, la remesa pasaba justo por delante del Arvath, y desde su pequeña ventana Tyler siempre había podido oír el rumor de aquella marea de desgraciados. El padre Wyde decía que, a veces, las familias seguían a la remesa varios kilómetros; corría el rumor de que una familia había caminado detrás de las jaulas hasta las estribaciones del monte Willingham. Tyler sabía que el padre Timpany había absuelto al Regente de sus pecados con la autorización del Santo Padre. Al sacerdote le resultaba mucho más fácil ignorar todo aquello en su celda, concentrado en sus estudios y en su contabilidad; pero allí, bajo la atenta mirada de la reina, que exigía una explicación, no era tan fácil arrinconar las cosas que Tyler, en el fondo, sabía.

—Y usted, ¿qué opina? —preguntó la reina—. ¿He sido insensata desde que ocupé el trono?

La pregunta parecía retórica, pero Tyler comprendió que no lo era. De pronto recordó que la reina solo tenía diecinueve años y que llevaba mucho tiempo burlando a la muerte. Y, sin embargo, lo primero que había hecho, nada más llegar, había sido meter un palo en un nido de avispas.

«Claro, está asustada», pensó. Hasta ese momento no se había planteado esa posibilidad, pero era lógico. Se dio cuenta de que la reina ya se había responsabilizado de sus actos, y de que las consecuencias ya pesaban sobre sus hombros. Tyler quiso decir algo para tranquilizarla, pero no supo qué, porque no la conocía.

—La salvación política no es mi especialidad, Majestad. Yo soy consejero espiritual.

—De momento, aquí nadie necesita consejos espirituales.

Tyler replicó con más aspereza de la prevista:

—A quienes dejan de preocuparse por su alma suele costarles recuperarla más adelante, Majestad. Dios no hace esa clase de distinciones.

—¿Cómo espera que alguien crea en su Dios en los tiempos que corren?

—Yo creo en mi Dios, Majestad.

—Entonces sois un necio.

Tyler se enderezó y respondió con frialdad:

—Podéis creer lo que queráis y pensar lo que queráis de mi iglesia, pero no difamáis mi fe. Al menos, no delante de mí.

—¡No le dé órdenes a la reina! —gruñó Maza.

Tyler se encogió; había olvidado que Maza estaba allí. Pero este no dijo nada más, y, cuando Tyler se volvió hacia la reina, vio que sonreía entre compungida y satisfecha.

—Es usted auténtico —murmuró la reina—. Perdóneme, pero necesitaba comprobarlo. Debe de haber muy pocos como usted viviendo en esa pesadilla dorada.

—Eso es injusto, Majestad. Conozco a muchos hombres buenos y devotos en el Arvath.

—¿Es un hombre bueno y devoto el que lo ha enviado a vigilarme, padre?

Tyler no supo qué contestar.

—¿Quiere alojarse aquí, con nosotros?

El sacerdote pensó en sus libros y negó con la cabeza.

—Preferiría quedarme en el Arvath.

—En ese caso, le propongo un intercambio —replicó la reina, decidida—.

Se lleva el libro que tiene en la mano y se lo queda una semana. El domingo que viene me lo devolverá, y entonces podrá tomar prestado otro. Pero también me traerá uno de sus libros, alguno que yo no tenga.

—¿Un sistema de préstamo bibliotecario? —preguntó Tyler, risueño.

—No exactamente, padre. Ya hay empleados que trabajan copiando mis libros, varios a la vez. Cada vez que usted me preste un libro, ellos lo copiarán también.

—¿Con qué propósito?

—Guardaré los originales aquí, en la Ciudadela, pero tarde o temprano encontraré a alguien que pueda fabricar una imprenta.

Tyler aspiró entre los dientes.

—¿Una imprenta?

—Quiero ver este reino invadido de libros, padre. Quiero verlo alfabetizado. Libros por todas partes, circulando libremente como antes de la Travesía, asequibles incluso para los pobres.

Tyler la miró de hito en hito, conmocionado. El collar que llevaba la reina al cuello parpadeó; el sacerdote habría jurado que le había lanzado un guiño.

—¿No se lo imagina?

Y al cabo de un momento, Tyler se lo imaginó. Era una idea pasmosa. Las imprentas significaban librerías y bibliotecas. La transcripción de nuevas obras. Una nueva historia.

Más adelante Tyler se daría cuenta de que entonces ya había tomado una decisión, de que nunca había habido ningún otro camino para él. Pero en aquel momento solo sintió conmoción. Se apartó de la librería, tambaleante, y se encontró cara a cara con Maza, cuyo semblante se había ensombrecido. Tyler confiaba en que la cólera del capitán de la Guardia Real no fuera dirigida hacia él, porque le tenía pánico. Pero no, Maza no lo miraba a él, sino a los libros.

Y entonces tuvo una revelación asombrosa. Intentó descartarla, pero la idea se resistía: Maza no sabía leer. Tyler sintió lástima, pero se dio rápidamente la vuelta, antes de que se le viera en la cara.

—Bueno, es un sueño ambicioso, Majestad.

La expresión del rostro de la reina se endureció. Maza dio un pequeño resoplido de satisfacción que no hizo sino irritar aún más a la reina. Cuando habló, lo hizo con seriedad; la pasión había desaparecido por completo de su voz:

—Le espero el próximo domingo. Pero será bien recibido en mi corte en cualquier momento, padre.

Tyler inclinó la cabeza; sintió como si lo hubieran agarrado y lo hubieran zarandeado con fuerza. «Por eso no salgo nunca de mi celda —pensó—. Allí estoy mucho más seguro.»

Se volvió y se dirigió de nuevo a la sala de audiencias, con el libro en la mano, casi ajeno a los tres guardias que lo seguían. El Santo Padre le pediría un informe inmediato, sin duda, pero Tyler podía colarse en el Arvath por la entrada de los comerciantes. Era martes, y el hermano Emory estaría de servicio; era joven y perezoso, y muchas veces olvidaba informar de las llegadas. Tyler podría leer más de cien páginas antes de que el Santo Padre se enterara de que había regresado.

—Ah, padre.

Tyler volvió la cabeza y vio a la reina sentada en su trono y con la barbilla apoyada en una mano. Maza estaba de pie a su lado, más imponente que nunca, con una mano en el puño de la espada.

—¿Sí, Majestad?

La reina sonrió con picardía; por primera vez desde que Tyler la había visto, aparentaba la edad que tenía.

—No olvide traerme un libro.

El lunes, Kelsea, sentada en su trono, se mordía sin cesar el interior de la mejilla. Técnicamente, estaba celebrando una audiencia, pero en realidad lo que estaba haciendo era permitir que varios interesados le echaran un vistazo, y echarlo ella a su vez. Tras el intento de asesinato fallido, había creído que Maza cancelaría aquel acto, pero, por lo visto, ahora el capitán consideraba aún más importante que Kelsea se dejara ver. Su primera audiencia se celebró a la hora programada, aunque con la Guardia Real al completo en la sala de audiencias; hasta estaban los guardias que solían hacer el turno de noche y que dormían durante el día.

Maza había cumplido su palabra y había trasladado el gran trono de plata, junto con su tarima, al Pabellón Real. Tras una hora sentada en el trono, Kelsea descubrió que la plata era dura y, peor aún, fría. Anhelaba la comodidad de su sillón viejo y gastado. Ni siquiera podía arrellanarse, porque demasiadas miradas estaban puestas en ella. Los nobles entraron en masa en la



sala; eran los mismos que habían asistido a la coronación. Kelsea vio las mismas vestimentas, los mismos peinados y los mismos excesos.

Kelsea había pasado muchas horas preparándose para aquella audiencia con Maza y Arliss, así como con Marguerite, que tenía una cantidad asombrosa de información sobre los aliados del Regente en la nobleza. El Regente la había tenido cerca en todo momento, incluso cuando hacía negocios. A Kelsea no le sorprendió esa nueva prueba del escaso criterio de su tío, pero de todas formas la desanimó.

—¿Estás contenta de estar aquí? —había preguntado Kelsea a Marguerite la noche anterior, cuando acabaron de hablar.

—Sí —respondió Marguerite, tan deprisa que Kelsea creyó que no había entendido la pregunta.

Marguerite se defendía bien en tear, pero se había llevado una gran alegría al saber que Kelsea dominaba el mort, y hablaban en esa lengua. Kelsea intentó volver a preguntárselo para asegurarse de que estaba formulando bien la pregunta.

—Tengo entendido que te trajeron aquí desde Mortmesne contra tu voluntad. ¿No quieres volver a tu casa?

—No. Me gusta cuidar de los niños, y en Mortmesne no tengo nada.

—¿Por qué? —inquirió Kelsea, desconcertada.

Marguerite le parecía una persona educada e inteligente; además, tenía mucha psicología. Kelsea había reflexionado sobre qué podía hacer con el resto de las mujeres del Regente; no tenía ningunas ganas de que invadieran el Pabellón Real, ni podía ofrecerles un empleo remunerado. Pero creía que la Corona estaba en deuda con ellas, pues la vida en la Ciudadela no debía de haber sido fácil.

Marguerite había asegurado a Kelsea que a las otras mujeres se las quedarían de buen grado otros nobles como acompañantes remuneradas; la mayoría llevaban años envidiando al Regente por su harén. Era una información muy útil (y un dato sumamente desagradable sobre la psicología masculina), y Marguerite tenía razón: cuando Coryn fue a asegurarse de que el Regente se había marchado, comprobó que también habían desaparecido todas las mujeres y sus pertenencias.

—Por esto —contestó Marguerite, y a modo de explicación se pasó una mano por todo el cuerpo, de abajo arriba, y acabó rodeándose con ella la cara —. Esto determina lo que soy.

—¿Tu belleza?

—Sí.

Kelsea se quedó mirándola, perpleja. Ella habría dado cualquier cosa por ser tan guapa como Marguerite. La voz del Traedor resonaba en su cabeza: «Demasiado fea para mi gusto». Ya se había fijado en que, en las raras ocasiones en que Marguerite salía del cuarto de los niños, los guardias la seguían con la mirada. No era un comportamiento abiertamente zafio, no había nada por lo que Kelsea pudiera llamarles la atención, pero a veces le daban ganas de arrearles una bofetada y gritarles: «¡Miradme a mí! ¡Yo también valgo!». Los guardias también seguían a Kelsea con la mirada, pero no con el mismo propósito.

«Si yo tuviera el físico de Marguerite, el Traedor besaría la tierra que piso.»

Los pensamientos de Kelsea debieron de reflejarse en su cara, porque Marguerite esbozó una sonrisa triste y dijo:

—Vos consideráis que la belleza es una bendición, Majestad, pero también tiene su lado malo, creedme.

Kelsea asintió con la cabeza y trató de mostrarse cordial, pero en realidad discrepaba con Marguerite. La belleza era una divisa. Por cada hombre que valorara menos a Marguerite por su belleza, habría otros cien, y también muchas mujeres, que la valorarían más. Pero a Kelsea le gustaba la seria inteligencia de Marguerite, de modo que intentó dominar su resentimiento, pese a sospechar que mirar a aquella mujer todos los días y no sentir celos exigiría un gran esfuerzo por su parte.

—¿Cómo es Mortmesne?

—Diferente del Tearling, Majestad. A primera vista es mejor. No hay tantos pobres ni gente hambrienta. Hay orden en las calles. Pero si uno se fija bien, se da cuenta de que en todos los ojos se refleja el miedo.

—¿A qué le tienen miedo?

—A ella.

—Aquí la gente también tiene miedo, pero no a mí, sino a la lotería.

—Antes quizá sí, Majestad.

Las personas que estaban en la sala de audiencias no le tenían miedo a Kelsea, desde luego. Algunos la miraban con nostalgia; otros, con recelo. A Maza no le gustaban las zonas de sombra que creaba la multitud, y ordenó que colgaran más antorchas en las paredes; también había encontrado un heraldo,

un muchacho delgado e inofensivo llamado Jordan que, con una voz extraordinariamente grave y clara, anunciaba a cada personaje que se acercaba al trono. Quienes querían hablar en privado con Kelsea se le acercaban después de que Mhurn los hubiera cacheado y hubiera comprobado que no iban armados. Algunos habían ido simplemente a jurar fidelidad, tal vez con la esperanza de obtener acceso a las arcas o pillar a Kelsea desprevenida. Muchos intentaron besarle la mano; un noble, lord Perkins, consiguió dejarle una marca húmeda y pegajosa en los nudillos antes de que Kelsea lograra soltar la mano. Después, la reina escondió ambas manos entre los negros pliegues de su falda para protegerlas.

Andalie estaba sentada a la derecha de Kelsea, en una silla algo más baja, de modo que pareciera más menuda que Kelsea. Esta había protestado por ese arreglo, pero Andalie y Maza se habían impuesto. Cuando lord Perkins y su séquito bajaron de la tarima, Andalie ofreció una taza de agua a Kelsea, que la aceptó agradecida. La herida estaba cicatrizando bien, y ya aguantaba más rato sentada, pero llevaba dos horas casi seguidas intercambiando cumplidos, y empezaba a tener la voz rasposa.

Se le acercó un noble llamado Killian con su mujer. Kelsea buscó en sus archivos mentales y ubicó a aquel hombre: Marguerite le había contado que a lord Killian le gustaba jugar a las cartas y que en una ocasión había apuñalado a otro noble por una disputa sobre una mano de póquer. Sus cuatro hijos se habían librado de la lotería. Los Killian parecían gemelos más que marido y mujer; ambos tenían la cara redonda y mofletuda, y ambos la miraban con la misma expresión que Kelsea había visto en las caras de muchos nobles a lo largo de ese día: una fachada sonriente que ocultaba numerosas artimañas. Intercambió con la pareja las cortesías de rigor y aceptó un bonito tapiz que la mujer aseguró haber tejido con sus propias manos. Kelsea dudaba mucho que fuera cierto: la época en que las aristócratas tenían que hacer sus propios trabajos artesanales pertenecía a la historia, y aquel tapiz denotaba una habilidad considerable.

Cuando terminó la audiencia de los Killian, Kelsea los vio retirarse. La mayoría de los nobles a los que había conocido ese día no le habían gustado nada. Le parecían peligrosamente indolentes. Hasta el inadecuado y viejo concepto de *noblesse oblige* se había perdido en aquel reino, y los privilegiados se negaban a mirar más allá de sus muros y sus jardines. Era un problema que había contribuido mucho a la Travesía; Kelsea creía oír a Carlin

hablando con gesto de desaprobación de las clases gobernantes de tiempos pasados.

Maza miraba con ojos escrutadores hacia el fondo de la sala, y, cuando los Killian se perdieron de vista y los miembros de la Guardia Real empezaron a relajarse, dio una brusca orden con la que les instaba a permanecer firmes. Un hombre avanzaba con andares pesados hacia el trono; iba solo, y una tupida barba negra le tapaba la cara casi por completo. Con el rabillo del ojo, Kelsea vio que Andalie hacía un movimiento involuntario y tensaba las manos.

Kelsea tamborileó con los dedos en el brazo de su trono de plata, discurrendo, mientras cacheaban a aquel hombre. Miró a Andalie, que observaba a su marido, con las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo.

Maza había bajado de la tarima y había adoptado lo que Kelsea consideraba su postura defensiva, una postura tan relajada que cualquiera habría podido pensar que estaba completamente tranquilo y distraído. Pero si el marido de Andalie movía un solo músculo en la dirección equivocada, Maza lo abatiría al instante. El marido también debía de saberlo; cuando desvió la mirada hacia Maza, se detuvo motu proprio y anunció:

—¡Soy Borwen! ¡He venido a exigir que vuelvan mi mujer y mis hijos!

—Aquí no vienes a exigir nada —replicó Kelsea.

El hombre la miró un momento con odio y rectificó:

—Pues a pedirlo.

—Dirígete a la reina con corrección —gruñó Maza—, o serás expulsado de esta sala.

Borwen respiró hondo varias veces seguidas mientras con la mano derecha se palpaba el bíceps izquierdo, como si eso lo tranquilizara.

—Le pido a Su Majestad que me devuelva a mi mujer y a mis hijos.

—Tu mujer puede marcharse voluntariamente cuando quiera —repuso Kelsea—. Pero si quieres pedirle algo, antes tendrás que explicar esas marcas que tiene en la piel.

Borwen titubeó, y Kelsea le vio barajar infinidad de excusas. Al final, el hombre masculló una respuesta.

—¡Repítelo!

—Majestad, mi mujer no era obediente.

Andalie rio por lo bajo. Kelsea se estremeció: aquella risa estaba cargada de odio.

—¿Eres creyente, Borwen?

—Voy a la iglesia todos los domingos, Majestad.

—La esposa debe obedecer al marido, ¿verdad?

—Sí, eso dice la palabra de Dios.

—Entiendo. —Kelsea se recostó sin dejar de observar a Borwen. ¿Cómo podía ser que Andalie se hubiera casado con aquel individuo? Kelsea no tenía suficiente valor para preguntárselo—. Y ¿han conseguido tus correctivos que tu mujer te obedezca?

—Estaba en mi derecho.

Kelsea abrió la boca sin saber qué iba a decir, pero por suerte Andalie se le adelantó: se irguió cuan alta era y dijo:

—Os lo ruego, Majestad, no nos pongáis a mí ni a ninguno de mis hijos bajo el dominio de ese hombre.

Kelsea estiró un brazo y la agarró por una muñeca.

—Sabes que no lo haré.

Andalie bajó la mirada, y a Kelsea le pareció ver un destello de ternura en sus ojos grises. Al cabo de un momento, volvía a ser Andalie: había recuperado su rostro frío e inexpresivo.

—Lo sé.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Kelsea.

—No me importa, con tal de que nunca vuelva a acercarse a mis hijos —contestó Andalie con una voz tan inexpresiva como su semblante.

Kelsea la miró un momento y en su mente se insinuó una imagen terrible, pero, antes de que esta pudiera tomar forma, volvió a dirigirse a Borwen:

—Petición denegada. El día que tu esposa así lo desee, podrá volver contigo con mi beneplácito. Pero no voy a obligarla a regresar.

Los negros ojos de Borwen centellearon, y de su barba salió un sonido extraño y salvaje.

—¿Acaso Su Majestad ignora la palabra de Dios?

Kelsea arrugó el ceño. La multitud, que hasta ese momento parecía adormilada, estaba de pronto alerta; todos miraban alternadamente a la reina y a Borwen como si su conversación fuera un partido de tenis. Cualquier respuesta que diera Kelsea llegaría a oídos de la Iglesia de Dios; por otra parte, no podía mentir, porque había demasiada gente en aquella sala. Escogió con cuidado sus palabras antes de hablar:

—La historia está llena de reinos fracasados que afirmaban estar

gobernados únicamente por la palabra de Dios. El Tearling no es una teocracia, y mi obligación es buscar otras fuentes, aparte de la Biblia. —Notó que su voz se afilaba, pero no pudo hacer nada para evitarlo—. Dejando aparte la palabra de Dios, Borwen, me parece que, si de verdad merecieras la clase de obediencia que ansías, podrías obtenerla por otros medios que no fueran tus puños.

Borwen se puso colorado; entrecerró los ojos, que se redujeron a dos rendijas negras. Dyer, al pie de la tarima, avanzó un poco para cerrarle el paso, con una mano sobre el puño de la espada.

—¿Hay algún registrador en la sala? —preguntó Kelsea a Maza.

—Sí, hay uno. Le he dicho que se quede entre el público, pero debe de estar escuchando.

Kelsea subió la voz y se dirigió a todo el público presente en la sala:

—Mi trono no tolerará los malos tratos, diga lo que diga Dios acerca de ellos. Maridos, esposas, hijos, no importa: quien emplee la violencia contra otro tendrá que responder de ello.

»Y tú, Borwen —añadió concentrándose de nuevo en él—, por ser el primer infractor que se presenta ante mí no serás castigado. Tú me has proporcionado el ejemplo alrededor del cual estructurar mi ley. Pero si vuelves a presentarte ante mí o ante cualquier miembro de mi judicatura acusado de cargos parecidos, la ley será implacable contigo.

—¡Yo no estoy acusado de nada! —gritó Borwen, rojo de ira—. ¡He venido a reclamar a mi esposa y a mis hijos robados, y encima me desacreditan! ¡Es una injusticia!

—¿Has oído hablar de la equitativa doctrina de manos limpias?

—¡No, ni me importa! ¡Me han robado, y si es necesario lo diré ante todo el Tearling, hasta que se haga justicia!

Maza dio un paso adelante, pero Kelsea chasqueó los dedos.

—No.

—Pero, Señora...

—No sé cómo funcionaban las cosas aquí en el pasado, Lazarus, pero no vamos a castigar a nadie por sus palabras. Le pediremos que se marche, y, si no se va, podrás echarlo de la manera que mejor te plazca.

Borwen había empezado a respirar entrecortadamente, con grandes y roncadas bocanadas; el ruido que hacía le recordó a Kelsea el de un oso pardo dormido con el que un día Barty y ella habían tropezado en el bosque. Barty le había

hecho una señal a Kelsea, y habían vuelto sobre sus pasos sin hacer ruido. Pero el hombre que Kelsea tenía delante era muy diferente, y de pronto pensó que le gustaría pelear con él, aunque fuera a puñetazos, y aunque saliese mal parada.

«Tengo demasiada rabia dentro», comprendió Kelsea. Pero era un pensamiento orgulloso: por muchos defectos que tuviera, la rabia siempre estaría allí, un pozo de fuerza que siempre podría explotar. A Carlin no le habría gustado, pero ahora Kelsea era la reina y no una cría asustada, y había aprendido mucho desde que abandonara la casita del bosque. Ya era capaz de plantarse ante Carlin y dar cuentas de sus actos, quizá no sin miedo, pero al menos sin la debilitante certeza de que Carlin siempre sabía más que ella. Carlin tenía razón respecto a muchas cosas, pero hasta ella tenía limitaciones; ahora Kelsea las veía claramente, dibujadas con colores llamativos. Carlin carecía de pasión e imaginación, mientras que a Kelsea le sobraban ambas cosas. Miró al hombre que tenía ante ella y vio una salida fácil.

—Borwen, ya me has hecho perder mucho tiempo con esta tontería, y tienes que irte. Eres libre de acusar a mi trono de toda la injusticia que quieras, pero te advierto que yo responderé revelando las acusaciones de tu esposa. Tú eliges.

Borwen movió los labios, pero no pudo articular palabra. Miraba a un lado y a otro con sus negros ojos, como un animal acorralado; entonces miró con odio a Andalie y se golpeó la palma de una mano con un puño enorme.

—Tan altiva como siempre, ¿verdad? ¿Ya sabe dónde te criaste? ¿Ya le has dicho que tienes sangre mort?

—¡Basta! —Kelsea se levantó del trono sin hacer caso del dolor en el hombro. El zafiro había cobrado vida; lo notaba, como si tuviera un animal pequeño y agresivo escondido bajo el vestido—. Has agotado mi paciencia. Abandona inmediatamente esta sala, o dejaré que Lazarus te eche por los medios que quiera.

Borwen retrocedió con una sonrisa de triunfo en los labios.

—¡Es una mort! ¡Está contaminada!

—Ve, Lazarus.

Maza se lanzó hacia Borwen, que se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Salió volando por el pasillo, y un murmullo de risas recorrió la sala. Andalie volvió a sentarse al lado de Kelsea y adoptó un gesto inexpresivo. Cuando Borwen hubo desaparecido, Maza interrumpió su desganada persecución y

volvió a su sitio; le brillaban los ojos de regocijo. Pero Kelsea se frotó los suyos, cansada. ¿Qué más tendría que aguantar?

—¡Lady Andrews, Majestad! —anunció el heraldo.

Una mujer echó a andar a grandes zancadas hacia el trono. Ese día llevaba un elaborado sombrero de terciopelo morado, decorado con cintas de seda moradas y plumas de pavo real. Sin embargo, Kelsea reconoció al instante aquella boca fruncida en gesto de desagrado.

—Por el amor de Dios —le dijo en voz baja a Maza—. ¿No le hemos pagado la maldita diadema?

—Sí, Señora. Y muy bien pagada. Los Andrews son una familia de estafadores, y Arliss no quería que tuvieran ningún motivo de queja.

Lady Andrews se detuvo ante los escalones de la tarima. Era mucho mayor de lo que se apreciaba bajo la débil luz del Salón del Trono; debía de tener unos cuarenta años, y tenía la piel de la cara anormalmente tirante. ¿Cirugía estética? En el Tearling no había cirujanos plásticos, pero se rumoreaba que en Mortmesne habían recuperado esa práctica. Los nobles tear tal vez se animaran a hacer el viaje; sobre todo, los nobles como aquella mujer. Lady Andrews tenía una sonrisa almibarada en los labios, pero sus ojos hablaban por sí solos.

«Me odia», pensó Kelsea con cierto regocijo. ¿Acaso aquella mujer no tenía nada de que preocuparse, aparte de su pelo?

—He venido a jurar fidelidad a Su Majestad —declaró lady Andrews.

Tenía una voz inconfundible, tan áspera y ronca que Kelsea pensó que debía de ser fumadora, como Arliss. O quizá se tratara de que bebía demasiado.

—Me siento muy honrada.

—Os he traído un regalo, Majestad. Un vestido de seda de Callae.

Era un vestido precioso, de seda de color azul real intenso que brillaba bajo la luz de las antorchas. Pero cuando lady Andrews lo sostuvo en alto, Kelsea vio que la talla era adecuada para una mujer alta y delgada como lady Andrews, y que ella habría necesitado como mínimo tres tallas más. Tras considerarlo brevemente, Kelsea decidió que la mujer había escogido aquella talla a propósito, por pura maldad, para que Kelsea viera que le iba pequeño cuando se lo probase.

—Gracias —dijo Kelsea, y esbozó una sonrisa—. Es usted muy amable.

Arliss cogió el vestido y lo puso en el montón de obsequios, que iba creciendo a buen ritmo. Algunos eran espantosos, y se los habían regalado



personas que, por lo visto, tenían tan mal gusto como el Regente. Pero, al menos, todos los regalos estaban hechos de materiales valiosos; nadie se había atrevido a regalarle a Kelsea algo sin ningún valor. Ella ya había decidido venderlos casi todos, pero Arliss tenía otras intenciones. El anciano examinó brevemente el vestido azul con mirada calculadora y anotó algo en la libreta que llevaba consigo.

—También he venido a preguntar qué piensa hacer Su Majestad respecto a Mortmesne.

—Perdón, ¿cómo dice?

Lady Andrews compuso aquella sonrisa falsamente dulce que parecía ideada para ocultar un rechinar de dientes.

—Habéis violado el Tratado Mort, Majestad. Tengo tierras cerca del último tramo del Crithe, en el Almont oriental. Tengo mucho que perder.

Kelsea miró de reojo a Maza, que observaba atentamente al público.

—Yo tengo mucho más que perder que usted, lady Andrews. Más tierras, y también mi vida. De modo que ¿por qué no deja que sea yo quien se preocupe?

—Mis arrendatarios están alarmados, Majestad. Y la verdad es que no puedo reprochárselo. Se hallan en medio del camino a Nueva Londres, y ya sufrieron mucho durante la última invasión.

—Estoy segura de que entonces también se preocupó mucho por ellos —murmuró Kelsea. El zafiro se calentó de golpe sobre su pecho, y de pronto apareció una imagen en la mente de Kelsea: una alta torre con las puertas cerradas y con barricadas en las verjas—. ¿Salió con su guardia a defenderlos?

Lady Andrews abrió la boca, pero no llegó a decir nada.

—No, ¿verdad? Se quedó en su torre y dejó que ellos se las arreglaran solos.

El rostro de la aristócrata se crispó.

—No me pareció que tuviera sentido morir con ellos.

—Ya me lo imagino.

—¿Qué queja tenéis de la remesa, Majestad?

—¿Que qué queja tengo?

—Es un sistema justo. Estamos en deuda con Mortmesne.

Kelsea se inclinó hacia delante.

—¿Tiene usted hijos, lady Andrews?

—No, Majestad.

«Claro que no», pensó Kelsea. Cualquier hijo concebido por aquella mujer habría sido canibalizado por su útero. Alzó la voz y dijo:

—Entonces no arriesga mucho con la lotería, ¿verdad? No tiene hijos, no parece bastante fuerte para trabajar y es demasiado vieja para atraer a nadie lo suficiente para tener relaciones sexuales.

Lady Andrews, colérica, abrió mucho los ojos. A su espalda se oyeron risitas femeninas.

—Escucharé las quejas sobre Mortmesne y la lotería que quieran expresar quienes tengan algo que perder —anunció Kelsea dirigiéndose al público presente en la sala—. Las personas directamente afectadas por la lotería pueden venir y presentarme su caso.

Se volvió hacia lady Andrews y añadió:

—Pero usted no.

Lady Andrews tenía las manos rígidas como garras. Las uñas eran largos ganchos pintados de un morado intenso. En los descarnados crecientes bajo sus ojos habían aparecido unas manchas rojas. Kelsea se planteó la posibilidad de que la mujer intentara atacarla; no parecía probable, pero Kelsea no estaba segura. Y Maza tampoco; se le había acercado un poco más y miraba a lady Andrews con severidad.

«¿Qué debe de ver cuando se mira en el espejo?», se preguntó Kelsea. ¿Cómo podía ser que una mujer tan mayor todavía diera tanta importancia al atractivo físico? Había leído muchas veces sobre esa vana ilusión en los libros, pero ver un ejemplo real era diferente. Y pese a la congoja que a Kelsea le había causado últimamente su propio reflejo, comprendió que había algo mucho peor que ser fea: ser fea y creer que eras hermosa.

Lady Andrews se recuperó deprisa, pese a que su voz, débil, todavía temblaba de ira.

—Y ¿qué tenéis que perder vos, Majestad? Os pasasteis toda la infancia escondida. ¿Ha salido vuestro nombre alguna vez en el sorteo?

Kelsea se sonrojó, y la sorpresa le hizo guardar silencio; aquello era algo que ni siquiera se había planteado. Su apellido Glynn nunca había aparecido en el sorteo, por supuesto, ya que nadie sabía que existía Kelsea Glynn. Pero ¿y Kelsea Raleigh? ¿Entraba ese nombre en el sorteo? Claro que no, del mismo modo que no estaban otros nombres como Elyssa Raleigh ni Thomas Raleigh ni los de la infinidad de nobles que podían pagar para liberarse del sorteo.

Lady Andrews dio otro paso adelante sin dejarse intimidar por la proximidad de Maza. Sus labios dibujaban una sonrisa de pura maldad.

—De hecho, Majestad, vos arriesgáis menos que cualquiera de nosotros, ¿no es cierto? Si ella vuelve a invadirnos, os atrincheraréis en vuestra torre, igual que hice yo. Solo que vuestra torre es aún más alta.

Kelsea se sonrojó pensando en las numerosas habitaciones del pasillo, llenas de suministros en previsión de un asedio: alimentos, armas, antorchas, barriles de aceite. ¿Qué podía hacer ella? ¿Prometer que lucharía al lado de la población de Nueva Londres? Pasaron unos segundos, y el público presente en la sala empezó a susurrar. Miró a Maza y a Pen, pero vio que ellos también estaban paralizados. Lady Andrews sonreía: era la sonrisa de un cazador que tiene acorralada a su presa, con unos colmillos perfectos. La noción de estar acorralada por aquella mujer hizo que algo muriera dentro de Kelsea, en un rincón oscuro y profundo al que no habían llegado las lecciones de Carlin. Impotente, Kelsea agarró el zafiro y, apretándolo en la mano, tiró de la cadena. Creyó que la joya le proporcionaría alguna respuesta, pero no fue así: no desprendía ni pizca de calor. Los murmullos se intensificaron hasta rebotar en las paredes. En cualquier momento alguien se echaría a reír, y aquella mujer despreciable habría ganado.

—Yo era uno de sus vecinos, lady Andrews.

Kelsea miró más allá de lady Andrews y vio que Mhurn había dado un paso adelante. Estaba más pálido que nunca, y sus ojos, enrojecidos, se clavaban en la aristócrata; pero por una vez su palidez no se debía a la falta de sueño. La provocaba la ira.

—¿Quién diablos eres tú? —le espetó lady Andrews—. ¡Un guardia que se atreve a hablarle directamente a un miembro de la nobleza! En mi sala de audiencias seríais azotado por ello.

Mhurn no se arredró.

—Hicimos lo que pudimos. Mi mujer no sabía montar a caballo y mi hija estaba enferma. No habríamos podido dejar atrás a los mort, que ya estaban en el horizonte. Fuimos a la puerta del castillo y suplicamos que nos dieran cobijo, y la vi a usted en una ventana, mirándonos. Usted tenía habitaciones de sobra, y aun así se negó a dejarnos una sola.

De pronto, a Kelsea la asaltaron los recuerdos: aquel día en el Almont, los labradores trabajando en los campos y la alta torre de ladrillo. Lady Andrews había empezado a retroceder, pero Mhurn seguía avanzando, y Kelsea vio

brillar las lágrimas en sus ojos.

—Apenas hace un mes que conozco a la reina, pero le prometo que cuando lleguen los mort, intentará meter a todo el Tearling en su torre, sin importarle el tiempo que haga que no se bañan ni lo pobres que sean. Encontrará sitio para todos.

Lady Andrews, estupefacta, se quedó mirándolo con la boca abierta. Maza se acercó a Mhurn y le habló en voz baja. Mhurn asintió y, veloz, pasó por detrás del trono y se dirigió a las dependencias de los guardias. Kelsea se acordó del día de aquella misma semana en que, al pasar al lado de Mhurn para salir al balcón, la habían asaltado las sospechas. Miró a los otros guardias presentes en la sala: diecinueve hombres de semblante adusto. ¿Tendría cada uno de ellos una historia parecida? De pronto, Kelsea se sintió muy mal. Aunque uno fuera culpable, ¿cómo podía sospechar de ellos?

—¡Exijo un castigo para ese guardia, Majestad! —Lady Andrews había recobrado la voz—. ¡Entregádmelo!

Kelsea se echó a reír, y sus carcajadas resonaron por la sala de audiencias. Reír le sentó bien, y más aún cuando la cara de lady Andrews se tornó de un rojo intenso.

—Lo que tiene que hacer, lady Andrews, es coger su vestido y salir ahora mismo de mi Ciudadela.

Lady Andrews abrió la boca, pero por ella no salió nada. Al cabo de unos segundos, un millar de finas arrugas surcaron la tirante piel de su rostro. Arliss, que había cogido el vestido, se lo ofreció a lady Andrews, aunque, al reparar en el ceño fruncido de Kelsea, supo que más tarde tendrían que hablar de aquello.

Lady Andrews agarró bruscamente el vestido y salió con los hombros encogidos; sus andares delataban la edad que tenía. Cuando recorrió el pasillo, muchos le lanzaron miradas de indignación, pero Kelsea no se dejó impresionar; seguramente, ellos tampoco se habían comportado mejor durante la última invasión. En la sala no había ningún pobre, igual que el día de su coronación; era una circunstancia que tendría que cambiar. Se propuso decir a Maza que, antes de que comenzara la audiencia de la semana siguiente, abriese las puertas para dejar entrar a los cien primeros que se presentaran.

—¿Queda alguien más? —preguntó.

—Creo que no, Señora. —Maza miró arqueando las cejas al heraldo, y este negó con la cabeza. El guardia real hizo un ademán para indicar el fin de la

audiencia, y el heraldo anunció:

—¡La audiencia ha terminado! ¡Por favor, salgan de forma ordenada por la puerta!

—Este heraldo es muy bueno —observó Kelsea—. Cuesta creer que un muchacho tan frágil tenga una voz tan potente.

—Los hombres delgados son los mejores heraldos, Señora, no me preguntéis por qué. Le haré saber que estáis contenta con él.

Kelsea se recostó en el trono y volvió a echar de menos su sillón. Apoyarse en el respaldo de aquella cosa era como apoyarse en una roca. Decidió llenarlo de cojines cuando no la viera nadie.

Que el público saliera de forma ordenada era mucho pedir. La gente se había apelotonado en la puerta; por lo visto, todos creían que merecían pasar antes que nadie.

—Dios mío, qué marabunta —comentó Pen, risueño.

Kelsea aprovechó la ocasión para rascarse la nariz, que le picaba desde hacía un rato; luego llamó por señas a Andalie y le dijo:

—No voy a necesitarte más esta noche, Andalie. Ya puedes irte.

—Gracias, Señora —replicó Andalie, y bajó de la tarima.

Cuando el público hubo desalojado la sala y los guardias empezaron a cerrar las puertas, Kelsea preguntó a Maza:

—Bueno, ¿qué crees que pretendía lady Andrews?

—Estaba todo planeado —contestó él—. Solo quería armar jaleo.

Arliss, que no se había movido del pie de la tarima y estaba escuchando, asintió con la cabeza y señaló:

—Esto llevaba la marca de Thorne, pero él no ha sido tan tonto para venir.

Kelsea arrugó la frente. Gracias a Maza y a Arliss, entendía mejor la Junta del Censo de Thorne. Si bien al principio había sido creada como herramienta de la Corona, había adquirido vida propia, y había obtenido tanto poder en el Tearling que rivalizaba, incluso, con la Iglesia de Dios. El Censo era demasiado poderoso para anularlo de golpe; habría que desmantelarlo pieza a pieza, y la pieza más grande era el propio Thorne.

—No voy a permitir que Thorne sabotee lo que nosotros construyamos. Tiene que marcharse, con una pensión digna.

—En la Junta del Censo están los hombres más preparados del reino, Señora —la previno Maza—. Si intentáis desmantelarlo, tendréis que buscarles a todos un empleo remunerado.

—Podrían hacerse maestros. O recaudadores de impuestos, no sé.

Iba a tener que esperar para saber qué pensaban de esa idea, porque de pronto se oyó rugir el estómago de Wellmer, lo que provocó que el resto de guardias rieran por lo bajo. Mila estaba preparando la cena, y de la cocina llegaba un fuerte olor a ajo. Wellmer se puso muy colorado, pero Kelsea sonrió y dijo:

—Ya hemos acabado. Esta noche cenaré en mis aposentos; el que quiera acompañarme será bien recibido en mi mesa. Que alguien le lleve algo de comer a Mhurn y le obligue a comérselo.

Todos asintieron a la vez, y varios guardias se dirigieron a la cocina mientras los demás desaparecían por el pasillo para reunirse con sus familias en las dependencias de los guardias. Mila se había plantado y había declarado que no iba a permitir que veinte guardias invadieran su cocina a la hora de las comidas, de modo que ahora varios guardias hacían de camareros para el resto de las familias y servían las comidas. Habían creado ellos mismos, con mucha diplomacia, un sistema de turnos, y Maza no había tenido que intervenir. Era un detalle sin importancia, pero Kelsea lo interpretaba como positivo, una señal de comunidad.

—Espera un momento, Lazarus.

Maza se inclinó hacia ella.

—¿Señora?

—¿Se sabe algo de Barty y de Carlin?

Maza se enderezó y respondió:

—Todavía no, Señora.

Kelsea apretó los dientes. No quería agobiar a Maza, pero quería localizar a Barty; estaba impaciente por ver las arrugas que le salían alrededor de los ojos cuando sonreía. Y, de alguna manera, aún estaba más impaciente por ver a Carlin.

—¿Habéis registrado la aldea?

—Hemos tenido mucho trabajo, Majestad. Me concentraré en eso en breve.

Kelsea entrecerró los ojos y añadió:

—Me estás mintiendo, Lazarus.

Maza se quedó mirándola, impertérrito.

—¿Por qué me mientes?

—¿Señora! —gritó Venner desde el pasillo—. ¡Vuestra armadura ya está lista!

Kelsea se volvió con enojo.

—¿Por qué me lo cuentas tú, Venner?

—Es que Fell está enfermo.

Otra mentira. Kelsea supuso que, al final, Venner se había visto obligado a encargarse él de conseguir la armadura. Pero sus ganas de conflicto disminuían a la par que aumentaba su deseo de descubrir qué estaba preparando Mila en la cocina.

—Bueno, ya la veremos mañana durante la vergonzosa sesión de entrenamiento.

Venner se calló y entró en la cocina. Kelsea se volvió para seguir hablando con Maza y vio que ya no estaba: había desaparecido de la sala de audiencias como el humo.

—Es escurridizo como una anguila —masculló.

¿Qué les habría pasado a Barty y a Carlin? ¿Habrían enfermado? El viaje hasta el sur del país era largo y duro, sobre todo para dos ancianos y en invierno. ¿Los habrían encontrado los cadén? No, Barty sabía cómo borrar sus huellas. Pero algo había pasado. Lo sabía por la expresión de Maza.

Bajó de la tarima, y Pen la siguió. El olor a ajo hizo que le rugiera el estómago, y contuvo una risita agridulce; ni siquiera la ansiedad le mataba el apetito. Buscó a Maza en el pasillo, pero el capitán se había escondido en alguna parte. Kelsea se planteó preguntar por él a Coryn, que estaba de guardia en la sala del balcón, pero le pareció una idea infantil, así que siguió por el pasillo con andares cansados.

Al llegar ante la puerta de su alcoba, Kelsea oyó que Andalie decía su nombre en la habitación de al lado; se detuvo de inmediato, y Pen hizo otro tanto.

—Te lo aseguro, la reina tiene miedo.

—No lo parece. —Era la voz de Aisa, la hija mayor de Andalie; su voz era fácilmente reconocible: a punto de tornarse grave y llena de descontento.

—Pues lo está, cariño —replicó Andalie—. Oculta su temor para que no aumente el nuestro.

Kelsea se apoyó en la pared; sabía que escuchar a hurtadillas era de mala educación, pero la venció la curiosidad. Andalie seguía siendo un misterio. Ni siquiera Maza había podido averiguar nada de sus antepasados ni de sus orígenes, más allá del hecho de que era medio mort, y ese dato lo había revelado la propia Andalie. Se diría que había caído del cielo a los quince

años y se había casado con el necio de su marido; todo lo anterior a eso era un misterio.

—En este reino nunca ha pasado nada extraordinario, ni siquiera especialmente bueno, desde hace mucho tiempo —prosiguió Andalie—. El Tearling necesita una reina. Una reina verdadera. Y, si sobrevive, la reina Kelsea será exactamente eso. Es posible que hasta sea una reina de leyenda.

Kelsea abrió mucho los ojos y miró a Pen, que se llevó un dedo a los labios en ademán de pedir silencio.

—A mí me gustaría formar parte de una leyenda, *Maman*.

—Por eso nos hemos quedado aquí.

Andalie debía de haberse movido, porque su voz se oía más cerca. Kelsea hizo una seña a Pen y se metieron los dos en la alcoba de Kelsea. Pen cerró la puerta y, en voz baja, dijo:

—Ya os dije que era vidente.

—Y yo te di la razón. Pero dar demasiado valor a las visiones es un error.

Pen había improvisado una cama para él hecha con un montón de sábanas y mantas dispares en la antecámara. Había ropa sucia esparcida por el suelo, y Pen hizo lo que pudo para esconderlas debajo de la cama. Llamaron a la puerta, y la abrió para dejar entrar a Mila, que llevaba dos bandejas con carne estofada. Mila había impuesto su derecho a llevarle la comida a Kelsea personalmente; según Maza, también probaba todos los platos de la reina antes de salir de la cocina. En realidad se trataba de un gesto vano, pues muchos venenos tenían efectos retardados; aun así, a Kelsea la había conmovido.

—¿Quieres comer conmigo? —preguntó a Pen.

—De acuerdo.

El guardia la siguió por el pasadizo abovedado hasta la alcoba, donde Maza había instalado una mesita para las noches en que Kelsea quisiera cenar sola. Mila dejó las dos bandejas en la mesa, saludó a Kelsea con una reverencia y se marchó.

Kelsea probó el estofado. Estaba muy bueno, como todo lo que cocinaba Mila, pero esa noche comía mecánicamente, pensando en la hija mayor de Andalie. Si lo había entendido bien, los hijos de Andalie, o por lo menos algunos, habían sufrido malos tratos, y eso siempre dejaba secuelas. Además, la niña estaba llegando a la adolescencia, y Kelsea recordaba muy bien esa transición: la sensación de indefensión y, sobre todo, la rabia ante la incapacidad de los adultos de entender lo que de verdad importaba. Un día,



cuando tenía doce o trece años, Kelsea se había puesto a gritarle a Barty porque él había tocado algo que había encima de su mesa. Levantó la cabeza y vio que Pen la miraba con gesto especulativo.

—¿Qué ocurre?

—Me gusta veros pensar. Es como ver a dos perros peleando en un corral.

—¿Ves peleas de perros?

—No por gusto. Es un deporte horrible. Pero mi padre organizaba peleas de perros cuando yo era pequeño.

—¿Dónde? ¿Dónde vivías?

Pen sacudió la cabeza.

—Cuando entramos en la Guardia Real, se nos concede el derecho a dejar atrás nuestro pasado. Además, con vuestro riguroso concepto de la justicia, podríais decidir encarcelar a mi padre.

—Quizá debería hacerlo. Por lo visto, es un animal.

Kelsea lamentó sus palabras nada más haberlas pronunciado. Pero Pen caviló un instante y, sin alterarse, replicó:

—Quizá lo fuera en el pasado. Pero ahora solo es un anciano ciego, incapaz de hacer daño a nadie. Un sistema judicial que no tiene en cuenta las circunstancias es peligroso.

—Tienes razón.

Pen siguió comiéndose el estofado, y Kelsea también. Sin embargo, al cabo de un momento, ella dejó la cuchara y dijo:

—Estoy preocupada por esa niña.

—¿La hija mayor de Andalie?

—Sí.

—Es conflictiva, Señora. Maza y yo no hemos podido averiguar nada sobre la vida de Andalie antes de casarse, y creedme: nos esforzamos mucho. Pero no ocurre lo mismo con su vida familiar.

—¿A qué te refieres?

Pen hizo una pausa, y Kelsea se dio cuenta de que estaba pensando cómo formular su respuesta.

—Señora, en su barrio todos saben que al marido de Andalie le gustan las jovencitas. Sus hijas son el peor caso, pero no el único.

Kelsea contuvo su repugnancia y trató de mantener la compostura.

—Carlin me contó que, a falta de verdaderos tribunales, las comunidades solían ocuparse ellas solas de esos asuntos. ¿Por qué la suya no se ocupó de

él?

—Porque Andalie no lo permitió.

—Eso no tiene sentido. A mí me da la impresión de que Andalie mataría ella misma a su marido, si pudiera, antes de que lo hiciera otro.

—A mí también, Señora; no encontré solución a ese acertijo. A los vecinos no les importaba hablar de Borwen, pero no así de Andalie. Creían que era bruja.

—¿Por qué?

—Nadie quiso explicármelo. A lo mejor es porque te traspasa con la mirada. A mí me da miedo Andalie, Señora, y eso que no le temo a ningún hombre aunque vaya armado.

—A mí también.

Pen comió un poco más de estofado, y su falta de curiosidad permitió que Kelsea expresara el motivo de su temor.

—Andalie debería haber sido la reina, Pen, y no yo. Tiene físico de reina, habla como una reina e inspira terror.

Pen pensó un poco antes de contestar. A Kelsea le gustaba su carácter reflexivo, el hecho de que no llenara el silencio con palabras vacías. El guardia tragó dos bocados más, y entonces dijo:

—Eso que acabáis de hacer, Señora, es una descripción perfecta de la reina de Mortmesne. Andalie quizá sea medio tear, pero es fundamentalmente mort. Allí sería una reina ideal. Pero vos aspiráis a crear otro tipo de realeza, una que no se basa en el miedo.

—¿En qué se basa la mía?

—En la justicia, Señora. En escuchar. Es imposible saber si triunfará; es mucho más fácil ostentar el poder mediante el miedo, desde luego. Andalie tiene una parte muy dura, una parte despiadada. Supongo que eso debe de ofrecerle cierta ventaja, pero yo no lo llamaría poder.

Kelsea sonrió y siguió comiendo. Justicia y saber escuchar. Hasta Carlin habría estado satisfecha con eso.

Kelsea se incorporó en la oscuridad. Había oído gritar de dolor a un niño al otro lado de las paredes. Miró hacia la izquierda instintivamente buscando la luz del fuego, pero no vio nada, ni siquiera el más leve resplandor de brasas. Debía de estar a punto de amanecer.

Llevó una mano hacia la mesilla de noche, donde siempre había una vela, pero sus dedos no tocaron nada. Se apoderó de ella un miedo intenso de origen incierto. Tanteó, desesperada, y se dio cuenta de que la mesilla de noche también había desaparecido.

Oyó chillar a una mujer fuera de la alcoba; la voz fue subiendo de volumen, y de pronto se cortó con un gruñido estrangulado. Kelsea retiró las sábanas y saltó de la cama. No pisó la piedra fría del suelo de su alcoba, sino tierra apisonada. Corrió hacia la puerta, pero no hacia la izquierda atravesando la alcoba, sino hacia la derecha, atravesando la cocina, un camino que conocía como la palma de la mano.

Abrió la puerta y sintió el intenso frío nocturno. La aldea todavía estaba sumida en la oscuridad; solo se distinguía un atisbo del amanecer en el horizonte. Oyó pasos de gente que corría.

—¡Invasores! ¡Invasores! —gritaba una mujer en una de las casas que tenía a sus espaldas—. Están...

La voz se cortó de golpe.

Aterrada, Kelsea cerró la puerta y echó el cerrojo. Buscó a tientas en la mesa de la cocina hasta que encontró una vela y cerillas; encendió una débil llama y la tapó con una mano para ocultar la luz.

Jonarl había construido una casa sólida, con barro cocido mezclado con guijarros. Hasta tenía un par de ventanas hechas con cristales rotos que había rescatado en diversos viajes a la ciudad. La casa había sido un regalo de boda precioso, pero las ventanas impedían ocultar la luz del exterior.

Volvió al dormitorio y encontró a William sentado en la cama, adormilado; se parecía tanto a Jonarl que, al verlo, casi se le partió el corazón. Jeffrey seguía felizmente dormido en su cuna; lo tomó en sus brazos, envuelto en la manta, y le tendió una mano a William.

—No pasa nada, cielo. Levántate; tienes que venir con mami. ¿Puedes caminar?

William se sentó en el borde de la cama; sus piernecitas quedaron colgando un momento, y entonces bajó al suelo. Estiró un brazo y le dio la mano.

Fuera, en la calle, se oían pasos. «Pasos de hombres calzados con botas», pensó mecánicamente. Pero todos los hombres habían ido a la ciudad a vender el trigo. El pánico intentaba apoderarse de su mente, como la fiebre; ¿adónde podían ir? La casa ni siquiera tenía un sótano donde esconderse. Se pasó a Jeffrey al otro brazo y hurgó en el rincón en busca de su capa y sus zapatos.

—¿Puedes coger tu chaqueta y tus zapatos, William? A ver quién encuentra primero su chaqueta.

William la miró, desconcertado. Al cabo de un momento, empezó a hurgar en el montón de prendas de abrigo y mantas. Kelsea apartó unos edredones y encontró la capa de invierno de Jonarl, que seguía allí, pulcramente doblada. Fue entonces cuando estuvo a punto de echarse a llorar: cuando vio la capa de su difunto marido en el suelo. Le vino una arcada: eran las náuseas matutinas, que siempre buscaban el peor momento para aparecer.

La puerta de la calle se abrió de golpe; la endeble tranca de madera se había partido por la mitad y los pedazos cayeron al suelo a ambos lados de la cocina. Kelsea protegió con una mano la sedosa cabecita de Jeffrey, mientras con la otra agarraba a William y lo empujaba detrás de ella.

En el umbral había dos hombres con las caras embadurnadas de hollín. Uno de ellos vestía una capa roja, y hasta Kelsea sabía qué significaba eso. «¿Cadén? ¿Aquí?», pensó, desesperada. Entonces el hombre avanzó y tomó a Jeffrey, que dormía en los brazos de Kelsea. El bebé despertó y se puso a llorar.

—¡No! —gritó Kelsea.

El hombre la apartó de un empujón y agarró a Jeffrey. Kelsea se derrumbó en un rincón, sujetándose a una pata de la mesa para no caer encima de William. Se golpeó la cadera contra la pared y gimió de dolor.

—Coge al niño —le dijo el cadén al otro hombre, y salió por la puerta con Jeffrey en brazos.

Kelsea chilló y sintió que algo se soltaba en su interior. Aquello era una pesadilla, no podía ser otra cosa; pero cuando miró hacia abajo vio que, al caerse, se había pisado el pie derecho con el izquierdo, y el zapato había quedado torcido. Ese detalle descartaba el consuelo de que aquello fuese una pesadilla. Agarró con fuerza a William y volvió a empujarlo detrás de ella, al tiempo que alzaba ambas manos para rechazar al hombre que tenía delante.

—Por favor —dijo él, y se inclinó para tenderle una mano—. Ven conmigo, por favor. No quiero haceros daño ni a ti ni al niño.

Pese a tener la cara manchada de hollín, Kelsea vio que el hombre estaba pálido y demacrado. Debía de tener la edad de Jonarl, o quizá fuera un poco mayor que él. El pelo, canoso, despistaba mucho. Sujetaba un puñal junto al costado, pero Kelsea dudaba que pretendiera utilizarlo; daba la impresión de que él mismo había olvidado que lo tenía.

—¿Adónde se lleva a mi hijo?

—Por favor —repitió él—. Ven, no te resistas.

—¿Qué demonios pasa, centinela? —bramó una voz ronca en la calle.

—¡Ya voy!

Miró a Kelsea torciendo el gesto y dijo:

—Por última vez. Por favor. No hay alternativa.

—William necesita su capa.

—Pues rápido.

Kelsea miró a William y vio que el niño ya se había puesto los zapatos y que tenía su capa en la mano. Se arrodilló delante de él y le ayudó a ponérsela, abrochándole los botones con dedos temblorosos.

—Qué espabilado eres, William. Has ganado a mamá.

Pero William miraba fijamente al hombre del puñal.

—Vamos, por favor.

Kelsea tomó a William de la mano y salió detrás del hombre por la puerta de la calle. Maldijo brevemente a Jonarl por haber muerto y haberlos dejado solos. Pero no habría servido de nada que estuviera vivo, claro. Estaban a mediados de marzo, y todos los hombres de Haven habían ido a Nueva Londres a vender el trigo, como hacían todos los años por esas fechas, y habían dejado la aldea desprotegida. Era la primera vez que Kelsea lo pensaba. La aldea nunca se había enfrentado a esa clase de problemas, al menos desde la invasión; estaban demasiado lejos de la frontera para preocuparse por los invasores.

Ya fuera, se tranquilizó al ver al corpulento cadén con Jeffrey cuidadosamente sentado en una cadera. Jeffrey se había calmado, pero no duraría mucho así; gimoteaba débilmente mientras hurgaba en la delantera de la capa del hombre buscando un pecho. Como no lo encontraría, no tardaría en empezar a llorar.

—Ven —le dijo el cadén.

—Déjame llevar a mi hijo.

—No.

Kelsea fue a protestar, pero el otro hombre, el más bajo, la agarró por el brazo y se lo apretó un poco a modo de advertencia. Kelsea tomó la manita de William y siguió al cadén calle abajo, hacia las afueras de la aldea. El horizonte se estaba iluminando, y Kelsea veía los vagos contornos de casas y establos. Se les iban uniendo otros grupos de mujeres y niños a medida que

avanzaban. Allison y sus hijas salieron de su casa, y Kelsea vio que Allison tenía un tajo en el brazo y llevaba las manos atadas.

«Ha sido más valiente que yo», pensó Kelsea, compungida.

Pero la mayoría de las mujeres estaban aturdidas y con cara de desconcierto, igual que ella, como si acabaran de despertar de un sueño. Kelsea iba dando traspiés y tirando de William sin entender adónde se dirigían; solo sabía que estaba pasando algo terrible. Le ardía el pecho, pero cuando agachó la cabeza vio que allí no había nada.

Hasta que no doblaron la esquina de la casa de John Taylor, vacía y a oscuras, Kelsea no entendió qué significaban aquellos hombres y por qué sacaban a las mujeres y a los niños de sus casas. La jaula se destacaba, alta y tétrica, contra el horizonte débilmente iluminado, una silueta negra y simétrica con varias formas humanas moviéndose en su interior. A su lado había otra jaula vacía, rodeada de mulas. Ya fuera de la aldea, Kelsea vio varias jaulas más; formaban una fila a algunos kilómetros de distancia, hacia la Calzada Mort.

«Este es el castigo», pensó Kelsea. Recordaba dos ocasiones en que un vecino de Haven había salido en el sorteo. La aldea trataba a las víctimas de la lotería como si hubieran muerto: el resto de los aldeanos hacían un velatorio y hablaban de ellos con tono plañidero. Todos habían visto pasar la remesa por la Calzada Mort muchas veces, y cada vez Kelsea había dado gracias en secreto por no estar entre los elegidos ni ella, ni su marido ni sus hijos.

«Este es el castigo por mi alivio.»

El hombre de pelo cano se volvió hacia ella y dijo:

—Ahora debes entregarme a tu hijo.

—No.

—Por favor, no lo hagas más difícil. No quiero que piensen que eres una alborotadora.

—¿Qué vas a hacer con él?

El hombre señaló la segunda jaula.

—Lo meteré ahí, con los otros niños.

—¿No puedo quedármelo?

—No.

—¿Por qué?

—Basta ya —dijo otra voz. De la oscuridad salió un hombre alto y

esquelético con una capa azul; su cara, demacrada, transmitía crueldad bajo la luz gris del crepúsculo. Kelsea lo conocía, pero no lo conocía, y al verlo acercarse se apartó instintivamente para tratar de ocultar a su hijo—. No estamos aquí para discutir con esta gente, centinela. El tiempo es fundamental. Sepáralos y enciérralos.

El centinela de la Puerta agarró a William por la muñeca, y el pequeño gritó, enfadado. Al oír gritar a su hermano, Jeffrey empezó a gritar también, golpeando furioso con sus puñitos la capa del cadén. Kelsea agarró a William por un brazo y trató de mantenerlo cerca de sí, pero el hombre era demasiado fuerte, y William gritaba de dolor; si no lo soltaba, le arrancarían un brazo. No tuvo más remedio que soltarle la muñeca, y entonces ella también se puso a gritar.

—¡Señora! ¡Despertad, Señora!

Alguien la agarró por los hombros y la zarandeó, pero ella intentó seguir a William, al que se estaban llevando hacia la jaula. Entonces vio que era una jaula construida para niños, llena de cuerpecitos que lloraban. El cadén corpulento se dio la vuelta y caminó a grandes zancadas en esa dirección, con Jeffrey en brazos, y Kelsea gritó sin articular palabra; no podía parar de chillar. Tenía una voz potente y clara, por la que a menudo la escogían para cantar los solos en la iglesia, y sus gritos, terribles, no paraban de resonar por la llanura del Almont.

—¡Kelsea!

Kelsea recibió una bofetada y sus gritos cesaron repentinamente. Levantó la cabeza y vio a Pen sentado en la cama, con ambas manos apoyadas en el colchón, una a cada lado de ella, rodeado de todas las comodidades de su alcoba e iluminado por el fuego de la chimenea. Pen acababa de despertar, porque tenía el pelo alborotado y no llevaba camisa. Al ver su torso musculoso y bien proporcionado, con solo un fino vello, Kelsea sintió el repentino e inexplicable impulso de acariciarlo. Algo le quemaba.

«¡Las jaulas!»

Abrió mucho los ojos y se incorporó.

—¡Dios mío!

Maza irrumpió en la habitación empuñando su espada.

—¿Qué demonios pasa aquí?

—Nada, señor. Ha tenido una pesadilla.

Pero mientras él decía eso, Kelsea sacudía la cabeza.

—Lazarus. Despierta a todos.

—¿Por qué?

Kelsea apartó a Pen, retiró las sábanas y bajó de la cama. El zafiro escapó de debajo de su camisón y proyectó su luz azul por toda la habitación.

—Despiértalos ahora mismo. Tenemos que salir en menos de una hora.

—¿Para ir adónde, si puede saberse?

—A la llanura del Almont. A una aldea llamada Haven. A lo mejor hasta la frontera mort, no lo sé. Pero no hay tiempo que perder.

—¿De qué demonios estáis hablando? Son las cuatro de la madrugada.

—Thorne. Ha hecho un trato a mis espaldas, y se dirige a Mortmesne con un cargamento de prisioneros tear.

—¿Cómo sabéis eso?

De pronto, el mal genio de Kelsea se desató. Se le estaba agotando la paciencia.

—¡Maldita sea, Lazarus, lo sé y punto!

—Señora, habéis tenido una pesadilla —insistió Pen—. Creo que deberíais acostaros y...

Kelsea se quitó el camisón, y tuvo la breve y maliciosa satisfacción de ver cómo a Pen se le coloreaban las mejillas antes de darse la vuelta y ponerse cara a la pared. Fue hasta su cómoda; Andalie ya estaba allí, ofreciéndole unos pantalones negros.

—Señora —dijo Maza con el tono moderado y juicioso que uno emplearía con un niño pequeño—, es de madrugada. Ahora no podéis ir a ningún sitio.

Kelsea se enfureció aún más.

—Ni se te ocurra intentar impedírmelo, Lazarus.

—Ha sido un sueño.

—La reina tiene que irse —intervino Andalie en un tono sereno pero firme.

—¿Os habéis vuelto locas las dos? ¿De qué demonios estáis hablando?

—Tiene que irse. Lo veo. No hay otra alternativa.

Kelsea terminó de vestirse y vio que el zafiro había vuelto a destaparse y que su luz iluminaba la habitación. Maza y Pen aspiraron entre los dientes y levantaron las manos para protegerse los ojos, mientras que Kelsea ni siquiera pestañeó. Cogió el zafiro y de pronto se dio cuenta de que podía ver una cara en su interior: una mujer hermosa con el pelo castaño oscuro y unos ojos fríos de mirada intensa. Tenía unos pómulos altos y marcados, y los ángulos de su cara denotaban crueldad. Sonrió a Kelsea y desapareció, y la joya recuperó su



intenso brillo de color aguamarina bajo la luz de las antorchas.

Kelsea se preguntó si se habría vuelto loca. Pero esa parecía una solución demasiado fácil; si se hubiera vuelto loca, el mundo real no le parecería tan importante. El día de su llegada a la Ciudadela, y lo que había acontecido allí, era su único punto de apoyo, y si un cargamento conseguía llegar a Mortmesne a pesar de su decreto, estaba acabada. La considerarían una gobernante de pacotilla, y cualquier cosa que intentara estaría condenada al fracaso.

—Andalie tiene razón, Lazarus. Tengo que ir.

Maza se volvió hacia Andalie y dijo con desprecio:

—Muchas gracias.

—De nada. —A Kelsea le sorprendió detectar, por primera vez, un ligero acento mort en la voz de Andalie—. Ya veo que no admite más dones que los suyos.

—Tu don nunca ha sido consistente. Ni siquiera la vidente de la Reina Roja podía preverlo todo.

—Prevea esto, capitán.

—¡Callaos! —gritó Kelsea—. Vamos a ir todos. Maza, escoge a un par de guardias para que se queden aquí con las mujeres y los niños.

—Nadie irá a ninguna parte —gruñó Maza. Agarró a Kelsea por el brazo y añadió—: Habéis tenido una pesadilla, Majestad.

—Tiene razón, Señora —terció Pen—. ¿Por qué no os acostáis? Por la mañana ya lo habréis olvidado todo.

Maza asintió en señal de aprobación; su expresión solícita hizo que a Kelsea le dieran ganas de abofetearlo.

—Lazarus, esto es una orden directa de tu reina —dijo con rabia—. Nos vamos ahora mismo.

Kelsea volvió a dirigirse a la puerta, y esta vez la sujetaron los dos: Maza por el brazo y Pen por la cintura. El mal genio de Kelsea se desató definitivamente: sintió que algo estallaba dentro de su cabeza y que su ira salía de su cuerpo como una corriente y los empujaba a los dos. Los guardias salieron despedidos hacia atrás; Pen acabó tirado a los pies de la cama, y Maza rebotó contra una pared y luego cayó también al suelo. No tardaron en recuperarse; se quedaron sentados mirándola de hito en hito, sus caras bañadas por la luz azulada. Andalie se había echado atrás y se había apoyado en el tocador.

—Nadie está obligado a venir conmigo —dijo Kelsea, y se tranquilizó al

ver que no le temblaba la voz—. Pero no intentéis detenerme. Preferiría no haceros daño, pero, si no hay más remedio, os lo haré.

Maza y Pen se miraron un momento, perplejos. ¿Qué habrían hecho si Kelsea no hubiera tenido su zafiro? Encerrarla en su alcoba, supuso, y dejar que se desgañitara, como siempre había hecho Carlin cuando Kelsea era pequeña. Buscó en su interior alguna reserva de rabia y la encontró. ¿Se había avergonzado en el pasado de su rabia? Ahora era un don, canalizado a través de la joya. Era peligrosa, desde luego; si Kelsea hubiera estado un poco más encolerizada, Pen y Maza habrían podido resultar gravemente heridos.

Pen fue el primero en reponerse.

—Si estáis decidida a ir, Señora, deberíamos evitar que nos identificaran como guardias reales. Nos vestiremos como soldados del ejército. Y vos deberíais llevar un uniforme de oficial de baja graduación.

Maza asintió y dijo:

—Y también tendréis que cortaros el pelo, Majestad. Todo, hasta la nuca.

Kelsea disimuló un suspiro de alivio; necesitaba, como mínimo, el apoyo de Maza. Ni siquiera sabía dónde guardaban su caballo, ni dónde encontrar pertrechos. Andalie cruzó la habitación y salió por la puerta.

—Con el pelo corto —continuó Maza, con cierta malicia— no creo que tengáis problemas para pasar por un hombre.

—Claro —replicó Kelsea.

«Es un examen —recordó con una pizca de nostalgia—. Todo es un examen.»

—¿Algo más? —añadió.

—No, Señora.

Maza salió de la habitación, cerró la puerta y empezó a repartir órdenes. Kelsea oía su voz, grave y furiosa, a través de las gruesas paredes de la alcoba. Pen se quedó en un rincón ignorando la mirada iracunda de Kelsea. La reina entendía su punto de vista, y sin embargo... Ellos no creían que supiera diferenciar una pesadilla de una visión mucho más real que cualquier sueño. Hasta había notado cómo el frío aire de la mañana le erizaba el vello de los brazos. ¿Era una mujer real la que estaba en la llanura del Almont? ¿Era un pájaro real el que había sobrevolado el ejército mort? Kelsea no tenía pruebas, pero confiaba sin reservas en sus visiones; le parecía que no tenía alternativa. Podía llegar a entender la opinión de Pen, pero se negaba a hacerlo.

«Deberías haberme creído —pensó mientras lo miraba fijamente con el ceño fruncido—. Debería haberte bastado mi palabra.»

Andalie regresó con una toallita y unas tijeras de costura. Kelsea fue a coger la diadema del tocador, pero retiró la mano. Aunque fuera una corona falsa, le tenía cariño. Sin embargo, debía dejarla allí.

—Sentaos, Señora.

Kelsea se sentó, y Andalie empezó a cortarle el pelo con grandes trasquilones.

—Llevo años cortándoles el pelo a mis hijos. No podíamos permitirnos un peluquero.

—¿Por qué te casaste con él, Andalie?

—No siempre tomamos las decisiones libremente.

—¿Te obligó alguien?

Andalie negó con la cabeza y rio sin ganas; entonces se agachó y le dijo al oído:

—¿Quién es ese hombre, Majestad? He visto su cara en vuestra mente muchas veces. Ese hombre moreno con sonrisa de encantador de serpientes.

Kelsea se sonrojó.

—Nadie.

—¿Nadie? —Andalie le agarró un mechón de pelo y lo cortó—. Ese hombre significa mucho para vos, y veo muchos reparos alrededor de todos esos sentimientos.

—¿Y?

—¿Elegisteis sentir lo que sentís por ese hombre?

—No —admitió Kelsea.

—Fue una de las peores decisiones que pudisteis tomar, ¿no?

Kelsea asintió, derrotada.

—No siempre elegimos, Majestad. Tomamos la mejor decisión que podemos una vez que ya está hecho.

En lugar de reconfortarla, esa afirmación hizo que Kelsea se sintiera absolutamente indefensa. Permaneció callada mientras Andalie terminaba su trabajo, sin levantar la vista del pelo que iba acumulándose en el suelo. Sabía que ella no significaba nada para el Traedor, pero no había renunciado a una remota posibilidad. Aquel corte de pelo era como cruzar un último puente hacia un terreno donde ya no existía posibilidad alguna.

Un guardia llamó a la puerta. Pen lo hizo pasar, y el guardia entró y dejó un

uniforme militar negro encima de la cama. Abrió mucho los ojos al ver a Kelsea, pero ella lo miró desafiante, y el guardia se apresuró a salir y cerrar la puerta. Pen volvió a sentarse en su sillón, decidido, por lo visto, a que su mirada no se cruzara con la de Kelsea. Andalie casi había terminado; pidió a Kelsea que se inclinara, y entonces le cepilló el poco pelo que le quedaba y se lo cortó. A continuación volvió a enderezar a Kelsea y evaluó su obra.

—Servirá, Señora. Después, podéis pedirle a una peluquera profesional que os lo arregle.

Kelsea notaba la cabeza muy ligera, casi flotante. Se armó de valor y se miró en el espejo. Andalie había hecho un buen trabajo: le había dejado un peinado casi idéntico al de Coryn, con el pelo corto e igualado. Otra mujer, una con las facciones menudas y delicadas, quizá habría estado guapa con aquel peinado, pero a Kelsea le dieron ganas de llorar. En el espejo veía a un chico, un chico con los labios carnosos y unos bonitos ojos verdes, pero un chico al fin y al cabo.

—Mierda —masculló.

Les había oído decir esa palabra muchas veces a los guardias, pero ahora entendía la utilidad de los reniegos. Esa palabra expresaba exactamente lo que sentía, lo transmitía mejor que cien palabras.

—Venid, Señora. Ahora la ropa.

En el semblante inexpresivo de Andalie se adivinaba una pizca de lástima.

—¿Lo conseguiremos, Andalie?

—No puedo saberlo, Señora. Pero de todas formas tenéis que ir.

## LIBRO III

## La remesa

Pregunta: ¿Qué es una niña exiliada con una corona falsa?

Respuesta: Una Reina Verdadera.

*Libro de acertijos Tear*

Salieron del Pabellón Real al amanecer por uno de los túneles de Maza, recorrieron un pasadizo a oscuras y bajaron por una escalera que parecía no tener fin. Kelsea iba como sonámbula, pues la joya no le dejaba pensar con claridad. Veía muchas caras en su imaginación: Arlen Thorne; el Traedor; la mujer de mirada fría con los pómulos prominentes. Para cuando cruzaron el puente levadizo, Kelsea estaba segura de que aquella mujer era la Reina Roja de Mortmesne. No habría sabido explicar cómo lo sabía.

Creía que le causaría una gran alegría volver a salir afuera, pero la joya le impedía disfrutar de estar al aire libre. Cuando dejaron atrás Nueva Londres y, tras comprobar que no los seguían, el zafiro empezó a tirar de Kelsea. No había otra forma de describirlo: la piedra ejercía una fuerza física, como si estuviera conectada a la caja torácica de Kelsea mediante un cordel. La joven se sentía impelida hacia el este casi en línea recta, y si trataba de ir en otra dirección la joya emitía un calor insoportable y a Kelsea le daban unas arcadas tan fuertes que apenas podía mantenerse en la montura.

Llegó un momento en que ya no pudo ocultarle a Pen lo que estaba pasando, y este se empeñó en contárselo a Maza. La compañía se había detenido para abreviar los caballos en las orillas del Crithe, en una loma que descendía suavemente hasta el borde del agua. Todos los miembros de la Guardia Real, excepto Galen y Cae, a quienes Maza había dejado custodiando el Pabellón

Real, se encontraban allí, de pie o en cuclillas junto a la orilla. Kelsea no sabía qué les había contado Maza, pero no podía ser nada bueno; a lo largo del viaje los había sorprendido lanzándole miradas de escepticismo, y Dyer en particular parecía que se hubiera tragado un limón. Cuando Pen, Maza y Kelsea se apartaron para hablar en privado al otro lado de la loma, Kelsea oyó mascullar a Dyer: «Menuda pérdida de tiempo».

Kelsea se sacó el collar de debajo de la ropa; la joya volvía a relucir con tanta intensidad que los dos guardias tuvieron que taparse los ojos.

—¿Hacia dónde os lleva? —preguntó Pen.

—Hacia el este.

—¿Por qué no os lo quitáis? —inquirió Maza.

Kelsea se llevó las manos a la nuca y desabrochó el collar, aunque con una extraña reticencia. Sin embargo, cuando se apartó la cadena del cuerpo, sintió una repentina debilidad. Fue una sensación muy desagradable, como si se vaciara.

—¡Se está poniendo blanca!

Pen sacudió la cabeza.

—No puede quitárselo, señor.

Cogió el collar a Kelsea de las manos y volvió a abrochárselo. La joven sintió un alivio inmediato; fue una sensación casi narcótica.

«¿Qué me está pasando?»

—Diablos, Pen —masculló Maza con fastidio—. ¿Qué demonios hacemos? ¿Qué es esto? ¿Magia?

—Podemos seguir a la reina, señor. No hace falta que los demás sepan de dónde saca ella las indicaciones.

—No se me ocurre nada mejor. —Maza le lanzó una mirada de irritación a Kelsea—. Pero eso nos traerá problemas. A los otros ya les disgusta estar aquí.

Kelsea sacudió la cabeza.

—Mira, Lazarus, ahora mismo no me importa que me creas o no. Pero más tarde me acordaré de que dudaste de mí.

—Muy bien, Señora. Por mí, estupendo.

Volvieron a lo alto de la loma, y Kelsea se guardó el zafiro bajo la camisa del uniforme y se protegió los ojos del sol haciendo pantalla con una mano. El hilo azul del Crithe serpenteaba hacia el este; el Caddell estaba varios kilómetros hacia el sur y apenas se veía. Los dos ríos discurrían casi en

paralelo, pero sus cauces eran diferentes; el Crithe describía curvas muy pronunciadas, mientras que el Caddell dibujaba suaves meandros. En ninguno de los dos ríos había rastro de Thorne, pero eso no desanimó a Kelsea. El zafiro tiraba de ella y la arrastraba hacia aquello que la joven buscaba.

Maza tomó la brida de su caballo, que hasta ese momento había sujetado Wellmer, y anunció fingiendo indiferencia:

—A partir de ahora, nos guía la reina. La seguimos.

Se oyeron murmullos de protesta, y Dyer frunció los labios y soltó un hondo y expresivo suspiro. Con todo, la discusión se redujo a eso. Volvieron a montar, y Kibb y Coryn reanudaron la relajada discusión sobre la calidad de sus respectivos caballos que los había entretenido durante el primer tramo del trayecto. Salvo Maza y Dyer, los guardias parecían haberse resignado a cumplir aquella absurda misión, como si a Kelsea se le hubiera antojado ir a remar por el Crithe.

«No me importa, con tal de llegar a donde tengo que ir.»

—Podríamos separarnos, Señora —propuso Maza—. Vos podríais ir por un lado con cuatro o cinco hombres, y...

—No —lo cortó Kelsea, y agarró el zafiro—. Ni lo intentes, Lazarus. Ahora no cambies de idea.

—¿Y si habéis perdido el juicio, Majestad? ¿No se os había ocurrido pensarlo?

Sí, se le había ocurrido, pero no pensaba darle esa satisfacción a Maza. Asió las riendas, orientó su caballo hacia el este y dejó que fuera encontrando su camino por la orilla del río. La presión que notaba en el pecho se redujo al instante. Aliviada, cerró los ojos.

Al día siguiente tropezaron con unas roderas enormes marcadas en el barro de la Calzada Mort. Al verlas, Maza paró en seco, y su sorpresa le produjo a Kelsea un placer malicioso, pese a darse cuenta de que él todavía no estaba convencido. A veces las huellas salían de la carretera y cruzaban los campos, pero era fácil distinguir su trazado, y Kelsea ya sabía adónde iba Thorne: estaba trazando una línea casi recta en dirección este, hacia el Puerto del Argive; era la misma ruta que tomaba siempre la remesa. Había otros sitios por los que cruzar la frontera con una caravana, pero por el Puerto del Argive se accedía directamente a la Colina de las Picas, cuya ladera descendía hasta



Demesne. A Thorne le importaba la velocidad, y por lo tanto también debía importarle a Kelsea. La primera noche, cuando la guardia hizo planes para acampar, Kelsea, sin vacilar, dijo que podían detenerse si así lo querían, pero que ella seguiría cabalgando. La noche en vela no le granjeó nuevas amistades, pero a Kelsea no le importó. Se sentía llevada, dirigida por una poderosa veta de fuego azul que ardía en su cabeza y que parecía ensancharse más y más.

La segunda noche, Maza se plantó y les ordenó parar y descansar. Kelsea admitió que había llegado al límite de sus fuerzas y no discutió su decisión. Acamparon en un campo de flores silvestres enorme, cerca de la cabecera del Crithe. Kelsea nunca había visto un campo como aquel; se extendía como un océano, moteado con flores de todos los colores del arco iris. Aquellas flores, que Kelsea no conocía, olían a fresa, y la hierba era tan mullida que los guardias ni siquiera se molestaron en montar las tiendas y se limitaron a tumbarse en los sacos de dormir. Kelsea, que había creído que se pasaría horas dando vueltas, atormentada por sus pensamientos, se quedó dormida al momento. Cuando despertó, se sintió recuperada; cogió unas flores y se las guardó dentro de la capa para que le dieran suerte. Los guardias despertaron de buen humor, y casi todos empezaron a tratar a Kelsea como antes, bromeando discretamente con ella mientras cabalgaban. Hasta Mhurn, que la había evitado desde el incidente en la audiencia, se rezagó para cabalgar a su izquierda a medida que avanzaba la mañana.

—¿Qué tal, Mhurn?

—Bien, Señora.

—¿Tú también vienes a intentar disuadirme?

—No, Señora. —Mhurn sacudió la cabeza—. Yo sé que decís la verdad.

Kelsea lo miró, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—¡Mhurn! —gritó Maza desde la cabeza de la compañía.

Mhurn arreó su caballo y lo puso al trote, esquivando a algunos de sus compañeros. Kelsea lo siguió con la mirada y sacudió la cabeza. A su otro lado iba Pen, con el ceño fruncido y la mano en el puño de la espada, y Kelsea sintió el latido de una rabia contenida. Le habría gustado perdonar a Pen por la escena en su alcoba, pero no podía. Él, más que nadie, debería haber creído en ella; él sabía que no era ninguna histérica. Por lo visto, Pen percibió su enfado, porque volvió la cabeza y la miró desafiante.

—¿Qué ocurre, Señora?

—Si hubiera tenido que salir sola de la Ciudadela, si Lazarus no hubiera dejado venir a la guardia, ¿tú habrías venido?

—He hecho un juramento, Majestad.

—Pero ¿a quién? Si tuvieras que elegir entre el capitán de la Guardia Real y yo, ¿por quién te decantarías?

—No me obliguéis a contestar esa pregunta, Señora.

—No te obligaré, Pen. Hoy no. Pero o confías en mí, o no. Y si no confías en mí, no quiero que seas mi guardaespaldas.

Pen se quedó mirándola, dolido.

—Señora, yo solo pensaba en vuestra seguridad.

Kelsea se dio la vuelta; de pronto estaba furiosa con él, con todos. Excepto con Mhurn. Ya había transcurrido más de un mes, y muchos guardias empezaban a conocerla, pero en realidad nada había cambiado. Kelsea seguía siendo la niña a la que ellos habían traído como si fuera una maleta de la casita de Barty y Carlin, la niña que no sabía montar a caballo, ni montar ella sola una tienda de campaña. Era a Maza a quien escuchaban, eran sus órdenes las que contaban, y a la hora de la verdad hasta Maza la había tratado como a una cría caprichosa. Cuando Pen intentó volver a hablar con ella, Kelsea no le contestó.

A medida que avanzaba el día, el fuerte tirón que la atraía hacia el este no hizo sino aumentar, pero ya no era tanto un impulso físico como una compulsión mental. Había algo que tiraba de la mente de Kelsea, sin importar lo más mínimo si los demás la seguían o no. Su pecho vibraba con fuerza, y el zafiro también, y ambos parecían alimentarse el uno al otro, la joya y la ira, y ambas cosas crecieron hasta desbordarse hasta después del mediodía, cuando Wellmer, de pronto, les ordenó detenerse.

Toda la compañía paró en lo alto de una loma cubierta de trigo y salpicada de flores moradas. Hacia el este se alzaban el monte Ellyre y el monte Willingham, que tapaban el horizonte; una cuña de azul intenso entre ambos señalaba el barranco del Puerto del Argive. Wellmer apuntó el pie de las montañas, donde la Calzada Mort desaparecía tras describir una serie de curvas muy pronunciadas.

—Allí, Señora.

Todos se irguieron en los estribos, y Kelsea estiró el cuello para ver mejor. A unos quince kilómetros de distancia, enterrada en las estribaciones, se distinguía una sombra negra y alargada que ascendía serpenteando.

—Una fisura en la roca —murmuró Dyer.

—No, señor. —Wellmer estaba pálido, pero apretó las mandíbulas y se volvió hacia Kelsea—. Jaulas, Majestad, todas en fila. Veo los barrotes.

—¿Cuántas jaulas?

—Ocho.

—¡Sandeces! —gruñó Elston desde el final de la formación—. ¿Cómo demonios iba a construir Thorne jaulas nuevas en secreto?

—No importa cómo. El caso es que lo ha hecho —repuso Kelsea que notaba los ojos de Maza fijos en ella, pero no lo miró.

A su derecha, Pen miraba fijamente las estribaciones; le temblaban los músculos de la mandíbula.

—Tenemos que alcanzarlos antes de que salgan del Argive. Cuando bajen de las montañas, los soldados mort estarán esperándolos para escoltarlos hasta Demesne —dijo Kelsea.

—¿Cómo lo sabéis, Majestad? —preguntó Dyer.

Lo dijo con humildad, como si, verdaderamente, esperara una respuesta.

—Lo sé. Eso es lo único que importa.

Todos miraron a Maza buscando su aprobación. Hacía una hora, eso habría vuelto a enfurecer a Kelsea, pero en ese momento tenía la vista fija en la caravana que ascendía lentamente por las estribaciones. Al menos una de aquellas jaulas estaba llena de niños. ¿Cuántos aldeanos como aquellos a los que ella había visto? ¿Cuánta gente?

—Os pido disculpas, Majestad —dijo Maza, despacio y sin mirar a Kelsea—. Thorne ha vuelto a burlarse de mí, y os prometo que es la última vez.

Kelsea hizo como si no le hubiera oído y sacudió las riendas, impaciente por continuar. Siguió escudriñando la oscura línea negra dibujada entre las estribaciones, temblorosa y procurando no preguntarse cómo iba a salir de aquella.

«Hacia el este.»

La voz sonaba dentro de su cabeza, pero al mismo tiempo parecía envolverla, como si las palabras vibraran contra su piel.

—Sigamos adelante. Tenemos que alcanzarlos antes del anochecer.

—¿Tenemos algún plan, Señora? —preguntó Dyer.

—Desde luego. —Kelsea no tenía plan, ni nada parecido—. Vamos, nos quedan pocas horas de luz.

Javel se enjugó el sudor de la frente. Hacía un calor sofocante, impropio de esa época del año, y guiar las mulas era un trabajo extenuante. Thorne había planeado una ruta que atravesaba casi todo el tiempo el Almont para evitar las ciudades y las aldeas más densamente pobladas; era una decisión sensata, pero, como consecuencia de ella, a veces tenían que tomar caminos muy agrestes que llevaban mucho tiempo sin recibir ningún tipo de mantenimiento. Para cuando llegaron a la cabecera del Crithe, Javel sentía una profunda repugnancia con respecto a todo aquel asunto, pero miró hacia delante y pensó en Allie.

Los cautivos encerrados en las jaulas no se estaban quietos. Era lógico, pero sus súplicas eran algo que Javel no había previsto en Nueva Londres. Seguramente, Thorne tampoco las había previsto; aunque tratándose de Thorne, seguramente no le importaban. Javel lo veía a través de los barrotes de la jaula, a la cabeza de la caravana, guiando su caballo con la serenidad de un rey que sale de excursión al campo. Javel se sacó la petaca del bolsillo y bebió un sorbo de whisky que le abrasó la reseca garganta. Thorne le armaría una buena si lo veía bebiendo, pero a esas alturas a Javel ya no le importaba. Llevaba tres petacas llenas en las alforjas, pues sabía que iba a necesitarlas antes de que terminara el viaje.

Thorne había decidido que hacían falta cuatro hombres para vigilar cada jaula. Había varios nobles, además de lord Tare, así como algunos soldados del ejército del Tearling. Los hermanos Baedencourt se habían llevado a dos cadén más, Dwyne y Avile; ambos eran célebres luchadores, lo que hacía que el resto del grupo se sintiera seguro. Sin embargo, para tratarse de una conspiración, se mostraban curiosamente indiferentes los unos con los otros, como un grupo de trotamundos unidos por un objetivo común perdidos en el desierto cadarés. No había cariño, y muy poco respeto. El hermano Matthew y el carterista, Alain, se habían tomado una intensa antipatía mutua. Lord Tare iba adelantado y hacía de explorador. A Javel le fastidiaba la presencia de los hermanos Baedencourt, que ni siquiera se habían molestado en estar sobrios para emprender el viaje; y llevaba varios días vigilando su jaula con un ojo y con el otro a Keller, que cada vez le preocupaba más.

Habían entrado en doce aldeas a lo largo de las orillas del Crithe. Apenas había varones jóvenes, de modo que no habían encontrado mucha resistencia. Pero Javel se había fijado en que Keller se entretenía mucho cuando entraba

en las casas y las cabañas, y que algunas de las mujeres a las que Keller sacaba de ellas, sobre todo las jóvenes, estaban desaliñadas, con la ropa desgarrada y con manchas de sangre. Javel se había planteado hablar de ello con Thorne, poniéndose a su nivel para que le hiciera caso: la mercancía deteriorada ¿no disminuiría de valor? Pero no se le había presentado ninguna ocasión para hablar con Thorne en privado, y había acabado tragándose su repugnancia, poco a poco, del mismo modo que había tenido que tragarse todo lo demás relacionado con aquel asunto. Era una evolución terriblemente fácil: un baluarte tras otro se derrumbaba en su mente, como castillos de arena bajo la marea; hasta que un día tal vez despertara y descubriera que se había convertido en Arlen Thorne, y que se había envilecido tanto que todo le parecía aceptable.

«Allie.»

Las aldeas estaban tan aisladas que parecía improbable que alguien tuviera tiempo de organizar una huida, pero de todas formas Thorne había insistido en llevar guardias de más, y Javel tuvo que admitir que Thorne tenía razón. Las lluvias recientes habían elevado el caudal del Crithe, y hacían falta más hombres para cruzar con las jaulas por el vado de Beth. Además, no había ningún inconveniente en extremar las precauciones, pues las jaulas eran vulnerables, de madera; estaban pensadas para soportar solo unos pocos viajes, y por lo tanto eran más fáciles de atacar.

—Por favor —gimoteó una mujer dentro de la caja que Javel tenía al lado, tan cerca que dio un respingo—. Mis hijos. Por favor. ¿No puedo tenerlos aquí conmigo?

Javel cerró los ojos y volvió a abrirlos. Los niños eran lo peor de aquel negocio, lo peor de todas las remesas. Pero Thorne les había explicado que la Reina Roja valoraba mucho a los niños, quizá más que ninguna otra cosa que pudieran llevarle. El propio Javel había capturado a varios: dos niñas pequeñas de Lowell, un crío y un bebé de Haven, y, en Haymarket, una niña recién salida de la cuna. Las jaulas de los niños eran la número cuatro y cinco de la fila, justo en el centro de la remesa, y Javel se alegró de que no le hubieran encargado vigilarlas, aunque oía perfectamente a los niños. Los bebés, sobre todo los más pequeños, a los que todavía no habían destetado, habían llorado casi sin parar durante los dos primeros días del viaje. Ya se habían callado, por suerte, como casi todos los otros prisioneros, que tenían la garganta demasiado seca para quejarse. Thorne se había llevado poca agua, la

imprescindible para los guardias y las mulas; dijo que solo podían llevar unos pocos litros para cada uno, para que la carga no retrasara su avance.

«De momento te necesito —pensó Javel mirando fijamente a Thorne a través de los barrotes de la jaula—. Pero si algún día te pillo a solas, una sola vez, en una noche oscura en las Tripas... No volveré a dejarme engañar.»

—Por favor —insistió la mujer con voz ronca—. El pequeño, mi bebé. Solo tiene cinco meses.

Javel volvió a cerrar los ojos y lamentó no haber puesto a aquella mujer en otra jaula. Tenía el pelo rubio, como Allie, y cuando le había arrancado a su hijo de los brazos lo había asaltado una súbita y terrible certeza: Allie podía verlo. Veía todo lo que él había hecho. Esa certeza se había debilitado un poco a medida que la caravana avanzaba y el alba daba paso a la mañana, pero había hecho surgir otro problema, un problema que Javel no se había planteado hasta entonces: ¿cómo iba a explicarle a Allie su liberación? Era una buena mujer; ella habría preferido morir que comprar su libertad con la desgracia de otros. ¿Qué diría cuando se enterara de lo que había hecho Javel?

Cuando Javel tenía diez años, su padre lo había llevado a ver el matadero donde trabajaba, un edificio bajo hecho de madera barata. Quizá su padre creyera que era una buena experiencia didáctica, o quizá pretendiera que Javel siguiera sus pasos; fuera como fuese, la excursión no había tenido el resultado deseado. Los novillos, puestos en una larga fila, esperaban embobados para entrar en el edificio por su enorme puerta. Pero las vacas que estaban dentro del edificio no estaban embobadas; se oía una cacofonía de sonido, mugidos y chirridos, y, al fondo, unos fuertes golpes.

—¿Por dónde salen? —preguntó Javel. Pero su padre no contestó y se quedó mirándolo hasta que Javel lo entendió—. ¿Los matas?

—¿De dónde crees que sale la carne de ternera, hijo? Y ¿de dónde crees que sale el dinero?

Cuando entraron en el matadero, el olor golpeó a Javel de inmediato: olor a sangre y a entrañas podridas. Vomitó el desayuno encima de los zapatos de su padre. Recordaría ese olor toda su vida, pero la puerta del matadero fue lo que se grabó en su mente infantil: la puerta abierta de par en par, y la oscura oquedad más allá. Los novillos entraban, chillaban en la oscuridad y no volvían a salir. Seis años atrás, cuando se habían llevado a Allie a Mortmesne, Javel había cabalgado en silencio varios días detrás de la remesa, sin saber qué pensaba hacer. Veía a Allie en la cuarta jaula, pues su rubio

cabello se distinguía desde lejos, pero los barrotes ponían kilómetros entre los dos. Y aunque encontrara alguna manera de asaltar con éxito la remesa, una hazaña que nadie había conseguido nunca, ¿adónde podían ir?

Al menos, los novillos no sabían lo que les esperaba. El destino de Allie había estado dibujado en sus ojos todo aquel verano; era una de las pocas cosas que Javel recordaba claramente. Una mujer tan hermosa solo le servía para una cosa a Mortmesne, del mismo modo que los novillos solo le servían para una cosa al matadero. Entraban y no volvían a salir. Pero ahora iba a recuperar a Allie. Javel casi podía verla, una vaga silueta en el umbral oscuro, y ya no oía a la mujer que suplicaba por sus hijos a su lado y que, al final, paró de gemir.

A medida que aumentaba el calor, las mulas empezaban a dar guerra. Eran mulas cadaresas, criadas para soportar esfuerzos y calores infernales, pero por lo visto el cargamento no les gustaba más que a Javel. Durante todo el viaje había evitado azotarlas, pero al final no hubo más remedio, y él y Arne Baedencourt se colocaron junto a la tercera jaula, con los látigos preparados cada vez que una mula empezaba a rezagarse. No servía de mucho. La caravana se enlentecía cada vez más, hasta que el propio Thorne fue hasta las jaulas y le gritó a Ian, el arriero:

—¡Hemos de llegar a Demesne antes de mañana por la noche! ¿Qué les pasa a tus mulas?

—¡No lo sé! —respondió Ian—. ¡A lo mejor es el calor! ¡Necesitan más agua!

«Pues lo tienen negro», pensó Javel. El día anterior habían dejado atrás la cabecera del Crithe, y ya habían llegado a las estribaciones de las montañas Clayton. A aquella altitud no había agua, ni siquiera después de las lluvias. Varios centenares de metros más allá pasarían por el Puerto del Argive, y entonces descenderían por la Colina de las Picas hasta Demesne. Si las malditas mulas aguantaban unas horas más, podrían descansar, y el resto del trayecto sería un paseo.

El calor alcanzó el punto máximo y se mantuvo mientras el sol empezaba a descender hacia el horizonte. Javel vio varias veces a Alain, que custodiaba la jaula que tenía delante, dando tazas de agua a los prisioneros a escondidas. Javel pensó en llamarle la atención; si Thorne descubría a Alain malgastando el agua que deberían haberles dado a las mulas, todos recibirían. Pero decidió callarse.

Poco antes de la puesta de sol, la mujer de la jaula, que por lo visto tenía una garganta de hierro, empezó de nuevo a quejarse. Esa vez fue más difícil ignorarla: al poco rato, Javel ya sabía que sus hijos se llamaban Jeffrey y William; que su marido, obrero de la construcción, había muerto en un accidente de trabajo dos meses atrás; que volvía a estar embarazada y que estaba segura de que esta vez era una niña. Ese último dato fue lo que impresionó más a Javel, aunque no sabía por qué. Allie nunca se había quedado embarazada; los centinelas de la Puerta ganaban suficiente para poderse permitir buenos métodos anticonceptivos, y tanto Allie como él consideraban que los hijos eran un riesgo excesivo en tiempos tan inciertos. En su momento, aquella decisión había parecido clara, pero ahora Javel lo lamentaba, y sentía un hastío inmenso. Se preguntó por qué Thorne no había pensado que cabía la posibilidad de que se estuvieran llevando a alguna mujer cuyo embarazo todavía no se notara. Dentro de poco, su valor como esclava se reduciría; no podría trabajar, y ningún hombre querría a una mujer embarazada como juguete.

«Eso es problema de Thorne, no mío.»

Al anoecer, tras el último y durísimo kilómetro cuesta arriba, terminaron el ascenso y entraron con la fila de jaulas en el Puerto del Argive. Los lados del barranco eran abruptos, pero no estaban cortados a pique, y en la pendiente sobresalían rocas y afloramientos. Las ruinas de piedra de la Ciudadela del Argive cubrían el suelo del valle. Hacía ya mucho que la vegetación había desaparecido del Argive, y el paso constante de remesas había erosionado aún más la escasa flora que quedaba. En la penumbra crepuscular, el puerto era un cañón profundo y oscuro bajo un cielo morado, y se extendía a lo largo de algo más de un kilómetro de este a oeste.

Las mulas estaban al límite de sus fuerzas, pero Javel se abstuvo de comentárselo a Thorne. Ya se enteraría él mismo cuando las pobres bestias dejaran de moverse por muchos latigazos que les dieran. Iban a tener que detenerse para pasar la noche, aunque Javel no abrigaba esperanzas de poder dormir con aquellas jaulas tan cerca. Volvió a pensar en Allie. ¿Qué le diría? La verdad no, eso seguro; ella adoptaría aquel gesto impassible y tenso, su forma de expresar enfado.

«¿Y si no le importa?»

Pero Javel no quería pensar que los años pasados en Mortmesne podían haber hecho cambiar a Allie. Contárselo estaba descartado; tendría que



inventar alguna mentira.

Se puso el sol, y el cielo se cubrió de nubes. Javel oyó refunfuñar a alguien; Dwyne, el líder de los cuatro cadén, se quejaba a sus compañeros de que el cielo se tapara justo cuando se ponía el sol. Los cadén habían hecho aquel viaje muchas veces durante la Regencia, y era reconfortante contar con Dwyne y Avile, aunque no con la de los disolutos hermanos Baedencourt. Sin embargo, hasta Dwyne parecía intranquilo. Las nubes habían aparecido de prisa y estaba oscureciendo rápidamente. Si estallaba una tormenta esa noche, entorpecería el descenso de la caravana por la Colina de las Picas. Por otra parte, la tormenta les proporcionaría agua para los prisioneros. Quizá, cuando pararan, Javel podría dejar que la embarazada pasase un rato con sus hijos. Thorne jamás lo habría permitido, pero Alain llevaba todo el día haciendo de las suyas a escondidas. Tal vez Javel pudiera hacer como él. Se enderezó en la silla; ese pensamiento le hizo sentirse mejor. No era gran cosa, pero al menos era algo que podía hacer.

Las nubes eran cada vez más compactas. Casi sin previo aviso, la oscuridad descendió sobre el desfiladero.

—¿Cuántos son? —preguntó Maza en voz baja.

—He contado veintinueve —contestó Wellmer—. Detrás de las jaulas hay algunos más, pero no los veo. Un momento...

Kelsea esperó, incómoda en medio de tantas sombras. Maza y Pen estaban a su lado, sí, pero cualquiera podría desenvainar un puñal en la oscuridad. Era plenamente consciente de su vulnerabilidad. Su ansiedad iba en aumento, hasta que Wellmer, arrastrándose, volvió detrás de la roca donde se escondía la mitad del escuadrón.

—Hay dos cadén, señor. Dwyne y otro al que no he reconocido.

—Maldita sea. Nunca van en parejas. Debe de haber más.

Wellmer pasó un rato buscando a tientas un bolsillo y acabó guardándose el catalejo en el escote del uniforme. Habían dejado los caballos lejos, en la entrada del puerto, y de pronto todos se dieron cuenta a la vez de que sus uniformes no tenían bolsillos. Kelsea tiró del cuello del suyo; estaba confeccionado con una tela barata que le producía picores. Por lo visto, todos los miembros de la guardia se sentían incómodos con sus prendas militares; a lo largo del día Kelsea había visto a muchos retorcerse y tratar de ponerse

cómodos, incluido Pen, pese a su capacidad para pasar desapercibido en cualquier situación.

Sin embargo, los uniformes negros les ayudaban a camuflarse, porque en el cielo todavía se apreciaba una pizca de ambarina luz de luna. El resto de los guardias estaban a unos cinco metros, agazapados detrás de otra roca, y Kelsea ni siquiera los distinguía; no eran más que una masa oscura contra uno de los lados del barranco. Le preocupaba más ocultar su zafiro. En cuanto habían entrado en el Puerto del Argive, el insoportable calor que notaba en el pecho se había reducido a una débil pulsación que, en comparación, resultaba casi agradable. La luz que emitía la joya también se había debilitado, pero Kelsea no confiaba en que la fina tela del uniforme la disimulara por completo.

Oyó el roce de metal con cuero detrás de ella, el ruido inconfundible de un puñal desenvainado; Kelsea se retrajo y trató de comprimir su cuerpo hasta formar con él una pelota diminuta. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que todos podrían oírlo, y tenía la frente cubierta de sudor. La herida de su hombro se tensó como si recordara el dolor. ¿Quién había sido? ¿Cuál de los hombres que la acompañaban la había atacado?

—Nos superan en número, Señora —dijo Maza—. No mucho, pero no podemos emprender un ataque frontal sabiendo que hay hombres del Cadén.

—Wellmer, ¿no puedes dispararles desde aquí?

—Puedo disparar, Señora, pero solo dos o tres veces; entonces se pondrán a cubierto y apagarán el fuego.

Maza dio unos golpecitos en el hombro a Venner y le dijo algo al oído. Venner, sigiloso, fue a colocarse detrás de la otra roca.

—Tenemos a Wellmer y a otros tres buenos arqueros. Enviaremos a dos al otro lado del puerto, para que los demás no puedan ponerse a cubierto detrás de las jaulas. Si liquidamos primero a los cadén, la situación se equilibrará bastante.

—Podrían apagar el fuego en cualquier momento —observó Pen—. Tenemos que atacar ya, antes de perder la ventaja que nos ofrece la luz.

Kelsea agarró a Maza por la muñeca.

—Nuestra prioridad son las personas que están dentro de las jaulas. Asegúrate de que tus hombres lo han entendido.

Venner regresó arrastrándose; detrás de él iban tres figuras más. Se arrimaron a Maza y hablaron en susurros; Kelsea se enjugó el sudor de la

frente, decidida a no ceder a la paranoia que la había asaltado en la oscuridad.

—Wellmer, déjame el catalejo.

Habían colocado las ocho jaulas formando un semicírculo, con las puertas orientadas hacia dentro. Kelsea se alegró de ver que las jaulas no tenían piezas de hierro. Parecían hechas a toda prisa, y los barrotes, en lugar de estar entrelazados, eran simples tablones de madera verticales. Aunque fueran de roble del Tearling, las jaulas no resistirían un ataque coordinado con hachas.

Wellmer había visto a algunos centinelas apostados alrededor de la caravana, pero el grueso de los hombres de Thorne se concentraba dentro de aquel semicírculo. Kelsea enfocó con el catalejo a los hombres alrededor de la hoguera y solo reconoció a alguno. Había un individuo corpulento y bien vestido (un noble, sin duda) al que recordaba haber visto en su primera audiencia, aunque no recordaba su nombre; varios empleados del Censo; unos cuantos soldados de su propio ejército, tan descuidados que ni se habían molestado en vestirse de paisano. Y también estaba Arlen Thorne, justo en medio del semicírculo. El zafiro tembló levemente contra su pecho. Kelsea ya sabía que de Thorne no podía esperarse nada bueno, pero de todas formas se sintió traicionada: traicionada por un mundo que, desde su infancia, ella había creído justo. Todos sus planes, todo el bien que se había propuesto hacer... ¿de verdad podía trastocarlo todo una sola persona?

—Mira, Elston. —Le pasó el catalejo—. A las doce, junto a la hoguera.

—Hijo de puta —masculló Elston mirando hacia donde ella le había indicado.

Maza soltó un suspiro, pero ya había desistido de que sus hombres controlaran su lenguaje durante aquella expedición. Kelsea había aprendido muchas palabras nuevas en los últimos días. Por fragmentos de conversaciones que había oído, sabía que Elston odiaba a Arlen Thorne; tenía algo que ver con una mujer, pero nadie había querido contarle a Kelsea toda la historia.

—Lo quiero vivo, Elston —dijo en voz baja—. Si me lo traes, te dejaré diseñar su mazmorra.

Varios guardias rieron.

—Cinco minutos más, Señora, y ya podremos ir —dijo Maza—. Dadles tiempo a Tom y a Kibb para llegar hasta allí.

Kelsea asintió y notó una descarga de adrenalina. Los guardias desenvainaron sus espadas haciendo el menor ruido posible, pero aun así Kelsea oyó el roce del metal con el cuero y contuvo una sensación de sofoco.

El zafiro golpeaba contra su pecho como un tambor, o quizá dentro de su pecho: ya no lo sabía.

—Señora, os pido por última vez que os quedéis aquí con Pen y Venner. Si fracasamos, aún podréis huir.

—Lazarus. —Kelsea sonrió; él solo era una silueta a su lado—. No lo entiendes.

—Entiendo más de lo que creéis, Señora. Podéis atribuirlo a esa maldita joya si queréis, pero me doy cuenta de que la sombra de vuestra madre os enoja y os hace ser temeraria. Esa combinación es peligrosa para todos nosotros.

En ese momento, Kelsea no tenía espacio para la ira; toda su energía estaba concentrada en el campamento que se veía allá abajo.

—Tú también tienes defectos, Lazarus. Eres testarudo, y vivir entre hombres armados ha cerrado partes de tu mente que estarían mejor abiertas. A pesar de todo eso, yo confío en ti. A lo mejor tú también podrías confiar en mí.

De la oscuridad no llegó ninguna respuesta.

—Pen y Venner no se separarán de mí, ¿de acuerdo?

—Sí, Señora —murmuraron ellos.

—Me gustaría que tú también estuvieras a mi lado, Lazarus.

—Está bien. Pero no debéis combatir, Señora. Venner dice que tenéis un juego de pies espantoso.

—No empuñaré ningún arma, Lazarus. Te doy mi palabra.

Al cabo de unos minutos, Maza silbó imitando el trino de un pájaro, y el viento debilitó rápidamente el sonido. El escuadrón se desplegó entre las rocas, y los soldados empezaron a descender sin hacer ruido por el barranco.

Por una vez, Thorne había seguido el consejo de Javel y habían montado el campamento en la parte más estrecha del Argive, de modo que solo tenían que defender dos lados de la caravana. Javel quiso quedarse despierto para ver si podía ofrecer a la embarazada un rato con sus hijos, pero lo venció el agotamiento. Decidió dormir al menos unas horas y ocuparse de aquello más tarde. Abrió su saco de dormir y se acurrucó delante de la gran hoguera, estremeciéndose de placer con el calor de las llamas. Los centinelas de la Puerta raramente tenían que cabalgar más de unos pocos kilómetros, y aquel largo viaje había pasado factura a los débiles músculos de las piernas de

Javel. Empezó a sumirse en un agradable duermevela, dormitando a intervalos cada vez más largos, y el sueño casi lo había vencido por completo cuando lo despertó el primer grito.

Javel se incorporó. La hoguera estaba casi apagada y, en la penumbra, el centinela solo vio al resto de los hombres; todos miraban alrededor, adormilados y tan desconcertados como él.

—¡Arqueros! —gritó alguien desde detrás de las jaulas—. Están... —El grito se interrumpió bruscamente y se redujo a un gorgoteo ahogado.

—¡Armaos! —ordenó Thorne.

Ya se había puesto en pie, y no parecía que hubiera dormido ni un minuto. Dos hombres echaron a correr alejándose de la hoguera, pero no habían llegado muy lejos cuando uno de ellos cayó con una flecha clavada en la espalda.

«Arqueros», pensó Javel, desconcertado. En la ladera. Se preguntó si estaría soñando. Allie le había dicho que a veces caminaba dormido. Pensar en Allie lo impulsó: se levantó de un brinco, desenvainó su espada y miró alrededor, pero no vio nada más allá del círculo de la hoguera. Otra flecha pasó silbando por encima de su cabeza.

—¡Apagad el fuego! —gritó Dwyne—. ¡Somos un blanco fácil!

Javel agarró su saco de dormir del suelo y lo lanzó sobre la hoguera. Pero la tela no era lo bastante gruesa; el saco prendió y las llamas enseguida atravesaron las capas de lana.

—¡Necesitamos más! —Javel hizo señas a los hombres aturdidos que tenía alrededor—. ¡Dadme vuestros sacos!

Adormilados, los hombres empezaron a levantarse y recoger sus mantas. Javel contuvo el impulso de gritar de frustración.

—¡Moveos!

Dwyne pasó a su lado y le dio un codazo; llevaba un montón enorme de mantas en los brazos, y las lanzó sobre el fuego. La luz se redujo y se extinguió del todo; un fuerte olor a lana quemada impregnó la atmósfera. Detrás de las jaulas, donde estaba oscuro, se oía entrechocar de espadas. De pronto se oyó también el desgarrador relincho de un caballo herido.

—¡Jinetes por el oeste! —gritó alguien—. ¡Los oigo!

—Estamos rodeados —murmuró Dwyne—. Ya le dije a ese maldito burócrata que era un mal sitio para acampar.

Javel se sonrojó y confió en que Dwyne no se enterara de que había sido él

quien había propuesto detenerse en el desfiladero. Javel nunca había tenido tratos directos con un cadén; ellos existían en un plano superior, fuera de su alcance. Quizá no tuviera sentido, pero el centinela todavía aspiraba a merecer el respeto de aquel tipo corpulento vestido con capa roja.

Thorne llegó a donde estaban ellos y agarró a Javel por un hombro. Este oyó el desagradable raspear de su aliento.

—¿Qué hacemos, Dwyne? Necesitamos luz.

—No, no la necesitamos. Si son un grupo de rescate, los arqueros no se arriesgarán a herir a los prisioneros. Tenemos más posibilidades si seguimos a oscuras.

—¡Pero no podemos limitarnos a esperar! Cuando se haga de día seremos un blanco fácil.

El impacto de metal contra metal ya resonaba por todas partes y ahogó la respuesta de Dwyne. Una espada destelló bajo la anémica luz de la luna, a unos tres metros, y Javel blandió su espada y se puso en guardia, con el corazón acelerado. Dwyne se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Thorne.

—¡Es el ejército tear! ¡Mire los uniformes!

Javel no distinguía nada, pero dio un gruñido de asentimiento para disimular.

—Podría acabar con todos yo solo, a oscuras o con luz. Esperad aquí.

Dwyne desenvainó su espada y salió disparado. Cuando dejaron de oírse sus pasos, Javel contuvo un arrebato de temor amorfo y sofocante. Tener a Thorne a su lado en la oscuridad no era ningún consuelo.

—Es un imbécil —volvía a mascullar Thorne—. Necesitamos luz, luz suficiente para...

Volvió a apretarle el brazo a Javel, tan fuerte que el centinela hizo una mueca de dolor.

—Ve a buscar una antorcha.

Kelsea todavía avanzaba a gatas con Pen y Venner, uno a cada lado, cuando el fuego se apagó y los dejó a oscuras.

—Los arqueros han derribado como mínimo a cuatro —susurró Maza detrás de ella—. Pero no sé si han matado a Dwyne; estad alerta.

—¿Cómo están cerradas las jaulas? ¿Alguien lo ha visto?

—No —contestó Pen—, pero no son de acero. Creo que son de madera, muy sencillas.

De pronto Kelsea se enfureció con el desconocido que había construido las jaulas. Thorne no era carpintero, pero alguien había construido aquellas jaulas para él.

—Cascos —susurró Venner—. Por el oeste.

Los cuatro guardaron silencio, y al cabo de un momento Kelsea también oyó los caballos que descendían por el valle desde la entrada de poniente del desfiladero.

—Tres o cuatro —dijo Maza—. Si hay más cadén, estamos en un aprieto.

—¿Seguimos adelante, señor? —preguntó Pen.

Kelsea miró alrededor. Bajo la débil luz de las estrellas, distinguió el contorno de una zona rocosa más adelante y el de una gran roca aislada a su izquierda, pero nada más. No había adonde ir; solo podían retroceder hacia la ladera de la colina.

—No —respondió Maza—. Nos colocaremos detrás de esa roca, y ellos pasarán de largo. Si no son muchos, podremos cubrir la retirada de la reina.

El ruido de cascos cada vez se oía más cerca. Kelsea siguió a Maza y fue arrastrándose hacia la roca sin despegar el cuerpo del suelo. El terreno estaba cubierto de piedras afiladas que se le clavaban en la palma de las manos y le hacían bufar de dolor. Se reprendió por ser tan remilgada y renegó por dentro utilizando los tacos que había aprendido de Elston.

Maza los guió hasta la roca, y una vez allí se sentaron y se apoyaron todos en ella, de cara al campamento. Kelsea solo alcanzaba a entrever la silueta de una de las jaulas destacada contra el cielo azul oscuro, pero oía muchas cosas. Por todas partes resonaba el ruido de acero contra acero, y los quejidos de los heridos invadían la noche. Recordó el momento de paranoia que había tenido y sintió tanta vergüenza que se puso colorada. El zafiro latió débilmente, como si hubiera percibido su sufrimiento. El ruido de cascos seguía acercándose.

—¿Dónde...?

—Silencio. —La voz de Maza no admitía discusión.

Varios jinetes pasaron al lado de la roca; sus siluetas apenas se distinguían contra el telón de fondo gris del barranco. Se detuvieron a unos seis metros de donde estaba escondida Kelsea; sus caballos acusaban el esfuerzo y relinchaban sin cesar.

—¿Qué hacemos? —preguntó un hombre en voz baja.

—Es un desastre —replicó otro—. Necesitamos luz.

—Tenemos que esperar a que el combate se calme un poco.

—No. Primero buscaremos a Alain —se impuso otra voz.

De pronto, Kelsea se puso en tensión, se levantó apresuradamente y echó a andar antes de que Maza pudiera impedirselo. Cuatro siluetas negras se volvieron y desenvainaron sus espadas al verla acercarse, pero Kelsea sonreía. Estaba muy segura de lo que hacía, y su certeza no tenía nada que ver con la voz de aquel hombre: tenía que ver con la súbita oleada de calor que inundaba su pecho.

—Benditos los ojos, Señor de los Ladrones.

—¡Diablos!

Uno de los jinetes avanzó hacia ella, pero se paró a unos dos metros. Pese a que Kelsea solo veía una sombra negra recortada contra el cielo, habría jurado que el jinete la miraba y la veía.

Maza llegó entonces junto a ella y la agarró por la cintura.

—Poneos detrás de mí, Señora.

—No, Lazarus. —Kelsea no apartaba la vista de la alta figura que tenía delante—. Preocúpate de otra cosa.

—¿Cómo?

—Reina Tear —dijo el Traedor—. Por lo visto es cierto que os subestimaba.

Kelsea oyó que Pen y Venner se acercaban a ella por detrás; levantó una mano y dijo:

—Tranquilos. Podéis bajar la guardia.

El Traedor la observaba en silencio. Kelsea no le veía la cara, y aun así se daba cuenta de que lo había sorprendido, quizá por primera vez. Eso la reconfortó y le hizo sentirse menos niña ante aquel adulto; se enderezó y lo miró desafiante. El Traedor desmontó y fue hacia ella, y Kelsea notó que Maza, a su lado, avanzaba unos centímetros. Lo frenó poniéndole una mano en el pecho.

—¿Señor? —preguntó Pen con una voz aguda que denotaba preocupación; parecía más joven que nunca.

—Por favor, Pen. Baja la guardia.

El Traedor estiró un brazo y Kelsea se apartó instintivamente; pero él se limitó a rozarle el pelo, muy corto, y en voz baja dijo:

—Mirad lo que habéis hecho.



Kelsea no entendía cómo podía haberle visto el pelo, si ella apenas veía nada. Sin embargo, cuando asimiló sus palabras, se sonrojó y le espetó:

—¿Qué hace aquí?

—Venimos siguiendo al grupito de Thorne. Alain está por aquí; lleva semanas infiltrado para evaluar la situación.

Alain, aquel tipo rubio tan ágil con las cartas. Kelsea no lo había visto alrededor de la hoguera.

—Pero la pregunta es otra: ¿qué hacéis vos aquí, Reina Tear?

Buena pregunta. Ni siquiera Maza, por mucho que rezongara, le había preguntado a Kelsea por qué se había empeñado en ir con ellos. Kelsea lo pensó un momento y trató de dar una respuesta sincera, porque intuía que, si mentía, el Traedor lo sabría. La joya seguía latiendo entre sus pechos, impeliéndola a actuar, pero ella la ignoró.

—He venido a cumplir mi palabra. Prometí que esto no volvería a pasar.

—Pues podríais haber cumplido vuestra palabra desde la Ciudadela. ¿Acaso no contáis con la ayuda de todo un ejército?

Kelsea se acobardó ante el sarcasmo del Traedor, pero se irguió cuan alta era y replicó:

—Hace mucho tiempo, antes de ascender al trono, el rey se comprometió a morir por su reino si fuera necesario. Era la única forma de que el sistema funcionara.

—Y vos ¿estáis dispuesta a morir aquí?

—Estoy dispuesta a morir por este país desde el día que nos conocimos, Señor de los Ladrones.

El Traedor ladeó la cabeza hacia la izquierda. Cuando habló, lo hizo con una voz muy tierna que Kelsea no había oído hasta entonces.

—Os he esperado mucho tiempo, Reina Tear. Más del que imagináis.

Kelsea se ruborizó y desvió la mirada; no entendía lo que había querido decir el Traedor, pero sabía que no era lo que a ella le habría gustado.

—Extended la mano.

Ella obedeció, y el Traedor le puso algo frío en la palma. Lo exploró con los dedos. Era un collar: una cadena con un colgante frío que, en contacto con su piel, empezó a calentarse.

—Pase lo que pase aquí hoy, Reina Tear, os habéis ganado que os devuelva eso.

A la izquierda de Kelsea, mucho más cerca que donde se libraba la batalla,

se oyó el golpe seco y húmedo de una espada contra un cuerpo, y a continuación se oyó un grito desgarrador. Kelsea se colocó detrás de Maza, y él enarboló su espada.

—Te debo la vida de la reina, granuja —dijo el capitán de la Guardia Real—. No te pondré trabas mientras no representes una amenaza para ella. Pero ahora lárgate, antes de que se nos echen todos encima.

—De acuerdo —dijo el Traedor—. Nos vamos. —Montó en su caballo y volvió a convertirse en una silueta oscura destacada contra el cielo—. Buena suerte, Reina Tear. Espero que volvamos a encontrarnos cuando haya acabado todo esto.

Kelsea, todavía ruborizada, buscó el cierre del segundo collar, levantó los brazos y se lo ató al cuello. Sintió que el corazón se le aceleraba y generaba un calor que se extendía por sus venas. Oyó un crujido parecido al de la electricidad estática, miró hacia abajo y vio que el segundo zafiro resplandecía como un sol diminuto y emitía destellos. Lo escondió bajo el uniforme y oyó un chasquido, como el de una llave al girar en la cerradura. De pronto lo vio todo torcido; parpadeó y entonces vio edificios negros contra una línea de horizonte blanca. Volvió a parpadear y aquel otro mundo ya había desaparecido. El Traedor y sus acompañantes se dieron la vuelta y se adentraron en el desfiladero provocando más gritos de advertencia y chillidos de terror procedentes de la hoguera. Entretanto, Kelsea y sus tres guardias se escondieron detrás de la roca, lejos del combate; se sentaron allí de cara a la boca del desfiladero.

—¿Señor? —preguntó Pen.

—Luego, Pen.

Kelsea supuso que Maza iba a soltarle algún sermón sobre la posibilidad de huir, sobre el Traedor, sobre la imprudencia en general; pero se equivocaba. Vio el brillo de su espada desenvainada, y otro brillo metálico que debía de ser el de su maza. Pero la luz que las hacía brillar no era de luna, porque era azul. Kelsea miró hacia abajo: sus dos joyas relucían con tanta intensidad que las veía a través de la tela del uniforme. Las asió con la mano derecha y trató de ocultar su resplandor. Aquella sensación que había tenido en el pecho se estaba intensificando; el corazón le latía mucho más deprisa y sentía como si por las venas le corriera fuego en lugar de sangre. Intuía que estaba a punto de suceder algo terrible, algo que ella no podía ver.

«Claro —comprendió de pronto—. Hasta ahora, el segundo collar solo lo

había llevado en el bolsillo. Nunca me lo había puesto.»

Cerró los ojos y volvió a asaltarla aquella visión: un horizonte lleno de edificios altos, muchísimos, que superaban la altura de la Ciudadela. Era como si la locura, una ciudad de locura que únicamente existía en su cabeza, la llamara mediante señas. Se oyeron más gritos provenientes del foco principal de la batalla, y Kelsea volvió a la realidad. Abrió los ojos y se alegró de encontrar solo oscuridad.

—Han vuelto a encender el fuego —dijo Pen, que asomaba la cabeza por el borde de la roca.

—Qué imbéciles —masculló Maza—. Wellmer los eliminará con facilidad.

Kelsea se asomó por detrás de Pen. Unos metros más allá se veía brillar una luz, justo en el centro del campamento. La joya la impulsaba hacia delante de alguna extraña manera, pero ella le había hecho una promesa a Maza, y no se dejó llevar. Seguían llegando gritos del centro del desfiladero, y el pulso de Kelsea se aceleró aún más cuando comprendió que esa era la cosa terrible, la cosa que ella intuía que iba a suceder. De pronto identificó el origen de su ansiedad.

—Esa es una voz de mujer.

Pen se apartó un poco más de la roca, y, pese a que la única luz era el lejano resplandor del fuego, Kelsea vio que su guardaespaldas palidecía.

—¡No!

—¿Qué pasa?

—Mujeres. —La voz de Pen sonó como si hubiera hablado bajo el agua—. Han incendiado una jaula llena de mujeres.

Sin pensarlo siquiera, sin proponérselo, Kelsea echó a correr.

—¡Señora! ¡Maldita sea! —gritó Maza, pero sus gritos parecían provenir de muy lejos.

Los lamentos de las mujeres, en cambio, rebotaban en las paredes del barranco e invadían la noche de un horizonte a otro. Los dos zafiros escaparon de debajo de su uniforme; ahora resplandecían intensamente, y Kelsea comprobó que lo veía todo, cada piedra y cada brizna de hierba, bajo una luz azul. Nunca había sido una gran atleta, pero las joyas le proporcionaban fuerza, y corría deprisa, mucho más deprisa de lo que jamás había corrido, hacia las llamas cada vez más intensas.

Javel no sabía qué había pasado. Había ido a buscarle una antorcha a Thorne, sin saber muy bien qué hacía. No paraba de pensar en Allie, de preguntarse qué ocurriría si fracasaban. Tenía la impresión de que los hombres de Thorne estaban perdiendo la batalla. No habían apagado la hoguera lo bastante deprisa, y los arqueros debían de haber hecho estragos desde la ladera, porque no podía dar un paso sin tropezar con algún cadáver. Mientras buscaba la antorcha habían llegado más caballos; al oírlos, a Thorne le había entrado pánico, y por eso Javel sabía que no formaban parte del plan. Iban a perder el combate, y entonces ¿qué sería de Allie?

Encontró una antorcha abandonada cerca de la hoguera y volvió junto a Thorne, quien cogió la antorcha sin darle las gracias y se marchó.

«Adiós, y hasta nunca», pensó Javel con sarcasmo. Pero en cuanto Thorne desapareció, no supo qué hacer. Él era centinela de la Puerta, no soldado, y aquello no eran las Tripas, donde había calles estrechas y edificios. Javel siempre había odiado la naturaleza. Las altas paredes del barranco lo aislaban del mundo. No quería moverse de allí, y pese a que oía combatir por todas partes, se resistía a enfrentarse a un enemigo al que no podía ver. Su experiencia en el combate se limitaba a haber echado a dos o tres chiflados que habían intentado colarse en la Ciudadela.

«¿Soy un cobarde?»

En cuanto había comenzado el asalto, los prisioneros habían recuperado la voz, y ahora gritaban pidiendo ayuda. Aquel estruendo recordó a Javel al del matadero, y le dieron ganas de taparse los oídos. Se planteó intentar liberar a la embarazada, pero no veía nada, y tenía miedo. Pensó en Keller y en las niñas que iban en las caravanas. A varias las habían violado; Javel ya no podía seguir negándolo ni engañándose. Una de ellas, que no podía tener más de doce años, no había hecho más que sollozar desconsoladamente desde Haymarket. Javel se acordó de aquellas noches de borrachera en las Tripas, cuando se había planteado sin mucho entusiasmo buscar a algún traficante de menores, llevarlo ante la justicia, hacer algo heroico. Pero siempre amanecía, y la luz del sol y la resaca arruinaban sus buenas intenciones. Javel comprendió que aquello era diferente. Aquello era un asunto muy siniestro; allí no había mañana. Y a oscuras podían conseguirse muchas cosas.

Envainó su espada, cogió el puñal que llevaba al cinto y se dispuso a esperar. Los centinelas de la Puerta siempre iban en pareja, y a los pocos minutos Keller lo encontró, tal como Javel sabía que sucedería.

—Esto no es exactamente lo nuestro, ¿verdad, Javel?

—No —coincidió Javel—. Nunca pensé que pudiera querer volver a la Puerta en plena noche. —Se quedaron callados un momento, a oscuras; Javel se armó de valor. Notaba la adrenalina regándole todo el cuerpo—. Oye, ¿tú crees que la puerta de esa jaula está suelta?

—¿Qué puerta? Yo no veo nada.

—Esa de ahí, la de la izquierda.

En cuanto Keller se dio la vuelta, Javel lo agarró por el cuello con un brazo. Keller era corpulento, pero Javel lo superaba en agilidad, y consiguió hacerle un tajo en el cuello y retroceder antes de que las manos de Keller lo encontraran. Keller gorgoteó tratando de respirar; entonces Javel oyó un golpe sordo y vio, complacido, que su enorme cuerpo se había derrumbado. Javel estaba radiante de satisfacción; había amanecido en su interior, y una luz poderosa inundaba su mente y le infundía coraje. ¿Qué podía hacer a continuación?

Enseguida lo supo: abriría las puertas. Abriría las puertas de las jaulas, como había hecho la reina aquel día en el Parque de la Ciudadela, y liberaría a todos los prisioneros.

Fue tambaleándose hacia la caravana, pero tropezó con otro cadáver. Todavía había muchos hombres combatiendo a su alrededor, y el suelo estaba cubierto de cadáveres. Thorne tenía razón: necesitaban luz.

Nada más pensar eso, Javel se dio cuenta de que veía; un débil resplandor ambarino iluminaba a varias parejas de combatientes y las primeras jaulas a uno y otro lado del semicírculo. Alguien había reavivado la hoguera. Dwyne se pondría furioso, pero Javel sintió un gran alivio.

Y entonces fue cuando empezaron aquellos gritos desgarradores. Oyó chillar a una mujer (no cabía duda de que era una mujer); su voz ascendió en un quejido terrible y sobrecogedor que se prolongó hasta que Javel tuvo que taparse los oídos. Cayó arrodillado, y pensó: «Se quedará sin aliento». Y tal vez tuviera razón, pero no pudo comprobarlo, porque de pronto gritaban todas: todo un mundo de mujeres pedía auxilio a gritos.

Javel se dio la vuelta, vio el fuego y comprendió qué había hecho Thorne. La cuarta jaula de la izquierda estaba en llamas por un extremo, y la puerta ya estaba destrozada. Thorne estaba a unos tres metros, con una antorcha en la mano, contemplando el fuego, y Javel vio maldad en aquellos brillantes ojos azules; no era malevolencia, sino algo mucho peor: una maldad producto de la

carencia de conciencia, una maldad que no sabía que era maldad y que, por lo tanto, podía justificar cualquier cosa.

Una maldad que le abrió los ojos.

Dentro de la jaula, las mujeres chillaban y se apretujaban contra la pared del fondo. Pero el fuego se les acercaba, avanzaba poco a poco por el suelo de la jaula. A dos mujeres ya les había prendido la ropa; Javel las veía perfectamente a través de los bastos barrotes de madera.

Una era la madre de William y Jeffrey. Azotaba las llamas de su falda y gritaba pidiendo ayuda a las otras prisioneras, pero ellas, desesperadas por salir de allí, no se dieron cuenta. La otra mujer era una pura antorcha, una figura oscura que se contorsionaba y agitaba violentamente los brazos, envuelta en llamas. Mientras Javel observaba, durante unos momentos que se le hicieron eternos, la mujer dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y se derrumbó. Ya no se le distinguía la cara; había quedado reducida a una masa renegrida que ardía frenéticamente y esparcía llamas por el suelo de la jaula.

Las otras mujeres no paraban de gritar, creando una cacofonía aterradora, y Javel supo que seguiría oyéndolas el resto de su vida. Gritaban sin cesar, y todas parecían tener la voz de Allie.

Javel echó a correr hacia el otro lado de la hoguera, ya extinguida, donde los hermanos Baedencourt habían dejado sus pertenencias. Hugo Baedencourt siempre llevaba consigo un hacha; los dos hermanos habían salido a hacer la primera guardia, pero el hacha no era útil para el combate. Javel vació el saco donde guardaban las armas. Apartó varias espadas y un arco, y entonces dio con el hacha, una herramienta maciza y reluciente. Pesaba demasiado para él, pero pudo levantarla, y cuando llegó a la jaula comprobó que también podía blandirla. La madre de Jeffrey y William ya se estaba quemando: tenía la cara y el pelo envueltos en llamas. Lo primero en prender había sido el vestido, y Javel supo, en una parte de su mente que en situaciones así se mantenía fría, que el bebé que llevaba en el vientre ya había muerto. Pero ni siquiera las llamas consiguieron detener la potente voz de la mujer, que no paraba de gritar.

Javel golpeó los barrotes con el hacha. La madera se astilló, pero aguantó.

«No soy bastante fuerte.»

Reprimió aquel pensamiento y volvió a golpear, sin prestar atención al desgarró que se hizo en un músculo del hombro izquierdo. Veía a Allie de pie

ante él, mirándolo con ternura; estaba igual que mucho antes de casarse, cuando ninguno de los dos pensaba en el sorteo, ni en nada.

Había empezado a extenderse un fuerte hedor, una mezcla repugnante a lana quemada y pelo chamuscado. Javel estaba perdiendo la carrera contra el fuego, lo sabía, pero no podía parar de golpear con el hacha. La madre de Jeffrey y William murió en algún momento en mitad de esa carrera; estaba chillando, y al cabo de un momento ya no se la oía, y de pronto Javel decidió matar a Arlen Thorne. Pero Thorne ya se había marchado; había tirado la antorcha y había desaparecido en la negrura.

Las prisioneras seguían apiñadas en el fondo de la jaula, pero ya solo gritaban las que estaban más atrás; las que estaban más cerca del fuego recibían todo el humo y solo podían toser y hacer arcadas. Algunas tenían llamas en la falda. A Javel también le lloraban los ojos, irritados por el humo, y el fuego le abrasaba la piel de los brazos. A pesar de todo siguió golpeando con el hacha, y por fin logró partir limpiamente uno de los barrotes. Pero solo uno. Era demasiado tarde.

«Lo siento mucho, Allie.»

Le ardía todo el cuerpo. Soltó el hacha y se arrodilló. Se tapó los oídos, pero seguía oyendo gritar a las mujeres. Y entonces una luz azul lo iluminó todo.

A unos quince metros de la jaula en llamas, Kelsea se percató de que varios jinetes habían salido tras ella y la flanqueaban. Eran los hombres del Traedor, con sus máscaras negras; cabalgaban a su lado y disparaban flechas. Kelsea pensó que tal vez estuviera alucinando, pero ya no le importaba. Ya nada importaba salvo las jaulas y las mujeres. Eran responsabilidad suya. Era la Reina del Tearling.

Varios hombres de Thorne intentaron acercarse a ella enarbolando sus espadas y decididos a matarla, pero una serie de destellos azules los envolvieron y los abatieron. Kelsea sentía que la luz no salía de las joyas, sino de dentro de su cabeza. Bastaba con que pensara en matarlos, y ellos caían. Pese a que le faltaba el aliento, no podía aminorar el paso. Las joyas la empujaban hacia las llamas.

Cuando esquivó la última roca, derrapando, sintió un calor intenso, como si chocara contra una pared. Las mujeres, desesperadas, se habían amontonado al

fondo de la jaula en llamas, pero el fuego ya las había alcanzado. Un hombre de pelo cano golpeaba los barrotes con un hacha, pero no parecía que estuviera consiguiendo nada.

«Roble del Tearling», pensó Kelsea. Las mujeres estaban atrapadas. Peor aún: las llamas habían empezado a lamer los barrotes de la siguiente jaula; si no lograban apagar el fuego, ardería toda la caravana. Necesitaban agua, pero no la había en kilómetros a la redonda. Kelsea apretó los puños, frustrada, hasta que se le clavaron las uñas en las palmas y le brotó la sangre. Si en ese momento le hubieran ofrecido la posibilidad de cambiarse por los prisioneros encerrados en las jaulas, habría dado la vida sin dudarlo y sin temor, del mismo modo que una madre daría la vida por su hijo sin pensárselo dos veces. Pero nadie iba a ofrecerle esa posibilidad. Las buenas intenciones de Kelsea no iban a servir de nada.

«Daría cualquier cosa si pudiera», pensó, e inmediatamente supo que era cierto.

Las dos joyas produjeron un estallido de luz azul; Kelsea sintió que la corriente atravesaba su cuerpo y que el voltaje circulaba por todos sus nervios. La descarga fue tan intensa que la lanzó hacia atrás. Se sentía el doble de alta, tenía todo el vello del cuerpo erizado y los músculos en máxima tensión.

Su sensación de impotencia se había esfumado.

Ahora, todo el desfiladero estaba iluminado, bañado en aquella luz azul que destacaba cada sombra. Kelsea lo veía todo; todo estaba quieto, en silencio, en suspenso. Se hallaba rodeada de combatientes inmóviles bajo la luz:

Wellmer en lo alto de la ladera, a su izquierda, sentado en el borde de una roca, con una flecha en el arco y las mandíbulas apretadas, muy concentrado;

Elston, sediento de sangre, persiguiendo a Arlen Thorne por el terreno rocoso del barranco;

Alain detrás de una de las jaulas con un puñal en la mano, matando a los heridos, con la boca abierta, a punto de gritar; el Traedor hacia el final de la caravana, con su espantosa máscara, combatiendo con un tipo corpulento con capa roja; el hombre que había arremetido contra las jaulas con un hacha, arrodillado ahora, llorando, con el rostro transido de dolor, presa de un desconsuelo indecible; pero sobre todo las mujeres de aquella jaula, amenazadas por el fuego.

«Es mejor morir limpio.»



Volvió a atravesarla una descarga, tan potente que su cuerpo no pudo soportarla; fue como si le hubiera caído encima un rayo. Si Dios existía, debía de sentirse así de poderoso. Pero Kelsea estaba aterrorizada; sentía que si quería partir el mundo por la mitad podía hacerlo, claro que podía, pero allí había algo más que ella no sabía. Todo tenía un precio.

«Agua.»

No había alternativa. Si aquello tenía un precio, tendría que pagarlo. Estiró los brazos, abarcando más de lo que en teoría podían abarcar. Allí había agua, lo notaba; casi percibía su sabor. La llamó a gritos y sintió que de ella salía electricidad: una corriente inmensa que había surgido de la nada y que desapareció del mismo modo.

Un trueno retumbó sobre el desfiladero e hizo temblar el suelo. Las joyas se quedaron frías y apagadas, y de pronto todo recobró el movimiento: las mujeres chillaban, los hombres gritaban, las espadas entrechocaban. Pero Kelsea permaneció plantada en la oscuridad, esperando, con el vello erizado.

Una cascada de agua se precipitó del cielo, un diluvio tan intenso que tapaba la luz de la luna. Cayó sobre Kelsea como un muro, la tiró al suelo y la hizo rodar por el barranco; el agua se le metía en la nariz y en los pulmones. Entonces Kelsea se dejó llevar por fin; su mente únicamente registraba una agradable necesidad de dormir y una tentadora oscuridad más allá de donde alcanzaba su vista.

«La Travesía —comprendió—. La verdadera Travesía. Casi la veo.»

Cerró los ojos y cruzó.

La Reina de Mortmesne contemplaba sus dominios desde el balcón. Desde hacía un tiempo, iba allí cuando se desvelaba, lo que ahora sucedía casi todas las noches. No dormía suficiente, y había empezado a cometer pequeños errores. Una noche había olvidado firmar una serie de órdenes de ejecución, y a la mañana siguiente la muchedumbre se había congregado en la plaza del Cortador y había esperado... y esperado. El rey de Cadare la había invitado a visitarla y ella se había equivocado de fecha en una semana, causando confusión a sus sirvientes y obligándoles a deshacer el equipaje. Una noche le habían llevado al esclavo que ella había pedido y la encontraron profundamente dormida. Eran pequeños deslices, y a Beryll no se le escapaban, pero tarde o temprano alguien, además de Beryll, los advertiría y

se convertirían en un problema.

Era la niña, siempre la niña. La reina quería ver a la niña, estaba tan impaciente que había convocado a sus generales y había mencionado la posibilidad de una visita de Estado al Tearling. Ellos raramente vetaban sus sugerencias, pero esa vez lo habían hecho, y al final la reina había admitido que tenían razón. Esa tentativa de acercamiento se habría interpretado como un signo de debilidad y, además, inútil; seguramente la niña se negaría. Y aun en el caso de que aceptara, había peligros ocultos. A esas alturas la reina ya había comprendido que la niña era una incógnita, y que no se parecía en nada a su madre. Peor aún, Maza capitaneaba la Guardia Real, y él no era ninguna incógnita. Ni siquiera Ducarte quería saber nada de Maza todavía, no sin disponer de más información y más ventajas de las que tenían en ese momento. Maza era un terror, la niña era un punto ciego, y la combinación de esas dos cosas no auguraba nada bueno.

A la reina le gustaba ese balcón; estaba dos plantas por encima de sus aposentos, en lo alto de una de las numerosas torrecillas del Palacio. La vista alcanzaba varios kilómetros en todas direcciones: recorría la inmensidad de sus tierras hasta Callae al este, Cadare al sur y el Tearling al oeste. El Tearling, que en veinte años no le había causado ningún problema; ahora, en cambio, tenía la impresión de haber pisado un hormiguero. Qué desastre. La remesa de Thorne llegaría al día siguiente y, aunque sirviera de parche, no resolvería el problema. Si permitía que el Tearling eludiera pagar sus tributos, solo sería cuestión de tiempo que otros lo imitasen.

La situación dentro del reino no era mejor. La reina llevaba más de un siglo gobernándolo con mano de hierro, pero la reciente carencia de nuevos esclavos había creado un problema nuevo: el descontento interno. Los espías de la reina habían informado de que los nobles *mort* se reunían en secreto, en grupos cada vez más numerosos. Los comandantes de su ejército, menos discretos, expresaban su contrariedad ante cualquiera dispuesto a escucharlos. Las ciudades del norte, y sobre todo Cite Marche, habían informado del creciente descontento popular. En Cite Marche abundaban los jóvenes radicales; la mayoría nunca había sido dueño de ningún esclavo, pero detectaban la oportunidad que ofrecía la expansión del descontento popular.

«Voy a tener que invadir el Tearling», comprendió la reina, preocupada.

Se acercó al rincón sur del balcón y dirigió la mirada más allá de la ciudad, hacia la oscura sombra que cubría la inmensidad de los Campos Demesne.

Había movlizado su ejército semanas atrás, pero luego había retrasado su partida, pues la intuición le aconsejaba ser cautelosa. Una invasión sería más sencilla, pero también más arriesgada, y a la reina no le gustaban los riesgos no cuantificables. La victoria podía acarrear consecuencias no imprevistas. Ella no quería tener que vigilar más territorios; quería que todo siguiera sucediendo sin alteraciones, como siempre: que cada reino vecino pagara sus tributos y obedeciera las órdenes de Mortmesne. Si se veía obligada a emprender acciones militares reales, su proyecto se retrasaría y las cosas no avanzarían como ella deseaba.

Pero ya no tenía alternativa. La valoración de Thorne había sido muy clara: la niña no se dejaría comprar. Se adivinaban en ella peligrosos rasgos de su abuela Arla, y también algo más.

¿Quién era su padre?

Había mañanas en que la reina creía que todo giraba alrededor de esa pregunta. Ella era genetista, quizá la genetista más avanzada desde la Travesía, y valoraba la importancia de las líneas de sangre para producir cambios de generación en generación, aunque estos fueran abruptos, incluso aberrantes. Controlar a Elyssa y a su Regente había sido muy fácil, pues a ellos los limitaban la vanidad y la falta de imaginación. No existía ninguna razón para que la niña fuera tan diferente, a menos que en la mezcla se hubiese introducido algún factor completamente original. El Regente siempre se había negado a revelarle la identidad del padre de la niña; debería haberlo presionado años atrás para sonsacarle la información, pero nunca la había considerado tan decisiva. Solo ahora que él había desaparecido y que sus planes se habían visto truncados comprendía que la paternidad de la niña tal vez importara más que ninguna otra cosa.

«Me he dormido en los laureles», comprendió de pronto la reina.

Todo había resultado tan fácil durante tanto tiempo... Pero el gobernante displicente se hallaba a merced de cualquier humillación que pudiera producir la evolución, incluso una niña de diecinueve años que debería haber muerto años atrás.

Estaba sucediendo algo en la frontera tear.

La reina entrecerró los ojos y trató de entender eso que estaba viendo. Era poco más de medianoche, y el cielo estaba despejado hasta la frontera, donde las dos montañas, Willingham y Ellyre, descollaban por encima del bosque; el fino creciente de luna plateada permitía vislumbrar sus cumbres nevadas. Esas

montañas eran útiles para orientarse; la reina siempre había agradecido la oportunidad de saber con exactitud dónde empezaba el Tear, pues así podía vigilarlo desde la distancia.

Los relámpagos que rasgaban el cielo por encima del Puerto del Argive iluminaban unas negras y amenazadoras nubes de tormenta. Normalmente la reina no se habría inmutado; ella podía hacer que relampagueara si quería, era un truco sencillísimo. Pero aquellos relámpagos no eran blancos, sino azules. Del azul intenso del zafiro.

Empezó a asustarse; se le contrajo el estómago y achicó los ojos para escudriñar el oeste del horizonte, tratando desesperadamente de ver algo. Pero la magia, como todos los poderes, no dependía solo de quien la empleaba, sino también de quien la veía, y en ese momento la reina no veía nada. Nunca, ni una sola vez, había conseguido ver a la niña. Solo en sueños.

De repente la reina se volvió y salió del balcón, y sorprendió a sus guardias, que permanecieron inmóviles un instante y luego salieron tras ella. Bajó presurosa por la escalera de caracol hacia sus aposentos, sin importarle si los guardias le seguían el paso. La había asaltado una premonición espontánea, una sensación de calamidad. Estaba sucediendo algo terrible en la frontera, una catástrofe que podía malograr todos sus planes.

Juliette, su jefa de pajes, esperaba junto a la puerta de sus aposentos. La reina habría preferido a Beryll para esa tarea, porque la lealtad de este era incuestionable. Pero él ya era muy anciano y necesitaba dormir. Juliette era una rubia alta y musculosa de unos veinticinco años, fuerte y competente, aunque tan joven que la reina se preguntaba si entendería algo. El precio de una vida larguísima estaba de pronto claro, representado en la cara luminosa y un tanto estúpida de aquella joven.

«Todos mis empleados han envejecido.»

—Tráeme a un niño —ordenó a Juliette—. De nueve o diez años. Drógalo bien.

Juliette inclinó la cabeza y se marchó rápidamente por el pasillo. La reina entró en sus aposentos y vio que ya habían corrido las cortinas. Normalmente le gustaba tener las cortinas de la alcoba corridas, de manera que las paredes y el techo se convertían en un campo ininterrumpido de seda roja. Era como estar dentro de un capullo, y a menudo la reina se enorgullecía de concebirse así, como un ser que se había liberado de los muros de su prisión y había salido fortalecido, dotado de una fortaleza mayor de lo que nadie había

imaginado jamás. Pero ese día el entorno no le procuró placer alguno. Aquella cosa oscura se enojaría si la llamaba, y se enojaría aún más cuando le pidiera ayuda.

No había alternativa. Sus poderes le habían fallado.

Su guardia había preparado su regreso, y en la gran chimenea ardía un fuego que parecía un infierno. Se alegró: una cosa menos que hacer. Hurgó en sus cajones hasta que encontró un cuchillo y una toalla blanca limpia. A continuación apartó los muebles de delante de la chimenea, arrastrando el sofá y las butacas para dejar libre el espacio. Cuando terminó, se dio cuenta de que respiraba entrecortadamente y le latían las sienes.

«Estoy asustada —pensó con desánimo—. Ha pasado mucho tiempo.»

Llamaron a la puerta. La reina abrió y vio a Juliette con un niño cadarés en los brazos. El crío tenía la edad adecuada, pero era muy delgado; estaba inconsciente y tenía las facciones flácidas. La reina le levantó un párpado y vio que sus pupilas, muy dilatadas, llegaban casi hasta el borde del iris.

—Bien. —Tomó al niño en brazos y no le gustó notar el calor de su diminuto cuerpo—. No me molestes, por nada, sin importar lo que oigas.

Juliette volvió a inclinar la cabeza y se dirigió al fondo del pasillo. El guardia del turno de noche que estaba de pie contra la pared le lanzó una mirada lasciva al trasero de Juliette, y la reina se detuvo un momento en el umbral dispuesta a reprenderlo. Se suponía que sus pajes no sufrían ningún tipo de acoso; era una de las ventajas de aquel difícil trabajo.

«¡Al cuerno!», pensó, molesta. Ya se encargaría Beryll por la mañana.

Cerró la puerta empujándola con un hombro, llevó al niño a la cama y lo puso encima de la colcha. El niño respiraba acompasadamente, y la reina lo contempló un momento mientras su pensamiento iba en varias direcciones. Los niños no le gustaban especialmente; hacían demasiado ruido y requerían demasiada energía. Ella nunca había querido tener hijos, ni siquiera de joven. Los niños no eran más que una pieza necesaria del engranaje, algo que había que tolerar. Ella solo los soportaba cuando estaban así de callados; solo entonces podía lamentar lo que era necesario hacer.

Entre los altos mandos del ejército había varios pedófilos. La reina sentía un profundo y extraño desprecio por esos hombres y no entendía qué les pasaba. La genética no le ofrecía ninguna respuesta; los niños no tenían atractivo sexual. Había personas sencillamente defectuosas; algo dentro de ellas se había desviado y retorcido. Aquellos hombres estaban enfermos, y la

reina ponía mucho cuidado en no tocarlos jamás, ni siquiera para estrecharles la mano.

Pero los necesitaba. No podía pasar sin ellos. Cuando no hacían eso que hacían, eran increíblemente útiles; Ducarte, concretamente, era imprescindible. El truco consistía en no pensar en esas cosas mientras contemplaba al niño dormido que tenía delante, completamente vulnerable encima de la cama. «Algún día —pensó—, cuando todo esté terminado, los echaré a todos. Iré de una punta a otra del Nuevo Mundo rascando la podredumbre, y empezaré por la cordillera de Fairwitch.»

Esa noche, sin embargo, necesitaba al niño. Y tenía que darse prisa, antes de que empezara a remitir el efecto del narcótico.

La reina cogió el cuchillo, se agachó y le practicó un corte poco profundo en el antebrazo. La sangre brotó y se acumuló a lo largo del corte, y la reina la recogió con la toalla. El niño no se movió, y eso era buena señal. Tal vez saliera todo mucho mejor que la última vez.

La reina se quitó el vestido y la ropa interior y los dejó en el suelo formando un charco rojo. Se arrodilló ante la chimenea y susurró unas palabras en un idioma desaparecido mucho tiempo atrás; entonces se sentó sobre los talones y esperó, apretando los dientes. La piedra del suelo, fría y dura, se le clavaba en las rodillas, pero eso le gustaba a aquella cosa oscura, y también le gustaba que se desnudara. La incomodidad la complacía, se deleitaba con ella, y eso era algo que la reina no acababa de entender. Si se dejaba las bragas puestas, o ponía un almohadón en el suelo para no lastimarse las rodillas, la cosa lo notaría.

Del fuego salió una voz, una voz monótona y grave que no podía identificarse como masculina ni femenina. Cuando la oyó, a la reina se le puso la piel de gallina.

—¿Qué necesitas?

Tragó saliva y se enjugó el sudor de la frente.

—Necesito... consejo.

—Necesitas ayuda —corrigió aquel ser oscuro, expectante—. ¿Qué me darás a cambio?

La reina se inclinó cuanto pudo hacia delante y acercó la toalla manchada de sangre al fuego. Pese al calor, se le habían endurecido los pezones como si tuviera frío o estuviera excitada. El fuego chisporroteó al arder la toalla.

—Sangre inocente —dijo el ser—. Me complace su sabor.

El aire alrededor de la chimenea empezó a oscurecerse y a espesarse. Como siempre, la reina contempló ese fenómeno y trató de entender qué era lo que estaba viendo. Ante ella, el espacio se tornaba de un negro denso, y se estaba abriendo un agujero oscuro e insondable. Era como si el aire se condensara y adquiriera una consistencia oleosa.

—¿Qué te preocupa, Reina Mort?

—El Tearling —contestó la reina, y lamentó que le temblara ligeramente la voz. Se recordó que el ser del fuego la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él—. La nueva Reina del Tearling.

—La heredera del Tear. No has conseguido someterla; he estado observando.

—No he podido ver qué pasaba en la frontera esta noche. No logro ver a la niña.

Entonces el agujero negro que se había abierto delante de la chimenea se ensanchó y empezó a latir.

—No vengo aquí a escuchar tus lamentos. Formula tu pregunta.

—¿Qué ha pasado esta noche en la frontera?

—Esta noche no significa nada. Aquí no existe el tiempo.

La reina frunció los labios y volvió a intentarlo:

—Arlen Thorne iba a cruzar la frontera con un cargamento clandestino de prisioneros tear. ¿Ha pasado algo?

—No lo ha logrado. —La voz estaba desprovista de toda emoción; no parecía humana en absoluto—. No habrá remesa.

—¿Por qué no lo ha logrado? ¿Estaba allí la niña?

—La heredera del Tear ya tiene las dos joyas.

La reina sintió un desagradable vacío en el estómago; agachó la cabeza y barajó varias opciones. Todas conducían al mismo sitio.

—Debo invadir el Tearling y matar a la niña.

—No invadirás el Tearling.

—No tengo alternativa. Tengo que matarla antes de que aprenda a utilizar las joyas.

De pronto, aquella masa negra que tenía delante tembló, como el marco de una puerta sacudido por un fuerte golpe. Una llamarada salió despedida de la chimenea y se estrelló contra la cadera derecha de la reina, que dio un grito y cayó hacia atrás. La reina rodó sobre la alfombra para apagar la llama. Tenía una quemadura oscura en la cadera, y cuando intentó incorporarse sintió un

fuerte dolor. Se tumbó en el suelo, jadeando.

Levantó la cabeza y vio que aquella masa de aire negro había desaparecido. En su lugar había un hombre de una belleza indescriptible. Su pelo, negro como el azabache, enmarcaba un rostro patricio, con pómulos marcados y labios carnosos. Era sumamente atractivo, pero la reina ya no se dejaba engañar por esa belleza. La miró con sus fríos y relucientes ojos rojos.

—Del mismo modo que puedo elevarte, puedo hacerte caer a lo más hondo —dijo el ser con firmeza—. He vivido mucho más que tú, Reina Mort. Yo veo el principio y el fin. No le harás daño a la heredera del Tear.

—¿Fracasaré? —Ese desenlace no cabía en su imaginación; el Tearling no tenía acero, y su ejército lo formaban holgazanes comandados por un vejestorio. Eso no podía cambiarlo ni la niña—. ¿Fracasará una invasión?

—No invadirás el Tearling —repitió el ser oscuro.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la reina, desesperada—. Mi ejército está inquieto. El pueblo está inquieto.

—Tus problemas no son asunto mío, Reina Mort. Tus problemas no son más que motas de polvo en mi visión. Y, ahora, págame.

La reina señaló la cama con una mano temblorosa. No osaba desobedecer a aquel ser que se cernía sobre ella, pero sin nuevos esclavos la situación seguiría empeorando. Pensó en su sueño recurrente, que la atormentaba todas las noches: el hombre de gris, el collar, la niña, tempestad. La verdadera causa de su insomnio era dolorosamente obvia: le daba miedo dormirse.

Oyó deslizarse algo a sus espaldas, el débil silbido de la respiración del ser. Se acurrucó en el suelo protegiéndose la cadera herida, y se envolvió la cabeza con un brazo para no oír. Pero no sirvió de nada. De la cama le llegó un gorgoteo, y entonces el niño esclavo chilló, y su voz, potente y aguda, rebotó en las paredes de la alcoba. La reina se abrazó con fuerza la cabeza y tensó los músculos de los oídos hasta que solo llegó hasta ellos un rugido sordo. Se quedó así, con los ojos cerrados y tratando de no oír, hasta que le pareció que habían transcurrido horas y que él debía de haber terminado.

Se dio la vuelta, abrió los ojos y gritó. El ser oscuro se cernía sobre ella; su cara estaba a unos centímetros de la suya, y la contemplaba con sus ojos rojos. Tenía los labios manchados de sangre.

—Percibo tu desobediencia, Reina Mort. Noto su sabor. Pero la traición tiene un precio; yo lo sé mejor que nadie. Si le haces algún daño a la heredera del Tear, descargaré mi ira sobre ti, más oscura que el más oscuro de tus



sueños. ¿Es eso lo que quieres?

La reina sacudió la cabeza con ímpetu. Tenía los pezones duros como piedras, casi le dolían, y gimió mientras el ser se apartaba de ella deslizándose, relamiéndose la sangre de los labios. El fuego se apagó y la habitación quedó a oscuras.

La reina giró el cuerpo hacia el otro lado. Se agarró al pie de roble de su cama e inició el lento proceso de ponerse en pie. Consiguió ponerse en cuclillas pese al dolor de la cadera. Se palpó el extenso verdugón: tenía una quemadura considerable, una quemadura que le dejaría cicatriz. Un cirujano podría arreglársela, pero recurrir a un cirujano implicaría admitir que todavía era vulnerable. No: tendría que resignarse a conservar aquella cicatriz.

Cruzó la alcoba a tientas y rodeó su mesa. En la mesilla de noche había una vela, pero no soportaba la idea de acercarse hasta allí a oscuras. Notó que algo le rozaba la mano, y dio un respingo, asustada. Pero solo era una araña que correteaba por allí ocupándose de sus cosas. Cerró los dedos alrededor de la forma inconfundible de una vela y la encendió. Suspiró aliviada. La alcoba estaba vacía. Estaba sola.

Se enjugó el sudor de la frente y las mejillas; también el resto del cuerpo lo tenía empapado. Las piernas, como si las dirigiera alguien que no fuera ella, la llevaron hasta la cama. La reina inspiró hondo y miró al niño.

Lo había sangrado. Bajo la luz de la vela pudo apreciar la palidez de su piel. El ser siempre utilizaba la incisión que había hecho la reina; las primeras veces, ella había ordenado a sus pajes que examinaran los cadáveres en busca de otras heridas, pero al final dejó de hacerlo. Ya no quería saberlo. El niño tenía la espalda exageradamente arqueada, y un brazo tan estirado que se había dislocado y quedado flácido y retorcido bajo el cuerpo sobre la colcha roja. La boca estaba abierta, congelada en un grito. Sus ojos eran dos cavidades vacías de las que habían extraído incluso la sangre, dos agujeros viscosos que miraban sin ver más allá de la reina.

«¿Qué verán?», se preguntó. Sin duda, no la misma cara hermosa que el ser adoptaba ante la reina. Todos quedaban así; había sutiles variaciones, pero siempre era lo mismo. De no ser por los ojos, la reina habría podido creer que el niño había muerto de miedo.

Empezó a revolvérsele el estómago, y la bilis ascendió por su garganta. Se dio la vuelta y corrió hacia el cuarto de baño, tapándose la boca con una mano, con los ojos muy abiertos, con aquella imagen grabada en las retinas.

Estuvo a punto de llegar a tiempo.

## El despertar

Si comparamos a la reina Glynn con la Reina Roja, encontraremos pocas semejanzas. Fueron gobernantes muy diferentes, y ahora sabemos que las guiaban objetivos muy distintos. Con todo, ambas reinas demostraron tener una voluntad de hierro; compartían la tendencia a tomar siempre el camino más corto. Sin embargo, la historia nos ha demostrado sobradamente que la reina Glynn, al contrario que la Reina Roja, solía suavizar sus criterios con cierta dosis de compasión; de hecho, muchos historiadores consideran que esa es la diferencia fundamental entre las dos.

Transcripción de la conferencia de la profesora  
JESSICA FENN, Universidad del Tearling, marzo 458

—Señora.

Kelsea notó que algo frío le tocaba la frente y volvió la cabeza para evitarlo. Maza la había despertado de... nada. No recordaba ningún sueño, sino solo una especie de coma larguísimo, frío y oscuro. Miles de kilómetros viajados por aguas insondables. Su propia Travesía. Y no tenía ninguna prisa por regresar.

—Señora.

La voz de Maza tenía un deje de ansiedad. Kelsea debía despertar y decirle que estaba bien, pero se sentía tan abrigada en aquella oscuridad... Se sentía envuelta en terciopelo.

—Respira demasiado despacio. Debería verla un médico.

—¿Qué médico podría ayudarla ahora?

—Yo solo digo que...

—A los médicos no les enseñan magia, Pen, solo a los sanadores, y la

mayoría son unos farsantes. Tenemos que esperar.

Kelsea los oía respirar: la respiración de Maza era profunda, y la de Pen, superficial. Sus sentidos se habían agudizado; mientras iba emergiendo de las profundidades capa a capa, oyó cantar a un hombre y el relincho de un caballo a cierta distancia.

—¿Provocó ella el diluvio, señor?

—Solo Dios lo sabe, Pen.

—¿Hizo la antigua reina algo parecido?

—¿Elyssa? —Maza se echó a reír—. Vi a Elyssa llevar las dos joyas durante años, y lo más extraordinario que hicieron fue enredarse con su vestido. Estábamos en una recepción ofrecida a los cadareses y tardamos media hora en desenredar los malditos collares sin ofender el pudor de la reina.

—Yo creo que el diluvio lo provocó la reina. Y que por eso se ha quedado sin vida.

—Respira, Pen. Está viva. No adelantemos acontecimientos.

—Pero entonces ¿por qué no despierta?

La voz de Pen delataba algo muy cercano a la pena, y Kelsea comprendió que no podía hacerles esperar más. Atravesó la oscura calidez que inundaba su mente y abrió los ojos. Una vez más se encontró en una tienda de campaña azul; tal vez hubiera retrocedido en el tiempo hasta aquella mañana en que había despertado y había encontrado al Traedor allí sentado.

—¡Vaya, menos mal! —musitó Maza.

Lo primero que vieron los ojos de Kelsea fue la mancha roja del uniforme del capitán, desgarrado y ensangrentado. Pen, arrodillado a su lado, no tenía heridas apreciables a simple vista, pero a Kelsea le pareció que él era quien estaba peor; se le marcaban mucho las ojeras, y el resto de la cara estaba muy pálida.

Ambos se apresuraron a ayudarla a levantarse; Pen la tomó de las manos, y Maza, de la espalda. Kelsea creyó que le dolería la cabeza pero, nada más incorporarse, comprobó que se sentía asombrosamente despejada. Levantó una mano y encontró los dos collares colgados de su cuello.

—No temáis, no nos hemos atrevido a tocarlos —dijo Maza con aspereza.

—Yo casi no me atrevo ni a mirarlos.

—¿Cómo os sentís, Señora?

—Bien. Demasiado bien. ¿Cuánto he dormido?

—Un día y medio.

—¿Y vosotros? ¿Estáis bien?

—Sí, Señora.

Kelsea señaló el hombro herido de Maza.

—Veo que por fin alguien ha burlado vuestra guardia.

—Eran tres, Señora, y uno era zurdo. Si se entera Venner, tendré que oírlo el resto de mi vida.

—¿Y las mujeres?

Maza y Pen se miraron, contritos.

—¡Contesta!

—Murieron tres —dijo Maza con brusquedad.

—Pero salvasteis a veintidós, Majestad —añadió Pen, y le lanzó una mirada siniestra a Maza que el capitán, afortunadamente, no vio—. Veintidós mujeres. Se encuentran bien, y los demás también. Ya van camino de sus casas.

—¿Y la Guardia Real?

—Perdimos a Tom, Señora. —Maza se pasó la palma de una mano por la frente.

Era un ademán anodino, pero muy revelador tratándose de Maza; Kelsea supuso que aquella era la máxima muestra de dolor que el capitán podía permitirse. Pero ella no conocía mucho a Tom, así que no lloraría por él.

—¿Qué más?

—No ha parado de llover hasta esta mañana, Señora. Queríamos esperar a que despertarais, pero he tenido que tomar algunas decisiones.

—Tus decisiones suelen ser aceptables, Lazarus.

—He enviado la caravana de regreso. Un par de niños perdieron a su madre, pero una mujer de su aldea dijo que se haría cargo de ellos.

Kelsea le agarró un brazo por debajo del codo.

—¿Y él? ¿Está bien?

Pen arrugó la frente, pero Maza miró con fastidio a Kelsea; sabía perfectamente a quién se refería. Ella se preparó para recibir un sermón, pero Maza era buena persona: inspiró hondo y soltó el aire en un lento suspiro.

—Está bien, Señora. Se marcharon todos ayer, poco después del amanecer.

Eso la entristeció, pero era mejor que Maza no lo supiera, así que se despezó hasta que su espalda produjo una serie de gratificantes crujidos. Mientras se levantaba, vio que los dos guardias se miraban.

—¿Qué pasa?

—Tenemos trabajo ahí fuera, Majestad.

—Muy bien. Vamos.

El estado del tiempo podía cambiarlo todo. Habían acampado en el lugar elegido por Thorne, justo en el fondo del valle formado por el Argive. La luz del sol bañaba todo el desfiladero, y Kelsea vio que el barranco que de noche le había parecido tan imponente era, en realidad, extremadamente hermoso; era un lugar dotado de una belleza sobria y agreste, donde dominaban la tierra y la piedra blanca. Las paredes brillaban como el mármol por encima de la cabeza de Kelsea.

Sus guardias estaban sentados alrededor de los restos de la hoguera de Thorne, pero al verla acercarse se levantaron; y, para sorpresa de Kelsea, todos le hicieron una reverencia, incluido Dyer. Kelsea llevaba el uniforme militar negro manchado de barro, y su pelo debía de dar miedo, pero eso no pareció importarles. Se quedaron quietos, y al cabo de un momento Kelsea comprendió que no estaban esperando a que Maza les diera una orden. Estaban esperando a que se la diera ella.

—¿Dónde están las jaulas? ¿Dónde está la caravana?

—La hice volver, Señora. Los prisioneros no podían recorrer todo el camino a pie, y, como la mayoría de las mulas habían sobrevivido, arrancamos el techo de las jaulas y las convertimos en carretas, para que pudieran viajar cómodamente. Ya deben de estar en el Almont, camino de sus casas.

Kelsea asintió; aquella le pareció una buena solución. Todavía había astillas de madera esparcidas por el suelo. En la parte más alejada del barranco se elevaba una columna de humo.

—¿Qué es eso que se quema?

—Tom, Señora —contestó Maza conteniendo la emoción—. No tenía familia, y es lo que él habría querido. Sin ceremonias.

Kelsea echó un vistazo al grupo y observó que faltaba otro hombre.

¿Dónde está Fell?

—Lo envié de regreso a Nueva Londres, Señora, con unas cuantas mujeres a las que creí que les vendría bien ir de compras a la gran ciudad.

—Qué poco delicado, Lazarus. Han estado a punto de morir y tú las envías a hacer propaganda.

—Es lo que hay, Señora. Además, a Fell le convenía volver a casa. La humedad no le había sentado nada bien.

—¿Hay algún otro herido?

—Solo el orgullo de Elston, Señora —intervino Kibb.

Elston le lanzó una mirada asesina a su compañero, y luego agachó la cabeza.

—Perdonadme, Majestad. No conseguí capturar a Arlen Thorne. Logró huir.

—Estás perdonado, Elston. Thorne no es una presa fácil.

Se oyó una risotada amarga. Kelsea buscó con la mirada entre los cuerpos caídos y vio a un hombre maniatado, sentado junto a la hoguera.

—¿Quién es ese?

—¡Tú, levántate! —gruñó Dyer, y empujó al prisionero con la punta de la bota.

El hombre se levantó cansinamente, como si llevara una tonelada de granito sobre los hombros. Kelsea arrugó la frente; la sombra de un recuerdo había temblado en su memoria. El prisionero no era viejo; debía de tener treinta o treinta y cinco años, pero ya tenía el pelo muy cano. La miró con apatía, como ausente.

—Es Javel, Señora, un centinela de la Puerta y el único superviviente que no logró huir. Es más, ni siquiera lo intentó.

—Y ¿qué se supone que tengo que hacer con él?

—Es un traidor, Señora —dijo Dyer—. Ya ha confesado que le abrió la Puerta de la Ciudadela al heredero de los Graham.

—¿Se lo ordenó Thorne?

—Eso dice, Señora.

—¿Qué habéis hecho para sonsacarle esa información?

—¿Sonsacado? Señora, no ha hecho falta hacer nada. Él lo habría gritado en la plaza mayor si hubiera podido.

Kelsea se volvió hacia el prisionero. Pese a que el sol calentaba, la recorrió un desagradable escalofrío. Aquel hombre le recordaba a Carroll en el claro: había perdido toda esperanza, y dentro de él algo ya había muerto.

—¿Cómo acabó un centinela de la Puerta mezclándose con Thorne?

Maza se encogió de hombros y respondió:

—Su mujer partió con la remesa hace seis años. Supongo que Thorne le prometió devolvérsela.

La memoria de Kelsea estaba despertando; se acercó al prisionero e indicó a Coryn y a Dyer que se apartaran. Era evidente que aquel hombre no representaba una amenaza para nadie; de hecho, se diría que lo único que deseaba era morir allí mismo.

—Es un traidor, Señora —insistió Dyer—. Para los traidores solo hay un destino.

Kelsea asintió; sabía que Dyer tenía razón. Sin embargo, entre los recuerdos borrosos de aquella noche, que ya parecía tan lejana, surgió de pronto una imagen vívida: aquel hombre, con un hacha en la mano, golpeando furioso los barrotes de la jaula. Kelsea esperó un momento, atenta, creyendo que oiría la voz de Carlin y que esta le indicaría qué tenía que hacer. Pero no oyó nada. Hacía tiempo que no oía la voz de Carlin. Se quedó mirando al prisionero un rato más, y entonces le dijo a Dyer:

—Llévalo a la Ciudadela y metedlo en una mazmorra.

—¡Es un traidor, Majestad! ¡Dadle un castigo ejemplar, y el próximo desgraciado al que Thorne intente sobornar se lo pensará dos veces!

—No —dijo Kelsea con firmeza. Los zafiros vibraron débilmente; era la primera vez que los notaba desde que había despertado—. Lévalo a la Ciudadela y tratadlo bien. No intentará huir.

Dyer apretó las mandíbulas un momento, pero asintió y dijo:

—Como vos ordenéis, Señora.

Kelsea supuso que Maza discreparía, pero el capitán, contra todo pronóstico, permaneció callado.

—¿Ya podemos irnos?

—Un momento, Señora. —Maza levantó un brazo, y Dyer se llevó a Javel detrás de una roca—. Todavía tenemos que resolver un asunto. Un asunto que le incumbe a la guardia.

Elston y Kibb salieron disparados y agarraron a Mhurn, que al oír las palabras de Maza había echado a correr. Elston lo levantó del suelo sin miramientos y dejó que se retorciese en el aire mientras Kibb le ataba las piernas.

—Pero ¿qué...?

—Nuestro traidor, Señora.

Kelsea se quedó con la boca abierta.

—¿Estás seguro?

—Sí, Señora. —Maza recogió unas alforjas del suelo y, tras hurgar en su contenido, sacó una bolsita de piel enrollada y sellada con esmero, como si dentro hubiera diamantes o algún otro objeto muy valioso. La desenrolló, introdujo una mano y volvió a sacarla para mostrársela a Kelsea—. Mirad.

La joven se acercó un poco y miró la sustancia que Maza tenía en la palma



de la mano. Era un fino polvo blanco que parecía harina.

—¿Qué es? ¿Opio?

—Algo más que opio, Señora —terció Coryn desde la hoguera—. Un morfinoide de alta calidad. Alguien se tomó muchas molestias para obtener este producto. También hemos encontrado agujas.

Kelsea se dio bruscamente la vuelta, horrorizada.

—¿Heroína?

—No exactamente, Majestad. Ni siquiera los cadaseses han conseguido sintetizar heroína. Pero algún día lo lograrán, estoy seguro.

Kelsea cerró los ojos y se frotó las sienes. Cuando William Tear zarpó desde América para fundar su reino en lo alto de una montaña, consiguió erradicar los narcóticos durante un breve período. Pero el tráfico de drogas había vuelto a abrirse camino; los humanos jamás perderían el deseo de montar en aquel carrusel. Heroína... Era lo peor que Kelsea podía imaginar.

—¿Cómo lo habéis descubierto?

—Gracias a Arliss. Thorne y él compiten en varios mercados. Por Nueva Londres no pasa ni un solo gramo de narcótico sin que se entere Thorne, Señora. Sobornar a un drogadicto cortándole el suministro es lo más fácil del mundo.

—¿Y tú no sabías nada de su adicción?

—De haberlo sabido, Señora, lo habría echado.

Kelsea se dio la vuelta y se acercó a Mhurn, que seguía sujeto por los macizos brazos de Elston mientras Kibb le ataba las muñecas.

—¿Tienes algo que decir, Mhurn?

—Nada, Majestad —respondió él esquivando su mirada—. No tengo ninguna excusa.

Kelsea se quedó mirando fijamente a aquel hombre que había dejado entrar a un asesino en el Pabellón Real y que la había apuñalado por la espalda, y recordó aquella noche junto a la hoguera, y las lágrimas en los ojos de Mhurn durante aquella desagradable escena con lady Andrews. Carlin no tenía compasión con los drogadictos; todo adicto, sostenía, era innata y estratégicamente débil, pues siempre se podía utilizar su adicción para controlarlo. Tal vez Kelsea hubiera dejado de oír la voz de Carlin, pero de todas formas sabía lo que ella habría opinado: Mhurn era un traidor y merecía ser ejecutado.

Barty era más indulgente. Un día había explicado a Kelsea que la adicción

era como una grieta que se abría en tu vida. «Es una grieta profunda y mortífera, Kel, pero puedes protegerte de ella. Puedes levantar una valla a su alrededor.»

Mientras observaba a Mhurn, Kelsea no sentía enfado, tan solo lástima. Debía de ser prácticamente imposible ocultar una adicción como aquella, porque Maza lo veía todo. Mhurn debía de haber tenido síndrome de abstinencia constantemente, casi todos los días de su vida.

—¿Confiesas haber cometido traición, Mhurn?

—Sí.

Kelsea miró alrededor y vio que el resto de los guardias se habían colocado en círculo a su alrededor; la frialdad se reflejaba en sus miradas. Se volvió de nuevo hacia Mhurn; quería anticiparse a sus hombres y prolongar la vida del traidor.

—¿Desde cuándo eres adicto?

—¿Qué importancia tiene eso a estas alturas?

—Para mí sí la tiene.

—Desde hace dos años.

—¿Cómo se te ocurrió? —bramó Maza, incapaz de contenerse—. ¡Un guardia real drogadicto! ¿Adónde creías que te conduciría eso?

—Aquí.

—Eres hombre muerto.

—Estoy muerto desde la invasión, señor. Llevo dos años pudriéndome.

—¡Cuentos!

—Usted no tiene idea de lo que he perdido.

—Todos hemos perdido algo. No me das pena, imbécil —repuso Maza, iracundo—. Pero somos guardias reales. No vendemos nuestro honor. No olvidamos nuestros juramentos.

Se volvió hacia Kelsea y añadió:

—De esto es mejor que nos ocupemos aquí, Señora, entre nosotros. Dadnos permiso para acabar con él.

—Todavía no. Elston, ¿estás cansado?

—¿Bromeáis, Señora? Podría sujetar a este desgraciado todo el día.

Elston apretó los brazos e hizo que Mhurn gimiera y forcejeara. Se oyó el crujido de una costilla al partirse.

—Basta.

Elston se calmó. Kibb había terminado de atarle las manos y los pies a

Mhurn, quien ahora colgaba de los brazos de Elston como una muñeca de trapo, con el pelo rubio y lacio tapándole la cara. De pronto Kelsea recordó una cosa que él había dicho aquella noche en el bosque de Reddick: que los crímenes de guerra se cometían por una de estas dos causas: necesidad o voluntad del líder. El otro prisionero, el centinela de la Puerta, había cogido un hacha cuando ya estaba todo perdido y había intentado reparar su error, pero Mhurn no. El guardia se hallaba en una situación difícil, sin duda, pero ¿tenía el liderazgo de Kelsea parte de culpa? Sabía por Maza que Mhurn era un gran espadachín, aunque no tan bueno como Pen. También era uno de sus guardias más sensatos, y Maza siempre recurría a él cuando había que hacer algo con diplomacia. Era una pérdida terrible, la pérdida de un hombre valioso; y por mucho que se esforzara, Kelsea no conseguía sentir ira, sino solo pena y la certeza de que aquella tragedia habría podido evitarse, de que ella había cometido algún fallo crucial.

—Coryn, ¿sabrías inyectarle esa sustancia?

—Alguna vez he inyectado antibióticos, Señora, pero no sé mucho de morfínicos. Podría matarlo.

—Dale una dosis. Calcúlala a ojo.

—¡Señora! ¡No se lo merece! —protestó Maza.

—Eso lo decido yo, Lazarus.

Kelsea observó con disimulado interés cómo Coryn se ponía manos a la obra, encendía una llama y calentaba el polvo blanco en uno de sus tarros de medicinas. Al licuarse, la morfina se plegó sobre sí misma como un edificio diminuto. Pero cuando Coryn hubo llenado una de sus jeringuillas, Kelsea se dio la vuelta, pues no quería ver cómo le ponía la inyección.

—Ya está, Señora.

Kelsea miró a Mhurn y se fijó en que sus facciones se habían suavizado y sus azules ojos, fríos y bellos, estaban como empañados. Todo su cuerpo se había quedado flácido. ¿Cómo podía ser que la droga actuara tan deprisa?

—¿Qué te pasó en la Invasión Mort, Mhurn?

—Ya me oísteis contarle, Majestad.

—He oído dos versiones, Mhurn, y ninguna estaba completa. ¿Qué te pasó?

Mhurn miró más allá de Kelsea como abstraído. Cuando habló, su voz tenía un tono de desapego que hizo que a Kelsea se le contrajera el estómago.

—Vivíamos en Concord, Señora, en las orillas del Crithe. Nuestra aldea estaba muy aislada; ni siquiera sabíamos que venían los mort hasta que llegó

un mensajero. Pero cuando vimos la sombra en el horizonte... el humo de sus fogatas... los buitres que los seguían... Huimos de la aldea, pero ya era demasiado tarde. Mi hija estaba enferma, mi mujer no sabía montar a caballo, y de todas formas solo teníamos un caballo. Nos atraparon a medio camino entre el Crithe y el Caddell. Lo de mi mujer fue terrible, Señora, pero Alma, mi hija... Se la llevó Ducarte en persona, la arrastró kilómetros y kilómetros detrás del ejército mort. Meses más tarde encontré su cadáver en los montones que dejaron los mort cuando se retiraron del Parque de la Ciudadela. Estaba llena de cardenales... y cosas peores. La veo, Señora. Nunca dejo de verla, salvo cuando he consumido. Solo entonces me quedo ciego.

»Así que se equivoca, señor —continuó, dirigiéndose a Maza—, si cree que me importa morir de una forma o de otra, o cuándo.

—Eso nunca nos lo habías contado —le espetó Maza.

—Y ¿va a reprochármelo?

—Carroll no te habría aceptado en la Guardia Real si hubiera sabido que estabas tan jodido.

Kelsea ya tenía suficiente. Se agachó y desenfundó su puñal, el puñal que le había regalado Barty años atrás. Barty también había sido guardia real; ¿qué habría opinado él?

Maza se quedó boquiabierto al ver enderezarse a Kelsea.

—¡Señora! ¡Cualquiera de nosotros puede hacer esto por vos! No tenéis por qué...

—Claro que sí, Lazarus. Este hombre ha traicionado a la Corona. Yo soy la Corona.

Mhurn alzó la cabeza, y sus dilatadas pupilas enfocaron poco a poco el puñal de Kelsea. Esbozó una sonrisa.

—Ellos no lo entienden, Señora, pero yo sí. Me habéis hecho un gran favor, y ahora, además, queréis concederme un honor.

Los ojos de Kelsea se llenaron de lágrimas. Miró a Elston y vio su enorme figura como una mancha borrosa.

—Aguántalo, Elston. Solo podré hacerlo una vez.

—Ya está, Señora.

Kelsea se enjugó las lágrimas, le agarró un puñado de pelo a Mhurn y tiró de él para enderezarle la cabeza. Le encontró la arteria carótida, que latía suavemente en su cuello. Barty siempre insistía en que había que evitar la carótida, a ser posible; si no practicabas el corte con precisión, podías acabar

cubierto de sangre. Kelsea apretó el puñal, consciente, de pronto, de que aquello era lo que Barty habría querido: que hiciera un buen trabajo. Apoyó el filo de la hoja en el lado derecho del cuello de Mhurn y cortó con un movimiento rápido y firme. Un chorro rojo y caliente le manchó la mano con que sujetaba el puñal, pero Kelsea lo ignoró, y aguantó la cabeza de Mhurn el tiempo suficiente para ver cómo su roja sonrisa se hacía más amplia y cómo la sangre empezaba a resbalar por su cuello. Los ojos vidriosos de Mhurn se clavaron en los suyos un minuto más; entonces Kelsea le soltó el pelo y se apartó, y vio cómo agachaba lentamente la cabeza hasta que la barbilla le tocaba el pecho.

—Bien hecho, Majestad —observó Venner—. Un corte limpio y certero.

Kelsea se sentó en el suelo, llorando, y ocultó la cabeza entre los brazos cruzados.

—Dejadla sola un minuto —ordenó Maza—. Echadlo al fuego. Coryn, ocúpate del resto de esa porquería; a lo mejor Arliss puede sacar algo con ella cuando lleguemos a casa.

Todos se retiraron, excepto un guardia que se sentó junto a Kelsea. Era Pen.

—Señora —murmuró—. Tenemos que irnos ya.

Kelsea hizo un gesto afirmativo, pero no podía parar de llorar; las lágrimas seguían brotando por mucho que intentara contenerlas, y respiraba entrecortadamente, con jadeos bruscos, asmáticos. Al cabo de un momento notó la mano de Pen sobre la suya, limpiándole la sangre con mucho cuidado.

—¡Pen!

Este apartó la mano.

—¡Que se levante! ¡Ya nos hemos retrasado demasiado!

Pen puso un brazo bajo el de Kelsea, con gesto más impersonal, y la levantó del suelo. La sujetó mientras ella, tambaleándose, iba hacia un montón de rocas donde los caballos esperaban dentro de su establo improvisado. Cuando Kelsea llegó junto a Dyer, que le sujetaba el caballo, montó mecánicamente y se limpió la cara con la manga del uniforme.

—¿Podemos irnos, Señora?

Kelsea volvió la cabeza y miró hacia el extremo oriental del desfiladero. Más allá no veía nada, pues la cuesta era demasiado pronunciada. No había tiempo, pero de pronto sintió el impulso de subir de puntillas hasta lo alto de aquella pendiente, asomarse y contemplar Mortmesne, esa tierra que ella solo había visto en sueños. Pero todos la estaban esperando. Se enjugó las últimas

lágrimas. Tenía la cara de Mhurn grabada en la mente, pero apretó las riendas y borró también esa imagen.

—Muy bien. Volvemos a casa.

En cuanto salieron del Argive, empezaron a avanzar a buen ritmo. El desfiladero estaba muy embarrado, pero una vez iniciado el descenso volvieron a encontrar el terreno completamente seco. Solo había llovido en el puerto. De vez en cuando Kelsea levantaba una mano y agarraba los zafiros bajo la camisa. Ese día no notaba que hicieran nada, pero no se dejó engañar: seguro que no se quedaban mucho tiempo quietos. Recordó las náuseas que había sentido en el viaje de ida, cómo su mente la impulsaba hacia delante, la sensación de agonía cuando intentó quitarse uno de los collares.

«¿Qué me harán?»

Desde las estribaciones, que ofrecían una buena panorámica, veían la cadena oscura de la caravana, que les llevaba una ventaja de medio día, serpenteando por las praderas. Maza había interrogado a los aldeanos hasta bien entrada la noche mientras Kelsea dormía y había obtenido varios datos interesantes.

Thorne había pasado por doce aldeas de las orillas del Crithe aprovechando que los hombres se habían marchado al mercado de Nueva Londres como hacían todas las primaveras. Los secuaces de Thorne habían llegado la noche después de la partida de los aldeanos, y habían provocado incendios para crear el caos antes de irrumpir en las casas y llevarse a las mujeres y a los niños. Kelsea sintió que la recorría un escalofrío al recordar aquella mañana gélida en la aldea, los gritos de aquella mujer al ver que se llevaban a sus hijos. No sentía el impulso de alcanzar la caravana, pero le preocupaba pensar en todas aquellas mujeres y niños, solos, sin una guardia. Consideraba importante no perderlos de vista.

«¿Y qué podríais hacer vosotros si los atacaran, tú y tus quince guardias?», se mofó una vocecilla.

«Mucho —replicó Kelsea, y recordó aquella potente luz azul, la corriente eléctrica que había surgido de su interior—. Podría hacer mucho.» Pero en el fondo estaba segura de que allí fuera ya no había peligro alguno. Coryn había tenido la sensatez de soltar los caballos de Thorne; los pocos hombres que habían logrado escapar lo habían hecho a pie, y había que caminar mucho para

llegar a algún sitio habitado. Ya habían encontrado varios caballos paciendos en las estribaciones, y Maza había conseguido pasarles un lazo por la cabeza. Uno de esos caballos se lo había dado a Javel, aunque Dyer le había atado las piernas a la silla de montar y se mantenía muy cerca de él para vigilar cada uno de sus movimientos. Kelsea no lo consideraba necesario. Tenía grabada en la mente la imagen de Javel con la cara manchada de hollín destrozando la jaula a hachazos.

«No es lo que parece —pensó—, y Maza también lo ve.»

Poco a poco fueron reduciendo la distancia que los separaba de la caravana; entonces Maza dejó que el escuadrón aminorara el paso y se adaptara a su ritmo. El sol estaba completando su recorrido por el cielo y se aproximaban al Crithe cuando el capitán dio la orden de parar.

—¿Qué pasa?

—Un jinete —contestó con la vista fija en la caravana—. ¡Ven aquí, Wellmer!

Era un único jinete que venía del norte a galope tendido. Corría tanto que levantaba una nube de polvo, pese a que el terreno estaba cubierto de hierba. Elston, Pen y Maza formaron un triángulo alrededor de Kelsea, y ella notó que se le comprimía el estómago. Y ahora ¿qué podía pasar?

—Es un cadén —murmuró Pen—. Veo la capa.

—Pero solo es un mensajero —añadió Maza, pensativo—. Supongo que vamos a pagar cara la muerte de Dwyne.

—¿Lo matasteis? —preguntó Kelsea.

—Lo mató vuestro amigo. —Maza no dejaba de observar al jinete—. Pero eso no lo sabe el Cadén. Ellos creen que fuimos nosotros.

—Bueno, ya intentaron asesinarme otra vez. No corro más peligro ahora que antes.

—El Cadén no enviaría a un mensajero por cualquier cosa, Señora. Más vale pecar de cautelosos y esperar aquí.

Kelsea escudriñó el paisaje: amplias extensiones de pastos y trigo, con algunas manchas de roca, hasta la línea azul del Crithe. De pronto el paisaje parecía diferente, pero el cambio no se había producido en el territorio, sino en Kelsea.

—¿Señor? —Wellmer llegó desde la retaguardia, con el arco en la mano—. Sí, lleva capa de cadén, pero también lleva a un niño.

—¿Cómo dices?

—Un niño pequeño, de cinco o seis años.

Maza frunció el entrecejo y caviló unos instantes. Entonces su frente se alisó, y el capitán esbozó una sonrisa, esa sonrisa sincera que Kelsea había visto tan pocas veces.

—Estáis de suerte.

—¿Qué pasa?

—Muchos cadén tienen hijos bastardos por el reino, Señora, pero los cadén no están hechos para la paternidad. Los más honrados se limitan a dar a la mujer cierta cantidad de dinero antes de marcharse.

—Mejor para ellas.

—Raramente sienten cariño —continuó Maza, como si Kelsea no hubiera dicho nada—, pero he oído hablar de algunos cadén que intentan llevar una doble vida en secreto, una vida normal, con una mujer y una familia escondidas. Son muy prudentes al respecto, porque si los descubrieran podrían utilizarlo para hacerles chantaje. Creo que Thorne ha sido tan estúpido que se ha llevado al hijo de un cadén. ¿Quién es, Wellmer?

—Todavía no los reconozco a todos a simple vista, señor.

—Descríbelo.

—Pelo castaño claro. Pinta de matón. Lleva una espada y un puñal corto. Y tiene una gran cicatriz en la frente.

Elston, Pen y Maza se miraron, y fue como si conversaran en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Kelsea.

—Veamos qué hace —dijo Maza a Elston; se volvió hacia Pen y agregó—: Tú solo te ocupas de la seguridad de la reina, ¿entendido? De nada más.

El cadén detuvo el caballo a unos cincuenta metros de donde estaban ellos. Kelsea vio que llevaba a un niño pequeño sujeto con un brazo; el cadén dejó al crío en el suelo con cuidado y entonces desmontó.

—¿Quién es?

—Merritt, Señora —contestó Maza—. Los cadén no tienen un único líder; son demasiado dados a formar facciones. Pero Merritt ejerce cierto poder sobre ellos, más incluso que Dwyne.

—Si el niño era un secreto, seguramente habrá también una mujer en alguna de esas aldeas —lo previno Elston—. Hemos de tener cuidado.

—Tienes razón.

Merritt tomó la brida del caballo con una mano y la mano de su hijo con la otra y echó a andar hacia Kelsea, despacio y con cautela. Era rubio y



corpulento, y el niño parecía minúsculo a su lado. Sin embargo, era evidente que había cariño entre ellos; se notaba en cómo el hombre acortaba las zancadas para adaptarlas a las del niño, y en cómo el crío levantaba la cabeza y lo miraba de vez en cuando, como para asegurarse de que seguía allí.

—Extraordinario —observó Maza en voz baja; luego subió la voz y dijo—: ¡No te acerques más!

Merritt paró en seco. Su hijo lo miró desconcertado, y Merritt lo cogió en brazos y se lo cargó en la cadera. Kelsea vio la cicatriz que Merritt tenía en la frente, un gran tajo que por lo visto se había curado sin que se lo cosieran. No era la cicatriz dilatada que dejaban las heridas de la infancia; parecía bastante reciente, una desagradable raya roja que cruzaba toda la pálida frente.

—¿Está la reina con vosotros?

—¡Sí, estoy aquí!

—Atento, Pen —musitó Maza.

Merritt le dijo algo a su hijo en voz baja, y entonces lo puso en el suelo. Alzó ambos brazos en ademán de rendición y avanzó unos pasos. Kelsea supuso que Maza protestaría, pero el capitán se limitó a desenvainar la espada y colocarse delante de ella mientras Merritt seguía avanzando.

—Soy Merritt, del Cadén, Majestad.

—Me alegro de conocerte. ¿Has venido a matarme?

—Ya no perseguimos vuestra muerte, Majestad. No nos aportaría ningún beneficio. —El crío se había colocado detrás de su padre y le había abrazado una pierna, y Merritt se agachó sin pensar y volvió a cogerlo en brazos—. Según Sean, es a vos a quien he de agradecer que el niño siga con vida.

—Anoche se salvaron muchas vidas. Me alegro de que tu hijo sea uno de los supervivientes.

—¿Me permitiría Maza acercarme un poco más?

Este hizo un gesto afirmativo.

—Puedes quedarte a metro y medio si sigues con el niño en los brazos.

—Toma muchas precauciones con alguien que cabalga solo por terreno llano y a plena luz del día.

Maza se molestó, pero no dijo nada. Merritt se acercó un poco más, y Kelsea vio que el niño estaba quedándose dormido con la oscura cabeza hundida en la curva del cuello de su padre. Merritt se detuvo a unos dos metros, e inmediatamente la mirada de Kelsea se desvió hacia la cicatriz de su frente; sin embargo, cuando él la miró a los ojos, ella no pudo desviar la

mirada. Pese a su físico de matón, tenía unos ojos grises, brillantes y penetrantes.

—Voy a marcharme de Nueva Londres un tiempo, Majestad, un mes quizá, para esconder a mi familia. Pero soy un hombre honesto, y vos le habéis salvado la vida a mi hijo. Así que os doy mi palabra de que jamás os haré daño. Y si algún día se me presenta la oportunidad de devolveros el favor, lo haré.

Señaló la caravana, al norte del horizonte, y añadió:

—También os pido perdón por lo que han hecho esos hermanos míos. Trabajaban por su cuenta. Dudo mucho que hubiéramos aprobado esta misión si la hubiésemos sometido a votación.

Kelsea arqueó las cejas, sorprendida. Nunca se le habría ocurrido pensar que el Cadén fuera una organización democrática.

—Si necesita mi ayuda para algo, busque a un panadero llamado Nick que vive en los Pozos —prosiguió Merritt dirigiéndose a Maza—. Él sabrá cómo hacerme llegar un mensaje, y lo hará con discreción.

Saludó a Kelsea con una reverencia y se volvió hacia su caballo, evitando hacer movimientos bruscos para no despertar al niño. Volvió a montar sin soltar al niño («¡Qué fuerza tiene!», pensó Kelsea; ella, con la armadura puesta, apenas podía montar sola) y se marchó al trote hacia el oeste.

—Bueno, ya es algo —comentó Kelsea.

—Es bastante, Señora —replicó Maza—. Los cadén no se inclinan ante nadie. Creo que Merritt ha sido sincero.

Vieron alejarse a Merritt hasta que no fue más que una pequeña mancha en la pradera, y entonces Maza se relajó por fin. Chasqueó los dedos mirando de reojo a Kibb, que había hecho ademán de desmontar del caballo.

—¡Seguimos! —ordenó.

Cabalaron hacia el oeste. La reluciente línea azul del Crithe estaba cada vez más cerca, hasta que se convirtió en una cinta de agua que discurría al lado de los jinetes. La caravana tendría que vadear el río, lo que requeriría cierto esfuerzo; sin embargo, Kelsea se dio cuenta de que de momento nada la preocupaba. Había examinado varias veces los zafiros, pero colgaban de su cuello sin más, pesados y fríos. Ese día parecían dos joyas inofensivas.

Se mantuvieron lo bastante cerca de la caravana para no perderla de vista

hasta que esta llegó al apiñado grupo de aldeas de las orillas del Crithe. Maza había dado instrucciones a los aldeanos de soltar lastre por el camino y dejar atrás las jaulas vacías, y Wellmer aseguró a Kelsea que, poco a poco, de aldea en aldea, la caravana estaba quedando desmantelada. Nadie volvería a utilizar las jaulas de Thorne más que para hacer leña con ellas.

«Pero puede construir otras», pensó Kelsea, y apretó las mandíbulas. ¡Lástima no haber capturado a Thorne! No podía enfadarse con Elston, pero no subestimaba el peligro de que Thorne siguiera libre. Quizá tardara un tiempo en reagruparse, pero no mucho.

Cuando la caravana llegó a la última aldea, Kelsea y su guardia dieron media vuelta, por fin, y se dirigieron a Nueva Londres por la Calzada Mort. No hubo incidentes por el camino, y los guardias pudieron charlar tranquilamente. Coryn, que había tenido la lucidez de llevarse del Argive toda el agua que había podido, hacía circular de vez en cuando unas botellas. Un par de veces tuvieron que soportar el horroroso sonido de Kibb entonando canciones de viaje, hasta que Kelsea lo amenazó con expulsarlo de la Guardia Real si no se callaba.

Kelsea pasó gran parte del viaje hablando con Wellmer, con quien hasta entonces no había tenido ocasión de conversar. Él le contó que, cuando Maza lo encontró, tenía quince años, vivía en las calles de Nueva Londres y se ganaba el pan jugando a los dardos.

—Él me enseñó a tirar con arco, Señora. Dijo que no había mucha diferencia entre el tiro al arco y los dardos, y es verdad. Todo es cuestión de vista.

Kelsea miró hacia delante, donde estaba Maza encabezando la compañía.

—¿Y si no hubieras sabido adaptarte al cambio? ¿Te habría devuelto él a las calles?

—Probablemente. Dyer siempre dice que en la Guardia Real no hay sitio para los pesos muertos.

Era una afirmación muy propia de Dyer, justa pero dura, y seguramente cierta. Kelsea miró alrededor y no vio muestras de dolor por Mhurn; de hecho, sus guardias no volvieron a mencionarlo, y Kelsea se preguntó si ya no significaba nada para ellos, si los guardias reales eran capaces de desprenderse de sus pesos muertos con la misma facilidad que la caravana. Ella no podía olvidar tan fácilmente a Mhurn; la imagen de sus ojos vacíos y drogados volvía a asaltarla una y otra vez por la Calzada Mort. Miró

alrededor, el manto ámbar del trigo recortado por la línea amarilla de la carretera, y deseó hacer que el mundo fuera un lugar más amable.

La última noche acamparon en un sitio desde donde se veía Nueva Londres, en lo alto de una pequeña cuesta en las orillas del Caddell. Los guardias, agradecidos, se tumbaron en sus sacos de dormir, pero Kelsea, que había dormido profundamente todas las noches desde que salieran del Argive, no lograba conciliar el sueño. Tras cerca de una hora dando vueltas, se levantó, se ciñó la capa y se alejó de Pen, orgullosa de no haberlo despertado.

Encontró a Maza sentado a unos seis metros, al final de la cuesta; miraba más allá del Caddell, hacia la llanura del Almont, una débil mancha azul en la oscuridad. El capitán ni siquiera se volvió cuando ella se le acercó.

—¿No podéis dormir, Señora?

Kelsea buscó a tientas por el suelo y encontró una roca ancha y plana donde sentarse.

—Últimamente nunca sé qué veré cuando me duerma, Lazarus.

—¿Dónde está Pen?

—Durmiendo.

—Ah. —Se abrazó las piernas—. Ya hablaré con él de eso más adelante, pero de momento me alegro de tener esta ocasión para hablar a solas con vos, Señora. Ha llegado el momento de que os presente mi dimisión.

—¿Por qué?

Maza soltó una risa amarga.

—Veréis, Señora, cuando veía a Carroll hacer su trabajo, lo envidiaba. Yo era mejor que él en muchas cosas. Interpretaba mejor a las personas, combatía mejor, era más disciplinado... Cada vez que el Regente intentaba disolvernarnos, o reducirnos el sueldo, era yo quien se ocupaba de que eso no sucediera. Siempre di por hecho que cuando me llegara el turno, sería mejor capitán que Carroll. Pero el orgullo me ha traicionado.

Kelsea se mordió la lengua. Pese a los sucesos de la semana anterior, nunca se había planteado siquiera pedir a Maza que dimitiera. No había nadie que pudiese sustituirlo. Fue a decírselo, pero en el último momento calló. La sensiblería no iba a servir de nada en ese caso.

—Últimamente has cometido varios fallos estrepitosos de seguridad, Lazarus.

—Así es, Señora.

—Es decepcionante, pero yo te perdono esos fallos.

—No tenéis por qué perdonármelos.

Kelsea caviló un momento antes de continuar:

—Aquel día, en mi cámara, cuando Pen y tú me sujetasteis, podría haberos matado. ¿Lo sabías?

—Entonces no, Majestad. Pero ahora no tengo ninguna duda.

—Podría matarte ahora, Lazarus, pese a tu tan cacareada destreza con la espada y la maza. Y antes de pedirte que dimitieras, te mataría. Estoy más segura contigo a mi lado y no por ahí, al lado de algún otro.

—Os he jurado lealtad, Señora. Mi juramento es independiente de mi dimisión.

—Eso lo dices ahora. Pero no puedes predecir lo que harás en otras circunstancias. No pienso arriesgarme, y por lo tanto no voy a aceptar tu dimisión.

Lo agarró por un brazo con cierta brusquedad.

—Pero no te equivoques: si alguna vez vuelves a desobedecer una orden directa mía, te mataré. La cólera casi me obligó a hacerlo una vez, y podría obligarme de nuevo. Ya no soy ninguna niña, Lazarus, y tampoco soy idiota. O soy la reina, o no lo soy. No hay término medio.

Kelsea le oyó tragar saliva. Entonces él dijo:

—Sois la reina, Señora.

—Lamento tener que amenazarte, Lazarus. Preferiría que no fuera necesario.

—No le temo a la muerte, Señora.

Ella asintió. Sabía muy bien que Maza no le temía a nada.

—Pero tampoco quiero que seáis vos quien me mate.

Kelsea despegó los labios y contempló la centelleante línea del Caddell. No pudo replicar.

—¿Qué hacemos ahora, Señora?

—Ahora seguimos adelante, Lazarus. Nos preparamos para la guerra que ambos sabemos que llegará. Buscamos la forma de alimentar, educar y curar a toda esta gente. Pero lo más importante... —Se volvió hacia él—. Llevo mucho tiempo pensando en la remesa, en todos esos tear que ahora están en Mortmesne.

«¿En serio? —se preguntó, sorprendida—. ¿Cuándo lo has pensado?» Y entonces lo supo: mientras dormía. Algo sucedido durante aquel oscuro lapso pugnaba por emerger, pero se difuminó sin dejar ondulaciones en la superficie, y las aguas de la mente de Kelsea permanecieron quietas. Había soñado; había

soñado tantas cosas que su mente, por sí sola, las había borrado.

—Muchos prisioneros han muerto ya, Señora. Han trabajado hasta morir de agotamiento o los han matado para extraerles órganos.

—Ya lo sé. Pero los órganos no pueden ser el uso principal que dan a los prisioneros; Arliss dice que el trasplante de órganos todavía no está perfeccionado. Todavía no da dinero. No, los usan como mano de obra y como esclavos sexuales. Estoy segura de que muchos habrán muerto, pero el ser humano siempre encuentra la manera de sobrevivir a ese suplicio. Creo que debe de haber muchos más con vida.

—¿Y?

—Todavía no lo sé. Pero algo, Lazarus. Algo.

Maza sacudió la cabeza.

—Tengo espías en Demesne, Señora, pero ninguno en ese sitio al que os referís, la Oficina de Subastas. Los mort son un pueblo sometido; es difícil hacerles cambiar.

—Carlin siempre me decía que para hacer despertar a un pueblo que vive bajo la tiranía solo hacía falta una patadita.

Maza se quedó largo rato callado.

—¿Qué ocurre?

—Señora, vuestros padres adoptivos están muertos.

Esas palabras golpearon a Kelsea como un puñetazo en el estómago. Miró a Maza y fue a decir algo, pero no pudo.

—Los encontró Dyer, Señora, cuando fue a buscar los libros. Llevaban varias semanas muertos.

—¿Cómo?

—Estaban sentados en el salón, con una taza de té cada uno y una botella de cianuro en la mesa. Dyer no es detective, pero no hacía falta serlo para interpretar la escena. Esperaron a que os marcharais, se prepararon el té y añadieron el cianuro. Ya debían de estar muertos cuando los cadén llegaron a la casita.

Kelsea fijó la vista en el río y sintió el calor de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Debió imaginárselo. Recordó a Barty y a Carlin las semanas previas a su partida, la desgana con que habían preparado el equipaje, las pocas prisas. La tremenda palidez de sus caras aquella mañana, en la puerta de la casita. Lo de Petaluma solo era un cuento para que Kelsea se sintiera mejor. No tenían intención de ir allí.

—¿Tú ya lo sabías cuando fuiste a buscarme?

—No.

—¿Por qué no me lo dirían?

—Por la misma razón por la que yo no os lo había dicho, Señora: para ahorraros el disgusto. Creedme, lo que hicieron es digno de admiración. Fueran a donde fuesen, y por muy bien que se escondieran, Barty y lady Glynn siempre habrían representado un peligro para vos.

—¿Por qué?

—Ellos os criaron, Señora. Poseían un tipo de información que nadie más podría descubrir: vuestros gustos y vuestras manías, lo que os conmueve, vuestras debilidades, vuestra esencia.

—Pero ¿de qué iba a servirle eso a nadie?

—De mucho, Señora. Esa es la clase de información que más valoran los enemigos. Yo mismo utilizo esos conocimientos para sobornar a mis espías y para presionarlos. Los puntos de presión son increíblemente valiosos. Además, Señora, ¿y si alguien hubiera capturado a vuestros padres adoptivos, os hubiera exigido un rescate por ellos, los hubiera amenazado? ¿Qué habríais estado dispuesta a conceder?

Kelsea no supo qué contestar. No podía pensar en nada salvo en el hecho de que no volvería a ver a Barty. Pensó en su sillón, el Rincón de Kelsea, bajo la luz del sol que entraba por la ventana de la casita. Volvieron a brotarle las lágrimas; le quemaban como el ácido detrás de los párpados.

—Lady Glynn era una historiadora especializada en el período pre-Travesía, Señora, y Barty era guardia real. Hace dieciocho años ya sabían dónde se estaban metiendo, cuando yo os dejé en su puerta.

—¿Me has dicho que no lo sabías!

—Yo no lo sabía, Señora, pero ellos sí. Prestad atención, porque solo os contaré esta historia una vez. —Maza reflexionó un momento, y entonces continuó—: Hace dieciocho años, fui a caballo a la casita del bosque de Reddick. Os llevaba atada al pecho. Llovía a mares; llevábamos tres días cabalgando y no había parado de llover. Apañé un cabestrillo impermeable, pero, aun así, al final del trayecto estabais empapada.

Kelsea, pese al dolor que sentía, estaba fascinada.

—¿Lloraba?

—No llorasteis ni una sola vez, Señora. Adorabais aquel cabestrillo. La quemadura de vuestro brazo todavía no se había curado del todo, pero

mientras cabalgábamos no os quejasteis ni una sola vez. La única vez que tuve que haceros callar fue cuando os echasteis a reír.

»Llegamos a la casita, y lady Glynn nos abrió la puerta. Entonces sí llorasteis un poco, cuando os saqué del cabestrillo; siempre he pensado que, ya entonces, sabíais que el viaje había llegado a su fin. Pero cuando os entregué a lady Glynn, os callasteis al instante y os quedasteis dormida en sus brazos.

—¿Carlin me cogió en brazos? —Aquello parecía tan insólito que Kelsea se preguntó si Maza se estaría inventando toda la historia.

—Así es, Señora. Barty me ofreció la cena, pese a la oposición de su mujer, y nos sentamos a la mesa. Después de comer, vi que Barty ya se había enamorado de vos; se le notaba en la cara.

Kelsea cerró los ojos y sintió que volvían a brotarle las lágrimas.

—Barty me invitó a quedarme a pasar la noche, pero yo quería marcharme antes de que parara de llover, porque entonces no podría ocultar mis huellas. Después de cargar mis alforjas, entré para despedirme de ellos y os encontré a los tres en el salón. Creo que ellos ya no se acordaban de que yo estaba allí. Solo tenían ojos para vos.

A Kelsea se le encogió el corazón.

—Barty dijo: «Déjame tenerla», y lady Glynn os entregó a él, y entonces... Nunca lo olvidaré, Señora; lady Glynn dijo: «A partir de ahora, te encargarás tú. El amor debes dárselo tú».

»Barty se quedó tan perplejo como yo, hasta que ella explicó: “Tenemos una misión muy importante, Barty. Los niños necesitan cariño, pero también necesitan disciplina, y tú no podrás ayudarme mucho con eso. Si le damos todo lo que quiera, se convertirá en su madre. Tiene que odiarnos a uno de los dos, al menos un poco, para que un día pueda salir por la puerta y no mirar atrás”.

Kelsea cerró los ojos.

—Ellos lo sabían, Señora. Siempre lo supieron. Hicieron un sacrificio; podéis llorar, pero también debéis estar orgullosa de ellos por lo que hicieron.

Kelsea lloró, y se alegró de que Maza no intentara consolarla ni hiciera ademán de levantarse. Se quedó a su lado, sentado y abrazándose las rodillas, contemplando el Caddell, hasta que los sollozos de Kelsea se redujeron a unos hipidos. Al final solo se oía su respiración lenta y silbante.

—Deberíais acostaros, Señora. Mañana partiremos temprano.

—No puedo dormir.



—Intentadlo, y yo seré indulgente con Pen por dejar que os escabulleseis.

Kelsea fue a decirle que no le importaba Pen, pero no lo hizo. En algún momento, por el camino de regreso, toda la rabia que sentía hacia Pen se había diluido. Se dio cuenta de que era una rabia infantil, terca e improductiva; la clase de rabia que más enojaba a Carlin.

Puso una mano en el hombro de Maza y se levantó enjugándose las lágrimas. Pero cuando había dado cinco pasos, se volvió y dijo:

—¿Qué has perdido tú, Lazarus?

—¿Señora?

—Dijiste a Mhurn que todos habíais perdido algo. ¿Qué has perdido tú?

—Todo.

La amargura que encerraba su voz hizo estremecer a Kelsea.

—Y ¿has ganado algo?

—Sí, Señora, y le doy un gran valor. Id a acostaros.

## La reina del Tearling

*Aquí el Tearling, allí Mortmesne,  
Uno de negro, el otro de rojo,  
Uno de luz, el otro de penumbra,  
Uno pura vida, el otro tenebroso.*

*Aquí la reina Glynn, allí la Reina Roja,  
Una de las dos hoy perecerá.  
La del Tear avanza, la Bruja se sulfura,  
La reina Glynn triunfa, la Roja se derrumba.*

Canción infantil del Imperio  
Medio del Tear

Dos días más tarde sucedió una cosa extraña.

Kelsea estaba sentada a su mesa de la biblioteca copiando un volumen de historia del padre Tyler. Este sentado a su lado, copiaba también diligentemente. Maza había reclutado a cuatro escribientes, pero Kelsea y el padre Tyler escribían más deprisa, y los días en que el sacerdote iba a la Ciudadela se sentaban juntos y charlaban un poco mientras trabajaban. Kelsea jamás habría pensado que se sentiría cómoda en compañía de un sacerdote, pero así era; se figuró que ir a la escuela habría sido algo parecido.

El padre Tyler había leído mucho sobre la Travesía, y eso resultaba muy útil, pues desde que regresaran del Argive Kelsea no había parado de pensar en aquel período de la historia. ¿Cómo se habían sentido los utópicos tear mientras surcaban el peor de los océanos, sin saber si algún día avistarían tierra, ni si había tierra que avistar? El padre Tyler contó a Kelsea que, cuando

las olas hicieron volcar la Nave Blanca, los médicos y enfermeros supervivientes esperaron en el agua a que los rescataran. Pero los otros barcos eran poco manejables, y el océano estaba demasiado embravecido y la tempestad era demasiado violenta, y no pudieron dar media vuelta y acudir en su ayuda. No tuvieron más remedio que dejar atrás a los naufragos, a toda aquella gente que al principio se debatía en el agua y que luego quedó flotando mansamente, hasta que las aguas se la tragaron. Kelsea no lograba ahuyentar aquella imagen de su cabeza; hasta había soñado con ellos: soñaba que flotaba, congelada, y que su forcejeo iba reduciéndose mientras veía perderse los otros barcos en el horizonte, hacia el Nuevo Mundo. Hacia el Tearling.

Kelsea ya había leído varias veces los mismos dos párrafos, y al final dejó la pluma. No sabía si ya había noticias de Thorne. El Supervisor del Censo había desaparecido del Tearling sin dejar rastro, pero Maza lo encontraría. Maza y Elston, quien por lo visto se había tomado como una afrenta personal que Thorne hubiera escapado. Lo encontrarían y lo llevarían allí. Kelsea, al pensarlo, tembló con una mezcla de rabia y emoción.

Miró de reojo al padre Tyler y advirtió que él también estaba distraído. Habían aparecido dos profundas arrugas en su frente y había dejado de copiar, y miraba fijamente los estantes llenos de libros del rincón.

—No está copiando, padre.

El sacerdote levantó la cabeza y compuso una sonrisa tímida. Últimamente, bromeaban de vez en cuando, y eso a Kelsea le gustaba.

—Estaba pensando en las musarañas, Señora. Perdonadme.

—¿Qué ocurre?

Él apretó los labios un momento; entonces encogió los hombros y contestó:

—Supongo que tarde o temprano lo averiguaréis, Majestad. El Santo Padre vuelve a tener neumonía, y dicen que esta vez no se recuperará.

—Lo siento.

—No lo sentís, Majestad. No finjáis.

De pronto Kelsea lo miró, y Pen, sentado en un rincón, hizo otro tanto. Fue a reconvenir al sacerdote, pero consideró que su franqueza era valiosa y decidió no hacerlo.

—Y ahora ¿qué va a pasar?

—Están viniendo todos los cardenales para celebrar el cónclave y elegir a un nuevo Santo Padre.

—¿Quiénes son los candidatos?

El padre Tyler volvió a apretar los labios.

—Sobre el papel hay varios candidatos, Señora, pero ya está decidido de antemano. Dicen que el cardenal Anders será Santo Padre dentro de un mes.

Kelsea no sabía gran cosa sobre el cardenal Anders, aparte de que Maza lo consideraba un peligro.

—Y a usted ¿qué le preocupa?

—Es un gestor competente, Señora. Tal vez no muy devoto.

El padre Tyler se enderezó y cerró firmemente la boca; era lo que hacía siempre cuando creía haber hablado demasiado. Kelsea mojó la pluma en el tintero y se dispuso a retomar su trabajo.

—Tened cuidado, Señora.

—¿Qué?

—Sé que... Yo no les he dicho... que Su Majestad es menos religiosa que un gato doméstico. El cardenal Anders es... Temo por Su Majestad. Temo por todos nosotros.

Kelsea se retrajo, sorprendida por aquel arrebató del sacerdote, que normalmente se mostraba muy reservado.

—¿Qué le ha hecho?

—A mí no me ha hecho nada, Majestad. —La miró fijamente—. Pero me consta que el cardenal es capaz de hacer cosas terribles. Creo que...

Maza y Wellmer entraron en la biblioteca, y el padre Tyler calló. Kelsea miró a Maza con cara de fastidio y luego miró la hora; se suponía que le quedaban veinte minutos con el sacerdote antes de la reunión con Arliss.

—Señora, quiero enseñaros una cosa —anunció el capitán.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, Señora. Desde el balcón.

Kelsea dio un suspiro y miró al sacerdote con sincero pesar. Ignoraba qué había estado a punto de decir, pero estaba convencida de que era algo interesante.

—Me temo que hemos de separarnos, padre. Que tenga un buen regreso al Arvath, y transmita al Santo Padre mis deseos de una pronta recuperación.

—Gracias, Majestad.

El padre Tyler dobló su cuaderno y lanzó una rápida mirada a Maza. Todavía parecía preocupado, hasta tal punto que Kelsea se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—No tema, padre. No subestimo a nadie, y mucho menos al cardenal.

Él inclinó ligeramente la cabeza; la inquietud no desapareció de su pálido semblante. Según Maza, que tenía varios espías en el Arvath, el Santo Padre estaba disgustado con el padre Tyler porque no le daba la información que él quería. Kelsea no sabía hasta qué punto las cosas se le habían puesto difíciles al padre Tyler en el Arvath, pero todavía no tenían suficiente confianza para preguntárselo abiertamente.

Cuando el sacerdote se marchó, Maza y Wellmer acompañaron a Kelsea por el pasillo hasta la sala del balcón. Jordan, el heraldo, salió adormilado de una de las habitaciones del final del pasillo.

—¿Me necesitaba, señor?

Maza le hizo una seña con el dedo, y Jordan los siguió rascándose el cogote. Ahora Maza tenía dos guardias vigilando las puertas del balcón, y ese día les había tocado a Coryn y a Dyer, que saludaron a Kelsea inclinando la cabeza.

—Aquí fuera, Señora.

Maza abrió las puertas de par en par para que entrara la luz. El invierno empezaba a rendirse ante la primavera, pero había un cielo de verano, completamente azul hasta el horizonte. Kelsea salió al balcón y se estremeció bajo el débil calor del sol; después de la oscuridad del Pabellón Real, el calor del sol en la piel era una sensación sumamente placentera. Maza le hizo señas para que avanzara un poco más y señaló más allá del pretil.

—Allí abajo.

Kelsea asomó la cabeza por el borde y lo lamentó de inmediato, pues la altura le producía vértigo. Debían de hallarse en lo más alto de la Ciudadela.

Abajo se extendía el Parque de la Ciudadela, abarrotado de gente. La multitud se prolongaba desde el foso hasta la cima de la colina, formando una masa de unos cien metros de ancho que respiraba y murmuraba. Kelsea recordó el día de la remesa (había transcurrido un mes, o una eternidad), pero ese día no había filas de gente, ni jaulas. Al cabo de un momento, sin embargo, reparó en que una extraña figura que parecía un árbol sobresalía entre la muchedumbre.

—Tengo muy mala vista. ¿Qué es eso?

—Eso, Señora, es una cabeza clavada en una pica —contestó Wellmer.

—¿Qué cabeza?

—La de vuestro tío, Señora. He bajado para asegurarme. Han colgado un letrero en la pica que reza: «Regalo para la Reina Tear, gentileza del

Traedor».

Pese a lo truculento de la ofrenda, Kelsea sonrió. Miró a Maza y vio que las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo tratando de reprimir una sonrisa, y de pronto lo entendió. Sucedió como el día que le había devuelto la biblioteca de Carlin: aquello era un regalo para Kelsea, pero Maza no podía admitirlo, del mismo modo que no podía levantar el manto de recelo que cubría toda su vida. Él no podía ir más allá. A Kelsea le habría gustado abrazarlo, como le habría gustado abrazar a Barty, pero sabía que al capitán no le habría gustado; de modo que se abrazó el torso, como si tuviera frío, pero siguió mirando a Maza con el rabillo del ojo.

«¿Por qué es así? ¿Qué le sucedió en el pasado?»

Wellmer continuó:

—La pica está muy bien clavada, para que la gente no pueda llegar a la cabeza a menos que traigan palas y se pongan a excavar. La cabeza está intacta, Señora; la han tratado con algún tipo de fijador para que no se pudra.

—Un útil ornamento para los jardines —comentó Maza.

Kelsea volvió a asomarse por el pretil, convencida de que el Traedor estaba allí abajo. Seguro que él mismo había llevado su regalo hasta allí, sin ocultarse siquiera. Le habría gustado verlo, decirle que el trato que habían hecho había dado mejor resultado del previsto.

—¿Qué quiere toda esa gente?

—Os quiere a vos, Señora —contestó Maza—. Vuestra madre jamás se atrevió a bajar a la ciudad; utilizaba este balcón para hacer sus proclamas. Los ciudadanos empezaron a congregarse ayer cuando se enteraron de que habíais regresado a la Ciudadela. Tengo a un hombre en la Puerta, y dice que la mayoría han pasado la noche ahí fuera.

—Yo no tengo nada que proclamar.

—Inventad algo, Señora. De todas formas, dudo que se marchen.

Kelsea se asomó una vez más y comprobó que la gente que se había congregado en el Parque estaba muy instalada allí: vio tiendas de campañas de varios colores, y le llegó el olor a carne asada. También alcanzó a oír fragmentos de canciones. Eran muchos.

—Vamos, Jordan. Hazles saber que la reina está aquí.

Jordan carraspeó, emitiendo un ruido de flemas propio de alguien mucho mayor que él.

—Perdón, Señora —murmuró, avergonzado—. Es que estoy resfriado.

Entonces inspiró hondo, se inclinó sobre el pretil y gritó:

—¡La Reina del Tearling!

En los jardines, todos miraron hacia arriba. Se oyó un estruendo tan potente que Kelsea sintió que temblaba el suelo. Miró hacia abajo y vio un mar de rostros que la contemplaban.

Apoyó las manos en el pretil y se inclinó cuanto pudo sobre él, tanto que Pen la sujetó por la parte de atrás del vestido, por si acaso. Kelsea levantó las manos para pedir silencio y esperó hasta que dejaron de oírse voces. Aquel día en el Parque de la Ciudadela parecía pertenecer a otra vida, pero en ese momento, igual que entonces, sintió que las palabras pugnaban por salir de su cuello.

—¡Soy Kelsea Raleigh, la hija de Elyssa Raleigh! —La multitud permaneció callada, expectante.

»¡Pero también soy la hija adoptiva de Bartholemew y Carlin Glynn!

Una densa oleada de susurros y murmullos recorrió los jardines. Kelsea cerró los ojos y vio a Barty y a Carlin, con la misma claridad con que siempre los había visto, de pie en la cocina de la casita, Barty con sus herramientas de jardinería en las manos y Carlin con un libro. Kelsea ya sabía que estaban muertos; en el fondo ya lo sabía. Llevaba semanas sin oír sus voces. Habían ido extinguiéndose poco a poco, sustituidas por otra voz, esa voz imperiosa, decidida, que hablaba en situaciones difíciles, cuando Kelsea no sabía qué hacer.

«Era mi voz —comprendió Kelsea, admirada—. No era la voz de Carlin, ni la de Barty, sino mi voz.»

—¡Mis padres adoptivos me convirtieron en lo que soy y dieron la vida por mí! —gritó con la voz quebrada—. ¡Por lo tanto, me cambio el nombre! ¡De hoy en adelante, seré Kelsea Raleigh Glynn! ¡Mi trono será Glynn, mis hijos serán Glynn, y no seré una reina Raleigh, sino una reina Glynn!

Esa vez, el estruendo casi la empujó hacia atrás; hizo temblar el pretil y sacudirse el marco de la puerta que Kelsea tenía a sus espaldas. No tenía nada más que decir; solo se le ocurrió saludar a sus súbditos con la mano, pero por lo visto eso les gustó. Siguieron aplaudiendo mucho rato, como si no quisieran nada más: solo verla, saber que estaba allí.

«No estoy sola —se dijo, y se le anegaron los ojos en lágrimas—. Barty tenía razón.»

—Se contentan con poco —le dijo a Maza mientras se enjugaba las

lágrimas.

—No, Señora. No es verdad.

La gente había empezado a cantar, pero desde aquella altura Kelsea no distinguía la letra de la canción, solo su nombre. Dirigió la mirada más allá de los jardines, hacia su país, un paisaje espectacular. El horizonte interrumpía aquella visión hacia la mitad de la llanura del Almont, pero aun así Kelsea sentía que todo el Tearling se extendía ante ella. Pese a su mala vista, veía cada centímetro de su reino, cada detalle, por el norte hasta la cordillera de Fairwitch y por el este hasta la frontera mort, incluso hasta los peñascos de los Montes Fronterizos, donde Hall y su batallón se preparaban para la invasión, construyendo defensas en las laderas. Parpadeó y vio Mortmesne, tal como lo había visto la otra vez: kilómetros de bosque atravesados por cuidadas carreteras. Por esas carreteras desfilaban gran cantidad de soldados con carros, torres de asedio y cañones que brillaban bajo el sol. Marchaban inexorablemente hacia el Tearling.

Pero de pronto se le nubló la visión, y ya no veía Mortmesne. Veía mucho más allá, más allá de montañas y fronteras, hasta mares que no existían en ningún mapa del Nuevo Mundo, hasta el horizonte de una ciudad que se desmoronaba. La geografía se había alterado, y la tierra estaba levantada. Kelsea vislumbró cosas maravillosas, pero tan brevemente que no tuvo tiempo de entenderlas, ni siquiera de lamentar que pasaran de largo. Lo veía todo: el futuro y el pasado; su visión se extendía hasta un lugar donde el tiempo y la tierra se fusionaban.

Y de pronto desapareció todo. Kelsea volvió a parpadear, con lágrimas en los ojos, y solo vio su reino, las tierras de cultivo que se extendían ante ella hasta el horizonte. Sentía una presión en el corazón, la misma sensación de pérdida que tenía al despertar de un sueño que no podía recordar. Era Kelsea Glynn, una niña que se había criado en el bosque, a la que le gustaba estudiar historia y leer obras de ficción. Pero también era algo más, algo más que Kelsea, y por eso permaneció un momento más allí, contemplando su reino, tratando de ver el peligro más allá del horizonte.

«Todo esto es responsabilidad mía», pensó, y esa idea ya no le produjo temor, sino una sensación extraordinaria de gratitud.

«Mi reino.»



## Agradecimientos

Ante todo debo dar las gracias a Dorian Karchmar: superagente, amiga y editora de gran talento que dedicó un esfuerzo extraordinario a que este libro saliera a la calle.

También quiero dar las gracias a Cathryn Summerhayes, Simone Blaser, Laura Bonner, Ashley Fox, Michelle Feehan y al resto del personal de William Morris Endeavor. Han sido todos fantásticos.

Gracias a Maya Ziv, Jonathan Burnham y, en general, a Harper por creer en una autora novel. Gracias muy merecidas a Maya por guiar este libro hasta la meta. También al personal de TransWorld Publishers, y en especial a Simon Taylor; si existe una persona más indicada para ir a comer y charlar sobre libros, yo todavía no la he encontrado.

Gracias, papá y Deb, por apoyarme y ser tan comprensivos a lo largo de la larga y tortuosa trayectoria vital que me ha traído hasta aquí. Y gracias enormes a Christian y a Katie, por recordarme constantemente que el amor es lo que mueve el mundo.

Gracias y todo mi amor a Shane Bradshaw, que controla mis locuras, se acomoda a mi adicción a la calceta y siempre me recuerda que todo saldrá bien.

Estoy segura de que muchos escritores pueden escribir buenos libros sin tener un mentor, pero yo no soy uno de ellos. Gracias a los maestros en general, pero sobre todo a Edward Carey, Chris Offutt y otros que comparten su talento en el Iowa Writers' Workshop, así como a la incomparable profesora Betsy Bolton de Swarthmore College. Gracias también a Jonas Honick, el mejor profesor de historia del mundo; no sé qué sería de mi sentido de la justicia social (ni del de Kelsea) sin él.

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias, lectores. Espero que hayáis disfrutado con la lectura.

## **El trono la espera, sus enemigos también.**

Kelsea Glynn es la única heredera del trono del Tearling. Tras la muerte de su madre, la princesa fue criada por dos fieles sirvientes en una cabaña oculta en los bosques. Durante casi dos décadas, el tío de Kelsea ha ejercido la regencia, pero no es más que el títere corrupto de la Reina Roja, la taimada y despótica hechicera que ostenta el poder en el feudo colindante de Mortmesne.

El día que Kelsea cumple diecinueve años, los maltrechos restos de la guardia de la reina acuden para sacar a la joven de la clandestinidad y escoltarla hasta la capital.

Así empieza el turbulento viaje de Kelsea al corazón del Tearling para reclamar su trono, ganar la lealtad del pueblo, y rescatar su reino de la corrupción y de la magia oscura.

Armada con una voluntad de acero, la joven se someterá a una auténtica prueba de fuego que puede convertirla en leyenda... o destruirla.

Intriga, romance y peligrosas batallas en este espectacular debut.

El comienzo de una adictiva nueva trilogía.

**«¡No podía soltarlo! Me obsesioné con el personaje y con el libro.»**

*Emma Watson*

**«¿Te gustó Los juegos del hambre? ¿Eres fan de Juego de tronos?**

**Entonces, disfrutarás sumergiéndote en esta nueva fantasía  
brillantemente imaginada y cautivadoramente escrita.»**

*Heat*

**Erika Johansen** creció en la bahía de San Francisco, donde reside actualmente. Estudió en Swarthmore College, recibió un MFA del Iowa Writers' Workshop, y con el tiempo se convirtió en abogada, pero nunca dejó de escribir.

*La Reina del Tearling* es su debut y el inicio de una trilogía cuyas dos primeras entregas gozaron de ventas y críticas excelentes cuando se publicaron en inglés y que se traducirá a diecisiete idiomas. El tercer volumen se publicará en Estados Unidos a finales de 2016.

Título original: *The Queen of the Tearling*

Edición en formato digital: octubre de 2016

© 2014, Erika Johansen. Todos los derechos reservados.

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Gemma Rovira Ortega, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de © Ervin Serrano y © Milan Bozic: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Rolf Weschke / Getty Images, © Maga / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16708-02-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

La reina del Tearling

Mapa

Libro I

1. El décimo caballo
2. La persecución
3. El Traedor
4. Hacia la torre
5. Ancha como el Océano de Dios

Libro II

6. La reina marcada
7. Ondas en el estanque
8. El Pabellón Real
9. La joya
10. EL destino de Thomas Raleigh
11. El apóstata

Libro III

12. La remesa
13. El despertar

## 14. La reina del Tearling

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos